

El libro de los parques

Medellín y su Centro

Este es un proyecto de la Vicealcaldía de Educación,
Cultura, Recreación, Deporte y Participación

El libro de los parques es una publicación de la Secretaría
de Cultura Ciudadana en coedición con *Universo Centro*



Alcaldía de Medellín

Parques

“Sentado esto, que ni sofisma parece, tendremos de convenir que los parques públicos habrán de ser más eficaces, mientras mejor produzcan la ilusión del campo,

mientras menos artificios entren en su disposición y estilo; que serán mejores aquéllos en donde impere Naturaleza, con su armonía y hermosura inimitables. Aquel que fuera como un monte socolado, con sus senderos por donde surjan naturalmente, con sus piedras y sus matojos en cualquier parte, con sus fuentes corriendo por los cauces que ellas mismas se abran; este sería, según este supuesto, el ideal de los parques. Sería la selva, entre la balumba de la construcción urbana: los monumentos del reino vegetal, entre la montaña de cantos y de tierra apisonada. A lo bello y peregrino del contraste agregaría el descanso de la forma y del color ciudadanos.”

Tomás Carrasquilla. “Medellín. Parques”. *El Espectador*, Medellín, 25 de mayo de 1919.

Plazas

“Ellas suponen, aunque a veces pasa lo contrario, lo principal de las poblaciones, en habitantes, movimientos y edificios. Tanto, que nacer en el ‘marco de la plaza’ fue

siempre la prueba magna de distinción y notoriedad, así entre las gentes lugareñas como entre las capitalinas; porque si en las aldeas sólo hay una, en las urbes tendrá de haber, entre muchas plazas, alguna más insigne que las otras; y éste será, en tal caso, el marco para darse tono e importancia.

En las plazas no sólo zumban las moscas de que habla el tan mentado Zarathustra; no solo se vende y se compra, y trasiegan procesiones y rogativas, sino que en ellas pasa también gran parte de la historia de cada tierra o nación.”

Tomás Carrasquilla. “Medellín. Plazas”. *El Espectador*, Medellín, 10 de junio de 1919.

Contenido

El Centro, sus parques y la ciudad como diversidad	9
Siete parques, siete centros	11

PARQUE DE BERRÍO	16
Vitrina de novedades	18
Iglesia de Nuestra Señora de La Candelaria	29
Los bajos del Metro	33
Incendios	38
Ciudad vs. Pueblo	43
Un viejo y obstinado corazón	48
Un árbol	56
Conversación	57

Una calle real	59
--------------------------	----

PLAZA DE LAS ESCULTURAS	64
Un siglo entre dos palacios.	66
Iglesia de La Veracruz.	75
El <i>sobrao</i> de Dios	79
La plaza de los muñecos	85
Retrato con fotógrafos	91
El hotel de las estrellas.	99
Acta de museo.	102
Un árbol	110
Conversación	111

PLAZA DE CISNEROS.	112
Madre de locomotoras	114
Plaza pública.	123
El epicentro de todas las vueltas.	128
Sombras de Guayaquil	135
Puerto seco	144
Bares a tres bandas.	149
Un árbol	154
Conversación	155

Inventario en pie.	156
Parqueaderos de palomas	167

PARQUE DE SAN ANTONIO	176
Dos avenidas y un parque con éxito	178
Iglesia de San Antonio de Padua	185
Melaza en flor	188
Una novena para San Antonio	196
Un pájaro que aún estalla	205
Un árbol	210
Conversación	211

PLAZUELA DE SAN IGNACIO	212
Oasis San Ignacio	214
Iglesia de San Ignacio de Loyola	223
Un club a la intemperie.	227
Visita a San Ignacio	231
Edificio escuela	237
Un árbol	240
Conversación	241

Verde de todos los colores	242
Pan y parque.	247
Memorial de parques.	257

PARQUE DE BOSTON	260
El parque de una sola batalla	262
Iglesia de Nuestra Señora del Sufragio	269
Estudiantes que vienen y van.	272
Un parque de barrio en el Centro	277
Un árbol	286
Conversación	287

Junín	288
Interviú.	290
En el pueblo hay una plaza, en la plaza hay una iglesia y en la iglesia hay un órgano	295

PARQUE DE BOLÍVAR.	302
Promesa de una villa nueva	304
Catedral Basílica Metropolitana	315
Atrio gay	318
Bautizo en la fuente.	322
El parche de Bolívar.	326
Teatro al aire libre.	338
Palacio y Estancia	341
Con vista al parque	348
Un árbol	352
Conversación	353

Vista desde la barra.	355
-------------------------------	-----





El Centro, sus parques y la ciudad como diversidad

A medida que Medellín se ha poblado y en su valle y laderas se han dado cita el departamento y parte del país, el Centro ha tenido que ampliar sus fronteras y las visiones que los ciudadanos tenemos de él.

Por sus calles y carreras principales –Palacé, La Paz, Caracas, Junín, La Playa, Bolívar– han desfilado los seres más paradigmáticos de la historia cotidiana de la ciudad. Porque allí donde palpita el corazón de la urbe, quienes hicieron y hacen de su postura personal un mensaje de inclusión y diversidad debieron conquistar y transgredir aquellos lugares que contenían la tradición. Un ejemplo de ello es el grupo La Barca de los Locos, que ha hecho teatro en el Parque de Bolívar por casi tres décadas; igual es el caso de los movimientos religiosos y LGTBI que allí mismo, frente a la Catedral Metropolitana, han construido el diálogo de ciudad más interesante que pueda imaginarse para un domingo por la tarde.

Por ser el crisol de esa ciudadanía emergente, que busca reconocimiento y espacios de comunicación en una Medellín que crece, se renueva y afronta retos de toda índole, este libro rinde homenaje a la historia del Centro a partir de sus parques, referentes de un epicentro que con los años han ido tomando carácter. Historias en mayúscula y minúscula de los rodeos de siempre en esos lugares destinados al encuentro sin cita previa.

La vida en toda su complejidad está presente en las páginas que podrá leer a continuación. La lectura de una ciudad que debe hacer de la vida su valor supremo, fundamental, comienza con las letras simples del reconocimiento del otro, con las escrituras múltiples, simultáneas, que traza el peatón común, principal protagonista de estos relatos.

Aníbal Gaviria Correa
Alcalde de Medellín

MEDALLIN.



PLAZA PRINCIPAL

(lado de oriente)

Siete parques, siete centros

Las ciudades van encontrando las plazas apropiadas para airear sus desgracias y sus galas. El encumbrado en el busto principal nunca logra imponer el orden que señalan las placas y los decretos. Las plazas obedecen sobre todo a los pasos y necesidades de los ciudadanos. Desde sus orillas ilustres los pueblos con ínfulas de ciudad van soltando sus mareas hacia los arrabales. Nuestras plazas fueron –y siguen siendo– la primera página de los diarios que no había, el patíbulo y el cuartel, el prostíbulo y la catedral, el puerto y el bar de bienvenida, el despacho de los comerciantes y la cueva de los especuladores. Hubo un tiempo en que más allá de las plazas solo rondaban los serenos y las brujas.

La plazuela que enmarcó La Veracruz sirvió para el anuncio de las alcabalas y “los exorcismos a plagas y epidemias”. Ahora es tierra de piratas. En la plaza de La Candelaria, más tarde Parque Berrío, filó José María Córdova a sus 300 soldados antes de la batalla de El Santuario. Para el Parque Bolívar, que no era más que una mangada con guayabales, higuerrillos y borracheros, imaginó un inglés una “Nueva Londres”, y donó sus lotes sin imaginar que el diseño del rectángulo terminaría siendo francés. La retreta, el quiosco y el alumbrado eléctrico sirvieron para las primeras fiestas nocturnas. Las casas de los ilustres se fueron levantando alrededor de la verja de hierro traída de Europa. Era tiempo de que cambiaran los nombres de las calles; ya no más la calle del resbalón o la amargura, no más la esquina del ciprés o del guanábano.

San Ignacio antes fue cuartel de los estudiantes, y los curas llegaban y salían según el ánimo y el favor de los radicales. “Plaza hermosa, si las hay”, escribió Tomás Carrasquilla hace cerca de cien años, y es un milagro que hoy podamos repetir sus palabras sin pensarlo. El alboroto de la estudiantina en las mañanas y en las tardes, el reino de las conspiraciones de “confidencias y meditaciones” en las noches. Los jubilados que hoy disputan sus partidas de ajedrez miran a las colegialas con desconfianza ante una posible retoma.

El Parque Berrío fue plaza mayor y feria de mercado. Allí se plantaron los toldos de los pulperos durante muchos años, primero los viernes y luego los domingos, según el genio de los comerciantes y la debilidad de los gobernadores, de modo que servía como salón de galas y galpón de ventas. Cuando el mercado se fue para los pantanos de Guayaquil, el Parque Berrío ya era un altílo para la ostentación y la recreación pública, además de “sitio propicio para realizar negocios de bolsa y especulación, pero sin que los objetos intercambiados se encontraran a la vista”. Los bancos se convirtieron en un nuevo púlpito, y los graciosos de la época decían que “el oro no estaba en las minas sino en el Parque Berrío”. Las luchas han cambiado, hoy Berrío se lo disputan los guitarreros de la guasca, la papayera sucreña y los solistas con parlante.

Los centros de barrio fueron novedad cuando la ciudad crecía hacia el oriente y el norte. El Parque de Boston, antes Sucre, con su estatua de Córdova y su grito silencioso mostró que los ritos de la periferia podían ser más ingenuos. Cuando poco se miraba hacia ese oriente pueblerino, lleno de mangas y escaso de gentes, ya en Boston estaban haciendo una iglesia, y gracias a ella los administradores de

▸ Plaza Mayor de Medellín, pintura de Simón Eladio Salom. C. a. 1860.

entonces llegaron hasta allá con una estación de tranvía. Las campanas llamaban a los nuevos habitantes. Han cambiado las razas de los perros, las atracciones mecánicas para los niños y la tecnología de la iglesia, pero la ronda al parque sigue siendo la misma.

Pero nada entregó tantas novedades, personajes y mitos como la plaza de la estación. Las plagas provocadas por sus pantanos hicieron que “el respetable” la llamara Guayaquil, en referencia a la ciudad ecuatoriana recién levantada, famosa por los estragos de la fiebre amarilla y el beriberi. Por momentos se alababa el gusto de su mercado cubierto, obra de un arquitecto francés de apellido Carré, pero a cielo abierto el clima y los perros callejeros hacían olvidar la gracia arquitectónica y con el tiempo no quedó más que decirle “pedrero” al mercado de piso desigual. Cuando llegó el tren la gente se olvidó de todo. Tanto que Francisco Javier Cisneros, el cubano encargado de abrir la trocha hasta Puerto Berrío, terminó por darle nombre a la plaza. Guayaquil fue también la escuela sórdida de la ciudad, el puerto seco donde florecieron las cantinas renombradas y las putas que desfilaban y desafiaban por igual. Además, la plaza se convirtió en escenario de las batallas políticas de la primera mitad del siglo XX. Político que no llenara la Plaza de Cisneros durante sus manifestaciones no podía llegar al Palacio de Nariño.

Guayaquil fue siempre una plaza sin iglesia; eso marcó su música y sus algarabías, sus culpas y sus penas. Ahora tiene un templo aséptico lleno de libros, en lugar de la vieja y pantanosa plaza de antaño. Los edificios públicos la han convertido en una antesala de los ciudadanos que buscan un certificado, un número para el subsidio, un paz y salvo para el negocio. Las postales son la especialidad de esta plaza histórica que ahora es una escultura desconcertante.

Frente al Museo de Antioquia se demostró que en Medellín también se pueden demoler edificios con algún sentido. Encontrar espacio para un parque en el Centro no parecía posible. Ahora cuatro ceibas crecen entre los antiguos palacios de la gobernación y la alcaldía, que, aislados, se habían convertido en edificios para los libros sobre patrimonio.

El Parque San Antonio surgió sobre un antiguo cementerio de carros. Antes hubo allí un barrio de artesanos que soportó y animó la vecindad de Guayaquil y desapareció frente a la encrucijada que plantearon San Juan y la Oriental. Cuando llueve la explanada de San Antonio se hace más grande y se convierte en el lugar más solo del Centro. Un regalo de amplitud. Los sábados la colonia negra se encarga de la música y el baile de una ciudad todavía almidonada. Los dos pájaros del parque son la mejor de nuestras postales sin imposturas.

Los parques, que muchos ven como una concesión a quienes les gusta demasiado detenerse, marcan el ritmo de los ciudadanos, sus recorridos y sus afanes. Uno de los tantos planos que intentó ordenar el futuro de la ciudad dibujaba a Medellín sobre un cuadrilátero con parques en sus extremos: El Salvador, La Ladera, La Independencia y Guayaquil. ¿Cómo serían nuestras encrucijadas actuales si los habitantes de hace un siglo hubieran crecido alrededor de esas cuatro esquinas?



Plano de la villa de Medellín, atribuido a José María Giraldo. 1791.



PARQUES

DEL CENTRO DE MEDELLÍN



- 1 PARQUE DE BERRÍO
- 2 PLAZA DE LAS ESCULTURAS
- 3 PLAZA DE CÍSNEROS
- 4 PARQUE DE SAN ANTONIO
- 5 PLAZUELA DE SAN IGNACIO
- 6 PARQUE DE BOSTON
- 7 PARQUE DE BOLÍVAR

Parque de Berrío



“Pero La Candelaria nunca la cierran. Tiene a la entrada en la nave izquierda un Señor Caído de un dramatismo hermoso, doloroso, alumbrado siempre por veladoras: veinte, treinta, cuarenta llamitas rojas, efímeras, palpitando, temblando, titilando rumbo a la eternidad de Dios. Dios aquí sí se siente y el alma de Medellín que mientras yo viva no muere, que va fluyendo por esta frase mía con los ciento y tantos gobernadores que tuvo Antioquia, a tropezones, como don Pedro Justo Berrío, quien sigue afuera, en su parque, en su estatua, bombardeado por las traviesas e irreverentes palomas que lo abanicán y demás”.

Fernando Vallejo. *La virgen de los sicarios*. 1994.



1649

Se construyó en la plaza del Sitio de Aná un templo de madera y paja consagrado a la Virgen de La Candelaria.

1675



En la plaza mayor de la recién fundada Villa de Nuestra Señora de La Candelaria, en una casa de adobe y techo de paja ubicada en el costado occidental, se establecieron el cabildo y la cárcel. Esta última tenía una reja que daba directamente a la plaza, a través de la cual los presos apelaban a la caridad pública para sobrevivir. En ese entonces la plaza mayor era el sitio de llegada de las recuas de mulas y bueyes provenientes de Nare y otros lugares.

1676

En una esquina de la plaza mayor el cabildo ordenó emplazar el "mico", un grueso poste coronado por una argolla de hierro que servía para colgar a los condenados a la pena de azotes, a quienes se les bajaban los pantalones y se les azotaba con varas o látigo, según la pena.

1712

El pajizo templo de Nuestra Señora de La Candelaria fue reedificado en tapia.

1716

Por disposición del cabildo se ordenó sacar de la plaza mayor las cabras y otros animales que deambulaban libremente por el sector, pues contribuían al desaseo de la plaza y al deterioro de la iglesia, adonde entraban constantemente.

Vitrina de novedades

POR PASCUAL GAVIRIA

*Vano el motivo
desta prosa:
nada...*

Cosas de todo día.

*Sucesos
banales.*

*Gente necia,
local y chata y roma.*

Gran tráfico en el marco de la plaza.

Chismes.

Catolicismo.

*Y una total inopia en los cerebros... Cual
si todo*

*se fincara en la riqueza,
en menjurjes bursátiles*

y en un mayor volumen de la panza.

León de Greiff, *Villa de La Candelaria*

La plaza mayor fue una especie de célula primigenia que se dividió poco a poco hasta formar la villa. Lotes, solares, mangadas que cambiaban de dueño y de extensión para intentar un orden donde solo había intereses dispersos. Cuando se atendió la cédula real que mandaba erigir la villa en el llamado sitio de Aná, había tres mil habitantes en el valle. Pasaron cerca de cien años desde la fundación en 1675 antes de que los naturales obedecieran las mínimas normas e hicieran posible el trazo de un cuadrado digno de llamarse plaza. No en vano el corregidor Mon y Velarde, quien la adornó con una fuente de piedra y bautizó sus primeras calles, llenaba sus informes a la capital con adjetivos nada elogiosos para las costumbres de los vecinos de la villa: "abandono", "holgazanería", "desidia",

"idiotismo", "ociosidad". Solo las uniones comerciales y matrimoniales entre las familias criollas más aventajadas y algunos comerciantes españoles lograron establecer un marco estable para acompañar la iglesia y el cabildo.

Antes había sido necesario sacar a los indios y a los mulatos de las orillas de la manzana principal, destinada a ser una especie de altar social de la villa y a reunir a sus habitantes, regados en pequeños núcleos –Hatillo, Barbosa, Copacabana, Hatoviejo, Guayabal–, en torno a un centro. La expropiación por parte del cabildo no solo buscaba un orden físico, con calles rectas, trazadas a cordel, sino también un orden económico y racial. Los blancos y los ricos debían encargarse de fundar el marco de la plaza: "En esta dicha Villa están las casas entremetidas sin forma de calles viviendo en el riñón de dicha Villa indios y mulatos y más gente de esta jaez y sirviéndoles las casas de cocina y vivienda con riesgo grande de que unas por ser gente la más incapaz y es en grave perjuicio del comercio que tienen sus haciendas arimadas a dichas casas y lo otro como son pobres no podrán acudir a los empedrados". Se les asignó un lugar lejos de la plaza a los indeseables y se entregaron los solares del cogollo a los beneméritos de la villa, quienes supuestamente pagaron su "justo valor".

España acababa de desembarcar e imponía sus ritos de plaza pública. Un visitador de la época decretó veinticinco azotes para los indios y los negros que hablaran en voz alta o fumaran en el atrio de la iglesia de La Candelaria; para los españoles se impuso una multa de diez patacones, y los criollos debían pagar un día de cárcel. Un cepo para castigos, conocido como el "mico", adornó la plaza en sus primeros años. Bisagras, cadenas y candados son palabras suficientes para imaginar ese potro de torturas. Dionisio era el nombre del verdugo encargado



› Pedro Justo Berrío, obra de Giovanni Andertini. 1895.



› Basílica Menor de Nuestra Señora de La Candelaria. 1875.

1784

Se estableció el mercado público en la plaza mayor; allí se encontraba de todo: hortalizas, granos, gallinas, cerdos, caballos, mulas, canastos, ruanas, alpargatas y sombreros.

1788



Por orden del corregidor Mon y Velarde se ornamentó la plaza mayor con una pila de piedra que suministrara agua limpia. Dicha fuente haría las veces de acueducto durante 67 años; la gente llegaba hasta la plaza con vasijas y tinajas para recoger el agua y llevarla a sus casas.

1793

Se celebró la primera misa en la recién construida capilla de San Francisquito, ubicada en el costado norte de la plaza mayor. Este templo sería demolido a mediados del siglo XIX, pues se consideraba muy pequeño, feo e inútil.



1803

En el costado norte de la plaza se instaló el primer colegio franciscano de la ciudad, que estaría bajo la dirección de fray Rafael de la Serna hasta 1813.

1850



La plaza mayor pasó a llamarse Plaza de Zea, en honor al científico y político de la Independencia Francisco Antonio Zea, nacido en 1766 en esta Villa de La Candelaria. Ese mismo año se celebró allí la liberación de los esclavos. Para el importante acontecimiento se construyó en el centro de la plaza un pabellón en madera tapizado; allí se dispuso una gran mesa y sobre ella las cartas de libertad, que fueron entregadas a cada esclavo por el gobernador Gutiérrez de Lara.

1853

Como cada año, la plaza principal se convirtió en ruedo de las corridas de toros que animaban las fiestas de la Virgen de La Candelaria. Para dichas celebraciones se instalaban también casetas para el juego (dados y ruletas), otras para cocinas y comedores, y algunas para citas no sanctas.



➤ Mercado público. 1886.

de los escarmientos. Las campanadas de mañana, mediodía y noche servían para dulcificar un poco la escena. Manuel Uribe Ángel describe el ambiente “con honores de potrero” de la plaza al iniciar el siglo XVIII: “El pitar de un toro, el cacareo de unas cuantas gallinas, el canto de un gallo, el ladrar de un perro, el relincho de un corcel, el grito de una vieja llamando a los muchachos y el más común incidente de la vida ordinaria, hacían volver de un golpe todas las orejas del vecindario como con aire de preguntarse: ¿qué sucede?”.

◆ ◆ ◆

Durante mucho tiempo se dijo que Medellín era sobre todo una gran pesebrera, además de un hato envidiable para proveer de carne a las minas del Nordeste y un cruce de caminos en las rutas de la colonización. El comercio era entonces un futuro inevitable. En 1784 un bando oficial autorizó el establecimiento del mercado en la plaza mayor, “haciendo saber a la gente que cuantos tuvieran huevos, pollos, frutas, hortalizas y comestibles, podrían los viernes hacer mercado público en la plaza principal”. La suerte estaba echada: la marca de los comerciantes

quedaría por siempre. Los toldos eran una señal de las futuras tiendas en los primeros pisos de las casas, de los almacenes especializados que las reemplazaron y los especuladores en el atrio de la iglesia, de los bancos del siglo XX y el Flamingo y los venteros que hoy ofrecen películas piratas y zapatos chinos en la calle Boyacá.

Comenzaba el mercado y la plaza se erigía como el gran teatro local. Se exhibían las mercancías y sus dueños, se paseaban las miserias en busca de misericordia, se soltaban las peroratas políticas y religiosas. Fiesta y devoción compartían el mismo atrio, y la pólvora acompañaba los resposos los nueve días de fiesta en honor a la patrona de la villa. La elevación de grandes globos de trapo era uno de los espectáculos que justificaban el lleno total en el ruedo de la plaza. Un hueco en la tierra, lleno de leña y estopa, servía de caldera para inflar el armatoste. En agosto de 1799 el bogotano Mariano Valera echó a volar el primero y marcó una costumbre que trajo gozos y tragedias. Las maromas, las corridas de toros, las peleas de gallos y los juegos de azar completaron las diversiones del coso local hasta comienzos del siglo XX.



➤ Sup. Plaza principal de Medellín. 1891.
➤ Inf. Inauguración del tranvía. 1921.

1856

Impresionado por el estado lamentable de la plaza, llena de fango en invierno y con vacas pastando a sus anchas, el señor Uladislao Vásquez J. la mandó a empedrar; además, la hizo dividir en ocho triángulos cuyo vértice era la fuente del centro, ya no la de piedra sino una de bronce.

1858

Fue fusilado en la plaza Manuel Salvador López, joven bogotano que había matado a su amante. El juicio duró varios días y se celebró en el Palacio de Gobierno, situado allí mismo. Las sesiones fueron tan prolongadas que los miembros del jurado recibían alimentos que les arrojaban por las ventanas.

1875



El mexicano Antonio Guerrero llegó a la ciudad para presentar su intrépido acto de acrobacia: se elevaba en un globo aerostático y colgaba de este un trapecio en el que hacía increíbles piruetas.

1891

La plaza principal dejó de ser el lugar para el mercado público, pues los puestos de frutas, verduras, granos y demás productos fueron trasladados al mercado cubierto del Barrio Norte, construido por encargo del bogotano Rafael Flórez.

1895

Tras varias obras de remodelación y la llegada de la estatua de Pedro Justo Berrío, la plaza pasó a llamarse Parque de Berrío. Al acto de

inauguración concurren delegados de todos los departamentos, y gran cantidad de gente de la ciudad y de las poblaciones vecinas que llenó todo el corredor vial hasta el Parque de Bolívar.



1898

El Parque de Berrío fue el primer lugar donde se instaló luz eléctrica. Cuenta Lisandro Ochoa de aquel día: “Qué bullicioso regocijo el del público en aquel momento cuando vimos por primera vez brillar la luz de arco en la ciudad. El Parque de Berrío y las calles adyacentes estaban colmadas de gente; todas alborozadas salieron de sus casas. Desde los ancianos hasta los niños figuraban en la apretada masa humana que invadía el parque”.

1899

Como cada 20 de julio, se instaló en el atrio de La Candelaria la “tribuna libre”, una tarima a la cual podía subir quien quisiera dar su discurso político. Era muy concurrida, sobre todo por borrachos que bajaban de ella entre chillidos y carcajadas de la concurrencia.

1902



Comerciantes de Medellín se empezaron a reunir en el atrio de La Candelaria y los alrededores del Parque de Berrío entre las siete y ocho de la noche para especular con

Carl August Gosselman, uno de los suecos que formaron la pequeña corte nórdica de Medellín, habló de la casa quinta de su anfitrión, ubicada en una orilla de la plaza. El jardín particular tenía eras de papa y piña, un sembrado de frijoles que lindaba con la huerta de los melones, y un cultivo de perejil bajo la sombra de los pimientos. Limones, naranjos, mangos y un cafetal completaban la labor de la “embajada” sueca. Gosselman relata los paseos a caballo y hace una reseña del mercado para el año de 1825: “Aparte de la diaria compra de los alimentos, cada viernes la población tiene un mercado, con muchas más mercancías, instalado en la plaza mayor, al que concurre mucha gente de los lugares más apartados de la provincia. Junto a los productos típicos de la mesa, como el arroz, trigo, plátanos y frutas, se pueden adquirir otros manufacturados, como fuentes de greda, pitas, alpargatas, sombreros, alfombras, cajas de paja y ruanas. También se encuentran para la venta caballos y mulas [...] Se reúne en esta plaza una diversidad tal de personajes y mercancías, que resulta una obra tan variada como interesante, que muestra un mapa con todos los tipos de habitantes de la provincia, sus animales, obras naturales y los productos artísticos que nacen de sus manos”.

En los primeros pisos de las casas que enmarcaban la plaza no se ofrecían cabuyas ni alpargatas. Los “jamaiquinos”, comerciantes con rutas abiertas y crédito en los almacenes de Kingston, habían comenzado a traer lujos y modas europeas para satisfacer a sus esposas y a sus clientes: sombreros y botas inglesas, capas para olvidar la ruana, vino y coñac para pasar la chicha. Las bodegas de la plaza imitaban a las de Jamaica, y muy pronto los avisos de las primeras casas comerciales lucieron los apellidos de los “blancos”: Marco A. Santamaría & Lalinde, Félix y Recaredo de Villa, Marcelino Restrepo e Hijos, Mariano Uribe & Hijos. Para mediados del siglo XIX ya había contratos directos con las agencias de París y Londres, y las casas comerciales especializadas en la venta de oro y títulos mineros, la aceptación de letras y los pequeños préstamos, estaban muy cerca de convertirse en bancos.

La política y las guerras partidistas también dejaban sus ecos en la plaza. En 1841, a pesar de la petición de clemencia que llegó desde Londres, fueron fusilados dos de los líderes del ejército levantado contra el gobierno liberal de José Ignacio de Márquez, recién vencido cerca

de Salamina. Un bautizo de fuego para un pueblo acostumbrado a pólvoras más inofensivas.

En 1851 se mejoró el alumbrado público en las cuatro esquinas de la plaza. Se comenzó a usar una grasa más barata en los faroles, que se encendían desde las 8:30 de la noche hasta las 5:00 de la mañana. La reciente fiesta por la liberación de los esclavos había obligado a nuevas galas para las casas de segundo piso que cercaban el centro de la villa. Además de la luz, era tiempo de que rondaran los serenos: algo había que guardar en los depósitos y comenzó el silbato de los celadores. Unos años más tarde la fuente de piedra se cambió por una de bronce con cuatro bocas, y se “hizo dividir la plaza en ocho triángulos” para instalar un empedrado y desterrar por fin a las vacas del hogar de las vacas sagradas.

Pero la plaza no solo era una vitrina de comerciantes recién bajados del barco y tenderos recién llegados con sus recuas. También habitaban sus esquinas los ilustres de la política, la ciencia y la cultura. Mariano Ospina Rodríguez, presidente de la República entre 1857 y 1861, vivía en uno de los costados, cerca de la iglesia. Y Manuel Uribe Ángel, médico y sabio de la comarca, tocaba su puerta en otra de las esquinas. Las tertulias también se citaban en la plaza y sus alrededores. Los liberales llamaban con sorna “La Sinagoga” a la reunión azul en la botica de los Isazas, donde despachaba Pedro Justo Berrío sin saber que sería elevado a patrono civil del lugar.



El espectáculo del mexicano Antonio Guerrero marcó una nueva época en las diversiones de la plaza. Ya no se trataba de elevar un globo de trapo, sino de tripularlo. Su



Parque Berrío. 1895.



Tranvía Municipal. 1925.

hazaña fue en 1875, y la única foto del momento deja ver una multitud que rodea el suceso sin quitarse el sombrero. Los soldados hacen el cerco alrededor del globo templado que amenaza con elevarse y deja salir algo de humo de la parte superior. Parece que muy pocas mujeres –solo se ven algunas cubiertas con sus mantas– estaban invitadas a esa ascensión festiva y mundana.

Era el tiempo perfecto para el auge de la especulación y el cambio físico de la plaza. Con los préstamos y los inversionistas extranjeros habían llegado también nuevas ideas urbanas y plata para traer arquitectos y construir edificios. Parque era una palabra más adecuada para la ciudad, y la manzana vacía que señalaba el centro de la villa necesitaba la mano civilizadora: una verja para poner orden y gala, un hombre ilustre para reemplazar la labor menos simbólica de la fuente, e iglesias comerciales más venerables que las casas de balcón y almacén en el primer piso; con algo había que competirle a La Candelaria, que había sido establecida como catedral en 1862.

De los corrillos en la plaza se pasó al atrio de la iglesia, donde se vendían minas fantásticas y barras de oro inexistentes llamadas “marranas”. Ricardo Olano, en sus memorias, describe el momento como interesantísimo y agrega que nunca participó en esas “bullas”: “Esas reuniones del atrio eran lo que se llamó la bolsa. Más tarde se organizó una sociedad anónima que estableció la Lonja, en el local donde hoy es el edificio llamado El Polo. Allí se sacaban a remate barras de oro, letras, giros, acciones, etc... Ese establecimiento tuvo poca vida, porque a los negociantes les gustaban más los tratos que hacían en el atrio, donde nada tenían que pagar y donde las especulaciones se hacían más en el oscuro y por caminos más propicios para el enredo que los del remate público”. Así como en otro tiempo una tribuna pública les daba voz a los discurseros populares en el atrio de la iglesia, ahora los comerciantes recién enriquecidos por un golpe de suerte pontificaban sobre la guerra, el papel moneda y el porvenir de la República.

lotes, minas y papeles comerciales; muchas fortunas nacieron y otras tantas se esfumaron. A partir de 1905 estas reuniones se llamarían La Bolsa de Medellín.

1910

En esta década se construyeron algunos de los edificios más representativos de la época, entre ellos el Banco Alemán Antioqueño, el Edificio Gutiérrez y el Edificio Echavarría.

1915



El Hotel Europa, situado en el marco de la plaza, fue por estos años uno de los más importantes de la ciudad; el hospedaje con alimentación costaba entre dos y 3,5 pesos.

1920



Comenzó la construcción del Edificio Olano, que sería inaugurado dos años más tarde. Los cuatro pisos de la hermosa edificación y el novedoso ascensor que poseía le valieron ser reconocido como el más alto y moderno de la ciudad.

1921

Se inauguró el tranvía eléctrico de la ciudad, cuyas rutas salían del Parque de Berrío. Esto modificó mucho

el paisaje del lugar, que se llenó de cables, rieles y pasajeros que bajaban y subían de los vagones.

1922



A raíz de los incendios de 1912, 1916, 1917, 1921 y 1922 el costado occidental del parque fue ampliado, y las casonas de tapia y dos pisos que aún quedaban dieron paso a modernos edificios de estilo republicano.

1926-1927

Se remodeló el Parque de Berrío con el fin de acondicionarlo para los automóviles. Se reemplazó el piso de piedra por uno de cemento, se retiró la bella verja de hierro, se levantó el pedestal del monumento a Berrío y se quitaron las dos columnas de sus lados, se eliminó el jardín y solo se conservaron los árboles más grandes.

1929

Se inauguró el Edificio Henry, que con sus seis pisos destronó al Edificio Olano como el más alto. Fue diseñado y construido por el arquitecto bogotano Guillermo Herrera Carrizosa, por encargo de Enrique Mejía O. y Benjamín Moreno. Esta edificación representó un hito en el paisaje urbano de Medellín, tanto por su bellissimo estilo arquitectónico como por la utilización de novedosos procedimientos constructivos.

1932

Se redujo el área del parque para la ampliación de algunas calles aledañas.



› Plaza de Berrío. S. f.

Fernando González, Tomás Carrasquilla, León de Greiff y otros más escribieron sus burlas a esos personajes típicos de comienzos del siglo XX en Medellín. No solo caían sátiras de las mejores plumas. La revista *La Miscelánea* describe en una página elocuente las extrañas condiciones de la bolsa y de los “Rockefeller” criollos que participaban de los corrillos productivos: “La moral no rige en el atrio ni en la guerra; está recluida de la puerta de la Catedral para adentro”.

Pero volvamos a la plaza, que ya era otra y tenía a Pedro Justo Berrío entronizado entre jardineras. El mercado se había ido a la plaza cubierta de Guayaquil, y el Parque Bolívar abría un nuevo sueño de mangas, lotes y promesas de progreso en el norte de la ciudad. Ya había varios frentes de desarrollo y el Parque Berrío debía pelear su preeminencia con los aires cargados de Guayaquil y su brío popular, y con los vientos frescos del Parque Bolívar y sus quintas de buhardillas que miraban sobre un bosque urbano. También la Catedral cambiaría de sitio, y la iglesia de La Candelaria estaría muy pronto más blanqueada que nunca.

En 1895 se inauguró la escultura hecha por el italiano Giovanni Anderlini y la plaza se convirtió oficialmente en el Parque de Berrío. Tres años duraron los trabajos, con diseños del arquitecto Antonio J. Duque y estudiantes de la Escuela de Minas, para instalar un jardín ciudadano donde había una plaza de pueblo. Pinos, bancas, arbustos podados, faroles en ringlera y una reja alta hacían parte de la renovada cara del parque. Ya vendrían las nuevas campanas para la iglesia y el alumbrado eléctrico, que sería recibido así por el periódico *El Aviso* en 1898: “Las

lentas campanadas del reloj público anunciaban la llegada del momento solemne. De repente... *fiat lux*”. Hubo salvas de fusilería, himno nacional, pólvora y cabalgata. La noticia cerraba con la promesa de una noche limpia: “Este alumbrado no vicia el aire, no produce humo ni otros gases, no despidе olor ninguno... Como la electricidad no se chorrea, con ella se acaban las manchas”.



El 30 de noviembre de 1923, bajo un pequeño titular que decía “Una tragedia”, el periódico *El Tiempo* anunció la muerte de Manuel S. Acosta, alias ‘Salvita’. La noticia narraba el accidente del “aviador” luego de que su globo “Colombina” se elevara y cayera sobre los techos del edificio del Ferrocarril de Antioquia. El globo de trapo estaba mal hecho y se cerró mientras Salvita hacía sus piruetas. Habían pasado casi cincuenta años desde la primera función de Antonio Guerrero en el Parque Berrío. Ahora la Plaza de Cisneros era el lugar de las grandes aglomeraciones populares. Los bancos habían desembarcado en el Parque Berrío, que lucía los vagones del tranvía eléctrico y los buses traídos por Ricardo Olano en la segunda década del siglo XX. También los automóviles hacían su aparición, y Gonzalo Mejía había instalado una bomba de gasolina en el costado sur del parque; los coches eran cosa del pasado y del desorden de Guayaquil. El atrio hacía las veces de terminal de transporte y recibía a los pasajeros que llegaban por las líneas trazadas desde La América, Buenos Aires, Manrique, El Poblado, Robledo, Belén y Envigado; hace cerca de noventa años existió algo muy similar a lo que hoy llamamos estación Parque Berrío.

La palabra “funcionalidad” reemplazó a la palabra “belleza”, y se adecuó el espacio para “la época del automotor”. El parque creció un poco hacia el occidente, el cemento sustituyó a la piedra y la verja de hierro fue retirada. Pedro Justo Berrío perdía su dominio sobre el espacio, por lo que fue levantado sobre un nuevo pedestal. Los jardines eran cosa del Parque Bolívar, así que se retiraron los arbustos y se dejaron solo algunos árboles mayores. Ya los incendios de 1912, 1916 y 1922 habían contribuido al “progreso” al facilitar el derrumbe de las melancólicas casas de aleros, para dar paso a los edificios de estilo republicano. Los apellidos ilustres dominaban todavía el frontis: Echavarría, Gutiérrez, Olano, Hernández, Zea.

El Café La Bastilla hacía contrapeso intelectual al mundo de las exportaciones cafeteras y las minas. Tomás Carrasquilla era el “rector” de las tertulias, a las que se arrimaban pintores y versistas de ocasión, periodistas y escritores, sastres y voceadores de prensa. Hasta Barba Jacob alcanzó a escampar en las mesas de La Bastilla. Antes, desde una buhardilla en el Café El Globo, León de Greiff y los Panidas habían armado su revista, que fue prohibida inmediatamente desde el púlpito.



› Fachada de los Edificios Echavarría y Gutiérrez. S. f.

Las postales de las ciudades norteamericanas y la palabra “rascacielos” hicieron que los edificios republicanos con bancos y almacenes fueran insuficientes para una ciudad que comenzaba a mostrar su fortaleza industrial. Era el momento de pasar del apellido a la Sociedad Anónima, y tres construcciones marcaron el camino a seguir: el edificio de la Colombiana de Tabaco, el edificio de La Bolsa, que al fin daba confianza a las promesas comerciales, y el Edificio Henry, que con sus seis pisos volvió a llevar las grandes primicias a la vieja plaza. Llegaron nuevas demoliciones y nuevos himnos al progreso. En 1929 Carlos García Posada publicó en la revista *Cromos* su canto al Edificio Henry: “En la noble y armónica composición de Herrera Carrizosa [arquitecto de la obra] hay mucho de ese espíritu conservador y progresista del valiente pueblo antioqueño [...] En algunas de sus partes es puro y sencillo y magnífico como el cielo de Antioquia, en otras gracioso, exquisito y juguetón como sus jardines y sus fuentes. Bajo el cielo medellinense, luminoso y sereno, el Edificio Henry ha de ser una inspiración y un estímulo para los nuevos constructores [...] Sólido, fresco, arcaico y moderno, complicado y franco, el edificio es el heraldo de una nueva vida”.

1948

Nació la primera sede del Banco de la República de Medellín, en el edificio que más tarde ocuparía La Bolsa de Valores.

1963

La ampliación de la carrera Bolívar se llevó parte del costado oriental del parque.

1968

En la manzana sur del Parque de Berrío se construyó el edificio del Banco de la República, que sería inaugurado en 1974.

1974



Siguiendo los lineamientos del Plan Vial de 1969, la calle Boyacá se peatonalizó.

1981

El Banco Popular donó la escultura *El desafío* de Rodrigo Arenas Betancourt, que fue ubicada en el costado suroccidental del parque.



1986

Se instaló en el costado suroccidental la escultura de Fernando Botero *Torso femenino*, conocida popularmente como “La Gorda”. La obra, de 250 kilos de peso y más de dos metros de alto, se convirtió en un punto de referencia para habitantes y visitantes del Centro.

1989



Se iniciaron las obras del Metro y el parque sufrió un proceso de deterioro. La crítica situación fue denunciada por la prensa local en numerosas ocasiones; ejemplo de ello es la siguiente nota periodística: “El Parque de Berrío, corazón de Medellín, símbolo de estas tierras, está muy abandonado, diríamos que súper abandonado. Una zona verde pelada, llena de basuras, una sembrada y con una feísima pileta en el centro”.

1995



El 30 de noviembre, con el parque visiblemente deteriorado, se inauguró el Metro de Medellín y empezó a funcionar la estación Parque Berrío; al igual que las demás estaciones, esta desarticuló el espacio urbano existente, tanto a nivel arquitectónico como social.

1996

El primero de agosto el Metro de Medellín entregó a la comunidad las obras urbanísticas del Parque de Berrío; estas fueron muy cuestionadas,



▸ Parque Berrío. 1965.

En la década del setenta el Banco de la República reforzó el sello financiero y puso la cuota institucional en un parque que fue siempre el centro de las iniciativas privadas y las competencias comerciales. La ampliación de las calles había robado espacio, y Pedro Justo ya no era el imponente gobernador sino un pequeño muñeco aturdido e impasible. Las chocoanas que llegaban a Medellín para trabajar como empleadas del servicio escogieron la fuente del banco como su sitio de encuentro, y en septiembre de 1986 llegó “La Gorda” de Botero y le dio la estocada definitiva al pensativo Berrío. Bajo su torso el parque volvió a tener un aire menos solemne. Una vez más, la vieja plaza mayor era la primera en recibir las novedades y los negocios, los ingenios y los sucesos que luego se irían a otros sitios de la ciudad.

Con el inicio de las obras del Metro el parque recibió su sombra definitiva. Los personajes que visitan hoy la plazuela, el movimiento de los venteros y sus ofertas de empanadas, cidís, zapatos, reconstituyentes sexuales, películas porno, lotería y relojes, sumados al sonsonete de los músicos populares, constituyen una especie de retoma pacífica e ingenua de los primeros habitantes del mercado de toldos. Los milagros de la Puerta del Perdón, el cóndor que corona el edificio de La Bolsa —que bien podría ser un buitre—, los frescos de Pedro Nel en los bajos de la estación del Metro y las viejas palmas adonde todavía llegan los pericos nos dicen que algo queda del telón cambiante del Centro de la ciudad.

■



▸ Reformas al Parque Berrío, por inauguración de la Estación del Metro. 1995.



entre otras cosas porque borraron su valor histórico y lo convirtieron en una pequeña isla de cemento, carente de sentido estético y urbanístico y sin conexión con los espacios circundantes.

1997

La iglesia de Nuestra Señora de La Candelaria fue restaurada por la Fundación Ferrocarril de Antioquia. La principal intervención fue en los techos, deteriorados por el alto flujo de palomas.

1999

El 19 de marzo, en el atrio de La Candelaria, tuvo lugar el primer “Plantón de las Madres de La Candelaria”, acto de protesta pacífico de las madres y familiares de personas desaparecidas por grupos armados.

2001



El edificio de La Bolsa de Medellín dejó de ser sede de la entidad, la cual se fusionó con La Bolsa de Bogotá y Occidente para conformar La Bolsa de Valores de Colombia; a partir de 2007 la nueva organización empezaría a funcionar en el complejo arquitectónico San Fernando Plaza, en el barrio El Poblado. El edificio de la antigua Bolsa sería remodelado y convertido en pasaje comercial.

2006

La asociación Caminos de Esperanza Madres de La Candelaria, integrada por 139 mujeres desplazadas y víctimas de la violencia, recibió el Premio Nacional de Paz.



Iglesia de Nuestra Señora de La Candelaria

Este templo no es para hablar, charlar, dormir, o hacer cosas indignas de este lugar sagrado.
Cartel de entrada

Primera parroquia de Medellín. Inaugurada en 1776. La cúpula es de 1860 y las torres del frontis son de 1887. Fue catedral de la Arquidiócesis de Medellín entre 1868 y 1931. En 1970 recibió el título de Basílica Menor. Declarada Monumento Nacional en 1998.

Comer

De las millones de hostias que se fabrican al mes en este país de creyentes, practicantes, no practicantes y escépticos que dan gracias al señor, más de cien mil son entregadas en la parroquia de Nuestra Señora de La Candelaria. La más antigua de Medellín, la más representativa, la más central: el ombligo de la ciudad, enmarcada entre la calle 49 y la carrera 50, donde todo esto empezó.

A La Candelaria no le faltan fieles. Aunque no tenga su propia feligresía, esa población flotante que vive, trabaja o transita por el Centro no la abandona. Comerciantes, amas de casa, mensajeros, obreros, empleados, desempleados, todos devotos, llenan las bancas durante cada una de las 228 eucaristías que se realizan al mes, y hacen uso debido de la confesión permanente y de la comunión que esta parroquia ofrece sin necesidad de asistir a misa, en las mañanas, cada quince minutos.

La celebración de otros sacramentos es más bien escasa. Los bautizos, que a comienzos del siglo XX superaron el millar por año, pasaron a ser unos cincuenta en los últimos tiempos; los matrimonios, si mucho, alcanzan a ser cinco al año y las exequias son exiguas.

Alborotar

Pero no siempre fue así. Cuando Medellín aún era un pueblo, todo pasaba por La Candelaria. Las fiestas patronales eran el evento popular más importante, y a veces se extendían hasta por ocho días en los que no faltaban viandas, tabaco, aguardiente, chirimía y fuegos artificiales.

Otra fue la fiesta en 1838, cuando se instaló el reloj que ha marcado las horas durante años y que en su momento era el único que existía. Cuentan los cronistas que el montaje del reloj, donado por Tyrrel Moore, fue celebrado con música, cohetes y repique de campanas en todas las iglesias de la ciudad; en los días siguientes, la multitud de curiosos se estacionaba en la plaza para ver girar los punteros y oír extasiada el toque de las horas.

Inquietud y regocijo similares generaron "Las Pascasias", las campanas actuales, donadas por el empresario Pascasio Uribe. Según cuentan, don



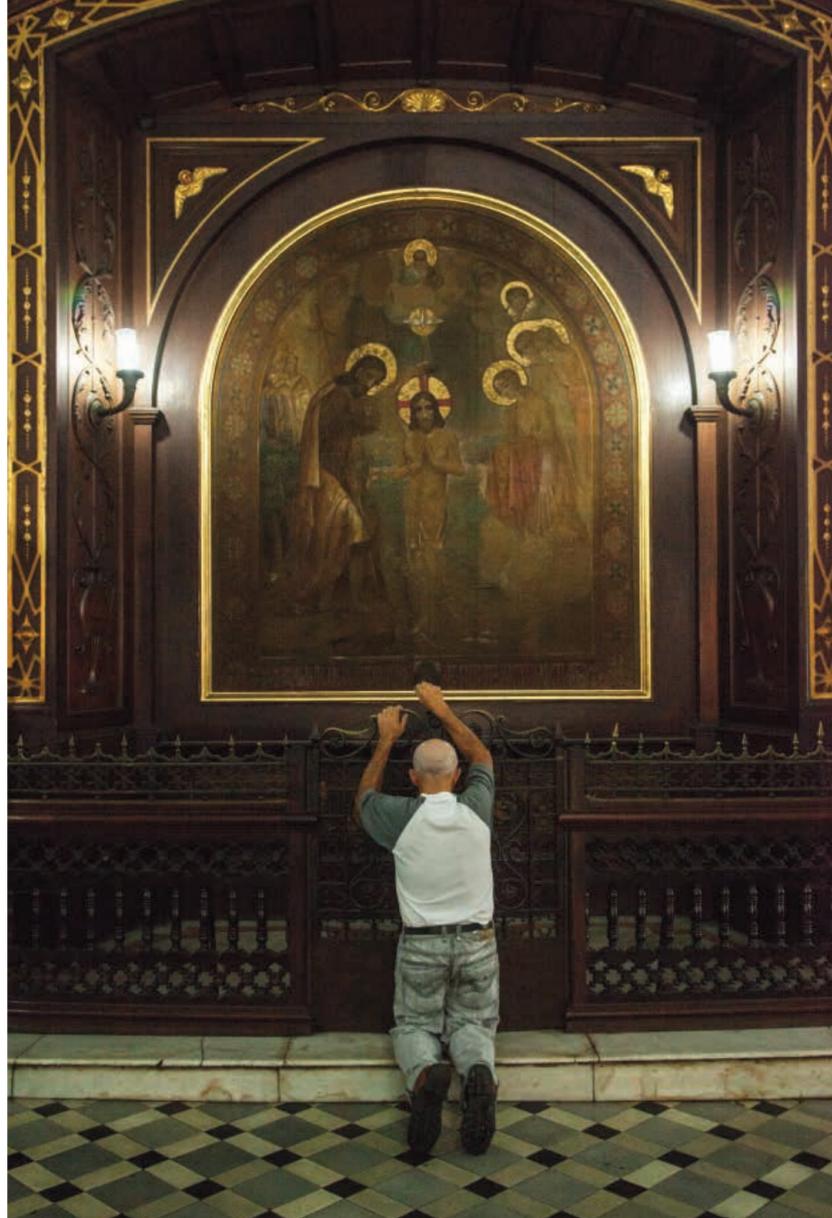
Pascasio las pidió a Nueva York con las siguientes especificaciones: una de veinticinco quilates con un peso de dos mil 500 libras, otra de veinte quilates y dos mil libras, y la tercera de quince quilates y mil 500 libras. En su monografía histórica de esta parroquia, monseñor Javier Piedrahita dice que las campanas costaron 7.746 pesos y la instalación 500. Ya imaginará el lector el jolgorio cuando sonaron por primera vez el 1 de febrero de 1890, víspera de las fiestas patronales.

Exhibir

La Candelaria tiene otros motivos de orgullo. Su famoso sagrario, por ejemplo. Su estructura, hecha en plata labrada, fue premiada y admirada por los emperadores Napoleón III de Francia, Guillermo I de Alemania y Francisco José de Austria en la Exposición Universal de París en 1867. Vino a parar aquí gracias a que el padre José Dolores Jiménez lo compró, luego de que la Catedral de Arequipa, adonde estaba destinado, no pudiera pagarlo.

Hoy el sagrario sigue siendo admirado, junto con el altar frontal, también de plata, y el cuadro de la Virgen de La Candelaria donado por la reina de España, doña Mariana de Austria, en 1675, cuando Medellín recibió el título de villa.

Sin embargo, el que más devotos atrae es el Jesús Caído, ubicado en la nave izquierda del templo, justo al lado de la puerta del perdón. A esta efigie nunca le faltan las veladoras, los postrados y las peticiones.



› Patrona de la Iglesia.

› De los cerca de trescientos cirios que son encendidos diariamente a los pies del Señor caído, unos cien son despachados por la misma parroquia a tres mil pesos cada uno.





Los bajos del Metro

Por JUAN GUILLERMO ROMERO

—¿Vos es que te amañás por aquí, o qué?

—No, don Javier, lo que pasa es que voy a escribir un artículo sobre este sector de la ciudad para un libro que están haciendo unos compañeros.

—¿Qué fue lo que vos estudiaste?

—Periodismo.

—De todos modos, no se confíe. La gente es muy conversadora y uno no sabe quién se le sienta al lado.

—La idea es escribir sobre este sector, y también sobre este bar porque es muy antiguo, tiene más de cincuenta años.

—Claro, como ya se acabaron el Clarita, el 20 de Julio, el Paz del Río y el Salón Bogotá, que quedaba aquí enseguida, donde están esos Billares Europa... Pero ¿cómo es que se llama este bar?

—Se llama Gran Bar, el aviso lo están remodelando, como todo el bar; vea que las paredes están recién pintadas.

—En todo caso, si entra, no se vaya a enguaralar cuando una de esas muchachas se le sienta al lado. Usted sabe que uno empieza sobándoles la manito, y ellas terminan cogiendo otra cosa... La billetera. No se imagina la cantidad de amigos jubilados que botan la platica en estos bares del Centro.

—Las meseras de aquí ni siquiera pueden beber; o al menos, eso me dijo el dueño.

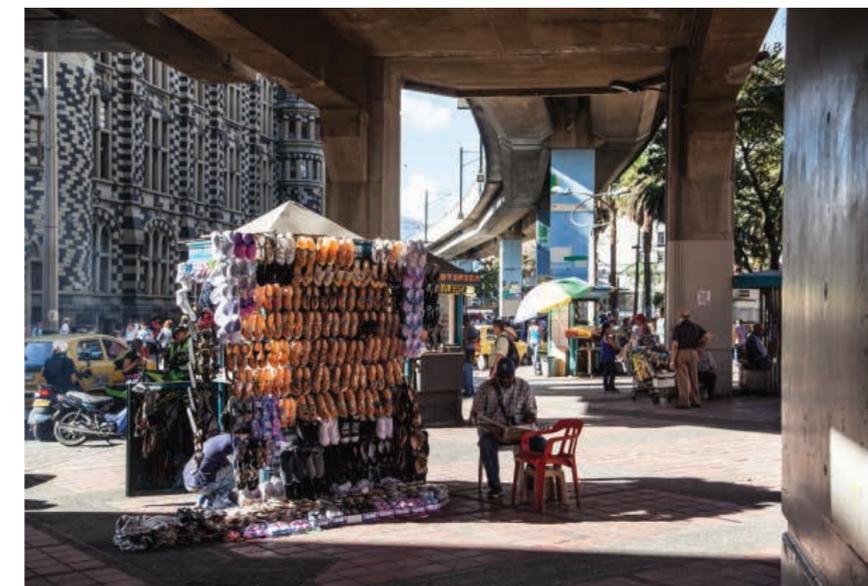
—Puede que el bar sea muy sano, pero la gente conoce de una al que es novato en un sitio.

—Se ve que usted sí viene mucho por estos lados...

—Antes sí venía muy seguido, pero ya casi no. Vea, no ha caído la tarde y ya voy pal barrio.

Era la segunda vez en menos de una semana que una conversación me agarraba a las afueras del Gran Bar, merodeando, camuflado entre los jubilados que conversaban en la acera. La primera vez tampoco me decidí a entrar porque me angustiaba no encontrar a Heriberto Osorio, un señor blanco y fornido, de unos sesenta años, elegante como un monseñor, que había aceptado entrevistarse conmigo en este sitio, y quien administró durante 42 años el Edificio Henry, en cuyo primer piso se encuentra el Gran Bar.

Al llegar, don Heriberto, muy contento de poder regodearse en sus viejos dominios, no se cansó de señalarme qué cosas debía mirar: la fachada del edificio, las ventanas de madera y la puerta de hierro de la entrada,



fabricadas en 1929, año en que se inauguró esta construcción de siete pisos ubicada en el cruce entre Bolívar y Boyacá, considerada en su momento la más alta de la ciudad. Cuando le conté que había leído que el edificio reemplazó uno de los viejos caserones desaparecidos tras el incendio que azotó el Parque Berrío en 1922 —considerado por muchos como el mejor pretexto que hallaron en la época para modernizar el sector—, me condujo a toda prisa hasta la pared derecha del Gran Bar, donde todavía hay un letrero en el que se lee: All America Radio Inc. Un jubilado que estaba allí parado nos interrumpió para decir que ahí quedaba una emisora, pero don Heriberto me mató el ojo y me aclaró que se trataba de una agencia de correos y llamadas a larga distancia que había operado en los años cuarenta. Luego, adentro del bar, mientras nos movíamos entre las mesas, don Heriberto no dejaba de alabar la gran altura del techo y de señalar el *mezzanine*, repleto de clientes ese viernes al mediodía. La gente nos miraba: debíamos parecerles un maestro y un albañil que discutían reformas.

Al salir del bar, don Heriberto me tiró del brazo para que lo acompañara hasta Navarro Ospina, el almacén de electrodomésticos que desde hace



61 años ocupa el otro local del primer piso del edificio, pues encima de la puerta, entre las marcas borrosas de un aviso de Sharp, está la otra pista de esta mini carrera de observación que me propuso: el anuncio del National City Bank of New York, que seguramente funcionó por la misma época que la empresa de correos.

Don Heriberto me invitó, además, a recorrer el edificio. Lo más atractivo, según él, son los pasamanos y las puertas de pino canadiense de las oficinas, marcadas con los números y nombres de sus moradores en la parte superior. Así conocí a Franklin Benítez, el electricista de la 606, quien lleva cuarenta años en el edificio y es su habitante más antiguo. Es un señor bajito, de unos setenta años, que desafía la inactividad que le recomienda su familia y desde las siete de la mañana hasta las seis de la tarde se la pasa metido en una vieja oficina que parece un cementerio de televisores y equipos de sonido viejos. Los ha acumulado por años con la esperanza de aprovechar algunas de sus piezas como repuestos, aunque su especialidad son los proyectores de diapositivas y de 8mm, unos aparatos tan olvidados como el edificio.

—Don Franklin, usted debe ser muy bueno para sostenerse tanto tiempo sin estar a la vista de los transeúntes, metido en este edificio.

—Vea toda la basura que tengo; imagínese lo que me he tenido que mover para conseguirla.

—¿Y dónde aprendió a reparar artículos eléctricos?

—Hice un curso por correspondencia en la National School. Eso era lo que se usaba, pero claro, aprendí fue dándole.

—¿Y usted se mueve mucho por esta zona o sale de una para la casa?

—Salgo cuando necesito comprar algún repuestico y por la mañana a tomarme un tinto, a veces en el Gran Bar. Otra cosa que hago es comprarle la revista *Motor* a un señor que vende periódicos hace muchos años frente a la Remington. ¿Qué más quiere preguntarme?

—No, de pronto estos días le traigo una grabadora que está empezando a fallar.

Cada vez que los entrevistados me arrinconaban, regresaba al Gran Bar. Allí, sentado adentro o parado afuera, recordaba esos bares de pueblo que reúnen en las mañanas, a punta de café, a quienes en las noches se atreven a posar con la cerveza o el guaro en la mano para las señoras y los turistas que entran y salen de las ostentosas iglesias de nuestros municipios. Dispuesto a sacarle más punta a esta repentina interpretación, en mis teorías de pseudourbanista le adjudiqué al viaducto del Metro el papel que antes cumplían los templos. Desde el viaducto hasta el templo de La Candelaria todo es muy iluminado; los bajos, en cambio, son oscuros y sombríos. En ellos el sol entra apenas unos veinte minutos al día, antes o después de la una, dependiendo de la temporada.

—Doly, muy triste ver esto siempre a oscuras.

—Peor chupando sol a toda hora, ¿o es que nosotros los pobres siempre tenemos que quemarnos el pellejo?

—No, Doly, lo digo porque le da a uno la sensación de mayor peligro.

—Pa ustedes que solo vienen a comprar cositas de vez en cuando. La gente del Centro sabemos torear el Centro.

Doly Bohórquez Barrera tiene 54 años y lleva más de treinta toreado este sector. Ha vendido aretas, anillos, cadenas, billeteras y correas de cuero, ropa barata o “tripa”, como la denominan los de su gremio; y desde hace unos diez años, al igual que varios integrantes de su familia, gorras y medias, siempre parada junto a su puesto en los bajos de la Remington. Los ojos pequeños y enrojecidos y las venas dilatadas del cuello le ayudan a narrar sus historias. Como si quisiera despacharme rápido, me habla con la mirada clavada en la pantalla de un Blackberry que le trajo su hijo para mostrarle una camada de cachorros pitbull que espera vender muy pronto; pero cuando sabe que ha llegado la parte digna de efectos sonoros, levanta los ojos y tensiona el cuello mientras dice entre risas “tas tas” y me apunta con el celular.

—Yo le dije al Caleño: “pilas güevón, que los manes aquí mandan la mujer adelante y se van atrás”. Y como a él le fascinaba manosearlas, el tipo lo pilló, le dijo a la esposa que siguiera y se devolvió a meterle tres tiros. Ahí quedó junto a la estatua de “La Gorda”.

De ‘El Caleño’ y su versión femenina, ‘La Piragua’, dos personajes que se hicieron famosos en los noventa por tocarles los genitales a los transeúntes, ya me había hablado Gilberto Chaverra, un vendedor de periódicos. “La Piragua era una señora ya entrada en años, con hijos profesionales y todo, pero le gustaba mandar la mano al mercado de los tipos... y El Caleño, ese era todavía más atravesado. Cuando lo mataron salió en el periódico”.

Como el notario parapetado en su oficina, Gilberto tiene la posibilidad de leer en su quiosco la versión oficial de las historias violentas de la zona. Las de estos días son protagonizadas por las bandas de cosquilleros, esos que roban a punta de distracciones. Hace más de cuarenta años que vende periódicos y revistas junto a la entrada del antiguo Edificio Coltabaco, hoy sede de la Corporación Universitaria Remington. Aprendió el oficio de su madre, Ana Agudelo, quien crió doce hijos gracias a la venta de periódicos en una carreta que estacionaba a unos pasos de la caseta donde ahora él trabaja junto a su hermana Rosalba, quien lo releva en las tardes.

—Me imagino, Gilberto, que lo duro de tu camello es la madrugada por los periódicos...

—Eso era antes, cuando había que hacer filas larguísimas en la antigua sede de *El Colombiano*. Ahora hay muchos distribuidores. Lo duro es aguantar esta bulla; es como estar sentado en el patio de una escuela de primaria en pleno recreo, pero todo el día.

—Y aquí hasta que te jubiles...

—Esto va a ser hasta que me muera. Yo casi termino idiomas en la de Antioquia, pero no se dieron las cosas y aquí me va a tocar, como a mi madre, que aguantó esta bulla hasta sus últimos días. Esto es muy estresante, aunque no lo parezca.

La banda sonora del sector es una verdadera caosfonía, y lo que es peor, en etapa de afinación: la base, tal vez el único ruido que tiene cierta métrica por sus repeticiones, es el que producen los vagones del Metro al entrar



y salir de la estación; y sumados a este sonido, el cuchicheo de las decenas de transeúntes, el rugir de los motores de los taxis y las motos que pasan cada tanto y, por supuesto, los gritos de los vendedores de gorras, bisutería, tinto, agua, películas piratas, minutos a celular, pollo apanado, peluches y, sobre todo, sandalias: el producto dominante en los bajos del Metro. Solo debajo de la estación conté ocho casetas con decenas de hileras de sandalias de plástico, cuero, caucho, con brillantes, sin ellos, de colores metálicos, blancas, negras, nacionales y chinas; simétricas postales que convierten estos quioscos en caleidoscopios ambulantes.

Al entrar de nuevo al Gran Bar pensé que si fuera su dueño le pondría una puerta giratoria de madera y vidrio, como las del Edificio Henry; eso sí, con unos goznes mal aceitados, para que todos los clientes recuerden su sonido cuando ya no puedan frecuentarlo. Nada más lejano de la mente de Carlos Botero, su dueño, un tipo de unos cincuenta años, robusto, con la palidez típica de quienes trasnochan con cierta regularidad, quien hace rato entendió que su clientela no viene por la música ni por las meseras, sino para seguir viendo esas caras que los han acompañado mientras envejecen.

—Lo mejor de este bar es la tranquilidad de sus clientes. Como la mayoría son jubilados, vienen a conversar antes que a emborracharse.

—¿Son jubilados de qué empresa?

—La mayoría de ellos trabajaron en obras civiles para el municipio o el departamento; algunos fueron topógrafos. También viene mucho albañil, pero no muy jóvenes, porque aquí no dejamos que las muchachas beban y eso es lo que buscan los pelados.

—¿Y esa barra lateral de la entrada es para atender más rápido a los transeúntes que quieren tomarse algo?

—Nada, es para los que beben de pie. Aquí llegan personas que toman toda una noche sin sentarse, y si alguien les brinda un trago allá tiene que mandárselo.

Antes de dejar el Gran Bar me tomé una cerveza con la idea de orinar allí, pues varias personas me habían dicho que quien no hubiera expulsado su agüita amarilla en ese estrecho baño, no había recorrido los bajos del Metro. Mientras avanzaba en la fila, la chica que controla la entrada —hace un año cobran doscientos pesos—, una mujer rubia, de contextura maciza y ojos brotados pero siempre entreabiertos, no paraba de mirarme. Fue entonces cuando recordé las palabras de don Javier, mi vecino: “la gente conoce de una al que es novato en un sitio”, acaso la mejor definición de lo que es ser un reportero.

■



Viñeta x10



Incendios

Por MARIA LUISA RESTREPO

El 28 de marzo de 1916, a las 4:30 de la tarde, inmensas llamaradas comenzaron a salir del Hotel Lusitania, ubicado en el costado norte del Parque Berrío, en la esquina de la carrera Palacé con la calle Boyacá. A falta de un cuerpo de bomberos bien preparado y potentes bombas de agua, acudieron al lugar la policía, el regimiento Girardot, y un nutrido grupo de intrépidos jóvenes, artesanos y obreros que asumieron con valentía la tarea de extinguir el fuego. A pesar de los ingentes esfuerzos, el Lusitania y su vecino, el Hotel América, quedaron reducidos a escombros, al igual que varios almacenes de artículos de lujo, una sastrería y la cantina La República. Mientras el improvisado grupo de rescate derribaba a punta de hacha y machete las puertas y ventanas de madera e intentaba sofocar el fuego con precarios medios, bandadas de pillos se lanzaban sobre los escombros en busca de trofeos. La escena era inverosímil: unos corrían por las calles al tiempo que trataban de calzar en sus desnudos pies elegantes zapatos o de cubrir sus rústicas ropas con finas levitas y chalecos; otros tiraban lejos sus sombreros de paja para reemplazarlos por unos de fieltro, e incluso se vieron algunos llevando sombreros de dama; otros huían con cofres llenos de alhajas, y los más desafortunados encontraron botellas de licores extranjeros que bebieron resignados mientras apreciaban el espectáculo.



› Carrera Palacé el día del incendio. 1921.

Para evitar la propagación del fuego por los hilos telegráficos, estos debieron ser cortados, y la ciudad quedó incomunicada con la capital y demás regiones. El incendio duró dos eternas horas, dejó un muerto, diecisiete heridos, más de 300 mil pesos en pérdidas materiales y 41 detenidos acusados de hurto. La causa del siniestro nunca se supo, pero al parecer el roce de dos cables produjo la flama inicial.

Episodios como este no eran una novedad en el Parque Berrío. En 1912 otro incendio había azotado parte del costado occidental de la plaza mayor, y un año después del desgraciado suceso de 1916 las llamas abrasaron las manzanas occidental y norte. Sin embargo, el más terrible de los incendios del Parque Berrío tuvo lugar la noche del 30 de octubre de 1921. A las 9:20 sonó el silbato que anunciaba fuego. Mientras una espesa humareda salía de los bajos del Edificio Ángel, en la esquina de Bolívar con Boyacá, las llamas se propagaban vertiginosamente, y horas después se elevaban potentes sobre los tejados de toda la manzana occidental. Una vez más, el improvisado cuerpo de bomberos de la ciudad demostró su ineficacia, al igual que la policía municipal, cuyos hombres (no todos, claro) estaban a esa hora en tremenda parranda y llegaron al lugar completamente borrachos; los sobrios, por su parte, no sabían si ayudar a apagar el fuego o apresar a quienes se servían del alboroto para



› Incendio Parque Berrío. 1921.

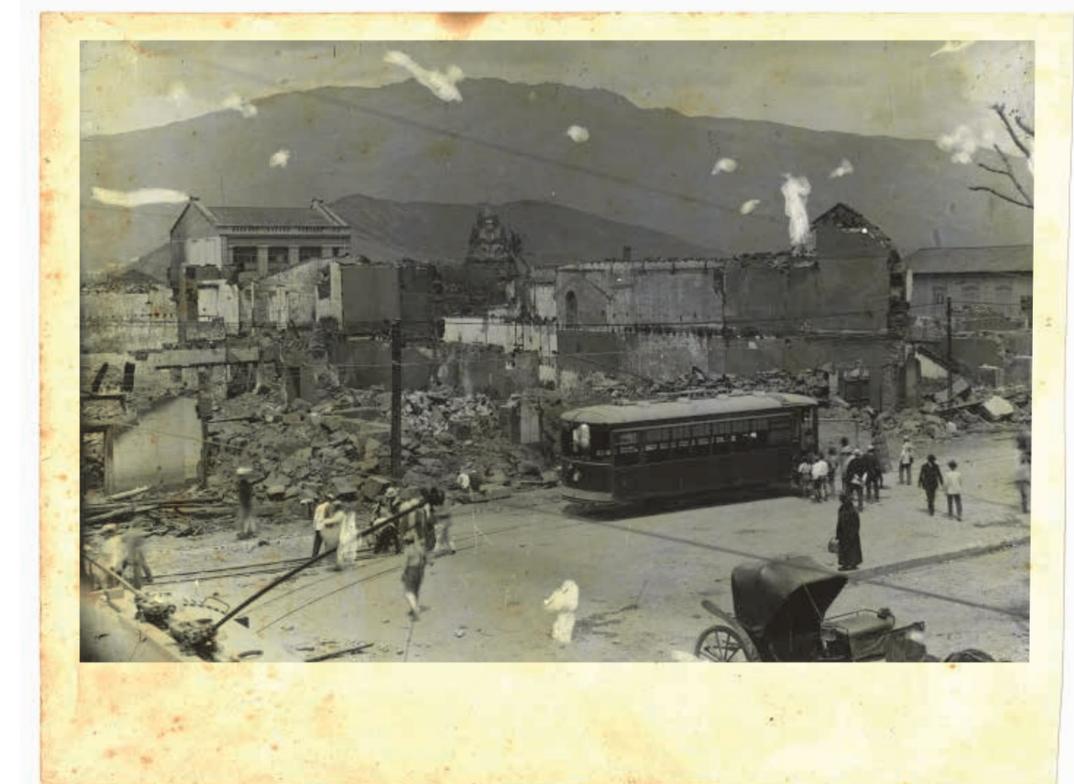
saquear. El gobernador y el comandante gritaban órdenes desesperadas desde los tejados de la manzana de al lado; hombres de todas las edades se afanaban por rescatar mercancías de los locales y apaciguar las llamas; hasta los Hermanos Cristianos, con sus negras sotanas, dieron muestras de su amor al prójimo con valerosos esfuerzos. El pánico era generalizado, y empeoró cuando la electricidad fue suspendida en muchos sectores y las comunicaciones cortadas por completo.

A las cinco de la mañana el incendio llegaba ya al Edificio Bedout, situado en la calle Colombia, entre Bolívar y Carabobo, y solo a las nueve las llamas fueron sofocadas. Los edificios de la manzana occidental quedaron en ruinas. Las pérdidas de almacenes, depósitos, agencias y oficinas ascendieron a 2'500.000 dólares (al cambio de la época); los heridos fueron muchos, algunas personas desaparecieron y hubo más de 300 detenidos por robo. El acontecimiento conmocionó al país entero: llegaron condolencias de todos los departamentos y municipios, el presidente envió un sentido telegrama y el Senado dejó constancia del hecho en acta firmada. La ciudad se llenó de curiosos venidos de los municipios cercanos para ver con sus propios ojos el famoso desastre.

Sobre las causas del siniestro se especuló ampliamente; hubo quienes hablaron de una chispa inicial en el Almacén Nápoles, otros culparon a las grandes cantidades de explosivos guardadas en los depósitos, y no pocos lanzaron la hipótesis de un objeto en combustión arrojado con premeditación a uno de los locales. Finalmente, y como de costumbre, nada se pudo comprobar.

Menguadas las emociones por el trágico acontecimiento, muchos empezaron a considerar la catástrofe como una oportunidad para la renovación del Parque Berrío, entre ellos el prestante hombre de

› Incendio Parque Berrío. 1921.



negocios Ricardo Olano, quien al respecto mencionó: “La ciudad ganará, porque todo lo incendiado era viejo y feo y ahora se levantarán edificios modernos”. La municipalidad tampoco tardó en reconocer la posibilidad que el azar ofrecía, y tres días después del incidente el Concejo nombró una comisión encargada de solicitar a los propietarios de los edificios destruidos una franja de terreno para ensanchar la carrera Carabobo y las calles Boyacá y Colombia (el ensanche de la calle Palacé se había hecho después del incendio de 1916). Se decidió, además, ampliar unos metros el parque por el lado incendiado, y se dispuso que los nuevos edificios fueran construidos siguiendo un mismo estilo arquitectónico.

Así pues, gracias al azaroso fuego, las viejas casas que enmarcaban el Parque Berrío —de tapia, de dos o tres pisos, con balcón y alero— fueron reemplazadas por elegantes edificios de estilo republicano, a la usanza

europea. La firma H. M. Rodríguez fue la encargada de edificar el Banco Republicano (donde después funcionó el Banco de Bogotá y luego el Banco de Londres); el francés Francisco Navech construyó el Edificio Miguel Vásquez, en la calle Colombia, debajo de la carrera Bolívar; en la esquina de Boyacá se erigió el Edificio Británico y sobre la carrera Bolívar el Edificio Zea.

Estas nuevas construcciones dieron al parque aires de abolengo, tan añorados por los ricos comerciantes de aquella época, que quisieron borrar, a toda costa, las huellas del pasado provinciano. Asimismo, las generaciones posteriores vieron en aquellos edificios un pasado sin valor alguno, y las elegantes edificaciones de estilo republicano desaparecieron para dar paso a modernos rascacielos. La almadana vino a reemplazar el papel renovador de las llamas.

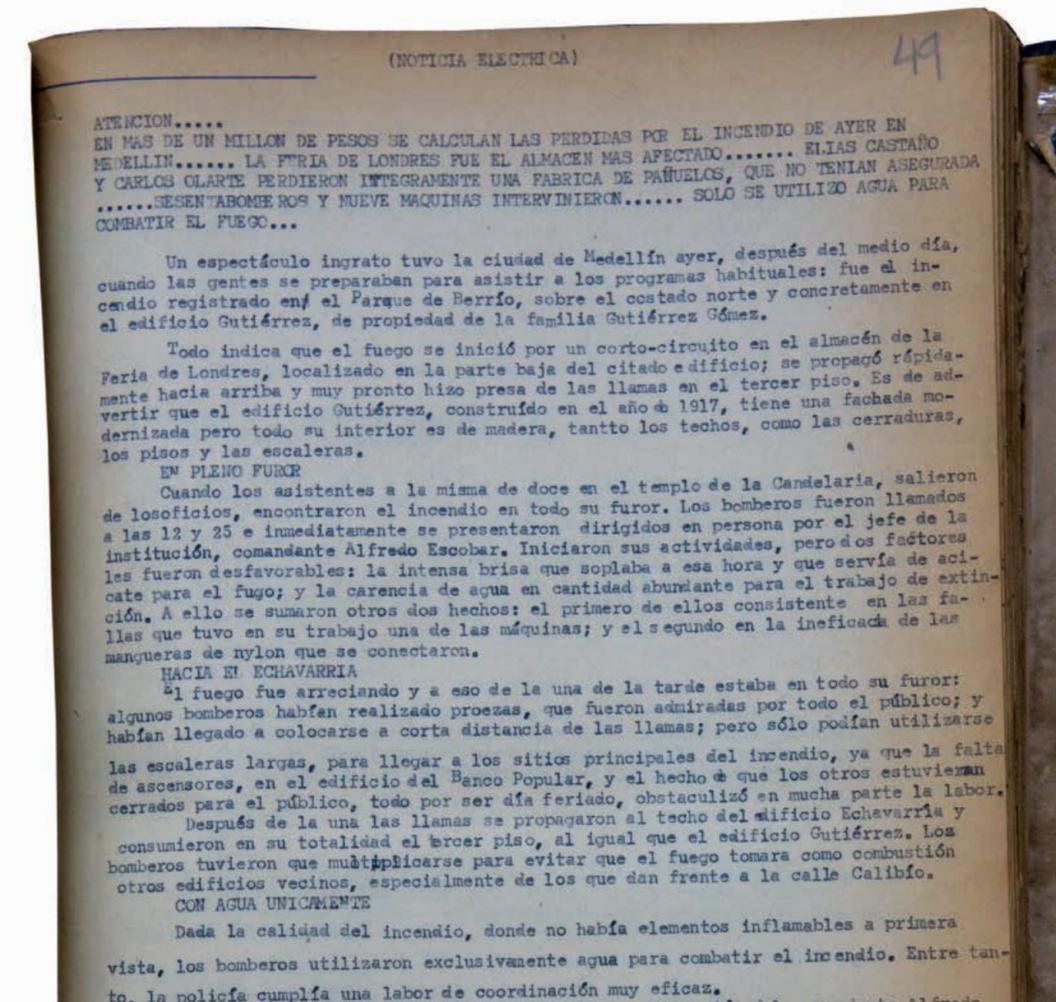
■



► Cuerpo de bomberos de Medellín. 1925.



► Uno de los últimos incendios del Parque Berrío ocurrió el 2 de agosto de 1959 en el Edificio Gutiérrez, en cuyos bajos quedaba el almacén La Feria de Londres. Como la seguidilla de incendios que azotó al parque en las décadas anteriores, este impulsó el cambio y la modernización de las edificaciones circundantes. Incluso se ha dicho que aquellos siniestros no fueron siempre producto del azar, pues se convirtieron en una manera eficaz de presionar la venta de los predios y su posterior transformación por parte de particulares.



► El tono del Radio Periódico Clarín entregaba dramatismo al humo de los incendios en el Parque Berrío. Tiempos de la radio amarilla en 1959.



Ciudad vs. Pueblo

Por PASCUAL GAVIRIA

El oro no estaba en las minas sino en el Parque Berrío.
Frase del ingenio local, 1910

El Parque Berrío todavía entrega su sombra de palmeras a cambio de la mierda inofensiva de las palomas. A simple vista, palmeras y palomas son lo único que le queda de parque de pueblo a esa casilla arrinconada del Centro de la ciudad, aplastada por el Metro, sitiada por los taxis, animada por el sermón de los vendedores de la pujante industria del porno local. Ahora el parque no es más que una modesta plazuela de paso coronada por un prócer empujado ante la escala de los edificios y los hombres, de los buses y “La Gorda” de Botero.

Pero en los corrillos espontáneos que se juntan bajo los árboles se puede encontrar el Medellín más pueblerino, una increíble colección de montañeros que han elegido el ombligo maltrecho de la ciudad para cantarles a su pueblo perdido. Todos tienen los dedos gastados de rasgar las cuerdas y fumarse el cigarrillo hasta la última pavesa. Y ninguno de los tríos suma 32 dientes. Se agrupan según los alientos del día, las complicidades de la botella, los resentimientos de la última gresca. Van y vienen deshaciendo los tríos, conformando los dúos, completando los cuartetos, mientras el corrillo de desocupados los escucha con etílico entusiasmo. Un poco más atrás ronda la horda de tinteras, unas ofreciendo el termo, otras ofreciendo el trono.

Por momentos el Centro de Medellín, ignorado por los ciudadanos que cruzan en busca de una rebaja, parece la plaza de un caserío recién fundado por las desgracias del desplazamiento, los azares de la coca o las promesas del contrabando: Cartagena del Chairá, por decir algo, o Remolinos del Caguán, o Medellín del Ariari. Todos se conocen en esa extraña caricatura del pueblo en la ciudad. Los más viejos hablan del ambiente de fiesta que fue creciendo, hace veinte o veinticinco años, alrededor de los carros de mercado que vendían cerveza, guaro, salchichón, cigarrillos. Poco a poco los músicos callejeros empezaron a acompañar el chirrido de esas cantinas ambulantes. Muy pronto los zurrungueros se hicieron indispensables, y lo que era una beba de cartas y alegatos frente a un carro ambulante se convirtió en baile y cantata. “En ese tiempo algún gracioso le puso el Parque Berrido”, dice una de las gargantas de vieja data.

Es sábado a las dos de la tarde y se cuentan más de veinte guitarras entre las activas y las enfundadas. Los corrillos apenas están afinando las historias de la noche anterior: un viaje repentino a tocar en una fiesta en San Pedro, dos horas de música carrilera que resultaron en La Estancia, en el Parque Bolívar, un contacto del tercer tipo con una de las bailarinas

ocasionales del parque. Lucely es una de las fundadoras de la escena. Acaba de llegar de un recorrido en buses con su parlante: “me cansé de tocar con otros músicos, eso es muy difícil, los humores de cada uno, de cada día... Esto no es sino prenderlo y listo, no pone problema”. Parece que antes de la primera canción es necesario un desahogo sin acompañamiento, a palo seco: “yo empecé a cantar por un desespero, por un hijo enfermo. Estaba lista pa robar, pa ime pa la pieza con el primero que me ofreciera. Y resulté cantando. No sabía, pero cantaba con el corazón”. Sus primeros temas hacen parte de esa inagotable colección de desgracias que se lloran en las cantinas: *Mil puñados de oro* y *Cruz de madera*.

Lucely hace una lista de muertos que no alcanzo a copiar en mi libreta: tres de sus maestros musicales, a los que llama el difunto Argemiro, el difunto ‘El Tábano’, el difunto tales..., más dos hijos asesinados en Ituango y Medellín. Tiene los ojos chiquitos, esquivos, perfectos para esas canciones de llantos eternos. Abrazada a su parlante canta una alegoría a las madres solteras, sin afán, con la misma parsimonia y concentración con la que acaba de contar un pedazo de su vida. Su canto y su cuento tienen la misma letra truculenta.

Cuando llegó el Metro con sus alardes de trapeadora y su cultura de ascensor, los músicos populares del Parque Berrío fueron perseguidos como la peor de las plagas. Muecos, con tufo a alcohol y canciones de lágrimas y puñales, con sombrero peludo y zapatos que sufrían su tercer dueño, los músicos, los bailarines y los pegados del parche le parecían al Metro impresentables para sus alrededores metropolitanos. Recordaban demasiado a los personajes callejeros, algo siniestros y desaliñados, que solo le gustan a la cultura oficial cuando están pintados por Débora Arango o retratados por Benjamín de la Calle. Entonces los policías comenzaron a desalojar el parque y la guitarra se volvió una amenaza: “es muy difícil conseguir a uno de por aquí que no haya terminado en el comando”, dice ‘El Segoviano’, un cantante vestido con la camiseta del Nacional.

En medio de esa purga contra la guasca, la carrilera, la parrandera, el despecho y sus costumbres hubo una escena que cambiaría un poco la historia del parque. Eran los tiempos en que Lucely aún no había descubierto a su compañero el parlante y andaba con la guitarra a cuestras. Un policía trataba de arrebátársela y ella daba pelea con las pajuelas como única arma. El tomo ganó el duelo y amenazó con romper la guitarra contra el piso. Una estampa perfecta para un estencil. José Manuel Barrionuevo, un

hombre de Barranca curtido en rebusques y andanzas, vio todo el tropel desde una esquina y decidió comprar la pelea. Salvó la guitarra y se le ocurrió que había una buena posibilidad de pelear por los músicos del parque. Tenía varias categorías que seducían en el lenguaje burocrático del momento: población vulnerable, desplazados, gestores culturales. Comenzó a llenar planillas, sacar carnés y juntar tríos camino a la Secretaría de Cultura. Barrionuevo se declara analfabeta musicalmente. Tal vez así tenía que ser para animarse a dar la pelea por los músicos en el escalón más bajo de la tarima.

El Metro debió resignarse y trazó una línea imaginaria que los músicos y su guachafita se comprometieron a no cruzar: "ese es el paralelo 38", dice Barrionuevo entre risas, aludiendo a la línea roja entre las dos Coreas. Ahora los merenderos tienen el compromiso de pensar más en la guitarra que en la copa mientras estén en el parque, y cumplen con discreción yendo a enjuagarse la boca cada tanto a una esquina cercana; incluso lograron recibir clases de técnica vocal en la sede del Banco de la República y lucir los adelantos en un concierto de lujo en la Minorista.

Ahora, cuando los esplendores del Parque Berrío son imposibles de reconstruir desde la visual de Pedro Justo, después de que la ciudad decidiera sepultar su cuna bajo su gran orgullo, los personajes que se reúnen día a día para cantar y bailar sus cuitas hacen posible vivir en el pueblo de 'Cosiaca', 'Marañas', 'Lorita' y demás vagos de ruana y pata ancha. Esa Medellín que baila a salticos en los corrillos del parque, que exhibe la mirada vidriosa de los jubilados sobre las putas jubiladas, que rebusca monedas invocando brujas y resuelve todas las discusiones con el refranero, es un sumidero privilegiado en la ciudad. Allí no solo hay una colección de lo más granado de los montañeros de la provincia, sino que también están los campechanos más rebeldes, los más bohemios, como todavía dicen en los pueblos. Intentan mezclarle algo de guitarra al palustre de la semana y no se dejan atortolar por el reguetón ambiente: "a mí me tocó venirme pa Medellín porque uno de músico en el pueblo es visto como un loco, un borracho sin oficio", me dice 'El Genuino de Antioquia'. Algo parecido dijo el inglés Charles Saffray cuando abandonó lo poco que había en este valle a finales del siglo XIX: "...en aquel pueblo ocupado solo en buscar progreso material, los sabios, los poetas, los músicos, los artistas quedan siempre pobres, sin poder construir una clase separada". Lo han logrado a medias: ahora tienen carné de desplazados, asociación de músicos populares y el beneplácito a regañadientes de la nueva iglesia local y sus vagones.





Un viejo y obstinado corazón

Por ANAMARÍA BEDOYA BUILES

*Sólo esto, entre todo, quedará...
han vivido y han apostado,
gran parte del juego serán ganancias,
aunque el oro de los dados se ha perdido.*
Jack London

De espaldas a don Pedro

Enrique llevaba puesto el fedora blanco alicorto. Hasta en los días grises cubre su cabeza con aquel viejo sombrero sin pluma. Esa mañana el cielo despejado auguraba un tiempo caluroso, en esos casos el sombrero es lo único que le brinda sombra. Era martes, día de María Auxiliadora, día de la suerte de Enrique. Solo a él le aguardaba la ventura. Para el resto de quienes trabajan sobre la calle Palacé, a los pies de la Basílica Menor de Nuestra Señora de La Candelaria, sería un día como todos.

—Dios le pague hijo, Dios lo bendiga.

A todo el que le daba limosna, Enrique le decía lo mismo. No paraba de agitar el vaso; el ritmo sincopado, metálico y seco, marcaba cada segundo de las seis horas que permaneció frente a la puerta izquierda de la iglesia. Eligió esa entrada porque por ahí la gente sale más caritativa. Se dio cuenta después de pasar dos años en la puerta derecha, donde otro señor, también inválido, pedía.

En El Pedrero, el mercado de la antigua Plaza de Cisneros, se conocieron varios de los que trabajan en el atrio. Allá llegó Enrique muy aburrido después de abandonar Andes, su pueblo natal, la misma mañana que su mamá murió. Consiguió trabajo como camarero en el Hotel Amazonas, pero cuando se incendió la plaza y la gente perdió los negocios cargó una carreta con pescado y aguacate y se fue a vender por los lados de Laureles. A Enrique lo que más le gustaba era jugar billar, y le iba bien. El día que sumó treinta carambolas decidió que viviría de su suerte. Pero la suerte le tenía reservadas otras jugadas.



—Vendí un afiche de la Madre Laura, cinco mil pesos —le dijo Julio a 'El Diablo', un señor trigueño y bajito, de cejas espesas y ojos oscuros. El Diablo recibió el billete y le dio mil pesos por cuidarle el puesto en el que vende novenas, relicarios, libros y afiches.



Antes de ser El Diablo lo llamaban por su nombre: Jaime. Fue en la época de El Pedrero. Vendía atrapamoscas en las mañanas y al medio día se encontraba con su papá, un albañil de la construcción del Pasaje Veracruz, para almorzar. El Diablo no recuerda el nombre de las dos películas japonesas que vieron en el Teatro Granada. En la segunda el papá empezó a sudar a chorros. No alcanzó a llegar vivo al hospital. Antes de morir le escuchó decir: “pórtese bien, mijo”.

Está cumpliendo esa última voluntad después de haber estado encerrado mucho tiempo en la pieza de un hotel barato del Centro, llevado de la soledad y las drogas, hundido en el recuerdo de la mujer que conoció en el Parque Berrío el día que un aguacero los destinó a escamparse bajo el mismo balcón. Tuvieron una hija que luego lo haría abuelo de una niña, la única capaz de obligarlo a dejar el bazuco.

—A la orden, señoras —dijo a dos devotas, pero Ramiro, el señor del lado, se le adelantó con la novena de Santa Ana. El Diablo se sentó en la butaca, sin apartarle la mirada ceñuda. Abrió el periódico para encubrirse y vigiló a Ramiro de soslayo.

Se distinguen desde El Pedrero. Ramiro vendía panela a cinco centavos. Dejó la escuela por los Lleras, billetticos que le daban las señoras por cargarles el mercado hasta el Tranvía de Ayacucho. Después de entregar la novena se puso a ordenar los libros. Ramiro también vende recetarios de magia blanca, fórmulas para hechizos, conjuros para el amor, la impotencia sexual, el trabajo y las enfermedades, contras y sahumeros mágicos.



Enrique se despertó a las cinco de la mañana. Se afeitó la barba con jabón perfumado, eligió la camisa de cuadros y el pantalón de paño gris, dobló el resto de la bota y la guardó debajo de los muslos. Se puso el reloj de manilla de cuero, se caló el sombrero y salió del pequeño cuarto alquilado luego de apagar la luz. En el camino hacia el Parque Berrío se detuvo una vez y desayunó empanada con chocolate. A las 6:30 a.m. se ubicó a la entrada de la iglesia.

La salmodia de una voz varonil y aletargada anunció el fin de la misa de ocho. Algunos devotos rezaban

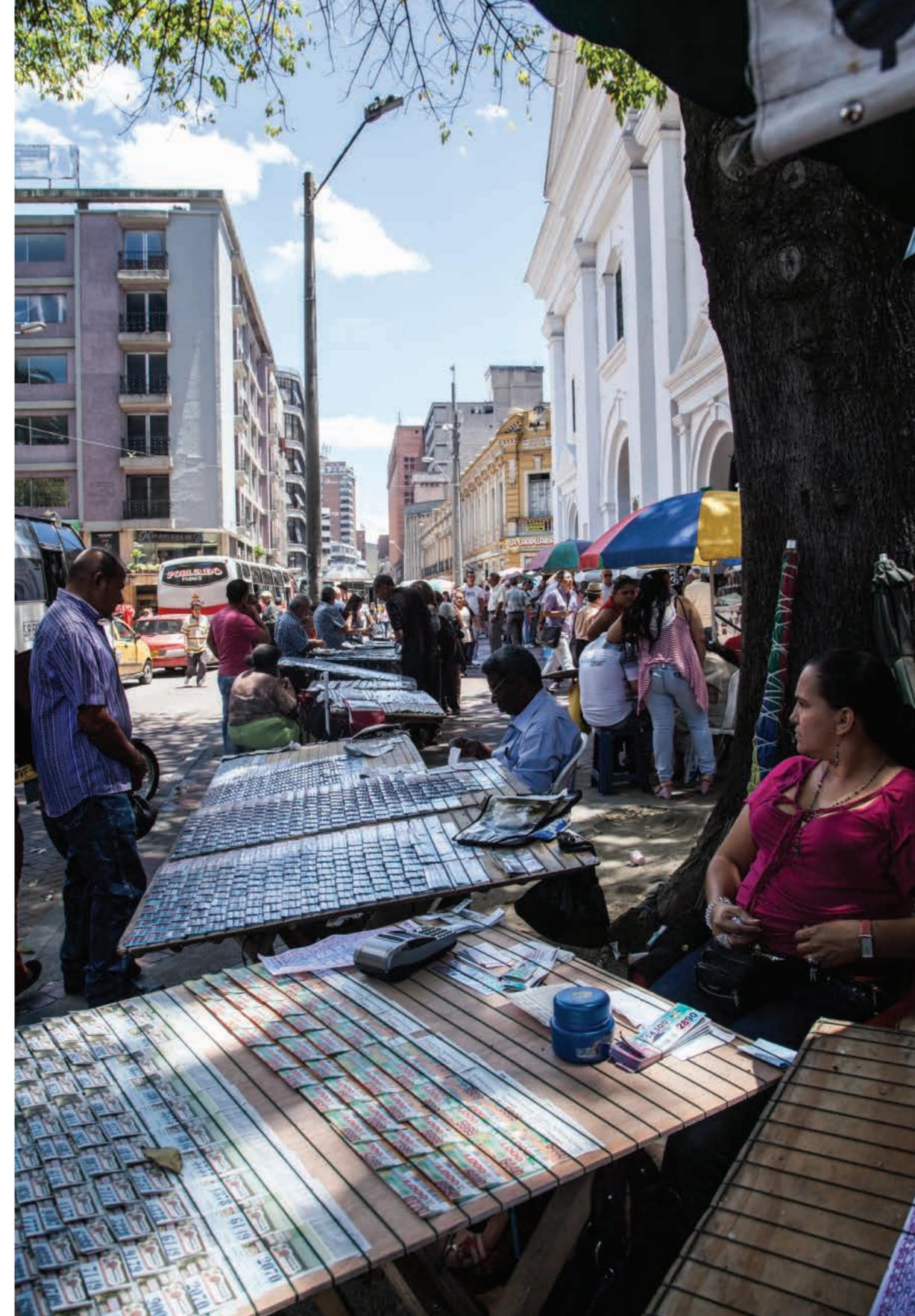
arrodillados en el reclinatorio frente a la hornacina de Jesús Nazareno, junto a la entrada donde Enrique esperaba. Miró la hora: 8:30 a.m. Las monedas en el vaso no sumaban dos mil pesos.

Una vez, hace cincuenta años, contó treinta mil pesos. Los ganó después de vencer en el billar al carnicero de un pueblo. El carnicero salió a buscar un cuchillo para sacarle las tripas a ese pobre campesino de sandalias y poncho curtido. Un policía lo ayudó a escaparse. Regresó a Medellín por una niña de catorce años de la que estaba enamorado y se fueron para Cali a gastarse la fortuna.

La feligresía salió de la iglesia en una marcha acompañada y se dispersó al ritmo apresurado de Palacé, con los bolsos apretados contra el pecho y la mirada al frente. Una señora de cabello corto y cejas pintadas salió de la misa sin ver a Enrique, siguió por la acera hacia los puestos de los loteros alineados frente al Pasaje Comercial La Bolsa, ignoró a los jóvenes de traje que le ofrecieron créditos para pensionados.

Enrique regresó de Cali sin dinero y sin la niña de catorce con la que tuvo un hijo que nunca conoció. Y volvió a vender pescado en la carreta. Primero le empezó a doler la pierna derecha, se hinchó y se puso morada. Le dijeron que era un hechizo, gastó en brujos que no lo curaron. Una noche le salieron de la pierna unos gusanitos con cabeza roja. Se desmayó al verlos y despertó en un hospital. El pie y la rodilla derecha habían desaparecido. Pasó lo mismo con la izquierda. Desde entonces Enrique pide limosna.

Por segunda vez, miró el reloj: 8:50 a.m. No había por qué desesperarse, Envigado queda muy lejos. Llegaría. Es devota de María Auxiliadora y





desde hace tres años no falla. ¿Y si amaneció enferma? En ese caso no almorzaría sancocho de pescado de la Minorista.

Una mujer blanca de gafas oscuras, cabello teñido de castaño y labios pintados de rojo le echó al vaso un billete que sacó de su billetera de cuero.

—Mi Dios le pague, Dios la bendiga.

La mujer respondió con una mirada corta, le sonrió y entró al templo enganchada al brazo de un hombre.

—Vea, ¿no le dije? Yo no miento. Cinco mil pesos. A mí es que me da pena hablarle porque siempre anda con el marido y de pronto la cela.

Sonaron los oscuros tañidos de las campanas afinadas en Do Mi Sol.

La 50 con la 50

Las guías turísticas aseguran que el cruce de Palacé con Colombia —la 50 con la 50— marca el centro de la ciudad. Insisten en que el Parque Berrío es el corazón de Medellín. En ese caso, este músculo padece una taquicardia sinusal. Corre al ritmo de taconeos, bramidos, guitarras y cornetas. Recibe el humo negro de las arterias taponadas por las que circulan buses y taxis, y el humo oscurece las hojas de los árboles. En cambio, estos producen oxígeno para quienes viven bajo su sombra, al pie de sus troncos. A pesar de las arritmias, el corazón no se detiene.

En este campo cardíaco los lustrabotas están en el ventrículo izquierdo. Óscar no conoce la especie ni ha visto florecer el árbol que eligió para estacionar su puesto de lustrabotas. Una vez le dijeron que podía vivir hasta 300 años. Lo prefirió porque sus ramas gruesas, cubiertas de hojas lanceoladas, lo protegen del sol. Descartó las palmas reales, que se elevan más de diez metros, porque sus penachos están poblados por una bandada de pericos que cagan y parlotean todo el día.

Había pasado una hora desde que lustró los últimos zapatos. Ya había leído el periódico del día y se había tomado el tinto de la mañana.

Simplemente esperaba en silencio que algún cliente llegara. Miraba los zapatos de quienes pasaban a su lado: algodón, lona, gamuza, cuero, charol, poliéster. Hace diecisiete años, cuando empezó a lustrar, estaban de moda los Tres Coronas color uva y café. Le iba mejor. Ahora hay mucho zapato moderno que no necesita más que agua y jabón.

Lustrabotas le parece mejor que embolador, esa palabra no va para nada con su estilo. Inventó una que sí: Lustrólogo de la Universidad de la Vida. La escribió con marcador negro en un bloque de Icopor, sobre el que reposaba un maletín ejecutivo surtido de utensilios ordenados según la categoría: tintas, brochas, grasa de potro, gamuzol y champú. En el bolsillo interno exponía dos recortes de periódico: una vieja nota titulada “El poeta del calzado” en la que aparece junto a su hijo mayor, que en ese entonces tenía seis años; y una opinión que les pidió un periodista a él y a otros dos lustrabotas, Harry y Henry, acerca del marcador de un partido entre Uruguay y Colombia. Los tres miran la cámara abrazados, sonríen.

Óscar miró el reloj; su esposa debía estar recogiendo a los niños en la escuela. Antes de salir de casa le dejó los veinte mil pesos del diario. Ojalá, pensó, viniera el cliente misterioso que le ha dado hasta cincuenta mil por una lustrada; el que prometió ayudarlo a terminar de construir su rancho, al que le contó que su fin es jubilarse porque le da miedo terminar como su mamá, encerrada en un asilo.



—¿Mala? El que le dijo eso no conoce de relojería. Esta maquinaria es japonesa y no toda máquina viene con compartimento de calendario —dijo Alberto al bogotano. Destapó el reloj y le sacó la pila, se la puso entre los labios y la tocó con la punta de la lengua.

—La pila es la mala. La gente cree que colocar una pila es coger y tran, ya. El que vio este reló no conoce de relojería. Espere me pongo mi ojo mágico.

Alberto decoró el estrecho cubículo con un reloj que hizo en una placa de piedra; está detenido, desde hace mucho tiempo, en las dos y media. Buscó su lupa en la repisa donde tiene arrumados celulares, relojes, cargadores y hasta limas de uñas. Encontró el monóculo y se lo puso en la cuenca del ojo derecho.

—Es un *super beat*. *Water* resistente. 1996. Este número hay que hacerlo en chance.

“Hay que hacerlo en chance”, dijo, porque ese fue el año en que el Metro le entregó el módulo ubicado en la acera de la calle Colombia. Alberto aprendió el oficio mirando a los relojeros del sanandresito de Maturín. Le gustan los relojes automáticos. Su favorito es el Rolex, pero jamás ha tenido uno en sus manos.

—Ese reló lo tengo hace diecisiete años, se lo compré a un tío que lo trajo de Ecuador. Él es coleccionista. Cada que va a distintas ciudades, compra relojes. Ese *man* debe tener por ahí unos 500 relojes. ¿Cuánto vale el cambio de pila?

—Para mí el reló es como una comida. Llegué a tener 180. Después me puse a mirar, yo pa qué 180 relojes si solo tengo una mano, y empecé a vender. La pila le vale cuatro mil porque es original. De antemano le digo: si le saca la mano, no lo lleve a otra parte, porque hay gente que uno les da garantía y cuando menos piensa dizque se fueron para La Candelaria, y allá le sacan la pila original y le ponen otra.

El bogotano le entregó cuatro mil pesos. Alberto ajustó la hora y se lo pegó al oído para escuchar el tictac, como un paramédico que vuelve a percibir la sístole y la diástole después de una reanimación.

—Señor, muchas gracias, nos hablamos cuando se me acabe la pila.

El bogotano siguió por la acera de la calle Colombia y pasó por el acopio de taxis que se movía lentamente. Se detuvo en la esquina de la 50 con 50, junto al pilar coronado por el reloj del Metro, y desde ahí miró hacia el parque. Escuchó al hombre que cantaba frente a la efigie de Pedro Justo, dueño del único corazón de este lugar que no bombea. Un corazón que enfermó y finalmente se detuvo un 14 de febrero de un siglo olvidado, meses después de que su esposa Estefanía muriera. “Cómo pretendes llamar amor a lo que me brindas / si tan solo disculpas escucho al ponerte un cita”. El bogotano miró la hora y continuó su camino.

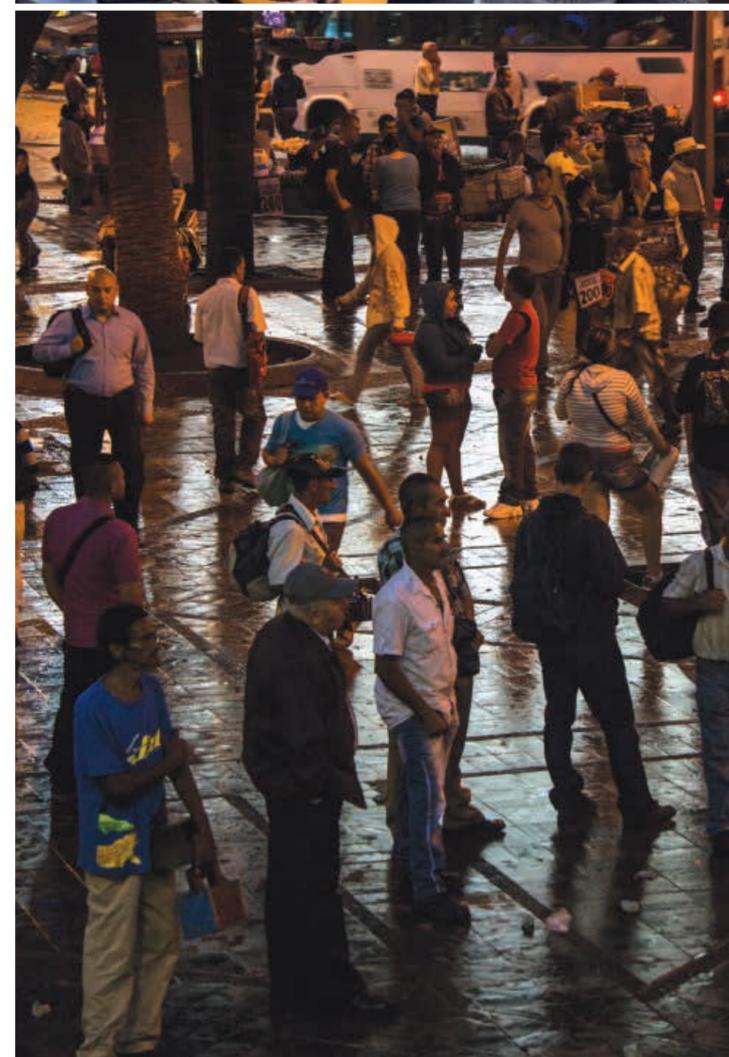
A los ojos de don Pedro

El aguacero menguó cuando aclaró el día; sin embargo, la ciudad amaneció sin sol. No había ni una mancha celeste y el cielo parecía una bóveda blanca que lo confinaba todo. Durante el resto de la mañana cayó una llovizna que aminoró los ánimos de quienes, a pesar del frío, tenían que ir al trabajo. Una voz mecánica anunció la estación del Metro. Hombres y mujeres se agolparon en la puerta, pegados los unos a los otros como si fueran un solo cuerpo que luego se deshizo de a poco.

Una señora del aseo trataba en vano de limpiar cientos de huellas pantanosas. La gente se dispersó rápidamente por las escaleras que conectan la estación con el Parque Berrío. A esa hora el parque seguía desolado, parecía un animal mojado y sin refugio.

Guarecida bajo el viaducto, la gente esperaba a que escampara: vendedores con chazas surtidas de mecato, cigarrillos y cerveza, señoras con baldes plásticos llenos de chicles, lustrabotas con la caja bajo el brazo, músicos afinando las guitarras, mujeres jóvenes con termos llenos de tinto endulzado con panela. A pesar del frío ellas lucían blusas escotadas, minifaldas o *shorts*. También se escampaban los viejos que madrugan a pasar el día entero sentados, llenando el estómago de tinto y de deseo por la carne joven que los sirve.

En una cafetería de los bajos de la estación, Luis Ángel pidió una aromática. Se protegía del frío con un buzo de lana. En un bolsillo secreto guardó la plata para comprar las carnes frías que necesitaría por la tarde. El viento frío rozó su cabeza calva. Sorbió un poco de bebida para calentarse. Escuchaba el inmutable zumbido del tren mientras recordaba su





primer día en el Parque Berrío. Tenía once años y en el bolsillo noventa pesos que le quedaban de los cien que robó de un mandado.

En su pueblo la gente decía que en Medellín estaba el progreso. Con los cien pesos compró un par de tenis y una muda de ropa, y se montó en una chiva rumbo a la ciudad. Llegó al Parque Berrío porque le dijeron que ahí se cogía el bus para Aranjuez, donde, sin dirección, buscaría a una tía. El parque se le pareció al de su pueblo; lo asustó el tranvía pero lo alivió la certeza de estar lejos de la correa de su tío policía. Volvió a contar los billetes para calmarse. “¡Cien pesos!”, recordó después de darle otro sorbo a la aromática. Luis Ángel tiene 61 años, no se casó ni tuvo hijos.

Al fin escampó y la gente salió de sus refugios. Poco a poco se acomodaron en el pedazo de parque que les corresponde. Un señor achicaba con una escoba el charco donde pondría la chaza. Edilma impulsaba el carro de supermercado al que le adaptó una pecera dividida en tres cubículos: el más grande es para el apetecido jugo de guanábana, los otros son para el de mandarina y el de fresa. En la parte delantera de su carro

mantiene tres guanábanas carnosas. Vende jugos hace seis años, desde que se separó. El hombre se olvidó de ella y de sus dos hijos.

—Mañana, la necesito es mañana —le dijo a un joven que le ofreció tortas caseras.

Al principio tenía miedo de que le robaran, pero pasaron los primeros meses y empezó a andar más tranquila. Ahora trabaja hasta la siete de la noche, llega a su casa en Itagüí casi a las nueve y se sienta a revisar los cuadernos a su hijo menor.

Un taxista pitó varias veces y le pidió a gritos un guanabanazo. Apenas le entregó el jugo, guardó la plata, sacó el celular y marcó:

—Hola papi, ¿qué hace, mi amor?

—Papi, ya le compré su ropa de marca, ¿oyó?

—Papi, lo único que necesito es que se ponga a estudiar, bien juicioso.

—¿Qué?

—Una camiseta y un pantalón.

—Ay, qué conchudo, papi. ¿Usted cree que la plata me alcanza pa tanto?

—Papi, es muy bonita. Hágale pues juicioso pa que mañana se venga conmigo y le celebro el cumpleaños acá trabajando.

—Ah... ¿Y entonces? No se va a quedar aburrido en la casa, ¿oyó?

—Ah, bueno papi. Esté bien juicioso, hágame todas las tareas, ¿oyó?

—Chao papi.

En el parque las tinteras iniciaron la interminable ronda del café. Desfilaban atentas a las miradas, analizaban los gestos y descifraban si el cliente iba a querer algo más que un tinto. Llevaban uno o dos termos, y vasos plásticos que ofrecían a los que estaban sentados en las jardineras. Una mujer de unos veintitrés años, el cabello lacio y negro, los ojos delineados, rechazó a un viejo flaco y canoso que le acarició la espalda. Insolente, el viejo insistió y le puso su mano callosa en la mejilla. La mujer lo despreció de nuevo.

A ‘La Flaca’ le daba risa la escena. Estaba sentada en la jardinera que rodea la estatua de Pedro Justo, que parece mirar al suelo, reflexivo, como si pudiera escuchar lo que la gente cuenta. La Flaca iba vestida de jean, tenis y ombliguera. Llevaba el cabello amarrado con una balaca. Tiene los ojos rasgados y los pómulos gruesos. En sus brazos hay cicatrices largas y profundas. Sirvió un tinto y sin tapujos dijo lo que tenía por decir: “a mí no me gusta que me manoseen, yo les digo: ‘a mí no me venga a haraganar, conmigo es plata en mano, culo en tierra, y usted me dice cómo es la vuelta’. Yo soy muy jodida. Aquí en este punto se maneja mucho la envidia, la que se quiera meter conmigo ya sabe cómo es la vuelta. Por obligación me tocó volverme así. Respeto pa La Flaca. Yo aquí trabajo con estos termos; antes trabajé embolando, vendiendo mecato en chaza, minutos... Yo he sido de todo, hasta ladrona. Mi papá trabajaba aquí, pero yo venía muy poquito porque no me llamaba la atención. Yo estaba concentrada en el estudio; hice una carrera, estudié comercio exterior. Y

ahora el propósito es ponerme a estudiar derecho. Cuando llegué aquí, no me gustaba para nada este ambiente. Pero tuve mi hija, tiene seis añitos, producto de una violación. Y ahí me metí del todo acá, porque al papá de mi hija me tocó matarlo. Aquí he aprendido a sobrevivir. Lastimosamente aquí la mayoría somos consumidoras, para poder trabajar, porque uno en sano juicio no es capaz de acostarse con un *man* de esos. Es muy sencillo, ellos preguntan ‘¿cuánto cobra?’, unas dicen quince, otras veinte... Allí abajo, por Los Búcaros, está el Hotel Carusso. Vale cuatro mil la pieza, veinte minutos. Yo este parque no lo quiero. Este parque es una esclavitud. De esto no hay sino una ganancia de dos mil 300 pesos. Hay que vender mucho tinto, mentirosa la que diga que vende diez termos de tinto. Los clientes míos son gente que viene y me dicen: ‘Flaca, vámonos a farriar’. Y listo. Pero yo aquí no, aquí hay mucho enfermo. Uno no se puede confiar de esos *manes*. Arman unas muy raras, se las llevan y después las conejean, no les dan plata. Ya me metí en las comunidades negras, allá lo mandan a uno para la universidad. Yo sé que yo puedo ser muy buena abogada. Yo ya sé lo que son las injusticias. A mi hija quiero darle la profesión que ella quiera. Y para mí, desarrollarme profesionalmente. Cuando menos piensen me voy a ir de aquí, mi mamá no me dio un estudio para yo morirme aquí”.

—Hola mami —dijo La Flaca a su hija, que apareció de sorpresa y se lanzó a abrazarla. Tiene los ojos claros, el cabello rubio, la piel blanca.

El cielo comenzaba a despejarse.

Báilalo Rubiela que esto es para ti

Cuando Flor destapó la olla de aluminio emanó un intenso olor a pollo aliñado. El vapor fue directo al cerebro y activó la alarma del hambre. Los estómagos crujieron. Ebrios con aquel aroma condimentado, los indigentes detenían a los transeúntes, y hasta a los carros que iban por la vía, para pedirles un almuerzo de dos mil pesos.

Con un cucharón, Flor sirvió rabadilla, papa y yuca; de una caneca plástica sacó arroz blanco y de una jarra, ensalada. Le entregó el plato al ingeniero que desde hace tres años, cuando ella y el esposo empezaron el negocio, viene al mediodía y se sienta a comer junto a los demás comensales en una silla plástica, en pleno Parque Berrío.

—Tenemos buena clientela, vea que hasta el señor que es profesional viene a comer aquí. No es por yo afamarme sino que dicen que mi comida es buena —dijo Flor mientras sonreía y alzaba las cejas.

—Hágale pues mijita que el muchacho está esperando —le dijo Jairo.

—¿Y es que usted no puede servir? —le respondió enojada y siguió conversando—. Mi hija le dice a él que me trate con cariño, porque podrá conseguir otra trabajadora, pero no una que cocine como yo.

—Mama, echale un poquito de caldo —le pidió el muchacho.

La hija estudia ingeniería civil en un politécnico. Jairo y Flor ansían que se gradúe y encuentre trabajo, para ellos dejar de venir al parque



al menos los domingos y los festivos. Aunque, en realidad, lo que ellos quieren es dejar de trabajar y regresar al pueblo, a San Rafael.

—¡Fo! Ahora sí huele a peo químico —se quejó Flor, rodeada de indigentes que esperaban la comida. Como sucede casi siempre, por fortuna para sus ventas, un señor regaló cinco almuerzos, aunque había más de cinco hambrientos.



Luceli, en cambio, no quería saber nada de comida. Tenía el estómago revuelto. Las náuseas le hacían dudar si aguantaría más rato parada frente a la puerta de Flamingo. Se quejaba de un dolor punzante en la espalda. Tenía los párpados caídos y unos mechones grises sobre su frente arrugada. Desde ahí ve los electrodomésticos de última tecnología y los jeans en promoción. Ella nunca ha entrado.

—Vea, lleven la bolsa —decía, y le ofrecía a la gente que salía con paquetes las bolsas negras que colgaban de sus antebrazos. Tenía de 300, de 500 y de mil pesos. Esa mañana Luceli se despertó con escalofrío. Se resistió a quedarse en la cama porque ayer apenas consiguió nueve mil pesos.

Era su segundo turno del día. Se acabaría cuando vendiera una bolsa de mil; entonces, otra de las vendedoras la relevaría. Las seis son mayores de sesenta años, a todas les duele algo. Llevan mucho tiempo trabajando frente a esa puerta. Los operarios de seguridad de Flamingo fueron quienes las organizaron por turnos. Antes se arrumaban en la puerta, peleaban y hasta se agarraban del pelo. Ahora, cada una espera.

Luceli tiene 69 años, de los que lleva más de treinta en el Parque Berrío. Tuvo once hijos, vivos le quedan tres. Hace un mes fue a la alcaldía a inscribirse para recibir el subsidio de la tercera edad. Le dijeron que este año ya no alcanzaba. Su voz delgada y afligida se perdía en medio del



bullicio de la calle Boyacá, donde se ofrecen cosas a los alaridos. Voces que se funden en una tonada enrevesada: peras, / peras chilenas, / lleve cuatro por mil. / A mil, / todo a mil, / lo que coja le vale a mil, / entre. / Chicle, / chicle, / chicle, / a cien pesos el chicle. / Vea, / lleve la bolsa a mil.



Al atardecer el viento de agosto agitaba las ramas de los árboles. Las hojas más viejas se desprendían, arrastradas por la corriente. Trepados en el tulipán africano florecido, dos niños de unos siete años observaban a un culebrero que le soltaba su retahíla a un círculo de personas. Los niños se reían de las fotografías extendidas sobre el tapete rojo: penes deformados por herpes, rostros con malformaciones genéticas, mujeres con tres tetas. El culebrero los regañó dos veces.

—Mire caballero, esos varones que sufren de la presión, mucho cuidado. A este varón le sucedió allí en La Veracruz. Se tomó una cosa de estas y se llevó una dama. Al rato la joven creyó que el caballero estaba acabando, pero estaba acabando de morirse. Igualito a lo que le pasó al ex alcalde de Envigado. Hay varones que son muy chicaneros. ¿Sí o no mamasota? Le dicen a una dama que la van a hacer sentir lo que es verdad. Hay una cantidad de mujeres que han tenido cuatro o cinco maridos o diez y veinte mozos y nunca han quedado así. ¿Sabe por qué caballero? Vea lo que dice Ana Lucía Nader, una de las mejores sexólogas que hay en Colombia; trabaja con J. Mario Valencia, a las nueve de la mañana en el programa Muy buenos días. ¿Y sabe qué dice ella? Que más de una mujer le dice: “amo a mi esposo pero más gozo con el otro”.

Entre el público, Daniel miraba el recorte que sostenía el culebrero: una mujer desnuda de piel tonificada y bronceada, con las tetas grandes y redondas, montada sobre un tipo al que agarraba del pecho como si fuera el lomo de una bestia. Daniel tiene trece años, y ha pasado muchas tardes en el Parque Berrío acompañando a su mamá, vendedora de tinto,

cigarrillos y cerveza. Le gusta escuchar a los culebreros porque lo atrapan con sus juegos de palabras; le gusta más que ir a estudiar.

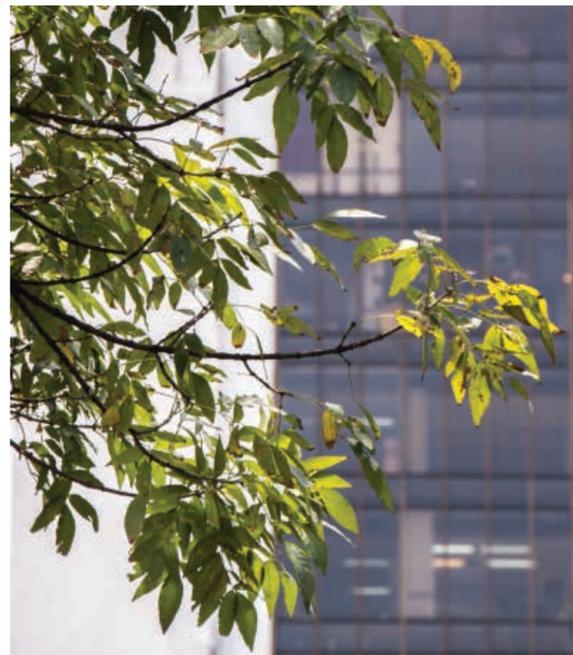
—Y mire este varón. Con noventa años canta, baila y se casa con joven de dieciocho. Vive en eterna relación sexual. ¿Quién? Un chino ojirragado descolorido pelo de chucha. Vea, en la China las mujeres le hacen fiesta al pene. Hacen monumentos como de un metro, lo cargan como un bebé y desfilan. ¡Que viva el pene, el dios de la fertilidad! Todos le rezan al órgano masculino. Aquí también le rezan: ¡Ay Dios mío, que se pare este desgraciado, que no me haga quedar mal! ¿Con qué se cuida el chino? La raíz con la que este chino se cuida se llama ginseng. El que no esté de afán regáleme cinco minuticos.

Martha, la mamá de Daniel, estaba en el corrillo de los músicos. Estacionó la chaza junto a la jardinera y allí se quedó el resto de la noche. La primera vez que los escuchó cantar le dieron ganas de sentirse así siempre, envuelta por ese ambiente festivo que parece un diciembre inagotable. En su casa las cosas andaban mal: siete hijos que mantener y a su esposo no le resultaba trabajo. Se decidió, aunque él no estuvo de acuerdo, y se vino a vender tinto y cigarrillos al parque. Desde ese día, hace siete años, no ha dejado de venir.

—Yo ya me muero en este parque —dijo varias veces.

Daniel llegó donde Martha y ella le pidió que cuidara el negocio mientras bailaba una canción parrandera: “Báilalo Rubiela que esto es para ti, / este porro suave de mi inspiración. / Muévete pa’llá / y échate pa’cá, / y verás lo bueno y sabroso que es bailar”. Las parejas, pegadas de la cintura, dieron vueltas al ritmo de la música. Las manos enlazadas, la derecha de ella y la izquierda de su parejo, estaban levantadas hacia el cielo pintado de arrebóles. Una bandada de pericos regresó a sus nidos en las altas palmeras reales.





Jueves 19 de septiembre de 2013, 2:30 p.m.

Bajo la sombra de un árbol hay un corrillo. El cantante termina de afinar las cuerdas de su guitarra mientras su compañero toca los primeros acordes. Están rodeados de vaqueros venidos a menos, curiosos de paso y colegas con sombreros de piel de vaca y carriel. En medio del ambiente pueblerino, sobresalen dos gringos altos, cincuentones. Visten bermudas, camisetas frescas, medias tobilleras y tenis. El calor es abrasador. De repente, un loquito le pide plata a uno de los gringos...

—Cuando yo estoy en Medellín muchas personas quieren dinero, lo necesita.

—Deme algo, ¿no tiene nada?

—Yo tomo poco, tengo cuatro, cinco dólares —abre la palma de la mano y se la rasca dos veces—. ¿Está bien? Tengo poco poco.

La canción ya suena, el loco se siente más cómodo para hablar con el gringo, que parece a gusto agarrando pueblo.

—Pa un tinto.

—¿Cómo? No sabe. ¿Cuánto vale un tinto?

—Quinientos.

—Oh, quinientos, eh... cincuenta y ocho. Yo no conozco Medellín, yo tengo tres años en Colombia, regreso cada seis meses, he venido unas semanas acá.

—Estoy sin almorzar y sin desayunar.

—Puedes trabajar, mira, tú puedes trabajando.

El gringo le agarra las piernas, luego los brazos...

—Tienes piernas, tienes brazos, tienes boca, puedes hablar, tienes inteligencia. Puedes trabajar.

—No hay trabajo.

Llega un personaje chaparro, oriundo de la calle, interesado en los gringos.

—Hablando con la gente del extranjero, ese loco qué va a saber home...

No sabe ni dónde está parado. Con gentes del extranjero...

El otro gringo, con el rostro embadurnado de sudor y antisolar, mira alrededor, se impacienta un poco, la canción avanza. Le dice a su compañero:

—Let's go.

Los dos caminan hacia el Metro. El chaparro los ve alejarse:

—Los hizo ir, loco güevón.

Una calle real

Por ANDRÉS DELGADO

La sopa de ahuyama más sabrosa del mundo se sirve en la calle Boyacá los jueves al medio día, en el restaurante Kaserol. Lo digo yo, que no he podido superar el terror infantil de enfrentarme a un plato de ese espantoso potaje amarillento y concentrado. El truco está en la crema de leche que flota en la superficie humeante y en el ripio de papas fritas. Cada cucharada es exquisita y crocante. Es la 1:10 de la tarde, el restaurante está a reventar y las meseras van y vienen despachando pedidos. Conmigo está Tatiana, una preciosa chica que se prostituye en el atrio de la iglesia de La Veracruz y que aceptó venir a almorzar conmigo. Tatiana traga la sopa con voracidad animal y me mira feliz con sus ojos grandes y ese destello especial que he visto en otras chicas que viven minuto a minuto.

Hace un momento, en el bochorno de la plazoleta de La Veracruz, me topé con los ojos seductores de Tatiana. Estaba de pie y esperando cliente en el paredón blanco de la iglesia. Cuando me ubicó, bajó la mirada y volvió a subirla, pero esta vez apuntándome con el rifle de cazadora. Conozco ese atrevido gesto: mirar de frente, bajar la mirada un segundo para volver a clavarla con intensidad carnal. Amanda, una novia hermosa y sensual, me retenía cada vez que lo usaba. Ahora que lo pienso, quizás lo aprendió en la iglesia de La Veracruz.

Me acerqué a Tatiana muy prevenido. No supe qué decir. Fue un segundo espantoso. Ella sonrió y los ojos le brillaron. Vestía una blusita de tiras, jean y la piel tostada por el trabajo al sol. Tenía el cabello negro y una rosa roja prendida en la oreja. Usted cómo se llama, preguntó, y tendió la mano. Su tranquilidad hizo que me importaran un carajo las miradas envidiosas de sus compañeras. ¿Usted dónde vive?, preguntó, y yo no dejaba de mirarle los ojos destellantes. Ella estaba encantada. Con toda naturalidad me fue soltando: ¿Vamos a la pieza? Tragué saliva. ¿Y cuánto vale? Veinte mil y me puede echar dos, me contestó sonriente. Sus labios tenían un rojo barato, rojo de flor en su pelo. Yo dudaba. Soy muy aseada y paciente, mi amor, yo no lo acoso. ¿Y cuánto vale la pieza? Ocho mil y nos podemos quedar el rato que queramos, dos horas. ¿Y el condón?, pregunté. A mil y allá lo venden; hay baño, televisor y es muy rica. Carraspeé. No sé cómo diablos le dije; y si son dos, ¿qué hacemos entre uno y otro? Mientras tanto nos acariciamos y vemos películas. Hablaba con la ternura que despiertan la soledad y el hambre. ¿Ya almorzó? No





mi amor, no he almorzado. Sin decirle nada más la cogí de la mano y ella se dejó llevar. Caminamos hacía Junín, al Kaserol, a comer esta sopa de ahuyama.

En el restaurante le digo que quiero ir con ella a la iglesia de San Benito. Tatiana se ríe. Es para un reportaje, le explico. ¿Y no quiere ir a la pieza? No sé, ahí vemos. La idea que tengo es pasear con ella un rato por Boyacá. ¿Y cuánto me va a cobrar por acompañarme?, le pregunto. Lo que usted quiera, mi amor, pero me paga ya. Okey y le extiendo veinte mil. Es una profesional, pienso. Terminamos con la sopa y nos sirven “morrillo borracho” –carne bañada en vino–, ensalada, arroz, tajada de maduro, papitas fritas, “chopsuí”. No me atrevo a preguntarle por sus antecedentes. Tatiana debe tener unos veinte años. La idea es estar con ella sin preguntar. Cuando dejamos los platos sin un arroz, Tatiana ve la cuenta por 16.200 pesos y abre los ojos: jueputa almuerzo tan caro.

Salimos del restaurante al enjambre de vendedores ambulantes que hay en Boyacá, al lado de la iglesia de La Candelaria, en dirección al Parque Berrío. A la derecha, tenderetes infestados de lociones, relojes, repuestos para el control remoto, libros, calcetines, correas y lentes de sol. A la izquierda, cerros de películas piratas. Tatiana y yo ojeamos despacio, cada uno en lo suyo, como si fuéramos turistas. Me voy a ver porno: jovencitas, anal, maduras, gais, prenatal, pies, faldas, profesoras, enfermeras. Un feligrés sale de la iglesia dándose la bendición y queda embrujado por un culo que sostengo en DVD. El hombre despierta del hechizo y se larga apenado. Una copia cuesta dos mil pesos, pero si llevo tres me cobra cinco mil. Tatiana me descubre alelado con una deliciosa jovencita desnuda y me hala de la mano. “¡Vamos pues, o se va a quedar ahí viendo esas cochinas!”.

Entramos a La Candelaria. El cambio es inmediato: afuera el bullicio, adentro la calma. Tatiana se persigna y pone cara muy seria. Las palabras del cura retumban en la cúpula. El ambiente de la iglesia me relaja. La iglesia de La Candelaria es la más vieja de Medellín. Tatiana mira a lado y lado, como si estuviera en otro mundo. Vemos a la Virgen de La Candelaria. Una virgen negra, como el niño Jesús churrusco que sostiene en los brazos.

A la salida aprovecho para preguntarle si se siente en pecado. No porque yo no le robo a nadie.

Bajamos por Boyacá en dirección a San Benito. Pasamos por un lateral del Parque Berrío, almacenes Escape y Flamingo. Los vendedores gritan: manzanas a 500, cinco mandarinas por mil. Vamos muy despacio, bajando la calle y el almuerzo. Pasamos debajo del viaducto del Metro, por Bolívar. Nos detenemos y miro un jean. Vale veinte mil. Unos tenis por quince. Si recateo saco la pinta por veinticinco. Esta semana vengo, digo. El vendedor me mira decepcionado y Tatiana encoge los hombros.

Cuando pasamos al frente del Hotel Calle Real, Tatiana me hace señas. Entramos a la recepción iluminada como un consultorio médico. La recepcionista nos mira recelosa. La noche vale 41 mil, tiene agua caliente. La pieza donde trabaja Tatiana cuesta ocho mil. Mejor nos vamos pa’llá, le digo, y ella me aprieta la mano.

La esquina de Boyacá y Cundinamarca está ardiendo. Calor, gente, comercio, putas, buses, La Cascada, bares y residencias. Seguimos de largo. Ya me está dando pena con Tatiana, ponerla a caminar al son de nada. Lo que ella quiere es llevarme a la pieza y volver a cobrar. Es una profesional.

Boyacá es camaleónica. Antes chazas, iglesias, putas y almacenes de ropa, ahora muebles y electrodomésticos. Tatiana entendió hace rato de qué va esto, así que se antoja y me empuja a la Galería Villa Romana, donde venden salas, comedores, alcobas. “Somos fabricantes”, dice la entrada. Nos atiende Guillermo y nos muestra la alcoba Leydi: con colchón, muy bueno, antialérgico. ¿Te gusta?, pregunta Tatiana. Sí, me gusta. Ella sonrío con malicia, me coge de la mano y se recuesta en mi hombro. Tan lindos los nocheros, dice, para poner las llaves por la noche.

Siento nostalgia al recordar a Amanda. Estábamos a punto de casarnos. Viajaríamos por el Mediterráneo: Tánger, Málaga, Argel, Nápoles, Limasol y Beirut. Ella creando software educativo y yo escribiendo. Por un maldito desliz el plan se desplomó y ahora Amanda me odia. Tan linda Amanda. El que dijo “soñar no cuesta nada” era un pobre diablo.

El comedor isla con seis puestos y vidrio liso cuesta un millón setecientos. ¿Te gusta este, mi amor? La sala diamante “ORIGINAL” vale un millón cuatrocientos. Es decir, con cuatro millones y medio amoblamos la casa. Qué rico, dice emocionada Tatiana y vuelve a apretarme la mano. Guillermo está tan entusiasmado como ella. Yo estoy tieso como un tronco. ¿Y la nevera? No, digo yo. Sí, dice ella. Venga le muestro, dice Guillermo y nos arrastra al local vecino. Televisores, lavadoras, computadores, motos. Al fondo, las neveras. Tatiana me empuja a la Samsung RS 263, la más potente del pasillo. Es plateada y brillante con dos enormes puertas. De contado: cuatro millones de pesos. A crédito: 6,5 millones. Lo más cuca va a ser verla llena de chorizos, salchichas y mortadelas, dice Tatiana.

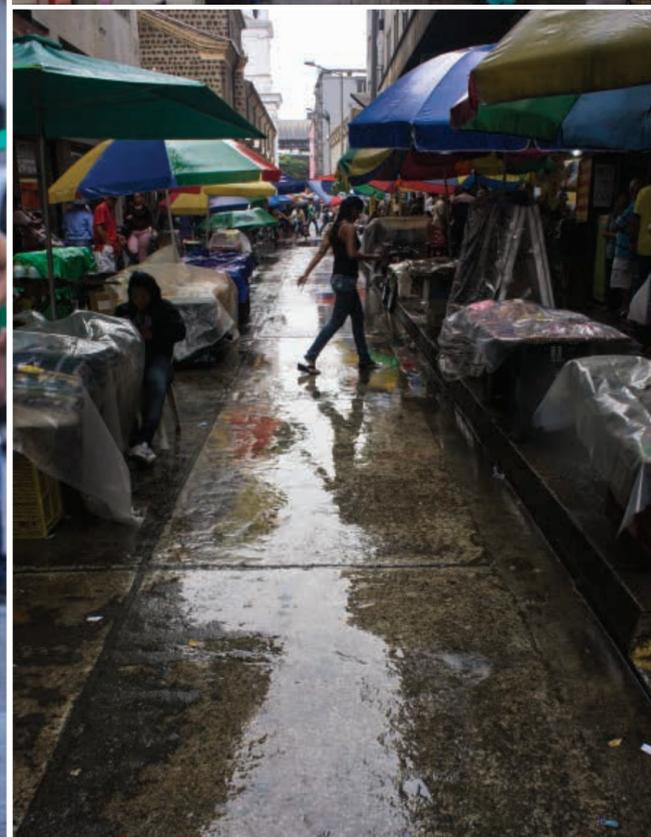
Después de la carrera Tenerife, Boyacá es un fresco pasaje peatonal con adoquines y sombras de árboles. Tatiana habla, habla y habla, pero mi atención está centrada en esta calle de tradición republicana: casas de dos pisos, fachadas amplias, puertas altas, ventanas grandes y tejados en arcilla. Boyacá tiene tres iglesias: La Candelaria, La Veracruz y San Benito. Recuerdo lo que leí en alguna parte: “En la casa número treinta nació don Manuel Atanasio Girardot. En esos tiempos en que el río Medellín era una insalvable barrera a las praderas del occidente. El río se crecía e inundaba este barrio”.

Ahora cae la tarde. Siempre me pregunté qué se sentiría caminar con una prostituta por la calle. En la tranquilidad de las sombras y la ausencia de carros pienso que no se siente nada especial. Es como ir caminando con una compañera de oficina. Quiero preguntarle cuánto se gana diariamente pero me reprimo, pues no quiero romper la promesa inicial. Entonces le pregunto cuál ha sido su experiencia más memorable. Esta, dice ella y me sonrío divina, esto con usted es lo más bonito que me ha pasado. Tatiana es una profesional. Me encanta.

En la acera hay varios chicos sentados, conversando y riendo. Tienen la cara rayada y maletas mugrosas en las rodillas. Hay otros chicos callados y otros alegando. Cuando veo el “colegio” Combos, entiendo por qué están regados por la calle. El Centro es el ojo del huracán de la ciudad. Crecer allí no es nada fácil. Y la entrada de la iglesia de San Benito me lo confirma. Hay varias carteleras con fotos de drogadictos: “Tú vales, vive sin droga ni alcohol”. Otra dice: “Mi parcerito anda mal. A nadie escucha, se relaciona con personas que pueden hacerle daño, sus parceros consumen y a todo dice que sí. ¿Qué hacer? Línea amiga: 444 44 48. Programa Buen Vivir, Comisaría de familia”.

La iglesia de San Benito es un palacio parroquial. Fresco, oscuro, viejo y solo. Tatiana se persigna. Hay un fuerte olor a incienso que me despierta





los sentidos. Ahora escucho, veo, huelo distinto. La consciencia del momento. El espacio es una enorme caja de resonancia. Dos feligreses rezan frente a las veladoras. Nos sentamos en una banca larga y desolada. Ahora sí: ¿Qué se siente estar sentado al lado de una prostituta en la iglesia de San Benito? Nunca he sido religioso, no creo en curas ni oraciones ni ayunos. ¿Pero qué diablos tiene esta iglesia que me tiene conmovido? El olor a incienso, el silencio, la altura del techo, los ángeles de mármol que alzan candelabros apagados y miran hacia arriba, así no vean nada con sus ojos blancos, ciegos, y sus alas frías en la espalda.

Tatiana ora con los ojos cerrados. La rosa en el pelo, las manos cogidas, los hombros tostados. Las imágenes de su trabajo y lo que vendrá cuando nos despedamos. ¿Tendrá hijas? ¿Qué dirá de su trabajo? ¿Se habrá confesado alguna vez con un cura? Sigo su ejemplo y cierro los ojos. El silencio estalla en mi cabeza. El almuerzo, la caminata y el sol.

Me despierto sobresaltado. Los pasillos están solitarios, una señora enciende un velón, un cura franciscano camina por el púlpito. Tatiana se ha ido. Las bancas de madera están desoladas. Tengo frío. Me dan ganas de fumar. Las chicas como Tatiana tienen la extraordinaria facultad de pasar la hoja, de no empelucarse. Si no fuera así, sería terrible para ellas enfrentar el día a día. Es una profesional. Es mejor así.

■

Plaza de las Esculturas



“Y ya estamos cerca a la calle Boyacá e iglesia de La Veracruz. En la esquina suroriental volvemos a encontrarnos con la tantas veces referida casa donde nació Atanasio Girardot, y en la que vivieron por periodos Mariano Ospina Rodríguez, Pedro Justo Berrío y Pascual Bravo, casa que en 1880 albergaba también en sus bajos la cantina Los Manzanos, escenario de un divertido suceso que nos relata don Carlos J. Escobar. Sucedió, en efecto, que alguna mañana estaba departiendo el dueño de la cantina, don Juan Pablo Díaz, con un extranjero que andaba con unos canarios que adivinaban la suerte por el conocido método de sacar con el pico una tarjetica; este extranjero había hecho servir en un vaso un cuarto de aguardiente;

acertó a llegar esa mañana allí el poeta doctor Federico Jaramillo Córdoba quien al ver el vaso de aguardiente que permanecía intocado, y dado que su expresión revelaba un guayabo de trasnocho impresionante, lo tomó en su mano, y diciendo: ‘¡salud, eternos parlantes!’, se lo bogó sin dejar gota. El extranjero, estupefacto, dijo a Díaz: ‘oiga usted, señor: yo he viajado mucho, por España, Italia, Francia y Alemania, y no he visto un viejo tan atrevido y descarado como éste’, a lo que contestó el poeta: ‘oiga usted, señor extranjero o monocoso: yo también he viajado por Guayabal, Bello, La América, Belén, La Aguacatala, y los solares de Carmen Zuleta, y no he visto un hombre tan feo, bruto y desaseado como usted’. Y salió campante”.

Fabio Botero. *Cien años de la vida de Medellín*. 1998.



1682

El capitán Juan Céspedes de Hinestroza, natural de Santafé de Bogotá, inició la construcción de la Ermita de La Veracruz en el lote que compró a Luis Acevedo Rides. Durante treinta años el templo estaría a medio construir.

1712



La ermita se terminó de construir con la ayuda de todos los forasteros de la villa, quienes pusieron como condición ser enterrados allí. Este mismo año fue declarada iglesia por el obispo de Popayán. Los forasteros que aportaron a la construcción conformaron la Hermandad de la Virgen de Los Milagros, que más tarde sería consagrada como matrona de la iglesia de La Veracruz.

1791

En la esquina suroriental de la plazuela de La Veracruz, entre la calle Boyacá y la carrera Carabobo, nació el prócer de la Independencia Atanasio Girardot. Este año se ordenó la demolición del templo de La Veracruz, pues sus muros ya amenazaban ruina, y se decidió construir un nuevo templo.

1809

Se terminó de construir la nueva iglesia de La Veracruz, con su plazuela enfrente y rodeada de pilastras



Un siglo entre dos palacios

POR ALFONSO BUITRAGO LONDOÑO

Buena parte de la historia del último siglo de Medellín está archivada en cuatro manzanas entre las carreras Bolívar y Cundinamarca y la calle Boyacá y la Avenida de Greiff. La vida política y administrativa del siglo XX de la ciudad comenzó en ese lugar, en 1925 y 1932, con la construcción de dos palacios de gobierno. La transformación del primero en Palacio de la Cultura en 1987 y la conversión del segundo en Museo de Antioquia en octubre de 2000 marcarían el cambio de siglo.

A principios del siglo pasado, la vieja villa, que tenía su centro en la plaza mayor –Parque Berrío–, terminaba al norte en la quebrada Santa Elena; más allá se abrían los terrenos de la villa nueva, que tenía como eje el Parque Bolívar. Al occidente llegaba hasta San Benito, cerca del río, pues no se había iniciado el poblamiento de lo que se conocería como Otrabanda. Hacia el sur iba hasta lo que hoy es la Avenida San Juan, donde aún no existía el Guayaquil de Coroliano Amador y Charles Carré. Y al oriente se extendía hasta el barrio Boston.

En las manzanas mencionadas, vecinas de la plaza mayor, estaban la iglesia de La Veracruz, la gobernación, el cuartel de la gendarmería y de la guardia civil, y la penitenciaría. Una iglesia, una casa de gobierno, dos cuarteles y una cárcel eran la combinación de todas las formas de control en un mismo sitio.

Tras el traslado de las autoridades departamentales y municipales al Centro Administrativo La Alpujarra a finales de los ochenta, de aquellos edificios históricos solo conservó su uso original la iglesia, custodiada por prostitutas, vendedores ambulantes y desempleados. Y en lugar de gobierno, cuarteles y cárcel, ahora hay una plaza con veintitrés esculturas de bronce y dos palacios restaurados

dedicados a la cultura; a finales del siglo XX, los políticos dejaron en manos de los artistas una renovación urbana que en un principio se llamó “Ciudad Botero”.

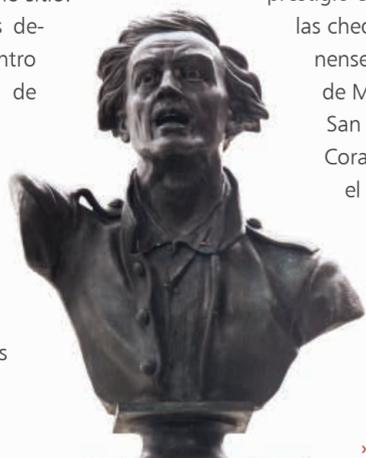
El estilo es el hombre.

Palacio de Calibío

Si “la historia del mundo es solo la biografía de grandes hombres”, como dijo Thomas Carlyle, el destino de este lugar no volvió a ser el mismo después de febrero de 1920, cuando llegó a Medellín el arquitecto belga Agustín Goovaerts. “Lo recibí una ciudad hermosa, limpia, discreta, hospitalaria, de escasos setenta mil pobladores y deleitoso clima primaveral, no mayor que Malina o Lovaina ni tan agitada y bulliciosa como su nativa Amberes... En la flor de su promisoría mocedad, apuesto, de noble continente y con envidiable acopio de gajes profesionales, sobra suponer que la sociedad medellinense le dispensó todos sus favores y le abrió sin reato sus clubes y salones”, cuenta Conrado González Mejía en el libro *Palacio de Calibío*.

Goovaerts fue escogido en Europa por los servicios diplomáticos de Mariano Ospina. Llegó con el encargo de diseñar y dirigir la construcción del Palacio de la Gobernación, con un contrato por tres años y una asignación de 170 pesos. Pero, además, “nimbado de fama y prestigio en centros y academias de su país”, y con las chequeras abiertas de la “sociedad” medellinense, diseñó el Palacio Nacional, la Facultad de Medicina, el Asilo de Ancianos, el Hospital San Vicente de Paúl, la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, el Cementerio San Pedro, el Hotel Europa, el Teatro Junín y algunas mansiones del barrio Prado.

Gran parte del imaginario arquitectónico que tenemos del “Medellín antiguo” se lo debemos a esas construcciones, aunque según



› Atanasio Girardot, obra de Francisco Antonio Cano.



› Iglesia de La Veracruz. 1890.

Rodrigo Restrepo, arquitecto encargado de la restauración del Palacio de la Gobernación (entre 1987 y 1998), Goovaerts subestimó a la sociedad colombiana de principios de siglo: “hizo románico en el Palacio Nacional, trató de hacer republicano en San Ignacio, gótico en la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús y neogótico en el Palacio de Calibío”.

En 1925, en el terreno comprendido entre Bolívar, Carabobo, Calibío y la quebrada Santa Elena, comenzó la obra del Palacio de la Gobernación o Palacio de Calibío, llamado así por la calle colindante, que recuerda el triunfo de Antonio Nariño sobre las fuerzas de Sámano en 1814, y que también se conoció como Calle de los Faquires porque allí se reunían los desempleados, y como Calle del Codo. Allí empezó a funcionar el diario *El Espectador*, fundado por Fidel Cano, y después *El Correo*, dirigido por Jorge Delgado, y tuvo su sede la Fábrica de Licores, que luego fue Casa de la Moneda y posteriormente Museo de Zea.

Tras dejar una variopinta huella de estilos en esta “villa pequeña, cálida, recogida, discreta” –a decir de don Conrado–, Goovaerts regresó a su país en 1928. Sin su presencia solo se terminó la cuarta parte del diseño original del palacio, y no se siguieron todos sus lineamientos. A finales de la década del sesenta las fachadas sobre Calibío y Bolívar seguían sin revocar, y en el terreno sobrante se había desarrollado el comercio.

Casi noventa años después de iniciada la obra, el antiguo Palacio de la Gobernación todavía luce extraño, como un camaleón ajedrezado con cúpulas y arcos que no encontró con qué mimetizarse en todo el Valle de Aburrá. En su época no estuvo libre de polémica. Los católicos de la ciudad se santiguaban cuando pasaban por su lado, pensando que era una iglesia; el poeta León de Greiff lo llamó “la abadía de Goovaerts” y el artista Pedro Nel Gómez alguna vez pidió su demolición.

En defensa de Goovaerts digamos que no fue él sino los ladrillos los que definieron la forma del palacio. En

y muros de piedra. En la inauguración el santo recinto fue regado con agua de colonia y adornado con rosas, claveles y lirios traídos desde Santa Elena.

1887

Se inauguró el “tranvía de sangre”, llamado así por ser de tracción animal. Este partía de la plazuela de La Veracruz y llegaba hasta El Edén (hoy Jardín Botánico); era arrastrado por caballos flacos, tenía tres o cuatro carros abiertos y su conductor más famoso fue ‘Papa’. Para dar paso al tranvía se suprimieron las columnas coloniales que rodeaban la plazuela.

1925



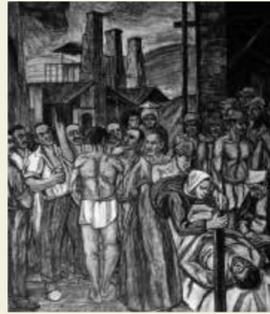
Agustín Goovaerts comenzó la edificación del Palacio de Calibío o Edificio de la Gobernación. Su diseño tuvo acérrimos enemigos y muchas dificultades de orden burocrático y económico. La construcción sería suspendida en 1929 debido a la crisis económica mundial.

1932

Se reinició la construcción del Palacio de Calibío, que en gran parte estuvo a cargo del ingeniero y arquitecto Jesús Mejía. Cinco años después la creciente burocracia departamental sería trasladada al edificio aún sin terminar.

1933

La firma H. M. Rodríguez comenzó a construir el nuevo Palacio Municipal de Medellín, conocido siempre



como el Palacio de Carabobo. Sería inaugurado en 1937, y un año después Pedro Nel Gómez concluiría los 300 metros cuadrados de frescos que acordó pintar en el salón del Concejo.

1941

Comenzó la construcción del Hotel Nutibara, diseñado por el arquitecto norteamericano Paul R. Williams. Para dicha obra fue necesario cubrir, este mismo año, la quebrada Santa Elena entre los antiguos puentes de Palacé y Arco (carrera Bolívar), pues pasaba por el medio del lote. Sobre la quebrada se edificó una plaza para los jardines del hotel que luego empezaría a llamarse Plazuela Nutibara. Este proyecto fue impulsado por la Sociedad de Mejoras Públicas, que consideraba que tener un hotel moderno para fomentar el turismo era una necesidad apremiante. Los gobiernos departamental y municipal apoyaron la idea con la compra de acciones, la adquisición y expropiación de predios, la construcción de obras de infraestructura y la exención del pago de servicios públicos durante la edificación de la obra y los diez primeros años de funcionamiento.



➤ Sup. Plazoleta de La Veracruz. S. f.
➤ Inf. Palacio de la Gobernación. 1938.

sus informes, el belga se justificaba y mostraba la manera como tomaba las decisiones que marcaron una época: “Era necesario descartar desde luego los estilos clásicos y los renacentistas que exigen el empleo de la piedra de cantería. El estilo románico no es adecuado a esta clase de construcciones que demandan mucha luz. Sólo quedaba el renacimiento gótico adaptable a las conveniencias modernas y a los materiales del país, especialmente el ladrillo desnudo. Esto último decidió el estilo”.

La función es el estilo.

Palacio de Carabobo

El segundo palacio que marcaría este tardío siglo XX de Medellín fue el Palacio Municipal, construido sobre Carabobo entre 1933 y 1937, en el lote que albergaba los cuarteles y la cárcel. Su diseño y construcción fue encargado por el Concejo Municipal a través de concurso público, bajo las condiciones de que participaran solo firmas nacionales y se utilizaran materiales locales. Fue otorgado por unanimidad a la firma H. M. Rodríguez, fundada en 1903 por Marino Rodríguez. El diseño estuvo a cargo de su hijo Nel, para la época un arquitecto de treinta años, quien también dejaría huella en la arquitectura de la ciudad.

Después de una época de “incertidumbre y copia” –como dice Gloria León Gómez en una reseña biográfica–, Nel Rodríguez alcanzó con el Palacio Municipal, de estilo art déco, una arquitectura propia: “útil, práctica y adaptada a la época”. Suyos también son el Hospital Mental de Antioquia, la Compañía Colombiana de Tabaco, el Teatro Pablo Tobón Uribe, el Banco Central Hipotecario, la Editorial Bedout, el barrio Conquistadores y algunas viviendas particulares, muchas de ellas ubicadas en el barrio Prado.

Su propuesta para el Palacio Municipal marcó la entrada de la arquitectura moderna a Medellín, y fue escogida “por su acertada distribución en los locales, su definida y fácil circulación, su completa y bien estudiada instalación sanitaria, el conjunto armónico y sobrio de sus fachadas, en las cuales ha quedado claramente definido su carácter”, como consta en el acta del jurado. Lo que entendemos hoy por “Medellín moderno” pasa necesariamente por Nel Rodríguez y el Palacio de Carabobo.

Uno de los jurados fue el maestro Pedro Nel Gómez, a quien el Consejo encargó en 1935 la ejecución de “10 (diez) composiciones en pintura en el Palacio Municipal”. Entre las obras que pintó el artista en los muros del Palacio están *La mesa vacía del niño hambriento*, *El minero muerto*, *Intranquilidad por enajenamiento de las minas*, *La danza del café*, *Las fuerzas migratorias del departamento*, el tríptico *Homenaje al trabajo* y *La república*, esta última ubicada en el recinto del Concejo y evaluada en su momento en doce mil pesos.

➤ Sup. Hotel Nutibara. 1942.
➤ Inf. Cobertura de la quebrada Santa Elena. C. a. 1930.



1945

Fue inaugurado el Hotel Nutibara. Su elegancia y altura enorgullecieron y deslumbraron a los medellinenses, tanto que, según Manuel Mejía Vallejo, cuando alguna vez los noticieros anunciaron que se había estrellado un avión contra el edificio más alto del mundo, muchos corrieron a ver qué le había pasado al Hotel Nutibara.

1947



Lucho Bermúdez se radicó en Medellín, formó el conjunto Lucho Bermúdez y su Orquesta y se convirtió en una de las mayores atracciones del Hotel Nutibara, donde se desempeñaba como músico de planta.

1948

El 9 de abril, tras conocerse en la ciudad la noticia del asesinato de Gaitán, al grito de “sangre y fuego” las turbas liberales incendiaron el diario conservador *La Defensa*, ubicado frente a la Puerta del Perdón de la iglesia de La Veracruz. Ese mismo día el Palacio Municipal fue tomado por la muchedumbre gaitanista.

1949

En la esquina de la Avenida de Greiff con Carabobo, al frente del Hotel Nutibara, don Ernesto González, recién llegado del municipio de Betulia, abrió una cafetería que bautizó con el nombre de La Sorpresa. El lugar era tan apetecido que hasta el propio Gobernador caminaba desde el Palacio de Calibío hasta allí para tomar su media mañana.

1955

El Museo de Zea, fundado en 1881, fue trasladado a la antigua Casa de



la Moneda, contigua a la iglesia de La Veracruz. Se organizaron fiestas y desfiles de moda con el fin de recoger fondos para adaptar la nueva sede, pues no fue suficiente con los auxilios de la Nación, el Municipio, la Gobernación y algunos particulares.

1966



Se terminó la fachada norte del Palacio de Calibío y se decidió dejar inconclusa la edificación; según los ingenieros-arquitectos del Departamento, terminar de construir el edificio diseñado por Goovaerts salía más costoso que construir uno nuevo de mayor tamaño.

1968



Fue remodelada la plazuela de La Veracruz. Las columnas que antes la rodeaban y que habían sido demolidas fueron reconstruidas. También fue remodelado el monumento a Atanasio Girardot, obra de Francisco Antonio Cano y uno de los primeros bronce fundidos de Colombia.

1982

Después de múltiples discusiones y enfrentamientos entre la Junta del

El desembarco de Guayaquil

A partir de la década del treinta Medellín vivió un acelerado desarrollo industrial, social y cultural que favoreció su crecimiento físico y la llegada de campesinos que buscaban mejores condiciones de vida. La congestión urbana y la multiplicación de viviendas sin servicios básicos, ubicadas en áreas industriales que en el pasado estuvieron en la periferia, obligaron a las autoridades municipales a contratar los servicios de planificadores urbanos, también extranjeros.

Así surgió el Plan Piloto, presentado por los arquitectos Paul Lester Wiener y José Luis Sert en enero de 1950, que recomendaba, entre otras cosas, el traslado del centro cívico al sector de La Alpujarra, vecino de Guayaquil. La propuesta era una cirugía a corazón abierto, y suponía el abandono del centro histórico de la villa, con sus deleites y sus vicios; un trasplante que desviaría el rumbo de la Medellín del siglo XXI.

Algunas de las razones expuestas para semejante traumatismo eran la congestión y los altos costos de una remodelación por el elevado precio de la tierra en el Centro en comparación con lo que valía en La Alpujarra. La red vial paralela al río que comunicaba el norte y el sur del Valle de Aburrá, y las posibilidades paisajísticas de la cercanía de La Alpujarra con el cerro Nutibara, favorecían, según los urbanistas, la creación de un nuevo epicentro metropolitano.

La construcción de La Alpujarra, junto con el desplazamiento de la plaza de mercado y el ferrocarril, influiría también en la transformación de Guayaquil, que era el núcleo de la actividad económica de la región y llevaba sus mareas indeseables hasta otros sectores del Centro: “Su fuerza contenida es tan fuerte, que ha roto ciertas barreras más o menos tradicionales establecidas. Así vemos cómo la carrera Junín y las zonas centrales están siendo invadidas por el café tipo Guayaquil con todas sus características, traganíqueles, tráfico de drogas, riñas, etc.”, como dice una carta del Consejo de Planificación a los ganadores del concurso. Este fenómeno se conoció como “guayaquilización”, y el sector de La Veracruz no fue ajeno a sus alcances.

Así, mientras los políticos y planificadores buscaban una salida hacia el sur, Guayaquil y sus comerciantes se expandían y atrincheraban hacia el norte, colonizando casas antiguas y edificios emblemáticos, abriendo

pasajes y centros comerciales a ambos lados de la carrera Carabobo. Al tiempo que los urbanistas exponían sus ideas renovadoras, en los alrededores de la iglesia y de los dos palacios el viejo corazón administrativo de la ciudad crecía a la manera de Guayaquil. Tenía su propio mercado, ubicado en la calle Tejelo, donde, pese a las limpiezas y acomodamientos, aún persiste algo del espíritu “malevo y febril” del Guayaquil de antaño. Era una callejita diagonal y estrecha entre la Avenida de Greiff y la Plazuela Rojas Pinilla, llena de vendedores de pescado, morcilleras, verduleros, tiendas de abarrotes, cafeterías, unos cuantos bares de dos pisos con coperas que les ponían el pecho a las penas de sus clientes, cafetines con máquinas tragamonedas y alcohólicos que desfilaron día y noche. En ese lugar se mezclaban los olores, sabores y humores de una Medellín campesina untada de asfalto.

Entre Tejelo y Carabobo se construyó en 1957 el edificio de las Empresas Públicas, uno de los más modernos, el edificio inteligente de la época. Al frente, cruzando Carabobo, estaba La Sorpresa, una de las cafeterías más conocidas del Centro, famosa por sus caldos, buñuelos y pasteles, adonde remataban quienes empezaban a trastocar las tradiciones madrugadoras y camanduleras de la ciudad. ¡Y eso que La Sorpresa cerraba a la una de la mañana! Pero en el día, muy enseñorada, como si nada hubiera pasado la noche anterior, sentaba a manteles a algún gobernador.

Para contar la Medellín de finales de los años veinte, don Conrado González sube a un hipotético forastero a la cúpula en construcción del Palacio de Calibío y lo hace ver una ciudad “que parece haber sido diseñada por ángeles para recreo de los ojos y sosiego del espíritu”. El forastero ve “no más de veinte flamantes edificios [que] se atreven a pasar del segundo o tercer piso: el de don Miguel Vásquez, el de la familia Bedout, el Gonzalo Mejía que alberga el Hotel Europa y el Teatro Junín, el Palacio Arzobispal, el Hospital San Vicente de Paúl, el Palacio Amador con su Hotel Bristol, la plaza de Guayaquil y el edificio Carré, la Estación Medellín...”.

Si un borracho hubiera subido a la terraza de La Sorpresa a finales del siglo XX, y la ciudad no hubiera sucumbido a los cantos de sirena de La Alpujarra, habría visto al frente el Palacio de Calibío, con sus cuatro bloques originales ocupando la manzana en la que hoy

- › SUP. Avenida 1° de mayo. 1937.
- › MED. Calle Calibío. 1937.
- › INF. Palacio Municipal. S. f.



está el Parque de las Esculturas y el Palacio Municipal ampliado, y haciéndole compañía a la iglesia de La Veracruz. Carabobo sería una gran avenida con tranvía que conectaría con el Palacio Nacional, donde funcionarían los juzgados, y con Guayaquil, que se extendería como un gran mercado y zona comercial hasta donde hoy es La Alpujarra. La Estación Medellín seguiría funcionando, y en ella se haría transferencia al tranvía de San Juan. A su derecha vería el Edificio Inteligente de EPM con su Parque de los Pies Descalzados, a su izquierda la Plazuela Nutibara, tres o cuatro veces más grande, y en el edificio Naviera Colombiana estaría la sede de un canal de televisión.

Pero como a los borrachos nadie les hace caso, y por Carabobo venían las huestes de comerciantes de Guayaquil, del otro lado de la Avenida de Greiff se construyeron el edificio de la Compañía Colombiana de Seguros; el Emi Álvarez, donde funcionaban oficinas de abogados y contadores; el Centro Comercial Luna Park, que tuvo uno de los billares más famosos de la ciudad, donde jugaba ‘Tabaco’ Pérez; el Centro Comercial Calibío con su fachada al estilo Goovaerts; el Pasaje Camilocé, famoso por sus numerosas peluquerías; el Edificio Gutenberg, que albergó el Hotel Universo —en cuya inauguración dicen que estuvieron los hermanos Fidel y Carlos Castaño—, frecuentado por mineros del Nordeste de Antioquia que venían a vender oro y a excavar en las profundidades de las prostitutas asentadas en el sector.

El trasplante de corazón de la ciudad no se concretaría hasta 1987, cuando los políticos abandonaron definitivamente el Centro y se refugiaron

Museo, la Academia de Historia y los descendientes de Zea, el Museo de Arte de Medellín Francisco Antonio Zea (así llamado desde 1977) pasó a llamarse Museo de Antioquia. Este año se firmó, además, el primer convenio de donación de esculturas de Fernando Botero.

1987

Las administraciones municipal y departamental fueron trasladadas al Centro Administrativo La Alpujarra, obra proyectada desde 1950 en el plan regulador de Wiener y Sert.

1988

Comenzaron los trabajos de restauración y adecuación del Palacio de Calibío. El edificio pasó a llamarse Palacio de la Cultura Rafael Uribe Uribe, y se convirtió en sede de la entonces Dirección de Extensión Cultural de la Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia.

2000



Se inauguró el Museo de Antioquia en el antiguo Palacio Municipal, restaurado entre 1995 y 1997. Gracias a las nuevas instalaciones, Fernando Botero hizo su segunda gran donación de obras. La antigua sede del museo quedó funcionando como espacio alterno.

2001

Se inauguró la Plaza de las Esculturas, en la cual se instalaron veintitrés piezas monumentales de Fernando Botero. Tras su creación, la también llamada Plaza Botero se convirtió en un referente urbano de gran importancia para la ciudad.



› Plazuela Nutibara. 1972.

frente a Guayaquil. Fue así como en 1988 el Palacio de Calibío pasó a ser el Palacio de la Cultura Rafael Uribe Uribe, que hoy alberga el Archivo Histórico de Antioquia, la Biblioteca Carlos Castro Saavedra, la Fonoteca Hernán Restrepo Duque, el auditorio Luis López de Mesa, el Fondo Mixto, una galería de arte y un centro de restauración; y el Palacio de Carabobo se convirtió primero en central telefónica de Empresas Públicas y luego en sede del Museo de Antioquia.

El apellido que cambió la historia

Entre la iglesia de La Veracruz y el Palacio Municipal se instalaría en 1955 el Museo de Zea, fundado en 1872 en honor a Francisco Antonio Zea por Manuel Uribe Ángel, Antonio 'Ñito' Restrepo y el coronel Martín Gómez. Y sería esta entidad, sin siquiera imaginárselo, la que marcaría el final del siglo en aquel sector de la ciudad. Desmantelado y arrumado por la construcción del Palacio de la Gobernación, tras el traslado del Banco de la República a la ciudad de Bogotá, el museo por fin tuvo una sede propia ubicada en la antigua Casa de la Moneda.

El museo llevaba una vida discreta cuando en 1978 apareció uno de esos hombres de los que hablaba Carlyle, quienes con generosidad o ambición desbordadas cambian el rumbo de las cosas. Fernando Botero no era un presidente, ni un general, ni un empresario; era un artista que

había ganado fama internacional inflando escenas y personajes cotidianos de Medellín. Ese año le propuso a la ciudad hacer una donación de obras a condición de que el museo pasara a llamarse de Antioquia. Y así fue. En 1983 las autoridades de la región cerraron el primer trato con el artista, que más tarde daría paso al proyecto de renovación urbana con el que intentarían remediar el abandono del sector.

Al final del siglo, la demolición que traería ese pequeño tsunami urbano había dejado un Palacio Municipal convertido en museo y una explanada de 7.500 metros cuadrados en la que quedaron enterrados 207 inmuebles, entre los que estaban los edificios Emi Álvarez y Hausler Restrepo Hermanos, los centros comerciales Calibío y Luna Park, el local de Foto Garcés, una edificación con locales comerciales y un edificio sin inaugurar que había construido el Metro.

Años después, lo que quedaba de la plaza de mercado de Guayaquil también fue demolido, y en su lugar se construyeron una biblioteca y una plaza a la que llamaron Parque de las Luces. Al otro lado de la Avenida San Juan sigue en pie el Centro Administrativo La Alpujarra, donde se toman las decisiones que definen el rumbo de diez municipios y más de tres millones de habitantes, con vista al cerro Nutibara y a la Avenida del Río.

■

› Sup. Plazuela Nutibara. 1980.
› Inf. Plaza de las Esculturas. 2013.



Iglesia de La Veracruz

Yo creo en el amor que ayuda.
Cartel de entrada



Construida entre 1791 y 1803, fue elevada a parroquia en 1883. Casi cien años después, en 1982, fue declarada patrimonio cultural de la nación. Su fachada fue restaurada por la Fundación Ferrocarril de Antioquia en 2005.

Sana

Fue después de la llegada de un padre nuevo, en 2009, que en la parroquia de La Veracruz no pudieron volver a dormir los mendigos, ni a negociar las prostitutas, ni a hacer sus viajes los sacoleros, ni a meter mano en bolsos y carteras los ladrones. Entonces pudieron regresar los fieles verdaderos, los devotos de la iglesia, la comunidad limpia y ordenada de seguidores de Dios, sin temor al robo o al contagio moral.

Entre los transeúntes que volvieron a detener su marcha para orar o asistir a misa completa también están los miembros de las pocas familias que aún residen en los edificios del sector. Muchos buscan directamente al padre para que les bendiga estampas, medallas, rosarios, cadenas y, sobre todo, botellas de agua. Agua bendita para sanar y creer.

Ofrenda

Aunque todos los santos de esta iglesia tienen su clientela, como es de esperarse en un templo que recibe casi veinte mil fieles al mes, es Jesús de la Buena Esperanza el que nunca está solo. Sentado a la izquierda del altar central, tiene un cetro en una mano y una cruz en la otra. A sus pies siempre hay hombres y mujeres que le piden, lo tocan, depositan monedas en el cofre, pegan una vela, se persignan y se van.

Son trabajadores, vendedores ambulantes, jubilados, vagos, enfermos y uno que otro loco. La mayoría van de paso, y pocos son los sacramentos que se suministran en La Veracruz: unos seis bautizos al mes y pare de contar, porque aunque en 2012 hubo setenta primeras comuniones, cuando el padre nuevo decidió cambiar el periodo de la preparación de seis meses a un año, ya nadie quiso inscribirse.

Crece

Pero La Veracruz tiene un encanto que va más allá de ese público variopinto y flexible que la frecuenta, y es ese aire de capilla de pueblo vacío que fue con el que nació. De hecho, a la primera edificación, que permaneció en pie entre 1682 y 1712, se





› Previsor y caritativo, el sacristán de este templo administra una reserva de agua bendita que entrega a los fieles cuando los sacerdotes no están. Las escaleras que llevan al campanario le sirven de alacena.



› Santa Ana, patrona de la iglesia.

le llamó Ermita de La Veracruz y sirvió para dar sepultura a los forasteros. Para 1803, cuando se terminó la construcción de la actual parroquia, tampoco era que hubiera cambiado mucho la cosa, pues Medellín apenas tenía diecisiete calles, 242 casas y seis iglesias.

A pesar de su tamaño, fue escenario de hechos relevantes en la historia de la ciudad. Por ejemplo, cuando la iglesia de La Candelaria fue cerrada por reformas, La Veracruz sirvió de apoyo a sus actividades litúrgicas y sacramentales, como el funeral de monseñor Juan de la Cruz Gómez Plata, obispo de Antioquia, fallecido en 1850.

Da
La Veracruz de hoy está abierta todo el día, todos los días. Tiene una sola nave y no tiene cúpulas

ni lujos. Lo ostentoso fue cuando la inauguraron. Cuentan que el español José Peinado Ruiz, principal benefactor de la obra, estaba tan emocionado cuando terminó la construcción que llenó el templo de claveles, rosas y lirios y regó el piso con agua de colonia. Toda una excentricidad, pero no era para menos: habían sido doce años de trabajo y de sacar plata del bolsillo.

La generosidad quedó sembrada en el corazón de esta iglesia. Aunque indigentes y trabajadoras sexuales han sido los indeseables del sector, son ellos los beneficiados cada ocho días con una merienda y cada mes con la palabra de Dios adosada en cajitas de Icopor con frijoles, arroz y carne.

El *sobrao* de Dios

Por JUAN ALBERTO GÓMEZ DUQUE



A Miguel Chávez le gustaba bromear; incluso cuando ya era el devoto Hariján Maharaj, solía decir que por ser feíto y bajito le había sido fácil renunciar a la vida material. Pero ese día de agosto de 1988, sentado en la pileta del atrio de La Veracruz, tenía un aire solemne mientras observaba el viejo edificio de cuatro pisos que tenía enfrente: “quiero ver cien devotos asomados por esas ventanas”, pensó. La trampa para captar a esos nuevos devotos ya estaba diseñada: la comida.

Estoy sentado en la misma pileta, veinticinco años después, con el mismo testigo: Gopal, todo un surtidor de historias. “Hariján llegó de Bogotá a la inmobiliaria donde yo trabajaba y me dijo que estaba buscando una casa. Traía cuarenta mil pesos. Con eso podía alquilar una muy buena; en Laureles teníamos casas hasta de siete mil. Pero este edificio le gustó, aunque valía 175.000 el arriendo del segundo y el tercer piso”.

Gopal inspira el diminutivo con el que se me presentó: ‘Gopalito’, como todos lo llaman. Cuando conoció a Hariján usaba su nombre kármico, o civil, pero ahora lleva su nombre devocional, que en sánscrito significa pastor de vacas. Mide un metro con 55 y exhibe una sonrisa tan cálida como sus ojos claros. Su destino se impuso luego de haberse topado con Hariján: “le ayudé en las diligencias, presté plata y serví de fiador, aunque lo acababa de conocer. Son las cosas de Krishna, yo fui el instrumento suyo”. No encuentra otra manera de explicar la fascinación que despertó en él la prédica de Hariján, un antiguo torero conocido como “Miguelín Segundo” en las plazas de Colombia; un pasado que no lo enorgullecía, pues como devoto vaishnava tenía entre sus principios fundamentales no comer ningún tipo de carne.

Gopalito encontró la analogía perfecta entre su temerario gesto de acoger y servir de fiador a un extraño de cabeza rapada y mechón en la coronilla y la actitud de Michael Grant, aquel norteamericano que recibió en 1966, en Nueva York, a un ignoto anciano de setenta años que venía de la India con la intención de expandir por el mundo la conciencia de Krishna. Bhaktivedanta Swami Prabhupada pertenecía a una

larga sucesión de devotos que se remonta 500 años atrás hasta al maestro Chaitania, el santo bengalí considerado la reencarnación del propio Krishna, la suprema personalidad de Dios. El gurú Prabhupada llegó a Estados Unidos con unas cuantas rupias y tuvo que compartir un cuartucho con un drogadicto. Una noche, el drogadicto trató de matarlo. El maestro corrió a la calle, sacó su libreta con los escasos contactos que tenía en la ciudad y llamó a Michael Grant, quien acudió en su ayuda, lo recibió en su casa y al día siguiente visitó varias inmobiliarias hasta arrendar un pequeño local en el número 26 de la Quinta Avenida. Ese fue el primer templo Hare Krishna en Occidente. Hoy Michael Grant es el gurú Mokunda Goswami. “Dios tiene todos sus instrumentos *afinaitos* para ser tocados en el momento exacto”, sentencia Gopalito.



En los parques del Centro de Medellín la gente se acostumbró a ver a unos extraños sujetos vestidos con vaporosas prendas hindúes color azafrán y mechones en la coronilla, tocando tambores y platillos mientras bailan en ronda y cantan el Maha Mantra: *Hare krishna hare krishna, krishna krishna hare hare, hare rama hare rama, rama rama hare hare*; una conciencia que irradian desde el restaurante Govindas, en el segundo piso del edificio que alquiló Hariján Maharaj, el número 52-17 de la calle Boyacá.

Pero pongámonos más trascendentales que Hariján en la pileta y llamemos las cosas por su nombre, así mi ignorancia no alcance sino para repetir lo que me explicaron con amor universal los devotos de Krishna: que el mechoncito se llama *sika*, la camisa *kurta* y el pantalón *doti*; las mujeres usan saris, largos lienzos que envuelven sobre sus blusas y enaguas. Que los tambores se llaman *mridangas*, y los platillos diminutos, *kártalos* o címbalos. Y que el Maha Mantra, además de liberar (*tra*) la mente (*mana*) con su vibración sonora y facilitar la meditación, como todo mantra, es el más grande (*maha*) de todos





privarse de comer carne, huevos y pescado, y cumplir así uno de los cuatro principios con los que una persona puede aspirar a la iniciación en la conciencia de Krishna. Al reparar en su atuendo, la *sika* y el liderazgo que exhibe en las actividades devocionales, cabe suponer que también cumple los otros tres: no practicar sexo ilícito, no caer en juegos de azar y no consumir intoxicantes como droga, alcohol o tabaco.

“Hay tres modalidades del mundo material –me explica Bhajan–: la bondad, la pasión y la ignorancia; en cada una de ellas también entran los alimentos. Los de la bondad nutren el cuerpo y mantienen en equilibrio la mente; entre ellos están las frutas y las verduras frescas, los cereales, las semillas, los granos verdes o germinados, y la miel de abejas. Los de la pasión nutren el cuerpo, pero con el tiempo lo deterioran; ahí entran los alimentos muy picantes, amargos, ácidos o salados. Y los de la ignorancia enferman el cuerpo y desequilibran la mente, como la carne, el huevo, los alimentos fermentados y los estimulantes (café, té negro, vinagre y azúcar refinada, entre otros). Hay que comer alimentos de la bondad y también de la pasión; se recomienda comer los de la pa-

sión al mediodía, y siempre comer despacio y sin llenarse”.

En apenas treinta metros a la redonda de la pileta donde me senté se pueden violar aquellos cuatro principios, y hasta los diez mandamientos católicos y buena parte de los 613 preceptos del judaísmo. Y un aspirante a mártir de Alá vería aquí un escenario muy occidental para inmolarsé. Pero esa es la gracia. También lo percibió Hariján al considerar, con solo verlo, que era un lugar especialmente necesitado de la misericordia de Dios. En medio de la oferta para los sentidos, y hasta de la sana competencia espiritual de La Veracruz, reclutaría y forjaría devotos con la misma actitud del guerrero que se templea en el combate. También estaba convencido de que desde el sitio donde se posa una deidad se expande la energía liberadora de Krishna.



“Antes de ser servido en las mesas del restaurante, el alimento es ofrecido a las dignidades traídas desde la India”, indica Bhagavati. “Esa comida es el *sobrao* de Dios”, agrega Ranchor, un excelente traductor del sánscrito al paisa. El alimento ofrecido se llama *prasadam*, algo así como la misericordia de Dios con el poder de purificar a quien lo come (la traducción es mía); es el propio Krishna o Jagannatha.

Esa lozana figura de ojos ensoñadores y color azul nube, unas veces tierna y niña en medio de las vacas, otras sosteniendo una flauta con su pareja Radha, o altivo y juvenil en un carro guerrero, y siempre ataviado

con vestidos opulentos, guirnaldas y joyas, es el que normalmente conocemos como Krishna. Es su imagen más conocida. Pero él es Dios y se manifiesta o expande como le da la gana, en este caso como Jagannatha, una deidad abstracta del señor Krishna. *Jagat* significa “mundo” y *natha* significa “señor”. Jagannatha es el señor del universo, el señor de todos.

Hay más: la negra figura de Jagannatha siempre aparece con las de su hermano mayor Balarama, blanco, y su hermana Subhadra, amarilla. Pero dejemos aquí porque en la tradición hindú siempre habrá que explicar algo más, y todo se relaciona en un tejido que, aunque finamente hilado, resulta extenso para mi lánguida comprensión. Baste decir que Jagannatha es la deidad que se adora en el *ashram* Govindas y a la que se le ofrece el alimento que se consume en el restaurante.

A las tres de la mañana los devotos se levantan con el Maha Mantra en los labios, meditando y haciendo reverencia. Le piden disculpas a la Tierra por tocarla con los pies, porque la Tierra es un ser vivo y un ser vivo, o una deidad, no se toca con los pies. Se bañan y limpian el lugar donde durmieron. “La limpieza es lo más cercano a la divinidad”, dice una de las tantas normas del manual de etiqueta *vaishnava*, que entre otros preceptos ordena un baño completo después de cada deposición y lavarse las manos luego de tocar la boca porque, dice, “la boca es más sucia que el ano”. Las deidades permanecen en el altar tras las cortinas mientras comienza la ceremonia a Tulasi, la gran devota de Krishna que toma la forma de una planta. Ella es la personificación de la devoción y la más querida por Krishna. Por eso los devotos llevan en el cuello collares de tulasi (*Ocimum tenuiflorum*), y el rosario o *japas* de 108 cuentas es hecho de la misma planta. Se le ofrece incienso, una flor y fuego. Después de cantar mantras, se abren las cortinas para adorar a Jagannatha y a las demás deidades del altar. Los devotos tienen pijamas, porque las visten para dormir, y también las vestirán para el día que comienza.

El ofrecimiento de alimentos a la deidad se hace con las cortinas cerradas. Se le ofrecen veintiún preparaciones diferentes: dulces, granos, ensaladas, vegetales, jugos. Los alimentos se cubren porque nadie debe verlos antes de que Jagannatha los “consuma”; se dejan un rato para que las deidades “coman”, luego se retiran para regresarlos a las mismas preparaciones de las que salieron las porciones, y así se transforman en *prasadam* para servir en el restaurante.

“Tener una deidad es un camello –dice Prabhu Ranchor–. Se le ofrece alimento cinco veces al día. Hay que bañarla, vestirla, acostarla”. “La deidad es un aspecto que toma Dios para que uno lo adore, para que uno lo pueda ver con estos ojos –explica Bhajan–. Dios está en todas partes pero en la deidad se posa, por así decirlo, en un lugar especial; es la forma en que yo me vinculo con Dios, por medio de una disciplina de servicio (*sadhana*)”. Y parte de esa disciplina consiste en rezar todos los días el Maha Mantra en dieciséis vueltas de *japas*, es decir 1.728 veces, además del *kirtán* o canto del Maha Mantra en voz alta que los ha hecho reconocidos en el Centro de Medellín.



Ahora volvemos a la calle, a la pileta, la misma que veía Prabhu Ranchor cuando apenas comenzaba el restaurante y pregonaaba con un megáfono: “bienvenido, venga aquí, al restaurante Govindas, donde encuentra deliciosa comida vegetariana que da duración a la vida, que da paz, tranquilidad; no coma carne, no coma cadáver, no coma mortecina”. El discurso enfurecía al carnicero vecino. “Más de una vez nos casó pelea para que nos calláramos. Y en los parques llegaron a sacarnos encañonados con un revolver cuando hacíamos el *kirtán*”.

Todos los días, a eso de las cinco de la tarde, sale un grupo de devotos con sus *mridangas* y *kártalos* a tocar en alguno de los parques del Centro. Esta actividad hace parte sustancial del servicio diario del devoto. Elevar la conciencia de Krishna significa predicarla y cantarla en las calles, distribuir *prasadam* y compartir libros de la comunidad. La manifestación callejera de la fe los convierte en habitantes activos del Centro. Rompen el marasmo ruidoso de esta ciudad-pueblo, entregados al canto para forjar un remolino de energía que contagie a los transeúntes, los envuelva en el sonido de los címbalos y los tambores y en la vibración del Maha Mantra. “No somos *hippies*, somos *happies*”, escribió el propio fundador, Swami Prabhupada.



Miro alrededor y me quedo pensando en este diminuto atrio al que ciñen diez columnas de roca oxidada. De pronto, el mantra empieza a fundirse con otro... ¿mantra? “*Hare krishna, hare krishna...*”, esperando el bus, esperando el bus... *hare rama hare rama...* esperando el bus, esperando el bus”. Antes de que se disuelva, agarro el sonido con esfuerzo detectivesco para saber por qué merodea por mi cabeza. “Esperando el bus,

esperando el bus". Entonces escucho una voz: "¡Papi! Diez mil y la pieza". Todo se aclara: es esa canción parrandera en la que un marido despechado le reclama a su mujer por encontrarla "muy pintoreteada y muy mal parada por La Veracruz". "Esperando el bus esperando el bus", responde ella en el coro reiterativo de la canción. Es el mantra de La Veracruz.

Desde los ventanales del restaurante y el templo, que entregan una panorámica del parque, los devotos han sido testigos de la noche veracruzana: "uno se sentaba como en un teatro a ver tremenda película: gritos, peleas, atracos, disparos, puñaladas", recuerda Prabhu Ranchor de esos primeros años de Govindas. "A los hare krishna los estimamos mucho, porque son muy respetuosos. Nos han invitado al templo a cantar y a comer 'prasada'", cuenta Miriam, quien trabaja recostada en las columnas que enmarcan la iglesia. Cuando un señor les arrojó una bolsa llena de orines a los devotos, ellas "se le fueron encima a pellizcos y a carterazos". Pero frecuentan poco el restaurante porque no les gusta la comida vegetariana: "nosotras somos muy caníbales", dice Miriam. Además, les parece un lugar muy decente y es mejor "no incomodar".

Esa especie de autoexclusión no impide que el restaurante Govindas ofrezca uno de los panoramas más diversos de la ciudad, sobre todo en las horas del almuerzo, cuando en la fila las camisetas de grupos de metal y los pelos rastas se codean con camisas de cuello, saris y *kurtas*. Edades, rostros, pieles y atuendos desfilan frente a los samovares y bandejas con las sopas, ensaladas, croquetas, frutas, tortas de lenteja, y hasta tamales y pinchos vegetarianos. Pero el plato emblemático de Govindas siempre ha sido el arroz con leche.



"Cuando llevábamos instalados unos días en este edificio, llegó Hariján y nos dijo: 'mañana abrimos el restaurante'", cuenta Ranchor, quien todavía se sorprende de la rapidez con la que respondieron a semejante orden: "no teníamos nada. Yo eché mano de unos ahorros y compré unas mesas que estaban rematando en un restaurante chino. Lo único que pudimos ofrecer fue arroz dulce con banano. Ponía arroz con panela en fuego lento y me iba, cuando volvía ya estaba listo y eso era lo que vendíamos. Luego fuimos incluyendo más platos".

Al señor Jagannatha no le gusta la cebolla y el ajo. Dice la literatura védica que produce pereza y es afrodisíaca. Ranchor agrega que el olor es desagradable y Bhajan cita libros en que las consideran plantas carroñeras. Tampoco a las que crecen en lugares oscuros, como los champiñones, les hace buena cara el señor del universo. Hace un tiempo, el gurú Maharaj, la máxima autoridad del Instituto de Vrindavan para la Cultura y Estudios Vaishnavas, les recomendó sacar la soya del menú por ser un cultivo dañino para el medio ambiente, además de transgénico. Expandir la conciencia de Krishna no se reduce al canto del Maha Mantra, sino que implica asumir la alimentación como fuente de vida espiritual.

El mismo texto de etiqueta *vaishnava* ordena comer en silencio, pero ese es un mandato para los devotos y no para los *karmis* que ocupan las diez mesas del restaurante. El pretexto para entablar conversación aparecerá fácil, pues las mesas son de cuatro o seis puestos y eso implica compartirlas.



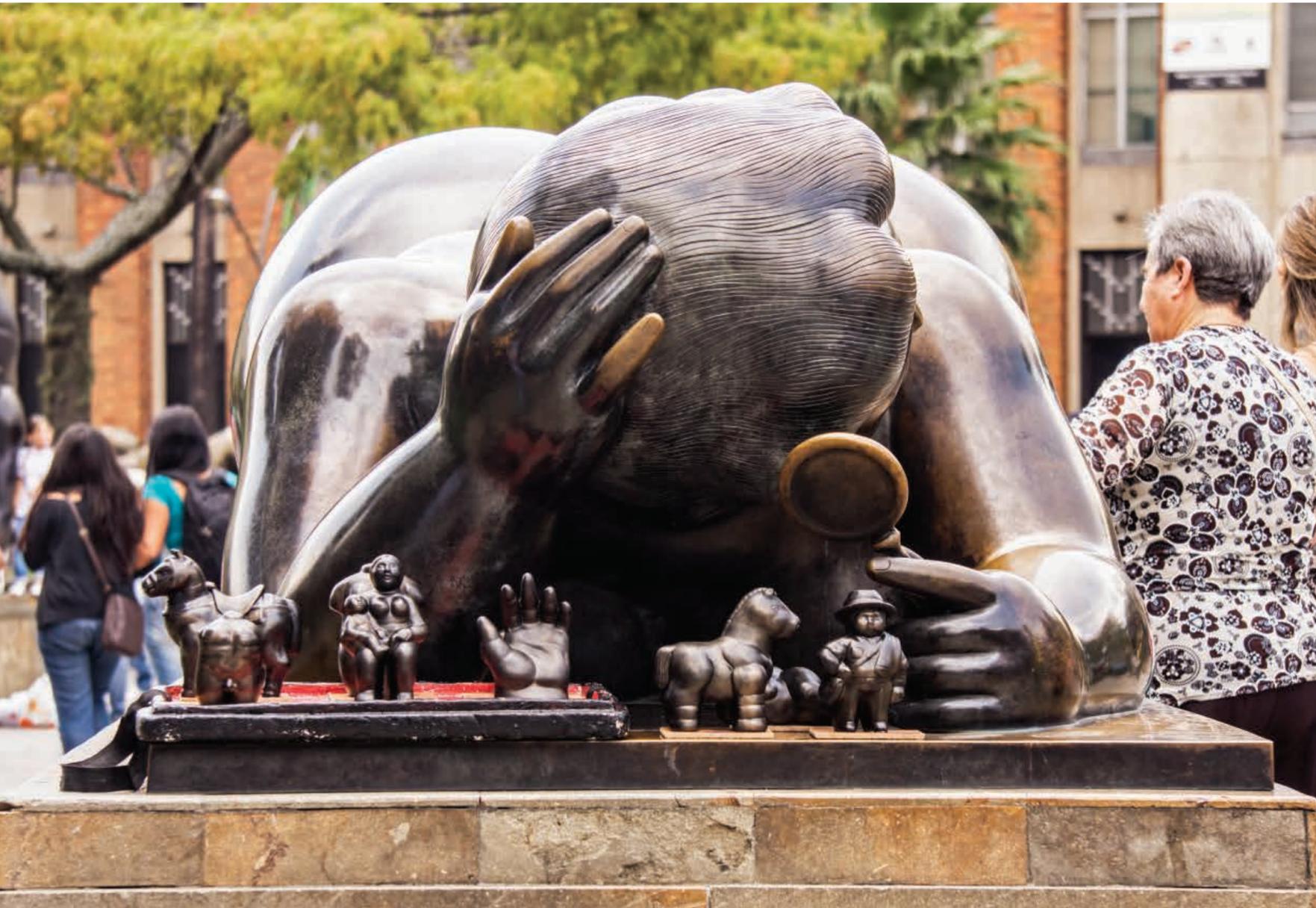
Quizás ninguno alcanzará a asomarse por las ventanas para la foto con los cien devotos que soñó el maestro, pero hay altas probabilidades de convertir a un ciudadano en cliente. Jairo vino para combatir una insuficiencia renal y siguió viniendo, Libardo asegura que este almuerzo lo mantiene más agudo para el trabajo de la tarde en la oficina, Margarita espera controlar su tumor en el colón gracias a la dieta vegetariana, Hernando cuenta que ya se comió toda la carne que se iba a comer porque su papá era carnicero.

Las voces animadas se mezclan con el tintineo de los cubiertos y la música devocional. Huele a sándalo y a comida. Me asomo a la ventana para imaginar a Hariján sentado en la pileta seca tramando el restaurante. Veo el rebusque y sus trampas: dónde está la bola, dónde está la bolita. *Armaítos* a mil, a dos mil la presa y le encimamos la papa. Papi, diez mil y la pieza. Veo a Miriam mientras observa un aplicado grupo que va detrás de su guía: "los invito a que nos detengamos aquí por un momento. Esta es la iglesia de La Veracruz, construida en 1791 en estilo barroco popular"; y recuerdo lo que ella me dijo: "yo siempre me paro en la misma esquinita a ver qué cae pa llevar comida a la casa".



La plaza de los muñecos

Por ANDRÉS DELGADO



Sentada en una mesa con sombrilla del Café Botero, mirando el soleado Parque de las Esculturas, Carla bebe un trago de vino tinto y dice corrosiva: “odio el Centro de Medellín”.

Son las tres de la tarde del sábado, un sol radiante domina el cielo limpio y la brisa agita las palmeras custodiadas por las putas del sector. Desde la terraza veo las esculturas de Botero y la gente que habita y cruza la plaza. En una de las zonas verdes sombreadas hay un par de novios abrazándose con las piernas. Al frente, un sujeto desarreglado de barba negra y larga alza los brazos al cielo, cierra los ojos y grita su amor por Jesús. Más allá, un muchacho de gorra posa para una foto dándole un piquito pícaro al pubis de *Eva*.

Carla Madrid es funcionaria de la Contraloría de Medellín en temas de ciudadanía. Debe tener unos 35 años. Está vestida con una combinación blanco-rojo Marlboro: sandalias rojas, vestido blanco y corto, cinturón rojo con hebilla argentina, pulseras rojas iguales a los aretes, largos hasta los hombros. Su oficina está acá, al frente del Café Botero, en el edificio Miguel de Aguinaga.

“Odio el Centro”. Su comentario incisivo y violento me despabila. El Centro le parece feo, sucio y peligroso. Todos los días viene a trabajar, pero detesta tener que hacerlo. Cuenta que un muchacho estaba esperando a un amigo en la entrada del Miguel de Aguinaga, se sintió mareado y para recuperarse entró a la recepción. Carla señala la entrada del edificio, protegida por cuatro vigilantes privados y un policía en moto. El muchacho dio varios pasos y tuvo que sentarse en el piso. Lo llevaron al hospital. Durante la espera, en la acera, le dieron escopolamina, y quién sabe qué le iban a hacer. “El Centro es espantoso”, insiste Carla.

Yo me quedo callado y miro la gente que posa con las esculturas para las fotos. Los gordos de Botero están sustraídos de la violencia y sordidez de los alrededores del parque. Dicen que acariciarle el pubis a una mujer trae buena suerte. Será por eso que el de *Eva* está brillante.

La Plaza de Botero se distingue de otros parques de Medellín porque tiene varios penes y vaginas al aire. Asépticos, lisos, esterilizados de todo vello público. El carácter público exhibido en el espacio público.

Carla tiene en el pelo castaño una pañoleta blanca a modo de balaca. El contraste es categórico: las sandalias rojas y los pies blancos, el cinturón rojo y el vestido blanco. Es esbelta y sus piernas son delgadas como patas de insecto. Tiene lentes oscuros, gigantes y redondos. Señala la

entrada de un parqueadero público y cuenta que a una funcionaria de la Contraloría la apretaron allí y le inyectaron a la fuerza varios milímetros de cianuro, pero no la mataron.

—¿Y por qué le hicieron eso? —pregunto.

—¡Ah, yo no sé! El Centro es muy peligroso, Andrés, olvídese. A mí no me gusta para nada —dice ella.

El vino que toma es un Santa Rita Cabernet Sauvignon de 99.900 pesos. Una cerveza callejera vale 1.500, y en el Café Botero cuesta 7.900. Un tinto vale 2.900, y el que vende esa señora de chanclas que está sentada abajo, en una banca del parque, a tres pasos de distancia, vale 300.

—Todos en la Contraloría viven paniquiados —dice Carla—. Algunos traen coca para no salir a la calle. Los más arriesgados van a Junín, y a veces vienen acá, al Café Botero. Cuando tengo que hacer alguna vuelta en el Centro traigo zapatillas planas y me cambio los tacones. No entiendo a estos turistas. Amo mi ciudad, pero nunca vendría de paseo por acá. Qué peligro.



Sentado en una banca del parque, tomándome un tinto que me vendió doña Rosa, veo a unos niños tirados en el piso de la plaza, jugando a que están nadando. Carla se fue hace rato. A mi lado está doña Rosa, sosteniendo su termo de tinto. Es gordita, viste una falda que le llega a las rodillas y chanclas que le dejan frescos los dedos regordetes. Tiene el pelo reseco cogido en una moña. Está mueca pero sabe reírse sin mostrar los dientes faltantes. Antes, cuando le pedí el tinto y me quedé parado, me dijo: “bien pueda siéntese acá conmigo y se toma su tinto tranquilo”.

Por la plaza pasa un grupo de turistas rubios. Hombres de chanclitas y mochos, barbudos y desgredados. Recorren el mundo todos pecuecudos, y lo peor es que mis amigas viven enamoradas de ellos. Las mujeres que los acompañan son patisecas, larguiruchas como palmeras y desgarradas como garfios.

En la plaza un vaso de guarapo de caña con hielo cuesta 200 pesos, una porción de papaya 500 y un mango 300. Entrar al baño público vale 700 y un chococono 500. Aguacates a mil. Todo a 200, “más barato que en China”. Afiches de amor: “¿Dónde te soñé?”, “Tu amistad es un tesoro”. Los comerciantes tienen prohibido usar megáfono. La competencia es a pulmón limpio, para que el ambiente no se congestione con tanto pregón.



Esta plaza tiene la cultura hiriente de la calle y la cultura trapeada del museo. Doña Rosa explica su negocio. El termo que tiene es de su propiedad. A las diez de la mañana viene a trabajar, pero antes pasa por un negocio donde le recargan el termo, al que le caben diez tintos, por un valor de mil pesos. Con las ventas cubre el costo de la recarga y le quedan dos mil. Lo habitual es que venda entre tres y cuatro termos diarios. Doña Rosa también trabaja los domingos: “es un día muy bueno”, dice. El peor es el miércoles, pero no sabe explicarme qué pasa con ese día. Cada mes puede ganar entre 180 mil y 240 mil. Cuando hacemos las cuentas me mira sonriente y orgullosa.

—Yo no necesito un hombre que me mantenga —dice—. Los hombres me han pagado muy mal.

Cuenta que su último esposo fue apresado con dos kilos de marihuana y dos docenas de papeletas de perico. Lo condenaron a cuatro años de cárcel. Ella lo visitó dos años, pero lo dejó cuando descubrió que tenía amoríos con el marica del patio.

—Pero él ya se alivió de eso —dice.

—¿Y por qué no volvés con él?

—Si hubiera sido con una mujer, lo perdono —dice—, pero con otro hombre no.

Le pregunto si le gusta el Centro.

—Sí, claro, y el Parque de Gotero tiene mucho ambiente.

—¿Qué te gusta?

—Me gusta la gente, el ambiente... La gente, el ambiente, y los muñecos de Gotero —dice.

—¿Y qué te gusta de las gordas?

—El culito —dice maliciosa.

—¿Sí? ¿Y eso?

—Me gustan porque son muy suavecitos.

—¿Y cuál de los gordos te gusta más?

Doña Rosa le pasa revista a los muñecos.

—Me gusta ese —dice, y señala el *Soldado romano*.

—¿Y por qué te gusta?

—Porque tiene el pipí chiquito.



Mario Vargas Llosa dijo que los gordos de Botero carecen de sensualidad, porque notó que tenían los sexos pequeños. Dijo, además, que están sustraídos del tiempo, indiferentes. Yo creo por el contrario que la obra de Botero da esa sensación de equilibrio y paz hasta que vas y le pasás a *Eva* la mano por la entrepierna, lo que hace todo el que viene a tomarse una foto con ella. El mundo de Botero parece compacto y aséptico, pero no. La sensualidad de estas figuras está en sus carnes, en sus gestos, en sus poses. *Mano* de 1992, por ejemplo, con el dedo índice levemente levantado en un plástico y discreto *fuck you*. Que los gordos se vean cerrados y limpios no quita que tengan un tremendo atractivo. La *Mujer con espejo* tiene esa tranquilidad del que se desnuda en la casa y hace el desayuno a cuero limpio. En ese acto desprevenido está su erotismo. Parece carecer de deseo, pero ahí está la trampa, porque nada más arrogante y seductor que la desnudez vestida de indiferencia.



Cuando tenía siete años, cada ocho días, en la mañana, mi mamá nos llevaba a mi hermano y a mí a la cafetería La Sorpresa, en toda la esquina entre Carabobo y la Avenida de Greiff. Allí, muy puntual, siempre estaba sentado mi papá, esperándonos. Mi mamá saludaba y se iba. Los domingos eran de mi papá. Con él íbamos a matiné al Teatro El Cid, al Odeón, al Junín, al Lido. O a escuchar la retreta en el Parque Bolívar. Mecatiábamos en La Sorpresa, en cuya lista de precios decía: “El que no conoce La Sorpresa, no conoce a Medellín”; o caminábamos mientras chupábamos cono. Ese fue mi primer contacto con estas calles, cuando no existía el Parque de las Esculturas. Pero esto no es un parque, sino una increíble telaraña multicolor que se adhiere al alma con aliento propio.

En 1993 cursaba séptimo grado y me tocaba coger el bus a todo el frente de La Red, un bar atendido por coperas que todavía existe, allí, delante del Café Botero. En el segundo piso había alcobas, y uno, sentado en la buseta a las seis de la tarde, veía subir a la nena cogida de la mano de un *man embambado*. En esa época todavía se podían usar bambas en el Centro a las seis de la tarde. Y ni hablar de las putas que le daban la vuelta a la antigua sede del Museo de Antioquia, vecino de la iglesia de La Veracruz. El Museo de Antioquia siempre ha estado custodiado por putas. El sueño de aquella época era llevarnos a la cama a alguna, o entrar al Sinfonía a ver porno. De todas esas cosas que viví en el Centro me llega su seducción, pero ahora también el hastío.

Luego, cuando entré a la universidad y conseguí novia, iba con ella al edificio Rafael Uribe recién dispuesto como Palacio de la Cultura. Y como se mantenía solo, y los pasillos fantasmales eran todos para nosotros, nos encerrábamos en el baño de mujeres; uno estudiando no mantiene plata ni para pagarse un rato en Residencias Rivoli. Luego, bajo el melancólico efecto, nos íbamos a mirar el Metro y la Plazuela Nutibara desde la





terrazza, y hasta ganas nos daban de cumplir con el legendario suicidio tirándonos desde la altura del Palacio.



Carla Madrid es bonita, aunque acumule suficientes horas de vuelo. Sentada al frente mío, en la mesa del Café Botero, cruza una pierna. El ruedo del vestido deja libre la rodilla. Lleva tiempo sin broncearse. Las corrientes de aire agitan las palmeras. Ella abre el bolso y saca una cajetilla de cigarrillos. Enciende uno y fuma con los dedos estirados. Sus uñas están barnizadas de rojo, y el cigarrillo blanco les aumenta el carácter. Empina el codo y tensiona los dedos. Estira los labios y le propina un beso a la punta del filtro. Inhala. Detiene el aire en los pulmones. Luego exhala con suavidad el humo, alzando la cabeza, y en el cuello se le dibuja una vena azul.

Mientras hablamos, Carla me aclara: el contralor es el que cuida los recursos fiscales de la ciudad. Un contralor, un personero, un alcalde, ganan entre once y doce millones de pesos. Carla se gana siete millones mensuales. Tiene un reloj marca Mulco de 1,7 millones de pesos y un iPhone de un millón. Lleva un bolso Louis Vuitton y conduce un Audi A4. Me dice que en ocho días se va de vacaciones con el novio para Boston, Estados Unidos, y que ya tienen boletas para un juego de béisbol. Vive en La Calera, por la transversal superior, en una casa de 300 metros cuadrados. Dice que está mal para llegar a fin de mes. La plata no le alcanza. Dice que ahorra 1,5 millones cada mes y “solo le llegan dos millones”; el resto se va en impuestos, retefuente, fondo de solidaridad, eps, pensiones. Además, paga parqueadero a 122 mil, mes anticipado.

Desde donde estamos podemos ver la boca de Tejelo, la calle que da a la plaza Rojas Pinillas, un pasaje peatonal donde hay carnicerías, mercados, confiterías, licoreras, bares con vallenatos, rancheras y despechos a todo taco. Casetas de venta de verduras y pescado. Jugos y cacharros. Tejelo sigue oliendo a lo que olía antes: a alcantarilla, a bar, a verdura podrida, a herrumbre.

Un parque es un corazón con arterias, un pulpo donde nacen los tentáculos que son las calles. Al frente de la terraza hay una señora que vende tinto. Está sentada y tostada por el sol. Ahora, cuando despache a Carla, me voy a ir a tomar tinto con esa señora. Le voy a preguntar qué haría con un sueldo de siete millones de pesos, y si le gusta el Parque de las Esculturas.





Retrato con fotógrafos

Por MARIA ISABEL NARANJO

Bajo la sombra del árbol más antiguo de la plaza, un tulipán africano que deja caer un líquido manchoso cuando florece, dos viejos hojean la revista que hace un momento les entregó una periodista, a la que han visto durante los últimos tres días preguntando quiénes son los fotógrafos que están allí desde la inauguración de la Plaza de las Esculturas, por allá en diciembre del año 2000.

Alguno de tantos le había dicho que existía una fotografía, publicada en una revista del Museo de Antioquia, donde los nueve fotógrafos más antiguos posaron al lado de la Eastman Kodak de Melitón Rodríguez. Así que cuando halló la revista de marzo de 2001 en el archivo del museo, salió a comparar rostros entre la treintena de fotógrafos que trabajan al lado de las veintitrés esculturas de Fernando Botero.

Ahora, debajo del árbol que llora (aunque algunos digan que mea), justo al frente de la escultura del *Hombre vestido*, los dos viejos, Fernando Olarte –sesenta años, 1,78 de estatura, bigote entrecano– y Rodrigo Maldonado –setenta años, ojos como obturadores, pelo blanco–, hablan de la foto, de los compañeros de toda la vida, o mejor, de todos los parques, porque desde que tienen memoria han compartido el oficio de tomar fotos en las calles.

Conversación de los vivos sobre los muertos

Fernando –gorra negra, chaleco en el que se lee “Fotógrafos de la Plaza Botero”, cámara Cannon Revel EOS colgada del cuello e impresora térmica colgada del hombro– dice mientras señala con el dedo índice a los hombres de la foto:

–De los que habíamos en esa época ya hay uno, dos, tres finados.

Su narración transcurre así: en el medio, acucillado, está Jairo Muñoz, el primer muerto; le decían ‘Figurita’ por sus dotes de payaso y su gusto por el teatro. Al lado izquierdo –bajito, de gorro blanco, gafas y mostacho–, está Ómar Bonnet, el segundo muerto; le decían ‘El Boludo’ porque era uruguayo o argentino, y pasó sus últimos cuarenta años haciendo “poncherazos” en los parques de Medellín. Por último, al lado derecho, detrás del hombre de corbata –llamado Carlos Muñoz–, está Alberto García Lora, el tercer muerto; le decían ‘Carroloco’ o ‘Carrochocao’, apodo enigmático que se deja a la imaginación del lector.

Más tarde Rodrigo dirá que hubo un cuarto que no salió en la foto, ‘Marcos Chuzo’, el primer fotógrafo en llegar al lugar y también el primero en

abandonarlo, porque el polvo de los edificios demolidos para construir la plaza provocó que a las dos semanas Marcos muriera de un ataque de asma.

Conversación de los vivos sobre los vivos

En la foto, de izquierda a derecha, están los seis que quedan: Fernando Olarte, Rodrigo ‘El Gato’ Maldonado, Alonso ‘Trompetrén’ Cano, Saúl López, John Jairo Villa, José Buitrago –que hoy vive en Armenia–, nacidos en 1953, 1943, 1949, 1942, 1955... Perdón por los nombres, perdón por las fechas; como diría Fernando Vallejo, son las tablas de salvación en el naufragio del olvido.



La historia de cómo se conocieron los nueve la contarán más tarde, cada uno a su manera, y este es el resumen: en los años setenta todos fueron a dar a la calle Bolívar, entre Pichincha y Ayacucho, donde hoy es Flamingo. Llegaron sin equipo y con nociones muy básicas de fotografía –la mayoría– a pedir trabajo a los “planteros”, señores de laboratorios de revelado que compraban hasta diez cámaras. La novedad de la época era la Olympus Pen, una cámara de medio formato que duplicaba la película y podía sacar hasta setenta fotos. Eran los famosos telescopios, conos de plástico donde se insertaban las fotografías –diminutas– para verlas a contraluz y



› Portafolio de Rodrigo Maldonado.



› Portafolio de Alonso Cano.



› Portafolio de Fernando Olarte.

mágicamente ampliadas. Los telescopios costaban cuatro pesos, y el negocio consistía en cobrar dos pesos por tomar la foto y dos más por revelarla en el laboratorio, adonde el cliente llegaba con el recibo del fotógrafo.

Pero lo de Flamingo se acabó rápido y, ahorrado el capital para comprarse cada uno su cámara, comenzaron a repartirse los parques Berrío y Bolívar. En el primero la policía encarceló a más de uno por desacato a la ley, es decir, por tomar fotos en “La Gorda” de Botero con el Banco de la República de fondo; y en el segundo algunos aprovecharon el oficio para tener amores pasajeros con las “señoritas del hogar” que trabajaban en casas de familia y salían al parque los sábados y los domingos. John Jairo Villa se dedicó a la fotografía social, un trabajo de fines de semana que implicaba tener la agenda del obispo y llegar antes que él a las ceremonias, por aquello de comprometer a los clientes. Solo Alonso, Ómar y José llegaron a usar la cámara de cajón, con la que hacían “fotoagüitas” o “poncherazos”, así llamadas porque se lavaban en una ponchera de peltre con agua para revelarlas minutos después de tomarlas, técnica que fue muy popular por los retoques manuales con palomitas que llevaban en sus picos mensajes como “no puedo pensar sin ti” o “tú eres mi único amor”. Saúl López fue el único que hizo fotocine, técnica previa al telescopio que consistía en tomar fotos de la gente que caminaba desprevenida por Junín, y lo mejor era que no se enojaban cuando les entregaban el papelito de cobro.

Un recuerdo

Es mediodía. O Fernando tiene el ceño fruncido porque la gorra negra que lleva puesta no logra protegerle la cara del sol, o está así porque un recuerdo se le cruzó por la mente al mirar la revista. Sea lo que sea, al cabo de unos segundos dice:

—Esa fotografía es un orgullo porque el Museo de Antioquia nos invitó a nosotros, unos simples trabajadores de la calle.

Cuenta que esa tarde hicieron el recorrido de la mano de Aura López, ‘Aurita’, una mujer que

se ganó el corazón de todos porque les abrió las puertas del museo, les enseñó las obras de Débora Arango, Eladio Vélez y otros artistas que no eran Botero; les habló de arte y los defendió de Espacio Público para que pudieran trabajar libremente en la plaza, porque ellos, más que nadie, eran los guardianes y guías del museo al aire libre que acababa de fundarse.

Clic uno

Esa mañana en la plaza, antes de que la periodista encontrara la revista —aunque pudo ser cualquier mañana porque así comienzan todas—, Bernardo Angarita y Bernardo Cano, los jardineros del museo conocidos en el sector como ‘Los Bernardos’, salieron a limpiar las dos fuentes y los tres jardines como los gemelos Tararí y Tarará del bosque del País de las maravillas. Los árboles que sembraron están frondosos y florecidos, pero ellos lidian con el lado oscuro de las cosas: armados con guantes, pala y bolsas de basura enormes, los Bernardos olisquean por doquier para encontrar pedazos de pantalones mugrientos, hilachas de camisas podridas, gorras gastadas, cuchillos hechizos y mojonos malolientes que bien saben esconder los que tienen por baño los jardines. Si uno aguza mucho el sentido del olfato encuentra pestes en todas partes, dirá Angarita, y Cano recordará el día que tuvieron que arrancar una tomatera nacida de las semillas que quedaron en las heces de algún cristiano. Si los Bernardos dejaron de hacer su tarea, los turistas quedarían arrugando la nariz en todas las fotos.

La mañana avanza y la plaza se va llenando de turistas. Atravesarla de un extremo al otro implica esquivar decenas de venteros ambulantes. Los hay de estampillas, de cometas, de tintos, de algodones de azúcar, de ratones en monociclos, de globos, de cigarrillos, de limonada, de avena, de réplicas en miniatura de las esculturas de Botero, de ornitópteros de Da Vinci *Made in China*. A lado y lado están las putas —sin María Magdalena—, una banda de ladrones y los fotógrafos gritando en coro: “lleve la fotocine a cinco mil, a dos mil, tres por diez mil”.

Anecdotario

A Fernando y Rodrigo se une Alonso Cano —65 años, boina café, moreno, no tan grande como su sonrisa—. Llega con una expresión tan serena que da la impresión de que el sol picante lo refresca. Fernando aprovecha la oportunidad para escabullirse con Rodrigo, lo presenta, le entrega la revista, le pide que hable con la periodista y se va. Entonces Alonso toma una silla y se sienta al lado de la escultura de *Adán* para conversar con ella:

—Gracias al maestro Botero nosotros estamos trabajando todavía.

Busca entre sus fotos una en la que aparece abrazando a Botero a la salida del museo. Él, más joven, más delgado, más altivo, gafas oscuras, sonrisa enorme, camina junto al artista como si fueran grandes amigos.

Cuenta que antes de que llegaran las esculturas los nueve de la foto trabajaban enfrente del Hotel Nutibara y en los parques Berrío, Bolívar y San Antonio. La plaza, que todavía no lo era, estaba llena de edificios: el Emi Álvarez, el Colombia, el de Foto Garcés, el del Metro —que tumbaron sin estrenar—, el de los Billares Luna Park, los de las barberías y las peluquerías, el Centro Comercial Calibío... Que empezaron a tomar fotos cuando todo era polvo y pantano, llevando clientes a las primeras esculturas que instalaron: *Soldado romano*, *Mujer*, *Rapto de Europa* y *Esfinge*; pero que “el machete” fue cuando llegó el *Hombre a caballo* porque era la que los niños querían. Que tomaban fotos con Polaroid y cámara de rollo, y llegaban a vender hasta quince fotos a un mismo turista. Que antes cobraban cinco mil pesos y hoy también, e incluso menos, debido a la competencia y al auge de las cámaras digitales.

Un portafolio

Alonso exhibe en su portafolio fotos con marcos alusivos al Metro, a las esculturas de Botero, a la Feria de las Flores... Dice que hacía montajes manuales cuando tenía la Olympus Trip 35, una cámara de rollo con la que hacía efectos utilizando filtros improvisados de *neolay*, un material oscuro y sintético parecido al de las radiografías.



Los trucos duplicaban a las personas o las ponían dentro de una copita pensando en el novio o en la novia, funciones que ahora realiza en una cámara digital. Dice que a la gente le fascinan los montajes porque no los saben hacer.

—Si llega uno y le dice a la gente que puede quedar tocando la cúpula del Palacio de la Cultura, o cargando en la mano una escultura de Botero, eso llama la atención, ¿no?

Dice que ellos inventaron mitos sobre las esculturas como una estrategia para vender más fotos. La escultura *Pensamiento* significa que todo hombre tiene en su mente a una mujer, entonces el fotógrafo le dice al turista: “vea señor, vea niña, ¿usted quiere un deseo? No lo divulgue, tóquele la cabeza a la escultura, piense en ese deseo y a lo mejor se le cumple. ¡Ah! Y tómese la foto”. A las mujeres les dicen que si quieren amor eterno deben tomarse una foto tocando el falo del *Soldado romano*, que lo tiene más grande y más pelado que el irrisorio de *Adán*. Y a los hombres les dicen que si tocan el busto de la *Mujer reclinada* no les será difícil conquistar a la mujer deseada.

Clic dos

Al lado de la silla donde está Alonso hay una escena. El imitador del Chavo se pasea por la plaza buscando turistas que se quieran tomar fotos con él. Es tan parecido al verdadero que se da el lujo de cobrar por mostrar un álbum en el que aparece al lado de famosos, y en la primera foto que exhibe está abrazando a Roberto Gómez Bolaños. Junto a la escultura de la *Cabeza* hay un fotógrafo —de los nuevos—, quien luego dirá que él fue quien le enseñó “el escorpión” a Higueta cuando jugaba fútbol en el barrio Castilla. El Chavo interrumpe la vagancia del fotógrafo y le pide que le tome una foto junto a dos turistas. Cuando va a sacar su cámara, los dos turistas le dicen que con las de ellos. El fotógrafo las recibe, toma las fotos, clic, clic, las entrega, los turistas las miran y sonríen, abrazan al Chavo y se van. Y nada. En las manos del fotógrafo no hay nada. Así que regresa a su sitio junto a la *Cabeza*. Minutos después el Chavo

regresa, le guiña el ojo y le da una liguita. Algo. En las manos del fotógrafo ahora hay algo. Y eso es lo único que conseguirá ese día, una liguita que no le alcanza para la pieza que paga todos los días.

Conversación final de los vivos

A las tres de la tarde el sol deja de picar en la piel y los ornitópteros de Da Vinci *Made in China* sobrevuelan el cielo de la plaza. Fernando y Rodrigo han regresado acompañados y le hacen señas a Alonso para que regrese con la periodista. Saúl López –71 años, fotógrafo del Ponyfútbol desde hace treinta– y John Jairo Villa –58 años, no puede pasar más de dos horas de pie– completan el grupo de cinco. Ahora, como hace doce años, bajo el árbol que llora, los cinco están reunidos para posar en otra foto. Una foto para otra historia.

Fernando, Alonso, Rodrigo, Saúl y John Jairo hablarán de otras cosas que acá no se han dicho, del lado oscuro de la historia: el derecho al trabajo, los abusos que sufren de cuenta de los funcionarios de espacio público, la incapacidad que han tenido para asociarse y defender sus derechos...

Rodrigo, que ha pasado todo el día sin portafolio y sin cámara, se despide de todos y regresa por la bandeja con réplicas en miniatura de las esculturas de Botero que había dejado al lado de la *Mujer vestida*.

–¿Qué pasó, Rodrigo? ¿Dónde dejó su cámara? –pregunta la periodista.

Pasó que Rodrigo vivió 43 años de la fotografía y ahora no le alcanza. Que toma menos fotos que antes y por menos plata. Que tuvo que empeñar sus alhajas para comprar las réplicas. Que ya no son los tiempos del fotógrafo importante que llegaba a los “quince” a bailar el vals con las quinceañeras, cuando tenía mesa separada y le daban más comida que a los demás. Pasó que está cansado. Que tiene que conseguir lo del día y dejar al grupo para ser uno más entre los venteros ambulantes. Pero antes de perderse, se acerca a la periodista y le dice al oído: “yo no dejé la fotografía, la fotografía me dejó a mí”.

■





► Fotografías de Gabriel Carvajal, León Ruiz y Jairo Osorio sobre el oficio de los fotógrafos callejeros en los años sesenta y setenta.



La visita de un grupo de norteamericanas desteñidas era noticia en la ciudad ansiosa de ser mirada con otros ojos. Las señoritas no quedaron bien presentadas en la memoria de Ricardo Olano.

Turismo en Medellín

“Esta semana vino a Medellín la primera expedición numerosa de turistas, compuestas de cerca de cien muchachas americanas, empleadas en la zona del Canal de Panamá, a quienes el gobierno de su país obsequió este paseo. Se dice que a lo menos dos expediciones semejantes vendrán en las próximas semanas.

Estas muchachas fueron muy atendidas, sobre todo por las autoridades departamentales y municipales y por el vicecónsul y los ciudadanos americanos, todos los cuales fueron a recibirlas al campo de aviación Olaya Herrera con muchos curiosos y donde se tomaron fotografías. Sólo entre ellas hay algunas hermosas: la mayor parte son feas.

Se hospedaron en el hotel Nutibara, que les gustó mucho, según dijeron a los periodistas. Poco después de su llegada, la Banda Departamental les dio una retreta al frente del hotel, lo cual ha parecido al público un poco extraño, pero parece que esa retreta la pidió al Gobernador el vicecónsul de Estados Unidos.

A la puerta del hotel [acudía] siempre una agrupación de curiosos que querían ver a las gringas, como las llamaban.

Se les ofreció un cock-tail en el Club Campeste y un baile en los salones del hotel Nutibara.

Chapolearon por las calles conociendo la ciudad y comprando souvenirs de poco valor y flores en abundancia que les gustaron mucho. Se encantaron con la belleza de las mujeres antioqueñas, con el clima y los paisajes de Medellín.

Dijeron que harían propaganda a Medellín como centro de turismo, en su país.

No dudo de que la venida de estas muchachas, aunque parezca un hecho insignificante, contribuirá al desarrollo del turismo en Medellín.

Septiembre 30. En las dos semanas anteriores vinieron otras dos tandas de muchachas de la zona del canal. Como las primeras fueron muy obsequiadas y para que estuvieran contentas: bailes, pic-nics, cock tails, y paseos al campo. Compraron también muchos souvenirs (carrieles de nutria, sombreros de paja, etc.) y muchas flores”.





› Panorámica del Hotel Nutibara. S. f.

El hotel de las estrellas

Por MAURICIO LÓPEZ

El cantante español Manolo Galván llegó tarde de la Carpa Cabaret. Se paró en el lobby del hotel, indeciso frente a la puerta de ascensor. Miró a un lado y a otro hasta que sus ojos rojos se encontraron con el rostro de Jorge Lalinde, uno de los botones más antiguos del Hotel Nutibara.

“Eh, amigo, ve a buscarme una mujer... tú sabes, de esas. Y tráeme también otras ‘cositas’ de la calle”, expresó el artista con marcado acento alicantino, acomodándose las lentes con cierto nerviosismo. Estaba claro que su interés era otro tipo de cabaret.

Lalinde se rascó la cabeza y meditó un momento. Quería encontrar las palabras adecuadas para decirle a Manolo que no podía complacerlo. “Señor Galván, la verdad es que yo por aquí no conozco ese tipo de lugares, y tampoco me dejan alejarme del hotel”, expresó finalmente el botones bajando los ojos.

“¡Ahhh, qué coños dices tú! Me voy a mi cuarto”, respondió decepcionado el sexagenario intérprete y se metió en el ascensor. Minutos después volvió a aparecer en el lobby con bata de dormir y los ojos aún más rojos, quejándose de que le habían robado dinero. “¡Tenía euros, tenía 200 euros!”, gritaba irritado el autor de *Te quise, te quiero y te querré*.

Fue tal el escándalo que el administrador del hotel tuvo que llamar a la policía, y en aquella noche de sábado, no muy lejana en el tiempo, no faltó quien dijera, aunque en voz baja: “este sí es mucho hijo de ramera”.

Manolo Galván, una de las grandes estrellas de la canción romántica, murió en mayo de 2013, poco después del incidente. En el Hotel Nutibara recuerdan con cariño al artista español con pinta de experto en física cuántica.

“Es difícil domar a los famosos”, dice con condescendencia Jorge Lalinde echándose la bendición, mientras intenta recordar otras anécdotas. Antonio Montes, otro de los antiguos trabajadores del hotel, le sale adelante: “¿Te acordás, Jorge, cuando iban a linchar a Willie Colón?”, le pregunta soltando una carcajada. “Ah, sí, eso fue muy charro”, responde Lalinde y comienza a contar la historia.

“Vea, esto le pasó a Juan Jairo Correa, el trabajador que más ha durado en este hotel. Él estuvo acá 43 años. Resulta que hace varios años vino Willie Colón a un concierto. Se alojó acá en el hotel, donde conoció a una Señorita Antioquia que también era huésped. Hubo química entre los dos, se encerraron, y a Willie se le olvidó presentarse

› Artistas en el Hotel Nutibara. C. a. 1950.





➤ SUP. Hotel Nutibara. 1942.
➤ INF. Tomás Santa María en Plazuela Nutibara. 1958.



al concierto. Como a las nueve de la noche apareció una turba de gente que quería lincharlo. Le tiraban piedras al hotel y hasta se querían meter. Como no había policías tuvimos que cerrar para cuidar al cantante”, cuenta Lalinde en medio de las carcajadas de su compañero.

Jorge lleva 38 años subiendo y bajando los once pisos del Nutibara. No se siente cansado, asegura, pues sus experiencias en el viejo hotel han sido inolvidables.

En su época dorada el Nutibara tuvo 300 trabajadores, ahora solo quedan cincuenta. Había escaleras en espiral, cocina, lavandería y un túnel que comunicaba el hotel con su filial de enfrente, el Express, ubicado sobre el casino de la calle 52. El glamour de las fiestas privadas, los grandes bailes de medianoche, las escenas de amor bajo las palmeras, los carros lujosos y los banquetes se fue diluyendo entre mareas de humo y olor a cloaca. El Centro se volvió marginal y el Nutibara quedó en medio, atascado en un anacronismo, rodeado de casinos, moteles, ventas de celulares, discotecas, burdeles y tragaderos.

Sin embargo, el hotel conserva su majestuosidad, y muchas estrellas del pasado siguen alojándose allí, motivadas por los viejos recuerdos y por las visiones de un Medellín con tranvía y menos gente, más amable, más caminable, más californiano. El Nutibara resiste, gracias a Dios.

Antonio y Jorge siguen evocando historias viejas. Recuerdan una de Rafael Escalona que cuenta Jorge: “A Escalona lo llevé donde Argemiro, un barbero que tenía su negocio en el sótano. El principal de la barbería, además de estar borracho, estaba ocupado, así que tuvimos que buscar al propio Argemiro. El maestro Escalona estaba impaciente e indeciso, pero esperó. Argemiro, que era supremamente respetado, ya estaba viejo y daba la apariencia de estar ciego, así que Escalona se molestó conmigo y me dijo: ‘hermano, a usted cómo se le ocurre que yo me voy a dejar peluquear de un ciego’. Escalona se fue a buscar otro barbero y Argemiro, quien no tuvo tiempo de defenderse, fue a buscar en un cajón un casete de vallenatos que no era de Escalona sino de Alfredo Gutiérrez, y lo tiró a la basura. ‘Yo pensé que ese *man* era más alegre y buena gente’, dijo el viejo barbero y volvió a perderse”. Eran días de Feria de Flores hace cerca de treinta años.

Al día siguiente Lalinde buscó a Escalona para ofrecerle disculpas, pero él lo frenó y le dijo: “no mijo, tranquilo, yo soy el que le debe una disculpa, mire que por no hacerle caso me tocó dejarme peluquear de un marica que solo conoce cortes modernos”. Ambos sonrieron, se estrecharon las manos y se despidieron. Estaba resignado con ese *Lindo copete*.

El Nutibara se fundó el 18 de julio de 1945, aunque jurídicamente había nacido en 1938, en la Notaría Cuarta, como Compañía Hotel Nutibara S.A. Importantes empresarios antioqueños formaron parte del grupo de primeros dueños: Pedro Vázquez U., Bernardo Mora, Alberto Echavarría, Avelino Hoyos M., Jesús M. Mora C., Pedro Olarte Sañudo, Eduardo Restrepo P., Marco Tulio Pérez, Gonzalo Mejía, Luciano Restrepo R., Luis Fernando Restrepo, Aurelio Mejía, Luis Olarte R., Germán Saldarriaga y Jorge de Bedout, entre otros.

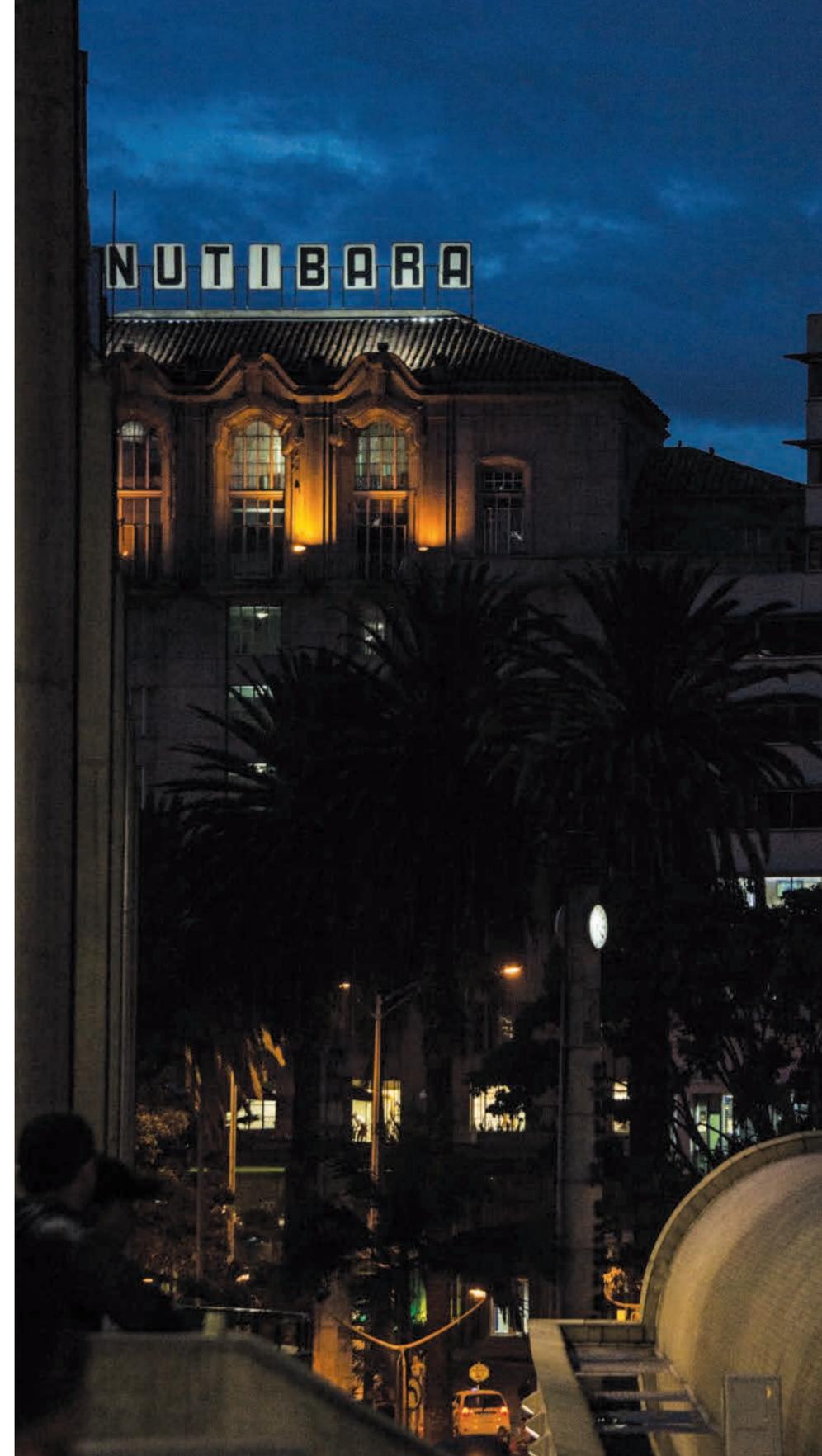
En 1940 comenzó la obra, que quedó en manos del arquitecto Paul Revere Williams, nacido en Los Ángeles, famoso por haber construido las viviendas de estrellas como Frank Sinatra, Lucille Ball y Fred Astaire. Williams, un huérfano de origen africano, recomendó un suntuoso estilo californiano con balcones, arcos romanos, entejados inclinados, pisos y adornos en madera.

El terreno, ubicado sobre la carrera Bolívar y la calle 52, costó 200 mil pesos, y en la construcción del hotel, que algún periódico de la época nombró como “el mejor del hemisferio occidental”, se utilizaron únicamente materiales y mano de obra colombianos.

Ex presidentes, toreros, cantantes, escritores y poetas se han alojado en el Nutibara desde su apertura, y hoy, 68 años después, aunque todavía goza del aprecio de la comunidad y fue declarado patrimonio cultural y arquitectónico de Medellín, el edificio de 42 metros de altura ha perdido brillo, y las grietas provocadas por el paso de los años le dan cierto aire gótico a su fachada recubierta de cemento gris.

El Nutibara tiene 132 habitaciones, con un promedio de ocupación cercano al sesenta por ciento. En él se alojan más extranjeros que colombianos, y todavía recibe las visitas de artistas legendarios como Sabú, Tormenta, la Orquesta Aragón, Juan Carlos Godoy y Los Melódicos.

Es un hotel solitario, náufrago en un mar de variopintos negocios, apocado por el viaducto del Metro. Visto de lejos por el cacique que le da el nombre, es casi imperceptible para el ciudadano de a pie, ese que no se percata de la historia de esos muros viejos y románticos que alojaron a los ilustres visitantes de la joven ciudad.





Acta de museo

Por ÁLVARO MORALES RÍOS

Tener un espacio lleno de obras de uno de los artistas más reconocidos del mundo en pleno Centro de Medellín no estaba en los planes de nadie. Solo algunas mentes delirantes habrían intuido lo que se podía realizar en aquel lugar agonizante, del que los mejores referentes parecían huir por la suma de patologías adversas que se cernían sobre él.

Pero hubo ideas detonantes, trabajos arduos y personajes definitivos en diferentes lugares, cada uno en lo suyo, a la espera de alguien y algo que pudiera juntar extremos y desatar la solución que la ciudad reclamaba. Un pequeño museo que hacía pocos años había cambiado su nombre –de Zea por de Antioquia– para recibir en donación obras y esculturas de Fernando Botero, se debatía en medio de una profunda crisis.

Nadie prestó atención a la continuidad de esa oferta, y pareció demasiado tarde cuando el propio artista hizo el anuncio, escalofriante para Medellín, de que había decidido donar a la ciudad de Bogotá parte de su obra y su colección particular. Fue entonces cuando la dirección del Museo de Antioquia marcó un rumbo diferente para la institución y la ciudad.

Una llamada telefónica de Pilar Velilla, periodista y galerista de arte recién posesionada como directora del museo, removió un marasmo injustificado y produjo un resultado imprevisible pero afortunado. Botero confirmó que aún tenía disposición para donar sus obras a la ciudad que tanta nostalgia le producía cada mañana. Pilar solo atinó a decir: “maestro, usted me puede poner eso por escrito”.

La inconfundible caligrafía de Botero propició la magia a través de un fax (su único contacto con la tecnología de entonces) del día 23 de mayo de 1997, en un documento serio y contundente que más parecía un título valor que una misiva.

“Gobernador Álvaro Uribe Vélez
Alcalde Sergio Naranjo
Directora del Museo Pilar Velilla

A continuación de mi charla telefónica con Pilar Velilla, quiero decir mis ideas relacionadas con el posible nuevo Museo de Antioquia, porque Medellín necesita un gran museo que sea un atractivo más para la ciudad. Un sitio de fácil acceso, campestre, seguro, donde los jardines sean un atractivo más junto al arte. Un lugar de reposo y contemplación.

Si el Municipio o la Gobernación donaran un lote realmente importante en tamaño y en ubicación, se podría construir un museo sobre los planos ganadores de un concurso arquitectónico.

Si este proyecto se inicia con el deseo de hacer algo realmente grande, como lo merece la ciudad, yo estaría dispuesto a hacer una donación de una nueva sala de pintura, otra de escultura y una de dibujo y contribuiría con un millón de dólares, al presupuesto de la construcción del edificio.

Cualquier otra idea de cómo mejorar el Museo contará también con alguna colaboración de mi parte,
Atentamente,
Fernando Botero”.

Esa llamada telefónica de larga distancia, que escasamente podía pagar el Museo de Antioquia en ese momento, puso un case y un reto para todos. Pero había un problema inmediato, y era la salida inminente del alcalde y del gobernador por vencimiento del período. Pilar continuó tocando puertas, y aunque poco sabía de construcción de museos, hizo algo que sí sabía muy bien: lograr que este reto no solo fuera problema de algunos dirigentes sino de toda la ciudad.





La llegada de Juan Gómez Martínez a la alcaldía generó una gran dinámica alrededor del nuevo Museo de Antioquia en el antiguo Palacio Municipal, una oportunidad única para salvar un corazón que perdía poco a poco su latencia. Se tomó la afortunada decisión de recuperar esa joya arquitectónica de estilo art déco, ocupada por algunas dependencias aisladas de EPM y unas cuantas mesas de ping-pong que utilizaba el sindicato de esa empresa.

Hasta ahí todo era bonito y bienintencionado. A Botero lo maravilló el edificio y la intención de resignificar el Centro con una serie de obras complementarias. Pero todos los involucrados en el proyecto se hacían

las mismas preguntas y encontraban diferentes respuestas: cómo llevar la gente hasta el nuevo museo y cómo hacerlo visible, pues años de improvisación y desidia en la planificación urbana habían generado un desorden inverosímil alrededor de los dos edificios emblemáticos del poder, la alcaldía y la gobernación, cuyos habitantes ya se habían ido con su maraña de decisiones para el nuevo Centro Administrativo La Alpujarra.

Pilar Velilla propuso tumbar un edificio de oficinas y algunas edificaciones de bajo perfil que estaban al frente del Palacio Municipal. A Juan Gómez le sonó la idea. A Tulio Gómez, gerente del nuevo proyecto, le pareció apropiada. A Diego Uribe, arquitecto coordinador, le cortó la respiración. A Zoraida Gaviria, directora de Planeación Municipal, no le alcanzaron los números en la calculadora. A Botero lo llevó hasta el éxtasis.

Lo que siguió fue una puja entre todos los actores de ese acto espontáneo y vertiginoso. Botero dijo diez y alguien escuchó doce. Primero dijeron que los edificios del frente y luego que toda la manzana. Todo fue tan rápido, y el entusiasmo tan generalizado, que no hubo pausa ni tregua en la ambición.

Al frente del Palacio Municipal, ya decidido como nuevo Museo de Antioquia, un desorden consuetudinario servía de refugio a muchas dolencias de la ciudad. Prostitución, inseguridad, fetidez, ruido, bandas de pillos, alquileres de armas y ventas clandestinas convivían con la decencia histórica de los peluqueros y oficinistas que serpenteaban entre pasajes y calles, todos atrapados en un submundo que a fuerza de costumbre habitaban contra sí mismos.

Alguien dijo que Botero había dicho dieciséis. Pilar Velilla y la junta del museo apostaron con una nueva institución; Juan Gómez y su gabinete reviraron. Cada uno de los responsables en la cadena de decisiones sabía que habían creado un pequeño y necesario monstruo cuyo advenimiento sería celebrado, pero en medio de grandes riesgos, contrastes y amenazas. Fue una obra hecha con inteligencia y decisión, pero también con improvisación y dudas sobre la marcha. Empezaron a ver las joyas de la corona cuando, parados en la terraza del edificio en remodelación, que ya se denominaba Nuevo Museo de Antioquia, distinguieron los extremos: el Hotel Nutibara sobre el costado norte de la Avenida de Greiff; las cúpulas del Palacio de la Cultura sobre el costado oriental; el Edificio Gutenberg, diagonal al museo, sobre la esquina de Calibío con Carabobo; y de frente, por vía aérea, el viaducto del Metro y el tren saliendo o entrando de la estación Parque Berrío. Todos llegaron a la misma conclusión: era mejor demoler todo y conquistar un gran espacio, el más grande espacio público que se hubiera podido soñar en el Centro de Medellín.

Lo mejor para ese momento, mediados de 1999, era invitar a Fernando Botero para pedirle su opinión sobre lo que parecía un consenso, cuyos únicos adversarios eran quienes tenían intereses en las vetustas edificaciones que había en ese lugar de la ciudad.

A eso que en el lenguaje oficial se había denominado Proyecto de Intervención Urbana en el Sector de La Veracruz y Reubicación del Museo de Antioquia le fue apareciendo un nombre más cálido y de fácil recordación. “Ciudad Botero”, dijo alguien cuando todavía no se pensaba en nombres, pues las discusiones académicas vinieron de contera, con admoniciones y advertencias, propuestas y amenazas, y hasta se utilizaba cierto lenguaje apocalíptico sobre el futuro del Centro.

Botero vino a los pocos meses, delirante y efusivo. Fue una reunión de muchos con decisión de pocos. Estaban, entre otros, Juan Gómez, Alberto Sierra, Tulio Gómez, Pilar Velilla y Diego Uribe. Botero esbozó con pulso firme los primeros trazos sobre un plano común y corriente de esa área, con indicaciones claras y precisas a todos, pero sobre todo a Diego Uribe, quien debía plasmar sobre el espacio físico lo que el artista a veces solo decía con las manos. Y siempre una mirada cómplice con Alberto Sierra, polo a tierra de esas ideas difíciles de ejecutar.

Hizo una ruta en línea recta desde la entrada principal del museo hasta la Avenida de Greiff, paralela al costado norte del Palacio de la Cultura. Sobre ese eje central dio instrucciones de construir una fuente, de la cual “yo mando luego el diseño”, y otra más pequeña que debía estar de frente y en el lado sur. Contó las distancias y marcó los puntos donde podrían ir las esculturas, que él mismo debía recoger en diferentes partes del mundo. Decidido eso, el resto era trabajo a montones.

Juan Gómez asumió el riesgo de demoler todo lo que se interponía entre el nuevo Museo de Antioquia y la Avenida de Greiff, y entre esta en su calzada norte y el Pasaje Calibío. Un riesgo enorme en lo político, en lo administrativo, en lo jurídico. Y se la jugó toda, pues se ordenó demoler también el edificio del Metro que no se había inaugurado. “Es mejor pedir perdón que pedir permiso”, dijo, y puso a toda su gente a trabajar a marcha forzada para la negociación y adquisición de los predios, los procesos jurídicos y administrativos, la destinación de los recursos, y la bendición por lo que serían los procesos disciplinarios en los años siguientes.

El grupo de Pilar Velilla juntó esfuerzos y voluntades para la recolección, transporte, nacionalización y legalización de todas las obras que serían parte de la donación Botero.

Tulio Gómez se puso al frente de la ejecución de lo que sería un sueño que no tuvo tiempo de ser soñado. Y Sierra cuidaba los detalles, ponía todo en su sitio, buscaba los colores, hacía que todo fuera del buen gusto que ya se empezaba a notar dentro del museo.

Entre los consultores que llegaron a la ciudad para dar su aporte estaba un arquitecto español, Carlos Baztán Lacasa, que al conocer el proyecto expuso una idea simple y conmovedora: pidió que, aparte del trazado central, no se hiciera ningún piso duro hasta que la gente marcara las rutas naturales, para lo cual sugirió que solo se pusiera grama mientras tanto. También se oyeron muchas discusiones sobre la naturaleza del espacio que se estaba creando, y fue Darío Ruiz el que puso en piedra a todos

con el concepto de “plaza”, no parque, y la necesidad, por las obras que albergaría, de que toda la propuesta paisajística fuera de muy baja altura para conservar la visual desde todos sus ángulos.

Entretanto, los arquitectos, que ya habían recibido el encargo de ejecutar las obras civiles, propusieron unos diseños que nadie quiso considerar siquiera, y que comprendían una serie de escalones cuyo propósito era resolver el desnivel que había entre los extremos. Fue el arquitecto Carlos Julio Calle quien insistió en que se defendiera hasta lo imposible el espacio abierto, dejando que la pendiente se resolviera sola, como en la Avenida de Greiff, su vía paralela.

Entre la concertación y la autoridad se resolvió el resto, se desocuparon los inmuebles, se demolieron día y noche, se fueron removiendo los escombros, y después de años, tanto el Palacio de la Cultura como el Palacio Municipal, ya convertido en Museo de Antioquia, reconquistaron la majestad con la que habían sido creados.



Diego Uribe interpretaba lo mejor que podía los deseos de Botero, pero también las realidades propias de la obra. De la revisión permanente de los diseños y las conversaciones con él surgió el número mágico: según las cuentas del artista, para llenar la nueva plaza se requerían veinticuatro esculturas. Se comprometió con dieciocho y pidió que pusieran allí las otras tres que había donado para el Parque San Antonio. Fue la primera pero no la única oposición respetuosa que recibió de casi todos. Se le expusieron miles de argumentos sobre la pertenencia que tenían los usuarios de ese espacio con sus obras y lo afrentoso que podía resultar para ellos despojarlos de tan valioso referente.

Él accedió, lo que implicaba que debía aumentar su donación si quería llenar todos los pedestales que había mandado levantar, veinticuatro en total, en uno de los cuales insistió que debía estar su obra *Torso femenino*, más conocida como “La Gordita”, ubicada en la entrada del Banco de la República. Todos contrariaron, con razón, al artista. Le dijeron:



“maestro, esa es la única dirección que se saben todos los habitantes de Medellín”, y entre algunas risas el tema quedó así.

Construidos los pedestales y las dos rutas principales, con grama el resto y un incipiente paisajismo, el nuevo espacio, que ya se había denominado la Plaza Botero, esperó paciente a sus nuevos habitantes. Pero llegaron con síndrome de horario, pues cuando arribaron al Centro en los huacales, que parecían a su vez obras de arte, todos los responsables del proyecto estaban en un restaurante haciéndole un reconocimiento con mariachis a Botero.

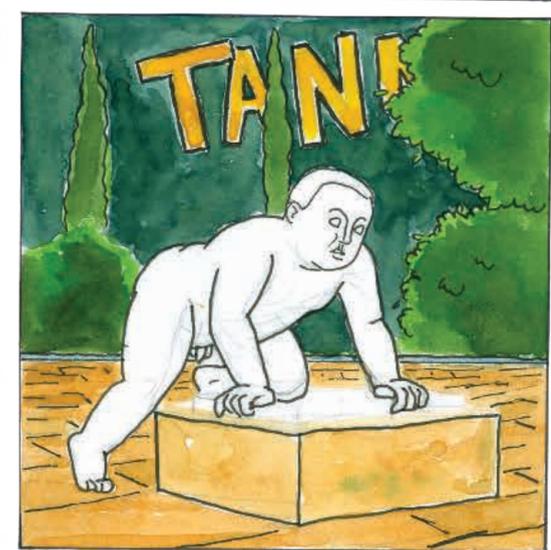
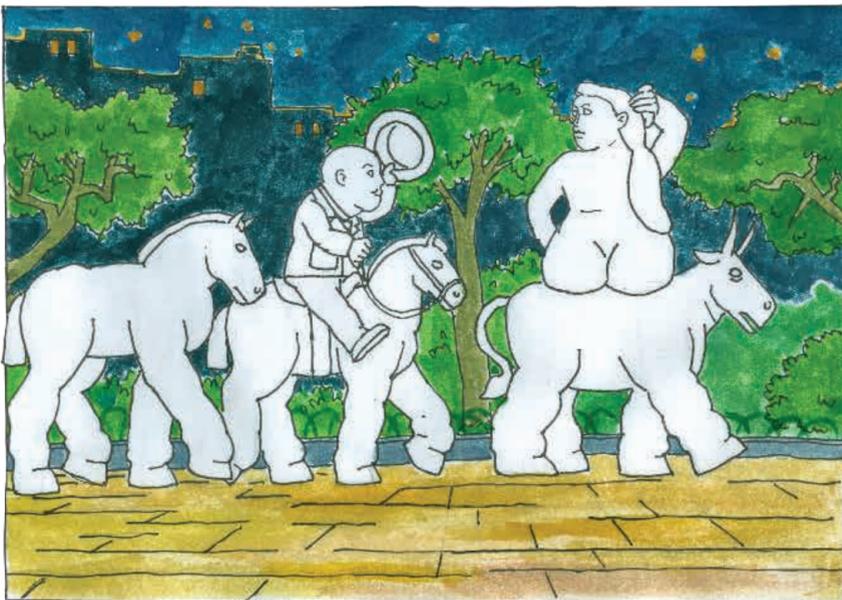
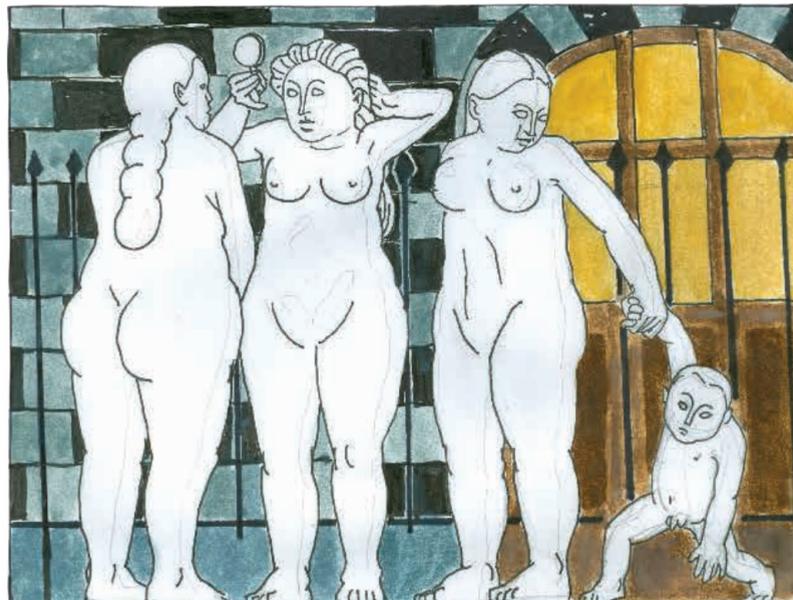
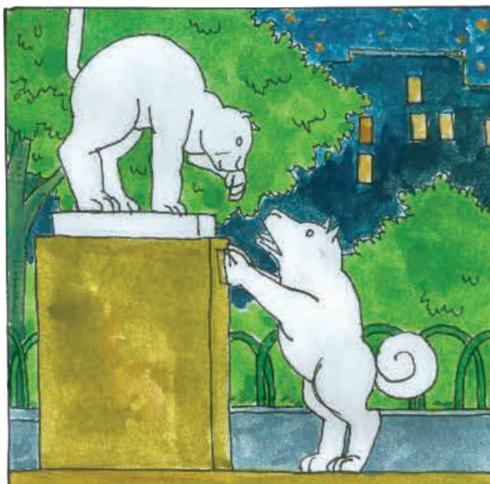
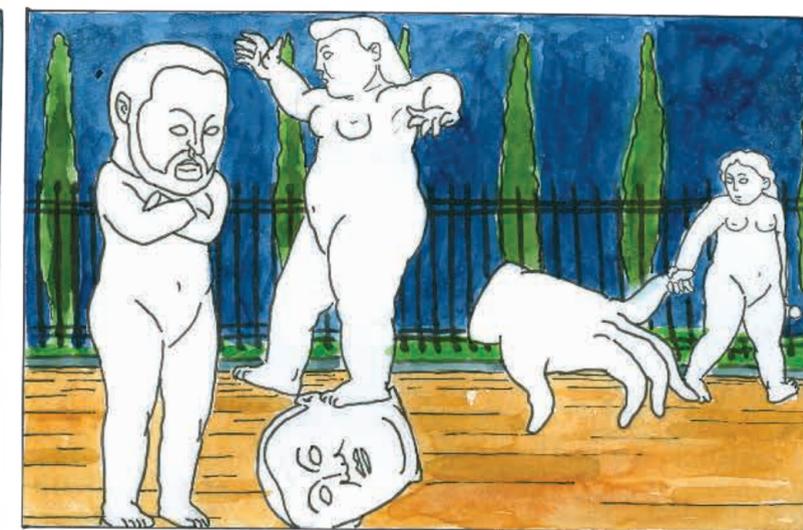
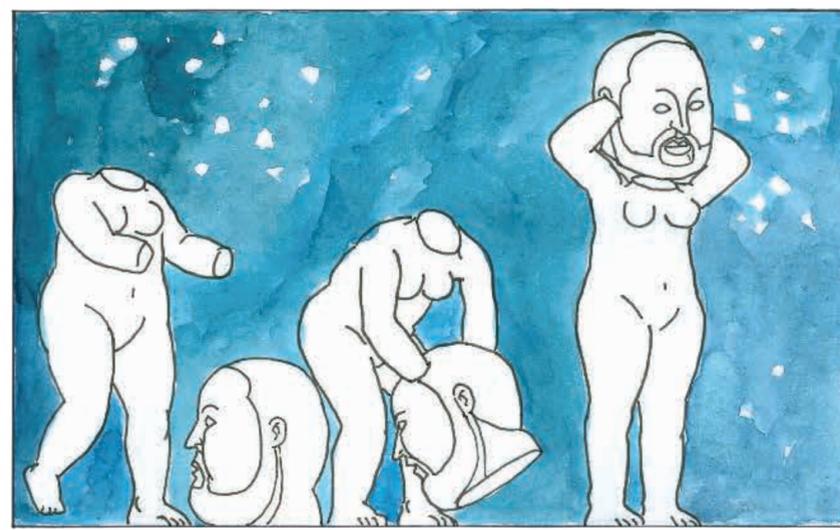
A las 11:30 de la noche de ese día, cuando ya todos hacían cuenta de un merecido descanso y el fervor etílico cumplía sus propósitos, alguien dijo que habían llegado las esculturas a la Plaza Botero. El autor se puso de pie como un resorte, y lo que siguió fue una desbandada de carros hacia el Centro, donde en medio de una leve llovizna el artista ordenó cortar los huacales con sierras, o con lo que fuera, pues quería ver cómo habían llegado sus obras luego de las vicisitudes del viaje, ya que por el descomunal tamaño de la carga no hubo avión normalito que pudiera



traerlas. Fue necesario conseguir un avión ruso, de esos que abren la puerta por la nariz, como único medio para traer completos a algunos de los habitantes de la nueva Plaza Botero.

Esa fue una celebración compartida con habitantes de la calle y transeúntes del sector, los mismos que días atrás protestaban por el desalojo de sus calles y que esa noche de mediados del año 2000 solo encontraban motivos de gratitud hacia ese gran personaje, a quien coreaban gamines y empresarios, prostitutas y dirigentes: “Botero, Botero, Botero”.

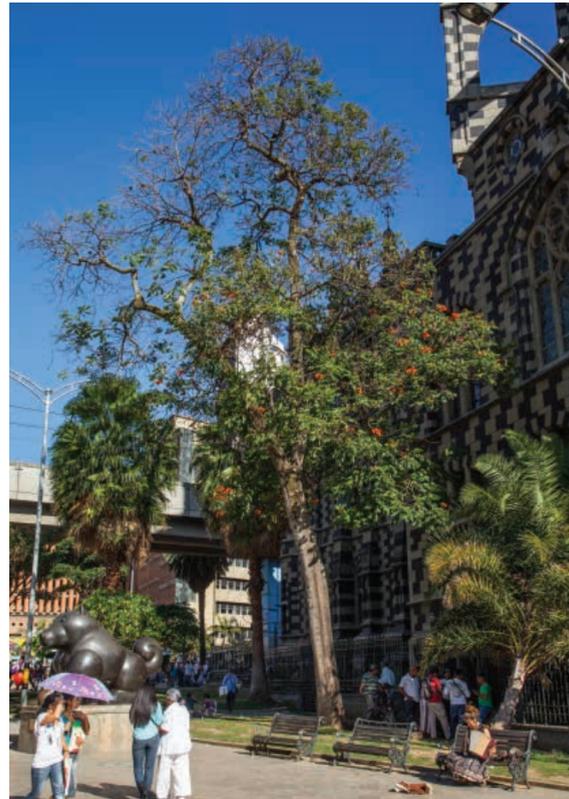
La inauguración oficial de la Plaza Botero tuvo lugar en 2002. En total fueron veintitrés las esculturas que trajo Fernando Botero a su ciudad, aparte de la cuantiosa donación que entregó al Museo de Antioquia. El resultado es un área abierta de siete mil metros cuadrados con veintitrés esculturas y un pedestal vacío que sirve de mesa de tintos y de juego: era el lugar privilegiado de “La Gorda”, que debió quedarse, a petición del respetable, dando la espalda al Banco de la República.





Tulipán africano, *Spathodea campanulata*
Familia Bignoniaceae

Originario de la costa occidental de África



Jueves 22 de agosto de 2013, 2:30 p.m.

'Jackson', con el 21 en la espalda, no tiene compasión: caricaturiza a la perfección el caminado, los ademanes y los gestos de cualquier persona que pase frente al Museo de Antioquia. La gente, esparcida por toda la plaza, ríe a carcajadas. En medio del espectáculo, sentados en una banca...

-Jajajaja.

-Eavemaría.

Ella ríe fuerte y marca una a una las sílabas con autoridad, mientras que él habla con una voz ronca y apagada:

-Mañana me toca madrugar a esa vuelta.

-¿Madrugar a dónde?

-Allá, a Comfama.

-No hombre, usted tiene que ir es donde el médico, él es el que le da la orden y usted la tiene que llevar al Comfama, pero de Pedregal. Si la lleva el martes, al miércoles lo llaman.

Los dos vuelven a mirar al mimo, ignoran una vendedora de tintos que se acerca con un termo.

-Jajajajaja.

-Qué berraco... Germán no llamó nada al abogado.

-Pero es que esa tutela la saca él en el piso once de La Alpujarra. Yo sé porque allá fue donde yo saqué la del agua. De ahí me mandaron al juzgado veinticuatro. Dígale a Germán.

-Jem... ¿Piso once?

-Piso once de La Alpujarra. ¿Sabe cómo se llama esa oficina? Personería, Personería de Medellín. Dígale: Per-so-ne-rí-a.

-Jem...

-Esa es la vuelta que él tiene que hacer. Rodolfo no le hace esa vuelta... Eso sí, si él va ir a hacer esa vuelta, tiene que madrugar.

-Jem... -dice él, que se quedó fijado en el mimo.

-Ay no, mirá la hora que es, yo me voy ya, chao.

Ella se pone de pie e intenta irse, pero se devuelve para darle un beso en la mejilla. Él también se para y balbucea algo incomprensible...

-¿Qué?

-Allá en el parque me busca.

-Ah bueno. Chao.

Plaza de Cisneros

“¡Es pura tierra! ¡La lavo, la lavo y nada, es comida pisada, comida mugrienta de chiquero comida sucia comida inmundada que sabe a tierra hedionda, a Guayaquil! Es pura porquería del Pedrero, de esta plaza que cada día es más vieja, más sucia, arruinada... De esta plaza que encierra la muerte en cada rincón, en cada hueco... Como yo, a punto de partir en el último tren, pero rezagada todavía. De esta Plaza de Cisneros que está a punto de desaparecer... Cada año la tumban un poquito, la incendian por sectores, le abren huecos para alcantarillados que ahí se quedan sin alcantarillas, la dejan llena de montañas de escombros y que se acumule la basura para que la abandonen, para que se vayan sin tener que pelear mucho con los dueños porque por ahí pasará la gran avenida San Juan con puentes inmensos en varios desniveles...”.

Óscar Castro García. "Sola en esta nube". *Una ciudad partida por un río: Cuentos en Medellín*. 2007.



1892



Carlos Coriolano Amador ganó una licitación pública para construir una plaza de mercado cubierta en los terrenos cenagosos del barrio Guayaquil. El diseño y construcción de la obra fueron encargados al arquitecto francés Charles Carré. Dicha construcción hacía parte de un proyecto urbanizador que, junto con la futura construcción de la estación del ferrocarril, buscaba convertir aquella zona en uno de los terrenos más apetecidos de la ciudad.

1893

Charles Carré comenzó a construir los edificios Vásquez y Carré. En el primero funcionó el Café Árabe, uno de los lugares favoritos de los viajeros, que desayunaban allí antes de embarcarse en el ferrocarril. En el Carré estaba la Farmacia Molina, adonde llegaban los brujos y yerberos del sector a aprovisionarse de lo necesario para sus brebajes.

1894



Se inauguró la plaza de mercado de Guayaquil. En aquellos primeros tiempos, las mujeres que vendían frutas en la plaza intercambiaban doce guayabas, seis naranjas o dos aguacates por tabacos, e iban acomodándolos en paqueticos de a seis que vendían luego a un cuartillo cada uno.

Madre de locomotoras

POR REINALDO SPITALETTA

Obertura con bombillos y el Burro de Oro

Ese “como limbo de la monotonía” que describió Carrasquilla para referirse a la Villa de La Candelaria de buena parte del siglo XIX, con comerciantes y oro, un mercado al aire libre en la plaza mayor, camanduleros y gentes que se acostaban con las gallinas, callejuelas que olían a orines y a mierda, porque no había letrinas y el mundo era muy cortito, despertó de su sueño tranquilo para convertirse, por una invocación de ricos y pioneros, en una activa aldea con aspiraciones de ciudad.

De los berridos de “¡agua va!” con que los moradores advertían antes de arrojar excrementos y otras inmundicias a la calle, se pasó a un paisaje de promesas que se fue transformando poco a poco. A finales del último decenio del siglo XIX, la parroquial villa de Medellín comenzó a iluminar sus noches no solo con la luz temblorosa de las estrellas, sino también con la muy novedosa de las bombillas eléctricas, cuando en ciudades europeas y norteamericanas aún se alumbraban con lámparas de gas, petróleo y aceite. La aldeíta apacible, con aires bucólicos, iniciaba su despacioso y seguro despertar de chimeneas fabriles que modificarían la vida cotidiana de principios del siglo XX, al tiempo que, muy febriles, los comerciantes y prestamistas, los usureros y dueños de tejidos de lana, todos de misa de seis de la mañana e inalterables pagadores de diezmos, se repartían en la plaza de Berrío. Demostraban entonces, con su innato talento para conseguir plata y hacer novenarios, combinado con sus habilidades para la cacharrería y los rezos en público, que trabajar y orar (por qué no, pecar) iban de la mano. Y así, como sin darse cuenta, el villorrio se colmaba de chismes de atrio y olores de almacén.

El 7 de julio de 1898, ocho focos de mil 200 bujías iluminaron el Parque

Berrío, al son de voladores y campanas, con bandas musicales, aguardiente y fiesta. Fue por esas calendas cuando ‘Marañas’, que era el bobo más famoso de entonces, desbocó su talento de hombre de pueblo y exclamó: “te jodiste, Luna... Ahora sí, a alumbrar a los pueblos”. ¿Pero por qué nueve años antes había llegado a Medellín el arquitecto francés Charles Carré, contratado por el obispo para construir la Catedral Metropolitana en terrenos donados por el ingeniero inglés Tyrrel Moore? ¿Por qué el próspero Carlos Coriolano Amador, que ya era dueño de las minas de El Zancudo y de las cenagosas tierras de Guayaquil, también lo contrató para que le construyera un palacete y un mercado cubierto?

Ya Rafael Flórez le había ganado de mano a Amador en 1891, cuando construyó la primera plaza cubierta de la villa para ofrecer una alternativa a los antihigiénicos toldos del Parque Berrío. Pero a un tipo como aquel rico de ancestros italianos y cartageneros, llamado ‘El Amo del Oro’, y luego ‘El Burro de Oro’ por alguna razón de bajo vientre, no se le desplazaba con facilidad. Él, que había llevado presentes de oro a los reyes de España, vio una oportunidad única para valorizar sus tierras y, a la vez, convertirse en una suerte de filántropo ciudadano, sobre todo, de gran negociante.

En 1892, el Concejo autorizó a los representantes del millonario para construir un mercado cubierto en el sector que ya se conocía como Guayaquil, y el francés comenzó a diseñar la que sería la plaza de mercado más grande de Medellín. Cuatrocientos peones aportaron su “fuerza de trabajo” en la construcción de una edificación jamás vista en la parroquia, con ladrillos, armazones de comino, 31 puertas de hierro, tres estatuas de bronce traídas desde Francia, servicios sanitarios con pedales, agua corriente, asientos para paseantes y damas, galerías con los nombres



Francisco Javier Cisneros, obra de Marco Tobón Mejía.



Plaza de Cisneros. S. f.

de los productos, además de entradas para mulas y caballos. Una revolución arquitectónica que estuvo lista el 23 de junio de 1894, con una capacidad, según su diseñador y constructor, para quince mil personas con los brazos abiertos. Si empleáramos un anacronismo, era el centro comercial más descrestado y electrificante de ese pueblito de mantillas y sombreros.

Y entonces, el sector, que antes eran terrenos lacustres y malsanos llenos de zancudos y malezas, se transmutó en un barrio con calles nuevas, aires distintos, curiosos de todas partes, cargues y descargues, a los que se sumaron iniciativas comerciales de otros ricos, propietarios de fincas cafeteras, mineros, que construyeron casonas alrededor de donde, años después, se levantaría la estación del ferrocarril. En las carreras Carabobo, la Alhambra, Cundinamarca y Cúcuta florecieron sastrerías y otros locales de artesanos. Muy cerca de la imponente plaza, los más pobres se arrimaron y construyeron casas de bareque y paja. La felicidad de los potentados no sería completa, pues luego arribarían peregrinos e inmigrantes de todas las condiciones sociales que convertirían la plaza y sus alrededores no solo en un puerto

seco, sino también en una sede de todos los oficios, incluidos los nada santos.

Con el advenimiento del nuevo siglo la villa tomaría otro aspecto. Las ideas de progreso ya eran suyas, y el aire puritano quedó atrás con el surgimiento de fábricas textiles, trilladoras, cervecerías, fosforeras, cigarrerías, y, sobre todo, con la irrupción de la clase obrera. Los humos y sonidos de las recientes factorías convocaban, como las sirenas de Ulises, a los moradores del campo, que se urbanizaron sin abandonar del todo sus aromas de musgos y maizales. Y llegaron los primeros carros, los trenes, los tranvías, y con todo aquel estropicio de máquinas y mercancías se acabó el silencio conventual.

Ya no solo había lugar para la monotonía. Ya había poetas y otros artistas que además de hacer bulla en el Café El Globo, lejos de Guayaquil, en una esquina del Parque Berrío, escribían poemas perturbadores y reflexionaban sobre los valores bursátiles y el tamaño de las panzas de los ricos. Tras el humo de las locomotoras y sus pitos arribaron nuevos negociantes y curas, trabajadores y putas, malandrines y embaucadores, estafadores y almacenistas. La romántica década del veinte,

1900

En torno a la plaza de mercado se fueron aglomerando vendedores de productos agrícolas, intermediarios y grandes compradores. Las ciénagas fueron secadas, y sobre ellas se construyeron depósitos para los granos y edificios para todo tipo de locales comerciales. En esquinas y aceras se instalaron vendedores de baratijas, dulces, cigarrillos, refrescos y todo lo que pudiera venderse.

1907



Comenzó, sobre la calle San Juan, la construcción del edificio de la Estación Medellín del Ferrocarril de Antioquia, a cargo del ingeniero Enrique Olarte. La segunda etapa se construiría sobre la carrera Carabobo en 1927, y también Olarte se encargaría de ella. En la década de los treinta, Juan de Dios Higuera construiría el ala sur de la estación.

1914



El 10 de marzo, tres días después de la llegada del primer tren desde Barbosa, se inauguró la Estación Medellín. A la ceremonia asistieron el Presidente de la República, General Ramón González Valencia, y el Ministro de Obras Públicas, quienes hicieron el trayecto completo de la sección Porce con el resto de los invitados.

1917

Se empezó a ejecutar el proyecto de la Plaza de Cisneros, que conectaba la estación, el mercado, los edificios Carré y Vásquez y las construcciones comerciales que aparecerían después. La plaza se convertiría además en el lugar de las grandes manifestaciones políticas en la ciudad.

1919

Comenzó la construcción del Pasaje Comercial Sucre, que culminaría un año más tarde. En este sitio se establecieron los locales de venta de abarrotes al por mayor.

1921



Se levantó en el costado occidental de la Plaza de Cisneros el Edificio Tobón Uribe, construido por la firma H. M. Rodríguez por encargo de Pablo Tobón Uribe para establecer allí la Farmacia Pasteur.

1923

El 30 de noviembre, en plena Plaza de Cisneros, Manuel Salvador Acosta, más conocido como 'Salvita', se elevó en un globo aerostático mientras hacía piruetas en el aire. El celebrado acontecimiento terminó trágicamente cuando el globo colapsó y cayó sobre el tejado de la Estación Medellín; el legendario aeronauta murió al instante.

1924

Fue inaugurado, en el centro de la plaza, el monumento al ingeniero cubano Francisco Javier Cisneros, gestor del Ferrocarril de Antioquia. La escultura fue obra de Marco Tobón Mejía. Por aquellos años

que en otras geografías era nombrada como la de los años felices y locos, se manifestó en Medellín con alcohol y lujuria, con cafetines y tertulíaderos. Alrededor de la plaza de mercado de Guayaquil, que después tomaría el nombre de Plaza de Cisneros, en honor al ingeniero cubano que trazó y diseñó el Ferrocarril de Antioquia en una suerte de epopeya criolla, florecieron bares donde se hacían transacciones millonarias y surgieron los avivatos que inventaron el "paquete chileno" para engañar incautos, pobres y ricos.

Eran los días en que en una ciudad conservadora como Medellín los pelados pasaban, con una misteriosa precocidad y sin transiciones notorias, del biberón a la copa de aguardiente, de las canicas y los trompos al azar de los naipes, de la escuela confesional a las casas de citas, y de las caricias maternas a las "sobaditas" de las meretrices; de tal suerte que entre ambientes de letras de cambio y transacciones comerciales, de plaza de mercado y talabarterías, aquel pueblo pacato que ya jamás se "acostaría con las gallinas" dedicaba parte del tiempo a la bohemia de cantina, el baile y los rubros secretos de la piel.

Entretanto, Guayaquil, que en esencia debió su transformación urbanística y cultural a la creación de la plaza de mercado, se erigió como una zona variopinta. Recalaron en aquel excéntrico puerto seco gentecitas múltiples, venidas de todos los confines de Antioquia y el país. Era un universo de alucinación, una mixtura de papas y tomates con prenderías y ventas de baratijas. Un coro, quizá desafinado, de numerosas voces: mercaderes, vagos, ladrones, cuchilleros, guapos, prestamistas, vendedoras de arepas y morcillas. Hasta la década del setenta la estación y el mercado, con su olor a fritangas y a dinero sudado, fueron el alma de la ciudad industrial y comercial.

Las actividades económicas fundamentales se trasladaron de la antigua plaza mayor a los alrededores de Guayaquil. Peleterías, bancos, hoteles, cantinas, cacharrerías, además de terminales de camiones de escalera, carretillos, coterros, emboladores, estudios fotográficos y pensiones se ubicaron alrededor de la Plaza de Cisneros, que desde 1923 ya tenía un vigía: la estatua esculpida por Marco Tobón Mejía en homenaje al ingeniero cubano. Allí confluyeron las ventas de discos, fonógrafos, jabones de Europa, agua florida de Murray,



➤ SUP. Mercado de carnes del mercado cubierto de Guayaquil. 1910.
➤ MED. Vendedores de escobas del mercado cubierto de Guayaquil. S. f.
➤ INF. Plaza de Cisneros. 1916.



➤ SUP. IZQ. Calle Alhambra. 1920.
➤ SUP. DER. Calle San Juan. 1930.
➤ INF. Tranvía a América y estación del ferrocarril. 1923.

así como farmacias, el Confortativo Salomón, puestos de revistas y almacenes de instrumentos musicales... La idea concebida y concretada por Amador fue la célula que reprodujo un mundo de intercambios no solo monetarios, sino también en el vestido, el lenguaje, el transporte y la vida cotidiana. Guayaquil se volvió "una

ciudad dentro de otra", como la calificó el cronista Alberto Upegui Benítez, y había momentos en que muchos de sus almacenes y cantinas jamás cerraban.

Para los años veinte Medellín tenía seis fábricas de tejidos, cinco de cigarrillos y cigarrillos, tres de fósforos (las primeras, fundadas por los hermanos Olano), quince tejares, once trilladoras de café, ocho productoras de velas y jabones, dos cervecerías y seis fábricas de chocolates. Era un ambiente productivo frenético que permitía



funcionó cerca de la plaza un comedero llamado La Sancochería; uno de sus salones estaba reservado exclusivamente para don Tomás Carrasquilla, único comensal que nunca pagó un peso allí.

1930

En esta década la Plaza de Cisneros se convirtió en la terminal de los primeros buses urbanos, unos carros largos, sin puertas y con capacidad para veinte pasajeros llamados "camiones de escalera", aunque su aspecto nada tenía que ver con las chivas, y mucho menos con los "buses cerrados" que aparecerían entre los años cuarenta y cincuenta.

1954



Una multitudinaria manifestación tuvo lugar en la Plaza de Cisneros con motivo de la visita del dictador Gustavo Rojas Pinilla; tanto la plaza como las calles aledañas se colmaron con los seguidores del mandatario.

1958

Comenzaron a instalarse los primeros puestos de ventas ambulantes en una de las calles aledañas a la plaza de mercado. Dicha calle era conocida popularmente como "El Pedrero", pues tenía piedras clavadas con el fin de evitar que los

vendedores se apoderaran del lugar. Durante muchos años la Administración Municipal adoptaría diferentes medidas de fuerza para desalojar a los venteros, pero ellos crearían asociaciones y sindicatos para permanecer en el sector.

1961

El Ferrocarril de Antioquia fue vendido a la nación y pasó a ser parte de Ferrocarriles Nacionales de Colombia. Cuatro años después la Estación Medellín quedaría inhabilitada y entraría en un periodo de abandono de dos décadas. En 1986 la Fundación Ferrocarril de Antioquia daría inicio a las obras de restauración del edificio.

1963

Con la ampliación de la calle San Juan y la carrera Bolívar se desarticuló Guayaquil y el sector quedó dividido. La calle San Juan se llevó por delante la tradicional Plaza de Cisneros, y con ella el hermoso Edificio Tobón Uribe.

1968



Un terrible incendio destruyó buena parte de la plaza de mercado. Testigos del hecho dijeron que el fuego había sido producido por hisopos con gasolina lanzados por las ventanas; esto, sumado al hecho de que los bomberos no hubieran llegado a tiempo a pesar de estar muy cerca del lugar, reforzó la idea de que había sido un acto criminal. Después del incidente el gobierno municipal abandonó la plaza por completo y los venteros que habían perdido todo fueron a parar a El Pedrero.

a mucha gente tener capacidad adquisitiva y abarrotar la plaza.

Mezcla milagrosa

Las plazas de mercado, aparte de su condición de lugar para la venta de carnes, verduras, cereales y todo lo que hace parte de su esencia comercial, son un centro de intercambios verbales y no verbales, de culturas diversas y expresiones populares. Son una fuente para el conocimiento de idiosincrasias y costumbres. La de Guayaquil, además, tenía un encanto particular: la diversidad de gentes, los rituales familiares, las habilidades de los vendedores, las gracias ahorrativas de las señoras que para todo pedían rebaja. En ella se podía hablar con el otro, detenerse a “cachar” sobre la situación de la ciudad o de la economía, tomar la temperatura de lo que estaba pasando, del chisme y del costo de la vida.

La plaza de mercado, con vecinos como el Pasaje Sucre, la Calle de los Tambores, las zonas calientes como Orocué y La Guaira, el centro de mecánicos y vendedores de autopartes en Barrio Triste, La Calesita donde los ladrones de banco y otros asaltantes se reunían a planear sus pillajes, en fin, tenía encanto. Y mucho sabor. Y la posibilidad de hacer lecturas mundanas acerca de la comida y sus costos. Para algunos era una aventura de los sentidos entrar en esa geografía múltiple y multitudinaria.

Una plaza como la de Guayaquil, corazón de un sector que gozó de simpatías y rechazos, fue la medida y rasero de esa mezcla milagrosa de sabiondos, pícaros, rateros, compradores cándidos y vendedores capaces de hacer pasar una yuca vieja por recién desenterrada. Le dio carácter a la ciudad, pues propició el encuentro de campesinos con obreros, de banqueros con cacharreros, en una reunión como de zocos árabes con bazares persas. Fluían



› Plaza de Cisneros. 1985.

las historias y las consejas, se podían encontrar desde cubreros hasta publicistas empíricos que ofrecían para la venta un pedacito de cielo. Fantasía y realidad eran posibles en aquel espacio, diseñado por un francés y financiado por un rico que hacía los más extraordinarios bailes de gala de Medellín, con fama de seductor de vírgenes y proclive a todas las aventuras de catre.

Y de pronto, aquel invento ciudadano se quedó pequeño ante la avalancha de ofertas, la informalidad y otras miserias, el rebusque de los olvidados de la fortuna. Pasó de ser un símbolo del progreso y la modernidad, a una expresión del desorden provocado por el desbarajuste social. Sus afueras se transformaron en una sucursal de ventorrillos, toldos, carretas con pescados y legumbres y vagabundos, algunos de los cuales entonaban la canción del linyera: “linyera soy, recorro el mundo

y no sé a dónde voy...”. El Pedrero, como lo bautizó la voz popular, apareció entre pantanos y polvaredas, quizá evocando lo que era el sector antes de urbanizarse. Entre olores a podredumbre y desesperanza, Cisneros quedó en estado de sitio y la plaza perdió cartel. La santanización de lo que se calificaba como una geografía turbulenta, decadente, llena de “indeseables”, caló en la ciudad, cuyo centro histórico se “guayaquilizaba”, según las expresiones de planeadores y analistas urbanos.

El sueño de oro de Amador se tornaba en latonería. Y llegaron incendios y presiones. Guayaquil, que había sido cuna de riquezas, de nuevas culturas, sobre todo de carácter popular, pasaba a ser “la puta del paseo”, la zona de fetideces y marginalidades, y a su agonía se sumaron, por ejemplo, el declive de los ferrocarriles y la crisis de la industria. Ya nadie se acordaba de los periplos de Tartarín Moreira, el poeta, el antiguo panida, a quien muy cerca de la plaza le habían robado su maleta, que fungió como detective muchos años en la zona; ni del accidente fatal de Salvita y su desinflado globo, ni de la Farmacia Pasteur o el Café El árabe, y apenas había memoria de los tugurios que pulularon en La Alpujarra y junto a la Estación Medellín.

La decadencia arrasó con aquellos perfumes de albahaca y yerbabuena, con los aromas de morcillas y carnes frescas, con el olor húmedo a tierra de capote y la vocinglería multifacética. La plaza se fue a pique, lo mismo que sus alrededores, y durante algún tiempo su centinela, Francisco Javier Cisneros, desapareció del espacio público, el mismo en el que hubo manifestaciones populares, discursos ventijuleros y demostraciones de habilidad infinita de carteristas y vendedores de mejunjes.

Ya no hubo más trenes ni tranvías, y se exiliaron todas las músicas que allí sonaban en pianolas Seeburg y Wurlitzer, tangos y pasillos ecuatorianos, valsés y bambucos, sones antillanos y canciones campesinas, se exiliaron. Y la plaza de mercado no existió más. Ni siquiera quedaron sus fantasmas ni los asustados.

Epílogo con un perro negro

Con la voz de los fantasmas de entonces, que a veces se sentaban a una mesa de bar a mirar el frenesí de la plaza, puede contarse una historia final: la del café El Perro Negro, que estaba en los bajos del edificio Carré. Bar de turbulencias y cuchillos en la pretina, de rocola



› Guayaquil. S. f.

luminosa y putas desilusionadas, tenía seis puertas y veinticuatro mesas redondas. En alguna de sus sillas metálicas, rojas, se sentó un día (o una noche) el cantante Daniel Santos, al que los concurrentes bautizaron como ‘El Jefe’. También estuvo el argentino Óscar Larroca, que una noche de bohemia, ante la admiración de los presentes, cantó *Hacelo por la vieja*.

El bar, que en su primera licencia figuró como cantina, estaba en la esquina de la Alhambra con la Avenida Estrada, que apenas tenía cincuenta metros de longitud. Junto con la plaza de mercado, El Perro Negro fue una especie de lugar emblemático, de guarachas y mambos, de porros y tangos, con una historia pendericiera y pagana, al que a algunos les daba miedo entrar. No siempre fue un bar. Antes era una agencia de abarrotos propiedad de Luis María Restrepo, en la que los productos que más se vendían eran municiones, escopetas y revólveres. Su nombre estuvo conectado con

1971

Los vendedores de abarrotos de Guayaquil fueron trasladados a la central mayorista construida en el municipio de Itagüí. La nueva plaza de mercado disponía de tres bloques que albergaban 180 locales.

1973



La plaza de mercado de Guayaquil fue clausurada definitivamente, lo que aceleró el deterioro del sector. Ante el descuido de la autoridades municipales, lo poco que quedaba del mercado y sus alrededores fue tugurizados y convertido en una mezcla de basurero, parqueadero de camiones, lugar de ventas ambulantes y expendio de drogas.

1983



Comenzó la construcción del Centro Administrativo La Alpujarra, propuesta desde 1951 por el Plan Piloto de Wiener y Sert. El proyecto concluiría en 1987.

1984

Los venteros de El Pedrero fueron trasladados a la Plaza Minorista José María Villa, tras muchos enfrentamientos con la Administración Municipal por el proceso de adjudicación de los locales.

1992



Fue reinaugurada la Estación Medellín, restaurada por la Fundación Ferrocarril de Antioquia y entregada a la comunidad como centro cívico. El edificio sería declarado Monumento Nacional en 1996.

2000-2002

El Edificio Carré fue restaurado por la fundación Ferrocarril de Antioquia con la financiación de la Secretaría de Educación de Medellín, cuyas oficinas hoy se encuentran allí. Fue declarado Bien de Interés Cultural de Carácter Nacional.

2002

Como parte de un proyecto para renovar el Centro, el Municipio de Medellín abrió una convocatoria para recuperar la Plaza de Cisneros; el diseño ganador fue el del arquitecto Juan Manuel Peláez y el artista Luis Fernando Peláez. La obra se construyó en el lote de la antigua plaza de mercado y sería inaugurada en 2005; se llamaría Plaza de la Luz, pero por recomendación de la Academia de Historia conservó el nombre de la desaparecida Plaza de Cisneros. El nuevo diseño de la plaza incluyó la construcción de 300 torres de 24 metros de altura y la instalación de dos mil 100 reflectores y 170 lámparas de piso.



› Sector de Guayaquil. S. f.

el misterio. Luis María, un paisa templado habitante de Tenche, solía tomarse sus tragos en la agencia. Comenzaba a las tres de la tarde, y en tertulia con clientes y amigos lo sorprendía el ocaso. Entonces cerraba y se iba a su casa en bicicleta.

Una vez, cuando pasaba cerca de lo que hoy es la calle 30 y del antiguo matadero de Medellín, sintió los ladridos de un perro que lo perseguía. Era un can negro, de ojos brillosos. Ladraba sin pausa y con ferocidad. “¿Qué querrá este perro hijueputa?”, se decía el hombre, sin bajarse de la cicla. De pronto, el perro se atravesó en su camino. Luis María se llevó la mano derecha al bolsillo de atrás, sacó el revólver, pero no alcanzó a disparar. El animal saltó a una quebrada y corrió en dirección al cerro Nutibara.

Cuando llegó a su casa le contó el percance a su mujer, Teresa Londoño. “Mijo –dijo ella–, yo creo que ese perro era el mismo diablo. Debe ser que están matando mucha gente con las armas que vos vendés en la

agencia”. Don Luis amaneció entusiasmado y bautizó su negocio como El Perro Negro. Ah, y siguió vendiendo armas y municiones a su clientela de cazadores durante mucho tiempo.

La explosiva agencia funcionó hasta el 28 de junio de 1956, cuando Luis María, calvo y ojiazul, decidió convertirla en una cantina porque, según él, era más rentable. Entonces Guayaquil tuvo un bar más, al que llegaban obreros, ladrones, guapos, trabajadores de la plaza y gentes del bajo mundo. Se decía que los que allí entraban “debían tener bien templada el alma y muy bien amarrados los pantalones”, según le contó a este cronista hace años un hijo del cantinero que después administró el legendario bar.

Allí iban a beber tipos como Arturo ‘El Pote’ Zapata, guapo de las décadas del cincuenta y sesenta y habilidoso cuchillero. También entraban otros más atravesados y buscableitos, y se protagonizaban trifulcas memorables a puñal y botellazos. Muchos quedaron



› Sector de Guayaquil, antigua estación del ferrocarril. S. f.

tendidos en el piso para siempre. A ese cafetín, hasta el cual llegaba el rumor del mercado, y que tenía una iconografía de cantantes cubanos, argentinos y puertorriqueños, también entraban mujeres bravas como la feroz ‘Lola Puñales’, temeraria y temida prostituta del sector que apuñaló a más de un amante de ocasión.

El establecimiento tenía un cielorraso de cuadritos negriblancos, como un ajedrez fantástico, y sus baldosas eran amarillas y rojas. Su techo, de madera barnizada, imitaba a un vagón de ferrocarril. Con el tiempo, y a la par de la crisis de la plaza, sus paredes quedaron desnudas, sin los retratos de Daniel Santos, Bienvenido Granda, Alberto Echagüe y Carlos Gardel.

Fue el bar de Guayaquil que más cerveza vendió en los tiempos de esplendor de la zona. Mercaderes de la Plaza de Cisneros aguardaban con ansia el término de la jornada para darse una pasadita por allí y escuchar la Sonora Matancera y el Trío Matamoros, y

otros querían meterse en las historias de algún tango sentimental.

Luis María Restrepo, que llegó a vender bolas de cristal, cabuya, porcelana neoyorquina, además de pertrecho y armas, cambió el arsenal por aguardiente y cerveza. Dos generaciones más de Restrepo continuaron con El Perro Negro y su bohemia agitada, pero el bar se vino a menos después de la desaparición de la Plaza de Cisneros y en los ochenta entró en estado de coma irreversible. Ni siquiera los parroquianos tristes y antiguos comerciantes que iban a buscar recuerdos en el sector pudieron salvarlo. Y nadie más se acordó de la noche en que un cantante porteño entonó con voz gruesa: “hacelo por la vieja, si no lo hacés por mí”. La muerte de la histórica plaza mató también a El Perro Negro y, de paso, se llevó otras construcciones del sector. Y tal vez por esos contornos el mundo fue de nuevo un melancólico limbo de la monotonía.

■

2003

La alcaldía de Luis Pérez demolió el Pasaje Sucre, lo que generó una acalorada polémica, pues el edificio había sido declarado Bien de Interés Cultural en 1991. Para poder demoler el pasaje, en diciembre de 2002 la Alcaldía había expedido un decreto que ordenó excluir al edificio del inventario de bienes de interés cultural, pasando por encima del Plan de Ordenamiento Territorial, del Centro Filial del Consejo de Monumentos Nacionales de Antioquia y de la Dirección de Patrimonio del Ministerio de Cultura.

2005



El 2 de junio fue inaugurada la Biblioteca Temática Empresas Públicas de Medellín, construida en el lote donde antes estaba el Pasaje Sucre con una inversión de 19 mil millones de pesos. En sus comienzos puso a disposición del público general un total de quince mil libros.

2006

Fue reinaugurado el Edificio Vásquez después de ser dado en comodato a la caja de compensación Comfama, entidad encargada de las obras de restauración. También fue declarado Bien de Interés Cultural de Carácter Nacional.





› Visita de Gustavo Rojas Pinilla a Medellín. 1953.

Plaza pública

Por ÁLVARO VÉLEZ

En Ciudad de México, ante la Conferencia Panamericana de 1901, el delegado de Colombia Rafael Reyes pronunció estas palabras: “en tiempos pasados fue la Cruz o el Corán, la espada o el libro, los que hicieron las conquistas de la civilización; actualmente es la poderosa locomotora, volando sobre el brillante riel, respirando como un volcán, la que despierta los pueblos al progreso, al bienestar y a la libertad [...] y a los que sean refractarios al progreso los aplasta bajo sus ruedas”. Años después (1905–1909), Reyes se convertiría en presidente de Colombia e impulsaría el primer intento de modernización del país, que tuvo como característica particular el desarrollo de la red ferroviaria.

En algunos lugares esa red de ferrocarriles ya estaba en construcción, así que Reyes más bien propició su avance. Tal fue el caso del Ferrocarril de Antioquia, cuya construcción se inició a mediados de la década de 1870; en 1914 los rieles habían logrado llegar, por fin, a la capital del departamento. La estación del ferrocarril en Medellín se ubicó en una zona pantanosa que años antes había empezado a transformarse, a partir de la inauguración de la plaza de mercado de Guayaquil (23 junio de 1894). También había allí un significativo complejo de edificios de comercio y hospedaje, como los ahora restaurados Vásquez y Carré (construidos entre 1872 y 1906), que, junto con la plaza, fueron obra del arquitecto francés Charles Carré, bajo el auspicio de Carlos Coroliano Amador. Tras la construcción de la estación, dicho complejo tomó el nombre de Plaza de Cisneros, en homenaje al ingeniero y constructor del Ferrocarril de Antioquia.

La Plaza de Cisneros se convirtió en punto de referencia del comercio de Medellín, y en escenario ideal para las manifestaciones sociales y

políticas de la joven ciudad. Fue a comienzos del periodo de la República Liberal (1930-1946) cuando la plaza cobró importancia como espacio de concentraciones políticas. Antes de 1930 las manifestaciones eran escasas y poco significativas, en comparación con lo que vendría luego. La respuesta se encuentra en el talante del período político inmediatamente anterior.

Para 1930 el Partido Liberal había estado casi cincuenta años fuera del poder. Desde la segunda mitad de la década de 1880 habían gobernado los conservadores, primero durante el período de la Regeneración (1884-1905) y luego durante la Hegemonía Conservadora (1910-1930),

con el intermedio de la dictadura de Rafael Reyes, que, después de todo, tenía también una inclinación azul. A finales de la década de 1920 la Hegemonía Conservadora estaba desgastada por el largo período de gobierno y por hechos particulares como la Masacre de las Bananeras (1928), que desprestigió enormemente al gobierno e hizo que en las elecciones de 1930 el Partido Conservador sucumbiera ante los liberales.

La propuesta del Partido Liberal fue un soplo de aire fresco para el país, y el talante mismo de sus dirigentes despertó una nueva cercanía con las masas populares, aunque los guiños mutuos venían de décadas anteriores, como cuenta Jorge Orlando Melo:

Por supuesto, el liberalismo, que ya muestra una vocación populista subrayada por Rafael Uribe Uribe desde comienzos de siglo (cuando recibe en 1904 un homenaje en Medellín lo agradece “a mis amigos obreros y artesanos”), cuenta con la adhesión masiva



› Llegada de Enrique Olaya Herrera a Medellín. 1930.

de negros y mulatos. Para muchos conservadores, para las señoras con ínfulas raciales y aristocráticas, el liberalismo es el partido de los negros, y hasta los ha traído del Cauca para poder pelear sus guerras civiles, como en 1876. La copla popular lo subraya:

*Un negro conservador
es música que no suena,
es como un parche en el culo
cuando el dolor es de muela.*

La primera concentración importante en la Plaza de Cisneros se dio con la visita del candidato a la presidencia Enrique Olaya Herrera, que venía de iniciar su campaña con algunas concentraciones en Cartagena, Barranquilla, Puerto Berrío (donde inscribe su candidatura) y Bucaramanga. Arribó a Medellín en el Ferrocarril de Antioquia, acompañado de algunos dirigentes liberales, y el 22 de enero de 1930 habló frente a una multitud en la Plaza de Cisneros.



▸ Visita del presidente Alberto Lleras Camargo a Medellín. 1962.

No hay un estimado de cuántas personas asistieron aquel miércoles de enero, pero Eduardo Santos la calificó como “monstruosa manifestación”, y, más significativo aún, es el documento gráfico de Jorge Obando, donde se aprecia, en una imagen panorámica, la multitud que llena todos los rincones de la Plaza de Cisneros. La imagen incluso muestra algunos asistentes trepados en los muros de la estación del ferrocarril y en los techos de las edificaciones vecinas al Vásquez y al Carré. La fotografía, tomada desde una esquina de la estación, no alcanza a retener la multitud, que se pierde en el horizonte. Una apreciación similar fue publicada en *El Heraldo de Antioquia*, en su edición del 23 de enero, que en su primera página exhibió un vistoso subtítulo: “A través de su historia nuestra ciudad no había presenciado un movimiento más entusiasta y grandioso que éste”.

También en el periódico *El Colombiano* hay referencia a la euforia de muchas gentes de Medellín por la visita de Olaya Herrera:

En el momento en que escribimos, ceñidas turbas gritan por la calle vivas a Enrique Olaya Herrera. No nos conturba. No nos ha conturbado un momento, que a un adversario político se le grite que viva desde escenarios callejeros. Tenemos un solemne afán de dar a cada uno lo que es suyo. Olaya Herrera merece un vasto homenaje de admiración. La democracia lo ha rendido ya, y ella no se equivoca en su contra.

La Plaza de Cisneros no era la única que albergaba manifestaciones y mítines políticos. Jorge Orlando Melo describe la ruta proselitista:

Los manifestantes hacen un recorrido que los lleva, por ejemplo, del Parque de Bolívar a la Plazuela Uribe Uribe y de allí a la Plaza de Cisneros, desde donde siguen a la Gobernación o a La Veracruz. En cada parada, dos o tres oradores tratan de estimular a los oyentes.

El Parque Berrío también era un sitio importante para este tipo de concentraciones, pero la Plaza de Cisneros era el lugar ideal para ellas, sobre todo si eran muy concurridas, pues ofrecía varias cualidades que permitían una mejor logística del evento: su área, más amplia que la de otros parques y plazas de la ciudad; su ubicación en el punto de llegada del ferrocarril, siempre propicia para la movilización de gentes de las afueras o de otros municipios del departamento; su condición de terminal de transporte intermunicipal y, sobre todo, de lugar de encuentro comercial, de hospedaje y de ocio de muchas gentes de Medellín.



Otra manifestación política significativa fue la protagonizada por Jorge Eliecer Gaitán el 22 de agosto de 1947. El periódico *La Defensa* abrió su edición del día siguiente con un titular rotundo: “50.000 liberales gaitanistas”. Sin embargo, la manifestación parece haber alcanzado tintes vandálicos, pues se culpa a los asistentes de apedrear el edificio de la estación del ferrocarril y de otras mañas:

Una nota ridícula dieron ayer los manifestantes gaitanistas al colocar un par de banderas rojas en las manos de la estatua del doctor Francisco Javier Cisneros en la plaza del mismo nombre de esta ciudad. Como se ve, el gaitanismo pretende enrolar en sus huestes a los muertos ilustres... Por algo será.

Denuncias similares recogió *El Colombiano*. Y a pesar de que durante ese día rigió la ley seca, *La Defensa* denunció el incumplimiento de la prohibición de ingesta de licor publicando una carta dirigida al Directorio Liberal de Antioquia. La nota llevaba el título de “Gaitanismo químicamente puro”:

En este sencillo mensaje, un gaitanista atropellado por la “ley seca” que impuso ayer el gobierno, pide refuerzos al doctor Rubén Uribe Arcila para poder escuchar al doctor Gaitán con un liberalismo a cuarenta grados sobre cero, que era el que carbonizaba ayer tarde la Plaza de Cisneros.

A pesar de los desmanes, el discurso de Jorge Eliecer Gaitán fue conciliador, y *El Colombiano* registró su sorpresa frente a este hecho, pues los conservadores esperaban una oratoria agitadora por parte del líder liberal.

El amplio recibimiento a Gaitán no coincidió con los resultados electorales de 1946, en los que los liberales apoyaron a su contendiente Gabriel Turbay, que con un talante más moderado sedujo a dirigentes y simpatizantes del partido en Medellín. Meses después los edificios que enmarcaban la Plaza de Cisneros sufrieron saqueos y desórdenes el 9 de abril de 1948, aunque nada comparable con lo sucedido en Bogotá. Así lo registró *El Colombiano*:

Desde el palacio nacional hasta la plaza de Cisneros, los grupos de bandoleros y pillos hicieron de las suyas, no hay una sola vitrina intacta. Todas rotas y saqueadas. El espectáculo de la carrera Carabobo es impresionante, parece como si hubiera sido bombardeada.



Una fotografía de Gabriel Carvajal Pérez muestra un tercer momento de las manifestaciones políticas en Cisneros. Se trata de la visita del dictador Gustavo Rojas Pinilla, el 15 de agosto de 1953. La imagen muestra de frente el costado occidental de la plaza; en la estación del ferrocarril se ubica la comitiva presidencial acompañada por un cinturón de efectivos del ejército y, a diferencia de los otros dos momentos, se aprecian pancartas, banderas de Colombia y banderines con la imagen de Rojas Pinilla.

Se trataba de otro momento político. Hacía poco más de dos meses que Gustavo Rojas Pinilla se había tomado el poder a costa del presidente electo Laureano Gómez. Gozaba de mucha aceptación entre



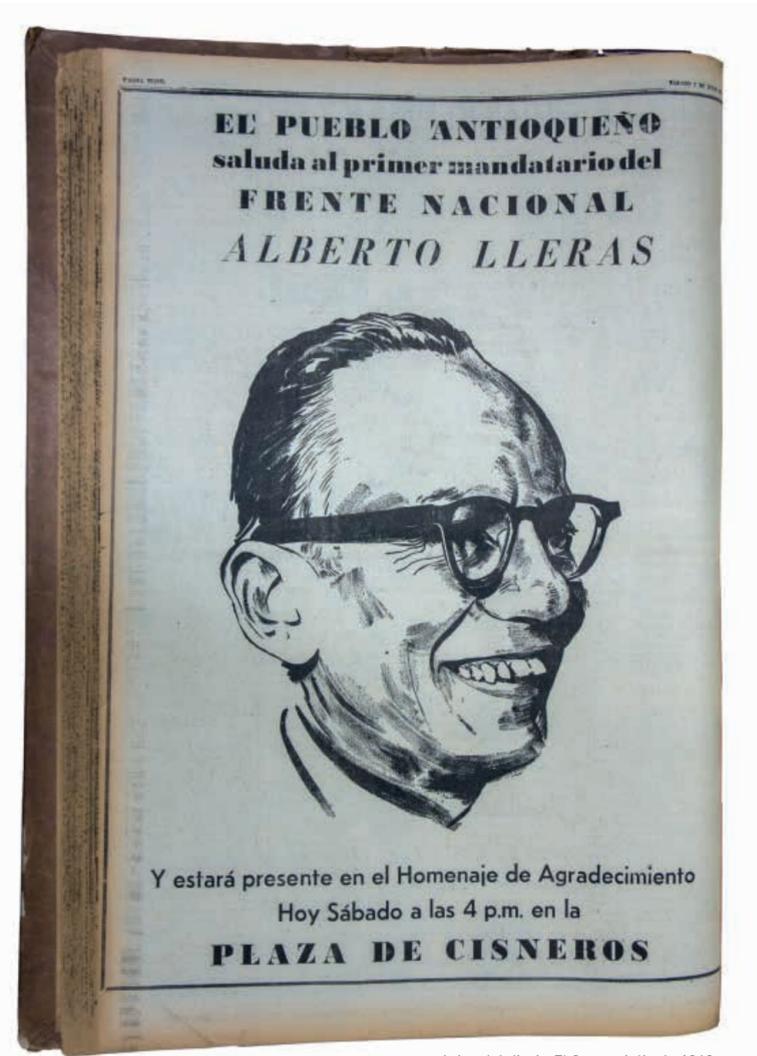
▸ Sup. Llegada del Dr. Echandía a Medellín. 1949.
▸ Inf. Visita de Gustavo Rojas Pinilla a Medellín. 1953.

diversos sectores de la sociedad colombiana, pues encarnaba el fin del conflicto armado entre liberales y conservadores y no representaba abiertamente a ninguno de los dos bandos. Además, se mostró como “el pacificador” de la nación, y su golpe de Estado tuvo la complacencia de algunos dirigentes nacionales, tanto del Partido Liberal como del Conservador.

Días antes de su visita a Medellín, el periódico *El Colombiano* reservó amplios espacios en sus páginas para lo que sería un acontecimiento político de primer nivel, y el 12 de agosto tituló, en primera página: “En la plaza de Cisneros será la gran recepción al señor presidente. Los detalles serán transmitidos por una cadena de emisoras”; el mismo tono del titular del 14 de agosto: “Todo listo para la gran recepción al presidente. El desfile por la ciudad será solemne e imponente”; y el día esperado llegó con otro titular entusiasta: “Con 21 cañonazos será recibido el presidente. Antioquia realizará la más grande movilización humana de su historia”. El 16 de agosto abrió su edición con una fotografía panorámica de Jorge Obando; el titular es la guirnalda de la foto: “La apoteosis de ayer al jefe de Estado. Verdaderos ríos humanos rodaron por las calles y coparon las plazas”. Curiosamente, la fotografía es muy similar a la que veintitrés años antes el mismo Obando tomó durante la visita de Enrique Olaya Herrera.

Tampoco en este caso se sabe a ciencia cierta cuánta gente se reunió en la Plaza de Cisneros en esa visita de Rojas Pinilla como presidente de la República, pero las fotografías publicadas por *El Colombiano* (en las páginas doce y catorce de la edición del 16 de agosto se publicó un reportaje gráfico de la visita) dan cuenta de la popularidad del dirigente en la capital antioqueña. Sin embargo, atendiendo a los cálculos, se puede decir que estos tres momentos guardan cierta similitud en cuanto a la cantidad de personas que se agolparon en la Plaza de Cisneros.

Antes y después de la visita de Rojas Pinilla hubo manifestaciones de otros dirigentes políticos con características similares. Pero con el paso del tiempo esas muestras de poder político irían disminuyendo, y las manifestaciones en calles, plazas y parques se trasladarían progresivamente a otros escenarios ya no tan multitudinarios. Quizá fue a partir de finales de los setenta que la plaza pública cedió ante los medios masivos de comunicación. El desgaste ideológico de los partidos políticos durante el Frente Nacional (1958-1974) y su remanente (1974-1990) fue otro factor para que disminuyera la movilización política en las calles. Si a eso le sumamos los factores de violencia, los atentados y los magnicidios de algunos dirigentes en las décadas del ochenta y noventa, es comprensible que los discursos políticos en plaza pública, ante decenas de miles de seguidores, ya no estén a la orden del día. Pasamos de la plaza al televisor, del televisor al computador y del computador al móvil.



› Aviso del diario *El Correo*, julio de 1962.



› Gracias a su cercanía con los fortines burocráticos, la Plaza de Cisneros sigue siendo escenario de manifestaciones y protestas, ahora algo menos fervorosas que en tiempos de los llamados caudillos.

El epicentro de todas las vueltas

Por FRANCISCO SALDARRIAGA



Apenas asoma el sol en las montañas del oriente y ya se escucha la turbina de los secadores de mano, y el spray esparce nubes de laca sobre los cabellos de estas mujeres. Son las seis y media de la mañana y ellas son las primeras clientas del salón de belleza María Auxiliadora, ubicado en el segundo piso del Pasaje Comercial Metrocentro. Son mujeres maduras, mayores de cincuenta años, vestidas con trajes de dos piezas y obligadas a la tarea de acicalarse cada día. La escena tiene la agitación de un camerino antes del espectáculo, pero es solo el preparativo diario para atender a una multitud de gente de ocho a doce y de dos a seis. Cuando ya se sienten por fin como un postrecito, salen con sus cabellos firmes y abombados, taconeando hacia ese complejo de edificios, construido entre 1983 y 1987, que se llama oficialmente Centro Administrativo José María Córdova, pero que todos conocen, sin saber por qué, como La Alpujarra, término árabe que significa centro de gobierno de una ciudad, y que la gente acuñó como moneda de cambio.

Cruzan Carabobo y pasan al lado de los verdaderos madrugadores, agolpados a las afueras de las oficinas de la Dian. Como si fueran aves migratorias, durante algunas épocas del año se puede contemplar a centenares de personas que forman una serpenteante fila; sus caras largas, sus piernas inquietas y su mirada recurrente detrás de las vidrieras delatan la estoica resignación de quienes están obligados a hacer diligencias. Porque a eso se viene a La Alpujarra, a armarse de paciencia para hacer vueltas. Muchos de ellos llegan allí en plena noche, a la espera de un turno para cumplir con los requisitos de las últimas reglamentaciones tributarias.

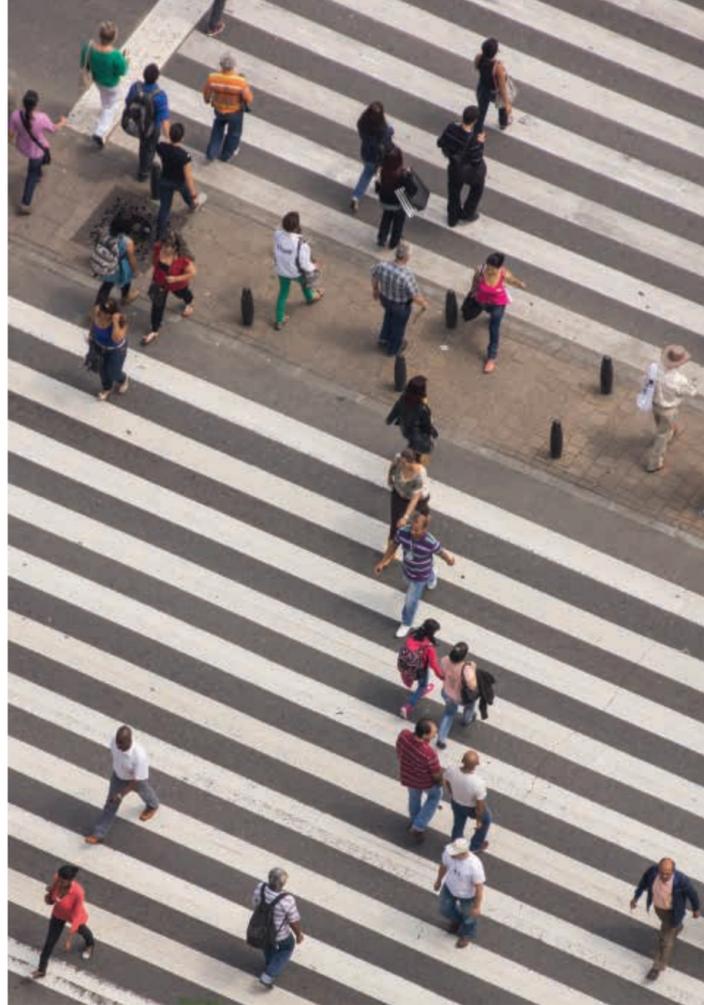
Al ser el epicentro de las decisiones que se toman en el sector público del departamento y de la ciudad, todo aquel que quiera buscar plata del aparato estatal, que tenga un proyecto para su comunidad, que quiera quejarse de un problema en su barrio o municipio, que tenga una deuda con la justicia, o que simplemente deba pagar sus impuestos, termina pasando por La Alpujarra. Su historia está trazada con manifestaciones, reuniones y filas incontables, y quizás son estas últimas las que mejor reflejan la forma como vivimos. Por un lado, la fila respeta el mérito del que más madruga, y la espera compartida integra a personas de diferentes condiciones sociales y estimula la solidaridad con viejos y discapacitados; pero, por otro lado, también revela que aquel que tiene con qué puede evitarse el desgaste de la espera, saltarse algunos molestos pasos y hasta comprar algo de tiempo, pues los más pudientes suelen darse el lujo de pagar a un "doble" para que los sustituya en los momentos más agobiantes de estos trámites.

Sonia, una mujer de unos cincuenta años con pinta de campesina, desde hace una década se levanta a las tres de la mañana a guardar un puesto por veinte mil pesos. Como la fila es su pan diario, ha aprendido a vencer el sueño con tinto y el cansancio con calistenia en una baldosa. Su semblante parece jovial, muy distinto al de la mayoría, que desarrolla una creciente ofuscación, al sentir, mientras avanza hacia la anhelada taquilla, que la fila es un castigo ineludible del purgatorio burocrático.

Nadie sabe más de estos sentimientos encontrados que Carlos, un decano de la tramitomanía. Comenzó de mozo cuidando carros y motos cuando ni siquiera había parqueaderos, y a comienzos de los años ochenta fue testigo de la transformación de aquellas mangas y bodegas del extinto ferrocarril en estos edificios donde hoy se rigen los destinos de los antioqueños. Es un moreno flaco y canoso que refleja el arquetipo del oficio. Si algún día se le hace una estatua a los tramitadores, deberá ser allí, frente a la Oficina de Instrumentos Públicos, bajo esos almendros, con la pinta de Carlos de cuerpo entero: enfundado en un desgastado saco azul oscuro que por lo grande parece prestado, con una camisa blanca y curtida, una correíta delgada de cuero que a duras penas sostiene sus pantalones de dril, y zapatos negros de cuero negro pelado, en una mano un cartapacio de plástico lleno de fotocopias de RUT y solicitudes dobladas, y en la otra, levantada hacia lo alto en señal de triunfo, un certificado catastral emitido por el Instituto Agustín Codazzi. De ñapa, también deberá tener a una Sonia detrás, cuidando un puesto y señalando hacia la Dian como esa pareja de colonos del cuadro *Horizontes* del señor Cano.

Mientras le llega este homenaje, a Carlos se le ponen los ojos vidriosos de nostalgia al recordar lo que él llama la época dorada de los tramitadores, hace veinte años, cuando era obligación cumplir con una serie kafkiana de vueltas, sortear laberintos burocráticos de sellos y autenticaciones, y enfrentar minotauros de ventanilla para completar un solo trámite. En aquellos "gloriosos días" Carlos se dio cuenta de los vericuetos del oficio, supo ganarse la confianza de algunas "amistades de adentro" a punta de mandados, aprendió los atajos para acortar el tiempo en la expedición de certificados y cambió el dulceabrigo por la carpeta de cartón.

La dinámica del edificio de los juzgados tal vez sea la que evidencie más claramente las dos caras de esta moneda. Lejanos están los días en que aquella construcción fue el puerto de Guayaquil, vital e inagotable, con los tranvías, la plaza de mercado El Pedrero, los lujosos hoteles en los edificios



Vásquez y Carré, los bares de bohemios y tahúres, y los trenes que cargaban y descargaban productos y mercancías procedentes de los puertos de la costa norte colombiana. De eso apenas quedan las fotos que venden en el Pasaje Carabobo, y una edificación restaurada donde funcionan cafeterías y entidades financieras. Y del vigoroso tren queda una vieja y pesada máquina negra, al lado de una placita con mesas de hierro y parasoles de color verde y blanco como la bandera de Antioquia.

Los “asuntos” por lo regular comienzan en la antigua estación del ferrocarril.

Allí es común ver a un par de litigantes bien trajeados entrenando a sus clientes en lo que deben y no deben decir para enfrentar las audiencias en las salas de los juzgados. Porque una vez adentro, la calma de aquella salita al aire libre se cambia por las filas apretadas, la congestión de los ascensores, la atmósfera de estrechos despachos saturados de folios y archivos, los teclados trepidantes, y ese ambiente protocolario característico de los procedimientos legales. Este es un edificio que, a menos que seas abogado, fiscal, juez, empleada del aseo o lustrabotas,

nadie quiere pisar por el simple gusto de conocerlo. No en vano, cuando le preguntas a la gente de la calle sobre esta edificación recuerda dos situaciones contradictorias.

La primera por lo regular es la tragedia de los condenados que prefirieron saltar al vacío y dejaron su recuerdo en las losas de granito cambiadas luego del impacto. A pesar de eso, el segundo referente resulta más pintoresco: las manifestaciones de los trabajadores de la rama judicial cada vez que salen a huelga para reclamar sus derechos laborales. No es tanto por lo que reclaman, sino por lo llamativas que resultan sus concentraciones a las afueras de aquel edificio. Son notorias sus arengas contra los mandatarios nacionales de turno, que parodian pegajosas cancioncillas populares; sus pasquines fotocopiados, que distribuyen entre los transeúntes en busca de apoyo a la causa sindical; y sus sancochos diarios en olla comunal, acompañados por enormes bafles que reproducen música protesta latinoamericana en las mañanas y cambian a canciones tropicales cuando llega la tarde, para mantener “el brazo en alto por la unidad y cohesión del movimiento, compañero”.

Sin embargo, diariamente, sin que muchos lo adviertan, ocurren dramas de mayor calibre a los pies de este edificio. Hacia las siete de la mañana la Avenida San Juan luce pletórica de buses de todas las procedencias que descargan a cientos de personas. A todos se les ve bajar con el pelo mojado y la cara aún hinchada por el sueño. Mientras unos se internan en los edificios entre voceadores de periódicos, o toman el primer tinto frente a puestos de revistas que se desdoblán como caracoles amarillos de metal, otros deben pararse a esperar una señal. Frente a San Juan, detrás de una valla ubicada en la rampa que conduce al sótano del edificio de los juzgados, diariamente se arremolina un grupo de mujeres que cargan bolsas plásticas, acompañadas de niños que pasan la mañana entretenidos con un poco de pan y unos cascos de mandarina. Ellas aguardan la llegada del bus del Inpec para entregarles a los guardias, que visten un camuflado azul pixelado, un atado de ropas y mensajes escritos en hojas de cuaderno, dirigidos a los sindicatos que esperan sentencia.

Aunque les reciben las encomiendas tres veces al día, en horas muy puntuales, y quienes permanecen en la celda de aquel sótano no pueden recibir visitas, ellas pasan el día entero atisbando la puertecita de aquel enorme garaje plateado, con la esperanza de ver al menos por unos segundos a su ser querido, antes de que el bus lo lleve al presidio. Es más que común ver a alguna de estas madres amamantando a hijos en brazos bajo la estatua de Francisco Cisneros, cuya leyenda agradece “la inteligencia y valeroso aporte del ingeniero cubano” a la gesta que dio inicio al Ferrocarril de Antioquia.



Cisneros también ha sido testigo de historias como la de Jenny, una niña de dieciséis años que en una hoja de cuaderno le escribe palabras de amor y aliento a su novio, detenido por robo, quien cometió aquel delito porque necesitaba plata para sacar a Jenny de la casa de su padre, donde la “mantenían azotada a golpes”. A muchas de estas mujeres no les queda más opción que depositar toda su fe en la pericia de esos “doctores” que la ley llama defensores de oficio.

La Alpujarra es tierra de “doctores y doctoras”. Allí se comprueba la anécdota popular que cuentan quienes llegan de municipios vecinos, donde la madre campesina le recomienda a su hijo: “si va a ir a hacer vueltas en La Alpujarra debe ponerse la dominguera, la de botones, y desempolvar el saco guardado, para que esos doctores lo atiendan bien, como a todo un doctor”.

Algunos le ven forma de panal, de radiador y hasta de la M de Medellín a los edificios donde funcionan la alcaldía y la gobernación. En los últimos pisos están los despachos de los altos cargos. En los pisos intermedios de la alcaldía se vive un mayor hormigueo de gentes que en los de la gobernación. Y en los primeros pisos se atiende a la gente. Por eso no es casual que los sitios de mayor afluencia de usuarios sean precisamente las afueras de estos edificios, por un lado en la oficina para sacar pasaportes de la gobernación, y por el otro en la oficina de recaudo de impuestos de la alcaldía; como quien dice, el mayor movimiento se da por aquellos que quieren salir del país y por los que se quedan y por eso deben pagar tributo.

Los empleados encargados de la atención al público pasan sus días detrás de taquillas y bajo estrictos horarios. Han asumido el semblante adusto y la sutil indiferencia propia del galeno de clínica pública. La mala fama los precede, pero en su defensa vale decir que su temperamento no es extraño, pues a diario atienden hordas de usuarios que exigen orientación, hacen preguntas o se quejan con sus facturas en la mano. Menos raro resulta que, sin importar las largas colas, detengan el servicio para hacer la pausa activa que por derecho les corresponde. Como si no hubiera decenas de personas al frente, se enfrascan en una burbuja invisible y se reencuentran con el ser humano que habita detrás del funcionario, para cumplir el infaltable ritual de sacar la torta, los globos y las serpentinatas, y cantar con entusiasmo el *happy birthday*. Comparten los comentarios del último paseo, planean uno nuevo, revisan las fotos de la última fiesta de integración, se burlan del compañero que dio papaya pasado de tragos, se ríen por encima de los cubículos como si el mundo alrededor hubiera desaparecido. Y cumplida la pausa, con ánimos

renovados, vuelven a transformarse en los mismos servidores públicos, aunque un poco más simpáticos.

Hacia el mediodía, cuando comienza la migración de los empleados que salen en busca de su almuerzo, en el santuario burocrático se siente plenamente la camaradería. Incluso quienes llevan su coca aprovechan para comer afuera y tomar aire. En los alrededores, que fueron bares, estrechas cantinas “con escasas seis mesas y quince muchachas”, almacenes de abarrotes y flotas, hoy hay parqueaderos, restaurantes y pasajes comerciales, con variados menús que van desde el tradicional ejecutivo y



el arroz chino hasta los platos *gourmet* para los paladares más exigentes. A diario grupos de empleados atraviesan San Juan, pasan por la Plaza de Cisneros y sus espadas de luz, miran de reojo la biblioteca de EPM y transitan al lado de los edificios Vásquez y Carré para terminar en las vitrinas de Carabobo. A pesar de las transformaciones, una parte de ese viejo Guayaquil, con su revuelto de ladrones, coteros, mercaderes y prostitutas, se niega a desaparecer y persiste en diminuto, reducido, casi al borde de la extinción, sitiado por los centros comerciales que siguen expandiendo el sector de El Hueco, con su oferta de bulevares de comida y almacenes donde funcionarios, patinadores y visitantes se encuentran.

En las tardes la agitación no cesa. Los tinterillos de Carabobo, sentados en sus viejos escritorios de madera con sus máquinas de escribir, en ese oficio heredado de quienes hace treinta años tecleaban lo mismo en el antiguo Palacio Nacional, esperan a sus clientes para teclear facturas y solicitudes. Aunque resulte asombroso, todavía hacen cartas de amor para uno que otro campesino analfabeta, y recuerdan con nostalgia los prósperos días en que no daban abasto con las declaraciones de renta. Los acompañan los



vendedores informales en sus puestos ambulantes, que exhiben una ecléctica oferta de actualizaciones de códigos legales, libros sobre programación neurolingüística, películas piratas y tutoriales para aprender a manejar programas de computador. Javier empuja desde hace diez años su carrito por este sector. Con un enorme baffle promociona mensajes de superación personal grabados por locutores de voces estentóreas. Su CD *best seller* es *La alegría del ser*, con temas como: "Proponte un ideal", "Sigue una meta", "La felicidad está en ti", y otros muy apetecidos como "Acabe con su mal genio y libérese del stress", que alterna con poesía de El Indio Duarte y canciones instrumentales y de relajación.

Mientras tanto, los turistas elevan la mirada hacia la imponente escultura de 38 metros de alto que corona la plaza principal de La Alpujarra. Ya es corriente ver a monos en bermudas y chancas posando para las fotos frente al *Monumento a la Raza* de Rodrigo Arenas Betancur. Esta escultura de proporciones épicas y figuras en relieve destaca las gestas y personajes de la cultura antioqueña, desde los indígenas y los colonos, pasando por los mazamorreros del oro y los fierros forjados que marcaron el progreso de la ciudad, hasta las imágenes de dioses alados que emprenden vuelo hacia el infinito. Muchas veces el *tour* coincide con las romerías de gente venida de los pueblos con pasacalles y carteleras para protestar por una obra o rechazar ciertas políticas que afectan sus territorios.

La Alpujarra también conserva la memoria de los caídos: bajo dos árboles de bronce están los bustos del ex gobernador Guillermo Gaviria Correa y su asesor Gilberto Echeverri, quienes fueron apresados en una marcha por la paz y asesinados en cautiverio por la guerrilla. Y aún se recuerda el asesinato, todavía impune, del gobernador Antonio Roldán Betancur, víctima de

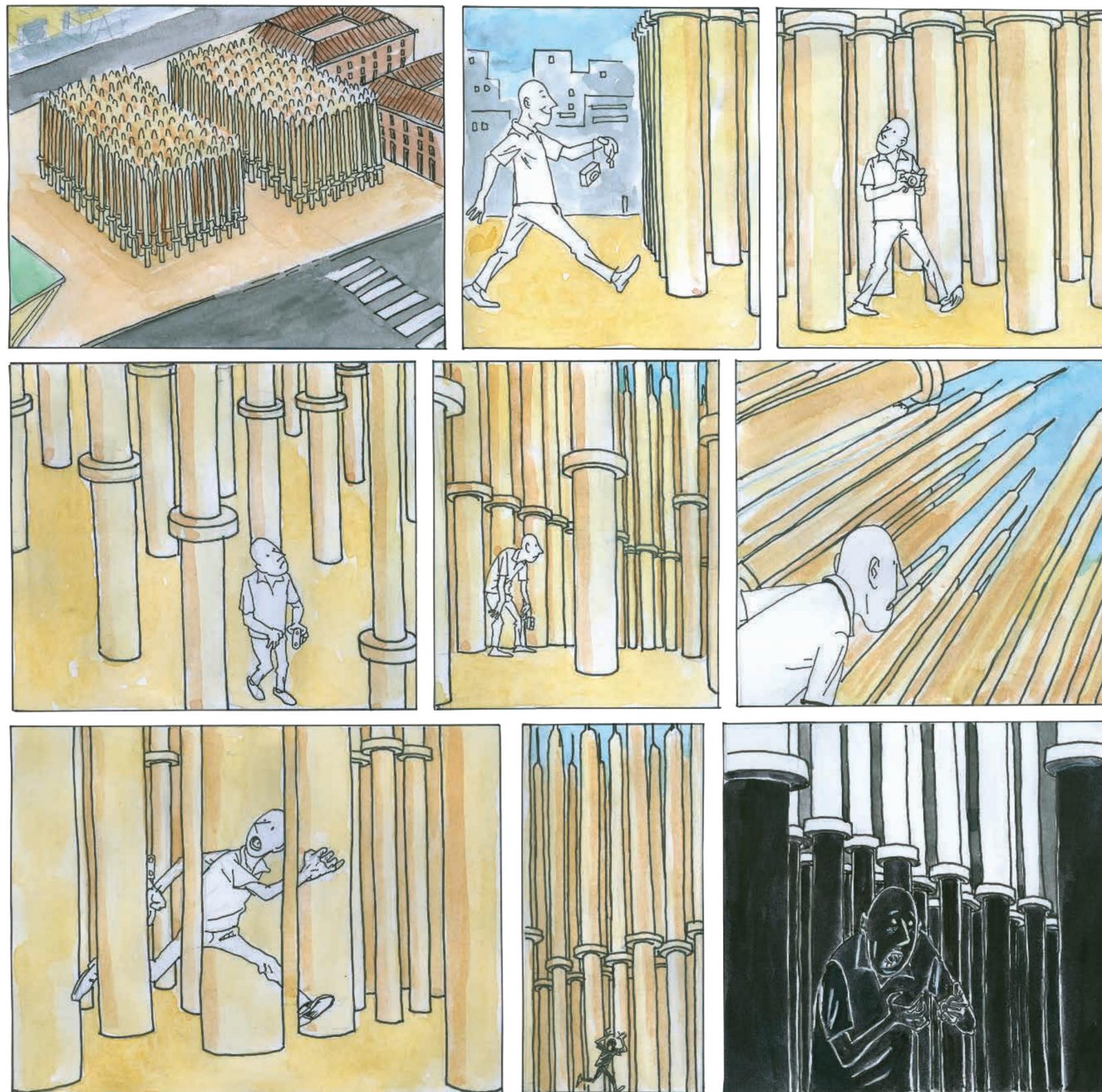
un carro bomba en 1989. Ese día, el gobernador Roldán, de origen liberal y padre de dos niñas, llevaba un discurso que decía: "El derecho a la vida es el derecho fundamental del hombre, pero la violencia irracional sigue mancillando cada día ese sagrado derecho. Razón tenía Héctor Abad Gómez cuando anotaba que no es matando guerrilleros, soldados, hombres de bien, como vamos a salvar a Colombia. Es matando la pobreza, la ignorancia y el fanatismo, como podemos mejorar el país". Pese a las diferencias partidarias y a los problemas de corrupción aquel espacio aún representa y defiende los ideales de legalidad, justicia y solidaridad.

Al caer la tarde, cuando el reloj marca las cinco y media y el cielo se tiñe de una luz naranja, los funcionarios salen de los ascensores y mueven los torniquetes para salir rumbo a sus casas. San Juan hierve, no faltan los ladronzuelos que aguzan la vista y la mano, los buses se apeñuscan, el taco busca salida por la glorieta o el deprimido. Cuando cae el velo de la noche los negocios cierran sus persianas y las calles van quedando solitarias, porque La Alpujarra, como la gente que la habita, es diurna. En Carabobo los tinterillos y tramitadores juegan cartas sobre dulceabrigos rojos.

Bajo la custodia de Francisco Cisneros, mientras los policías cercan los alrededores, Jenny sigue esperando una noticia de su novio. En medio del silencio el viento hace sonar las banderas, y la Plaza de Cisneros se ilumina con sus espadas de luz. A las diez de la noche, cuando los últimos empleados abandonan el edificio de la gobernación, los vigilantes revisan las oficinas y apagan las luces, y se echan la bendición para no encontrarse con el fantasma de aquella rubia con traje de secretaria que, según dicen, ronda por los pasillos cuando La Alpujarra duerme.

■

Viñeta x10

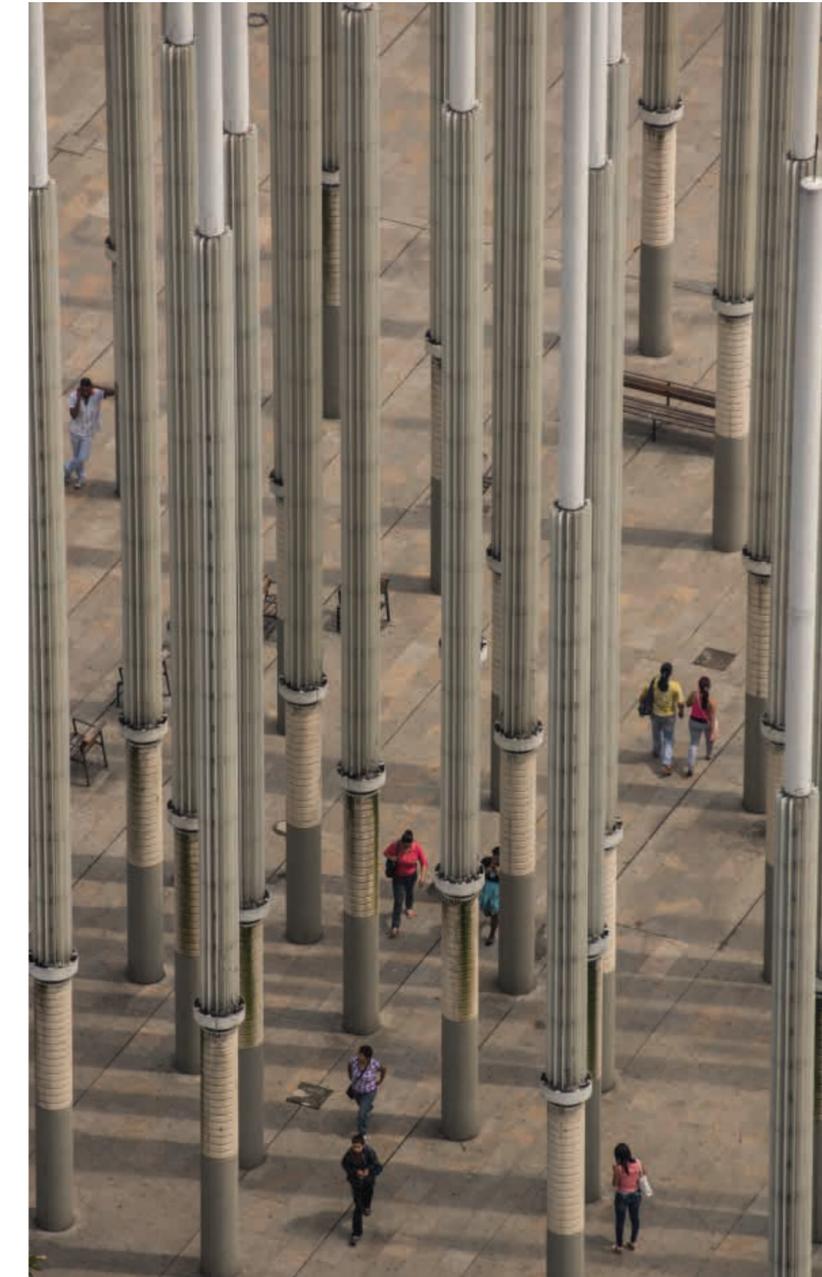


Sombras de Guayaquil

Por PAULA CAMILA O. LEMA

A esta hora, diez de la noche, la Plaza de Cisneros es una isla en medio de las amarillentas y solitarias calles que la circundan. La intensa luz blanca emitida por las torres que la adornan proyecta sombras en todas direcciones sobre el suelo de piedra, manchado de orina aquí y allá e invadido de pequeños grillos verdes. En el costado occidental un vigilante con un rottweiler recorre el frente de la Biblioteca Temática EPM, una especie de balcón de madera con un puente central que comunica la fachada inclinada con la plaza. Hasta las nueve ese lugar fue el plató del programa institucional del Concejo de Medellín. Sentados en poltronas blancas, de espaldas a los chorros de agua y tras haber sido debidamente empolvados para las cámaras, el presidente del Concejo y dos “representantes de la sociedad civil” hicieron balance del primer semestre. Antes, cuando apenas comenzaban, los policías en Segway todavía recorrían el parque. Se veían personas sentadas en las bancas, otras pasaban: madres con hijos, parejas, un turista, una señora ebria muy emperifollada que cada tanto se detenía para dejar que la cabeza se le escurriera. Del equipo de producción, una veintena, ahora quedan unos pocos. Recogen todo mientras un callejoso con dulceabrigo pide monedas a los propietarios de las camionetas 4x4 parqueadas en la calle Amador, que se van yendo una tras otra. Con el último de ellos, pasadas las diez de la noche, se irá también el último policía, pues hoy, lunes de Colombiamoda, antesala de la Feria de las Flores, no hay presencia policial las veinticuatro horas –una excepción a la regla, según el intendente jefe que vigila el parque–.

Mientras tanto, en el costado oriental, de fondo los edificios Carré y Vásquez, una quinceañera se saca un estudio fotográfico. Se llama Manuela y el vestido es lila, esponjado, con boleros verticales de tela vaporosa. La acompañan unas amiguitas entaconadas y la familia: la mamá, el papá, un par de tías, un primo y la que debe ser la abuela, que en la esquina del Vásquez le pone cuidado a dos trípodes, un banquito de madera y una gaseosa grande. El fotógrafo toma algunas fotos familiares, entre ellas una del primo con la quinceañera en andas bailando un vals imaginario. Pero en casi todas está sola, de espaldas a alguno de los dos edificios, y para una se trepa en una moto que un vigilante privado muy amablemente ha parqueado enfrente del Carré. Ahora pasa un callejoso en bicicleta, un borracho recorre Amador gritando y un espontáneo en chanquetas invita a la familia a merendar mientras se toma una “de grupito” en la carrera Carabobo. Luego, por San Juan, llega otra familia en pantaloneta. Los adultos hablan español entre ellos y en inglés a los niños; viven allá pero son de acá. Se toman fotos en las torres y abordan de nuevo la colorida mini chiva en la que llegaron. Serán los últimos turistas de esta noche de lunes, en esta isla de luz blanca, lugar de paso y escenografía, que “propone un hecho urbano – ritual y poético para participar permanentemente del espacio público”.





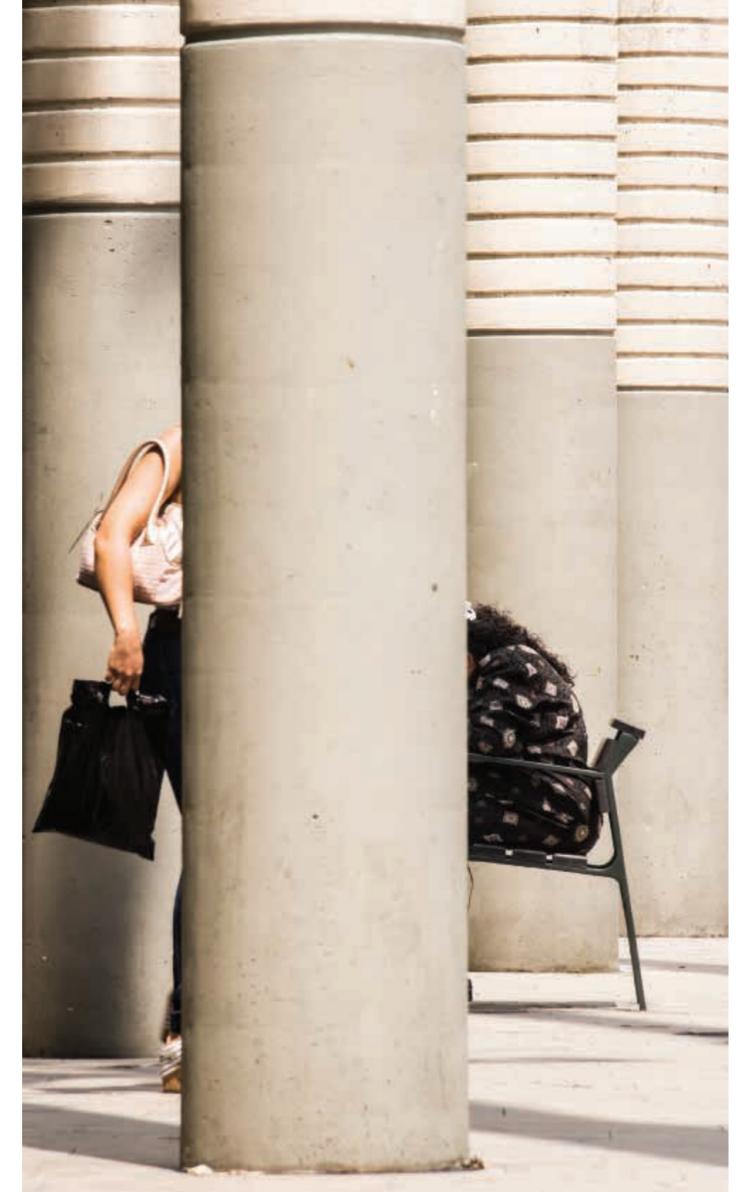
◆ ◆ ◆
 Le dicen el Parque de Las Luces aunque en realidad fue bautizada Plaza de la Luz, y hace poco, por recomendación de la Academia de Historia, volvió a llamarse Plaza de Cisneros, como se ha llamado desde finales del siglo XIX, cuando el pantanero que era se convirtió en el mercado cubierto de Guayaquil gracias al capricho de un tipo rico por el que ahora la calle 45 se llama Amador.

Una descripción somera diría que al parque, inaugurado en mayo de 2005, lo hacen las 300 torres de luz repartidas por los costados norte y sur, “un bosque de sombra en el día y un bosque de luz en la noche”: dieciocho metros de altura, cuarenta centímetros de diámetro, de la

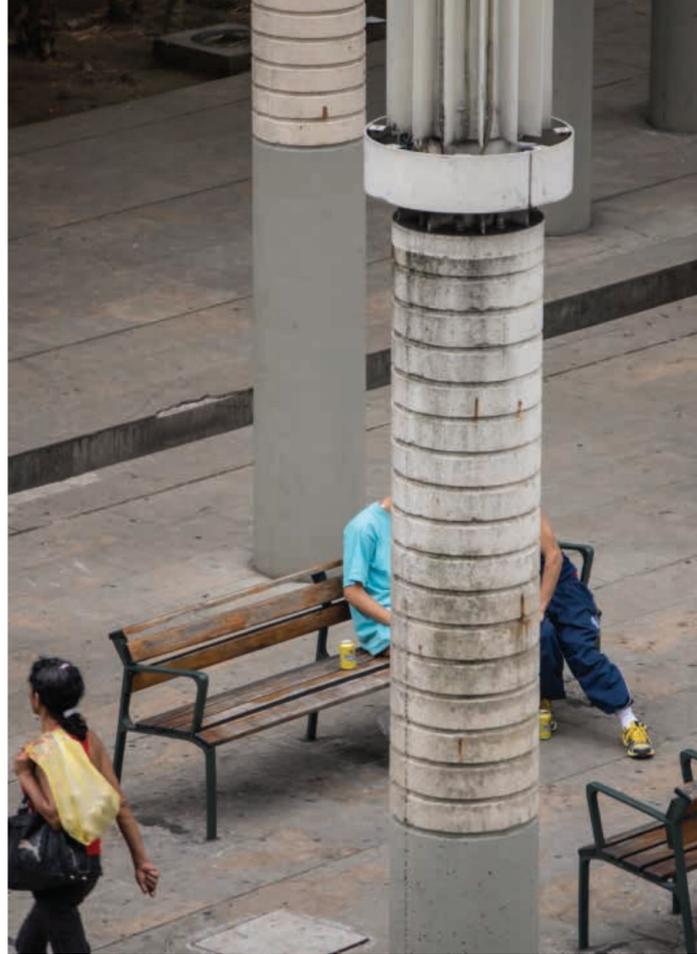
mitad hacia arriba una estructura de acero con cordones de leds que a esta hora –las cinco de la tarde de un jueves– todavía están apagados. Entre ellas se distribuyen varios sembrados de guaguas, bancas para una, dos, tres personas. En el centro, una plazoleta comunica los edificios Carré y Vásquez –únicos vestigios arquitectónicos de esa época de esplendor en la que el centro de todo fue Guayaquil–, con la Biblioteca EPM, una edificación de mármol, madera y vidrio “diseñada según el orden de la pirámide del conocimiento”. En el extremo nororiental, frente al Carré, hay un módulo de vidrio y acero que en teoría es punto de atención turística y vigilancia pero que está vacío e inutilizado. Y en las cuatro esquinas de la plaza, plataformas rectangulares que serían

simples bancas de piedra sino fuera porque son cuartos de máquinas de los espejos de agua que antes había alrededor y ahora son jardines de esterilicias; tienen escaleras en los dos extremos, y en el centro adhesivos de gran formato de la exposición *Álbum de paso*, repartida por toda la plaza desde hace algunos meses para celebrar, si eso es posible, la transformación de Medellín en el último siglo y medio.

A esta hora –las cinco de la tarde de un jueves–, el tráfico es intenso, la gente camina rápido y filas de buses esperan relevo a ambos lados de la plaza. En la esquina de Amador con la carrera Alhambra un anciano vende chorizos que cuelgan de las barras de acero del puesto ambulante. Los policías recorren el parque y a pocos metros de la plataforma donde estoy sentada, en una de las bancas, una señora y dos viejos toman aguardiente en copas desechables. Un hombre fornido y bien vestido se acerca y pide fuego para encender una pata de marihuana. No ha sacado todavía el fósforo de la caja cuando el intendente, montado en Segway, aparece de la nada, le arrebató la pata y la destroza con su bota bien lustrada. La mujer se pone de pie, le dice: “tenés un ojo de águila, por Dios que te admiro, parece, porque cuando te ponés en la jugada, qué peligro”. Es muy delgada, tiene lentes y un ojo neblinoso por el que no debe ver gran cosa. Lleva unas sandalias plateadas con tacos de pocos centímetros, un leggins café y una camiseta con un estampado que reza “Couture extreme”. Luz María, como se llama, espera poco para dar comienzo a un monólogo no del todo comprensible. A las 6:15, mientras está diciendo “yo soy la dueña del parque, imagínese como me ha crecido que ya le puse luces”, la mitad de las torres se encienden. Pasa un conocido y ella le grita: “venga, me va a regalar veinte mil”. Pasa una señora con un carrito lleno de termos de café y ella le grita: “hola Rosa”. Ya se han dispersado los demás, pero ella desfila por una pasarela imaginaria. Son las 6:25 cuando se encienden las demás torres, y ella justo está diciendo, a propósito de nada –como casi todo–: “es que Dios existe y la naturaleza es hermosa”. El viento arrastra por el piso bolsas, servilletas, papeles, hojas secas. En la plataforma, justo encima de la fotografía –una virgen luminosa–, Rosa y un hombre cuentan monedas. En las escaleras dos obreros se fuman un bareto y escupen la saliva moñosa. Pasan turistas, un cincuentón con camisa de chálí, zapatilla y media blanca bebe en una banca. Luz sigue hablando, dice que ahora todos “se envidian la plata y se dan puñaladas por dos pesos”, y cuenta después una pesadilla que tuvo hace dos días, de estructuras y grandes trozos de hielo que se desplomaban y caían del cielo, de un hombre que le decía que no sentía miedo porque ya había pasado todo. Que alguien escribía en el sueño, dice, y que por qué ahora yo estoy aquí, escribiendo: “vea, mero sueño, la culpa no es mía; pero me das vida”. Más tarde, al despedirnos, dirá: “usté por qué no se lleva mi numerito y me manda un mensajito y yo le respondo”.



◆ ◆ ◆
 Para mediados del XX –tras la construcción de la plaza de mercado, la llegada del Ferrocarril, de los buses y de los camiones–, Guayaquil era un “avispero humano, bullanguero y escandaloso” donde convergían las principales vías y gentes del incipiente pueblito. Un puerto sin mar, capital de vicios y transacciones, única plaza de la ciudad sin iglesia y con licencias, donde la plata sobra y los comerciantes respetaban los contratos millonarios consignados en papelitos y entre aguardientes a riesgo de ser exiliados del vecindario. Por esa época, invadido de vendedores ambulantes, el mercado abierto se convirtió en El Pedrero y este en una zona incómoda para la administración pública, que tras



repetidos intentos –entre ellos la ampliación de las vías y dos incendios– la desocupó. Para la década del ochenta ya la Estación del Ferrocarril había cerrado, los venteros habían sido desalojados y reubicados, y enfrente se levantaban los altos edificios del nuevo centro administrativo de la ciudad.

De esos años febriles, se ha dicho muchas veces, ya no queda nada, a excepción de algunos retazos de memoria, quejas por el pasado perdido, algunos hijos –o hijos de los hijos– de quienes antes trabajaban y pernoctaban allí: migrantes, viajeros, comerciantes, empresarios, obreros, poetas, brujos, tahúres, borrachos, “mujeres de vida airada”, ladrones, falsificadores, culebreros, vendedores hasta de “novenas del santo desconocido”; del Carré y el Vásquez, restaurados la década pasada tras muchos años de puertas tapiadas; de algún viejo, o una señora, que mata el tiempo en un andén, o vende ropa deportiva, o frutas, o tinto, o cigarrillos y confites. Vendedores, recolectores, patinadores. Rebuscadores. Gente que no se va porque para dónde. Algo dejaron ahí, algo perdieron cuando se acabó al fin. Pero algo permanece intacto, aunque con ello tengan poco qué ver las luces.



Lo primero que me dijo Lina cuando la conocí fue que a su mamá, Juana María, la habían “botado” en una caja de cartón aquí mismo cuando todavía era El Pedrero. Dos semanas después, un jueves al mediodía, la encuentro por casualidad enfrente de la biblioteca; conversa con el novio, que debe doblarle la edad. Tiene 28 años. Es alta, gruesa, imponente, el pelo teñido de un rojo encendido. Habla y se ríe claro y duro. Lleva muchos años en Guayaquil, aunque no toda una vida como la mamá. Cuando estudiaba, antes de los hijos, pasaba a recoger un mercado con el que “les colaboraba” un señor, pero Juana la “despachaba rapidito. No le gustaba que anduviera por ahí. Este sitio tiene un ambiente muy pesado. Sino pues que ahora la Alhambra ya no es como era antes, eso no eran sino bares y hoteles”.

Cuando le pregunto por los habitantes del lugar –diurnos, los únicos–, enumera nombres y apodos: ‘Piscuí’, que se ganó el mote por el silbido; doña Nubia, que vende cigarrillos y confites en la esquina de Amador con la Alhambra y vive a pocos metros, en un dormitorio social para adultos mayores de la Alcaldía; ‘La Gallimorada’, “de las que ahora les dicen prostitutas o trabajadoras sexuales”; ‘Palomo’, un callejoso que la mamá “ayudó a arreglar”; Orlando, un viejo que se sienta durante horas frente a una tienda de zapatos a renegar y decir palabrotas. Todos ellos, dice, llevan “años de los años” en este lugar, donde ya no abundan los perros canequeros y ya todos olvidaron a los indigentes que pasaban recogiendo en los noventa y nadie volvía a ver. Después dice dónde estaban antes las pensiones y los bares, en qué se han convertido: este en una venta de pandequesos, aquel en un centro comercial propiedad de turcos, otros en bodegas y empresas “despachadoras”, y más abajo, por la carrera Tenerife, en chatarrerías donde ella y su mamá, recicladoras desde hace diez años, venden por kilos lo que recolectan por los alrededores.

Me lleva a dar una vuelta por las calles que todos los días, entre seis de la mañana y siete de la noche, recorre de arriba a abajo. Camina entre los conocidos, saluda, se ríe, regaña a uno, otro le coquetea. Cada que hablamos con alguien ella se encarga de presentarme, y al hacerlo pregunta en mi lugar por el Guayaquil de antaño –no por la plaza–. Entramos a Acandy, un viejo bar que mira al parque entre la Alhambra y Cundinamarca, y saluda a Abraham, el administrador; “esto antes era lo peor de Medellín, estaba lleno de asesinos; ahora está suave, por la transformación”, dice el hombre sin demasiada convicción. Al lado del bar, en la entrada de una pensión a cuyas afueras siempre hay una mujer, o dos, o tres, la Gallimorada recuerda que el Carré y el Vásquez eran residencias. Luego, doblando la esquina, ‘Chalupo’ dice que el parque “le ha dado mucha vida al sector” pero “lo que falta es más seguridad”. Y así hasta don Jaime, ‘Jotica’, un setentón que lleva 47 años en Guayaquil y ahora se mantiene en la esquina de la Alhambra

con Maturín, frente a un puesto ambulante del que cuelgan ganchos con sudaderas, pantalonetas, camisetas, camisillas del Nacional. Sentado en una silla plástica, tomando tinto y fumando, don Jaime dice: “aquí ya no hay nada qué hacer; bregar a vender una camiseta o una pantaloneta. Ni siquiera hay dónde entrar al baño. Antes no le daban a uno ganas de irse temprano, y si el trabajo era malo podía uno quedarse tomándose algo. Pasamos bueno, muy bueno, pero ya no hay forma de nada”. Tiene el pelo blanco, las cejas blancas, zapatillas sin medias, camisa de chálí, un reloj grande y brillante. El monólogo, entre rutinario y triste, por momentos sube de tono para decir más o menos lo mismo: “antes el pueblo era contento, alegre. Había comercio, la plata sobraba, hijuemadre. Uno trabajaba dos días a la semana y le alcanzaba pa’l resto del mes. Era una cosa más buena, todo el mundo compartía, no había tanta avaricia. Ahora al que van viendo que se está quebrando le dan más duro en la cabeza”. A esta parte, ya en voz baja, don Jaime es lapidario: “esto no lo compone nadie; tal vez mi Dios, con la muerte”.



El lugar donde hoy se levanta la plaza antes era una manga con escasos árboles que hasta mediados de los noventa había sido un parqueadero. En 2001 el alcalde Luis Pérez abrió una convocatoria llamada “Medellín es luz, un poema urbano” para “recuperar” la plaza con “una propuesta

de arte, arquitectura y ciudad”, según reza un informe oficial. En el plan de desarrollo aparecía como la Plaza de la Protesta, en homenaje a su vocación como plaza política.

El proyecto ganador fue el del arquitecto Juan Manuel Peláez y su padre, el escultor Luis Fernando Peláez. Establecía que las torres, “elementos escultóricos”, serían 360, alcanzarían alturas de hasta veintidós metros y emitirían una luz que cambiaría de tonalidad e intensidad de acuerdo a las fases de la luna. Pero eso, según cálculos modestos, costaba cerca de doce mil millones, de manera que hubo que aterrizar la cosa a las posibilidades del bolsillo de la administración y las expectativas se redujeron a 300 torres de dieciocho metros con leds que no tenían forma de competir con la iluminación urbana y estuvieron apagados durante varios años –excepto cuando la ciudad estaba de evento importante–. Así, la plaza terminó costando alrededor de nueve mil millones de pesos.

Paralela a la construcción del parque se dio la de la biblioteca, inaugurada en junio de 2005, para la cual la alcaldía demolió, en enero de 2003, el Pasaje Sucre, único vestigio, junto al Carré y el Vásquez, de lo que había sido el mercado cubierto. El Centro Filial de Monumentos de Antioquia se opuso, la Dirección de Patrimonio del Ministerio de Cultura se opuso, pero la administración municipal argumentó que la edificación estaba en ruinas y que era necesaria otra que se vinculara mejor a la futura plaza. Meses más tarde Luis Pérez se ganó el Premio Atila, concedido por la revista Documentos de Arquitectura Nacional y Americana (Dana)





de Argentina a quienes toman decisiones en detrimento del patrimonio arquitectónico de Latinoamérica.

A principios de este año algunos organismos y “ciudadanos preocupados” se unieron para recuperar el parque construido para recuperar la manga, pues se estaba viendo muy oscuro. Se hizo limpieza, se sembraron los jardines, se multiplicaron los policías y los funcionarios de espacio público, se montó la exposición fotográfica y se instalaron otros leds que iluminan con mayor intensidad y ahora se encienden a diario.

Desde finales de 2011 se levanta sobre Amador y se extiende por toda la carrera Cundinamarca el centro comercial Gran Plaza, una mole alta y gris de cerca de treinta mil metros cuadrados. En el primer piso están “los comerciantes más tradicionales del sector de Guayaquil”, en el segundo *outlets* de las marcas de siempre, en el tercero una plazoleta de comidas, oferta comercial para gente que no gusta de almorzar corrientazo ni de sentarse, digamos, a las afueras de la biblioteca a cuchear un portacomidas. Digamos, los funcionarios públicos, que todos los días entre el mediodía y las dos de la tarde recorren los cinco carriles de San Juan que separan el centro administrativo de la plaza. Pantalones, mocasines, camisas a cuadros, trajes,

vestidos, tacones, una que otra corbata, y en las manos los Blackberry, entre el olor a especias y la docena de pantallas LCD que anuncian los titulares de las noticias muteadas. Después, a la salida, digamos, el cono de McDonald’s.



El sábado es día de cobrar y los mandaderos recorren las calles cuadrando cuentas. Luz María sigue tomando aguardiente en la misma esquina. En las plataformas media docena de adolescentes montan tabla, mientras una rubia a todas luces turista arma un porro sin mucho aspaviento. El parque huele a marihuana aunque está lleno de familias con niños. Un vendedor atraviesa la plazoleta con un puñado de globos de celofán de personajes de la televisión infantil, bandadas de palomas revolotean entre las guaduas y las torres, los policías dan vuelta al parque en sus Segway. En la puerta de la pensión hay otras tres mujeres, en el bar Acandy suena un tango y una copera sentada en una mesa mira hacia la calle.

Ayer mataron a una mujer en Cundinamarca, enfrente de un bar, mientras almorzaba sentada en la acera: “ahí quedó la comidita”. Una vendedora, conocida de vieja data, me dice: “ah, pero eso fue porque era

una escapera”. Luego me lleva por el pasaje que comunica la Alhambra con Cundinamarca en busca de alguien que haya visto algo, y uno de los vigilantes nos baja de la nube: “ni pregunte que nadie le va a decir nada”.

Más tarde, después del estudio fotográfico que enfrente de la biblioteca se ha hecho un matrimonio vestido para la ocasión, una familia posa de espaldas a la fuente; “niños, niños”, dice la madre señalando las luces recién encendidas, y uno de ellos dice “uau”. A lo lejos el intendente conversa con otros dos policías. Cuando le pregunto por la mujer, cuenta que acompañaban la manifestación de un movimiento político en San Juan y no escucharon nada. La gente corrió a avisarles, luego de que ella dijera “estoy herida”. Pararon un taxi, la enviaron a Policlínica, adonde llegó sin signos vitales. De allá informaron que habían sido dos tiros, uno en la cabeza, otro en la espalda, aunque nadie los escuchó. Que se llamaba Rosana, tenía entre 28 y treinta años y era oriunda de Turbo. Era morena, alta, robusta, de pelo liso. “La habíamos llegado a ver por acá, pero nunca se supo a qué se dedicaba”. Cuando trataron de investigar nadie dio razón de nada, aunque había sucedido a las cinco de la tarde: “hablan más los muros”, dice el intendente. Más tarde otra persona me contaría que era una prostituta y les robaba a los clientes, y se cree que uno de ellos regresó a ajustar cuentas de una trifulca sucedida semanas antes; “también me dijeron que ella se metía todo por dentro, entonces cuando la esculcaban no le encontraban nada”.



Después de don Jaime, avanzada la tarde, en el momento de mayor eferescencia del parque, María expone las heridas que le dejó “Guayaco”. Sentada en el andén de Amador, enfrente del parque, después de decir “la gente siempre es bien, a veces es uno el que es mal” como para espantar la lástima, se vuelve blanda. María, de 47 años, que está ahí desde los nueve, cuando se escapó del internado en cuya puerta la abandonaron recién nacida. Todos esos años ha vivido en la calle. Ahora vive justo ahí, en la pensión que tiene a espaldas, a cuyas afueras siempre hay una mujer, o dos, o tres, en la pieza quince, que le cuesta once mil la noche: “esa pieza se lo come a uno. Los más baratos son los sopladeros, pero yo me conozco: una pa caer, niña, no tiene que estar sino parada”. Las mujeres hablan poco, se pintan los ojos, se ríen con una risa leve que desaparece rápido bajo la bulla de los carros, los pitos, las conversaciones. Una de ellas le cuida a María la cajita con agua, limonada, cigarrillos y confites. Otra se acerca para pedirle un cigarro fiado. “Cuando no estaba enferma y me putiaba, que tenía todos los dientes y estaba bonita, me iba pa los pueblos”, cuenta, y que pagó cárcel por acuchillar a una mujer que trató de robarle: “yo le tiraba era a esa cara, pa que se acordara”. María es morena, petisa. Tiene un jean con piedritas engastadas, unas chanquetas que dejan ver sus pies pequeños y endurecidos, una blusa amarilla con un encaje verde, y debajo una gruesa capa de gasa que le cubre el catéter por donde recibe diálisis

tres veces a la semana desde hace siete años. “Primero había una parte que se llamaba ‘La Manga’, después se medio organizó con los tubos y ya la policía no deja. Antes había gente en las bancas pero se estaba volviendo un atracadero. Cuando estaban las pileticas ahí, los indiecitos venían, se bañaban, lavaban la ropa y dejaban eso vuelto nada, y de ahí les quitaron el agua y venía la gente a culiar ahí. Recién que sembraron las matas venían en moto a robárselas, hasta que dijeron que iban a cobrar multa”, dice, y se ríe, y una decena de helicópteros alineados como una flecha atraviesa el cielo. Ella los mira, después mira las torres y las palomas encima de cada una de ellas, y dice: “ay, pa eso sirven los postes, pa que ellas se paren ahí”. Más tarde, cuando ya ha oscurecido, tras contar algún recuerdo racista, tristísimo, del internado, dice: “ya esto está muy frío. Primero había barcitos, se veía la gente, uno nunca se veía sin plata, se podía dar el lujo de decir: ‘hoy no trabajo más’. Ya no tenemos sino restos de esos años, un montón de viejas acabadas, achiladas”. Pero ella todavía trabaja, cuando resulta, y cuenta que días atrás le regalaron cinco bazucos; que le sudaban las manos, que se los regaló a una amiga porque sabe qué sigue después del primero. “Guayaquil se lo come a uno, niña”, dice, como si Guayaquil todavía existiera.

Lina y Juana siguen donde siempre, en la mitad de la Alhambra. Lina está sentada en un puesto de chance haciendo cuentas. Al lado está Juana, que desarma y apila cajas de cartón mientras dice que antes eso era un basurero, “un matadero”, que eso cambió, aunque “el ladronismo no falta”.

Hasta el día de su segundo bautizo el nombre de Juana María fue Luz Amparo. La mamá vendía legumbres en El Pedrero y un día las dejó a ella y a su hermana en una caja y les dijo que ya regresaba; la hermana rondaba el año y ella los siete. Las “recogió” la madrina de la hermana, que murió tres años después de gastroenteritis. Le contaron luego que al papá se lo veía llorando en los bares porque la esposa le había botado a las hijas y no las había vuelto a ver, aunque Juana nunca se ha ido de Guayaquil. Trabajó en bares, vendiendo cigarrillos, fruta picada, aguacates, pasteles de pollo. “Mi viejita era muy recia, nos ponía a lavar platos y nos decía: ‘el plato que me huele a huevo se lo quiebro en la cabeza’. Ella me crió fuerte, me enseñó a trabajar fuerte, yo trabajo desde los ocho años”, dice, y para corroborarlo me coge la mano y la pasa por los huecos que las muendas le dejaron en el cráneo. Ahora tiene 53 años, lleva diez reciclando, y cuando la llaman trabaja en casas de familia haciendo la limpieza. “Cuando El Pedrero había mucha plata, esa comida sobraba, la gente era muy amplia. Ahora la gente es apretada, mija”, dice.

Ya es de noche y en la Alhambra quedan un par de cigarrerías abiertas. Lina y Juana recogen y amontonan lo último antes de irse. En la esquina tres serenateros con micrófono inalámbrico y pobre amplificación cantan de cara a los dormitorios sociales de la Alhambra, en cuyos balcones muchos hombres, casi todos jóvenes, fuman, silban, aplauden, piden tal canción.



A esta hora, 11:00 de la noche, cuando la Plaza de Cisneros es una isla de luz blanca en medio de las amarillentas y solitarias calles que la circundan, toda esa vida ya ha desaparecido. Sentados al final del puente que comunica el parque con la biblioteca, J. y yo observamos la desolada escena. Con el último bus, que esperó un rato largo sobre Amador, se fue también el último vendedor de tintos.

Pocos pasan a esta hora por acá: un celador bigotudo y enmachetado, callejeros con los ojos fijos en el piso, pelaos solos o en patota. En un costado del centro comercial brilla un letrero al que se le fundió la primera letra –RAN PLAZA–, a pocos metros de una gran reproducción de *Horizontes*, esa obra de Francisco Antonio Cano en la que una pareja de campesinos señala el lugar al que se dirige. Al otro lado de San Juan, en la fachada de la Alcaldía, un pendón gigante reza: Medellín TODOS POR LA VIDA. La policía atraviesa el parque en moto cada cinco minutos, y en el costado oriental, a las afueras del Carré y el Vásquez, seis celadores pasan la noche sentados en sillas plásticas. De este lado, el vigilante y el perro recorren el balcón; por momentos se quedan quietos y la luz que despide la fachada de la biblioteca los hace ver como una doble esfinge. A lo lejos dos parejas avanzan por la plazoleta tomándose fotos con el celular. Se van acercando, cuando están a pocos metros dicen algo que no entendemos, y en un parpadeo están encima, preguntando con acento callejero cómo se llama este parque, cómo llegar al Parque del Periodista, dónde pueden conseguir un bareto, si tenemos, si estamos vendiendo drogas; así, sin esperar respuesta. Uno de los tipos ya está casi sobre J.; abraza a su chica, dice “a mí me van a poner a vender por acá, ya saben, no se pongan a inventar”, acerca la mano para un apretón y al tomar la de J. tira de ella hasta su cinto para obligarlo a sentir la dureza que oculta bajo la camiseta. “Mucho gusto, nosotros somos las Convivir de por aquí”, dice, y pregunta qué hacemos acá. Cuando intentamos responder hace como si hablara por celular con alguien y averigua por una muchacha y un muchacho que están en el Parque de las Luces. El otro tipo nos calla: “chito, está hablando con el patrón”, le hace un gesto a la otra nena y ella se sienta a mi lado y me examina. Explicamos que no llevamos nada porque sabemos cómo es la cosa, y ella dice “sí, a un parcerito lo robaron y estamos buscando al ladrón” –ese truco viejísimo–. El primero escucha las explicaciones y empieza a bajarle, pero obliga a J. a levantarse la camisa y a enseñarle el abdomen. “No se vayan a poner a inventar”, insiste, y luego dice “es que necesitamos pa unas balas”. Repetimos que nada nos acompaña excepto esa libreta, ese esfero, hasta que la nena a mi lado dice “no, estos no son”. Parece haber consenso, y el tipo, el primero, nos dice todo bien y antes de irse nos da el apretón y el consecuente golpe en los nudillos, como si fuéramos muy amigos y tuviéramos algo que agradecerle. Minutos después, mientras nos reímos un poco para bajar el susto, los policías en moto pasan de nuevo, y después un grupo amenazante de pelaos. Nos ponemos de pie, cruzamos el puente hasta esa zona en teoría segura donde están el vigilante y el perro, a contraluz, inmóviles. Nos quedamos mirando la plaza desde la balastrada, y entonces, justo antes de que las luces de tres de los cuadrantes se apaguen, en un mensaje que luego nos parecería contundente, el vigilante se acerca y nos dice: “disculpen, a esta hora no está permitido estar aquí”.

■





Puerto seco

Por MARIA LUISA RESTREPO

Cuesta imaginarse hoy, al caminar por las losas movedizas de la plazuela central de La Alpujarra o por el desértico Parque de las Luces, lo que fue antaño esta zona, nombrada Guayaquil porque su fundación coincidió con la epidemia de fiebre amarilla y beriberi que azotó a esa ciudad ecuatoriana. El trajín había empezado a finales del siglo XIX con la plaza de mercado de don Coriolano Amador, pero fue con la construcción de la Estación Medellín del Ferrocarril que el sector adquirió un carácter vertiginoso y se ganó el mote de “puerto seco” de Antioquia.

Guayaquil se convirtió entonces en el centro comercial mayorista, atestado de depósitos, bodegas, centros de distribución y reempaque, de procesamiento de maderas y manufactura de cueros. Allí llegaban, desde el río Magdalena, las mercancías extranjeras que surtían los anaqueles de los elegantes almacenes del Parque Berrío. Arribaban también el ganado vacuno, los cerdos y aves de corral, grandes cargamentos de maíz, arroz, papas, panela, azúcar, cacao, trigo, y todos los víveres que luego los comerciantes guayaquileros negociaban por miles de pesos en la mesa de algún café, con la única constancia de un pedazo de bolsa de papel o de cajetilla de cigarrillos garabateada con un “fulano de tal se compromete a vender tantos bultos de panela a fulano de tal, a un precio de tanto, para entregar en

tanto tiempo”; en estos ráidos papelitos empeñaban aquellos hombres su fortuna y su nombre.

Por la estación central, contigua a la Plaza de Cisneros, entraba toda la materia prima para la naciente industria paisa: vagones cargados de algodón desmotado para las fábricas de tejidos; tabaco en rama para la elaboración de cigarros y cigarrillos; hierro para las fundiciones y madera para la construcción. Desde la región del Suroeste llegaban los bultos de café transportados por el Ferrocarril de Amagá; en la Estación Medellín eran reembarcados en el tren de la sección Porce del Ferrocarril de Antioquia, que los llevaba hasta la Estación Santiago, donde hacían trasbordo para cruzar la carretera de La Quebra hasta la Estación El Limón (antes de la terminación del túnel en 1929); allí comenzaba la sección del Nus, cuyos rieles los llevarían finalmente hasta Puerto Berrío, donde continuarían su viaje a través del río Magdalena. En 1914 pasaron por la estación de Guayaquil 225.000 sacos de café, equivalentes a 14.093 toneladas, y para 1930 el número de sacos ascendió a 653.000 (43.173 toneladas). De Caldas llegaba también el carbón para alimentar las rugientes locomotoras y los hornos industriales.

Tal flujo de mercancías atraía hacia el sector gran cantidad de comerciantes, intermediarios, prestamistas, administradores, vendedores, bultiadores y carretilleros, que con su ir y venir congestionaban las calles aledañas, las aceras y las esquinas, y con el vocerío de sus transacciones llenaban los bares y cafés de Guayaquil. Además del comercio al por mayor, venían gentes de todos los barrios de la ciudad y de las poblaciones cercanas a mercar en la plaza o a abastecerse en los locales cercanos; era común encontrar en horas matutinas a las amas de casa, algunas solas, y otras, las más pudientes, acompañadas de sus criadas, cargadas de canastos repletos de verduras, frutas, granos y todas las vituallas para la semana. Los campesinos que llegaban a surtirse caminaban entre el bullicio y la congestión hasta el almacén La Campana, al frente del edificio Carré, donde siempre podían encontrar ruanas, alpargatas, ponchos, pantalones negros, dados y guitarras. Luego se acercaban a otro local del mismo edificio, el de la Farmacia Molina, en busca de los medicamentos que no podían conseguir en los pueblos.

La Estación Medellín era la puerta de entrada y salida de cientos de pasajeros. Entre la 7:00 de la mañana y las 7:10 arribaban los primeros trenes provenientes de Barbosa y Caldas, atestados de hombres y mujeres que venían a engrosar las filas de obreros de las fábricas de cerveza, gaseosa, fósforos, jabón, velas, de las chocolaterías, las fundiciones de oro y plata, los tejares, las tostadoras de café, las tintorerías y los talleres de mecánica. A las 8:25 sonaba el silbato de la locomotora proveniente de la Estación Botero, primera de la sección Porce hasta 1918. Quienes viajaban en sus vagones llegaban a la ciudad desde lejanas regiones del país; muchos culminaban en aquella estación una travesía de más de dos días desde la capital del país, y otros, incluso, de semanas enteras desde Europa y Estados Unidos. Los agotados viajeros, con el deseo de recobrar energías, acudían al Café 24 Horas a tomar un buen tinto cuñado con una empanadita; si el



► SUP. Plaza de Cisneros. 1910.
► INF. Ferrocarril de Antioquia, estación Medellín. 1922.

tiempo y el bolsillo lo permitían, caminaban hasta La Luneta, diagonal a la estación, cuya panadería ofrecía buena variedad de parva para el desayuno. Quienes conocían bien el sector no dudaban en andar unos pasos más para llegar hasta el edificio Vásquez, donde se hallaba el famosísimo Café Árabe, muy apetecido por la excelente calidad de sus viandas. Cuando la hora de llegada del tren coincidía con el almuerzo, los hambrientos pasajeros de segunda clase acudían a La Sancochería, una vieja casona ubicada sobre el costado oriental de Carabobo, a pocos metros de la Plaza de Cisneros, donde servían exquisitos tamales, frijoles y, por supuesto, el infaltable trifásico. Los pasajeros de tercera clase se saciaban gustosos en el Restaurante Cuclillas del edificio Carré; en el concurrido negocio no había sillas ni mesas, y a

cambio los comensales, de pie o en cuclillas, podían comerse un gigantesco plato de sancocho con aguacate y arepa por solo cinco centavos.

Saciado el apetito los viajeros debían encontrar hospedaje. Los más pudientes tomaban un coche tirado por caballos para llegar hasta los hoteles del Parque Berrío o el lujoso Hotel Europa en la carrera Junín con la Avenida La Playa. Los de medio pelo podían encontrar una habitación decente en el Hotel Suiza, a dos cuadras de la estación, en el edificio antes ocupado por la fábrica de Cigarrillos Mora, o en el Hotel Londres, sobre Carabobo.

Los modestos campesinos, venidos a la gran ciudad en busca de mejores oportunidades, debían conformarse con alguno de los hoteluchos que abundaban en Guayaquil, ya fuera el Milán, el San Mateo, el León de Oro, el Nápoles, el Cuba o el Bolívar; salvo el nombre, poco los diferenciaba, pues todos ofrecían bajísimas tarifas a cambio de un cuartico sin baño y con una cama plagada de chinches y pulgas.

Los domingos la congestión en torno a la Plaza de Cisneros y su estación no menguaba. Antes de la 6:00 de la mañana comenzaban a llegar personas de todos los rincones de la ciudad, para alcanzar el tren de las 6:15 que los llevaría a los pescaderos de Botero, a los cristalinos charcos de Pradera o a los bosques de Santiago, donde los cazadores, con sus jaurías

de perros, iban a cazar conejos y guaguas. Frente a la Estación Medellín paraban los carros del tranvía de La América y Manrique, abarrotados de gentes cargadas de gallinas, revuelto y ollas para el sancocho, cañas de pescar y maletines con ropa para bañarse en los charcos y quebradas cercanas a las estaciones del ferrocarril. Otros paseantes llegaban en el *trolley bus* de la línea La Toma, en las populares carretillas taxis o en los camiones de escalera de aquel entonces, cuya terminal quedaba en la misma Plaza de Cisneros. Los viajeros de alcurnia acudían al lugar en coches de caballos de servicio público o en modernos y elegantes automóviles particulares. Partían pues los excursionistas a sus bucólicos parajes, para retornar a esta villa en el tren de las 6:20 de la tarde.

Al día siguiente comenzaba una vez más la ajetreada vida de Guayaquil, y así, de día en día, pasaron más de cincuenta años de idas y vueltas de trenes, tranvías, buses, chivas y camiones cargados de gentes y mercancías, hasta que las locomotoras dejaron de emitir su estridente sonido para siempre. La plaza de mercado, incendiada y abandonada, dejó de ser el centro de abasto de la ciudad y, con ello, el puerto seco de Antioquia dejó de existir.

■



► Inauguración del Ferrocarril de Amagá (Estación Medellín). 1911.

► El mapa del ferrocarril merecía más que el trazo frío de los topógrafos. Horacio Longas se encargó del dibujo de la Troncal de Occidente (1926). Se ven los penachos de humo de los vapores y las locomotoras, y con lupa, los indios y los colonos.





Bares a tres bandas

POR JAIRO OSORIO GÓMEZ

El primer universo que advertí cuando llegué con mi familia a Medellín fue aquel espantoso de gentes y carros, en medio del griterío constante de la turba, del barrio Guayaquil. Allí nos dejó el camión de escalera que venía desde Caramanta, en 1954, poco después de que mi padre huyera de la persecución de los banderizos conservadores que no acertaron a darle muerte en la emboscada del zócalo del pueblo, mientras departía con Bernardo Hoyos en la lonja de granos de su amigo.

El nacimiento del cuarto vástago fue una especie de liberación para mis progenitores. El incidente del parto —la cama estropeada en medio de los dolores del alumbramiento— lo asumimos años después como premonición de la partida. Luego de tres meses de nacido estábamos todos reunidos en la ciudad que había visitado antes mi padre, fugazmente, por la terquedad de su corazón, durante la búsqueda de la que habría de ser su mujer. Todavía no descifraba a Medellín en su feroz complejidad como albergue de los desterrados rurales.

La primera callejuela que pisó el grupo familiar fue Carabobo, una prolongación de tierra hacia el sur, en el extremo del camino de Los Huesos, porque en ella terminaba el recorrido de los camiones de madera y polvo que traían a los campesinos desde los puertos del Cauca.

A la hermana de mi padre, Anita, quien prodigaba un afecto especial por su hermano menor, le correspondió ubicarlo en la ciudad, con sus ternezas y su amparo de mujer instruida. Fue la única de los Osorio que tuvo el privilegio del estudio para ganarse la subsistencia con su trabajo en la Locería Colombiana, donde era contadora, un oficio raro en aquellos días para una mujer pueblerina. El albergue inaugural para la prole estaba sobre la esquina de Restrepo Isaza, una modesta casa en los bajos de la calle 72 con la carrera 49, a una cuadra de Lovaina, la Saint-Denis local que entretuvo a varias generaciones de machos con sus prostitutas de edades inciertas y maricones viejos y deplorables.

Después mi padre se amistó con don Gabriel Mejía, el dueño de la fábrica Café Don Quijote, quien lo llevó al mundo de los bares al dejar bajo su tutela el primero de los varios que tuvo en Guayaquil. Su nombre, El Buen Tinto, convocaba una clientela diversa y honrada en la que prevalecía el grupo de abarroteros más distinguido de la feria; sobresalía entre los abaceros don Antonio Roldán. El café distaba unos veinte

metros de la esquina de la calle Amador con la carrera Díaz Granados, sobre el costado norte, justo al frente de la puerta de la Galería Sucre, el mercado anexo a la antigua plaza de don Coriolano. El local que lo albergó todavía permanece a salvo de las demoliciones, y es quizá el único en aquella calle histórica. Sus dos puertas de madera con escotillas de hierro, similares a las de la mayoría de tiendas antiguas, pintadas de un blanco hueso, me lanzan ahora la pátina de esos primeros años de vidorra.

En aquel pasaje mi padre aprendió las primeras convenciones para ser un hombre despierto ante las bravuconerías de la plaza. Ese primer oficio debió ocuparlo varios años, porque recuerdo mis caminadas en el amplio salón, por entre las cadenas y las campanas de papel floreado con las que adornaba mi madre el café durante la Navidad.

La noche del arreglo se tornaba en fiesterío para nosotros los niños. Teníamos licencia para hurtar refrescos, ocupar el negocio con las trastadas propias de las cabras sueltas y



Bar en Guayaquil. 1925.

pasear sin límite por la barriada, en tanto los adultos amarraban orlas y serpentinas de tintes alegres en las lámparas y espejos del salón. El padre se sentía honrado con aquellas visitas de su prole. Manifestaban la devoción de su cuadrilla, en esa parranda a la que invitaba la época decembrina. Mientras todo ocurría esa noche, un piano de moneda repetía incesante la música de Guillermo Buitrago que tanto alegra el espíritu de la parroquia. Con su mueble hermoso forrado en chapillas lacadas de roble, caoba y nogal, su bandeja de cincuenta registros y sus cornetas incrustadas en torres de colores intensos y luminosos, decoradas con filigranas de vidrio y cobre, la caja Seeburg modelo 1948 parecía la capilla de aquel santuario de libertad que fue el café para los padres y sus hijos durante aquellos tiempos iniciales en Guayaquil.

Las mismas cerchas de traviesas finas que levantaban el techo por encima de los cinco metros le daban un aire monacal y profundo al negocio, con los fuegos rutilantes de las pilastras en medio del salón. Ahora entiendo que el exotismo del piano importado era lo que hipnotizaba a los feligreses y los sumía en aquellos ritmos cambiantes de los discos tropicales los días de Nochebuena, y de tangos y lamentos andinos el resto del año. Porque el plato cambiaba con las novedades melódicas que conseguía el padre en los almacenes La Cita y La Guitarra, una exigencia de la reputación del café.

El Buen Tinto selló las posibilidades de papá y, por consiguiente, las de la familia. Desde entonces fuimos hombres de Guayaquil, rayados con el hierro indeleble de quienes conocen el valor sagrado de pertenecer a una herejía fundada sobre el trabajo, la humildad, la diferencia y la rectitud, todo en medio del arrojo que exigía el ajetreo odioso de cada mañana. Por eso no entiendo esa mitología de cuchillos y sevicia que alimentó después la ciudad respecto a la cotidianidad antigua del barrio. La violencia de Guayaquil era la de los conglomerados diversos del rebusque, y la de las conjeturas de los ajenos y los titulares de la prensa, nada más. Porque en el día a día no se daban más que las trifurcas normales de la turba acosada por la fatiga y la premura. Las historias de los *matasiete* inmunes en sus calles fue inventiva de los donceles de la parroquia, cuando ya mayorcitos sus progenitores los dejaron bajar a los bares y pensiones del histórico cruce de caminos. Paradigmas de una clase media bajera urgida de batallas imaginarias para sentirse valiente. La tirria de la ciudad contra el arrabal predilecto de los habituales y de los extraños que por allá arrimaban.

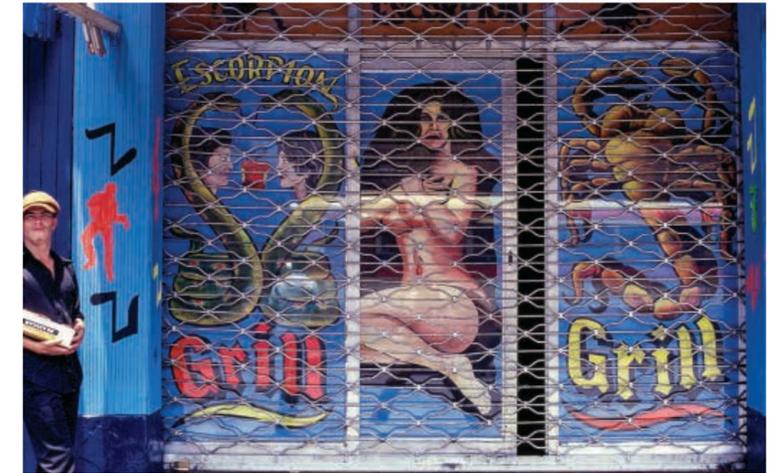
Acreditado El Buen Tinto con el celo y el buen sabor que solía darle mi padre a la infusión más común entre los colombianos, don Gabriel Mejía le delegó otra cantina insepulta en el cruce de Maturín con Facio Lince: el Café Industrial. El mismo nombre era anodino. La simplicidad de la bodega la predestinó a su pronta desaparición. La marca con la que se conocía estaba dada para reunir una cáfila de escuderos criollos, pero hubiera dado igual que se llamara café nada o café sin nombre. El color gris de su fachada en granito iba contra el espíritu de la clientela. Los habitantes de Guayaquil eran alegres por naturaleza, buscaban siempre los toques intensos de la vida. La permanencia del padre como tendero del Café Industrial fue corta, porque a la cuadra, hacia el norte, lo esperaba el batacazo de su buena sombra. Luego el café devino en el depósito de los Botero Soto, y posteriormente en el acopio de los quincalleros de Medellín, construido por el municipio con recursos destinados a la habilitación de espacios para sus desplazados. Hoy lo único que alivia ese antiguo recodo es el paso incesante de los vagones del Metro, por encima de los techos arqueados del bazar.

En el bar Bola Bola transcurrió lo mejor de nuestra escuela. Desde finales de los años cincuenta no hubo semana que yo no estuviera en esa esquina de Pichincha con Facio Lince, profesando de adulto desde niño. Fue la primera propiedad del padre en la urbe, y la que habría de repararle, para tranquilidad de su destino y el de los suyos, las que perdió en la tahurería de su villa natal. El bar nos congregó en torno a un oficio agradecido pero peligroso por el carácter disoluto que confiere ver el dinero fluyendo a diario entre las manos. Un arca milagrosa abierta a las tentaciones de una voluntad anémica. De hecho, esto fue lo que perdió a Darío y al hermano menor años después, cuando se quedaron con la heredad. No fueron capaces de soportar el escándalo de la fortuna incesante de la registradora.

Mi padre alcanzó la consagración con el café que preparaba. Elaboraba una mezcla con unas pocas gotas de limón y ron Antioquia, y tres conjuros, y ello hacía la delicia de los parroquianos. Los habituales del bar solían decir que los turistas que se alojaban en el Nutibara arrimaban hasta su esquina para tomar la mejor infusión del arábigo acaramelado que se vendía en el sector. Su fragancia anunciaba la cafetera recién dispuesta. En realidad, el buen sabor se debía al gusto con el que preparaba el grano, a la marca sempiterna, Café Don Quijote, y a la pasión con que exprimía el viento blando y místico de la semilla molida. “La primera cafetera paga los gastos de la jornada”, decía con satisfacción el viejo.

El Bola Bola estrenó para nosotros el ministerio de la hombría. Allá los hijos nos hicimos mayores, auxiliando en las tareas a las que obligaba el café. Las primeras memorias que arrastro de la infancia vienen fundamentalmente de los deberes con mi progenitor en las vigiliadas que me impuso cuando pudo regresar al pueblo, a comienzos de los años sesenta. Entre las paredes del bar quedó grabada la estampa indeleble de un párvulo empinado sobre un viejo cajón de cerveza, a manera de púlpito. Administraba la urna del negocio bajo el brío protector de nuestra mesera de confianza. Los domingos la jornada se me hacía interminable. El café quedaba a mi cuidado desde las cinco de la mañana hasta las siete de la noche, cuando regresaba cansino el patriarca, con su carga de revuelto y carne surtida en el mercado de la aldea a precio de ocasión. El rodeo que daba en el empeño de rebuscarse era completo. Subía a la tierra fría en los buses de La Magdalena o Rápido Ochoa, que eran los primeros en salir de la estación en el barrio Colón. El regreso lo hacía en los inagotables camiones de escalera de Caramanta y Valparaíso, despachados en la tarde del día feriado con su cupo completo de parroquianos y forasteros que visitaban el pueblo por las razones más insospechadas.

Solidaria con su patrón, la flaca Amparo Ochoa me acompañaba en las circunstancias previstas, solícita con mis ahogos de novicio en el asunto de las ventas. Amparo es inolvidable. Era hermana de ‘Pacho Troneras’, o al menos eso decían. El bar en manos del crío no peligró jamás por el pupilaje con el que Amparo consentía al señorito del amo. De manos largas, con las venas de los brazos brotadas sobre la delgadez de su piel blanca, risueña y diligente



Guayaquil. S. f.

de manera inflexible, era el retrato de la fraternidad con la que se manifiestan estas mujeres en las necesidades más apremiantes de los hombres. Con Darío, por ejemplo, herido de muerte, la noche en que lo balearon, todas las callejeras de Boyacá cerraron con sus brazos Carabobo para detener un taxi que lo socorriera llevándolo hasta el policlínico más cercano. Las zorras y las coperas actúan por instinto de madres.

Tras el mostrador alto de listones cenizos del Bola Bola me hice diestro en el servicio de los bares. A los siete años las meseras de Guayaquil me llamaban don Jairo, por los muchos días y las muchas noches vividos sobre la barra dominante del salón de billares y mesas. Incluso manoteaba duro sobre su base de madera, y las muchachas corrían a mis exigencias de atención rauda para los borrachos acosadores. La tutela de Amparo Ochoa, la cruz que me ponía en las manos el padre y mi decidida entrega al trabajo me daban un aire de chulo que en ningún momento cultivé adrede. Además, la sumisión aprendida de las meseras del bar las llevaba a tratarme con ese respeto infundado.

Al Bola Bola lo acogía un local inmenso que albergaba dos mesas lujosas de billar de tres bandas y un *billar pool*. El servicio diario se mantenía completo. El juego congregaba a los pícaros y a los indolentes; en el sector no había otro filón que los tuviera. La limpieza del paño con cepillos

de pelo fino me ocupaba con frecuencia, sobre todo las tardes de sábado y domingo, en mis turnos religiosos de cantinero precoz. El polvillo de la tiza azul con la que cebaban la suela de cuero de los tacos penetraba por mis fosas nasales al remover el cernido que se acumulaba en los ángulos de las bandas, lo que hacía que se alborotara la sensibilidad extrema de las mucosas. En ese momento me volvía un verdadero mocososo, en ambos sentidos del término.

El nombre del bar seguramente derivaba de la singularidad del juego con el que lo familiarizaron Pichincha abajo. Cuando mi padre lo compró tenía restaurante al fondo, pero lo suspendió para ampliar la ocupación de los billares, porque el vicio fatiga pero renta más. Sin embargo, nunca dejó de vender sus fritos predilectos, pues toda la vida conservó la tradición de chacinero que arrastraba desde el pueblo.

La clientela del Bola Bola era una ralea diversa de comerciantes de madera, ferreteros, camioneros, mecánicos, tipógrafos, panaderos, empleados de flotas intermunicipales, obreros de la Harinera Antioqueña, carretilleros de la Flota Roja, confeccionistas y sus costureras, especuladores de la plaza, diletantes sin arte conocido y villanos ocasionales que elegían el bar como punta de lanza para sus atracos en los bancos cercanos. La presencia de la flaca Ochoa propiciaba, sin duda, el cruce de las bandas delictivas por el café, famosas por los golpes de mano a las sedes bancarias de la calle Colombia. Cuando en la Plazuela Nutibara se disparaban las alarmas del Edificio Antioquia, con las que Medellín se enteraba del atraco inminente de alguna entidad financiera, rápido intuíamos que los bandidos eran los hombres que minutos antes habían estado departiendo cautamente con las meseras, porque las sobrecogía un nerviosismo evidente. En esos casos, las muchachas bebían licor durante dos o tres días continuos, mientras clareaba el corone del atraco. Incluso ebrias atendían la clientela, mientras lloraban por la suerte de sus mozos.

Al día siguiente la prensa sensacionalista mencionaba sin pruebas a los mismos de siempre como responsables de la fechoría. 'El Mono Trejos', 'Toñilas', 'Pistocho', 'El Pote' Zapata, el mismo 'Pacho Troneras', ladrones simpáticos pero arrojados que se paseaban por la ciudad sin temor a la ley.

El bar prestaba servicio a domicilio a los negocios vecinos. Diagonal a su esquina atendía a los obreros de la Harinera Antioqueña, una empresa creada en 1912 que conservó hasta comienzos del siglo XXI su molino alemán de madera exquisita con doce trituradores de cuatro pisos que lo hacían una joya arquitectónica única en América. Herencia de los molineros de Sonsón, el trapiche fue transportado a la ciudad en mulas. Cuando los traficantes del suelo lo deshuesaron en el año cuatro del nuevo siglo, molía cuarenta toneladas de harina diariamente, las veinticuatro horas continuas. Sin que la municipalidad lo impidiera, con el triturador también arruinaron el edificio patrimonial de la Harinera. Y con él, se fue al carajo la memoria de aquellos días de tantos de nosotros.

■
› Interior de un bar en Guayaquil. S. f.



› Cantina en Guayaquil. 1959.





Guadua, *Guadua angustifolia*
Familia Poaceae

Originaria de América tropical



Viernes 20 de septiembre de 2013, 1:15 p.m.

Del edificio Vásquez sale una joven mujer; con pasos tranquilos y una bolsa verde en las manos, se dirige adonde una señora que acaba de llegar a la plaza:

- Ay no amiga, se demoró ese colectivo, qué impresión.
- En cambio a la hora que yo vengo eso es una flecha.
- Una señora que venía ahí conmigo que es como loquita diciéndome dizque nos devolviéramos, y yo le dije "se devolverá usted mija, yo no".

Ríen.

- ¿Y qué más pues?
- Bien amiga, con un dolor de cabeza, me tuve que tomar un Dolex Forte y me recosté un ratico.
- ¿Y todavía lo tiene?
- No, ya se me está pasando, pero mirá como tengo los ojos.
- Rojos.
- Del dolor de cabeza.
- Mirá pues, ahí en el libro van. Le presta el libro a la tía que a ella le gusta mucho leer.
- A mí también, oiga, yo leo mucho.

A través de la translúcida bolsa se lee el título *La isla del tesoro*.

- Ve, ¿y dónde es que es el trabajo?
- En una floristería.
- ¿Pero haciendo qué?
- Yo no sé, ese señor me dijo que de todo, eso es en la tierra.
- Es un cultivo pues.
- Sí, yo creo, él le dice floristería pero sí es como usted dice.
- Muy bueno mija, ojalá le den el trabajito y se amañen con usted.
- Sara no hace sino llorar.
- ¿Por qué?
- Porque la abuela echa mucha cantaleta.
- Ah claro, como vos te vas le toca quedarse con ella.
- Sara dice que ella no la deja salir ni a la cera, y que sale y ahí mismo empieza "Sara, Saaraa, Saaaraaa" y a ella le da un desespero.

Risas.

- ¿Y cuándo viajás?
- Cindy me dice que me puedo quedar donde ella una o dos semanas, y que si a las dos semanas no me han llamado es porque no me van a dar nada.
- Póngale buena energía y verá, quién quita y termine viviendo en el campo, muy bueno.
- Ay sí, porque eavemaría, qué situación más dura. Ve a como me tiene la pensadera: toda gorda. A una amiga mía que es así troza como yo la pensadera la tiene toda flaquita, y a mí en cambio me enmarranó.



Inventario en pie

Por LUIS FERNANDO GONZÁLEZ

Los parques, plazas o plazuelas del Centro constituyen un patrimonio solo por el hecho de estar allí, mantenerse en el tiempo como espacios urbanos y tener continuidad histórica, pese a los cambios de nombre, las intervenciones y los diferentes momentos de su configuración. No es un mérito menor sobrevivir al permanente rehacer de una ciudad como Medellín y conservar su condición de lugares referenciales.

Estos espacios realmente no son muchos. Tampoco son extensos, y por eso su magnitud no es lo más destacable. No todos fueron pensados y reservados previamente; por eso mismo hay dos grupos, al menos entre los siete de los que hablaremos aquí: mientras los parques Berrío, San Ignacio, Bolívar y Boston se delimitaron previamente para luego ser enmarcados por la arquitectura que configuró sus fachadas, las plazas Nutibara, Botero y Cisneros fueron obra de la inserción posterior sobre la trama urbana ya definida por la demolición de lo previo y el uso de la arquitectura que quedó, e, incluso, de la creación de una topografía artificial.

El primer grupo tiene más historia, son los tradicionales y, por tanto, su trazado corresponde a la heredad de ciertos parámetros de las “leyes indianas”, que si bien no cumplieron a cabalidad lo prescrito, implantaron ese vacío cuadrado con gran poder simbólico presidido siempre por una iglesia. Por eso a cada uno de estos espacios lo domina un templo de mayor o menor jerarquía eclesiástica y valor arquitectónico. Entre estos está la plaza fundacional –la plaza mayor–, devenida en parque republicano en 1895, esto es, el Parque Berrío; una plazuela que a finales del siglo XVIII marcó la expansión al oriente de la limitada y adormilada villa, terminó de configurarse en la segunda década del siglo XIX con el nombre de San Francisco, y ahora se llama San Ignacio después de muchos años de llamarse José Félix de Restrepo; la de Villanueva, que a mediados del siglo XIX amplió la frontera urbana al norte, salvando la quebrada Santa Elena, pero que luego, entre 1888 y 1892, se redefinió como el primer “jardín público” o parque de la ciudad, aunque acentuando su iconografía independentista



en 1923 con la instalación de la estatua ecuestre de Simón Bolívar; un parque que esperó el desarrollo de un barrio –el de Boston–, primero tuvo el nombre y luego el prócer, aunque el segundo –Córdova– no se correspondió con el primero –Sucre–, y marcó la transición de la ciudad del siglo XIX al XX, constituyéndose en el primer parque de barrio, toda una novedad que para 1919 florecía pero apenas estaba en la infancia, como dijo Tomás Carrasquilla.

El segundo grupo es producto de la modernidad y da cuenta de aquella secularización incompleta de nuestra sociedad. Son espacios pensados en términos funcionales y estéticos, donde el poder simbólico es más político que religioso; por eso ninguna de sus fachadas tiene la impronta de la arquitectura religiosa, y en su lugar hay distintas formas de la arquitectura institucional y civil que quedó luego de las intervenciones, más otras que completaron la cirugía urbana. En este grupo está una plaza soñada por varios decenios sobre una gran curva de la quebrada Santa Elena, para quitar la fealdad –que fue demolida– y los malos olores –que fueron

cubiertos–, darle continuidad a la Avenida La Playa y tener un espacio que presidiera con dignidad la sede del gobierno departamental, como lo lograron en la década de 1940 con la construcción de la Plazuela Nutibara; al lado de la anterior, más de cincuenta años después, se demolieron los tres cuartos de manzana que rodeaban el palacio departamental, para hacer una plaza que enmarcara el antiguo palacio municipal convertido en Museo de Antioquia, renovar parte del decaído Centro de la ciudad e instalar un grupo de obras de Fernando Botero: la Plaza de las Esculturas, inaugurada en el año 2002; la tercera de estas plazas, la de las Luces o de Cisneros, es la más reciente, pues se inauguró en 2005 en el entorno histórico y decadente del barrio Guayaquil, sobre el lote de lo que por décadas fuera la plaza de mercado, también con ánimos de renovación urbana.

El Parque Berrío no podría serlo sin el prócer regional esculpido por el italiano Anderlini y entronizado en la inauguración a finales del siglo XIX; pero el tiempo de este espacio fundacional lo marca y extiende por más

siglos la iglesia de La Candelaria, pues su construcción y arquitectura es una sumatoria, desde el inicio de obras en 1768 hasta la culminación de las torres en 1888. Esto incluye los ocho primeros años, de 1768 a 1776, cuando se construyó el cuerpo principal; los trabajos de la fracasada cúpula de latón y madera, dirigidos por Enrique Haeusler entre 1850 y 1854, y, en los mismos años, el frontis trabajado por Antonio María Rodríguez; el desarrollo de la nueva cúpula de ladrillo por este último maestro entre 1857 y 1859 y la ejecución final de las torres entre 1886 y 1888 por Erasmo Rodríguez, hijo del anterior, quien también las diseñó. De ahí el barroquismo popular de la puerta lateral o del Perdón, y el neoclasicismo de la fachada frontal, pues fueron 120 años de suma de partes hasta configurar un todo arquitectónico que no tuvo, como se cree, quién lo concibiera en su totalidad. El tutelaje de La Candelaria se extiende incluso más atrás en el tiempo, en la medida que en el mismo lote que cedieron Cristóbal y Luis de Acevedo en el siglo XVII, donde está la actual iglesia, hubo al menos dos templos más, el primero de ellos reedificado una vez.

Pese al simbolismo y valor histórico de La Candelaria, el marco del Parque Berrío está definido por la arquitectura comercial y bancaria, con ejemplos del cambio del estilo tradicional al moderno que van de los edificios de poca altura a los llamados en su momento rascacielos; algo de esto puede observarse en el edificio Henry (diseño de Guillermo Herrera Carrizosa, 1929), los del Banco de Colombia (diseños de Federico Blodek, 1951), el de la Colombiana de Tabacos (Darco; Suárez, Ramírez y Arango; Fajardo, Vélez y Cía.; Álvaro Posada P., 1968), y el del Banco de la República (Álvaro Cárdenas, Francisco Baracaldo y Heriberto Castilla, 1974). Así, el ideal del “rascacielos” como señal de progreso urbano, con estéticas modernas y vanguardistas, se plasmó en estos edificios. En este marco, y contiguo a La Candelaria, está el antiguo Banco de la República (inaugurado en 1948, después pasó a ser La Bolsa de Medellín y hoy es un pasaje comercial), cuyos arquitectos –H. M. Rodríguez y Rodríguez Orgaz– no pretendieron competir sino relacionarse desde su lenguaje moderno con la antigua iglesia, en un diálogo respetuoso de escalas y contención estética.

La Plazuela San Ignacio está definida en su carácter y estética por el antiguo complejo franciscano –convento, iglesia y colegio–, que se construyó en tapia entre 1803 y 1816 pero fue intervenido para su “modernización” en las primeras décadas del siglo XX: primero el Paraninfo de la Universidad de Antioquia, entre 1913 y 1915, por Horacio Marino Rodríguez;



luego la iglesia de San Ignacio, entre 1922 y 1926, por Félix Mejía Arango y Agustín Goovaerts; y, posteriormente, el Colegio San Ignacio, con el aporte del mismo Rodríguez entre 1917 y 1920, y la terminación de Goovaerts, que le imprimió ese aire *gotizante* a su interior, entre 1921 y 1925. La fachada oriental de esta plaza es un severo conjunto arquitectónico de formas historicistas en portadas, columnas jónicas, frontones triangulares, arcos rebajados, frisos con cornisas continuas, remates en balaustres, etc.; en medio de él está la iglesia, donde los arquitectos mantuvieron la portada de piedra original y desplegaron el resto de la fachada de acuerdo a sus características estéticas y con cierto sabor barroco. Este conjunto restaurado, junto con la Escuela de Derecho, es una de las pocas realidades patrimoniales de la ciudad.

Por su parte, el Parque Bolívar está determinado de manera apabullante por la voluminosa Catedral de Villanueva, aquella que le dio vida a un moribundo proyecto iniciado en la década de 1850 bajo el nombre de “Nueva Londres” pero que terminó como barrio Villanueva. La Catedral fue diseñada por el arquitecto francés Charles Carré, construida en parte por él mismo entre 1890 y 1894, y luego dirigida por los maestros Heliodoro Ochoa y Salvador Ortiz, el sacerdote Lucas Vásquez y el arquitecto y también sacerdote Giovanni Buscaglione, quien la terminó y le dio la decoración final para su inauguración en 1931. Más allá de la impronta neorrománica, esta obra destaca por el juicioso y hermoso trabajo del ladrillo, hechura de maestros y artesanos aparejadores como Benigno Morales, quien también trabajó en el fallido proyecto del italiano Felipe Crosti en la década de 1870, e inició obras con Carré y puso el último ladrillo con Buscaglione. Esta catedral, el mayor bien patrimonial de la ciudad, no solo es un símbolo religioso sino también una muestra de la destreza y la técnica de muchos maestros locales que murieron en el anonimato.

La monumentalidad del Parque Bolívar está tanto en la catedral como en la estatua del Libertador, pero su valor histórico y arquitectónico se reparte entre antiguas casas de familias tradicionales que hace mucho tiempo las abandonaron y ahora son ocupadas por locales comerciales u oficinas bancarias, como la de Pastor Restrepo (esquina suroccidental, calle Caracas con Venezuela), la de la familia Echavarría (esquina nororiental, calle Bolivia con Ecuador) o la de la señora Lucía Echavarría (calle Caracas al extremo de la carrera Ecuador). La de Pastor Restrepo es la más antigua, la diseñó don Juan Lalinde y para 1872 ya estaba terminada; marcó la irrupción de un historicismo que se impuso al uso de materiales tradicionales,



como se evidencia todavía en balcones y ventanas y en el remate de la cubierta con sus lucarnas. La de la familia Echavarría, de la década de 1920, con su patio octogonal interior y su forma ecléctica externa (torreón incluido), es una muestra de los modernismos arquitectónicos de corte europeizante en la arquitectura residencial de aquellos años. Y la casa de la señora Lucía Echavarría, hoy sede bancaria al igual que la anterior, fue una obra diseñada por el arquitecto Carlos Arturo Longas en la que introdujo a ese modernismo conceptos americanos, como se evidencia en su fachada y en el interior mismo. Las nuevas tipologías residenciales, como el Edificio Santa Clara (1944) o el edificio de rentas Echavarría Misas (1955), también dan cuenta de los cambios en la vivienda, las formas constructivas y las características arquitectónicas, por lo que son, como las casas, referentes históricos del Centro antes de que perdiera buena parte de su condición habitacional.

Otro hito arquitectónico del Parque Bolívar es el Teatro Lido. La obra de los arquitectos Vieira, Vásquez y Dothée, inaugurada en 1949, no solo destaca por su estética moderna de corte expresionista, sino también por ser, junto al Pablo Tobón Uribe, de los pocos teatros significativos que quedaron en el Centro después del cierre de muchos de ellos y de su conversión en centros comerciales y de culto.

Más modesto que el del Parque Bolívar es el marco histórico arquitectónico del de Boston. Desde que se delimitó en 1888, y durante casi tres décadas, este fue un espacio con pocas casas a su alrededor, pero se desarrolló tras la construcción de la

iglesia inaugurada en 1919 como parte de las celebraciones del Congreso Mariano, un fasto religioso que dejó una gran impronta en la ciudad. El ejemplo histórico más destacado es el templo de Boston, que algunos consideraron insignificante pero otros como Carrasquilla describieron como medio romano, medio fastuoso, pero “bien lindo”. Hasta bien entrada la década de 1920 la arquitectura residencial del Parque de Boston mantuvo su carácter tradicional, de casas de tapias encaladas, ventanas con rejas de madera torneadas, portadas también de madera y cubiertas de tejas de barro, con patios interiores alrededor de los cuales estaban sus estancias. Pero al igual que buena parte de la vieja ciudad, los propietarios acogieron de buena gana la modernización arquitectónica, ya fuera solo de sus fachadas o de la totalidad de sus casas. Para ello acudieron a los arquitectos y decoradores en boga, como se puede ver en el conjunto de fachadas del costado sur que aún sobreviven a la acción del mercado inmobiliario, el cual ha levantado torres donde había casas solariegas. Es una arquitectura residencial más modesta que la del Parque Bolívar, pero no por eso carente de detalles ornamentales historicistas.

El marco patrimonial del conjunto que ahora forman las plazas Nutibara y Botero se caracteriza por el predominio de los “viejos” edificios institucionales –antiguo palacio departamental, antiguo palacio municipal y la sede de las Empresas Públicas de Medellín–, dos de ellos adaptados para el uso cultural. El antiguo palacio departamental, apenas un cuarto del proyecto planteado por el arquitecto belga Agustín Goovaerts, desde el inicio de obras en 1925 fue blanco de enconadas críticas y causó polémica por la monumentalidad, los costos y la propuesta estética. Fue señalado de ser un ejemplo equivocado en tierras tropicales, por su color grisáceo, su penumbra en medio del sol ecuatorial, su arquitectura que parecía más religiosa que institucional –lo llamaban “la catedral”–, y sus formas góticas flamencas en una época en la que se reclamaba una arquitectura más “nacional”.

La contraparte del palacio departamental es el antiguo palacio municipal, en la medida que el segundo fue una respuesta política y estética al primero. Tachado el departamental de responder a una concepción “conservadurista”, el municipal representó las ideas liberales de los promotores, los arquitectos, el jurado del concurso fallado en 1931 y el diseñador Martín Rodríguez, quienes propugnaban por una arquitectura que respondiera más a las realidades del medio, lo que se refleja en este edificio inaugurado en 1937, que incorpora un lenguaje contemporáneo –el art déco–, pero acompañado por una materialidad –el ladrillo– que da cuenta de las tradiciones constructivas locales, y por formas espaciales interiores y amplios patios que aluden a la historia regional, al igual que la decoración de las puertas.

La arquitectura patrimonial de los alrededores de las plazas Nutibara y Botero tiene otro ejemplo institucional importante pero no tan resaltado, en la medida que no fue pensado ni construido con el simbolismo de los

palacios de gobierno, aunque también era llamado “palacio de las Empresas Públicas Municipales”: el edificio Miguel de Aguinaga, inaugurado en 1957 y diseñado por Augusto González de la empresa Suárez, Ramírez y Arango Ltda. Por ese “dejo aristocratizante” de nuestra clase dirigente, a las sedes administrativas del país se les denominó durante muchos años como palacios, a lo que no fue ajeno este edificio que se destacó, en la esquina irregular de la carrera Carabobo con la calle Tejelo, por la propuesta arquitectónica funcionalista en boga, que seguía los dictados de los congresos internacionales de arquitectura moderna y de su gran maestro, el arquitecto Le Corbusier; de ahí que entre sus elementos se destaquen el volumen prismático, limpio, ajeno a decoraciones (en contraste con los palacios cercanos), las franjas horizontales de las ventanas y el control solar del poniente mediante los famosos *brise-soleil*.

Por su parte, la arquitectura comercial patrimonial de la Plazuela Nutibara partió de la forma de la misma plaza, que a su vez estaba determinada por la gran curva de la quebrada sepultada. Los múltiples proyectos presentados para la plaza plantearon edificios curvos. En buena medida eso fue lo que hicieron los arquitectos del Edificio Naviera –ahora Edificio Antioquia– o del Álvarez Santamaría –el Portacomidas–. El edificio Álvarez Santamaría, diseñado por Luis Olarte Restrepo y Juan J. Berdugo (1944), fue un novedoso ejemplo de líneas curvas, airoso, moderno y expresivo para salvar la sinuosidad del lote, mientras que el Naviera, diseñado por la oficina de arquitectura Vieira, Vásquez y Dothée (1949), fue llevado a la máxima expresividad con la metáfora de una popa de barco en la esquina de la carrera Palacé con la Avenida Primero de Mayo para hacer honor a la empresa promotora. Por su parte, el Hotel Nutibara, que estaba contemplado en el mismo proyecto, en un principio tuvo una propuesta vanguardista también con formas curvas, pero luego los inversionistas acogieron otra más convencional y menos riesgosa dentro de los parámetros estéticos de la élite: el Art Nouveau muy californiano que les propuso el arquitecto norteamericano Paul Williams hacia 1943.

Contiguos a la Plaza Botero, siguiendo el paseo Carabobo hacia la iglesia de La Veracruz, también hay tres ejemplos representativos de arquitectura comercial: el Gutenberg (1940), la Compañía Colombiana de Seguros (1944) y el San Luis, sede de la General Electric (1954). Cada uno de ellos representa un momento constructivo y por tanto histórico: en el Gutenberg, diseñado por H. M. Rodríguez, el de la nueva arquitectura de ladrillo protorracionalista; en el Edificio Colseguros, diseñado por I. Vieira J. y F. Vásquez U., el de la arquitectura moderna con tintes expresionistas, líneas verticales que resaltaban su estructura y enmarcaban grupos de vanos cuadrados, y piso noble con pérgola; y en el San Luis, el de las ideas racionalistas, de fachadas lisas, sin decoración, pero todavía con el gesto del piso noble que después desaparecería de la arquitectura urbana.

Muy diferente es el caso de la Plaza de Cisneros, pues este espacio se configuró hace pocos años –entre 2001 y 2005–, con una idea

contemporánea en un entorno de mucha sensibilidad histórica. El nombre inicial de Plaza de la Luz fue cambiado por el de Cisneros, un lugar desaparecido con el ensanche de la avenida San Juan; adicional a ello, está construida sobre el lugar que ocupara la antigua plaza de mercado de Guayaquil, incendiada, demolida y abandonada entre 1968 y 2000. En su marco inmediato preexistían los edificios Vásquez y Carré, en el costado oriental; la esquina del Almacén La Campana y el conjunto de antiguos locales y viviendas en la parte nororiental; el Pasaje Sucre, demolido para darle paso a la biblioteca de Empresas Públicas de Medellín, en la parte occidental. En el costado sur, por su parte, limita con San Juan, al otro lado de la cual están la emblemática estación del Ferrocarril de Antioquia y el Centro Administrativo La Alpujarra.

Sobreviven, pues, tres grandes referentes patrimoniales con gran valor histórico. Los conocidos como “edificios mellizos” fueron de los primeros de renta comercial en la ciudad, promovidos por el empresario Eduardo Vásquez Jaramillo, con el diseño y construcción de Charles Carré entre 1893 y 1894, y a partir de 1916 fueron conocidos como Vásquez y Carré para homenajear al promotor y al arquitecto de los mismos. La estación central, o Guayaquil, como también se conoció, fue diseñada por Enrique Olarte y construida entre 1907 y 1917, por lo que, contrario a lo que se cree, cuando llegó el primer tren a la ciudad en 1914 no estaba terminada. (Esta delimitación temporal solo hace referencia al cuerpo central, pues el conjunto, incluidas las bodegas y otros cuerpos, fueron añadidos en un proceso que se extendió hasta 1937).

El valor de este patrimonio aumentó cuando fueron restaurados y reincorporados al uso urbano luego de años de abandono, lo que testimonia su valor constructivo y arquitectónico. Entre 1984 y 1994 la Fundación Ferrocarril de Antioquia

recuperó el edificio de la estación; después, entre 2002 y 2004, la empresa Concypa intervino el Carré; y, por último, L. Forero y Cía. restauró, en febrero de 2006, el Vásquez. El resultado es un enorme contraste entre la fachada oriental de la plaza, intervenida desde la restauración y el respeto al patrimonio, y la occidental, concebida desde la renovación y la recuperación.

Buena parte del patrimonio arquitectónico de la ciudad se concentra en estos siete significativos espacios del Centro, donde coexisten tiempos arquitectónicos diversos. En ningún otro lugar se puede ahondar en lo temporal siguiendo las huellas materiales, técnicas, constructivas y estéticas. Estos son atributos suficientes para valorar este paisaje urbano, pues cuenta más de 300 años de historia. Las fachadas son una suma de formas, referentes de búsquedas estéticas mediante las cuales las sociedades plasmaron en diversos momentos sus deseos, sueños e ideales. Pero no es un conjunto homogéneo, sino una yuxtaposición forzada; de ahí sus ambigüedades, contradicciones y aun absurdos contrastes, consecuencia de las acciones demoledoras-constructoras que no se preocupan por la armonía del conjunto urbano.

■







Parqueaderos de palomas

Por JOSE GABRIEL BAENA

Don Óscar Bustamante lleva 32 años cuidando y sanando las palomas del Centro, en los parques y plazuelas Bolívar, Berrío, Botero, La Veracruz y Nutibara, y también las que le llegan de La Alpujarra, la Minorista, Boston, Prado y San Ignacio.

Para alimentar a sus aves don Óscar recibe cada mes seis bultos de maíz que le obsequia el municipio. Le duran dieciocho días exactos, y los siguientes doce tiene que levantarse él mismo la plata para sufragar otros cuatro bulticos; cada uno vale 45 mil pesos. La mayor parte del dinero se lo donan gentes que lo conocen, amantes de las aves, y el resto viene de los escasos ingresos que percibe a diario en su chaza de cigarrillos y confites, ubicada en la esquina suroccidental del Parque Bolívar, junto a la caseta metálica atornillada al piso donde tiene su guardería de palomas enfermas, entre ellas unas negras extrañamente afectadas de la visión que han perdido uno o los dos ojos.

Los bultos de maíz los guarda con sigilo en el subsuelo, protegidos por una reja con candado, al pie de la pileta siempre seca de la iglesia de La Veracruz. Don Óscar vive en una pieza en la calle “Ecuador arriba”, empezando Prado, por la que debe pagar siete mil pesos diarios. “Muy duro conseguirme esa cantidad a punta de cigarrillos y chicles”. Claro que no faltan colombófilos generosos que viven en los alrededores del parque, habitantes del Centro de toda la vida, y le ayudan con su bendita cruz. La tarde de esta entrevista se arrimó un extraño personaje, vestido con un impecable traje de lino blanco, de edad indefinible, quien saludó con efusividad a don Óscar y luego al cronista: “me llamo don Juan Cadavid, ese es mi segundo nombre. Yo fui abogado en otra vida, vivo aquí cerca, y todos los días en mi caminadita de prescripción saludo a Óscar y trato de ajustarle el jornal”. Óscar añadió: “puede hablar con toda confianza con este lord inglés, a ver si le completa el cuadro”. Sir don Juan Cadavid me llamó después a corroborar si yo era el que era, pero ya demasiado tarde para incluir su cuento en estas notas veloces.

Todos los días del año sin falta, a las cuatro y media de la mañana, don Óscar llega a La Veracruz, saca el maíz para el día, les arroja puñados a las palomas de la iglesia y luego distribuye el resto de los granos en la Plaza Botero, el Parque Berrío y la Plazuela Nutibara, y se va para su puesto en el parque de la Basílica. “Siempre que llego a mis parques y abro el taledado de maíz las palomas como que lo huelen a mucha distancia y vienen volando en bandada; me reconocen, me quieren mucho”. Y en diciendo estas palabras saca de su casetita varias bolsitas de maíz, arroja un puñado y llegan ellas, de todos los colores, marrones, grises, negriblancas, negriprofundas, y en un instante estamos rodeados de centenares de palomas llegadas desde ninguna parte o desde el cielo en un espectáculo inolvidable para el cronista.

“Cómo le parece que una vez vino un palomo al que no le gustaba el maíz, ni el arroz quebrado, ni el sorgo. Parecía cada día más débil hasta que se me ocurrió darle pedacitos de un buñuelo que me estaba comiendo y ahí fue la cosa. Duró varios meses el palomo comiendo

buñuelo y todo el mundo lo conocía, hasta que llegó un tipo y me dijo: ‘usted con ese palomo tan gordo y tan inútil, y pensar que yo me lo voy a robar’. Y se lo robó ese malevo al otro día, nunca más volví a ver a mi palomo, uno de los dolores grandes que he tenido. Cuando empecé con esto vivía con mi hermano Gilberto en una casa grande en Prado. Él tenía setenta palomas, y yo me encariñé con ellas, me volví... ¿Cómo se dice? ¿Colombofílico? ¡Qué palabra tan difícil! Hace como unos quince años le diagnosticaron a Gilberto un cáncer, le dijeron que tenía tres meses de vida. Nos angustiábamos muchísimo los dos. En su lecho de enfermo se quejaba: ‘yo no me puedo ir de este mundo dejando a mis palomas vivas y solas, ojalá Dios permitiera que me las llevara conmigo’. Yo le decía que no le diera miedo, que yo se las cuidaba, pero él seguía empeñado en llevarse a sus palomas para el cielo. Desde el momento en que él dijo eso ellas se empezaron a morir también, dos o tres cada día, sin presentar síntomas de mala salud. En mes y medio se murieron todas menos tres, Gilberto ya estaba inconsciente, y cuando se fue pa’l cielo, al otro día se fueron ellas también. Muy misteriosos los caminos de Dios, como dicen en la misa de la Catedral. Eso me dio fuerza para el resto de la vida, pienso”.

Y a propósito de cómo las palomas de los parques suelen padecer cada cierto tiempo las furias de sociópatas que les envenenan el maíz y matan centenares, don Óscar cuenta: “hace como unos diez años alguien que odiaba las palomas, seguro por considerarlas ‘ratas del aire’, eso tan feo y que no es verdad, bueno, uno de esos maníacos envenenó en un día a las palomas de la Plazuela San Ignacio, y también a las mías, tirándoles maíz en este parque, al otro extremo, junto a la fuente de la Catedral. Yo apenas las vi tambaliándose llamé al municipio; mandaron veterinario, dijo que no había nada qué hacer sino barrer todo ese maíz envenenado y esperar a ver cuántas palomas quedaban, dizque pobrecitas. También vinieron estudiantes de zoología y de veterinaria de dos universidades, se llevaron algunos cuerpecitos, pero luego me dijeron que no sabían las causas y que yo sabía más que ellos, que les podía dar clases, porque yo les conté qué hacía con las palomas cuando se enfermaban, que les daba ampicilina en pastillitas y otras píldoras terminadas en ‘lina’ que vienen de la penicilina, según me han dicho; esas medicinas me las regalan o me las venden baratas aquí en las farmacias vecinas. Y como usted puede ver, vienen aquí palomas de todos los colores, de las llamadas abuelitas y torcazas que son las que más abundan, y muy escasamente las blancas puras, creo que ya hay muy poquitas en Medellín, ¡parece ser cierto que se las roban los satánicos metaleros para hacer exorcismos! Tampoco habitan por aquí ya las palomas rumanas, las gigantes, ni las abanicos ni las capuchinas ni las buchonas que parecen señoras platudas sacando pecho desde las patas hasta el pico, se fueron del todo. Y cómo le parece la que me pasó una vez: en estos edificios del parque viven señoras dizque muy educadas y aristocráticas, pero no sé por qué odian de muerte a las palomas, será porque de pronto les cae una caquita en sus balcones, y vienen a insultarme porque alimento y cuido ‘a esas hijueputas’. Y una vez una de las señoras vino a insultarme, venía con un bastón de hierro, y cuando me agaché para recoger algo me pegó durísimo con esa cosa en la cabeza; me desmayé, me desperté bañado en sangre, me llevaron a un dispensario a que me cosieran. La policía del parque me dijo que no había pruebas contra la señora y yo no presenté denuncia. Ella nunca se volvió a aparecer, siquiera, gracias a Dios. A los tres meses supe que se había muerto, seguro fue de remordimiento. Otra plaga son los gamines que llegan con unas bolsas grandes donde hay unos cuantos maíces, las abren allá



junto a la fuente, llega una paloma y se mete en la bolsa y ahí mismo la cierran y salen corriendo hacia la Minorista, donde las venden en los restaurantes a mil pesos cada una para que hagan caldo pa los clientes. Una cosa tan horrible. Yo les digo a los que vienen a insultarme diciéndome que ‘esas hijuetantas son ratas del aire’ que entonces ellos ni siquiera son humanos sino ratas sin alas, y con eso se van fríos... Y la mayor satisfacción de mi vida, contra todos los malos tiempos, es recordar que he cuidado y sanado a miles de palomas en invierno y en verano, en Navidad y Semana Santa, domingos y festivos durante estos 32 años. Esto no es un *jobi* sino una vocación como la de los apóstoles de Cristo: puro amor y dedicación sin descanso, hasta que Dios me lleve”.

Estamos a finales de agosto, los días no se definen ni por el sol ni por la lluvia, y don Óscar apunta: “cuando llega el invierno duro me toca preocuparme porque ese clima las enferma mucho, no tienen buenos refugios; las palomas del Parque Berrío y Bolívar, por ejemplo, están podridas, tienen más de veinte años, se necesita con urgencia que alguna empresa o el municipio donen nuevas”. Según él, los virus que más afectan a las palomas en invierno son las “búas” –bubas–, la fiebre seca, “la llorona” y el “biche”, que les afectan los ojos, el gástrico, las vías respiratorias, y el estómago, por la ingestión de pelos, plumones, hilos, lanas... Pero el peor virus son los humanos: “imagínese que en Bucaramanga y otras partes del país, dicen, todavía se practica el infame deporte del tiro al pichón con escopetas de balines: sueltan bandadas de palomas y las asesinan a disparos. No sé por qué el gobierno permite estas cosas que degradan a las personas como si fueran nativos de la selva”.

Al preguntarle si en sus 33 años de apostolado ha adquirido alguna de las enfermedades que dicen que transmiten las palomas, don Óscar es tajante: “¡Nunca! Esa cosa de las enfermedades contagiosas de las palomas es una mentira muy grande, no crea en eso”. Pero dicen los informes antipalomas que generan problemas de salud pública, pues pueden transmitir enfermedades a personas y animales domésticos por medio de sus heces, plumas y patas; por ejemplo, al hacer su nido o ingerir alimentos en la basura se les adhieren muchos microorganismos, y el excremento que dejan en pisos y paredes atrae a plagas como ratas, pulgas y piojos. Entre las principales enfermedades que transmite esta ave están la histoplasmosis, la ornitosis, la salmonelosis, la criptococosis y la gastroenteritis. Si así fuera, sería un riesgo para la vida ir a algún parque medellinita sin guantes, casco y máscara antigases.

Para esta crónica el autor recorrió en orden y desorden los seis parques citados. Lo más impresionante fue ver la enorme bandada de palomas, amas de la Plazuela Nutibara, que viven en el inmenso parqueadero del extinto Club Unión, una mole de rojos ladrillos y columnatas. En ocasiones, cuando ven que llegan turistas para hacerles fotos y videos, se abalanzan sobre el exiguo prado de la plazuela en finísimas danzas aéreas, súbitas elevaciones, clavados en barrena, figuras helicoidales, círculos, óvalos. Tan sabias ellas, tan inteligentes. Dicen que las palomas de Berrío debieron unirse a estas porque en la iglesia de La Candelaria, tan limpia, tan blanca, tan impoluta y recién remozada, pusieron obstáculos a todo lo largo y ancho de la fachada, en los resaltes y en los bordes de los techos, molduras de aluminio para que las aves no puedan posarse. Ya solo aparecen allí cuando don Óscar o alguien más les arroja maíz. Y pienso yo que se alejan del público porque la contaminación sonora del parque es insoportable para ellas, y no solo para los humanos inermes que nos atrevemos a pasar por allí en cualquier momento del día, apretándonos



los calzones: es común ver a diario en Berrío –dice un vendedor de jugos de la pasión– un asalto de un raponero que luego huye como alma que lleva el diablo por la calle curva del edificio Portacomidas... Y en efecto vimos a uno de estos en acción, que conste.

Avanzando hacia la explanada de Botero, frente al Museo de Antioquia, apreciamos que los objetos de bronce se conservan perfectamente limpios sobre sus pedestales, quizá porque las palomas traviesas saben que no son esculturas sino eso, objetos hiperdimensionados a partir de los moldes en plastilina que tiene Botero en su taller italiano. Son pocas las aves posadas al ardiente mediodía en los escasos árboles del lugar. Se hacen notar las grandes palomas plásticas voladoras que un diestro vendedor echa al aire mediante un diminuto artefacto de caucho; al recogerlas, vemos que no son palomas sino una astuta clonación de dragones chinos, faisanes, halcones y perdices, bien coloridas, que encantan a gentes de esta villa y a extranjeros de paso...

Pero las más inteligentes son las palomas de la Plazuela San Ignacio: les gusta “hacer sus cosas” sobre la cabeza y hombros de la estatua de Francisco de Paula Santander, el antagonista de Bolívar, mientras que los bustos de otros dos personajes ya desconocidos permanecen impecables. Aventuremos sin pudor que son palomas antisantanderistas, contrarias a

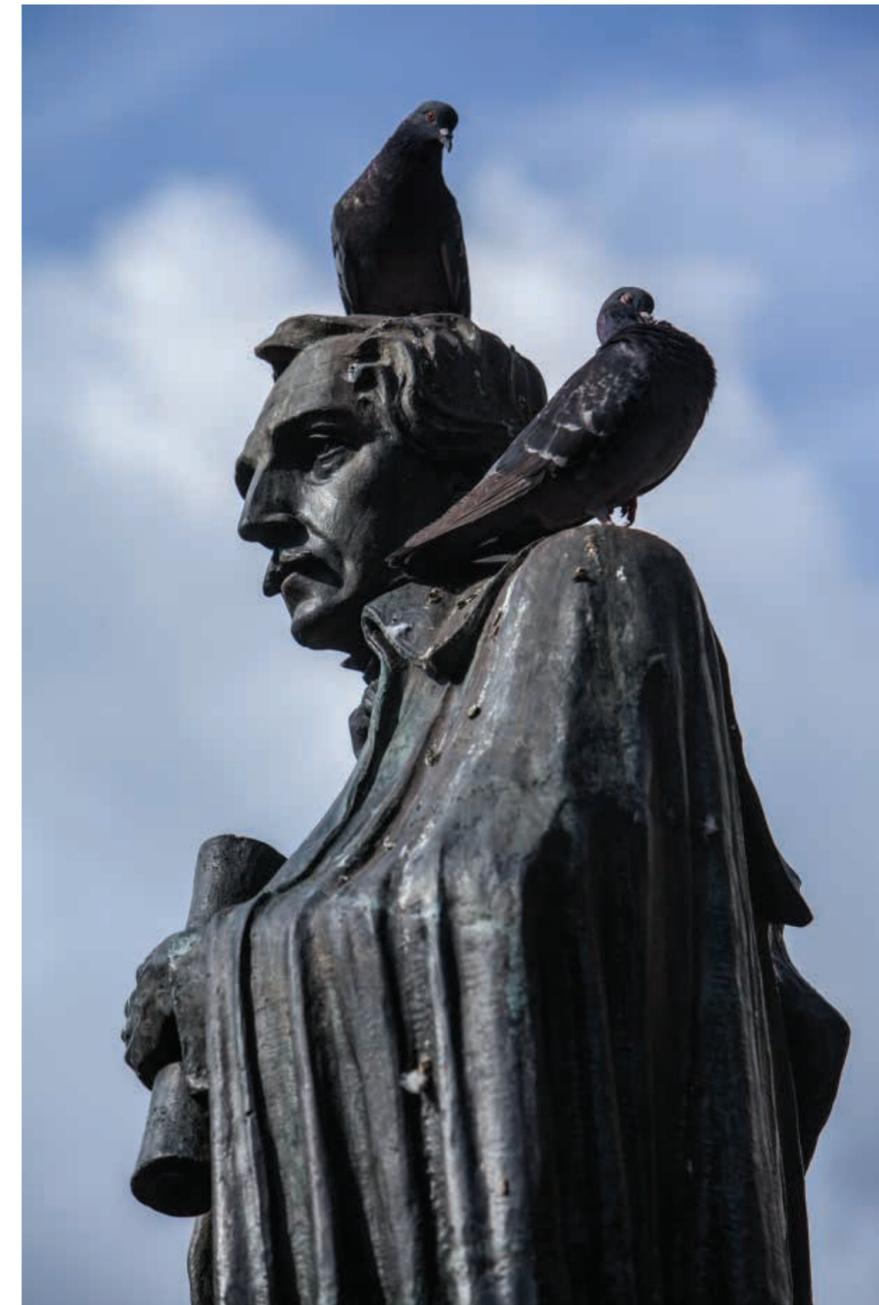
las ideas del tristemente célebre “Hombre de las Leyes”, uno de los muchos neogranadinos que traicionaron a Bolívar cuando pretendió hacer de la naciente República un nuevo imperio, una dictadura férrea para este país de pícaros y bandidos (en esa época lejana, digo, no más...). Parece que las aves ignacianas hubieran leído las obras del filósofo de Envigado, Fernando González, bolivariano por excelencia. “Eso demuestra que las palomas son muy inteligentes y que tienen alma”, afirma don Óscar.

Otras palomas muy bien educadas y atentas son las del Parque de Boston, donde está la magnífica y detallada estatua de José María Córdova, obra del escultor Marco Tobón Mejía. Esta escultura permanece limpia como el alma del joven prócer, que también se atrevió a desafiar al pseudoemperador Bolívar en 1829, cuya rebelión culminó en infame asesinato en El Santuario. Este parque, aunque pequeño, aún conserva el carácter de un verdadero parque de barrio a la manera europea, donde los chicos, grandes y jubilados pueden ir a sentarse en sus bancas preferidas, las jóvenes madres a calentar a sus bebés y darles el juguito de zanahoria bajo el tibio sol de las nueve de la mañana, y las señoras a cruzar chismes después del algo a las cuatro: un sano espacio comunitario. Las palomas tienen allí una fuente que funciona de verdad, resguardada con rejas eso sí, donde se bañan con sus pichoncitos.

Nota bene

Por el final de esta crónica debo confesar un tris de asombro ante los círculos que nos pone a dar la vida, aunque la palabra asombro hace mucho se borró de mi diccionario. Mi relación con las palomas ha sido muy escasa y saltarina, y se remonta a mediados de los años sesenta, cuando mi hermano menor (de diez años) se obsesionó por tener un grupito de mensajeras, para lo cual construyó improvisadas casitas en el zarzo del solar de la casa grande. Las manejaba con dedicación, y durante un par de años los mayores apoyamos y cultivamos su afición, llevándolas a barrios lejanos para que regresaran, subiendo con ellas a lo alto de las colinas del barrio San Javier; hasta que llegó el desastre: no supimos de dónde llegó a la cuadra una manada de feroces gatos callejeros que se instaló en los techos. Solo salían de noche y hasta la madrugada, para maullar lunáticos y combatir a muerte por la mirada y el sexo de la gata más provocadora, como en los viles tangos. Cierta vez, después de una feroz riña, apareció un felino muerto sobre uno de los tejaditos de Eternit del gallinero de mi mamá, y entonces anticipamos lo peor: si se mataban entre sí esos gatos, qué sería de las palomas. No hubo tiempo de hacer nada: a pesar de haber resguardado las casitas de las aves con anjeos, tres días después aquellos tigres enanos y hambrientos las invadieron e hicieron de las suyas: una mortandad. Nunca más hubo palomas en mi casa. Años después, cuando los largos y muy violentos paros universitarios del 71 al 73, mientras yo estudiaba la carrera equivocada, me volví asiduo visitante del Parque Bolívar: desocupado en casa, leyendo mucho, oyendo música clásica y cantidades del rock de la época en centenas de LP, me iba tres o cuatro veces por semana, al atardecer, a sentarme en las escaleras de la Catedral, donde me fumaba un par de cigarrillos de cincuenta centavos, esperando quizá la iluminación budista o la aniquilación bajada del cielo en forma de ovis o naranjas mecánicas, con mi mochila de cabuya pintada. Las palomas me reconocieron desde el principio como un santo dadaísta peludo, muy peludo, *hippie* ya anacrónico, y se paseaban coquetas esperando las migajas de un pastel de “las Palacio”, que quedaba entonces en la esquina de Barbacoas con Bolivia. Esto –círculo existencial hindú– me conecta de algún modo con don Óscar Bustamante y su palomo buñuelista. En medio de esas palomas con las que hablaba en silencio se gestó mi vocación de escritor, disparada por la lectura de los *Monólogos de Noé* de Eduardo Escobar y las revistas *Nadaísmo 70* que por entonces cayeron en mis manos, que por poco trastabilla cuando después, ya en la facultad de filosofía, me golpeó en la nuca don Immanuel Kant con su implacable cayado de la razón pura. Entonces huí de las academias, volando como paloma montaraz sin parar nunca, hasta posarme en estas páginas. ¿Tendréis un puñado de maíz para mi panza? ¿Una clara fuente donde refrescar mis cansadas patitas?

■



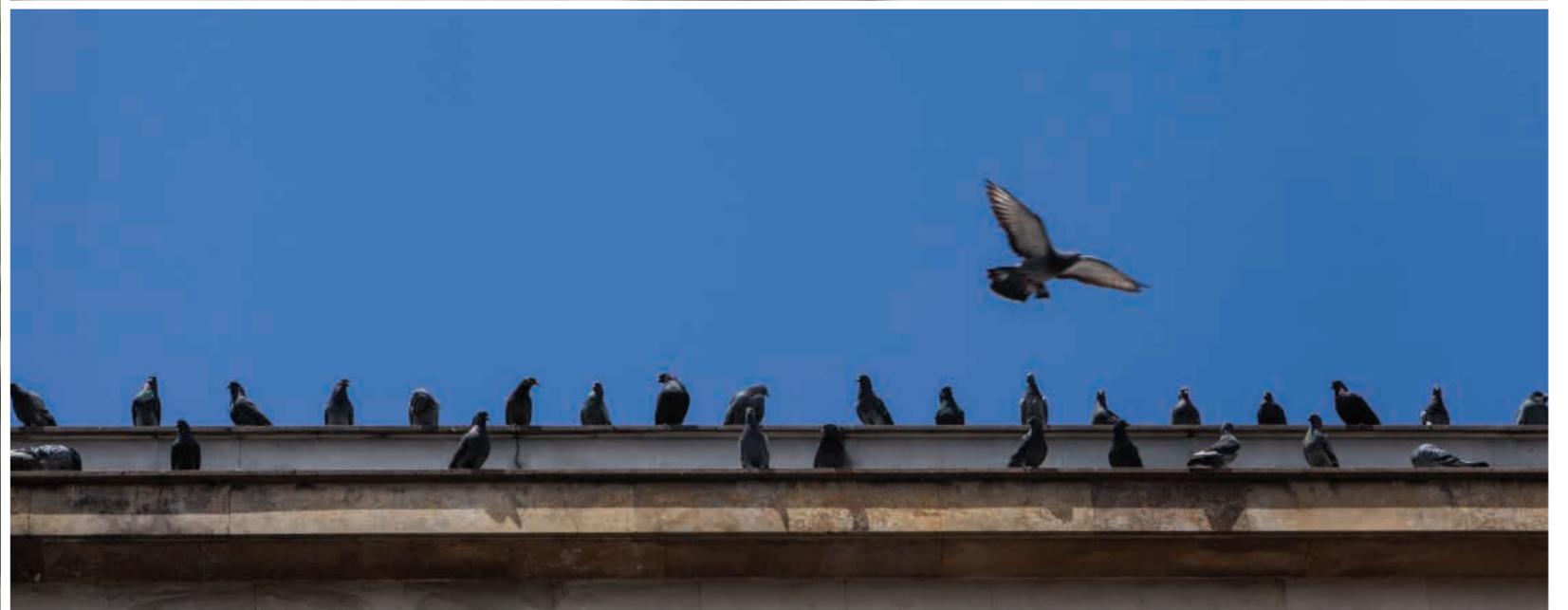
La paloma torcaz

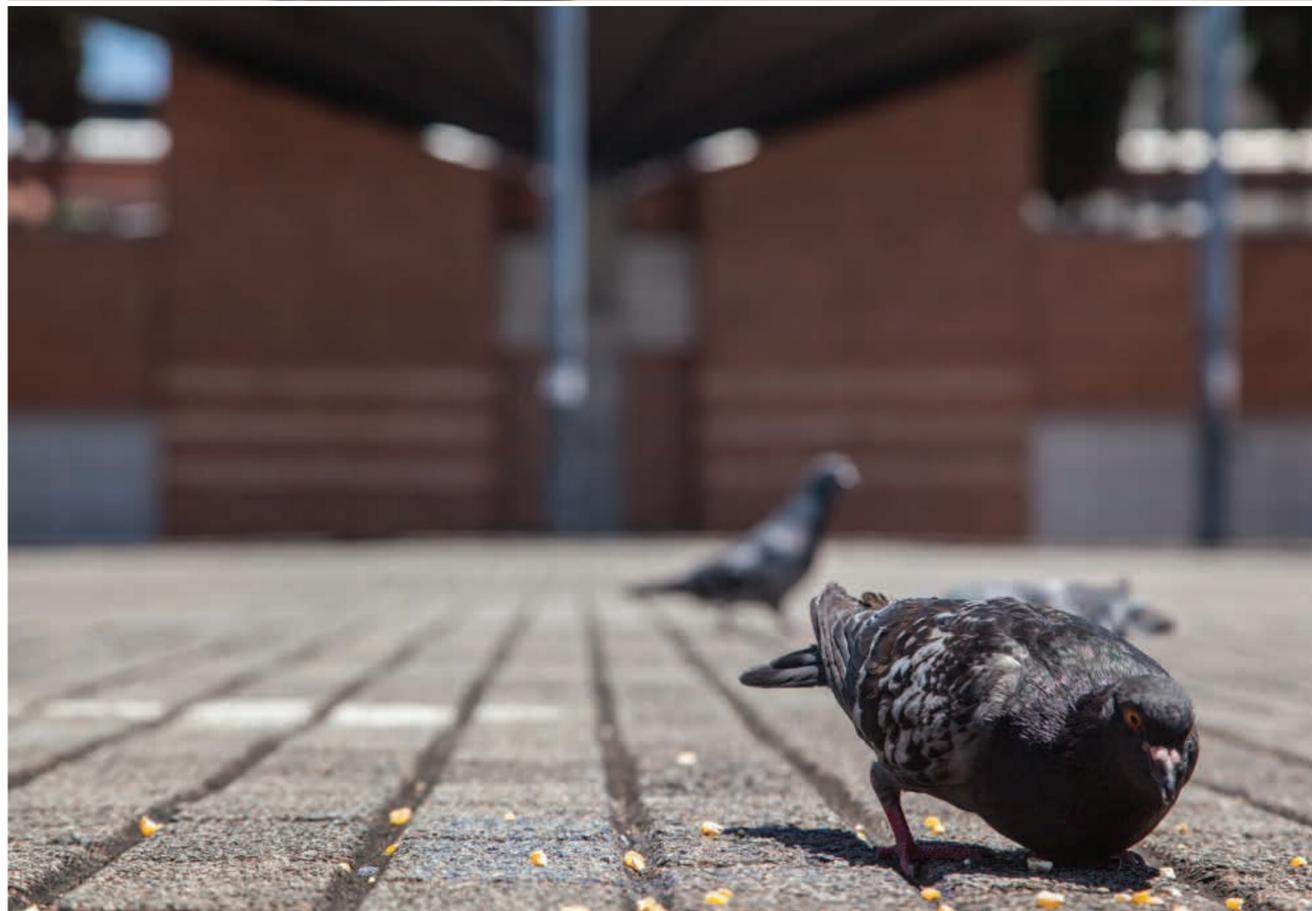
José Eustasio Rivera (1888-1928)

Cantadora sencilla de una gran pesadumbre,
entre ocultos follajes, la paloma torcaz
acongoja las selvas con su blanda quejumbre,
picoteando arrayanes y pepitas de agraz.

Arrurrúuu... canta viendo la primera vislumbre;
y después, por las tardes, al reflejo fugaz,
en la copa del guáimaro que domina la cumbre
ve llenarse las lomas de silencio y de paz.

Entreabiertas las alas que la luz tornasola,
se entristece, la pobre, de encontrarse tan sola;
y esponjado el plumaje como leve capuz,
al impulso materno de sus tiernas entrañas,
amorosa se pone a arrullar las montañas...
y se duermen los montes... y se apaga la luz.

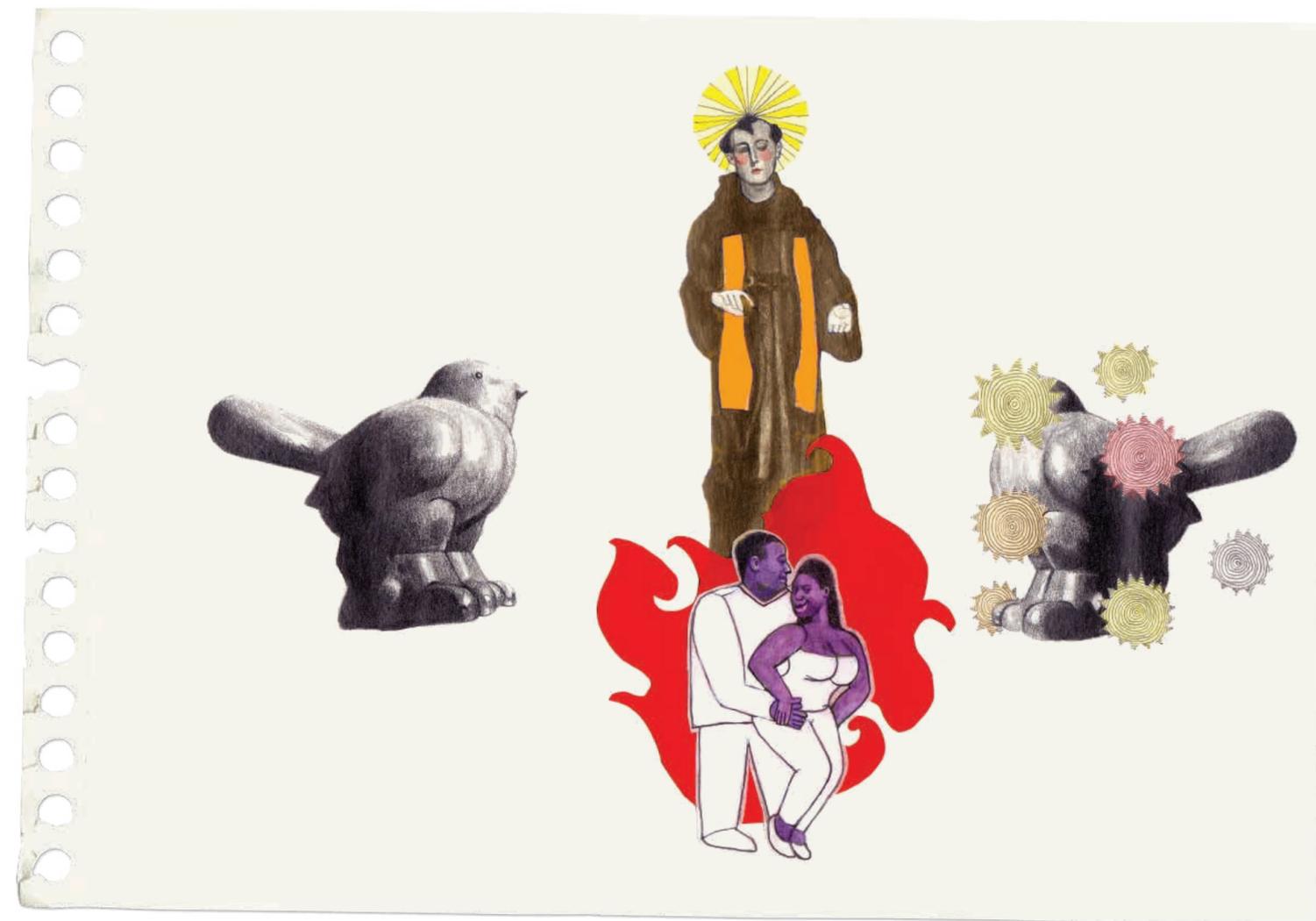




Parque de San Antonio

“Al frente de la tienda de la ‘Juancha’ estaba la casa en que vivió más tarde don Jesús María Mora con su familia, padre del doctor Mora Vásquez, la que era de tapias con tejas, con cuatro ventanas, pintada de verde. Seguía otra arruinada y vieja casa en cuya esquina había una tienda; lugar aquél que daba entrada al callejón conocido con el nombre de la ‘Barranca de Ospina’, hoy de San Antonio, en donde sólo se hallaban solares y pequeñas mediaguas hasta terminar en una porción de terreno cubierto de ciénagas y de tupidos cañaverales; punto aquél convertido en lo que es la citada calle de ‘San Juan’ y en el barrio ‘Colón’, toda aquella ‘barranca’ adornada hoy con hermosas casas y con lujosos edificios como el de la Iglesia de San Antonio, dirigida por los RR. PP. Franciscanos”.

Carlos J. Escobar G. *Medellín hace 60 años*. 2003.



1874



En el sector conocido como Barranca Media o Barranca Ospina, el arquitecto fray Benjamín Masciantonio, quien oficiaba como subdirector de la obra de la Catedral de Villanueva, compró un lote para construir el convento de franciscanos de Tierra Santa y un templo en honor a San Antonio de Padua. El convento sería terminado en 1883 y el templo estaría a medio construir por muchos años.

1910



En esta década Barranca Ospina estaba construida hasta la calle Amador, que entre Palacé y Bolívar era un pequeño callejón. Las casas, de una sola planta, tapia y solar, eran habitadas, en su mayoría, por artesanos. Con la construcción de las estaciones del ferrocarril de Amagá y el de Antioquia muchas de esas casonas fueron convertidas en inquilinatos para atender a la población flotante del sector, y otras en teatros donde grupos de trabajadores representaban obras de la literatura universal.

Dos avenidas y un parque con éxito

Por GUILLERMO CARDONA

El centro histórico de Medellín y el barrio San Antonio se conservaron más o menos intactos y con cierta coherencia urbana, paisajística y social hasta los años cincuenta, cuando Paul Lester Wiener y José Luis Sert presentaron su Plan Piloto para la ciudad en 1954.

La tradición de esta villa había sido mirar los modelos de ciudades europeas, con centros históricos protegidos y desarrollos industriales en los suburbios para defender la habitabilidad de los espacios de memoria. El nuevo Plan Piloto, sin embargo, parecía más inspirado en el modelo norteamericano. Su apuesta apuntaba a la concentración de usos del suelo y a la expansión territorial, a partir de la construcción de avenidas de tránsito rápido para el transporte público y el creciente transporte privado, entre los sitios de habitación en los barrios periféricos y los lugares de trabajo, comercio, servicios bancarios y oficinas estatales del Centro.

Todavía hoy muchos se preguntan por qué se desechó la idea del tranvía eléctrico siendo este tipo de energía un recurso propio y barato, por qué prácticamente prohibieron el uso residencial del centro histórico, y sobre todo por qué nadie, además del arquitecto Nel Rodríguez en su cátedra de la Universidad Pontificia Bolivariana, alertó sobre el peligro de tener un centro sin habitantes, abandonado en manos del comercio que cierra a las seis de la tarde, bajo el supuesto medieval de que nadie tiene nada que estar haciendo en sus calles después de las nueve de la noche.

Habría muchas otras objeciones frente al accionar urbanizador de los últimos cincuenta años en el centro histórico; por ejemplo, la escasez de espacio público, zonas verdes y andenes. La lista es larga, pero concedamos que resulta muy fácil criticar lo que se hizo a mitad del siglo XX basados en los conocimientos que tenemos en el XXI.

No queda casi nada

No faltan quienes aseguran (y no hay forma de contradecirlos) que si en Medellín no queda memoria arquitectónica de la Colonia es básicamente porque en esa época, además de unas pocas iglesias, no se construyó en esta villa ninguna edificación que valiera la pena conservar. Y algo similar se dijo de otros hitos arquitectónicos e históricos que se fueron con el Plan Piloto. Algunos los tumbaron del todo, como pasó con el Teatro Junín y el Hotel Europa; otros a medias, como sucedió con el Seminario Mayor, demolido en parte para construir la Oriental cuando de carrera se convierte en calle a la altura de la avenida Echeverri; lo que sobrevivió pasó a ser centro comercial y su capilla terminó en restaurante. Lo poco que quedó en pie se fue haciendo más pequeño, como las aceras, la Catedral Metropolitana, el Paraninfo, la iglesia del Sagrado Corazón, y otros hitos de la vieja Medellín terminaron simplemente arrinconados, como la iglesia de San José, La Veracruz y la misma iglesia de San Antonio, que es el caso más extremo.

Si en ese afán modernizador no había lugar para el respeto a los símbolos de la fe católica, ni se diga para lo demás. ¡Cuál nostalgia! La consigna era acabar con lo viejo y empezar de cero. Todo era práctico, con fines económicos, industriales y comerciales.

Eran tiempos de posguerra y la producción industrial mundial crecía a pasos agigantados, así que el futuro les debió parecer diáfano a los empresarios de Medellín. La prosperidad y la riqueza iluminaban el horizonte, y nuestra ciudad estaba en la obligación de prepararse para un crecimiento sostenido. No era tiempo de pararse en consideraciones socio-culturales y urbanísticas.



› Torso masculino, obra de Fernando Botero.



› Templo de San Antonio. 1932.

Barranca

La primera referencia del sector de San Antonio aparece en 1770, en el primer plano que se conoce de la ciudad, y las únicas calles que existían eran San Félix (hoy parte de la Avenida Orienta), Abejorral (hoy desaparecida) y San Roque (hoy Palacé).

Una vez sellada la independencia de la Provincia de Antioquia, las calles fueron rebautizadas con los nombres de las grandes batallas de la gesta libertadora. Para 1820 ya existía Maturín, y desde entonces comenzaron a vivir en sus costados familias de una incipiente clase media: artesanos, oficinistas y empleados del comercio. Al tiempo aparecieron las primeras posadas en el sector, que pasó a llamarse Barranca, para atender a los agentes viajeros y a los arrieros que llegaban de Envigado, y aun más lejos, llevando y trayendo mercancías y ganados.

La iglesia

La construcción de la iglesia de San Antonio de Padua arrancó en 1874 por iniciativa de fray Benjamín Masciantonio, quien concibió también el convento de franciscanos de Tierra Santa al lado de lo que sería la capilla.

A partir de entonces la iglesia, todavía en construcción, se convirtió en el centro de un sector que seguía creciendo hacia el oriente y el norte, bajo el nombre y protección del edificio que en 1889 era una simple capilla. Solo en 1920 el arquitecto Arturo Longas construyó la que sería su

fachada definitiva sobre Abejorral, y sus reformas, agregados y refacciones posteriores culminarían en 1938.

Eran tiempos de tranquila felicidad para un barrio de casas en su mayoría de una planta, muchas de ellas construidas en tapia desde el siglo XVIII, con grandes solares y calles estrechas, en el que prosperaban las tiendas y los graneros, algunos cafés, peluquerías, panaderías, zapaterías y montepíos. Esta estructura se conservaría hasta bien entrados los años sesenta.

Viejo barrio

Muchos de los niños y jóvenes que correteaban por San Antonio cuando todavía era un barrio viven aún, y cuando visitan el parque tratan de ubicar sus casas sobre lo que fue la carrera Abejorral, que subía desde San Juan hacia Amador y pasaba frente a la iglesia, ubicada varios metros por encima del nivel de la calzada.

Descontando los eventuales enfrentamientos entre la policía y los estudiantes de la sede de estudios generales de la Universidad de Antioquia –que funcionaba en los terrenos donde hoy se levantan las Torres de Bombóná–, para finales de la década del cincuenta la vida estaba prevista y organizada según los rituales de la iglesia: peregrinaje dominical, contrición y recogimiento en Semana Santa, y alegría, regocijo y villancicos en Navidad.

Los viejos habitantes también recuerdan los juegos en la calle (golosa, chucha, escondidijo, pelota quemada,

1920

El arquitecto Arturo Longas construyó la fachada definitiva del templo de San Antonio de Padua. La iglesia era muy frecuentada por cazadores y pescadores, que llegaban a la misa de cinco de la mañana, dejaban sus jaurías y cañas de pescar en el atrio y al terminar salían justo a tiempo para desayunar en el Café Balcanes y tomar el tren de las seis.

1932

La oficina de Tulio Ospina y Cía. construyó la cúpula del templo de San Antonio, conformada por una semiesfera de doce metros de diámetro, con diseños del arquitecto Juan Restrepo Álvarez e inspirada en las formas renacentistas.

1950



En esta década la proliferación de terminales de buses, bares, hoteles y pensiones produjo un deterioro ostensible en el sector de San Antonio, lo que incitó a sus habitantes tradicionales a abandonar la zona.

1973

Con la construcción de la Avenida Oriental el sector fue cercenado y aislado, y se convirtió en terreno fértil para la proliferación de expendios de droga, prostitución y delincuencia.

1980

En esta década los terrenos ubicados frente a la iglesia San Antonio, completamente abandonados por la administración pública, se convirtieron en un cementerio de carros.

1989



Mediante acuerdo metropolitano se dispuso construir un parque en el sector de San Antonio.

1992

El Municipio de Medellín procedió a negociar con el Banco Central Hipotecario la adquisición de los predios para el proyecto.

1993



El diseño del parque se convocó a concurso público, evento coordinado por la Sociedad Colombiana de Arquitectos —seccional Antioquia—. Se presentaron 42 proyectos y resultó elegido el del consorcio A.I.A. Convel, lo que generó polémica y descontento en algunos sectores que deseaban ver el lugar convertido en un parque con amplias zonas verdes y no en zona comercial y de parqueo como proponía el proyecto ganador.

1994

El 14 de diciembre se inauguró el Parque de San Antonio. En el costado que da sobre la Avenida Oriental se instalaron tres esculturas de Fernando Botero: *Venus dormida*, *Torso masculino* y *Pájaro*. En la esquina nororiental se dispuso *La puerta de San Antonio*, obra de Ronny Vayda. En el costado suroriental edificó su sede la Alianza Francesa. En torno al templo de San Antonio se construyeron oficinas de la Empresa de Desarrollo Urbano y de la Policía Metropolitana.



› Iglesia de San Antonio. 1983.

vuelta a Colombia con tapitas de fresco), como recuerdan la barbería de Juan N., la fábrica de turrone y la panadería La Marquesa. Y se rascan la cabeza evocando una constante y persistente epidemia de piojos que asolaba las escuelas. Una vida tranquila e inocente.

Había tan pocos carros que hasta la leche la repartían en un coche tirado por caballos que anunciaba su paso con campanas, y pasaban las negras con sus pregones y grandes cestos en la cabeza, cubiertos con manteles a cuadros rojos o azules, con la parva todavía humeante para el desayuno o el algo.

A comienzos de los sesenta los residentes y habitantes de San Antonio ya sabían que el barrio sería atravesado por una gran avenida, y que buena parte de las manzanas comprendidas entre Abejorral, San Félix y El Palo, desde San Juan hasta Bomboná, serían abatidas por las cuadrillas de demolición. También se sabía que en el centro histórico de Medellín estaba casi prohibido fijar residencia, y que con avenida o sin ella el barrio mismo estaba condenado a desaparecer.

Para finales de los setenta muchas familias ya habían encontrado otras alternativas de vivienda. Solo quedaban unas cuantas que se resistían a abandonar el barrio



› San Antonio. S. f.

de toda la vida, mientras el comercio se apoderaba de los caserones para convertirlos en bodegas y almacenes, talleres de mecánica y colchoneras.

Cuando todavía no se iban los últimos vecinos, que estorbaban con su presencia en el día y con su manía de dormir en la noche, hicieron su arribo los bares, los prostíbulos, los primeros expendios de marihuana y las famosas “zonas libres” donde jamás entraba la policía, de manera que la seguridad quedó en manos de nadie porque en las noches el viejo barrio de San Antonio ya no tenía dolientes.

La construcción de la Oriental, concebida desde el Plan Piloto e iniciada en 1973, le dio el golpe de gracia



› Terrenos que ocupa hoy el Parque San Antonio. S. f.

al sector. A todo lo largo y ancho de la avenida se dieron transformaciones que dejaron prosperidad para algunos y escombros para otros.

Ese rompimiento de la estructura urbana y los tejidos sociales tuvo gran repercusión en la seguridad y habitabilidad del Centro, proceso que se repetiría años después con la desaparición de la Plaza de Cisneros debido a las sucesivas ampliaciones de la calle San Juan y a las proyecciones del plan de 1954.

La intención de los planificadores con la Avenida Oriental era promover el desarrollo urbanístico de los sectores de San Antonio y Estación Villa, “que han permanecido hasta ahora en un lamentable estado de atraso, y valorizará comercialmente todas las propiedades ubicadas dentro de su zona de influencia, en mayor o menor proporción según su proximidad al lugar de ejecución del plan”, como lo señala un folleto publicado en 1974 que daba cuenta de la importancia de la obra.

También se mencionaba en los folletos la intención de remodelar la iglesia San Antonio, y se anunciaba que el Fondo Rotatorio de Remodelación Urbana de Valorización

estaba comprando predios entre la Oriental, Junín, San Juan y Pichincha, para un total de 4,2 hectáreas.

Se presentaban dos alternativas. La primera consistía en hacer un reloteo más organizado, “que agilice el mercadeo y permita que la iniciativa individual desarrolle de nuevo la zona”. Pero como con esta alternativa “se limitan las posibilidades de densificación; no hay aportes al diseño integral al desarrollo de la ciudad; se restringen las zonificaciones óptimas y las adecuadas interrelaciones de espacios”, entonces se decidió darle mayor despliegue a la alternativa dos: “...una remodelación y renovación total de la zona, en su trama, volumetría, usos y densidades. Esto significará un cambio en la estructura social, física y económica de este sector, con una consecuente influencia benéfica sobre la ciudad y su futuro”.

Según algunos cálculos, en el espacio ocupado hoy por el parque y el Éxito habría sido posible construir mil 250 viviendas en altura para una población de seis mil 500 personas; treinta mil metros cuadrados de comercio; cuarenta mil de oficinas; dieciocho mil de parqueadero cubierto; y quince mil de áreas



En la calle 46, Almacenes Éxito levantó una gran sede, y en el sótano del parque se construyeron más de 300 parqueaderos.

1995

En la noche del sábado 10 de junio explotó una bomba instalada en la escultura *Pájaro*. En el atentado murieron 23 personas y unas 200 quedaron heridas. Fernando Botero pidió que el pájaro fuera dejado allí como símbolo del horror de la guerra.

1997

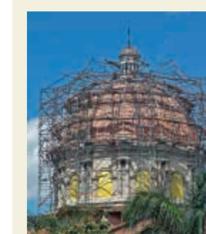
Después de la marcha del Mandato por la Paz, una multitud de jóvenes se congregó en el parque donde pasaron la noche al son de guitarras y actividades lúdicas. La velada fue amenizada por la Caravana Arco Iris por la Paz, un grupo de personas de varios países que recorría Suramérica en una chiva y que llegó a Colombia para apoyar la marcha.

2000

Fernando Botero donó otra copia de la escultura *Pájaro* para que fuera instalada junto al pájaro destruido en el atentado de 1995. Nombró a la nueva escultura *Paloma* como símbolo de esperanza.

2004-2005

La cúpula del templo de San Antonio de Padua fue restaurada por la Fundación Ferrocarril de Antioquia.





› Fotografía aérea de la construcción del Parque San Antonio. S. f.

complementarias para diversión, asistencia, seguridad, guarderías infantiles, entre otros.

Según antiguos funcionarios de la Empresa de Desarrollo Urbano del Valle de Aburrá, Eduva, estos eran bocetos para los cuales sencillamente no había plata; así que de semejante catálogo de sueños solo quedó un cementerio de carros y parqueadero al aire libre al costado de la Oriental, que durante muchos años ocultó lo que quedaba de San Antonio y la carrera Abejorral tras las chatarras que se pudrían en los solares del tránsito.

Durante más de dos décadas concejales y funcionarios de planeación desempolvaron los viejos proyectos de intervención para el sector, pero no volvieron a ser prioritarios y a nadie pareció importarle la degradación de la zona en los años setenta, cuando hizo su aparición el narcotráfico y se disparó el consumo de bazuco, y las calles de San Antonio se convirtieron en territorio zombi.

En el Acuerdo número 5 de 1989 volvió a hablarse de renovación, pero esta vez le asignaron el uso de parque, y entre acuerdos, autorizaciones y compras pasaron varios años. En 1992 el municipio terminó de comprar los terrenos y se inició el tire y afloje para definir qué figura jurídica se debía utilizar para sacar los pliegos a licitación, pues tampoco había plata. Se resolvió entonces abrir una licitación donde se entregaban los terrenos y se pagaba cierta cantidad de dinero. Según declaró Gabriel

Arango, el diseñador de la obra, en una entrevista concedida en 1996, las únicas exigencias eran “diseñar un parque, utilizar el subsuelo con unos parqueaderos, algunos locales comerciales, que se conservara Amador como vía vehicular y que se conservara la iglesia y el convento. A partir de ahí, todo era libre”. De hecho, el diseño que ganó fue el que ofreció la mayor posibilidad comercial y la menor complicación en el mantenimiento, lo que incluía no hacer otro Parque Bolívar y mucho menos una especie de Central Park, porque en estos andurriales las zonas verdes y los árboles son sinónimos de inseguridad y guarida de malhechores.

De esta manera, lo que iba a ser parque se convirtió en un proyecto comercial a causa de una coyuntura política, dada la presión que sufría el municipio para cumplir con el compromiso de ejecutar una obra sin presupuesto.

Cuando la licitación se abrió, Almacenes Éxito ya había comenzado la construcción de su sede de San Antonio, y los diseñadores de la propuesta ganadora afirmaron sin titubeos: “nosotros queríamos que lo que se hiciera en el Parque de San Antonio empezara a integrar más las construcciones existentes en el lugar y formara una continuidad del tejido y del lenguaje que se estaba presentando, esa era la circunstancia, no nos interesaba diferenciarnos del Éxito, nos interesaba matizarnos con el Éxito”.

A decir de muchos, el Éxito ha contribuido a la “nueva cara” del sector, y además fomenta una actividad que por décadas ha sido sinónimo de diversión en Medellín: *juniniar*, *loliar*, o como quiera que se le diga ahora a esa costumbre de mirar vitrinas.

La tierra éramos nosotros

Una vez entregado el Parque San Antonio volvieron a circular los folletos que exaltaban la contribución de la obra a la seguridad, la integración urbana, el fomento del comercio, la recuperación del sector para el turismo y los encuentros en familia, y la subsecuente valorización de las propiedades.

Desde su apertura en 1994 los visitantes usan indistintamente las acepciones de parque y plaza, si bien algunos llaman Parque San Antonio a la plazoleta ubicada a las puertas del convento y de la iglesia, con su fuente, sus bancas, sus árboles y su aire pueblerino. La calle Amador separa ese pequeño parque de la plaza propiamente dicha, una explanada

donde se exhiben las cuatro esculturas de Fernando Botero, entre ellas las dos versiones de *Pájaro*, uno ileso y otro con las marcas de la metralla del bombarzo que el 10 de junio de 1995 segó la vida de veintitres personas, dejó heridas a 200 y le torció el destino a muchas más.

Parque o plaza, por un lado no hay zonas verdes y por el otro la explanada no se utiliza ni como foro ni como ágora, y la plaza del parque hace mucho no se llena. Sin embargo, se trata de un lugar agradable, cargado de historia a pesar de las múltiples intervenciones, con árboles y jardines y bancas que invitan al recogimiento y al descanso en medio de ese caos que es el Centro de Medellín. Pero en las noches, hoy como entonces, se queda sin un alma, por la sencilla razón de que, además de los vigilantes y los habitantes de calle, ya no vive nadie en ese inmenso cuadrante encerrado y aislado por vías rápidas como las avenidas San Juan, Oriental, Ferrocarril y Regional.

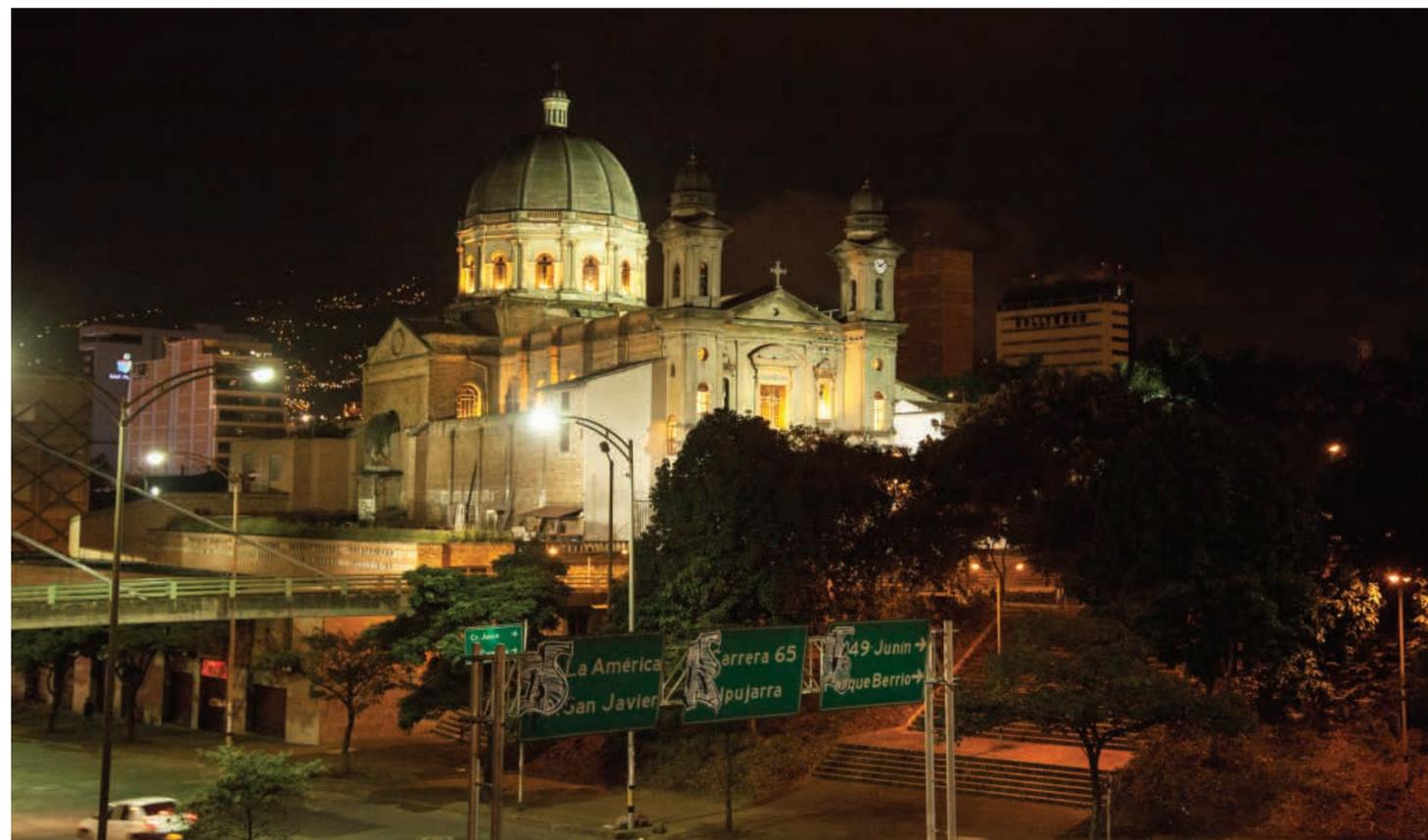
Vuelve y juega

La acelerada industrialización nunca se dio, y aún hoy, pese a los esfuerzos de las últimas administraciones y los nuevos planificadores urbanos por equilibrar las cargas, el centro histórico de Medellín sigue siendo un lugar casi exclusivamente diurno, dedicado al trabajo y el comercio, los trámites legales y, fundamentalmente, el tránsito. Como parte integral de ese centro, San Antonio obviamente conecta territorios y posee una fuerte carga simbólica, pero es, sobre todo, una ruta, un itinerario, un entramado de recorridos definidos por la movilidad.

De ese afán demoledor personificado en el Plan Piloto bajo la promesa de realizar obras monumentales, quedan ejemplos de lo que no se debería hacer, como la canalización de caños y quebradas, así como la del río Medellín para hacer de él un eje técnico, sin ningún arraigo ciudadano, sin ningún espacio para el peatón, imposible para los niños. Quedan la Avenida Oriental y la ampliación de San Juan, y la construcción de un complejo administrativo donde no vive nadie, cercado por vías que en lugar de comunicar impiden el ingreso y en las noches convierten el sector en espacio público en manos del vigilante de turno; y cuando no hay vigilante o policía, se vuelve reino del habitante de calle o lugar de trabajo de los infaltables maleantes, que nunca duermen.

Ojalá algún día el Parque San Antonio deje de ser lugar de paso y vuelva a ser posible vivir en sus alrededores. Ojalá que en el futuro no todo sea comercio, y nuestros jóvenes emprendedores trasciendan la simple compra venta para explorar la infinidad de posibilidades que ofrecen los servicios culturales, informativos, recreativos, deportivos, turísticos, gastronómicos, hoteleros y de rumba, para que este rincón de Medellín sea por fin un espacio libre para el disfrute. Ojalá sus sucesivas y bruscas transformaciones se queden en el pasado, y al fin superemos esa imagen que bien podría resumir la destrozada escultura de Botero, donde se refleja la historia del centro histórico de Medellín como en un espejo roto.

■





Iglesia de San Antonio de Padua

Necesito tu ofrenda para mis pobres.
Letrero en cofre

Construida entre 1874 y 1902. Inaugurada en 1904. Proclamada parroquia en 1961. Su cúpula, una de las más grandes de Suramérica, fue intervenida en 2005.

Solitarios

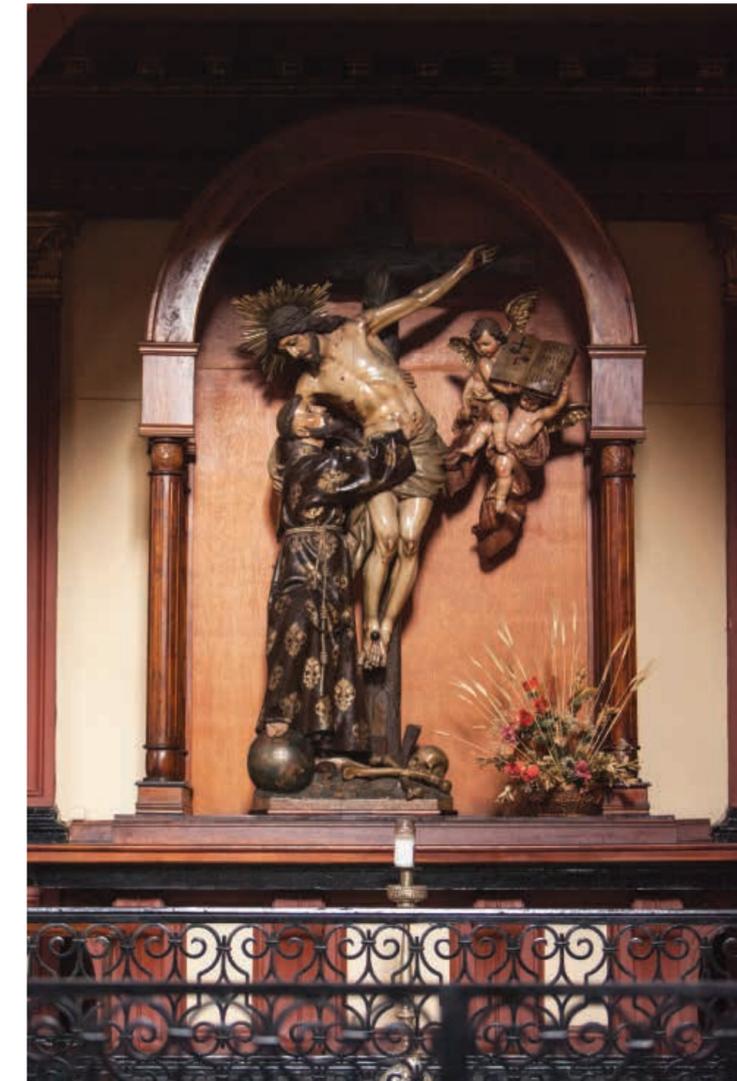
Ha pasado que el padre Luis Alberto Toro y su sacristán, ataviados como corresponde, estén listos para officiar misa en la iglesia con la cúpula más grande de Medellín, y se encuentren con que el templo goza de un silencio sepulcral y la asistencia de tres personas. Resignación. La eucaristía no se cancela; por más que retumbe su voz amplificada en los cuatro cantos del templo, el sacerdote da la misa casi personalizada, conversada. Eso sí, con un sermón breve.

Milagro sería que la iglesia de San Antonio estuviera llena. Los domingos, que es el día de mayor afluencia, apenas si alcanza los cuarenta feligreses en cada una de las seis misas que se celebran. Es la soledad de una parroquia que se quedó sin gentes. No es como antes, a principios del siglo XX, cuando en la carrera Palacé entre Maturín y San Juan había grandes mansiones en las que vivían familias prestantes, más casas que bodegas, locales comerciales y, lo que abunda hoy, parqueaderos.

Eran otros tiempos. Han pasado setenta años desde las palabras de Lisandro Ochoa en sus *Cosas viejas de La Villa de la Candelaria*: "Todavía se respira aire de paz y sencillez. Encontramos la misma callecita estrecha, las vetustas casas donde los buenos vecinos practican las cristianas y patriarcales costumbres de los abuelos".

Hambrientos

Los feligreses de la parroquia de San Antonio de Padua habitan en Niquitao, y son ciudadanos con necesidades materiales más urgentes que las espirituales. Otros que visitan el templo son los escasos paisanos que cruzan el puente peatonal de San Juan y no se dan la bendición desde afuera sino que se atreven a subir sus escalinatas para encomendarse al santo de su devoción. A San Antonio, santo de los milagros, santo de los pobres y de las cosas perdidas, santo de todo el mundo, el doctor evangélico. Santo que les hace el milagro a 150 madres cabeza de familia a las que cada quince días, en grupos de treinta o cuarenta, la parroquia les entrega un mercado. Un aliciente que sin embargo no parece servir para que ellas y sus vástagos frecuenten más la iglesia.



Trabajadores

En San Antonio de Padua offician seis sacerdotes, y ocho catequistas realizan una de las labores más importantes para esta parroquia: la de preparar a los niños que van a recibir el sacramento de la Primera Comunión en diciembre. Ese mes la iglesia se abarrotaba, pues los iniciados en este rito llegan al centenar cada año.

Pero trabajar, lo que se dice trabajar, lo hicieron los primeros franciscanos que llegaron a Medellín en 1874 y se dedicaron al pastoreo en las iglesias de San Antonio y San Benito. Entre ellos, el padre Benjamín Masciantonio, quien llegó para ayudar en la construcción de la Catedral de Villanueva pero acabó construyendo la iglesia de San Antonio.

El templo aún tiene como vecino el edificio en tapia que en la época de su construcción fuera un convento de religiosos franciscanos. Allí, cumpliéndose el dicho de que nadie sabe para quién trabaja, funcionó el noviciado y la casa de estudios abiertos por los franciscanos colombianos en 1899, pero en poco tiempo fueron sacados por los frailes españoles que mantuvieron el convento hasta 1956.

Hoy la iglesia de San Antonio tiene altares en madera, tres naves amplias y un órgano español. De las múltiples transformaciones que ha tenido, las más radicales en 1929 y 1945, sobresalen el desplazamiento del altar mayor hacia el fondo y la destrucción del púlpito en 1969.



› Patrono de la iglesia.



› Un mes tarda la aseo Piedad Cardona en lavar los pisos de la Iglesia. La labor, en la que gasta 36 esponjillas, un cepillo, tres kilos de detergente en polvo y cuatro litros de blanqueador, se ejecuta tres veces al año.

Melaza en flor

Por HERNANDO GONZÁLEZ

De dónde vienen

Los negros del Parque San Antonio llegan de varios lugares, pero la mayoría provienen de una esfera geográfica cercana: la subregión de Urabá y el departamento del Chocó.

Muchos negros de Apartadó y de Turbo, al igual que de Condoto e Itmina, migran a Medellín, los más en búsqueda de trabajo, un porcentaje menor tras la quimera de la educación.

También acuden allí negros nacidos y criados en Medellín, en barrios populares como Minuto de Dios, El Limonar, La Iguaná, donde los asentamientos de población negra han tenido raigambre. En Belén hay un barrio donde abunda la gente prieta, con un nombre aromático y musical que es a la vez todo un tratado de sociología: Zafra.

Vienen de más cerca, de los costados del Banco de la República y del Parque Berrío, punto de reunión de la negrimenta antes de que se construyera el Parque San Antonio. Algunos todavía se congregan allí. Entre estos dos corrales la exclusión abre caminos, vasos comunicantes. Sobre todo los sábados y los domingos se los ve transitar de un punto al otro, siempre en respuesta al instinto tribal donde están implícitos, por ejemplo, códigos tácitos de hermandad, autoprotección, defensa, combatividad, rebeldía. Lo advertí en el recelo inicial que evidenciaron cuando me acerqué a entrevistarlos.

Aunque en la reportería no encontré negros procedentes de otras regiones de Colombia, los entrevistados aseguran que el parque es visitado por gente de todas partes. Uno puede toparse con negros del Caribe y de las islas, lo mismo que con los de toda esa larga franja del Pacífico que sigue al Chocó. Sé que allí llegan negros de Cartagena y del Nordeste de Antioquia. Encontré un muchacho oriundo de Yalí que administra un restaurante especializado en gastronomía chocoana en los bajos del parque que dan a la calle Junín. Yalí, Yolombó, Vegachí: en todos esos puntos de Antioquia vive gente negra. Desde allí los trae la riada de la migración. Es más raro hallar en el parque a los que vienen de estos pueblos, pero se ven ocasionalmente.

Los distinguen los acentos, las fisonomías, las culturas, y en el parque se hace notoria esa exuberante diversidad dentro de la misma etnia. Negros gigantes, negros chaparritos, negros de rasgos finos, negros de facciones bastas. Sí, un afro de Apartadó no habla igual a uno de Quibdó.

También son distintos en espíritu, en catadura, en tonalidad. Miras a aquel y se te antoja isleño. Miras a este y te recuerda al samario. Reparas



en el de más allá y piensas en el currambero. Sin embargo, en esa rica pluralidad descubres un elemento unificador, una sola raíz: ¿El alma? ¿La tristeza? ¿La alegría? No, el corral. Y sientes que todo el tiempo ha sido lo mismo: el barco negrero, la navegación oprobiosa y el corral.

De las palabras de Abel Valoyes, propietario de un quiosco del costado occidental de la plazoleta, se desprende que los negros del parque se quejan de lo de siempre: racismo y discriminación, ese nudo corredizo que asfixia a las razas condenadas.

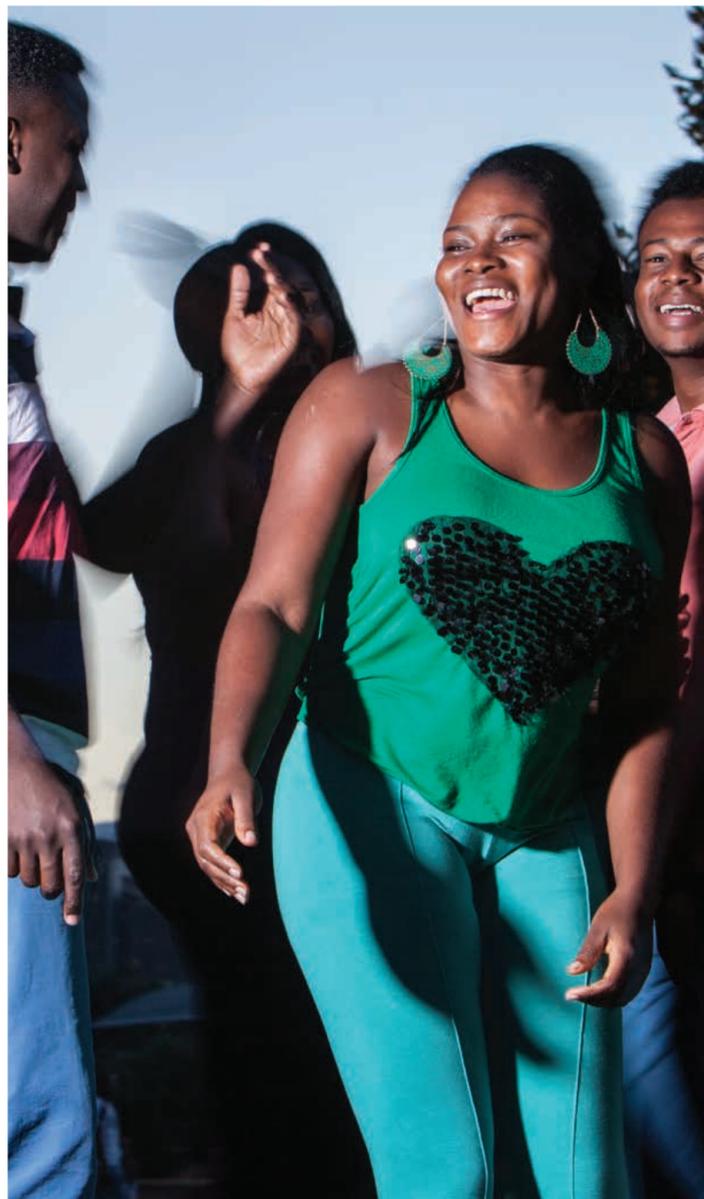
Este lunes en que converso con él, el parque no es el mismo de todos los días. No se escucha la habitual música vallenata y los locales de la explanada, a excepción de dos o tres, están cerrados, algo inusual. Sanidad los selló, argumentando que no cumplían las normas. En realidad, opina Abel, la orden provino de la policía, que, incapaz de frenar la inseguridad, actuando a troche y moche, decidió sellar los negocios y hacer que justos pagaran por pecadores.

Rituales

La cultura afrocolombiana se da cita en el Parque San Antonio en la búsqueda de la integración étnica, tratando de reunir los fragmentos dispersos del espejo trizado de la identidad.

Unos acuden a diario, pues tienen allí su lugar de trabajo. Otros van periódicamente, cada semana, cada mes, cada dos meses, estimulados





por la necesidad de verse con los paisanos y los amigos. Vienen de Enciso, Manrique, Buenos Aires, Belén, El Salvador, Aranjuez, Sucre, Castilla, El Limonar, La Iguaná, entre otros barrios.

El del encuentro es un ritual fuerte, un intento de aglutinar los elementos de la diáspora, el alma, la presencia, la voz hecha cascotes. El día, la hora, el clima, no importan. Un lunes a mediodía, con un resplandor de canícula, un afrodescendiente con fisonomía y expresión

facial que recuerdan a Gandhi baja de un bus de San Antonio de Prado, donde labora como docente de un colegio oficial. Ha estado uncido seis horas a la tarea de galeote de la enseñanza, y al llegar al parque, donde está el paradero de la flota de Prado, en vez de enrumbar hacia Enciso, donde vive, cruza la placita de los artesanos, bajo la sombra de las palmeras, hasta una cigarrería de los bajos. Allí se ha reunido un grupo de negros parleros, que mitigan el sopor vespertino bebiendo cerveza. El profe se les pega, conversa, bebe una "amarga". Son sus amigos, su raza, su "familia". Pasa un buen rato departiendo. Luego se marcha a su casa a descansar dos horas: le espera otro turno laboral en jornada nocturna.

Es la ceremonia de la reunión. Como al llamado de un tambor íntimo, en una pradera mítica, acuden, se agrupan: en una jardinera, en un quiosco, en una peluquería, en un restaurante, en plena acera, ante una chaza donde resalta la tela encendida de un aviso de venta de minutos, semejante a un pabellón del desconsuelo. La palabra, la anécdota, el testimonio, el cuento, el blablablá, constituyen el motivo, la esencia, el lazo.

Entre ellos hay maestros, abogados, albañiles, lustrabotas, comerciantes, vagos. Unos se ven solventes, otros con cara de penuria; unos se ven cultos, otros aplebeyados. El sentimiento de unidad amalgama las diferencias. Es lo que se siente al verlos charlar en una jardinera, adueñados de un sitio que nadie les escrituró. "Venimos al parque a recordar", dijo uno de ellos.

Así, pues, el del recuerdo es otro de sus rituales, quizás el más importante. Frente a este pasan a segundo plano el fútbol, la política, el trabajo, los negocios, temas habituales de sus conversaciones. En el rito de recordar se trenzan la tierra (quizás siempre lejana), los ancestros, los parientes, los amigos, los lugares, la comida, la música, la bebida, el baile. En el recuerdo viven, ensoñados, dando tumbos en una ciudad hostil.

Se quejan de que en el parque escasean los eventos, aunque a veces hay conciertos. Alegan que no existen actividades que convoquen a la familia. En ocasiones se reúnen y, fieles a la sazón de la tierra, hacen sancochos, comen, beben, bailan.

El baile

Viernes. Sobre Junín, en uno de los negocitos del parque, entre varios hombres que juegan cartas, está Jhoana. Es una negrona joven, rolliza, de voz jacarandosa. El computador del local suelta *Arroz con habichuela* de El Gran Combo, una jalea melodiosa que se derrama y se expande. La mujer está sentada entre los hombres, viéndolos jugar, hablando con ellos. En algo recuerda a un Buda cuyo éxtasis quisiera albergar a los presentes. En algo semeja a una bullerenguera de una aldea del Caribe que al atardecer, entre negros que aporrean tambores, baila y canta con sentimiento.

De pronto, Jhoana rompe en grandes voces, llamando la atención, y se levanta. Empieza a bailar, a contorsionar su cuerpo en ondulaciones

sensuales, mientras continúa con su insolente palabrería. Cómo se mueve. Pareciera que invitara al sexo, a la lujuria, a un abandono sin nombre. De esta forma baila todo el tema de El Gran Combo. Su actuación ha tenido un no sé qué raizal, hondo, inevitable, pero también algo grotesco, teatral.

Esto es solo una muestra de lo que pueden hacer los negros con sus cuerpos cuando bailan. En las discotecas que abundan en el parque se los ve bailar, además de salsa, vallenato, chirimía, champeta, reguetón, ritmos tradicionales. Uno siente que a través del baile, de ese desdoblamiento profundo, atisban algo, como Charlie Parker con su cinegética del saxo.

La mujer se sosiega. Ninguno de los hombres, dominados por las recias amarras del juego, le ha aceptado el desafío del baile. Unos policías motorizados dan una vuelta de rutina. Los jugadores no se inmutan. Un hombre habla por celular recostado en el gigantesco, decapitado y obeso Adán de bronce que guarda el costado sur de la plaza. La mujer sigue en vena jocunda, echa cuentos, se ríe. Los apostadores, sin desvirtuar la avidez monetaria que los ata al juego, responden con meritoria facundia a su interlocutora. Es una estudiante del Sena que acostumbra darse una pasada por el parque después de clases para reunirse con los amigos, botar corriente un rato, antes de tomar un bus y regresar a casa.

Los sabores

La comida es otro lugar de encuentro, otro ritual. En los restaurantes y negocios se constata cómo la gastronomía de la cultura afro se ha trasplantado al parque. Allí encuentran los pasteles, los tamales, el guarapo, la chicha, el pescado, los mariscos, el sancocho, el arroz. En la comida se refuerza la identidad.





Especializado en los sabores de la tierra, sobre todo en el pescado, uno de los restaurantes más frecuentados por los afrocolombianos está en los bajos que dan a Junín. De domingo a domingo confluye allí una gran clientela, la mayoría de raza negra. Lo administra un hombre de melaninoso pigmento y calmosa apariencia. Ofrece, entre otras especies de pescado, bagre, bocachico, bravo, dentón, trucha, tilapia, jurel, salmón.

El servicio tiene también su ritual. Primero te traen los cubiertos, luego un consomé con arepa y torrijas de limón. De beber, puedes elegir entre limonada y jugo de borjón. La bebida se sirve, por lo regular, antes del seco, que traen sin tardanza, consistente en arroz con coco (si lo prefieres blanco, no hay problema), ensalada, patacones y, naturalmente, el manjar favorito, servido entero o en una magnífica porción.

Desde el salón del comedor, a través de una puerta contigua a la caja, puede verse en la cocina el movimiento infatigable de las cocineras, que están atentas a los pedidos de las meseras.

Despedida

Me voy del parque luego de hacer la última entrevista: una muchacha que atiende una pesquera y asiste a una iglesia cristiana, cuyo cuerpo esbelto y rostro agraciado me recuerdan a Whitney Houston. Dejo atrás ese mundo heterogéneo, movido, en el que los negros conviven con gente “de todas las razas”, según dijo la joven al interrogarla sobre las personas que frecuentan el parque.

Entre mis últimas visiones registro la de un jayán que me recuerda al Atufal de Melville, trajinando en la cocina de un restaurante, entre las cocineras; y la de un trío de adultos, conformado por dos hombres y una mujer, ascendiendo a la explanada por las escaleras de Maturín. El color que Ismael Rivera llamó “melaza en flor” salpica el paisaje humano de esas calles.

Ya en Junín, frente al parque, entro a un local de pollo asado y me siento a comer un almuerzo ligero. Entra un hombre bajito, hosco, de camisa por fuera, con una tez indecisa entre la noche y el día, entre tierra y arena. Bajo su pretina advierto un abultamiento sospechoso. Me cabreo, porque me doy cuenta



de que me mira con hostilidad. Tiene cara de matón, de cuidandero de civil, de bestia cenagosa. El administrador del negocio lo saluda con obsequiosidad. El hombre se ha sentado a mi espalda, de manera que no puedo verlo, pero lo vigilo con el rabillo del ojo. Pide una pechuga deshuesada. Mientras se la sirven, conversa con el encargado. Le cuenta, con tono bravucón, que cogieron a un negro robando en el parque, y a continuación, mordiendo el odio, cuidándose de ser oído, dice: “soy racista, no me gustan los negros”.

Me inquieto. Hijos de siete leches hay por montones. Apuro mi comida, pago y salgo sin mirar atrás, donde siento una respiración de chacal infestándolo todo.

Desencantado, con coraje, me alejo de allí.

■



Coda

Morenas color

El sabor de la música del Atrato te envuelve al entrar a la barbería y sentarte en la silla giratoria. Una letra sensual, una orquesta con un sonido potente que se adueña del lugar, que eclipsa el ruido del televisor colgado en la pared, las voces de la gente y el resuello de la urbe.

La música a todo taco de inmediato te hace sentir en Turbo, donde son famosos esos tocadiscos colosales llamados picós, cuyo volumen alcanza para todo un barrio. Sin embargo, estás en una barbería.

Una tienda de peluquero ocupa un lado del local. Al joven que la administra poco parece importarle vender una peluca o un paquete de cabello sintético: del otro lado del mostrador, en un extremo desde el cual se ve el computador en el que pone la música, mueve el cuerpo en un raptó casi erótico y canturrea la canción. Se diría un fauno presto a atrapar cualquier doncella que se cruce en su camino. También hace de cajero de la barbería. Se distingue de los estilistas en que no viste la camisa y el pantalón azul claro que los uniforma, sino de paisano.

Entretanto, ante la apretada línea de sillas, los artistas de la tijera y la maquinita, jóvenes de osados cortes de cabello, lucen atareados. Botellas de cerveza a medio consumir o vacías se aprecian en los tocadores de varios de ellos.

Mientras el peluquero (un moreno longilíneo con un motilado al rape salpicado de rayitos naranjados) te abrocha la capa, echa mano de sus útiles y celebra la elección del DJ con un comentario elogioso, sientes un cosquilleo de aventura, la inmersión en un mundo exótico donde la raza negra y la marejada de la salsa parecen entrelazarse en una misma sustancia.

Uno de los peluqueros habla de comprar media de aguardiente, pero sus compañeros no le paran la caña. Quizás todavía es temprano. La dueña, una morena joven y robusta, celular en mano, vigila el negocio desde un sillón del fondo.

Sientes que retan a la sociedad con su bulla, con su garbo, con el atrevimiento de sus vestidos y sus peinados. Sientes que, de algún modo, aquello también es una coraza.

Una novena para San Antonio

Por ALFONSO BUITRAGO LONDOÑO

Habrà que seguir soñando el sueño entero. Que un día esta ciudad siembre su corazón en grama.

ALBERTO AGUIRRE

El Parque San Antonio es una inmensa factoría de oficios que funcionan con una extraña sincronía, veinticuatro horas al día, siete días a la semana. En un área de 33 mil metros cuadrados –más de tres veces el Parque Bolívar y casi cinco el Parque Berrío– sobreviven venteros de chicles, confites, tinto, agua, cigarrillos, periódicos, minutos a celular, papitas fritas, chorizos, frutas y verduras; y artesanos, vigilantes, aseadores, despachadores de buses, meseros, cocineros, comerciantes, peluqueros y fotógrafos.

En el parque, como en todo el Centro de Medellín, pasan el día y la noche personas procedentes de barrios populares que llegan a rebuscarse el sustento diario. Llegan en la madrugada, al amanecer, a media mañana, empezando la tarde, a mitad de la noche; se acomodan en un pedazo de acera, en una escalera, en una jardinera, en un local, y con sus cuerpos muelen el material del que está hecha la ciudad. San Antonio es una estación más del sistema masivo de la subsistencia callejera.

Uno de los fundadores de los oficios que dan vida al Parque San Antonio es una reliquia. Tiene la piel morena, 1,70 metros de estatura, sesenta años y una apacible cara de pensionado. Viste gorra, pantalón de dril y camisa, y del cuello le cuelga una vieja cámara Pentax que reposa sobre su barriga. La cámara no funciona, pero lo identifica. Sin ella cualquiera pensaría que es un desocupado. Desde hace diecinueve años, los mismos que tiene el parque, Emilio García toma fotos en San Antonio; lleva más de treinta en el oficio, y antes trabajó en Junín y en el Parque Bolívar. Se cambió de lugar y los tiempos le cambiaron.

–Aquí no hay otro fotógrafo que me supere en antigüedad. Yo les cuento historias de cuando fotocineábamos en Junín y se quedan asombrados –dice Emilio.

–¿Fotocinear?

–Empecé tomándole fotos sin permiso a la gente que caminaba por Junín, y les dábamos una tarjetica de Fotos Lujo y los que querían iban allá y compraban la foto. En un día tomaba diez rollos de ochenta fotos cada uno.

En el Parque Bolívar enamoró a su esposa. La vio por primera vez sentada en el caballo del Libertador. “Disculpe señorita, usted tan hermosa está como para tomarle una foto. Y si no piensa que la voy a envenenar, me gustaría invitarla a un fresco”, le dijo, y el veneno que le dio fue una unión de 34 años.

–Un día de los niños en el Parque Bolívar empezaba a tomar fotos a las 7:00 a.m. y me iba a las 9:00 p.m. Las colegialas me hacían fila. Cuando estábamos jóvenes también revistiábamos. Les decíamos a las muchachas bonitas que si querían que les tomáramos fotos para una revista y las llevábamos para una pieza. Allá nos posaban en





interiores y nosotros disparábamos la cámara con flash, pero sin rollo. ¡Después les decíamos que la revista había dañado las fotos!

Antes de que acabara el siglo Emilio tomaba entre 250 y 300 fotos en un fin de semana; hoy no llega a sesenta. La vieja cámara Pentax es el símbolo de un oficio que muere y subsiste a la vez, como el parque que nunca fue y es.

El teatro de la vida o un barco a la deriva

Le pido a Emilio que me guíe y le tome fotos a los lugares que más le llamen la atención.

—Empecemos con la media torta —dice.

En el extremo norte del parque hay un teatro al aire libre con capacidad para mil personas y una concha acústica de la que sobresale un mástil que sirve de pararrayos.

—A nosotros nos han tocado unas tempestades tremendas aquí, y los rayos caen en ese chuzo y se ve el chispero —dice Emilio.

En las noches los bajos del teatro se convierten en casa de habitantes de la calle, quienes representan, noche tras noche, la gran obra de la miseria humana. Son como los ciegos de Maeterlinck, seres aislados que

navegan en sueños en la oscuridad, a bordo de un parque que parece un trasatlántico a la deriva, con el mástil echando chispas sobre sus cabezas.

El telón de la función cae con los primeros rayos de sol, cuando los vigilantes pasan levantando a los naufragos. Detrás viene Nairo Cerquera, de 42 años, más conocido como ‘Tolima’, uno de los dos empleados de mantenimiento del parque, que ese día llegó temprano y le tocó lavar las áreas comunes. Viene del barrio Zamora, donde vive con su compañera y dos hijos.

Nairo baja las escalas de la media torta arrastrando la manguera con que todos los días él o su compañero les echan agua a los cuatro costados del parque, para tratar de disipar la orina que los actores nocturnos acumularon en los rincones. Para concluir la faena hacen falta dieciocho mil metros cúbicos de agua al mes.

Otro de los espectáculos que se presentan en la media torta son las reuniones del grupo Alfa y Omega de Alcohólicos Anónimos. Empiezan todos los días a las 10:00 a.m., y sus asistentes, dispuestos a confesar sus pecados y purgar sus penas, son tan fieles como los feligreses de la iglesia de San Antonio.

Cada mañana, grupos de cinco a diez personas se sientan sobre el escenario, de espaldas al parque, para leer en voz alta algún fragmento de *Los doce pasos* y contar sus experiencias con el alcohol. Uno de los integrantes es un vendedor ambulante que reparte tinto y recoge la colaboración voluntaria.

En las gradas no hay un alma, pero quien quiera puede unirse al grupo de manera gratuita, y por una hora tendrá a su disposición una bien orquestada tanda de monólogos. Es un carnaval sin antifaces en el que no importa la identidad de quien habla: la única condición es escuchar con respeto a cada compañero que se va poniendo de pie.

—Soy alcohólico y estoy sobrio —dice uno—. Llegué aquí mordiéndome y ahora me muerden y me muero de la risa. Me preguntan si me da miedo el infierno y les respondo que de allá vengo. Doy testimonio aquí y en cualquier parte del mundo. ¿Qué es Alcohólicos Anónimos? Creer que los muertos resucitan, los ciegos ven, lo sordos oyen y los cojos caminan.

Anticristos de la religión de la sobriedad

Cuando las palomas sienten el sonido de la muleta sobre los adoquines de la plaza central del parque, corren hacia Javier Gil, de 53 años, quien viene de su casa en El Salvador. Camina con una muleta porque se partió el fémur de la pierna izquierda en un accidente. Trabaja en El Hueco haciendo mandados, pero antes de empezar su jornada, entre 10:00 y 10:30 a.m., se sienta a la sombra de un árbol, a un lado de la media torta, a compartir su desayuno con las palomas y con Carlitos, un habitante de calle que lo busca cuando tiene hambre.

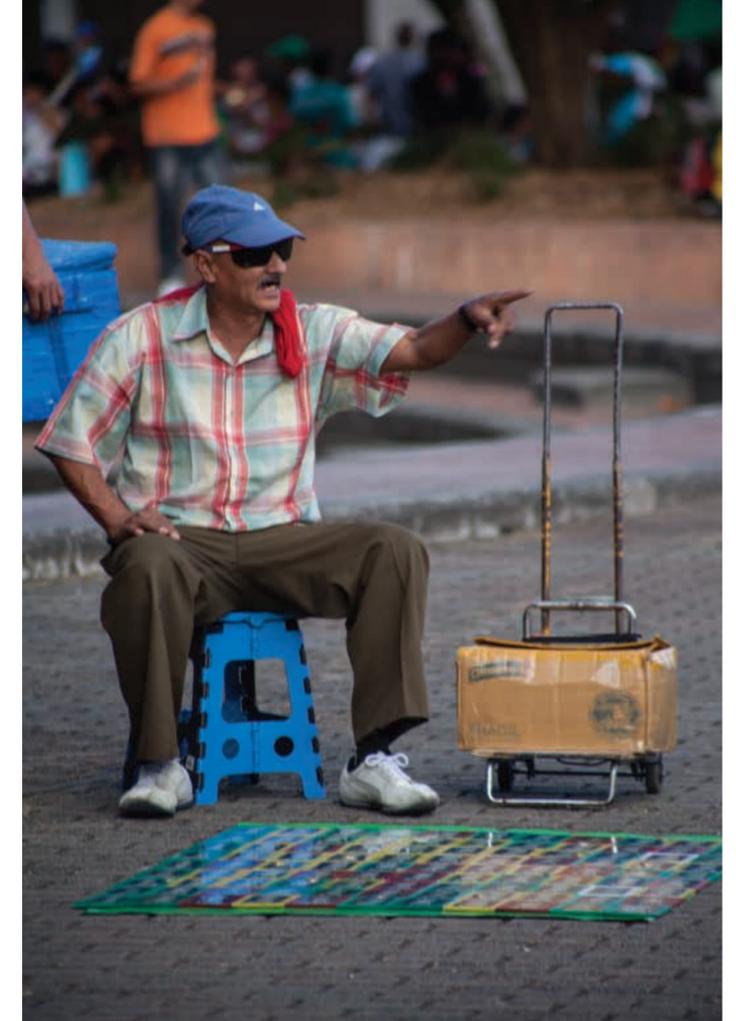
Se sienta y abre un maletín del que saca un radio, una botella de licor Norteño, una revista de Condorito y el recipiente con el desayuno que le empacó su madre: arroz, fríjoles, arepa, carne, una tajada de pan, galletas. Se toma un trago y empieza a migar las galletas. Las palomas esperan. Cuando tiene la mano llena lanza las migajas. Hay treinta palomas, ocho tórtolas, dos parejas de azulejos y una pareja de sirirís que picotean sin descanso. El movimiento de Javier se repite dos, tres veces. Mientras las palomas terminan, él se toma otro trago y abre la revista.

—No traigo libros porque me encarroto y se me pasa la hora para ir a trabajar —dice.

Cuando las aves terminan les lanza la “sobremesa”: cinco cucharadas de arroz. En lugar de Carlitos llegan Kojak y Fabio, dos alcohólicos veteranos que se encuentran por las mañanas para tomarse media de Norteño. Saludan y se sientan. Javier los conoce pero no comparte su licor con ellos.

—Aquí nos armamos la fiesta —dice Kojak.

—Esta es mi oficina —dice Fabio—. Yo soy administrador de empresas y trabajo con el celular haciendo asesorías. De aquí puedo ir fácilmente a La Alpujarra o a la Cámara de Comercio cuando tengo que hacer una diligencia.



A las 11:30 a.m. Javier vuelve a meter sus pertenencias en el maletín, se despide y continúa su camino, golpeando la muleta, hacia su trabajo. Fabio y Kojak se quedarán otro rato, hasta que se acabe la botella. En la media torta los monologuistas anónimos rezan la oración de despedida: “Yo soy responsable. Cuando cualquiera, dondequiera, extienda su mano en busca de ayuda, quiero que la mano de AA siempre esté allí”.

Un malecón sin mar

Aunque a veces parece un desierto, en las tardes a las aceras del parque les nacen ramificaciones de personas que hacen fila para tomar un bus, y en las esquinas brotan carretas repletas de aguacates, tomates, mandarinas.

—Para que quede bien bonita, la carreta se puede cargar con 350 kilos de aguacate, unas 600 unidades, o si uno le encartona los lados le puede echar 400 kilos de mandarina —dice Santiago, dieciocho años, vendedor



ambulante desde que tenía once. En tercero de bachillerato abandonó el estudio y se dedicó al rebusque.

–Vea pues esta foto –dice Emilio parado cerca de la esquina de Junín con Maturín–. Se ven las palmeras, el aviso del pasaje de los artesanos y la gente.

Entre esa esquina y la que sigue hacia el oriente se extiende un pasaje de unos cien metros en el que hay 52 puestos de artesanías, 65 palmeras y un rebaño móvil de vendedores de minutos a celular, chorizos, afiches, papas fritas, guarapo y tinto, tan difíciles de contar como las cabras. El pasaje es en realidad un espacio que corre paralelo a Maturín y a un edificio de dos plantas pensado como apoyo a una

posible extensión del Metro hacia el oriente. En el segundo piso, marcado por un letrero que dice “Son y Sabor”, funciona una discoteca de enamorados.

–Ese es el punto donde los costeños y los morenos hacen el encuentro del noviazgo –dice Emilio–. La mayoría son obreros de construcción y empleadas del servicio. Ahí se emborrachan y bailan, y al final de la noche el moreno le dice a la morena: “bueno mi amor, vamos a ver dónde amanecemos”. Ese es el programa de cada ocho días.

Así se conocieron Deudelina Villa, cartagenera, y Aristarco Rentería, chochoano. Ella trabaja en una casa de familia en Envigado y él en una obra de construcción. Los sábados, liberada de sus obligaciones, Deudelina se iba para San Antonio a encontrarse con una amiga. Les gustaba tomar cerveza en el local de Elkin Ortega, que se llama Hamburguesas San Antonio aunque hace tiempo no venda nada de comer.

–A los morenos solo les gusta el pescado –dice–. Y les encanta la cerveza.

Deudelina estaba sentada tomando cerveza cuando se acercó Aristarco y la invitó a bailar. Empezaron a conversar y quedaron de verse el sábado siguiente.

–Aquí se cuadran y se desbaratan matrimonios. Viene el que quiere conseguir novia y el que deja a la mujer en la casa para verse con otra.

Al año de estar saliendo se fueron a vivir juntos al barrio Las Independencias, y al siguiente Deudelina quedó embarazada. Hoy tienen un hijo de tres años. Aunque ya no van tanto como cuando eran novios, San Antonio sigue siendo el lugar donde sus paisanos y colegas se encuentran con los amigos. Una zona rosa para la gente negra, que se extiende hacia la mayoría de locales de la galería occidental y algunos de la oriental, y los fines de semana coloniza gran parte del pasaje.

–Este es el parrandadero de puros morenos de Chocó, Turbo y Buenaventura –dice Emilio.

Los sábados por la noche no hay por donde caminar. La comunidad negra convirtió ese espacio en un pedazo de su tierra. Atraídos por las palmeras y los locales comerciales, montaron negocios para comer, beber, bailar y cortarse el pelo. Y disfrutaban como en territorio liberado, como en un palenque en pleno Centro de Medellín.

Una puerta sin pedestal y un duende en un jardín

–Camine le tomamos a la puerta –dice Emilio.

En la esquina nororiental hay una escultura llamada *La puerta de San Antonio*, del artista Ronny Vayda, donada por la Cámara de Comercio en 1995.

–Antes estaba en el piso y no tenía protección y la gente se arrimaba a orinar. Eso oxidó la base y ladeó la escultura. Un día en un aguacero se cayó y tuvieron que amarrarla –dice Emilio.

Al frente de la puerta, hacia Junín, está el puesto de Luis Fernando Hoyos, uno de los artesanos del parque.

–Yo vivía preocupado porque pensaba que se me iba a caer encima. Le tuvieron que cortar la base y montarla en ese mármol –dice Luis Fernando.

–Ya la gente se mea y no la perjudica –dice Emilio.

–¿Se siguen meando? –le digo.

–¡Ave María por Dios! Usted cree que uno por aquí de noche con ganas... Lo saca el que sea –dice Emilio.

–Yo no entiendo cómo un artista instala una obra en esas condiciones –dice Luis Fernando, quien es maestro en Artes Plásticas de la Universidad Nacional.

Desde que estaba en el bachillerato se interesó por las artesanías. Tiene un puesto en Sanalejo hace treinta años y ha sufrido todos los desplazamientos que ha vivido su gremio. Estuvieron en La Playa hasta que llegaron los casinos y los sacaron. Los metieron al Pasaje La Bastilla pero allá no vendían y volvieron a la calle. Finalmente, hace ocho años, los dejaron ubicarse entre las palmeras de San Antonio, y fue como si hubieran atracado en puerto seco.

Ya con sus estudios universitarios se convirtió en “diseñador artesanal étnico”, y su puesto es taller y vitrina de bolsos y accesorios de cuero “personalizados” que vende a clientes en Quibdó, Montería y Miami.

–Estudié a los africanos, los materiales que utilizan, y trabajo con cueros de desgaste para hablar de lo étnico –dice Luis Fernando.

Hay días en que se le puede encontrar al amanecer. El sol atraviesa *La puerta de San Antonio* calentando el acero del que está hecha, pega contra el aluminio brillante de los módulos de los artesanos y acaricia las palmeras que apenas se despiertan. Luis Fernando abre su puesto y empieza a colgar del techo bolsos naranjados, verdes, rojos, cafés, negros; los va trenzando como una enredadera hasta cubrir el frente del negocio. Adentro queda espacio para un esmeril, una remachadora y una mesa donde corta y cose. Es calvo y flaco, y a través de ese entramado de bolsos parece un duende encerrado en un jardín de cuero.

Dos pájaros trágicos

Le pregunto a Emilio con cuál fotografía seguimos y señala dos de las cuatro esculturas de Fernando Botero que hay en la plaza central. Son los famosos “pájaros”.

–Esto es histórico por la bomba que hubo. Le puedo coger el pájaro bueno y el pájaro malo –dice Emilio.

Pone la cámara digital enfrente y mete los pájaros en el encuadre. En el pedestal del pájaro malo hay una placa conmemorativa con los nombres de las veintitrés personas que murieron ese 10 de junio de 1995. Algunos están borrosos, pero el recuerdo permanece nítido en la mente de Emilio y los sobrevivientes; además, está grabado en el metal retorcido del pájaro malo, que fue dejado en el mismo lugar por petición de Fernando Botero. Casi cinco años después, en enero de 2000, el artista instaló un

nuevo pájaro al lado del destruido, “como símbolo de una ciudad que no se quiere dejar intimidar”, según dijo la prensa de esos días.

–Cuando uno no se va a morir... Yo estaba orinando en un bar –dice Emilio.

En el extremo oriental, a ambos lados del *Pájaro*, había un bazar de artesanos. Una de ellos era Myriam Mora, de sesenta años y media vida como artesana.

–Ese día llegué tarde –dice Myriam–. Había llovido. Mis hijas llegaron temprano y pusieron el tendido a un lado del pájaro, pero unos policías les ayudaron a mover la mercancía hacia unas carpas que había a unos veinte metros para que no se mojara. Me senté con ellas. Chema y Norbey, otros artesanos, se rieron de mí toda la noche porque se habían quedado con el lugar al lado del pájaro. Antes de irnos caminé hacia la tarima para buscar a una de mis hijas y dos nietas que se habían perdido. Vi que mi hija menor estaba bajando a la nieta mayor del pájaro. De pronto vi una bola de humo gigante y una onda me levantó y me tiró al suelo. Me cayeron esquirlas en la cabeza y cuando me fui a parar no pude porque tenía una pierna fracturada. Miré para donde estaba el tendido y vi una mano desprendida del cuerpo, y a una morena que estaba vendiendo chuzos y a su hijito tirados en el piso, muertos. Chema y Norbey también murieron. Mis hijas, mis nietas y mi yerno quedaron heridos. Se salvaron porque la onda cogió hacia la tarima y el centro de la plaza.

–Salí a la carrera del bar y cuando llegué vi una llamarada –dice Emilio–. Había gente herida y me tocó ver a una señora embarazada a la que se le salió el bebé de la barriga. Ni la policía, ni la defensa civil, ni los bomberos daban abasto.

Un rostro desconocido

A través de su cámara Emilio es capaz de ver más allá de lo evidente. En el costado sur de la plaza está el *Torso masculino*, otra de las obras de Botero, que no necesita cabeza ni brazos ni piernas para ser testigo del espectáculo cotidiano del parque.

–Mire el torso, ¿qué figura alcanza a ver? –dice Emilio.

–¿Dónde?

–¿Le ve la cara?

–¿Cara? Pero si no tiene cabeza...

–Mire bien.

–Ah, sí señor, tiene una cara.

–Los ojos son las tetas, las costillas son los cachetes, y abajo la nariz y la boca. Es como el vigilante que mira el parque, pero nadie le ha visto la cara.

El torso tiene una hoja que le cubre el sexo. Las personas que van a tomarse fotos en él alzan el brazo y se agarran del tallo de la hoja, como si quisieran desnudar por completo a ese Adán de rostro escondido.



Unas curvas cómplices y un cartomancista

–Vamos a tomarle a la Venus –dice Emilio.

La *Venus durmiente*, la última de las esculturas de Botero, ubicada en el costado occidental, sirve para entretener deseos y ocultar delitos.

–¿Usted me había dicho que esas curvas eran como las montañas de Medellín?

–No, qué montañas ni qué nada. Eso es una gorda acostada.

–Ah, entonces creo que se lo oí a un arquitecto.

–Aquí les da por tomarse fotos sentados en ella o acostados entre las piernas. Le cogen los senos y le dan picos en la trompa.

Emilio saca unas fotografías impresas que tiene en el maletín. Hay muchas de mujeres negras posando bajo los árboles del parque.

–De esto vivo yo, de las empleadas del servicio que vienen a tomarse fotos.

Se detiene en una de la *Venus* con dos jóvenes parados encima de ella.

–Vea, esta se la puedo regalar –dice.

–¿Y si vienen a reclamarla?

–No hay problema, eran dos ladroncitos del parque que ya mataron.

Ahí detrás de la escultura despelucaban al que les daba la gana. No los veían del CAI ni quedaban grabados en las cámaras de seguridad.

En ese lugar, al caer la tarde, se puede encontrar a un hombre capaz de leer el porvenir. Se llama Francisco Rodríguez, más conocido como ‘El Guajiro’, de 78 años, quien vino por primera vez a Medellín en 1950. Fue marinero y conoció los puertos de medio mundo, y desde que tenía siete años aprendió de sus ancestros a leer las cartas.

–¿Usted sería capaz de leerle las cartas al parque? –le digo.

–Tendría que ser un profeta y yo soy cartomancista. Si quiere se las leo a usted. Las cartas son para las personas.

El Guajiro se ve triste. Lleva chaqueta y una boina. Saca una baraja española de un maletín de plástico, revuelve y me pide que parta. Pone una carta al lado de la otra hasta completar un par de hileras. Me habla de lo bien que me va a ir, de dinero, de una casa, de matrimonio. Entre augurio y augurio le pregunto por su vida. El día anterior habría cumplido años su esposa, si estuviera viva. Murió hace seis meses.

–Estuve bien todo el día, pero me dio nostalgia –dice.

Vive en la habitación de un inquilinato en Niquitao, a pocas cuadras de San Antonio. Cuando no está en el parque atiende a algún cliente en su habitación o en La Alpujarra, donde a veces lo contratan funcionarios. Cobra cinco mil pesos por la leída.

–Anote estos números. Mejor preste la libreta que cuando yo los copio sale mejor –dice, y escribe un tres, un dos, un cuatro y un siete, y debajo un seis, un dos, un cuatro y un cinco.

–Juéguelos hoy mismo.

Le agradezco y le doy veinte mil pesos.

–Vea, usted me cayó bien –dice, y saca del maletín una botella plástica con un líquido rosado y espeso que parece champú. La destapa.

–Huélalo. Es esencia de rosas y cuanta hierba se pueda imaginar. Te untas un poco detrás de las orejas y nadie va a hablar mal de ti. Si es para el amor, te lo untas en el pecho. Te lo regalo.

Dice que tiene que ir a recoger una ropa que dejó lavando, se despide y camina lento hacia Junín.

El parque del amor o el nombre de la rosa

En San Antonio, como en el resto de la ciudad, el norte es humilde, informal y arrebatado; en cambio, el extremo sur, separado de la plaza central por la calle Amador, donde quedan la Iglesia, la Alianza Francesa, la Empresa de Desarrollo Urbano (EDU) y un CAI de la Policía, es blanco, institucional y recatado.

–Si quiere vamos a la iglesia y tomamos una desde allá y usted cuenta la historia del parque del amor.

Pasar Amador es como cruzar el charco sin necesidad de visa, como encontrarse de repente en un parqucito de una ciudad europea, muy enjardinado, bien barrido y custodiado por vigilantes jalados por perros. A los visitantes, como a los inmigrantes, se les permite quedarse si se saben comportar.

En la Alianza, una noche cualquiera, se puede asistir a una exposición de arte y degustar una copa de vino gratis. La sala de exposiciones está al lado de una mediateca que podría ser la de cualquier biblioteca parisina. En el primer piso hay una librería con libros en varios idiomas.

–Antes el parque no tenía las jardineras, era manguita nada más –dice Emilio–. Si usted venía un sábado o un domingo por la noche veía parejitas haciendo el amor. Ahora se jodieron porque les pusieron celador con perro.

Afuera de la Alianza hay un restaurante con terraza en el que un café y un *croissant* parecen tasados en euros. Cuestan media jornada de cualquier ventero ambulante del norte. Blanca Cano, profesora de francés desde hace dieciocho años, solía ir allí con sus amigos a tomar café. No olvida una vez que se quedó contemplando a un monje franciscano que iba camino de la iglesia. Le pareció de otra época.

El lugar donde van a morir los gallinazos

La iglesia y el convento están rodeados de locales comerciales y oficinas de la EDU. Desde la plaza solo es posible ver la cúpula y los dos campanarios, que parecen flotar sobre las copas de los árboles.

En el convento viven seis monjes franciscanos que se levantan todos los días a las 5:00 a.m. para rezar en comunidad, y a las 7:00 p.m. se retiran a sus habitaciones después de haber atendido el despacho parroquial y las eucaristías. Todos los días reciben a decenas de personas que buscan la intercesión de San Antonio, el santo de los novios y las cosas perdidas, y les piden ayuda para un mercado, conseguir trabajo, viajar al pueblo de donde vinieron desplazados.

Piedad Cardona es una de las encargadas de hacerle aseo a la iglesia. La recorre con una trapeadora y una espátula para quitar los chicles que los fieles tiran y quedan pegados a las baldosas. Ha oído voces y visto sombras, pero se encomienda a Dios y sigue su trabajo. A veces le parece que vienen del osario, ubicado debajo del altar.

–Hay gente que no es capaz de entrar –dice.

Piedad enciende las luces y al descender las escaleras se siente frío y olor a humedad. Los muros son altos, de más de cinco metros, y los pasadizos estrechos. Las lámparas de neón titilan y proyectan sombras sobre las lápidas. Hay urnas abiertas y cofres sin tapa, y da la impresión de ver manitos pedigüeñas.

Por estos días en San Antonio escasean los entierros pero abundan los bautizos.

–Les tomo fotos a los niños que van a bautizar antes de entrar a la iglesia y salgo corriendo a imprimirlas. Cuando salen se las ofrezco a los padrinos –dice Emilio parado en el atrio.

Todos los sábados, a las 8:30 a.m., grupos de veinte a cuarenta niños son proclamados católicos en la pila bautismal. Muchos de ellos son hijos de quienes se rebuscan la vida en el parque. En el atrio hay niños vestidos de marineritos y niñas con guantes y vestidos de encaje. Los padres y padrinos lucen sus mejores trajes: camisas de cuadros y pantalones los hombres, vestidos con accesorios brillantes o pantalones estrechos y blusas escotadas las mujeres.

Alrededor de las copas de los árboles vuela un gallinazo que pasa por encima del atrio. De pronto se oye un golpe contra un poste. El animal cae junto a las escaleras que dan a la Avenida San Juan. Un joven amanecido, quizás drogado, lo recoge y sube con él entre los brazos.



–Es mío, es mío –grita dando vueltas por las jardineras con cara de desquiciado. Camina con el pájaro muerto hacia la plaza y se pierde por un rato. En la iglesia se oye el coro de llantos de los niños que pasan por la pila. A la fe llegan entre gritos. El joven regresa con las manos vacías, manoteando.

–Ahora son niños bendecidos, limpios de pecado, nuevos para el mundo –dice el sacerdote al final de la ceremonia. Afuera, un vigilante con su perro obliga al joven a irse del parque.

■

Un pájaro que aún estalla

Por JUAN MIGUEL VILLEGAS



Aquella noche, mientras flotaba de repente por el aire, Myriam Mora alcanzó a ver a Samir suspendido también en el vacío. Recuerda que lo vio a él –su yerno, esposo de Lina y padre de Melisa–, y junto a él a muchos más, gravitando fugazmente y en desorden, varios metros por encima del piso de adoquines. Pero un par de segundos después –o tal vez menos– la fuerza de gravedad los jaló de nuevo contra la tierra, y entonces la vida nunca más volvió a ser igual.

Eran las 9:20 p.m. del sábado 10 de junio de 1995, y lo que acababa de alzarlos era la onda ocasionada por la explosión de una bomba de más de diez kilos de dinamita, instalada detrás de las patas de un pájaro de bronce de casi dos toneladas que hasta ese momento descansaba sobre un pedestal, en el costado oriental del Parque San Antonio.

A esa hora, por lo menos 300 personas se concentraban en la parte sur del gran rectángulo que forma el parque, atraídas por una fiesta gratuita con grupos musicales y animador en tarima. Pero había, además, vendedores ambulantes, cocineras detrás de los puestos de comida y una feria de artesanos, ubicados en hilera con sus “catres” y mesitas sobre la franja oriental. Entre ellos, Myriam y cinco miembros de su familia.

Algunos de los presentes dicen que alcanzaron a escuchar la explosión. Luego, silencio. Y un par de segundos después –o tal vez menos– fueron arrollados por la fuerza de la explosión o bañados por el aguacero de esquirlas que sobrevino. “Yo pensé que había sido un ‘corto’, pero cuando vi esa bola de humo me di cuenta de que era una bomba. Salí corriendo a tirar a mis hijas al suelo pero no alcancé, quedé en la mitad, y ahí fue donde me alzó”, cuenta Myriam dieciocho años después, rodeada de correas, billeteras y artesanías por los cuatro costados en su pequeño local, el número 31, en la acera norte del parque.

Pero para quienes en aquel momento estaban demasiado cerca del *Pájaro*, el estallido y el golpe del bombazo fueron la misma cosa... La última cosa. Al detonar, la carga destruyó las patas, el lomo y la cola del ave de metal. Ese choque desvió la onda, que en lugar de expandirse en forma concéntrica salió disparada sobre la franja oriental del parque, con dirección norte, arrasando con venteros, artesanos y transeúntes.

Los Cariñosos del Vallenato –a esa hora en la tarima, al sur– se silenciaron de golpe. Y en reemplazo de los acordeones y el canto, del baile y los tarareos, de las conversaciones y las risas, llegaron los gritos y el llanto. El humo y el olor a pólvora. Las carreras. El caos.

De las veintitrés personas que perdieron la vida en el atentado (veinticuatro, sumando un bebé que iba a nacer en unos meses), la mayoría estaban en la franja nororiental barrida por el estallido. Las demás víctimas mortales no sobrevivieron al golpe de los fragmentos de metal que lograron alcanzarlos. “Era como si estuviera lloviendo plomo”, contó por esos días Angélica Yepes, cuyo esposo, un artesano bumangués de veintiocho años, murió al ser alcanzado por un proyectil. “Yo desde hacía rato le estaba diciendo: ‘mijo, no trabaje más, ya está bueno. Mire que el nene tiene mucho sueño. Recoja todo y vámonos’. Pero él no me hacía caso: ‘mija, es que apenas tengo cuatro mil pesos y eso no nos alcanza ni para comer mañana’”. Minutos después vino el estruendo. “Arturo nos quiso proteger al niño y a mí y por eso se puso delante de nosotros”.

Primero en carros, taxis y motocicletas, y poco después en ambulancias y vehículos de rescate, los heridos comenzaron a inundar las salas de emergencia de las clínicas Soma y Medellín, el Hospital General y la Policlínica Municipal, las más cercanas. Los reportes de la época hablan de 200 personas lesionadas. Algunos no llegaron con vida al hospital y otros murieron en las salas de urgencias. El saldo fatal: dieciséis adultos y siete menores de edad. (Ocho, contando al bebé en camino).





El mediodía anterior el principal capo del Cartel de Cali, Gilberto Rodríguez Orejuela, había sido sorprendido por el Bloque de Búsqueda de la Policía y el Ejército, agazapado en el fondo de un pequeño clóset. Por esos días, en prensa, radio y televisión, el gobierno de Ernesto Samper ofrecía pagos de hasta mil 500 millones de pesos a quienes entregaran información que permitiera la captura de los peces más gordos del narcotráfico. La estrategia demostraba entonces sus efectos. El golpe fue calificado por el presidente como “una gran victoria de la nación colombiana” y como “el principio del fin” de la organización vallecaucana.

Al estallar la bomba el país lo asumió como una retaliación por la captura del narco. Un mensaje con destinatario específico, además, pues el ministro de defensa de esa época era Fernando Botero Zea, hijo del pintor y escultor antioqueño Fernando Botero, autor del *Pájaro*.

A través de una llamada telefónica a la cadena RCN, una tal “gente del Valle” se atribuyó el hecho y rechazó la captura: “¿Luego quién ha condenado al señor Gilberto Rodríguez?”, vociferaba un hombre. “Dígale al ministro Botero que queremos verlo esta noche en la televisión, junto a los de la Policía, igual de efusivo a como estuvo el viernes. ¡Que aplauda, que dé treinta aplausos por los treinta muertos de Medellín!”.

Fernando Botero padre se enteró de la noticia en Francia, mientras cenaba en un restaurante de carretera. Y aunque su primera reacción fue prometer que enviaría una nueva escultura para reponer la que había sido destruida, un comunicado de prensa le hizo cambiar de opinión.

El *Noticiero TV Hoy* difundió un mensaje firmado por la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar –que reunía a las Farc, el ELN, el EPL, el M-19 y el Quintín Lame– en el que lamentaban las consecuencias de la acción terrorista, y aseguraban que había sido ejecutada por una de las “Milicias Bolivarianas de las FARC-EP”. El texto sostenía que el atentado había sido dirigido “únicamente contra el monumento del *Pájaro*, como representación de la exageración opresora y burguesa”, porque, según ellos, los más de 800 mil dólares que costó la obra “se pagaron con el producto de la explotación del obrero antioqueño”.

Botero respondió con otro comunicado en el que afirmaba sentir una “ira profunda” por el hecho de que se hablara de él como si fuera un “opresor de los obreros en Colombia”. Aclaró que de todas las obras suyas que había en el país (entre ellas la llamada “Gorda” del Parque Berrío y las otras dos esculturas del Parque San Antonio –*Venus durmiente* y *Torso masculino*–) solo una le había sido comprada: el *Pájaro*. Las demás habían sido donaciones. “Ahora quiero que esa escultura quede ahí como recuerdo de la imbecilidad y de la criminalidad de Colombia”, escribió. “Ese crimen no fue contra la escultura, si era contra la escultura lo hubieran podido hacer a las tres de la mañana. Eso no tiene perdón”.



Al estrellarse contra el piso después del sacudón, Myriam perdió el conocimiento. Despertó seis días después, con lesiones en el cuello y el tórax, esquilas en el cráneo, la espalda y las extremidades, y varias costuras dispersas. Además, una pierna malherida que en principio no pudo ser enyesada, debido a los fragmentos de metal que se incrustaron en ella. Es una mujer de baja estatura, cabello rizado y corto, y lo cuenta todo con una voz despierta y enfática: “el yerno mío estuvo nueve meses en el Seguro Social. Mi nietecita Melisa estuvo cinco meses en el Hospital Infantil. Y a mi hija Astrid las heridas le tumbaron cuatro dientes con todo y hueso y le hicieron un hueco en el paladar”.



El lunes siguiente al atentado, los restos del *Pájaro* fueron cubiertos de claveles rojos por familiares y dolientes.

Y el jueves 22 de junio, doce días después de la tragedia, unas dos mil personas se congregaron en el Parque San Antonio en “Un abrazo por la vida”: un acto de homenaje a las víctimas en el que la Banda Sinfónica de la Universidad de Antioquia ofreció un concierto, hubo lectura de poemas y una representación teatral. Además, los asistentes firmaron una carta dirigida a Botero en la que se le pedía reponer la obra destruida, pues lo que antes había sido un símbolo de paz, la “brutalidad” lo había “transformado en alegoría de terror y de barbarie”.

Esta petición se hizo realidad cuatro años y medio más tarde, cuando un miércoles de enero del año 2000, en el mismo lugar del atentado, Fernando Botero le entregó al alcalde Juan Gómez Martínez una nueva escultura, idéntica a la anterior, fundida en bronce en sus talleres de Pietrasanta. En la ceremonia, el artista anunció que la recién llegada se llamaría la *Paloma de la paz*, en contraste con el *Pájaro herido*, como se llamó desde entonces la escultura destrozada. Una y otra quedaron

distanciadas solo por algunos metros, sobre pedestales iguales. De este modo, dijo el artista, ambas representarían “un monumento a la violencia y la paz”.



Tuvieron que pasar más de cuatro años para que Myriam fuera capaz de acercarse de nuevo al lugar de la tragedia. Y cuando lo hizo, no fue por voluntad suya. “Tienen que llevarla, porque si no se les enloquece”, les había dicho la psicóloga a sus familiares, alarmados por su constante llanto. Su tía Margarita logró entonces convencerla de asistir a una misa en la iglesia del Parque San Antonio. Myriam, sin embargo, exigió que llegaran por la carrera Junín para así evitar la escultura destruida, visible al ingresar por otras de las calles que rodean el parque. Después de la ceremonia las esperaba afuera un grupo de amigas confabuladas, que consiguieron distraerla, y a pasos cortos, entre la gente y en medio de la conversación, la fueron arrastrando hacia el parque... hasta que de un momento a otro se vio frente a aquel *Pájaro* de más de dos metros de altura, deforme y roto, arriba de su pedestal. “Me asusté y traté de salir corriendo pero no me dejaron. Lloré mucho... El resto del día lloré, como reviviendo todo lo que había pasado”, dice, y asegura que fue una terapia necesaria.

Y no fue la única vez. Una noche de marzo de 2009, al aceptar una invitación para visitar de nuevo los pájaros, se encontró con siete hileras de veladoras encendidas, dispuestas en orden frente a las esculturas, y junto a cada veladora, un par de zapatos usados. No le tuvieron que explicar nada para entender que ahí, ante ella, estaban todas las personas que murieron en el 95. No se pudo contener. Esa era una herida abierta para su familia. Y dos amigos muy cercanos, artesanos también, estaban ahí, ausentes, entre la luz de las velas.

Esa efímera instalación se realizó la víspera de la primera y única vez que los dos pájaros han abandonado su lugar. Al día siguiente, el viernes 13 de marzo, las dos esculturas –que sumaban casi cuatro toneladas– fueron levantadas con grúas y llevadas en camiones hasta el centro de convenciones Plaza Mayor, donde se celebraría días después la Asamblea del Banco Interamericano de Desarrollo (BID). Allí, entre otras cosas, se preparó una exposición que repasaba las últimas décadas de la historia local. En el recorrido, que relataba la evolución de la ciudad con pantallas digitales, proyecciones en video y fotografías, el *Pájaro herido* estaba al comienzo y la *Paloma de la paz* al final.

Durante el mes y medio que las mellizas estuvieron lejos de su hábitat, la prensa escribió que al Parque San



Hasta hoy no hay un solo condenado por el atentado del Parque San Antonio, a pesar de que desde la noche misma de la tragedia hubo capturas. Diez minutos antes de la detonación, muy cerca del parque, fue detenido un adolescente que llevaba una mochila con dos frascos de café llenos pólvora. Mientras lo interrogaban en la estación Candelaria de la Policía Metropolitana, a dos cuadras de ahí, se escuchó el trueno. Demasiado tarde. Sin embargo, esa captura condujo a la de otros cinco sospechosos de haber participado como autores materiales, pero casi todos fueron dejados en libertad con el paso de los días por “falta de méritos para mantenerlos retenidos”.

Inicialmente, el comandante de la Policía Nacional Rosso José Serrano señaló al narcotraficante valluno Henry Loaiza, ‘El Alacrán’, como financiador del atentado, pero este se entregó días después con el único objetivo –según dijo– de “explicar a las autoridades que no tenía relación alguna con el atentado”. Y aunque los indicios estaban respaldados en pruebas técnicas y las acusaciones públicas de Serrano fueron categóricas, hoy Loaiza solo purga dos condenas de veinte y treinta años por la masacre de Trujillo, Valle, en 1990.

Por otra parte, casi todas la pistas recogidas por la Policía (grabaciones de voz, análisis de comunicados, *modus operandi*...) apuntarían a que la autoría intelectual del crimen fue del movimiento Jorge Eliécer Gaitán (Jega), que más tarde adoptó el nombre de Dignidad por Colombia.

Se trataba de un ala disidente y radical del EPL, que entabló relaciones en distintas épocas con otros grupos guerrilleros, narcos, paramilitares y milicias urbanas. La organización era liderada por Hugo Antonio Toro Restrepo, quien se hacía llamar ‘Aureliano’ y más adelante ‘Bochica’, y se atribuyó, con tono y discursos similares, la autoría por la muerte del ex candidato presidencial Álvaro Gómez Hurtado, el secuestro del hermano del ex presidente César Gaviria Trujillo y –después de un supuesto incumplimiento de pactos por parte de la mafia– los atentados contra miembros de la familia Rodríguez Orejuela, entre otros hechos violentos. Según testimonios de allegados, ‘Bochica’ murió en marzo de 1999, rumbo a San Vicente del Caguán, prófugo de la justicia.

Pero solo hay eso, al fin y al cabo: sospechas, pistas, indicios y atribuciones no confirmadas...



Al yerno de Myriam los golpes recibidos le deformaron los dedos de una mano, que ahora permanecen contraídos. Por esa razón perdió su empleo en una fábrica de artículos de cuero, y hoy, separado de su mujer, sobrevive con trabajos informales. Astrid, la hija menor, cada vez que come algo siente “como si tuviera astillas clavadas en las encías”, y maldice la prótesis que se ve obligada a usar, ante la falta de dinero y apoyo para una reconstrucción ósea y dental. Melisa, su nieta, que tenía tres meses cuando fue arrollada por la bomba, ahora esconde, tras un mechón de cabello, una gran cicatriz en su mejilla derecha. Nunca usa faldas ni jeans ajustados, para disimular las heridas en uno de sus muslos –tan profundas que parte de la piel recubre el fémur–, que a pesar de las promesas no le ha sido reconstruido con cirugía estética. Suele asfixiarse, y su voz es casi un susurro.

La familia recibió atención médica y psicológica los primeros años. Pero Myriam, que desde entonces carga un inhalador en el bolso, dice: “¡Nosotros sufrimos... lo que no está escrito! Yo vivo adolorida todo el día. Porque como me dijo el médico: ‘a usted le pasó como cuando un chifonier se cae desde un segundo piso: se quiebra y lo reparan, pero no queda igual’. Así estamos, bien llevados, todos remendados”.



Algunas familias de las víctimas fatales han entablado demandas contra el Estado para exigir reparación, pero los resultados han sido irregulares. Entre 2012 y 2013, el Consejo de Estado falló en dos procesos similares con sentencias opuestas. En el primero ordenó a la Policía Nacional indemnizar a dos grupos familiares, argumentando que “el hecho de que el explosivo hubiera sido instalado justo al lado de la escultura [...] demuestra que el registro de la plaza y el control sobre las personas que ingresaron a la misma fue deficiente”. En el otro, sin embargo, negó la

reparación a una viuda afirmando que la Policía “cumplió de manera razonable la obligación de protección y seguridad que tenía respecto de la ciudadanía que asistió al evento cultural”.

“Yo creo que nosotros sí nos merecemos una indemnización... ¿Pero uno a dónde va? Yo quisiera saber dónde le colaboran a uno con eso”, dice Myriam. “Nosotros no pusimos demanda porque todos los abogados nos pedían plata, y nosotros de dónde, si ni pa un pasaje teníamos”, explica, y saca de un rincón de su local una foto de Melisa aún bebé, rechoncha y sonrosada, un par de días antes de la bomba. “La única que nos habría quedado de ella donde hubiera muerto”.

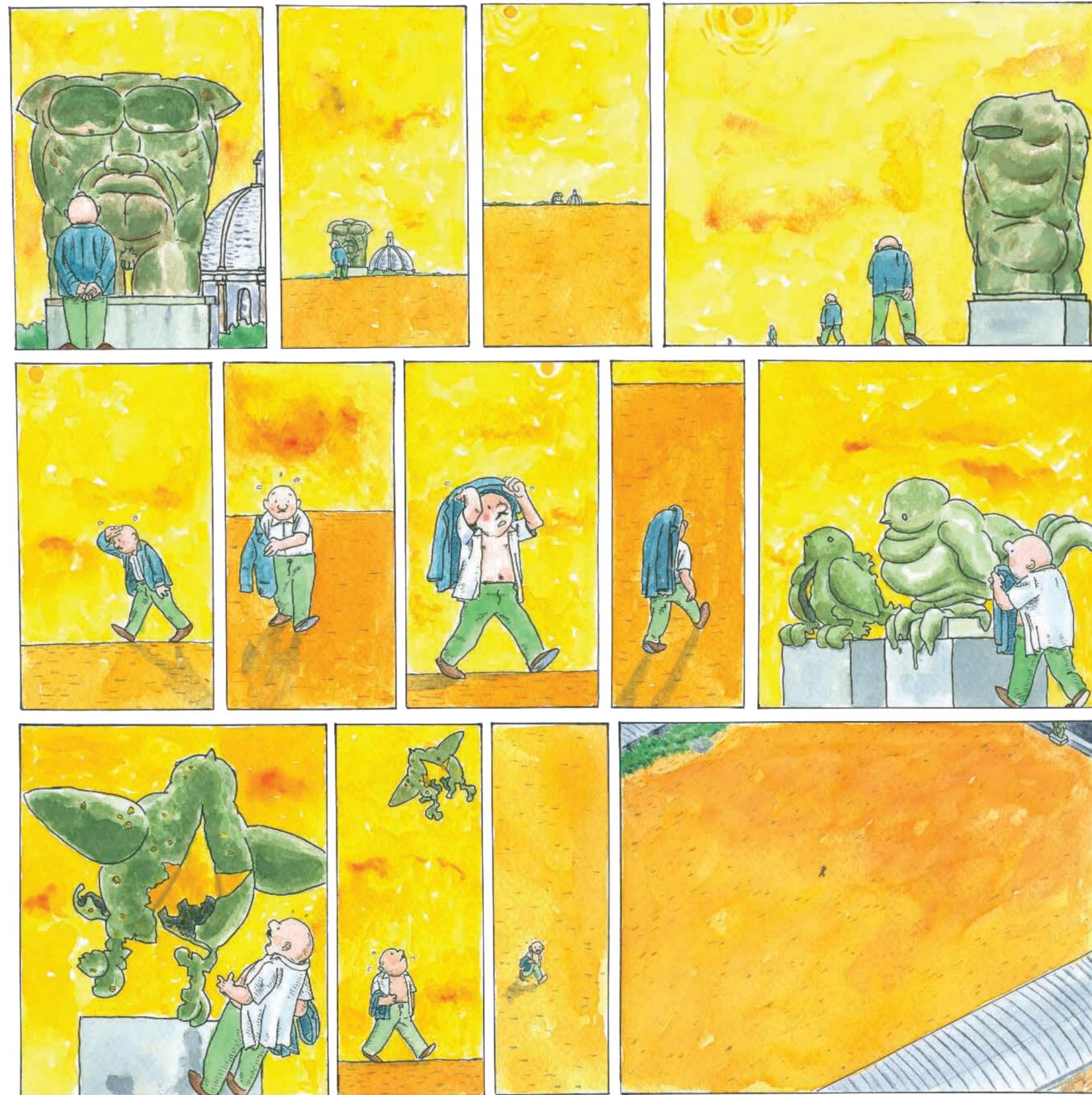


En 2009, cuando levantaron de su pedestal al *Pájaro herido* para llevarlo a Plaza Mayor por poco más de un mes, de las grietas y rincones del ave cayeron al piso cientos de monedas de diferentes nacionalidades, estampitas y medallas: pequeñas ofrendas dejadas por creyentes para pedir favores a las almas de las víctimas. “Como si fuera un pozo de los deseos”, dice Armando Arango, un restaurador que trabajó en el proceso de refuerzo estructural de los restos del *Pájaro*, cuando los vestigios de sus patas delanteras aún tocaban el piso, dislocadas, y la gente comenzaba a llevarse los trozos flojos de la escultura.

El *Pájaro herido*, ese “pájaro cubista de Picasso” –como describiría el propio Botero lo que quedó de su obra original– es uno de los objetos más visitados, fotografiados, acariciados, rayados y observados del Centro de Medellín. Un objeto, además, en el que se reza y se llora. Un santuario, mejor dicho. Como lo sabe todo aquel que pasa un día en el Parque San Antonio. Como lo saben quienes se congregan cada año para honrar la memoria de los muertos. Como lo sabe Myriam Mora cada vez que se ve parada frente a él, cuando el dolor le recuerda que siempre llevará clavado en el cuerpo el momento en que una bomba hizo pedazos una noche fresca con música de acordeones.



Viñeta x10





Palma Washington, *Washingtonia robusta*
Familia *Arecaeae*

Originaria del sur de Estados Unidos y de zonas desérticas de México



Martes 6 de agosto de 2013, 1:35 p.m.,
restaurante en los bajos del parque frente a Palacé.

Dos mujeres dicen sus primeras palabras después de almorzar. Sobre la mesa están los restos de una ensalada de lechuga, las espaldas dorsales de un par de truchas y dos vasos de guarapo vacíos. La que habla se interrumpe a sí misma cuando la mesera chocoana se acerca por un lado de la mesa...

–Niña, me regala un vaso de agua por favor.

La mujer sigue hablando y al rato llega la mesera con un vaso de guarapo.

–Era agua, niña.

–Ah... –exclama la mesera.

–Yo me lo tomo –dice la otra mujer; estira la mano, toma el vaso y la palabra:

–Yo en la casa lo hago pero le exprimo dos limones bien exprimidos.

A los niños les encanta. Porque es que yo a ellos no les doy esos frescos de polvo, yo les doy es juguito. ¿De maracuyá te gusta?

–Más o menos.

–Yo les hago de maracuyá, de durazno.

–¿Y a los pelaos les gusta?

–Les encanta. Yo brego a darles gusto en lo que más pueda. Manuela sí va muy bien, no más está floja en matemáticas. Pero a Alejandro yo le dije que si recupera todas esas materias que va perdiendo le doy lo que quiera en diciembre.

–Le toca cumplirle.

–Claro, él está con muchas ganas es de unos tenis. Si me recupera se los compro.

–Manuela debe estar muy grande...

–Hermosa. Y es más vanidosa hija, se mantiene con las amiguitas arreglándose ese pelo, y las uñas.

–¿Sí?

–Pero mejor que sea así, ¿cierto? Y no como esas otras que salen a la calle todas desarregladas.

Llega la mesera a recoger los platos.

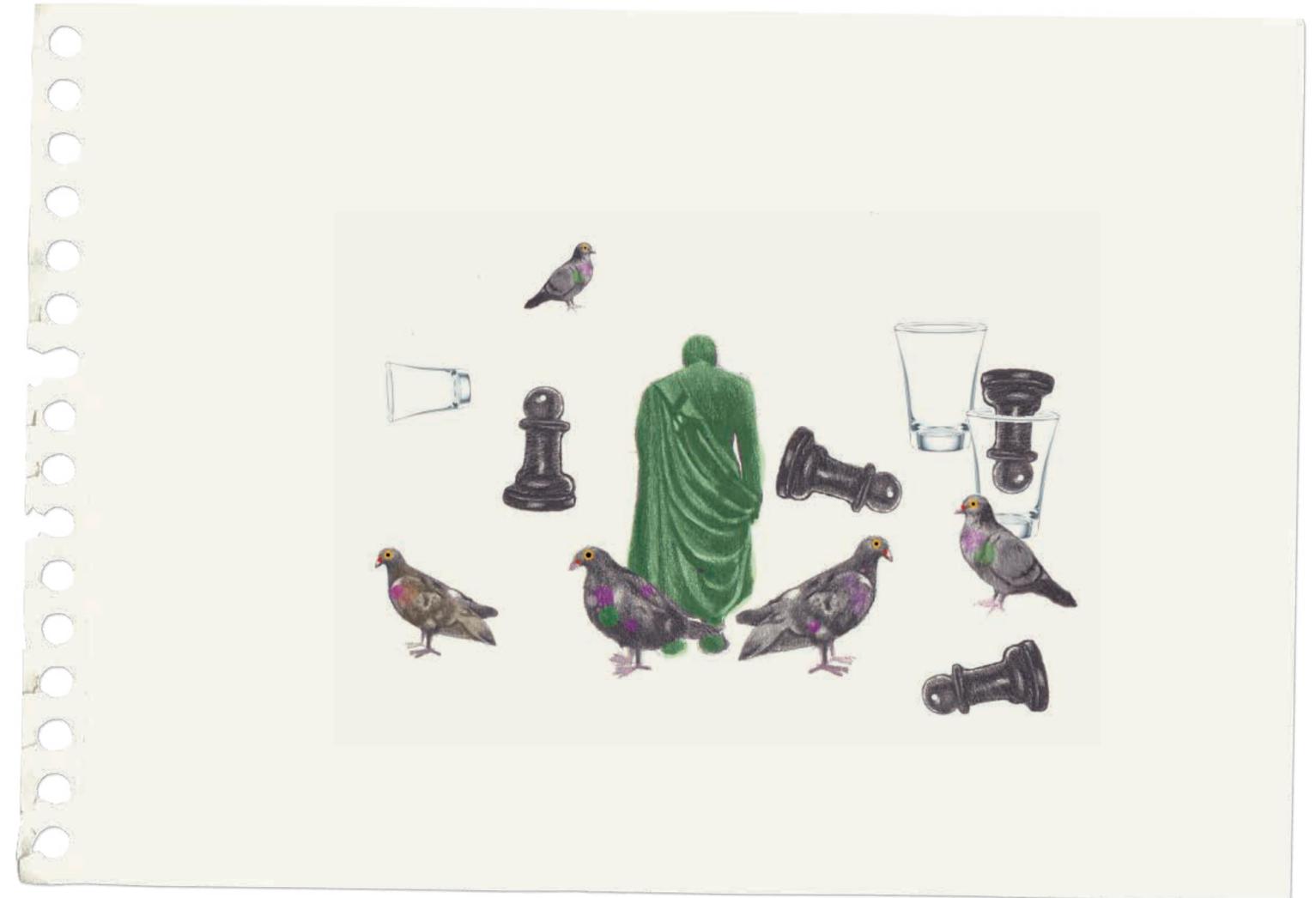
–¿No me regalás un vaso de agua?

Plazuela de San Ignacio



“Pasaron algunos días y el ejército, fiel a su bandera, todo lo esperaban del señor Vegal; pero se ausenta del Estado el general Rengifo, y el Consejo por orden del Secretario de Gobierno y Guerra, dio posesión al doctor Pedro Restrepo Uribe, segundo designado para ejercer el Poder Ejecutivo del Estado. Tanto el día de la ascensión del señor Restrepo al Poder, como al siguiente, el señor Vegal se mostró indignado, llevando su indignación hasta el extremo de decirme particularmente estas palabras: ‘el señor Restrepo, traicionándonos, trata de arrebatar nos el parque de San Francisco; pero usted en ningún caso dará lugar a segunda orden para volar a defenderlo’”.

Jorge Isaacs, *La revolución radical en Antioquia, 1880*. 2013.



1793



Los padres franciscanos dieron comienzo a la construcción del conjunto conformado por colegio, convento y capilla. Para ello compraron un terreno en el barrio San Lorenzo, al oriente de la ciudad.

1803

El presbítero fray Rafael de la Serna puso la primera piedra del conjunto de los franciscanos, que a partir de entonces fue llamado Plazuela de San Francisco.

1810

Estalla la revolución de Independencia y se detienen los trabajos de construcción.

1822



El 9 de octubre el vicepresidente Francisco de Paula Santander decretó la creación del Colegio de Antioquia, que debía funcionar en el convento construido por los franciscanos. La iglesia también pasó a ser propiedad del colegio, y a partir de entonces el conjunto fue conocido como Plazuela del Colegio. El lugar se convirtió entonces en el primer núcleo estudiantil de la ciudad, y a sus alrededores comenzaron a abrirse nuevos colegios y casas para albergar a los estudiantes de afuera.

Oasis San Ignacio

Por PABLO MONTOYA

1
"Somos una rara avis, religiosa y de rapiña". Así se refiere Augusto Salazar Bondy a los limeños en los asuntos de aceptar el pasado como heredad y los fantasmas del ayer como ancestros venerables. Estas palabras les sientan muy bien a los habitantes de Medellín, que desde la segunda mitad del siglo XX se han dedicado a arrasar la memoria histórica reflejada en la arquitectura de sus moradas y en el dechado de sus parques. Extraño pajaraco, sin duda, que venera con mariano conservadurismo a sus abuelos y no le tiembla la mano a la hora de destruir los sitios por donde alguna vez ellos transitaron. Pero toda ciudad crece inevitablemente, y Medellín forma parte de esas que Lévi-Strauss define cuando habla de São Paulo: criaturas en apariencia limpias que pasan de la barbarie a la decadencia sin haber conocido la civilización. Y con esto el autor de *Tristes trópicos* se refiere a las ciudades del Nuevo Mundo como urbes en donde lo que importa es la ausencia de vestigios.

Tomás Carrasquilla decía que Medellín era un paraíso climático y que el problema eran sus habitantes dueños de un no sé qué infernal. Qué diría el escritor si viera el destino del barrio Estación Villa, por ejemplo, sacrificado por esa herida llamada Avenida Oriental. Qué diría si viera en vez del cálido Teatro Junín un edificio falocrático que ha terminado por convertirse en patrimonio visual de la ciudad. Y ni qué hablar de los barrios Prado y Laureles, salidos de madre por el mal gusto de los nuevos ricos. Con Medellín es el ahora rabioso y prosaico lo que importa. Esa es su forma de sentirse contemporánea: pisando duro entre el caos y la desmemoria.

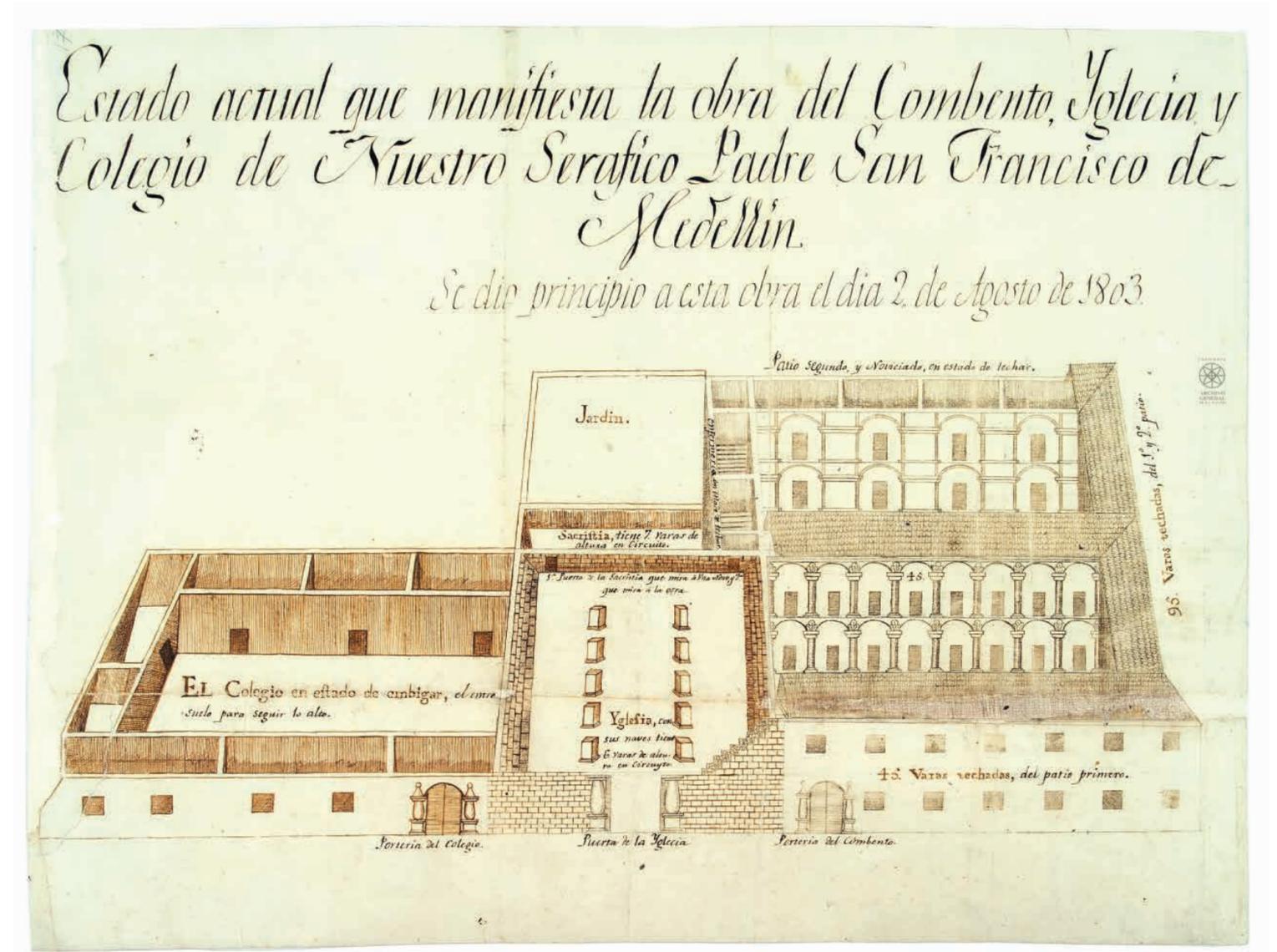
2
Sin embargo, en el centro de esta condición, está la Plazuela San Ignacio. Allí se ha

preservado, de algún modo, nuestra historia. Recorriendo sus parajes podríamos remitirnos al sentido de la palabra oasis. De hecho, para quien camina por el Centro, vapuleado por el ruido y la polución, llegar a esta plazoleta significa respirar otra atmósfera. Es como si entre Pichincha, Ayacucho y Girardot, nombres que tienen que ver con la pólvora, el sable y los cañones de la República, surgiera de pronto un apacible himno académico o un ángelus susurrado por un coro franciscano, o una silva geográfica en la que los verdaderos protagonistas no son los hombres sino las ceibas y las palmeras. Y no es nada injusto comenzar con una ponderación de ellas. Las tres ceibas majestuosas dicen, a quien sea capaz de mirar hacia arriba, que al lado de la tosquedad humana siempre habrá un espacio para la dignidad vegetal. Y aunque miro con sospecha el exótico americanismo de postal que inauguró Alexander von Humboldt, al detenerme en sus tallos y ramajes perentorios recuerdo que el barón consideraba que los verdaderos templos del trópico no eran las catedrales, los castillos y los palacios, sino los árboles.

Las dos palmeras, que enmarcan como cirios exuberantes la entrada de la iglesia de San Ignacio, fueron sembradas en el siglo XIX, y es posible verlas, pequeñas, tiernas e ingenuas, en algunas fotografías en las que las fachadas de lo que es ahora el casco histórico del parque guardaban la sobriedad colonial y republicana. Las palomas, que son una plaga de las polis modernas, y que para algunos no son más que ratas aéreas, sobrevuelan el aquí y el allá del pequeño rectángulo de la plazoleta. Parecen ajenas a la historia polvorosa del lugar que habitan, pero no son bobaliconas del todo. Hay algo de revancha franciscana en el hecho de que la estatua de Santander, levantada en el centro, sea el sitio predilecto para posarse y dejar sus cagarrutas.



Francisco de Paula Santander.



Plano del convento franciscano en la antigua plaza de San Francisco. 1806.

1823

Se concluyó el edificio del convento y se instaló allí el Colegio de Antioquia. Sin embargo, este solo funcionaría hasta 1828, pues al año siguiente, durante la rebelión de José María Córdova, sería cerrado y serviría como cuartel por primera vez.

1871

Se ordenó establecer la Universidad de Antioquia en el edificio donde funcionaba el Colegio de Antioquia; este quedaría incorporado a dicha universidad. Sin embargo, para 1875 gran parte del edificio, ubicado sobre el costado de la calle Ayacucho, todavía era utilizado como cárcel.

1876



Tomás Carrasquilla inició sus estudios de leyes en la Universidad de Antioquia. Cuenta el escritor que las féminas más famosas entre los estudiantes eran 'Cata', vendedora de ponche en la plazoleta, y 'Mica', quien les arreglaba la ropa y les hacía mandados nocturnos a los internos (algún tabaco o recado amoroso se colaba por la ventana).

1879



Las aulas de la recién fundada universidad fueron desocupadas a causa de la guerra civil; lo mismo sucedió con la iglesia franciscana, en cuyas pilas de agua bendita se les daba de beber a los caballos, mientras en los altares se armaban los fogones para hacer la comida de la soldadesca.



► Plazuela de San Francisco. 1875.

3

No hay lugar en Medellín que hable con tanta nitidez de nuestra identidad religiosa y militar como la Plazuela San Ignacio. No hay otro sitio que trasunte con más claridad las caricias y empujones que ambas categorías se han dado entre sí. Pedagogía escolástica con sus monjes cristianos y armas patrióticas que defienden o prohíben el espíritu laico de algunos prohombres. A inicios del siglo XIX el patrón que protegía el baldío del barrio San Lorenzo, en donde habría de construirse una iglesia, un colegio y un claustro para garantizar la educación de la juventud medellinense, fue Francisco de Asís. Nada más apropiado para un terreno sólido y a la vez pródigo en aguas, lejano de la Villa de La Candelaria, desde un principio más amiga de la batahola que el hermano del sol, la luna y los pájaros. Rafael de la Serna, fraile de esta orden, se encargó de escoger el sitio, de colocar la primera piedra en marzo de 1803, y de asegurar que

todo marchara bien en esos años todavía calmos en los que solamente las crecidas de la quebrada La Palencia generaban pavor entre los lugareños.

Pero con la llegada de la Independencia todo cambió de semblante y se inició una vertiginosa transformación, de tal manera que los frailes de Francisco, cómplices de la corona española y reacios a los nuevos aires de libertad, fueron expulsados. El colegio y sus alrededores pasaron de la égida monjil al estropicio militar de los republicanos. Y así como las calles de la ciudad pasaron a llamarse como los próceres y sus batallas, dejando atrás la apacible gracia de los nombres coloniales, a mi general Santander lo pusieron a tutelar el parque. Y no faltaba más que así fuera, desde el punto de vista de la nación. Pero tratemos de ser justos en dominios en los que habita la injusticia, y digamos que el pobre de Asís, o al menos su representante de la Serna, debería de estar ocupando el espacio del *parvenu* hombre de las

► Sup. Plazuela San Ignacio. 1915.
► Inf. Plazuela San Ignacio. 1941.

leyes colombianas. Rafael de la Serna fue el primero que depositó el guijarro didascálico, y sus clases de gramática, filosofía y teología iluminaron por primera vez estas coordenadas proclives al bruto negocio bursátil. Pero ¿y San Ignacio y los jesuitas?, preguntarán algunos. Ellos vinieron después, a finales del siglo XIX. Y se adueñaron de las coordenadas educativas y le pusieron el nombre de su patrón inquisitorial a la plazoleta, a la iglesia y al colegio. Y es su traza la que todo el mundo reconoce y celebra ahora.

4

Con la República instalada empezó a forjarse una educación laica en Medellín, y por ello Santander se tornó imprescindible. Pero esta educación no habría de prosperar mucho en la ciudad, habitada por los energúmenos y taciturnos conservadores de pura sangre, sino hasta bien entrado el siglo XX. El Colegio Franciscano, por los cambios sugeridos en el Congreso de Cúcuta y por ley santanderina, pasó a llamarse Colegio de Antioquia en 1822. Luego se hizo Colegio Académico, en 1837. Después Escuela Normal de Antioquia, en 1850. Colegio

Provincia de Medellín, en 1853. Y más tarde Colegio del Estado, en 1860. Hasta que, en 1871, Pedro Justo Berrío lo bautizó Universidad de Antioquia. La Universidad de ahora, en aras de otorgarse una longevidad respetable, asegura que nació en 1803 con el gesto de Rafael de la Serna. Y desde el punto de vista de la continuidad educativa que hay entre los últimos tiempos de la Colonia y el naciente país acaso tengan razón los historiadores.

En todo caso, entre nombre y nombre, que es como decir entre escolástica española y liberalismo ilustrado francés o inglés, los milicos hicieron y deshicieron. Cuántas



1880

Durante la revolución radical de Jorge Isaacs muchos soldados desesperados se suicidaron en las gradas del altar de la iglesia.

1885

Los jesuitas fundaron el Colegio San Ignacio en el edificio del antiguo convento franciscano. La Universidad, por su parte, se estableció en los edificios ubicados sobre la calle Ayacucho, y con ello empezaron los enfrentamientos entre los estudiantes de una y otra institución.

1886



Con la instalación del colegio jesuita el patrón de la plazuela ya no fue San Francisco sino el santo de Loyola, por lo que a partir de entonces empezó a ser llamada Plazuela de San Ignacio.

1913

Después de los continuos cierres y las ocupaciones militares de la Universidad, el rector Miguel María Calle encargó a Horacio Rodríguez la tarea de darle a la institución el edificio que merecía. Sobre la edificación de tapia surgió entonces el que hoy conocemos, de arquitectura ecléctica.

1916

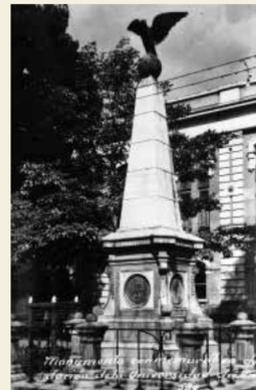
Fue inaugurado el Paraninfo de la Universidad de Antioquia.



1917

Se ordenó la reconstrucción del Colegio San Ignacio. Agustín Goovaerts, ingeniero-arquitecto del Departamento, asumiría la obra en 1920, para culminarla, casi en su totalidad, en 1926.

1922



Al cumplirse el primer centenario de la fundación de la Universidad de Antioquia se propuso la remodelación de la plazuela, de la cual se conservaron el obelisco, la estatua de Santander y los bustos de Marceliano Vélez y Marceliano Restrepo. Ese mismo año se iniciaron los trabajos de remodelación de la iglesia sobre planos del arquitecto Agustín Goovaerts.

1927

El templo, que desde su construcción estaba dedicado a San Francisco, pasó a tener como patrono a San Ignacio de Loyola.

1934

Se adoptó el plan general de nomenclatura de la ciudad, en el cual la plazuela aparecía con el nombre de José Félix de Restrepo, educador, magistrado y jurista que influyó fuertemente a los jóvenes próceres de la Independencia cuando fueron sus alumnos. Félix de Restrepo fue, además, pionero en promover la abolición de la esclavitud.

veces estas coordenadas del aprendizaje y la oración se convirtieron en batallones de conservadores o liberales en guerra, en depósitos de pólvora o en oficinas burocráticas de la policía. En esto, sin duda, nuestros líderes seguían a pie juntillas el paradigma de los revolucionarios europeos, que transformaban con velocidad inusitada las iglesias y catedrales en templos agropecuarios o reservas de sal y armas en nombre de la diosa republicana.

Sucedido entonces este período candente y establecida la constitución de 1886, católica y reaccionaria hasta el tuétano, los jesuitas entraron en acción. Los seguidores de Ignacio Loyola llevaban años viviendo al vaivén de expulsiones y bienvenidas dados por los gobiernos de turno. Y cuando por fin se instalaron en Medellín respiraron de nuevo el mejor clima del mundo y agradecieron a Dios volver a estar entre las gentes más hospitalarias de un país insensato y rústico. En 1884 Rafael Núñez les dio paz y salvo para que se explayaran en Colombia, y firmaron con el gobernador de Antioquia Marceliano Vélez, de quien hay un busto en el parque, la fundación del Colegio San Ignacio en 1885.

5

El siglo XX empezó en guerra y las edificaciones del parque se veían vetustas y en ruinas. Pero pasado el colapso

vergonzoso de la Guerra de los Mil Días, Medellín se hundió en los aires de la renovación. El maestro Horacio Rodríguez, a partir de las viejas construcciones coloniales de piedra de canto rodado, barro, caña brava y adobe, concibió la arquitectura de lo que es hoy el Paraninfo de la Universidad de Antioquia y las fachadas del Claustro de San Ignacio. Rodríguez, que sabía tanto de fotografía como de marmolería, de ebanistería como de grabado, mezcló con acierto ambas tradiciones arquitectónicas, la antigua campesina y la nueva citadina, y explicó que había que remodelar esas moradas para el oído y la vista de los privilegiados del conocimiento.

Luego el arquitecto Agustín Goovaerts, que se asoció con Félix Mejía y Roberto Pérez, se ocupó del templo y de culminar la construcción del colegio de los jesuitas. La impronta del belga es diciente en Medellín, hasta tal punto que podría atribuirse a su exquisita mano neoclásica, barroca y republicana la arquitectura admirable del pasado que ha sobrevivido en esta urbe demoleadora de su historia. Algunos historiadores llaman a este logro batiburrillo “eclecticismo moderno”. Durante el siglo XIX las construcciones del parque, o se veían siempre inacabadas por la desidia administrativa, o derruidas por el paso atroz de la soldadesca en guerra. Pero en los años veinte del siglo pasado el parque adquirió otro

semblante, que es el que conserva hoy. El templo de San Ignacio se levantó con sus dos torres magníficas, sus tres naves amplias, sus esbeltas columnas y su cúpula en el crucero. Su claustro, de la mano de Goovaerts, tuvo un elegante diseño interior, al tiempo que se construyó la parte que da sobre Girardot y el torreón que serviría de observatorio astronómico. El templo separaba a la sazón las trifulcas que a veces se daban entre los estudiantes de un lado y de otro.

En aquellos años los jesuitas parecían ser las figuras principales del parque. Fueron los dueños del templo, y Francisco de Asís y sus monjes se convirtieron en un eco inaudible. Rigieron el colegio, situado en el lado de Pichincha, que mucho más tarde compraría Comfama para restaurarlo. Y hacia el extremo de Ayacucho, la Universidad de Antioquia se levantó como para ponerles una especie de *tatequieto*, porque con los curas nunca se sabe. Comienzan diciendo que son amigos de la miseria y la humildad, y terminan apoderándose de todo lo que les rodea con ambición desmedida. Eran célebres en la ciudad las batallas que se formaban entre los dos estudiantados, y no valía de nada la presencia del *Agnus Dei* sobre una de las puertas laterales de la iglesia. La cosa se volvió tan preocupante que los jesuitas decidieron habilitar la entrada para los estudiantes por el

lado de la calle Pichincha, no fuera que esos aprendices belicosos y medio ateos de una universidad republicana contaminaran su redil. Pero sin duda me dejó llevar por la imaginación contemporánea a la hora de suponer grandes diferencias entre un gremio estudiantil y otro. La verdad, y acogiéndonos a lo que dice Alfonso Castro en su novela *El señor Doctor*, buen retrato de la Medellín de esos años, es que todos aquellos que se graduaban, los laicos y los clericales, juraban servirle a Dios y a la Patria con misales o biblias en mano.

6

Hoy el panorama sigue siendo llamativo. El parque que para algunos es una plazoleta, y que antes se llamó San Francisco y José Félix de Restrepo, ahora es un lugar donde confluye una arquitectura variopinta. Está el flanco más importante, ese que ha sido declarado patrimonio nacional, en donde se levantan el Paraninfo de la Universidad de Antioquia, el templo de Loyola y el Claustro de San Ignacio restaurado magníficamente para el solaz de sus beneficiarios. Pero lo demás muestra esa vulgar modernidad típica de Medellín. Un feo edificio de no sé cuántos pisos y una sucesión de casas en las que hay cantinas, centros de salud y locales comerciales. Pasemos todo eso por alto, que bien se lo merece, y que sean

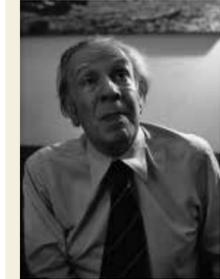
› Panorámica del Colegio San Ignacio. S. f.



› Procesión del Sagrado Corazón de Jesús. 1937.



1963



Jorge Luis Borges dictó en el Paraninfo de la Universidad de Antioquia la conferencia “La poesía y el arrabal”. Al evento asistieron pocas personas, pues el escritor argentino aún era poco conocido en la ciudad. Quince años después, en 1978, Borges regresaría a Medellín invitado por la Biblioteca Pública Piloto y la Alcaldía, y en esa ocasión tendría una gran acogida.

1970



Las dependencias de la Universidad de Antioquia que funcionaban en el Paraninfo se trasladaron a la nueva ciudad universitaria.

1982

Mediante la Resolución 002 del 12 de marzo el Paraninfo de la Universidad de Antioquia fue declarado Monumento Nacional.

1986

Comenzaron los trabajos de restauración del Paraninfo de la



Universidad de Antioquia, realizados con aportes del Instituto Nacional de Vías, la Subdirección de Monumentos Nacionales, la Gobernación de Antioquia, las Empresas Públicas de Medellín, el Banco de la República y la Universidad.

1993

Fue reinaugurada la Plazuela San de Ignacio, luego de un año de trabajos de restauración.

1997

El 30 de mayo, tras doce años de trabajos de restauración, fue entregado el edificio del Paraninfo de la Universidad de Antioquia.



2003-2005

El Claustro de San Ignacio fue adquirido y restaurado por la caja de compensación Comfama.

2004

El 20 de mayo explotó una bomba en el costado norte del Paraninfo de la Universidad de Antioquia. El impacto destruyó las ventanas de madera y quebró los vidrios de casi toda la fachada que da sobre la calle Ayacucho; los muros del Aula Máxima quedaron agrietados, los techos y cielorrasos se desarticularon.

2013

El conjunto arquitectónico, conformado por la Iglesia de San Ignacio de Loyola, el Claustro y el Paraninfo de la Universidad de Antioquia, fue declarado Bien de Interés Cultural de Carácter Nacional.

las personas de la calle las que ocupen nuestra atención. Gentes humildes, con el anonimato pegado a sus caras como una cicatriz, y que son los verdaderos pobladores del parque. Los jugadores de ajedrez manifiestan en sus jugadas, sobre tableros que parecen desechables, una increíble tranquilidad. Se ven tan enteros e inflexibles en la lenta resolución de los jaques que puede suceder otro despelote revolucionario a su lado y ni se darían cuenta. Los vendedores de minutos a celular, desparramados aquí y allá, se identifican con chalecos azules y letreros que muestran la ganga del precio: \$150 el minuto a todos los operadores. Y los vendedores de frutas, amparados con parasoles multicolores, le dan al paisaje un simpático contorno de feria tropical. No sobra el mendigo, atribulado de trashumancia urbana, que se explaya con sus corotos mugrosos al lado del general Santander. Los ancianos vendedores de tinto con sus termos de diversos tamaños me apretujan el corazón con oscuras elucubraciones. No es invención mía, sino un aparato pliegue de nuestra realidad actual. Dónde están, me pregunto, los que cobran vacuna a estos menesterosos del rebusque. Acaso estén aprobando el avance de los alfiles y las torres. O leyendo un folleto de Alcohólicos Anónimos en una de las bancas. O, tal vez, echándoles maíz despreocupadamente a las palomas.

7

Consternado por esta realidad paraestatal, me resta irme a buscar el Metro en la estación San Antonio o Parque Berrío; o hacer una pausa en el recorrido y entrar a la

iglesia o al Paraninfo. La primera está cerrada. No vacilo entonces en ingresar al edificio por su magnífico pórtico de varios vanos. Me sumerjo en la calma amarillo pastel de sus paredes con esa gratitud liviana que provocan siempre los lugares milagrosos. Recorro sus tres patios amplísimos. Paseo los ojos por esa sucesión elegante de puertas, ventanas, capiteles, cornisas, balaustradas y balcones. Me arrebujó en los suntuosos barandales de madera verde. Dejo ir mis dedos por el acabado fino y suave que los artesanos de la Escuela de Artes y Oficios supieron darle a los pasamanos de las escaleras. El edificio está sumido en una atmósfera en la que se levanta un diálogo silencioso y puro entre las partes materiales que lo conforman. Veo el cielo profundamente azul de Medellín desde los pisos superiores, y la visión de las torres del templo de San Ignacio me hace pensar por un instante que el tiempo se ha detenido. En qué época estoy, me pregunto, como perdido y extasiado. En algún momento me viene a los labios el himno de la Universidad de Antioquia, que es más alemán que colombiano, o lo uno y lo otro, y que aprendí en el Liceo Antioqueño cuando pasó de estos muros a las arboledas espléndidas de Robledo. En el primero de los patios hago una pausa y me siento en el centro mismo donde confluyen las platabandas. Y por fin logro olvidarme de todo. De la educación y las guerras, de Comfama y los jesuitas, de Rafael de la Serna y Santander, de las vacunas y las palomas. Y me pongo a contemplar las heliconias que pueblan este pequeño rincón del mundo. ■



› Universidad de Antioquia. S. f.



Iglesia de San Ignacio de Loyola

Si vas a comunicarte con Dios, apaga el celular.
Cartel de entrada

La antigua iglesia de San Francisco se construyó entre 1803 y 1809. Sin embargo, en 1927 pasó a ser el templo de San Ignacio de Loyola; cuarenta años después fue elevado a parroquia.

Respeta

Potajes, cenizas, orín de caballo, sebo derretido y sangre corrieron por el altar y las naves de este templo. Eran años de guerra civil en Colombia y el edificio se había convertido en cuartel, depósito y pesebrera. Se dice que soldados desesperados se suicidaron en las gradas del altar y que en las pilas bautismales se dio de beber a los caballos. Profanación e inmoralidad en la casa de Dios que terminaron con la guerra, pues las autoridades eclesiásticas de Medellín reclamaron la propiedad y la obtuvieron en 1886.

Ese mismo año les fue entregado el templo, construido por los padres franciscanos, a los jesuitas, quienes antes de bendecirlo le aplicaron escoba, estropajo y mucha agua; y cuarenta años después le cambiaron el nombre de San Francisco a San Ignacio.

Escucha, ora y aporta

Para apreciar la parroquia de San Ignacio, en la plazuela del mismo nombre, hay que quedarse en silencio. Como cuando en la noche se oye un ruido extraño y uno abre mucho los ojos para oír mejor. Aun cuando no hay eucaristía, este templo está lleno de sonidos y murmullos. Quizás el más característico es el canto de los loros de la plazuela, que viaja por entre las tres naves, roza los techos y se devuelve cuando choca contra el altar. Al mismo tiempo se elevan las voces de los fervorosos que rezan el rosario en las primeras bancas de la iglesia, gentes que al terminar la misa o antes de ella se unen en el rezo a la Virgen María.

La iglesia de San Ignacio nunca está vacía, y cada una de las 31 misas semanales, veinte de lunes a viernes y once el fin de semana, goza de una asistencia cercana al centenar de fieles, visitantes asiduos y otros esporádicos.

La feligresía proviene de las quince manzanas del barrio Bomboná, y no solo asiste a las misas sino que también participa en los bingos para el mantenimiento del edificio.





Admira

En esta iglesia saltan a la vista el altar mayor dorado y los altares de mármol en las naves laterales. Pero lo que tal vez pasan por alto los cientos de feligreses que día tras día ingresan a ella es su obra pictórica más valiosa: *El Viacrucis*. Los catorce lienzos de 3,5 metros por tres, pintados por el maestro antioqueño Gabriel Montoya en 1905, llamaron la atención por el tamaño, pues en esa época la gente estaba acostumbrada a las imitaciones de óleos de menor proporción traídos de Suiza y Alemania.

Dicen los expertos que estas pinturas son la obra más importante de Montoya, quien ganó la licitación concursando en franca lid con otro grande del arte en Antioquia, el maestro Francisco Antonio Cano.

La iglesia de San Ignacio también tiene figuras destacadas, como la del Sagrado Corazón, la Virgen de la Dolorosa, la Inmaculada, San Pedro Claver, Santa Teresita, el Santo Cristo y El Santo Sepulcro. Pero ante el que más se postran los fieles es San Ignacio de Loyola.



► San Ignacio de Loyola, patrono de la iglesia.



► Cada mes, los feligreses le dan una mano al patrono para el mantenimiento del templo. En medio de un ambiente de integración, los fieles cantan bingos y binguitos a cambio de veinte mil pesos que incluyen un refrigerio.



Un club a la intemperie

Por JUAN MIGUEL VILLEGAS

A veces, con un simple movimiento, un lustrabotas puede cambiar el mundo. O un pedacito. Un parque, por ejemplo.

Este, la Plazuela San Ignacio, de ningún modo sería el mismo sin la jugada que a finales de los noventa ejecutó un “embellecedor de calzado” llamado Jairo, quien un día, para aliviar un poco el tedio de los ratos muertos, decidió llevar un ajedrez a su puesto de trabajo.

Quienes lo conocieron aseguran que era un apasionado del deporte en el que menos suda un hombre, y que desde entonces “se mantenía así, jugando y embolando”.

Según relatan algunos de los continuadores de su obra, su fiebre ajedrecística se contagió de tablero en tablero. Y si a los pocos días de haber llegado con el primero se vio obligado a traer otro para dar abasto a la demanda, meses después fueron cerca de diez los pequeños escenarios deportivos a su cargo. Decidió entonces alquilarlos por unos pesos a quienes quisieran pasar el rato entrenando las neuronas con 64 casillas y 32 figuras, bajo la sombra de palmeras y árboles.

Jairo ya no está. Fuentes cercanas aseguran que su mujer, vendedora de minutos en la plazuela, decidió no entregar más dinero a ciertos hombres de mal carácter y pólvora fácil, y hace un par de años “les tocó perderse”.

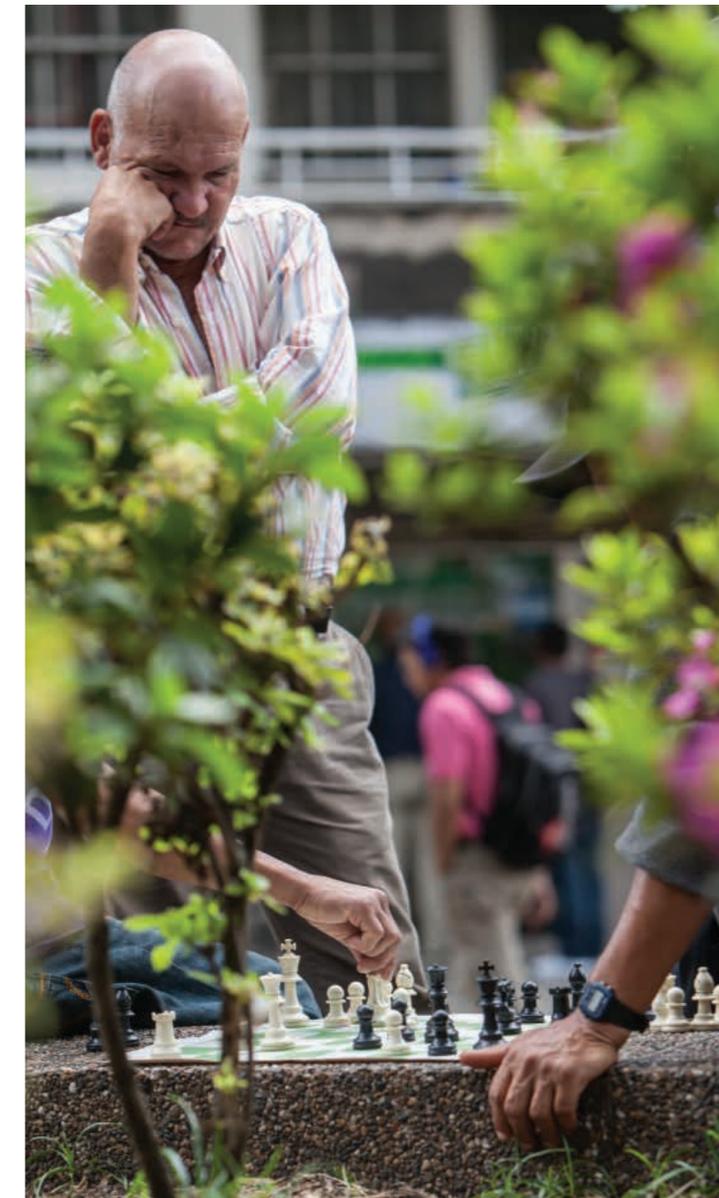
Pero su legado sigue vivo. La Plazuela San Ignacio –antepatio de algunos de los edificios mejor conservados del Centro de Medellín– es la sede de un informal club de ajedrez al aire libre desde hace quince años. Un club excéntrico y a la intemperie, casi tácito, pero club al fin y al cabo. En lugar de mesas tiene los bordes de las jardineras. En vez de directivos y afiliados, tiene fieles y obsesivos. Y a falta de vitrinas con medallas y trofeos, hay memorables maratones de ajedrez y triunfos en torneos metropolitanos. No tienen ni siquiera un nombre... Pero tienen la plazuela, que para efectos prácticos es toda una sede, y se tienen a ellos mismos y a quien se quiera sumar. Y eso parece suficiente.

Hoy es viernes y hace un rato pasaron las ocho de la noche. Hay ruido de motores y pitos en Ayacucho y Pichincha, las dos calles que flanquean la plazuela por sus costados más angostos. Oficinistas, estudiantes y trabajadores atraviesan el parque donde, como en islotes, flota el club.

De las once jardineras que tiene la plazuela, los jugadores suelen tomarse las cuatro o cinco del lado sur. También acostumbran hilar un juego tras otro, sin pausa, como quien prende el siguiente cigarrillo con el que se está terminando de fumar.

Hay silenciosos y habladores. Los que comentan cada movimiento o no pierden la oportunidad de hacer un chiste, y a quienes nada saca de su trance ajedrecero.

Algunos dúos juegan aislados, pero la mayoría conforman pequeños grupos de dos o tres tableros con sus respectivos espectadores, por lo general contendientes en espera de un turno. Últimamente estas aglomeraciones son llamadas por ellos mismos “marraneras” o “chiqueros”.



En la jerga de la calle, el “marrano” es el novato, la presa fácil: jamón tierno para los viejos zorros. Por eso gozan fastidiando así a sus rivales, atizándolos para que demuestren de qué están hechos o para menguarles la moral. Y cada marranera tiene sus capos y sus primíparos.

—¡Qué sería de mí sin mis marranitos! —dice Édison, que se autodenomina “emperador” de sus dominios y trata de “pupilos” a algunos de sus habituales.

—¿Sabe cuál es la historia de este man? —interviene Carlos— Él dice que es un “emperador” del ajedrez, pero nosotros le decimos “reciclador”.

Según él, Édison recoge a quienes expulsan de otros chiqueros “por marranos”.

—Les gana a todos y por la noche llega adonde su mujer: “¡Amor, le gané a diez, voy pa campeón!”.

El aludido, que lo ha escuchado todo, afirma: “puras calumnias de la oposición”.



A este club que para muchos ni siquiera es tal llegan “trabajadores, loquitos, payasos y gente muy tesa”. Vienen de todo Medellín y de municipios cercanos, y “hasta de Australia hubo un jugador, Steven, pero no volvió”. Cuando hablan de quienes han pasado por aquí, enumeran concejales, científicos, líderes indígenas, gerentes, sargentos de policía...

Entre sus miembros frecuentes hay invidentes como Jorge, que “con las manos arma el ajedrez en su cabeza, palpando las fichas”, y mudos que cuando ganan emiten fonemas de alegría.

Sacan pecho contando que les han ganado a campeones de “La Liga” en simultáneas de ajedrez. Que han devuelto con el rabo entre las patas a jugadores “élite”. Que algunos han venido “encubiertos” y cuando los descubren se van y no vuelven. Y que otros llegan con ganas de apostar

“entonces uno los asienta”. “¡Y así y todo hay gente que se atreve a decir que aquí no hay nivel!”.

Aunque se recuerdan apuestas de hasta 200 mil pesos, en la rutina, cuando las hay, suelen ser de mil o dos mil. Ha habido quienes apuestan el tablero, el reloj, el celular. “Pero lo mejor es jugar sin apostar”.

Los tableros “profesionales” son de lona delgada, enrollables, con casillas bien estampadas, verdes y blancas. Las columnas van marcadas del 1 al 8, y las filas de la A a la H. Los que no cumplen estos requisitos se consideran chiviados o de segunda clase.

Se juega todos los días, desde la mitad de la mañana hasta pasada la media noche, según el tiempo disponible, los ánimos o el clima. Los domingos y festivos no faltan dos o tres tableros, y entre semana puede haber diez, quince o más. Hasta hace algunos meses la policía expulsaba a todo el mundo del parque a las diez u once de la noche, pero ahora dejan tranquilos a los ajedrecistas y varios miembros de la fuerza pública juegan cuando están en vacaciones o en días de descanso.

Lo que más los enorgullece son las maratones que han jugado algunos de sus miembros. “Una vez hubo un récord que ojalá hubiéramos filmado. Estuvieron tres días seguidos sin parar, a punta de tinto y cigarrillo”. “Eso pasaba uno pal trabajo y ellos ahí”.

“Eso fue viernes, sábado y domingo”, precisa Benjamín Gil, ‘Mincho’, uno de los titanes implicados. Tiene 52 años y vive con su madre, a quien aún le avisa cuando se va a quedar hasta tarde. “Es que a uno se le va el sueño cuando está jugando. El ajedrez es como... un estimulante”. Dicen que es “el que abre y cierra el parque”, “el que maneja las llaves de esto acá”.

Oswaldo López también hizo parte del récord, y declara con tranquilidad no haber dormido esos tres días. Ingeniero civil y ex campeón de ajedrez del Oriente antioqueño, recuerda que cuando le llegaba el hambre mandaba a traer “unos frijoles que venden allí cerquita” y se los comía “al pie del tablero, sin parar de jugar”.

“No es algo planeado, eso se va yendo”. Son cadenas de revanchas que de pronto son tres días. “Se puede con más, pero ya es demasiado”, dice Oswaldo, autor de una temible jugada con sello propio: “La Oswaldiña”, que consiste en enviar al frente una carnada tentadora para un peón rival —un caballo, un alfil o una torre, según el contrincante— para “romperle el juego” al otro cuando está muy encerrado.

A veces organizan sus propios torneos. Como los que monta Juan Diego, un bailarín profesional de 34 años que de niño tenía dos pasiones: el baile y el ajedrez. “Pero tuve que decidirme por uno de los dos”, se lamenta, y cuenta que una noche, hace seis años, después de una presentación de tango en el bar Homero Manzi, se topó con el club y desde entonces no ha dejado de visitarlo. “Si uno no viene baja de nivel”.

Los desvela el juego, experimentan su propia versión del síndrome de abstinencia y le dedican todo el tiempo que pueden. “Es que aquí se pasa

muy bueno. Cómo va a ser mejor ir a beberse la platica que sentarse aquí a que se le olviden a uno todos los problemas”, dice Mincho.

“Aquí la mayoría son muy sanos”. “Los que beben, no beben jugando, o si mucho un traguito o dos”. “No se puede jugar bebiendo”.

“El ajedrecista de verdad no tiene novia, no tiene esposa, no tiene hijos”, asevera Oswaldo. O es “muy descuidado con la familia, con la mujer. Pero no bebedor ni degenerado”.

“Le voy a contar una infidencia: cuando mi mujer me dice ‘veámonos hoy’, a mí hasta me da pereza. Y si nos vemos, soy mirando el reloj porque no veo la hora de volver a jugar”, revela Édison.

“La novia del ajedrecista es Caissa, la diosa de los jugadores de ajedrez”. Lo dice Bibian, un electricista de 48 años, actual campeón de Ajedrez al Parque en Medellín, capaz de discurrir durante horas sobre el papel de los bancos en la Segunda Guerra Mundial o el significado esotérico de cada una de las piezas del juego.

Por estos días no se ven mujeres ante un tablero. Pero las ha habido. Hace poco estuvo viniendo “una niña de la Universidad Nacional”. “Bonita. Se defendía. Pero tal vez se aburría porque todo el mundo quería jugar con ella”.

Lo cierto es que el ambiente las espanta, reconocen. Los alcohólicos que rondan, el ambiente callejero. “Es que uno aquí pierde puntos”, dice Oswaldo, a quien alguna vez su mamá le hizo un escándalo en el parque: “¡No te quiero ver aquí!”, le gritó. “Mamá, ¿pero qué estoy haciendo de malo?”, le respondió él. Y aquí sigue todavía.

Sueñan con tener un club bien presentado. “Ojalá nos organizaran esto con mesas, que lo pusieran bien bueno y erradicaran las ratas de las jardineras”. Ese día no parece estar cerca. Y por ahora seguirán jugando de medio lado, obligados a intercambiar puestos frente al tablero para descansar caderas y cintura después de varias rondas.

Esto es lo que tienen. “Nos conocemos entre nosotros y hay una camaradería muy grande, y esa es la principal característica de un club”, reflexiona Gilberto Tamayo, un conocedor de la historia del juego, con nombres propios, fechas y partidas memorables. “Tenemos una afición casi enfermiza, muy desmedida por el juego. Y casi todos, como personas, diez puntos”. Las reglas aquí son tácitas, explica, pero si de escribirlas se tratara, serían “las mismas del ajedrez: compostura cuando se juega y un respeto profundo por el adversario”.

Por eso huyen como de una plaga de los malos perdedores. Esos que cuando no ganan “se vuelven enemigos”, se descomponen, insultan. Porque si no es para ser amigos no vale la pena sentarse.

A veces llueve, como ahora, y la tropa se dispersa. Algunos se van y no vuelven. Pero otros simplemente cruzan la calle, se sientan bajo cualquier alero y siguen en lo que iban. Tal vez un juego más. O, si las cosas se van dando, el principio de otra maratón.

■



Visita a San Ignacio

Por IGNACIO PIEDRAHÍTA



La tranquila mañana de lunes se ve de pronto alborotada por un puñado de borrachos. Vienen por el lado de Pichincha, una callecita por donde baja una traicionera peregrinación de colectivos y taxis “bolita”, que por lo muda y vertiginosa es un peligro para los peatones distraídos. Entre los borrachos hay una mujer que le está contando la historia de su vida a uno de los hombres que la acompañan. “Póngame pues cuidado”, protesta ella cuando él se distrae para destapar de nuevo la botella, sin marcas ni distintivos, a medio llenar de un licor cuya transparencia es su mayor signo de aspereza.

Como San Ignacio es apenas una plazuela –un rectángulo que no pasa de los ochenta metros que tiene una cuadra por unos veinte de ancho–, los borrachos capturan la atención de medio parque y, por lo tanto, de la policía. Casualmente, en ese momento hay siete carros de la institución parqueados a lo largo del costado occidental, en Niquitao, una carrera más bien tranquila donde se levantan cuatro edificios residenciales de dos pisos y un par de casas antiguas que se usan como clínica. En los bajos de los edificios funciona una fonda –cerrada a esa hora–, una clínica dental, un parqueadero de motos y una sucursal de apuestas; completan la lista un punto de arreglo de teléfonos celulares, una oficina de correo, tres pastelerías y una prendería.

Al ver que el alboroto es producto del alcohol, y que es una de las mujeres la que grita, poseída por el delirio, los agentes bajan la guardia. Mientras tanto, los borrachos se desplazan desde la enorme ceiba que se levanta en el extremo sur del parque hasta las dos cabinas azules de baños públicos instaladas en la esquina. En esa ceiba centenaria vivió hasta hace un par de años una ardilla que fue mascota pública. Con un árbol de semejante ramaje, tenía un pequeño país para ella sola. Se tomó el palomar como casa, y la comida se la traía la gente a todas horas. Un día, una de esas personas que ven en el reino animal la oportunidad de remediar sus propios males le llevó la parejita. No hubo entendimiento, y un día la ardilla de siempre apareció muerta en el piso. Dicen que la otra la aventó desde una de las ramas más altas.

La mujer ebria, que es delgada y no tiene mala figura, se rasga la garganta para terminar cada una de sus frases. Es inevitable no prestar atención a lo que dice, porque quiere decírselo al mundo entero.

–Siete añitos... –se lamenta.

–Por lo menos queda la culpa –sentencia el hombre que la escucha.
–Un chorrito –le pide la mujer a su compañera, que justo sale de los baños.

–Me está contando que a los siete años la violaron –explica con claridad meridiana el hombre a la recién llegada, para ponerla al corriente.

–Me dice el hijueputa –continúa la mujer–. “Si usted le dice a Gloria, yo la mato”. Y se viene adelante con el balde de maíz que yo lavé para hacer las arepas, yo... con los cuquitos manchados de sangre.

Ante semejante crónica personal, no solo a mí se me vinagra el estómago. Más de uno voltea la cabeza para otro lado, como queriendo abarcar el parque con la mirada, lo cual es posible porque San Ignacio es apenas un lotecito adoquinado –alargado de norte a sur como el río, como la ciudad entera–, cuyos límites son las calles Ayacucho y Pichincha. Por la primera sube una estrepitosa fila de buses –de La Milagrosa, de Buenos Aires, de Cerros de Quinta Linda, de Sucre Boston–, que batalla por recoger pasajeros en los escasos veinte metros laterales del parque para llevarlos aguas arriba de la quebrada Santa Elena. Es justo en ese paradero donde está la otra ceiba centenaria, que de sol a sol recibe arrobos de dióxido de carbono, un alimento que seguramente no necesita en semejante cantidad.

Las dos ceibas enmarcan a su vez el costado histórico del parque, donde se levantan tres construcciones patrimoniales: el edificio, la iglesia y el claustro de San Ignacio. El primero –amarillos y grises los muros, verdes las ventanas– alberga el Paraninfo de la Universidad de Antioquia; en la mitad está el templo de San Ignacio de Loyola, de puertas rojizas y ladrillo gris; y, a la derecha, el claustro –revocado y pintado de gris– donde funcionó el Colegio San Ignacio, luego las oficinas y habitaciones de padres jesuitas, y actualmente la sede central de Comfama. A esta hora del final de la mañana, un piñón de oreja cuyas ramas llegan casi hasta las cruces de hierro que coronan las torres de la iglesia derrama su sombra sobre los viejos muros.

La Plazuela San Ignacio se llamó en un principio San Francisco, porque fueron los frailes franciscanos quienes iniciaron las obras del conjunto de los edificios históricos. En la novela de Alfonso Cano *El señor doctor*, publicada a principios del siglo XX, el personaje pasa por allí y asiste a unos grados en la Universidad de Antioquia: “Cuando menos pensé, llegó a la Plazuela de San Francisco, donde había varios coches estacionados. En la

puerta de la universidad, guardada por dos agentes, un grupo de muchachos curiosos pugnaba por entrar. Tratábase de un grado, y como nunca había visto aquello, pidió permiso para presenciarlo y le fue concedido. Con todas las horas sobrantes, bien podía darse el lujo de un espectáculo gratis. Había logrado olvidar por un momento sus penas...”

Quitando el ruido de los buses y los vendedores de minutos de celular, el episodio del muchacho de la novela podría ocurrir en nuestros días. Los viejos que hoy hacen carrizo y rumian caja de dientes en las bancas del parque no harían mucha diferencia con los de aquel tiempo. Podríamos bajarle el ruedo al uniforme de las estudiantes que caminan por allí, y las haríamos pasar por bachilleres de la época. Y los jóvenes del colegio militar podrían ser utilizados como soldados de los ejércitos que en el siglo XIX se tomaban la sede de la Universidad para utilizarla como cuartel o prisión.

Esa es la película silente y amodorrada que se agradece a esta hora en medio del bullicio del Centro. Sin duda, un buen momento para bostezar y recibir el bajón de la borrachera, dirían los alcohólicos, que ahora duermen la tusa a los pies del busto de Marceliano Vélez.

II

Una herradura de tenderetes rodea San Ignacio el jueves en la tarde. Es una feria de artesanías que le agrega un poco de sándalo y cuero repujado al ambiente del parque. Mientras tanto, los últimos rayos de sol golpean la parte baja de los tres edificios pa-

trimoniales. Entre las personas que pasan, las que venden y las que están sentadas en las bancas y sardineles que enmarcan los jardines, el lugar muestra una graciosa vida. No es que el parque esté atiborrado, al contrario, siempre se puede hallar un lugar para sentarse o para quedarse de pie sin sentirse acosado. Además, a esa primera hora del crepúsculo hay una muestra de culta diversión. Junto a la estatua del general Santander, en todo el centro de la plaza, se presenta una obra de teatro. Un hombre y una mujer de edad madura interpretan una pieza de humor cotidiano. El público, que atiende desde sus asientos de concreto, se deja arrancar risitas y hasta carcajadas. Los que más gozan son las parejas que se han puesto cita en el parque, pues la temática de las relaciones matrimoniales

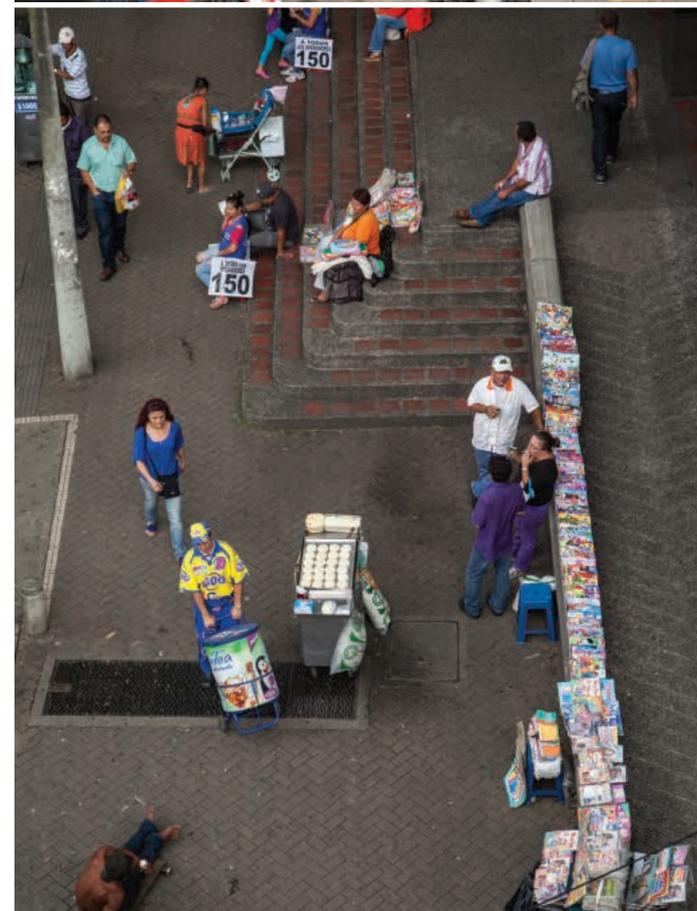
es de alguna manera la simpática e impensable contracara de su amor en ciernes. Mientras esto sucede, se abren las tres puertas de la iglesia. El sacristán –camiseta de cuello pulcramente metida entre el pantalón, peinado de lado, zapatillas deportivas blancas–, sonríe dando a entender que reconoce a los actores callejeros, y se queda apoyado en uno de los laterales tratando de atrapar al vuelo algún parlamento.

Entre tanto, en el costado del parque que da sobre Ayacucho, los buses están en su momento álgido. Como si no hubiera ya bastante confusión, un policía detiene una de las decenas de motocicletas que zigzaguean calle arriba y espera que le confirmen las señas del conductor por el radioteléfono. Un niño en uniforme de colegio, de esos que por su textura y pícara mirada uno adivina demasiado audaz para su edad –probablemente escapado a la penúltima hora de la jornada de la tarde–, se cuelga del manubrio de la motocicleta esperando la resolución del episodio.

La obra de teatro termina con la mujer persiguiendo al marido, machete en alto, por todo el parque, y una carcajada general da paso al aplauso final. Los actores se inclinan ante el reconocimiento del auditorio. El hombre que hacía de marido se sienta junto a sus bártulos y comienza a desmaquillarse, mientras la mujer pasa recolectando en un sombrero la contribución del público. En ese instante, después de una respetuosa espera, una mujer de falda hasta los tobillos se apodera del centro de atención. Predica, con un megáfono, “la palabra de

Dios”. Otras dos mujeres que la acompañan reparten propaganda de la iglesia a la que pertenecen, al tiempo que ella da un ultimátum general: “todos le tenemos que rendir cuentas a Dios”, dice. “Los mentirosos, los borrachos, los adúlteros y los afeminados, ¡conviértanse!”

Además del movimiento vespertino del parque, nutrido de parejas de enamorados, hay, como siempre, una gran cantidad de hombres y mujeres viejos sentados en las bancas y sardineles. Los pericos revolotean bulliciosos en las copas de los árboles, mientras las palomas se espulgan por turnos sobre la cabeza de Santander. La penumbra que sigue a la caída del sol se ve acentuada por tres tipos de luces: la amarilla de los viejos faroles, las blancas del interior de la iglesia, y dos pares de lámparas verdes y moradas





que iluminan la universidad y el viejo claustro. Esa composición de claroscuros hace que los habituales de San Ignacio se atrevan más a la conversación y al juego, y menos a mirar en silencio la gente que pasa.

En los bajos escalonados del busto del doctor Vélez un grupo de hombres habla sobre los secretos del éxito en los negocios de comidas. Uno de ellos analiza las pizzerías de la ciudad, con la autoridad que le concede el haber trabajado cinco años en Piccolo. La conclusión, como es de esperarse, es que solo él sabe cómo hacer una buena pizza. Montaría un negocio y seguramente triunfaría, pero no tiene “plante”. Entonces, uno de sus compañeros de conversa le sale al paso y se ofrece como socio capitalista.

—Sin embargo —responde el pizzero—, no se puede.

—¿Por qué no?

—Necesitaría un asistente.

—No hay problema, ¿qué tal el Jimmy?

—No califica, es muy desesperado.

—Coja entonces a un sobrino mío que está sin trabajo.

—¿Un sobrino? Está bien, yo le enseño para que ponga el negocio.

—No es para que le enseñe a él, es para que trabajen los dos...

Acorralado, el pizzero en retiro sabe que es el momento de mostrar carácter:

—Entonces está hecho, yo me le meto, yo me le meto —repite, confiado en que al alzar la voz podrá disimular su falta de decisión.

El otro, que no esperaba esa respuesta, dice:

—Déjeme yo arreglo unas platas que me deben y comenzamos.

—Trato hecho —dice el pizzero—. Arregle primero sus platas y me avisa.

Uno de los sardineles ha sido tomado por jugadores de ajedrez. Hay cinco tableros plegables extendidos sobre el muro de granito que sirve de mesa y de asiento. En una de las partidas un hombre moreno se enfrenta al que se considera el más flojo de los contendores. El moreno narra sus movidas, se pavonea, mientras los espectadores hacen chistes y advierten una muerte fija para el primer retador de la noche. Sin embargo, este se defiende con las uñas y dilata el mate hasta la última agonía en un tablero ya desierto de fichas.

Los “marranos”, como ellos dicen, son pocos, y está bien establecido el *ranking* que todos saben de memoria. Mientras juegan o ven jugar, utilizan su inteligencia para desvariar. “Yo tengo más técnica que usted”,

dice uno. “¿Técnicas Americanas de Estudio?”, replica el otro, y el resto del corrillo se muere de la risa. Con cada comentario parecen celebrar el hecho de ser parte de un grupo de almas que comparten una habilidad.

Entre los ajedrecistas hay todo tipo de personas que destacan en sus propios campos y oficios. Algunos llevan corbata, otros son simples estudiantes. Alguien que tenía su oficina cerca de allí conseguía por intermedio de un Capablanca electricista los trabajadores que necesitaba: un Bobbie Fisher maestro de obra, un Karpov cerrajero, un Kasparov plomero, y, en general, un esporádico aunque solícito personal que acostumbraba incluso responder en lugar de los otros.

Comienza la misa de seis y media y al fondo alcanza a escucharse el coro de la iglesia; riñe con la música de la fonda de la esquina, que funciona como karaoke. El animador del local canta una canción, con la dudosa intención de que su hiriente destemple demuestre que cualquiera puede tomar el micrófono. Yo me quedo, sin embargo, con el rumor de las hojas de una de las altas palmeras reales que se eleva frente a la iglesia. El viento susurra arriba por un rato, pero más tarde baja y levanta en remolinos los papeles que han caído al piso durante el día, haciendo que los que están en el parque a esa hora tengan que entrecerrar los ojos a un mismo tiempo, el tiempo indefinido de la Plazuela San Ignacio.

III

La noche del viernes comienza con un pequeño escándalo. Dos policías arrastran a un hombre que no es capaz de sostenerse. Una gran mancha en la parte trasera del pantalón del andrajoso personaje dice que ha llegado al límite de la incontinencia.

—Y eso que no está por ahí ‘Care Marrano’ —dice una mujer, mirando a lado y lado desde la banca donde está sentada.

Care Marrano es un policía al que todos los alcohólicos le temen. Tiene con ellos una pelea personal. La leyenda dice que si los ve sacándole monedas a alguno de los teléfonos públicos, se las quita y las lleva como donación a la iglesia.

La mujer, que vende tintos, está de acuerdo con que saquen a los borrachos cuando llegan al extremo de “hacerse” en los pantalones, porque nadie se aguanta el hedor. Los alcohólicos son, sin embargo, una marca nocturna del parque. Trastabillando y brindando, cogiéndose por la nuca y yendo de aquí para allá, le dan la vuelta a la estatua central de Francisco de Paula Santander. Entre ellos distingo a la mujer que unos días atrás contaba lo más amargo de su vida. Ahora canta estribillos de música tropical que atrapa de la fonda y marca con su mundana flacura algunos pasos de baile.

Si bien en el día se ven pocas familias, a las nueve de la noche el parque es más familiar que nunca. Las vendedoras de tinto y otras especies reciben a esa hora a sus hijos, quienes esperan jugando o bostezando mientras ellas recogen. Algunos vecinos sacan sus perros de paseo, y de los segundos pisos de los edificios bajan canastas atadas con cabuya que



los últimos vendedores de papas fritas y obleas saben interpretar como religiosos domicilios.

El parque se va vaciando conforme llega la noche. Parejas de enamorados pasan de los picos a los besos, y algunas citas socráticas se conciertan con discreción. Alguien dice que la falta de esta última virtud les valió a las “lesbianas” de una conocida institución vecina que la fuerza pública las saca del perímetro de San Ignacio.

Si bien una mujer que frecuenta el parque desde hace casi diez años dice que la seguridad está controlada, una chica que trabaja cerca habla de una banda de atracadores que usa el abrazo como técnica y el chuzón como marca registrada. Otros dicen que en el parque nada pasa, pero que no responden por ciertas calles aledañas. También es secreto a voces que chaceros y minutereros pagan vacuna para poder trabajar. Más o menos la historia de cualquier lugar de la ciudad, donde el que nada tiene —sino mezquindad en la sangre— le quita al que tiene menos.

A esta hora las dos casetas azules de los baños públicos están cerradas. Una de las leyendas del parque cuenta que allí murió un punkero. Entró por sus propios medios pero salió en brazos de los funcionarios públicos que hicieron el levantamiento. Envuelto como un tabaco, la gente recuerda su cuerpo flaco y largo, larguísimo, como nunca habían visto.

Se oye, desde diferentes direcciones, la caída escandalosa de las persianas metálicas. Casi todos los negocios del lado residencial del parque están cerrados. Solo funcionan la mencionada fonda y el parqueadero de motos. Las puertas de la iglesia están bien trancadas por dentro, y los edificios vecinos, universidad y claustro, dejan salir gota a gota a sus últimos empleados. Los buses que suben por Ayacucho ya no son tantos, y los taxis y colectivos de Pichincha también disminuyen. Los corrillos del parque se van desgranando y se oyen despedidas. Una llovizna comienza a caer y moja las secas bifloras que rodean los bustos conmemorativos, mientras personajes de costal revuelven con paciencia los basureros públicos.



Edificio escuela

Por GLORIA ESTRADA

Se pasan la mañana tomando el sol plácidamente, sintiendo el viento fresco sobre sus cuerpos, acompañadas por sus parejas que les hacen cariños en la cabeza. No sufren de estrés porque no tienen que enviar hijos a la escuela ni hacer filas en el banco, y mucho menos salir a buscar el pan de cada día: en cualquier momento doña Elvia, la generosa Elvia de falda larga y pelo corto, llega desde Caicedo con su coca de arroz cocido que esparce como semillas en el parque. Y ellas, sedentarias y acomodadas, comen y hacen siesta y digestión en los techos del edificio de San Ignacio, más conocido como Paraninfo.

Lo que convierte a las palomas en el enemigo público número uno de este edificio es que son centenares y que no solo viven su idilio en los techos sino que también cagan y empollan. Estiércol que corroe canoas y columnas, y huevos que los gallinazos buscan sin descanso destrozando las tejas y el armazón. Una guerra sin cuartel contra la integridad de un edificio bicentenario en el que se han invertido tres mil 700 millones de pesos a lo largo de casi veinte años de restauración.

Pero a pesar del daño que provocan en forma de goteras y humedades cuya reparación le cuesta hasta seis millones de pesos anuales a la administración, el Paraninfo siempre luce como nuevo. Jardines, puertas, ventanales y oficinas son una muestra de la entereza de la que carecía en 1987, cuando los hongos se explayaban por todas partes y era evidente el deterioro de pisos, entresijos, muros, estructura y ornamentación.

El diagnóstico lo hizo en ese momento un grupo de arquitectos —encabezado por Clemencia Wolff Idárraga— que se interesó por la restauración de ese pedacito de historia que le quedaba a Medellín, y a partir de su declaratoria como

Monumento Nacional en 1982 se dieron a la tarea de convencer a todo el mundo de recuperarlo.

Para eso se metieron la mano al bolsillo varias empresas públicas y privadas, y hasta profesores vinculados a la Universidad de Antioquia que donaron parte de sus salarios. La obra implicó intervenciones en corredores, aulas y balcones; el entresijo se actualizó con sismorresistencia, y a las paredes se les descubrió el ocre original después de meses de es-carbar capas y capas de pintura que pasaron por tonalidades de gris, beige, café.

A manera de recompensa, en la remoción los restauradores encontraron una piedra conmemorativa de 1821 y, en la torre de madera que se levanta sobre el frontis, un documento para anotar información sobre el estado del tiempo, lo que hace creer que el sitio fue usado como observatorio meteorológico.

Como toda restauración que se respete, la del Paraninfo sufrió parálisis y tropiezos, falta de plata y aplazamientos, pero pudo entregarse una primera fase en 1997 y el trabajo final en 2004. Una joya recuperada que ocupan hoy, en horario de oficina, 120 personas vinculadas a la emisora de la Universidad de Antioquia, la librería universitaria y una decena de despachos institucionales.

En el Paraninfo nació, creció y empezó a reproducirse la Universidad de Antioquia. A partir de la primera piedra, en agosto de 1803, el Colegio San Francisco inició la formación de quienes serían los primeros ingenieros y abogados de la provincia. Allí se dictaron clases de gramática, filosofía y religión, esta última en cantidad superior en tiempos de un conservadurismo recalcitrante del que la universidad empezó a escaparse, por fortuna, con la llegada de los librepensadores a mediados del siglo XIX. La formación religiosa era tan importante que los maestros hacían examen de conciencia a sus estudiantes para establecer si debían confesarse o si podían recibir la comunión sin pasar por el confesionario.

La religión fue perdiendo peso y los cursos se diversificaron, al igual que los estudiantes. En los años de ritmo académico continuo en el Paraninfo se llegaron a oír las voces de los aprendices de inglés, lógica, matemáticas, economía, geografía, cosmografía, física y mecánica. También empezaron a llegar mujeres y negros sedientos de conocimiento que hasta entonces no habían sido considerados aptos para la educación superior.

A lo largo del siglo XIX, y todavía a comienzos del XX, el Paraninfo tuvo periodos de cierre por años, y llegó a acoger soldados y pertrechos que se apoderaron de pasillos y salones durante las guerras de independencia y las luchas civiles de la joven república. En una de esas fue que se vieron truncados los estudios de leyes de Tomás Carrasquilla, que apenas alcanzó a asistir a clases un año porque al siguiente, 1877, el edificio cerró sus puertas.

Dicen los entendidos que los años dorados de la Universidad y del edificio comenzaron en 1913 con la llegada del rector Miguel María Calle, quien promovió y gestionó la primera restauración tras el deterioro producido por tanto agite, abandono y ocupaciones.



› Universidad de Antioquia. S. f.

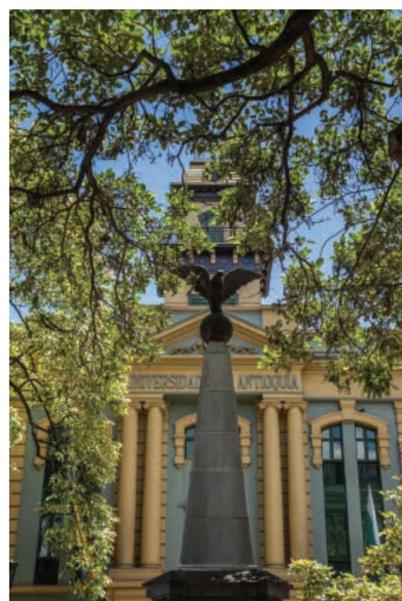


Los planos y la ejecución le fueron encomendados ese mismo año al arquitecto Horacio Rodríguez (hermano de Melitón, el fotógrafo), que no descansó hasta entregar el edificio decorado en 1921. Con este proyecto no solo se logró la reconstrucción, sino también la solución de problemas de humedad ocasionados por la quebrada La Palencia que le pasa por debajo. Además se construyó el Aula Máxima, o Paraninfo, que acabaría por darle nombre e identidad al edificio. “Este hermoso paraninfo, que si no tiene el lujo de las grandes universidades europeas, al menos es un lugar en el que podemos recibir a intelectuales de otras partes”, fueron las palabras del rector Calle en la inauguración.

Esta restauración fue la excusa perfecta para dotar el edificio de servicios sanitarios modernos y de, “al parecer por primera vez en Colombia, un gimnasio para ejercicios físicos, según el estilo de la Universidad de Filadelfia”, como contó el médico Juan Bautista Montoya y Flórez en una reseña posterior. Estos años de gloria también se vieron reflejados en la compra de nuevo mobiliario traído directamente de Nueva York, “para reemplazar los pupitres viejos, sucios y desvencijados”.

La Universidad abandonó el Paraninfo en 1970, cuando se fue a estrenar la ciudadela actual, aún sin terminar. En el Paraninfo quedaron algunas oficinas, la emisora y los estudiantes del bachillerato nocturno. Pero la emisora fue la única que permaneció durante la larga restauración de los años noventa, y casi al final de las obras la trasladaron de manera temporal a una casa en el barrio Prado.

Ayacucho por el norte y Girardot por el oriente son las calles que rodean al edificio.



Centenares de buses transitan por ellas todo el día y parte de la noche, y dejan a sus puertas –más ahora que estrena portería por Girardot– a miles de transeúntes y habitantes del Centro. Y aunque no miren su polvorienta fachada, saben que es el Paraninfo el que está ahí.

Adentro, en un ambiente más silencioso y fresco, los funcionarios comparten espacio con los usuarios esporádicos de las aulas, los fieles asistentes a cine cada ocho días, y los universitarios que se gradúan cada semestre en el Aula Máxima y llenan las 350 sillas con sus familiares y amigos.

La cafetería, en cambio, permanece desolada. Desde que se fue su último arrendatario, en el año 2010, está cerrada. El rumor es que los tres restaurantes que han abierto allí desde la última restauración quebraron, y a juzgar por las palabras del administrador del edificio, Héctor Puerta, es cierto: “estamos tratando de bajar el canon de arrendamiento”.

Desde el segundo o tercer piso puede verse *El flautista* de Rodrigo Arenas Betancur. Tan incómodo que parece, pero así y todo se da el lujo de no haber sido ensuciado por las palomas. Porque ellas no bajan, al menos no con frecuencia ni en bandada, al primer piso del Paraninfo. No, ellas están allá arriba en el tejado, acicalándose, disfrutando el viento suave que baja de las montañas hasta el Valle de Aburrá.

Afuera, un muchacho andrajoso espera sentado al pie de una de las puertas selladas del Paraninfo. Él sabe que apenas Elvia, la buena Elvia, acabe de sembrar arroz en la Plazuela San Ignacio, le va a entregar la coca para que la desocupe toda.

■

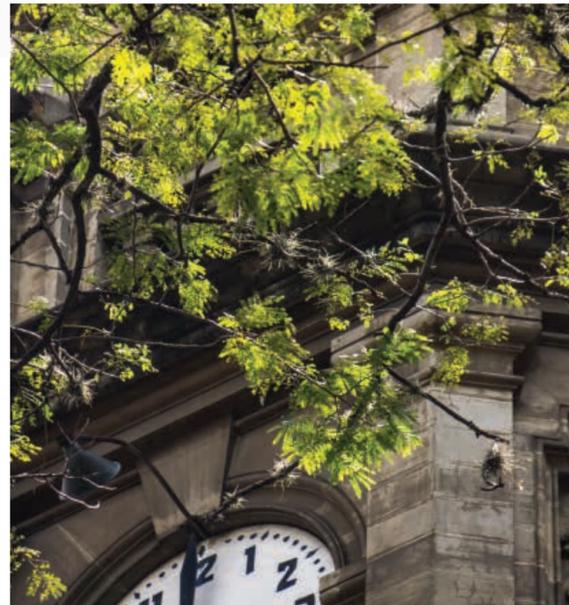
Viñeta x10





Piñón de oreja, *Enterolobium cyclocarpum*
Familia *Fabaceae* (Subfamilia *Mimosoidae*)

Originario de Centroamérica y el norte de América del Sur



Jueves 1 de agosto de 2013, 9:20 a.m.

Es una mañana fresca. Dos viejos, cada uno con un vasito de tinto en la mano, conversan en una banca frente al despacho parroquial. No se miran fijamente ni se tocan. Es como si le hablaran a la gente que pasa.

–Y apenas se muera...

–Ah no, apenas me muera ya pa qué. Ellos, ellos son los que deberían hacer estas vueltas. Uno ciego, sordo, que no anda bien, por aquí en la calle, y ellos en la casa haciendo nada.

–Mmm... El yerno mío sí me ayuda con esas vueltas, oiga.

–¿Cuál? ¿El esposo de la veterinaria?

–La bacterióloga... Sí, lo que pasa es que ahora está trabajando mucho, pero ese sí me colabora.

–¿Y el hijo suyo que está en Panamá sí llama de vez en cuando?

–Sí, él llama a la mamá... Ese es un avioneto. Vendió todo lo que tenía y arrancó para allá.

Verde de todos los colores

Por LÍDERMAN VÁSQUEZ

Cuando la gripa te sitiaba y el cuerpo era una ciudad a punto de rendirse, hacía su aparición el agua tibia del matarratón, agua verde, preparada con las hojas de ese árbol bendito. Después del baño todo era distinto y, por lo general, el malestar remitía. En los días de canícula, si caminabas largas distancias, debías poner hojas de matarratón en el interior del sombrero y la jornada se hacía menos ardua.

Vi hachas derrotadas por el tronco indómito, hachas que terminaban con el filo mellado. Los barcos que viajaban hasta las islas de San Blas, en Panamá, los mismos que remontaban el Atrato para abastecer los almacenes de los pueblos costeros con artículos de primera necesidad y regresaban llenos de coco o de madera, tenían las cuadernas hechas con el tronco del matarratón.

En la época del año en que florece, las muchachas que se han vuelto pintonas como los mangos en cosecha no quieren saber ya nada del estudio, solo sueñan con ser rozadas, hurgadas, comidas, conjugadas... La floración de este árbol, cuyas hojas son alimento para el ganado y abono para la tierra, en el imaginario del campesino costeño está muy ligada a esa otra floración.

De todos los árboles del mundo el matarratón ocupa un lugar especial en mi recuerdo. Mi madre, mi abuela, mi abuelo, la señora Aura, don Silvestre, seres que ya no están, y algunos que están todavía, vienen, cuando los evoco, enredados en la fragancia de este árbol mitológico.

Al cambiar la geografía, cambian el clima, el dialecto, la piel, los nombres, las costumbres, los árboles. Lo que a nivel del mar era pata de vaca, o simplemente pata, aquí, a más de mil 500 metros sobre el nivel del mar, es casco de vaca; las acacias, que dan un fruto similar al del guamo y parecen matronas obesas sentadas enfrente de sus casas, se tornan delgadas, como la leucaena, o un poco más robustas, como la acacia amarilla. Ya no hay matarratón, ni guácimo, y es una rareza encontrar una palma de coco tan lejos del mar.

Pero esta, la ciudad donde vivo desde hace tantos años, y a la que no he podido aprender a tutear, en la que nacieron mis

hijos, que sí la tutean, es verde todo el año, “verde de todos los colores”. No obstante, la mayoría de las personas ignoran el nombre de los árboles. Conviven durante décadas con una frondosa *pandurata* y apenas si la ven; saben que hay árboles en la zona verde de la unidad, en las aceras, en los parques, pero es como si no existieran.

Todas las civilizaciones se construyeron con árboles: fueron leña para avivar el fuego, mango para el hacha, garrote, lanza, flecha, arco; se convirtieron en canoas, cuadernas, remos, altares; son el papel de que están hechos los libros, y hasta hace poco, cuando el mundo era todavía lento, fueron cartas portadoras de buenas y malas noticias. El roble, utilizado por su dureza en la elaboración de mangos y lanzas, fue el árbol de Zeus; el Fresno, el árbol de Poseidón. El delicado Apolo, que, inflamado por el deseo, persiguió a Dafne, debió conformarse con abrazar el tronco del laurel en que esta se había convertido y mojar con sus lágrimas la áspera corteza que antes fuera su cintura. No fue correspondido en el amor, no pudo desfogarse en el bello cuerpo de la muchacha que huía por el bosque, pero las hojas siempre verdes de ese árbol adornan la cabeza de los vencedores. ¿Y de qué si no de roble estaban hechas las cuadernas del Arca?

Durante años no me interesaron los árboles. De los que nos ofrecen sus frutos sabía el nombre: mango, pomo, guayabo, zapote, aguacate, guamo, naranjo, guanábano, etc. Con el sabor que las frutas nos prodigan aprendimos sus nombres. Los innominados, en cambio, eran simplemente “el árbol”. Como esas personas que encontramos a diario porque frecuentan las mismas calles que nosotros, a las que reconocemos pero nunca saludamos, así, los árboles...

Inquiriendo a personas mayores, memorizando la silueta de los troncos, la disposición de las ramas y la forma de las hojas, aprendí a distinguir el urapán, el terebinto, el tulipán africano –también conocido como miona–, el carmín y el cámbulo. Consultando en libros me enteré de que el urapán es el mismo Fresno de las batallas homéricas; que el terebinto es la misma encina, dura como la roca, resistente al rozamiento, usada por los antiguos en la fabricación de ruedas. De encina eran las ruedas del veloz carro de Aquiles y sus veloces flechas, y el mango del hacha de Heracles; de encina era la lanzadera que iba de un lado a otro del telar, guiada por las expertas manos de la ambigua Penélope. El dios del Antiguo Testamento, de corazón tan duro como una astilla de encina, eligió este árbol para revelarse a sus profetas. Hay terebintos en todo Medellín, pero el más frondoso, con sus ramas enredadas en un afro



compacto que no deja pasar la luz del sol, está en Suramericana.

Quizá el árbol que más abunda en nuestra ciudad es el urapán. Lo encuentras en el Parque de Boston, en el Parque Bolívar, en la Plazuela San Ignacio y en el cada día más mohoso Parque Berrío. Si quieres ver un urapán, dale la vuelta a la manzana, es probable que lo encuentres compartiendo acera con el sauce, que en la mitología griega es el árbol de Hades, el árbol del mundo subterráneo. Cuando Orfeo, dolido por la muerte de Eurídice, inconforme con el destino, decidió descender al mundo de los muertos en busca de su amada y cantar su pérdida, nadie resistió la fuerza de su canto. Las lágrimas corrieron por las mejillas de Perséfone, de Cancerbero, de Hades. Todos, hasta los sauces, lloraron ese día.

Unas cuantas cuadras y encontramos completa la historia de la llamada cultura occidental: el espacio geográfico donde nació la filosofía, el teorema de Pitágoras, la tragedia; y el desierto donde nació el Dios invisible. Hasta podría resultar más pedagógico enseñar la filosofía en las calles, hablando de urapanes, sauces y encinas, que en un salón repleto de sillas incómodas.

Pero en los colegios no quieren saber nada de árboles. Están obsesionados con las competencias y cada año sacan estudiantes menos competentes; los proyectos de educación sexual son los más importantes, y sin embargo las adolescentes se embarazan pronto; se enseña urbanidad y se ignora todo sobre la ciudad. Laboré en un colegio rodeado de árboles. Había urapanes, chiminangos, terebintos, leucaenas, búcaros y carmines. Nadie sabía identificarlos, ni les interesaba, aunque era común la expresión “sentido de pertenencia”: con el colegio, con la ciudad, con el país.

Conocer los árboles, saber nombrarlos, es ir al encuentro de nuestra identidad, de nuestra verdadera historia. ¿Por qué en las calles y parques de mi ciudad hay tantos árboles europeos y tan pocos árboles nativos? Los europeos conquistaron un continente, pero no lo conocieron. Ignoraron su flora, las creencias de sus habitantes, la diversidad de sus lenguas. Árboles nativos como el chiminango, el búcaro, el gualanday, el carbonero, el confite, el piñón de oreja, que puedes encontrar en cualquier parque, no dicen nada sobre

las culturas amerindias. ¿A qué deidad estuvo consagrado el búcaro? ¿Qué dios mojó con sus lágrimas la corteza del chiminango? En la imposibilidad de responder a estas preguntas está nuestra identidad. El fresno, el sauce, el gualanday y ese otro árbol, la lengua, nos recuerdan, como lo dijo el poeta mexicano Octavio Paz, que somos y no somos europeos. La ambigüedad de ser y al mismo tiempo no ser es nuestra marca.

Bajo los árboles transcurre la vida. Vagabundos, desempleados, vendedores de confites manoseados buscan en los parques el cobijo de un árbol.



Compartía la banca con un anciano, y entre ambos estaba la pequeña caja llena de cigarrillos, confites y galletas, un termo de tinto y vasos desechables. Me acerqué. A ella le pregunté cómo se llamaba el árbol bajo el cual ofrecía su precaria mercancía. Me dijo que no sabía, pero que varias veces le había servido como parapeto para ofrecer sus raticos. Al principio no capté el mensaje, como tampoco que se trataba de un hombre. Tenía entre cuarenta y 45 años, los labios pintados, y vestía blusa y falda. Me dijo que hacía años se llamaba Gustavo, pero que se cambió el nombre y ahora se llamaba Natalia, “aunque debería llamarme Gustaba porque ya no gusto”. Trabaja en esa banca, bajo ese árbol, desde hace diez años, todos los días, excepto cuando hay Sanalejo. Cogió mi periódico y leyó en voz alta su horóscopo y el de su novio. Pregunté cuándo se dio cuenta de que era distinto. “Desde siempre –dijo–. Toda la vida me gustaron las cosas de mujer, la suavidad de la ropa interior. Siempre usé calzones, ahora no los uso, ni brasieres. Cualquier día se cae este palo –y señaló el tronco del árbol– como se cayó el mío. Ese de ahí, frente a usted, lo mocharon hace como dos semanas; si cortan este quedo damnificada”.

Caminando por La Playa conocí a don Alfonso. Le gustan tanto los árboles que me acompañó hasta el Parque de Boston y los fue enumerando. Dijo que el urapán parecía una peste, estaba en todas partes. Nos sentamos en un muro a descansar porque sufre de ciática, y me contó que antes, cuando le preguntaban cómo se llamaba un árbol, decía Palo Escobar: “ahora



no digo así”. Su padre, finado ya, se llamaba Rodrigo y era topógrafo. Más o menos en 1964, por los lados de Argentina, había buenos restaurantes en los que su viejo acostumbraba almorzar, y un adolescente lavaba el carro en que se movilizaba. Como era muy trabajador, el pago siempre fue generoso, y alguna vez le regaló una muda de ropa. El muchacho, agradecido, decía que tranquilo, que a él no le cobraba, a lo que don Rodrigo respondía que se dejara de cosas, que él solo quería ayudarlo. Durante años no lo vio. Avanzada la década de los setenta se presentó, hecho un hombre, en la oficina: “don Gabriel, usted todavía en medio de sus cachivaches de topógrafo”, dijo. Quería saber si en San Antonio de Prado, de donde era el viejo, se podía conseguir una finquita. Don Gabriel le dijo que sí, que había un señor vendiendo dos finquitas muy buenas, como de hectárea cada una, muy cultivadas. “¿Cuándo me puede acompañar?”. Don Gabriel, que estaba desocupado, dijo que si quería podían ir ya: “así fue como Pablo Escobar recompensó a mi papá con dos fincas”. Le siguió haciendo regalos que el viejo aceptaba agradecido. Cuando todo se volvió un infierno para el capo, dejó de decir Palo Escobar. “Si alguien lloró la muerte de Pablo fue mi viejo”.

Seguimos caminando hasta el Parque de Boston. En Caracas, una cuadra antes, nos llegó el olor de los cadmios. “Estos son los reyes; si hubiera más cadmios en las calles, sería el cielo”, dijo.

Nos despedimos después de darle una vuelta al parque. Ya no me fijé más en los árboles. El olor de los cadmios se esfumó. Solo me quedó la sensación de que Pablo Escobar estaba en todas partes, como los urapanes.



Pan y parque

Por JULIÁN ESTRADA

Muy poca gente habita hoy el Centro de Medellín; sin embargo, según cifras de la alcaldía, de lunes a viernes su población flotante rebasa el millón y medio de personas, y los sábados y domingos mengua en las calles para concentrarse en los parques, que se atiborran de puro pueblo.

Hablaremos de parques tradicionales, hoy transformados en algo muy distinto a lo que fueron: Bolívar, Berrío, Boston y Plazuela San Ignacio; y también de parques modernos que invitan al habitante común a disfrutarlos: San Antonio, Plaza Botero y la de Cisneros.

En estos parques hay dos clases de habitantes: quienes viven del parque y quienes entretienen su vida en el parque. Los primeros son un ejército de hombres y mujeres que trabajan de sol a sol ofreciendo todo tipo de mercancías, desde antifaces de Batman y paletas de mango biche, hasta “la suerte” en el pico de un periquito o, con discreción de carterista, billeteras Hermes impecablemente falsificadas. Los segundos forman un amplio espectro de perfiles, cuyas vidas transcurren allí no por voluntad propia, sino como mecanismo de defensa, terapia y estrategia: en el parque se contempla el guayabo, se olvida la trifulca familiar, se huye del arrendador, se piensa en las téticas de la vecina, se hacen volutas de humo con cualquier semilla y se come bueno, bonito y barato.

Los habitantes de estos siete parques forman una multitud caleidoscópica y a la vez homogénea; convergen en ellos personas nacidas en la ciudad, con orígenes mayoritariamente campesinos, y otras provenientes de los 125 municipios que conforman el departamento, además de las que vienen de lejanas latitudes con costumbres diametralmente opuestas. De tanto sudar, sufrir y gozar juntos, hoy son el mismo pueblo, pues han mezclado sus historias, creencias, lenguajes y cocinas para consolidar una auténtica cultura urbana. Este gentío genera ante todo una oferta y una demanda de sabores y aromas que confirman la importancia de la cocina como elemento de cohesión social.

En cada uno de los parques hay un artesanado culinario, con una variedad de propuestas ora cocinadas, ora al natural.

Carretillas que semejan bodegones para almanaques de publicidad con chontaduros, mandarinas, aguacates, mangos, bananos y las famosas “fresas de Oriente”: fragmentos ambulantes de la plaza de mercado. Canastos llenos de sabores emparentados por la harina de yuca y de maíz, buñuelos, pandeyucas y pandequesos exhibidos en panaderías esquineras y tiendas; vitrinas preñadas de empanadas, pasteles y papas rellenas, acompañadas del inefable frasco con ají que sirve como marca y anzuelo de exclusividad. Hornillas de carbón alentadas con secador de pelo que sueltan aromas de carne de primera, asaderos improvisados que ofrecen chorizos, butifarras, salchichón: la proteína al alcance de la moneda de mil. Ollas rebosadas de frijoles en fina tinta y enormes calderos llenos de arroz blanco; parasoles multicolores que sombrean almuerzos de menú variado impecablemente empacados: pollo, cerdo, res o albóndigas, ensalada de remolacha y tomate o repollo y zanahoria. Versátiles vitrinas con jugos de todas las frutas y todos los colores; el guanabanazo y el borojazo son tradicionales del Parque Berrío. Triciclos con remolques atiborrados de coco en todas sus versiones; parihuelas con magistrales cortes de mango, piña y sandía. Esta pantagruélica oferta popular es la verdadera economía del rebusque. Allí se cruzan todo tipo de empresarios, desde magnates del tamal y el salpicón con verdaderas microempresas familiares, hasta el más paupérrimo vendedor de confites y gomitas cuyo inventario total no vale lo que su pernoctada diaria.

Uno por uno

La contemporánea Plaza de Cisneros no tiene todavía habitantes arraigados, es ante todo un lugar por donde cruzan diariamente miles de personas con destino definido. Sobre San Juan, frente a La Alpujarra, hay dos puestos de frutas acreditados por el tiempo, única oferta informal de comida que ofrece la plaza.

El Parque Berrío es la pepa; allí llega todo el mundo y el que no llega fue que se pasó. Este parque tiene la mayor oferta de ventas ambulantes de comida de la ciudad, además de una contundente variedad de cafeterías, restaurantes, panaderías, asaderos de pollo y pizzerías. Los almuerzos a dos mil que venden frente al atrio de La Candelaria son el sello del parque. La modalidad “recién servido” es la más exitosa con su carta de sudado de pollo o carne, papa, yuca, arroz blanco, ensalada y jugo.

Una pareja de esposos despacha desde su humeante carrito de mercado a la amplia clientela conformada por los propios del parque:

músicos, bailarines, tinteras y vendedores ambulantes; tienen como vecina, ahí mismo sobre Palacé, a Claudia, quien ofrece almuerzos empacados al mismo precio. También funciona en el parque una ingeniosa empresa con una flota de vehículos acondicionados y ubicados en esquinas estratégicas, que ofrecen hamburguesas, perros y pizzas con un nombre más que apropiado: El Trío Paisa.

Asimismo están las vitrinas con jugos, algunos de sospechosos colores fluorescentes –verdes, fucsias y naranjas–, y otros lechosos de guanábana y ponche. El mango biche de un verde estallado y el chontaduro entero o preparado con miel aparecen en cada esquina, así como las gelatinas blancas empolvadas que se exhiben junto a los buñuelos. Además, recorren el parque heladeros que ofrecen chococono a 500. Pero el producto más popular es el tinto o perico de termo.

En la noche, cuando la pachanga está en todo su furor, llegan los asaderos ambulantes que aportan un olor a carne digno de cualquier fiesta. La escena termina con la fritadora de empanadas a los pies de Pedro Justo Berrío, quien con un gesto dócil parece dar su aprobación a todo cuanto ocurre alrededor.

En la Plaza Botero la oferta de mecató y comida está definida por la demanda de los turistas. Es el sitio obligado para los visitantes trasatlánticos y los de Angelópolis, Yalí, Betania o Titiribí, quienes se toman la inevitable foto bajo la cuca de una de las gordas de Botero.

Allí pululan las carretillas con todo tipo de frutas, los dispensadores de jugo, los vendedores de helados y, ni más faltaba, los de tinto. Por supuesto, se venden también crispetas, guarapo y salpicón. Para aquellos hastiados de las carnes abundantes de las esculturas de Botero está Govindas, templo Hare Krishna con vista a La Veracruz; y para el oficinista clásico hay todo un surtido de corrientazos y típicos en los almorzaderos de Calibío. La Cevichería Miramar ofrece sus poderosos reconstituyentes en el sector de la Plazuela Nutibara, jugos y malteadas con poderes afrodisíacos que se anuncian entre el ruido de las licuadoras.





El Parque Bolívar es refugio y sombra de miles de ciudadanos que desde las primeras horas de la mañana hasta muy entrada la noche conversan, discuten, declaman y opinan de lo divino y lo humano. Allí se establecieron las primeras familias antioqueñas, que fusionaban platos franceses con recetas paisas. Paradójicamente hace un cuarto de siglo, en la mansión más representativa de aquella época, funciona uno de los más famosos restaurantes populares de la ciudad: La Estancia. Allí la oferta diaria consiste en arroz, frijoles y presa de carne a gusto del comensal; el módico precio de tres mil 900 pesos saca de hambrunas a una horda de secuestrados por la pobreza. Un grupo de mujeres chocoanas se ubica sobre el andén de la calle Caracas frente a sus tiznadas hornillas, donde ofrecen, a granel y en cantidad, chuzos y carnes asadas.

En el parque sobrevive el viejo espólón de Ostras Marbella y la pastelería Santa Clara. Para quienes buscan postres ambulantes están las crispetas, el copito de nieve, el coco dulce, las panelitas y, si se trata de perderse un poco, los *brownies* de marihuana que se ofrecen en el popular Sanalejo.

El Parque de Boston es muy diferente al resto, tanto por su ubicación como por sus visitantes. Los fines de semana el parque se llena de gente. Su atmósfera de familiaridad impresiona al caminante desprevenido, pues pareciera que todo el mundo se conoce y que aquella función de “lugar público para una recreación democrática” se cumple al pie de la letra.

El parque tiene una enriquecedora oferta de mecato que va desde lo más clásico: algodón dulce, pirulíes, solteritas, obleas con arequipe, gelatinas blancas, cremas de coco, melcochas, empanadas, papas criollas, helados; hasta lo más contemporáneo: panzerottis, salchipapas, chuzos, nachos y pizzas.

La Plazuela San Ignacio tiene apariencia de pequeña plaza europea, reforzada por su arquitectura y por la presencia del Paraninfo y de la iglesia que le da nombre. En esta plaza la oferta de comidas y de mecato ha sido una vieja costumbre; la razón es sencilla: en ella y sus alrededores funcionan todo tipo de institutos, colegios, academias y universidades, con una población estudiantil ávida de saciar el hambre que produce asistir a clase. Famosas fueron las vendedoras de arepas venidas desde Santa Elena y La Toma, y las de buñuelos y pandequesos; famosos son los carritos de viruta de mango biche y las carretillas de piña, papaya y

sandía; y también lo son las arepas asadas con queso de dudosa procedencia que impregnan la atmósfera por varias cuadras a la redonda. El puesto de solteritas y obleas ha resistido el paso del tiempo, y ha incorporado la venta de artículos religiosos como camándulas, escapularios, estampitas y novenas de San Ignacio o la Madre Laura.

El Parque San Antonio es un verdadero fenómeno social. Todo el mundo sabe que allí se da cita la colonia chocoana de Medellín. En este parque el pueblo negro goza al límite y de manera espontánea, pues ha sabido trasladar allí todos los encantos de su tierra: su alegría, su indumentaria, su vanidad, su música, su baile y su cocina. Quien quiera disfrutar de la cocina del pacífico debe acercarse a este parque donde abundan excelentes restaurantes con recetas de diferentes lugares del litoral: atunes de Bahía Solano, sancochos de carne *salá* de Buenaventura, muelas de cangrejo y atollaos de camarón de Tumaco, guiso de muchillás de Juanchaco, tamales de plátano verde y camarón de Guapi.

Este rápido recorrido evidencia una paradoja contundente: el Centro de Medellín, que durante años fue habitado principalmente por las clases sociales más acomodadas, y que además constituyó un amplio, plácido y silencioso sector, hoy es el lugar predilecto de las clases populares, pues los estratos altos solo asoman por circunstancias especiales, como la visita de una tía pobre o la revalidación del pasaporte. Es un hecho: el Centro es pueblo.







Memorial de parques

Por EDUARDO ESCOBAR



Si bien me acuerdo, en los buenos tiempos de mi infancia, para calificar de algún modo aquellos años imponderables, los parques en Medellín eran unos adornos urbanos que apenas tenían que ver con la vida como era, como se vivía de diario, y solo nos estaban permitidos a los niños los domingos, como los zapatos de charol comprados en el almacén de Ruperto Echeverri, el corbatín de gancho y el vestido Everfit azul oscuro de ir a misa.

Después de cumplir los deberes con las divinidades y de oír el sermón de siempre que nos ponía invariablemente entre la gloria y el infierno, los parques se convertían en un ensayo breve y efímero del ideal de la democracia. Las muchachas del servicio y los obreros de todas las pelambres se mezclaban con los secretarios de todos los estatutos y con los contadores de la más diversa importancia, y hasta con los gerentes de las fábricas y los dueños de los almacenes, que antes de montarse en sus anchos automóviles recién bañados hacían una pausa católica bajo los árboles para que sus niños con los niños de los otros, sin distingos de clase, raza ni partido político, se entregaran al placer igualitario de pasar las lenguas húmedas recién purificadas por la eucaristía sobre las bolas de los helados rosados, azules, verdes y amarillos encapsuladas en crujientes barquillos.

Bueno, ya entonces existían lo que hoy llaman inequidades, pero entonces pertenecían más al reino de la teología que a la sociología y formaban parte del juego de los inescrutables designios de la Providencia. Los niños de algunos —sí, los de los gerentes, y los de los dueños y los de los secretarios de alguna jerarquía— lamían bajo los follajes helados dobles con un alarde de chocolate desde la cima hasta los codos. Pero todos, por distintos que fueran, estaban soportados por un frágil cono de galleta, del mismo modo como, según el sermón repetido, todos estábamos igualados por la base de nuestra frágil condición mortal.

Las palomas circulaban entre los rutilantes zapatos de todos alertas al grito de desesperación de algún crío que anunciaba la caída del botín para estas ratas del aire. Los voceadores de periódicos anunciaban sus papeles con la última noticia y los monitos —Benitín y Dick Tracy— que alegraban el día del Señor. A veces un faquir comía vidrio molido o se revolcaba sobre una cama de clavos. Y el manager del loro adivino emplazaba al artista vendedor de suertes junto a la estatua. Casi todos los parques eran el espacio de una estatua solitaria cuyo pedestal servía como mingitorio

nocturno de borrachos, referencia de citas con amigos torcidos y de encuentros de soldados con sus amantes, y para poner de año en año, al son de una trompeta y con la presencia del gobernador y el presidente de la academia de historia, una ofrenda floral que después hacía de cama de un perro callejero hasta que se deshacían las cintas y los pétalos entre las pulgas.

A propósito de trompetas, los parques solían ser también el escenario de unos acontecimientos que nunca perdían encanto aunque se repitiesen cada semana: las retretas. Entonces, la gente alimentaba su sensibilidad embotada en el trabajo, boquiabierta alrededor de una banda de vientos que tocaba como mejor se podía cosas de Rimsky-Korsakov y los mismos valses de Strauss y un himno, siempre el mismo, y un bambuco que a veces cambiaban por un pasillo. O así pasaba en todo caso en el Parque Bolívar de Medellín, que fue el que yo frecuenté con más asiduidad aquellos años inicuos del crecimiento.

Ningún otro parque de la república, que se haya sabido, contó con un director de banda tan singular como el del Parque Bolívar. El señor Joseph Matza era un húngaro, según me parece, o un checo, pequeño como un gnomo, que dirigía con una cara de mal humor ostensible mientras las mejillas rosadas como las nalgas de los recién nacidos le retemblaban al son que les tocaban. Decían los malhablados que era alcohólico, y en efecto a veces cruzaba la carrera Junín haciendo eses, unas eses discretas, recogidas, minúsculas, digamos. Decían que le gustaban las lolitas. Y bien puede ser porque a veces sonreía a solas como si llevara un recuerdo de enamorado por dentro. Yo no sé. Sé que Matza me inspiraba una gran compasión. Era obvio que no era feliz en su oficio. Y supongo que andaba corroído por alguna nostalgia de su patria gitana, evidente por el modo en que al final de la tarea echaba la batuta en la maleta de las partituras, se limpiaba el sudor de la calva con un pañuelo immaculado y se iba sin despedirse de sus músicos.

Los parques eran cosas de los domingos en todas las ciudades de respeto. El resto de la semana eran un lugar prohibido para la gente normal y servían como hogar de paso de vagos bostezadores, gentes sin oficio y que no lo buscaba, borrachos irredimibles, y perdidos como ese primo mío Puerta que se parecía a Julio Flórez y que nunca sirvió para alguna cosa fuera de estarse sentado desde por la mañana en el Parque Bolívar,

contemplando las motas de los balsos mientras emprendían su vuelo de la carrera Junín hacia La Playa, donde desaparecían ahogadas en los orinales del bar Zoratama frente a París Moda.

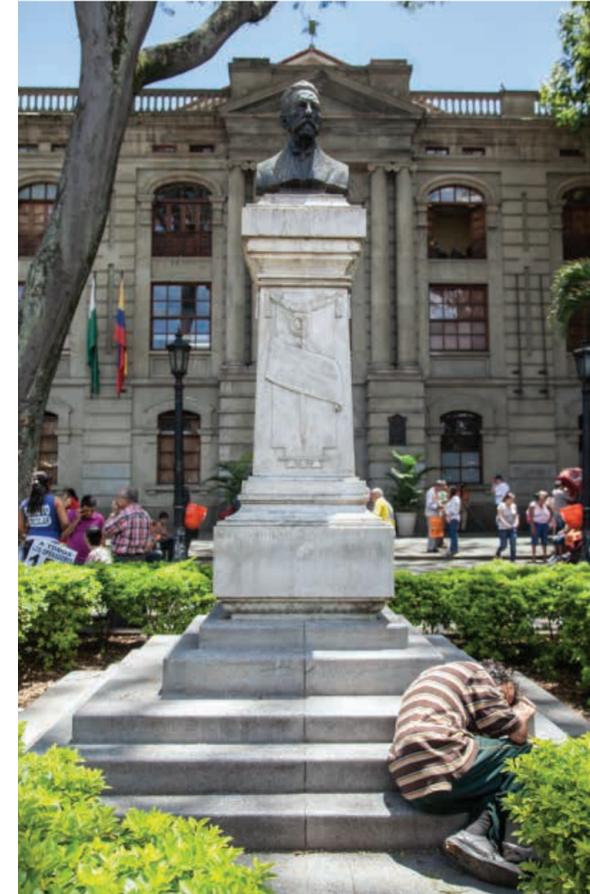
Los nadaístas, como en muchas otras cosas, fuimos precursores en romper el tabú de los parques y contra la opinión de nuestros padres nos hicimos sus habituales. No solamente del Bolívar. También nos gustaban los otros. El parque del Barrio Obrero, que más que un parque parecía una herida de polvo en la ladera del Pan de Azúcar. El de Boston, si bien recuerdo guardado por un león de bronce a la pata del héroe Córdova. El de Laureles, allende el río que según el poeta partía la ciudad en dos tajos de hierba. Y el Bosque de la Independencia que hoy llaman el Jardín Botánico, entre cuyos árboles centenarios, en un feliz abandono en aquellos tiempos en que las autoridades municipales no contaban con los ecologistas y no se hablaba de biodiversidad ni de recursos hídricos, íbamos los nadaístas a fumarnos los primeros cachos de marihuana en los botes del lago, donde aprendimos a remar y a alucinar lejos de las interrupciones impertinentes de la policía. La marihuana era todavía reputada de maldita. Y un aromático moño en el bolsillo o una simple chicharra ponían al aspirante al borde de la colonia penal de Acacias o de la misma Gorgona rodeada de tiburones, por temporadas de un año más largo que el putas en semejantes lugares.

Seamos justos: antes de los nadaístas otros integrantes de la clase media intelectual habían adoptado los parques sin vergüenza, contra el respeto humano. Por ejemplo, el grupo de Manuel Mejía y Óscar Hernández se reunía al crepúsculo en las bancas de granito del Parque Bolívar, en el costado de la carrera Ecuador, frente a la recién inaugurada Heladería San

Francisco. Pero en fin, los nadaístas nos atrevimos a gastar nuestros ocios abundantes y extensos en la exploración de las bancas del centro y del lado de Palacé, más infectas y poco recomendables, donde dormían los alcohólicos de la parroquia con sus vestidos ajados sobre periódicos viejos y donde encontramos personajes estrambóticos como 'Papita', de quien nos hicimos muy amigos dariolemos y yo. Ya no me acuerdo por qué llamamos Papita a este hombre oriundo de Finlandia, que solía hablarnos de un pasado milagroso y cancelado, de sus clases de teatro con Stanislavski no sé dónde y de su amistad con Mario Moreno 'Cantinflas', aunque suene incongruente. Un pasado que repasaba sin orgullo ni amargura.

Volví a ver a Papita muchos años más tarde en la Secretaria de Cultura del municipio, cuando funcionaba donde hoy está el Museo de Antioquia, vestido con pulcritud, con un gran corbatín de artista y sin los tufos y los hipos de antes. Pero no quisimos saludarnos por respeto a esos días aciagos cuando comía grillos, que dicen eran el pasante de los alcohólicos de antes que solventaban su vicio con el alcohol de las farmacias. Los demás lo usábamos para desinfectar las heridas del cuerpo. Ellos lo echaban sobre las lamosas heridas del alma.

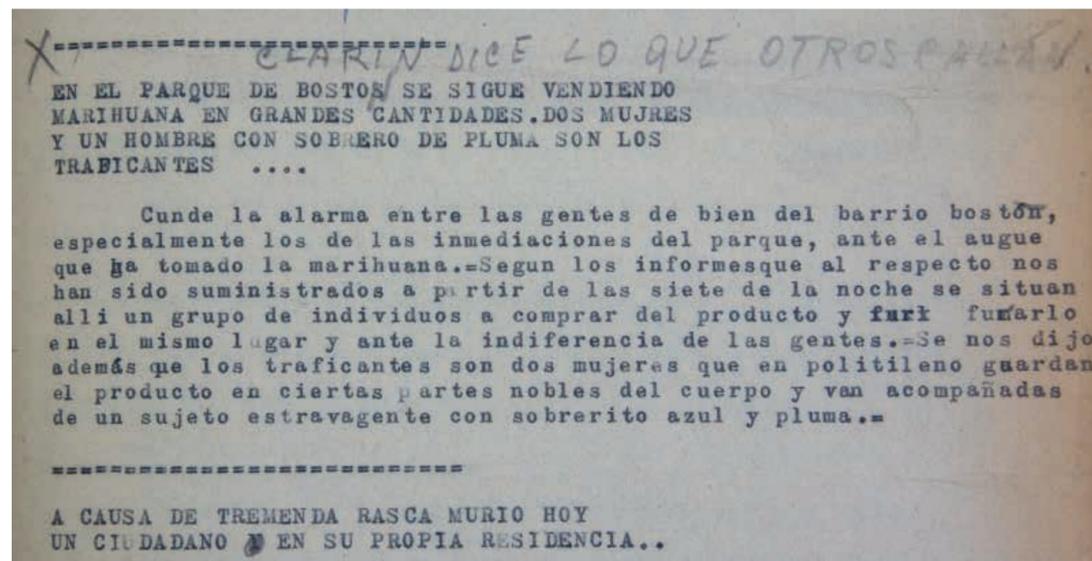
Tal vez las nuevas generaciones no lo sepan, pero en los alrededores del Parque Bolívar vivían los ricos de la parroquia, la aristocracia antioqueña que ponía la cuota de los ministros y los embajadores del gobierno central, o mejor dicho, la plutocracia, porque en Medellín todos, incluidos los blancos, eran inmigrantes de los pueblos de la periferia, hijos y nietos de finqueros y arrieros que habían sentado cabeza. Y mi padre, recuerdo bien, cuando logró liberarse del destino del burócrata de segunda en la industria incipiente, en bancos e instituciones gubernamentales,



y se convirtió en anticuario, vio por fin la hora de situarse donde creía merecer. A pesar de las dificultades económicas, mi padre jamás dejó de sentirse un príncipe, y al mejorar las cargas compró un flamante apartamento en las proximidades del parque, donde pensaba que vivían los de sangre azul. Pero le bastó asomarse al balcón del octavo piso el primer día para darse cuenta de la desgracia. Lo que en su ingenuidad infinita él llamaba "gente bien" se había trasteado a El Poblado, y el Parque Bolívar se hallaba convertido en un antro. En un gran basurero social. Cuando los planificadores de la ciudad decidieron erradicar las gentes de mala vida del barrio Guayaquil, el de las putas, los jíbaros y los raponeros, tan solo consiguieron regar las lacras que pretendieron curar por los cuatro puntos cardinales de la ciudad. No pasaron muchos días antes de que mi muy digna madre al salir oronda a su misa en la Basílica Metropolitana fuera asaltada a mansalva por una pandilla de maleantes que se le llevaron la cartera, los aretes de zafiro, y hasta el anillo de esmeralda que yo le había regalado un día de la madre a ver si me perdonaba las malas horas que le hice pasar con mi comportamiento, cuando decidí por mi cuenta que

no quería ser un hombre de bien como aquellos que ella y mi padre tanto admiraban, sino un poeta de parque negado para los negocios honrados y hasta para los otros que poco a poco se iban poniendo de moda en aquella ciudad querida que ya no existe. Y que jamás ha de volver. Y cuyos únicos monumentos visibles son ahora el Bolívar de siempre, muy serio en su caballo, y Óscar Hernández, el poeta que vino a publicarme con su amigo Manuel Mejía mi primer libro de versos. Que Dios los perdone.

A modo de coda debería contar cómo mi padre también huyó del Parque Bolívar a las lomas en busca de refugio, como toda la gente que se preciaba de serlo. Y cómo descubrió que se había convertido en vecino de Pablo Escobar y sus amigos, que además cegaron las servidumbres de su finca cerca de El Escobero, llenándolo de amargura, pues no había con quién pelear y no hubo abogado que se atreviera a defenderlo. Creo que mi padre al fin se murió de eso, de correr en busca del buen lugar que creía merecer. Agobiado por la decepción y la impotencia. Pero esa es otra historia.

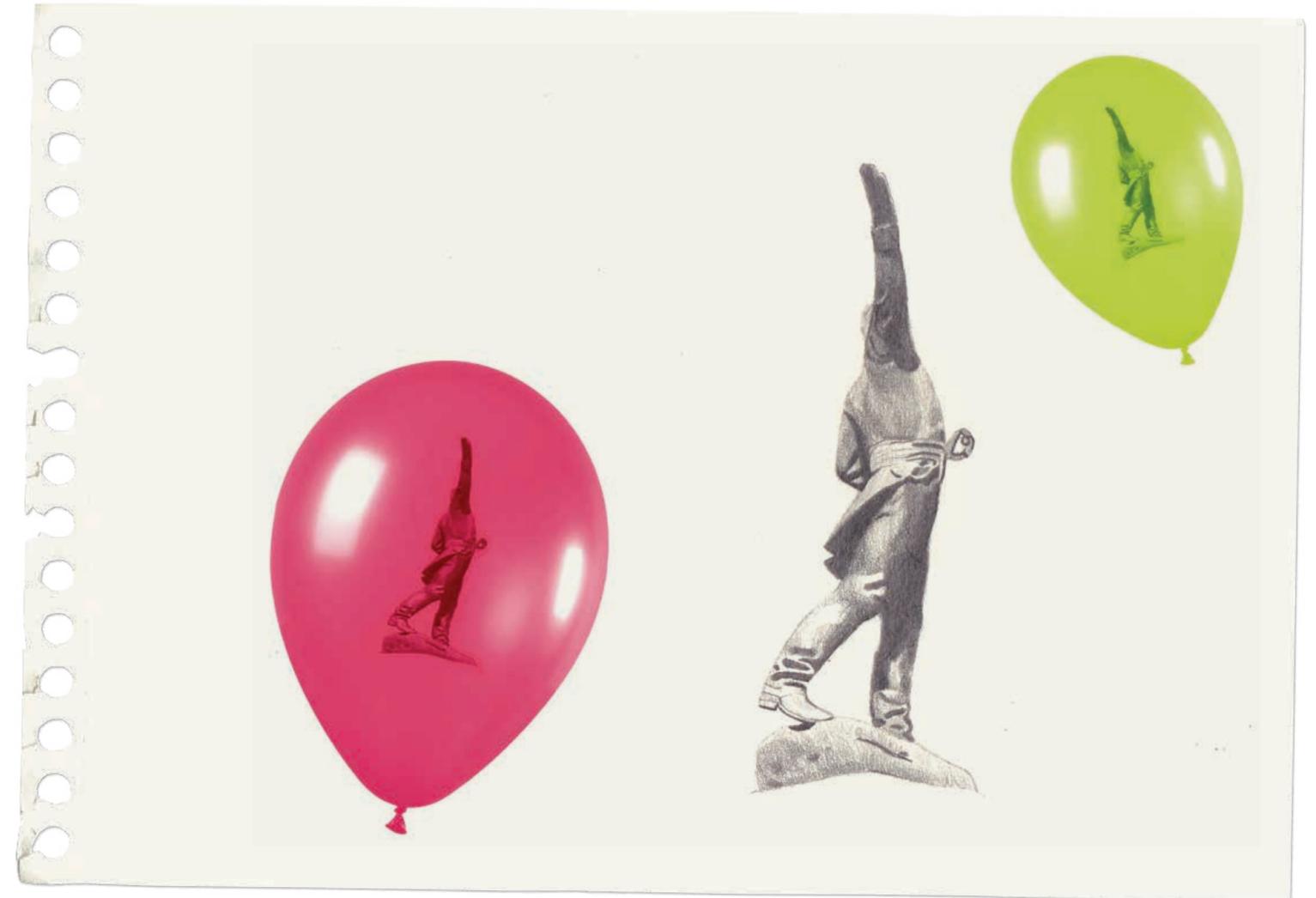


Las alertas del Radio Periódico Clarín sobre los malevos en los años sesenta hoy suenan tiernas con el dibujo de hombre con sombrero de pluma.

Parque de Boston

“Lugar muy simpático es, adornado de árboles donde se recibe aire fresco y puro. Se le cambió el nombre por el de la plaza de Sucre, sin que del gran Mariscal encontremos allí nada más que el nombre, porque lo que adorna el centro de este sitio es una bella estatua del glorioso José María Córdova. Como ambos grandes hombres merecen estatua y plaza, hoy le debemos una plaza a Córdova y una estatua a Sucre”.

Lisandro Ochoa. *Cosas viejas de la Villa de La Candelaria*. 1948.



1900



Surgió el barrio Boston en el terreno conocido como La Ladera, en la que fuera la finca de don Vicente Benedicto Villa. Era todavía un suburbio lejano de la Villa de La Candelaria, adonde el doctor Alfonso Castro iba a caballo a visitar a sus pacientes y a fascinar muchachos con sus propinas de centavos.

1906

El Concejo de la ciudad dictó un acuerdo para la construcción de una fuente pública en el centro de la plaza del recién fundado barrio. En dicha pila se bañaban los niños del sector cuando sus mamás no podían llevarlos hasta la quebrada Santa Elena para el aseo matutino.

1908

Por influencia de don Carlos Molina, concejal y director de la revista literaria *La Miscelánea*, el Concejo de Medellín le cambió el nombre a la plaza y a toda la urbanización por el de Sucre.

1909



El Arzobispo bendijo la primera piedra de la futura iglesia del barrio Sucre, que estaría dedicada a Nuestra Señora del Sufragio. Los planos del nuevo templo fueron elaborados por Heliodoro Ochoa y la dirección de la obra estuvo a cargo del padre Manuel J. Atehortúa.

El parque de una sola batalla

POR JUAN CARLOS ORREGO ARISMENDI

La historia de cualquier parque es, casi siempre, la de un retazo de ciudad que se transforma menos que otros y que —como si se tratara de una reminiscencia del Edén— suele conservar a lo largo de mucho tiempo un mínimo de rasgos fundamentalmente bucólicos: un gran espacio abierto, uno o varios macizos de árboles y alguna edificación vetusta arrimada al conjunto; “pedazos de campo entre las urbes”, a decir de Tomás Carrasquilla. El Parque de Boston, sembrado en la cuadrícula que forman las calles Perú (55) y Caracas (54) y las carreras Giraldo (39) y García Rovira (38), no es la excepción: nació entre las fincas de recreo que un puñado de medellinenses acaudalados habían levantado en las vegas de la quebrada Santa Elena, y hoy sigue siendo un remanso de verdura.

Las tierras en que se erigió el barrio Boston eran de Vicente Benedicto Villa, un lugareño acomodado. Con la muerte de este patricio en los primeros años del siglo XX se quebró la virginidad del feudo, pues los hijos no dudaron en retacearlo y convertirlo en lotes para la venta. Germán Villa fue el más avisado de todos los herederos: no solo fue el primero que adecuó su retazo para la urbanización, sino que cedió al municipio de Medellín un amplio cuadrado de tierra para que, con su fecundo erario, construyera una plaza. Villa tan solo se reservó el derecho de adjudicarle nombre: la llamó “Plaza de Boston”, con la intención de rendir homenaje a la ciudad norteamericana en que había vivido como estudiante.

En 1908 ya había nacido el barrio propiamente dicho, y los vecinos adelantaban gestiones con Manuel José Caicedo, arzobispo de Medellín, para levantar un templo a San Cayetano. Prueba fehaciente de que para entonces los fermentos urbanos ya hervían es que la plaza central fue objeto de intrigas politiqueras: Carlos Molina,

un vecino influyente que tenía silla en el Concejo, convirtió sus delirios patrioterros en un Acuerdo municipal según el cual el parque pasaría a llamarse, desde el 22 de agosto de 1908, “Plaza de Sucre”, en homenaje al mártir de Berruecos. Las otras evidencias del desarrollo de aquel rincón de Medellín son menos etéreas: en 1909 se puso la primera piedra del que, olvidado San Cayetano, habría de ser el templo de Nuestra Señora del Sufragio; y en 1916 ya había un cerco de casonas de tapia —con cinco o seis habitaciones en galería— en torno del parque, una de las cuales fue cedida a la comunidad salesiana para que dirigiera la vida espiritual del barrio. Bien se ve que la colonización evangelizadora marchaba con el mismo brío con que se había estrenado en América en 1492. No obstante el entusiasmo civilizatorio, el espíritu agreste del sitio no desapareció: refiriéndose a la plaza en una viñeta de la época, Tomás Carrasquilla celebró sus “bellos horizontes”, y tres décadas después el cronista Lisandro Ochoa ponderó el lugar, “muy simpático” y “adornado de árboles donde se respira aire fresco y puro”.

Quien nunca gozó de la entrañable fronda del parque fue —a pesar del mencionado Acuerdo municipal— el mariscal Antonio José de Sucre. En su gloria se vino a atravesar, en batalla sin sangre, el general José María Córdova. En 1927, como acto preparatorio de la celebración del centenario de la muerte del héroe de Ayacucho —caído en 1829—, la Sociedad de Mejoras Públicas erigió en el centro de la plaza una estatua de Córdova esculpida en bronce por el artista santarrosano Marco Tobón Mejía. El monumento, que todavía es uno de los hitos del lugar —el general, imponente, alza una mano y abre la boca para arengar a su ejército, sin que importen las grietas en el



› José María Córdova, obra de Marco Tobón Mejía.



› Barrio Sucre. 1922.

pedestal que tanto han mortificado a Fernando Vallejo—, vino a relativizar el acuerdo que declaraba a Sucre como patrono del parque. El nombre se vio menoscabado por la estatua. Lisandro Ochoa advirtió mejor que nadie lo lesivo que, para su respectiva celebridad, resultaba el encontronazo entre los próceres: “Hoy le debemos una plaza a Córdoba y una estatua a Sucre”. La comunidad se percató rápidamente de que la salida más política era el regreso al viejo apelativo de “Parque de Boston”.

Sin que importara mucho la gloria de los héroes de la Independencia, muy pronto fue el templo el que concitó todos los intereses del vecindario. Su origen, como el de todos los templos, fue humilde: los devotos del barrio, hartos de empantanarse sus zapatos domingueros en las largas excursiones hasta las iglesias de San José, La Candelaria o La Veracruz, recogieron limosnas, hicieron bazares y vendieron empanadas para comprar un lote y levantar el edificio santo. El pedazo de tierra lo vendió, al fiado, el señor Juan Bautista Isaza, quien a su vez se lo había comprado a Germán Villa. El negocio no pudo ser más piadoso: los vecinos ofrecieron a Isaza pagarle en oraciones por su alma, e invocaron como fiadora a la misma Virgen. Bajo la dirección del padre Manuel Atehortúa se hicieron los planos y empezó la construcción, amenizada de cuando en vez por la banda musical del departamento de Antioquia. El 17 de julio de 1917 se ofició la primera misa, con el templo todavía en obra negra. La imagen de Nuestra Señora del Sufragio llegó

a lomo de buey, encargada por don Fernando Escobar y señora, dos de los lugareños más píos.

Tomás Carrasquilla, en una crónica de 1919 en la que pasa revista a las plazas y plazuelas de Medellín, ofrece una rosácea imagen del corazón de Boston, engastado como una joya en medio de casas y árboles: “Allá muy arriba, no lejos de la histórica Quebrada, entre las calles de Caracas y Perú, florece, apenas en la infancia, la plaza afortunada de Boston. Su templo medio romano, medio fastuoso, bien lindo, por cierto, está para terminarse. A las Benditas Ánimas se lo han erigido, para probar una vez más que la muerte es tan costosa como la vida. Es un punto delicioso, de poesía y de frescura. En la plaza y sus cercanías albean, juntas o diseminadas, casas muy cucas, graciosas y simpáticas. El aire es tónico, cristalino, perfumado. Una alegría tranquila y saludable habita por esos lados. Quien sepa ver y admirar váyase por allá una mañanita azul o tarde blanda, para que bendiga a Dios y a sus criaturas, ante el espectáculo de ensueño que desde esta plaza se disfruta”. Ese mismo año —el 16 de julio, para mayor exactitud— se dio por terminada la iglesia, precisamente cuando el tranvía, en su ruta Sucre de tableta blanca, llegó hasta el parque. De acuerdo con la reflexión de los cronistas de Boston, fue la existencia de la santa casa la que animó al municipio a alargar hasta sus pies el tranvía, el alumbrado público y otros servicios.

Los salesianos que regentaban la parroquia, fieles a las lúdicas filosofías de San Juan Bosco, organizaron

1915



El Arzobispo Manuel José Caicedo donó a los padres salesianos la casa quinta contigua a la iglesia de Nuestra Señora del Sufragio.

1916

El barrio contaba ya con alumbrado público y luz eléctrica (apenas dos bombillas por casa), el agua era poca y llegaba en tubos de barro sin presión y sin haber sido tratada. Las aguas negras corrían desde cada casa por atanores que desembocaban en la quebrada más próxima.

1919



El 16 de julio fue terminada la iglesia. Los padres salesianos se hicieron cargo de su cuidado y de los oficios religiosos.

1919

Al caer la tarde, los niños del barrio se sentaban en una barranquita que bordeaba el parque o jugaban pelota alrededor de la fuente. Así, entre juegos, chismes y bromas, dieron vida a la famosa Barra de Oro de Boston.

1922

En una esquina de la plaza (Perú con García Rovira) se dispuso la primera estación de la línea Sucre del tranvía municipal, cuyo distintivo



era la "placa blanca". El pasaje costaba 0,05 centavos, pero obreros y estudiantes pagaban solo 0,02.

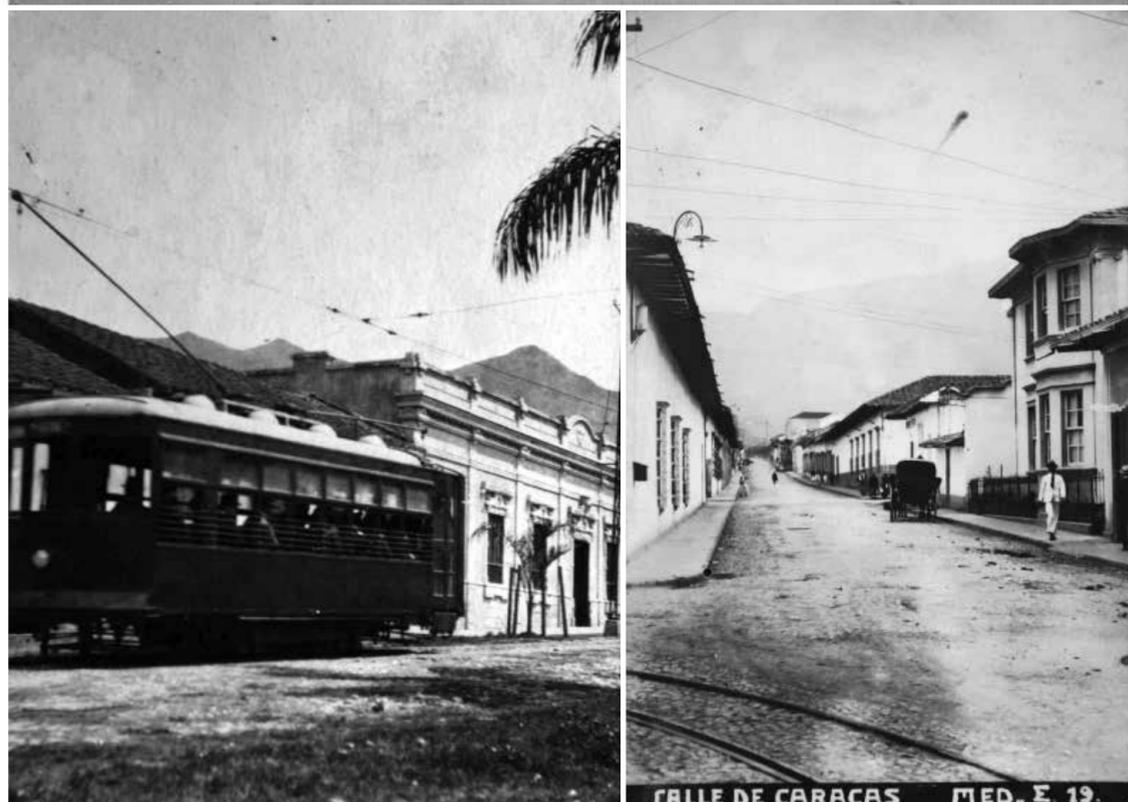
1925

En la iglesia del Sufragio, con gran concurrencia, se celebraron las exequias de 'Marañas', famoso azotacalles, bufón y filósofo de esquina, de quien se cuenta que tras la llegada de la luz eléctrica a la villa exclamó mirando al cielo: "te jodiste, Luna... Ahora, a alumbrar a los pueblos".



1927

Se inauguró, en el centro de la plaza, la estatua en bronce de José María Córdova encargada por la Sociedad de Mejoras Públicas, cuyos miembros vieron la necesidad de levantar un monumento al prócer antioqueño antes de la



- > SUP. Iglesia del Sufragio. 1922.
- > INF. IZQ. Línea de Sucre, Boston. C. a. 1920.
- > INF. DER. Calle Caracas. 1920.

actividades de catecismo con música, juegos y comida a bordo, razón por la cual los alrededores del templo —las mangas de la plaza— se convirtieron, durante el "Oratorio festivo" de los fines de semana, en un hervidero de niños de Boston y de zonas aledañas, como La Ladera, Enciso, La Aguaíta, La Toma y El Orfelinato. Quién sabe si por plegarse al entusiasmo social o por el recelo provocado por tanto advenedizo, los muchachos de Boston empezaron a reunirse frente a la iglesia, en la barranca que había entre la plaza y la calle Perú. Ese fue el principio de la mítica Barra de Oro de Boston, que fue durante varias décadas —inclusive en la segunda mitad del siglo XX— el alma de la vida social del parque y del barrio. Hay quien cuenta que el origen del grupo fueron las reuniones que los monaguillos formaban al salir de misa, a veces con el fin de oír los cuentos del padre Marcelino Báez. Lo cierto es que la barra acabó sesionando de modo rumboso en el café Manhattan, ubicado en el marco de la plaza, en la esquina suroriental del cruce de Perú y García Rovira, por donde pasaron figuras intelectuales como Eladio Vélez, Ciro Mendía, 'El Caratejo' Vélez y León de Greiff. Hasta hace poco se celebró el día clásico de la barra: cada primero de mayo, miembros jóvenes y veteranos se encontraban en la parroquia de Nuestra Señora del Sufragio para una misa cantada, seguían con un *picaíto* de fútbol que enfrentaba a las diversas generaciones y remataban en el Manhattan hasta la extinción de las reservas de aguardiente.

Las rutinas del parque dieron un giro definitivo en 1938, cuando en la casona que lindaba con el templo se abrió el Colegio Salesiano El Sufragio. La idea era formar y reclutar almas para vestir los hábitos de la comunidad, cuyo seminario estaba en Mosquera (Cundinamarca). Al principio solo se abrieron los primeros tres grados de la primaria para 113 niños, pero muy pronto creció el rebaño y fue necesario implementar reformas materiales en los viejos edificios. Una parte de la casa cural fue demolida en 1948 para dar paso al patio de recreo, y poco después, en 1952, la fachada de la casona fue reformada por completo para albergar los nuevos pisos requeridos



por el *boom* del colegio: había comenzado a ofrecerse el bachillerato, cuyos primeros egresados se graduaron en 1957. Una estampa de *Los días azules* de Fernando Vallejo da una idea de la animada actividad colegial en el parque entre los años cuarenta y cincuenta: "Abiertas a las cinco de la tarde las puertas de la jaula que cuidaban las aves agoreras, se volcaba la algarazara de la chiquillería sobre el parque de Boston, en cuyo marco se hallaba la cárcel". El recelo del escritor contra la casa salesiana hace que, por contraste, la plaza aparezca como el lugar de la felicidad y la libertad. Todavía será así.

No solo en el edificio del colegio se materializaron los bríos del desarrollo. Entre los años cuarenta y sesenta, las casas de tapia del marco de la plaza cambiaron sus fachadas de acuerdo con los estilos arquitectónicos en boga, y lucieron los materiales y formas promocionados por afamados constructores capitalinos: piedra bogotana, mármol, ventanales de aluminio, segundos pisos,

amplios espacios y jardines interiores. Todo ello, que sin duda debe leerse como la muda del cascarón de provincia, reemplazado por una piel definitivamente urbana, se ve condensado —en materia y espíritu— en la historia particular de la

esquina de Perú y García Rovira: la casa residencial de un prestante dentista se convirtió en un granero que, en algún momento, se trocó en billar; billar que cerró para que en 1951 se abriera el concurrido café Manhattan, a su vez asiento, hacia los años setenta, de un edificio de cuatro pisos. Hoy, en el primer piso del complejo, está el restaurante y salón de recepciones Antiguo Manhattan.

El marco de la plaza de Boston ofrece, actualmente, una imagen representativa de lo que ha sucedido en casi todos los parques de barrio del Medellín contemporáneo; específicamente, en los parques ubicados al oriente del río. La migración de las élites hacia los condominios de El Poblado o hacia la banda occidental bajó la guardia del sentido de pertenencia y el celo patrimonial, y las grandes casas ora se convirtieron en locales de una asfixiante barahúnda comercial, ora se fueron a pique para dar paso a edificios de más de quince pisos

celebración del centenario de su muerte. Al parecer no importó mucho que este se erigiera en la plaza que llevaba el nombre de Antonio José de Sucre, otro héroe de la Independencia. La escultura de Córdova es obra del artista Marco Tobón Mejía.

1935

Don José Ramírez Johns instaló el primer carrusel, al que los jóvenes del barrio invitaban a las muchachas; fue en sus caballos de pasta donde comenzaron los primeros noviazgos entre vecinos, muchos de los cuales terminaron en matrimonio.

1937



El padre Roberto Pardo Murcia comenzó la construcción del Colegio El Sufragio, fundado al año siguiente con 120 estudiantes de primaria.

1945

El mismo domingo que se inauguró La Macarena, Roberto Berrío se puso a explicarle a un muchacho del barrio cómo era una corrida de toros. La gente los rodeó para observar la lección de toreo; el toro era Luis Hernández. Estas corridas se volvieron célebres: se realizaban cada ocho días y tenían un público enorme.

1950

En esta década se hicieron famosos los pesebres navideños del parque, elaborados por Carolina Estrada y sus hermanos. También eran célebres las recámaras de pólvora de Rubén Ramírez, cuyos estruendos convocaban y emocionaban a la comunidad en Navidad y en Semana Santa.

1951



El padre Andrés Ferro abrió el bachillerato diurno del Colegio El Sufragio, que graduó a sus primeros bachilleres en 1957.

Abrió sus puertas el restaurante Manhattan, fundado por don Roberto Bedoya R. Las grandes atracciones del lugar eran las empanaditas, las sabaletas y, cómo no, la música: bambucos, tangos, sinfonías y zarzuela. En las mesas del Manhattan preparaban sus exámenes los futuros bachilleres, y miles de versos, inspirados en las muchachas que paseaban por el parque, fueron escritos allí.

1976

El Manhattan cerró sus puertas definitivamente con una emotiva tertulia de los viejos y los nuevos de la Barra de Boston.

1985

La iglesia de Nuestra Señora del Sufragio fue remodelada.

2005

Habitantes del barrio, comerciantes y representantes de algunas entidades del sector crearon la Corporación Boston Vive, entidad que promueve diversos proyectos cívicos y culturales en el parque y en el barrio.

En el Parque de Boston se elaboró un pesebre de 300 metros cuadrados, como parte del proyecto "La Navidad vive en Boston". La celebración duró ocho días y asistieron diariamente más de dos mil personas.

conformados por apartamentos minúsculos. Sendas torres se levantan sobre Perú y García Rovira, entre bares, restaurantes, panaderías y centros de servicio de telefonía celular. Sobre Caracas se mantienen en pie las fachadas de los años cuarenta, con sus columnas, balcones y ventanas en arco, aunque revestidas por los avisos estridentes de farmacias, casas de banquetes, taquillas de apuestas, licoreras y tiendas de comidas rápidas; del abigarramiento comercial no se salva siquiera la derruida casa de la esquina con García Rovira, sede de una papelería con servicio de Internet y, al mismo tiempo, miscelánea y tienda de helados. La carrera Giraldo, en virtud del espíritu monástico de la obra salesiana, da una sensación más convincente de tiempo detenido y viene a cumplir con aquella regla, mencionada desde el principio, que pide para los parques la conservación de alguna reliquia cultural. La estatua de San Juan Bosco y Santo Domingo Savio, sembrada entre parroquia y colegio, es la misma que presidió las primeras reuniones de la Barra de Oro de Boston.

Con todo, es en la explanada central donde se erige la más heroica supervivencia, o, por mejor decir, lo más genuino del parque. A un lado de la estatua victoriosa de José María Córdova y del busto bufonesco de Carlos Castro Saavedra —plantado en la vereda oriental de la plaza después de la muerte del poeta, ocurrida en 1989—, viejos y altos árboles se levantan en las jardineras, y son, como en el remoto tiempo de las fincas, los cómplices de la única tranquilidad del sitio. Allí, con solo alzar la cabeza para contemplar sus copas, puede tenerse la ilusión de que aún no se ha extendido la epidemia del comercio; de que no se ha desparramado la demografía medellinense hasta la confusión inextricable de los estratos, y de que la pobreza, en traje de vagabundo o atracador, no merodea por las calles del barrio. No es casualidad que, en el centro de todo el verdor, el brazo derecho del héroe de Ayacucho se alce con la palma abierta y muestre la fronda que lo cobija. El alma del parque no está en otro lugar.

■



➤ Sup. Iglesia del Sufragio. S. f.
➤ Inf. Parque Bicentenario. 2013.



2010-2012

La demolición de tradicionales casas de un piso y la construcción de dos torres de apartamentos en los alrededores del parque cambiaron la configuración y el paisaje del sector.

2010



El 24 de julio fue inaugurado el Parque Bicentenario en la esquina suroccidental del parque, detrás del Teatro Pablo Tobón Uribe. Llamado así en conmemoración de los 200 años de la independencia de Colombia, hizo parte del proyecto de recuperación de la quebrada Santa Elena, que fue integrada a este espacio de seis mil metros cuadrados. Uno de los principales atractivos de este parque es una novedosa pantalla de agua de dieciséis metros de largo por cinco de alto.

2011



La Alcaldía de Medellín entregó el Museo Casa de la Memoria, ubicado en el Parque Bicentenario, un espacio construido para recordar a las víctimas de la violencia y promover el aprendizaje a partir de los hechos violentos vividos en la ciudad. Tanto el Bicentenario como el Museo le dieron al Parque de Boston un mayor dinamismo social y cultural.



Iglesia de Nuestra Señora del Sufragio

Os ofrezco pan, trabajo y paraíso.
Don Bosco

Construida entre 1908 y 1920, fue elevada a parroquia en 1922. En 1997 se inauguró un mausoleo para las cenizas de los salesianos difuntos.

Pan

En 1926 el pintor belga Georges Brasseur, ya consagrado en su tierra, armó maletas y vino a dar a este pueblo, convencido, por no decir engañado, de las posibilidades artísticas y económicas de Medellín. Su mala situación matrimonial le dio el último empujoncito para decidirse a viajar.

Brasseur llegó a ganarse el pan como director y docente de la Escuela de Pintura y Escultura del Instituto de Bellas Artes, y entre los muchos encargos que aceptó están las catorce estaciones del viacrucis de la iglesia de Nuestra Señora del Sufragio. Sus grandes óleos, distribuidos por todo el templo, son quizá la obra más valiosa de esta iglesia, junto con los 48 vitrales instalados en 1944.

Trabajo

La iglesia del Sufragio es imponente por su pulcritud exagerada, sus altares impecables, los ramos de flores en algunos santos, sus columnas utilizadas como soporte de televisores... Por eso la comunidad de la parroquia, unos veinte mil habitantes del barrio Boston, se siente orgullosa.

Aquí las 48 misas semanales siempre se llenan, de cien feligreses para arriba, en su mayoría ancianos. Debido a eso, por más que el párroco haya tratado de quitar al menos una para alivianar el trabajo, no ha podido.

La nutrida asistencia a esta iglesia le permite contar con recursos suficientes para entregar, cada mes, 150 mercados a familias pobres del sector, y ayudas económicas para medicamentos, transporte, techo y estudio a quien bien lo pida y a los ojos de los representantes de Dios en la tierra lo merezca.

Desde sus inicios, el espíritu colaborativo se ha notado en esta parroquia. En 1908, cuando en el terreno donado por Juan Bautista Isaza se proyectó la iglesia, la comunidad

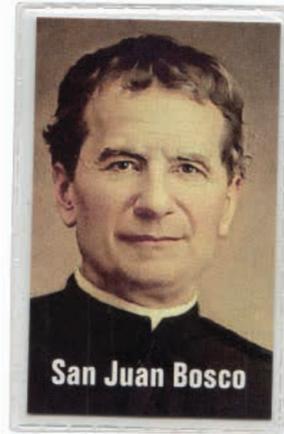


se concentró en recoger fondos. A la colecta llegaron lotes para vender y rifar a favor del templo. También se hicieron talleres, se alquilaban libros, se vendieron sufragios; hasta se hizo campaña para los que quisieran donar una de las doce columnas, a doce pesos la unidad. Así fue que se puso la primera piedra en 1909.

La iglesia, que celebró su primera misa en 1917, hoy bautiza más de 200 niños al año y bendice unas cincuenta parejas para que los sigan engendrando.

Paraíso

“Después de varios meses de estudio y reflexión, estoy considerando salir de Medellín cuando mi contrato termine. La vida solitaria en esta ciudad es muy insípida, el ambiente artístico es nulo o muy aleatorio; esta gente es muy interesante, pero demasiado simple, sin ninguna forma de refinamiento (hablo

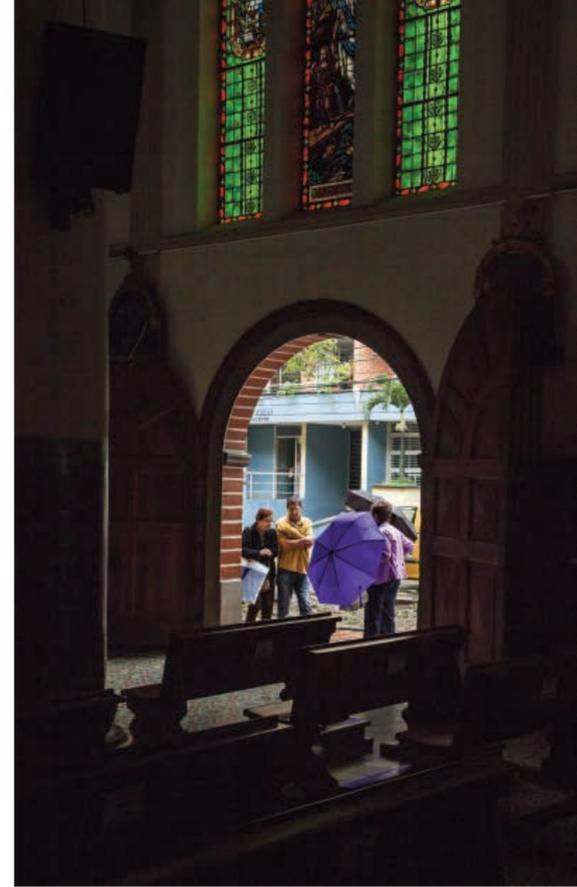


► Patrono de la iglesia.

de la élite, el pueblo es amorfo y medio salvaje), no conocen otra cosa que comerciar y conseguir plata para acumularla”. De esta forma se despedía Georges Brasseur de Medellín, en 1927. Pero dejó bien acompañadas las figuras que irían llegando después a la parroquia del Sufragio: María Auxiliadora, San José, el Sagrado Corazón, el Señor de la Misericordia, San Antonio, el Jesús Caído, el Divino Niño, la Virgen del Carmen y, por supuesto, la Virgen del Sufragio.

Diez años después, considerando el terreno tan grande que tenían, y la necesidad de un lugar para recibir a seminaristas en vacaciones, los salesianos tomarían la decisión de abrir un colegio a un costado de la iglesia, bajo el favor de San Juan Bosco, el santo educador de la juventud. Pero eso es harina de otro costal.

■



► No conformes con la instalación de una cámara de seguridad y cuatro televisores para la transmisión de las misas, el sacristán y el párroco sueñan con proyectar primerísimos planos de la elevación de la hostia y el cáliz.



› Primeros estudiantes del colegio. 1940.

Estudiantes que vienen y van

Por MARGARITA ISAZA VELÁSQUEZ

En las mangas del Parque de Boston los niños juegan a esconderse y a la pelota. La mayoría son hijos de los obreros que trabajan en las prósperas fábricas de la ciudad. Es 1938 y el barrio, con un parque incipiente rodeado de potreros y algunas casas, ve aumentar su población con familiones que llegan de los pueblos a buscar la ilusión del progreso, simbolizada en el humo de las chimeneas de la compañía de tejidos.

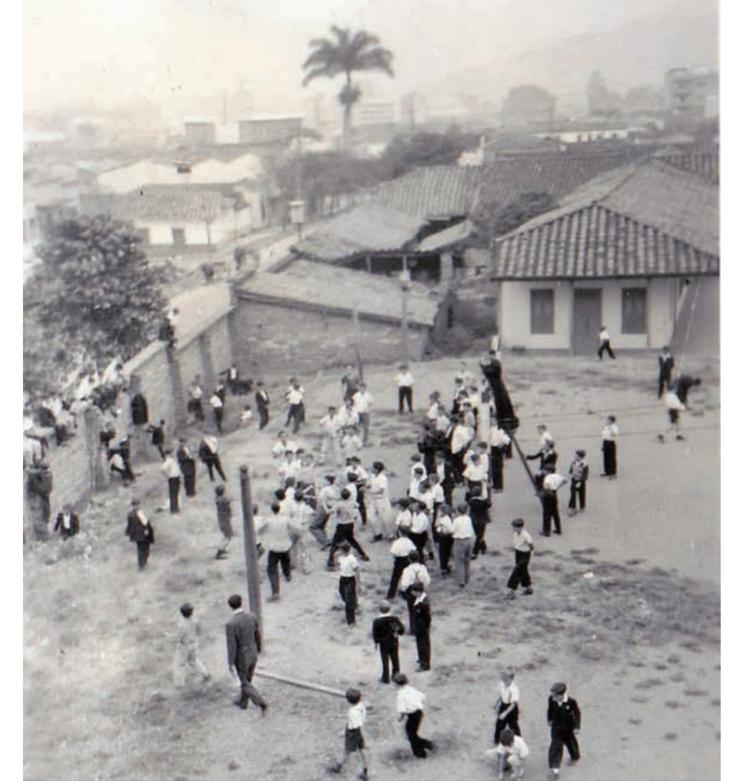
Entre esos niños que corren hay varios Tobón Tobón; son los más pequeños de los ocho que tuvieron Eduardo, telegrafista, y su esposa Francisca. El menor de ellos, Octavio, tiene doce años, los ojos muy azules, y dicen que es como un santo en miniatura. El párroco de la iglesia de Nuestra Señora del Sufragio, Roberto Pardo, le dio a doña Francisca la noticia de que este año su hijo menor podrá estudiar allí mismo, junto al templo y al pie de las mangas, en la escuela que acaban de inaugurar para fomentar las vocaciones religiosas del seminario salesiano de Mosquera, Cundinamarca.

Son 113 niños los que comienzan la obra de Don Bosco en Medellín. Cursan primero, segundo y tercero elemental; así van abriendo paso a grados superiores, según la necesidad de los estudiantes y del creciente barrio. Octavio siente el llamado de Dios; quiere ser un hombre tan bueno como el padre Pardo, y tan sabio como su hermano músico, el organista Gabriel Tobón. Luego de estudiar un par de años en El Sufragio, el muchacho de ojos azules viaja a Mosquera para continuar su formación escolar y pensar en el sacerdocio. Se aleja así de la escuela que le enseñó las primeras letras, esa misma que con el tiempo y el esfuerzo de todos los vecinos dejaría de ser una casa de tapia para convertirse en una imponente edificación, con salones nuevos, largos pasillos y hasta patio de descanso. El edificio de tres pisos y algunos rasgos de estilo colonial completa el ala occidental del Parque de Boston, con la carrera Giraldo en la fachada, la calle Caracas a un lado, y el desconocido Callejón de las Infantas en la parte de atrás, lindante con el coliseo de deportes y teatro.

Octavio cuenta hasta ahí la historia del colegio. Luego se le nubla un poco, a sus 89 años ya no tiene claro cómo fueron desapareciendo las mangas para jugar y los pececitos de la quebrada Santa Elena. Él se convirtió en hermano salesiano. Al cabo de los años, hace casi treinta, regresó al colegio, ya no como estudiante sino como profesor de historia y español, y también para tocar el piano en las eucaristías y fiestas de María Auxiliadora.

Su vida como hijo de El Sufragio la recuerda ahora desde el pequeño salón que le asignaron en el subsuelo del colegio para guardar su música y dar algunas clases particulares de melodía y entonación. Don Tobón, como lo llaman varias generaciones, está un poco sordo y le cuesta caminar. Aun así, todos los días cumple el ritual de darle la vuelta al colegio. Se demora cuarenta minutos en completar la manzana, o un poco más si visita a sus familiares muertos en la cripta del templo parroquial.

“¡Cuidado con el balón!”. Los de esa esquina bajan la cabeza. Corren. Están aquí y allá al mismo tiempo. Sonidos agudos colman el patio de recreo. Un pastel de pollo cae al suelo. “¡Sí veee!”. El grito a todo volumen precede a un empujón. “¡Holguínnn! ¡Holguínnn!”. El aludido se voltea y un papel convertido en pelota le golpea la espalda. “Qué puntería”. La recoge del suelo y la devuelve a su contendiente de risita maliciosa. Corren. Saltan. Se empujan. Se trepan unos sobre otros. Se abrazan. Baloncesto.



› Estudiantes del Colegio Salesiano El Sufragio, Manga de Boston. 1940.

Voleibol. Balones. Todos juegan a algo. “¡Marcosss! ¡Oigan, esperennn!”. Tiembla la tierra. El silencio nunca ha estado tan ausente.

Como en una centrifugadora, la energía parece expandirse desde el centro del patio de recreo del Colegio Salesiano El Sufragio, centro de



› Profesores y estudiantes Colegio Salesiano El Sufragio. 1961.



Boston, centro de Medellín. Son las 10:15 a.m. y el timbre anuncia el segundo descanso de primaria; 458 estudiantes, entre los seis y los once años, están en todas partes. Los que están de pie no permanecen quietos; es más, no puede decirse que cubran un solo lugar. Bueno, hay uno que sí se ha quedado quieto. Los sentados comen manzana o papas de limón, los alimentos más repetidos en la lonchera escolar. La intuición dice que en pocos minutos estarán corriendo, multiplicando la misma energía que ahora consumen. El que está de pie, quieto, se llama Londoño. Ah, no, Miguel Ángel –ay, esa costumbre masculina de evocarse por el apellido–. Cursa 3° B, y tiene crespos y cara de haber sido prestado para un pesebre. Lleva los brazos atrás y se inclina un poco para poder leer la cartelera de la Semana de la Salesianidad, que en el colegio tuvo fiestas, misas y torneos. Hay fotos diminutas de desfiles y formaciones de grupos. El Sufragio celebró el espíritu del santo Don Bosco y también la Antioqueñidad, esa

mezcla de religión y patriotismo que suele inculcárseles a los alumnos en las instituciones privadas.

Miguel Ángel pierde el interés por la cartelera y mira a su alrededor por si algún compañero aparece. Hoy les toca partido de interclases contra 4° A, pero él no podrá jugar fútbol. Se quedó con la camiseta de cuello en V y borde negro debajo del uniforme de diario: “me cerraron el salón y no me pude cambiar”. Dibuja cada palabra con la ternura de sus ocho años. Dice que su mamá es quien viene a recogerlo porque dejó de trabajar para cuidarlos a él y a su hermano menor, que está en la guardería. “Yo soy el mayor de todos”, dice con orgullo. Explica que los niños de primero se hacen por allá en el parque –habla la mano–, pero los que son como él, ya grandes, están en cualquier parte. “Unos nos hacemos en el túnel y otros se quedan aquí, en la cancha, o en el árbol”; señala el más frondoso, una acacia sin flores que divide en dos el gran patio de recreo. En la misma línea central, junto a la acacia, que “siempre” ha estado ahí, hay un guayacán pequeño, de no más de seis años; un “pavo espolvoreado” que tampoco ha florecido, y otro árbol que ni el jardinero Róbinson sabe cómo se llama.

El túnel que menciona Miguel Ángel está justo bajo sus pies. Es un pasillo largo en el subsuelo del colegio. Allí quedan la biblioteca, el salón de audiovisuales, un laboratorio, el cuarto de música atiborrado de partituras, el salón de Memoria Histórica donde se guardan los retratos de rectores colombianos e italianos, la mapoteca empolvada y algún cuarto de mantenimiento. A los estudiantes les encanta sentarse ahí en el piso con sus *tablets* y *smartphones* para hacer competencias de juegos o repasar para un examen. En el túnel tampoco hay silencio pero los decibeles van en descenso. Es una especie de lugar para relajar el cuerpo y poner en reposo la energía que arriba está en continua explosión.

Miguel Ángel ya se fue. El timbre de las 10:45 a.m. suena para que primaria regrese a los salones. El patio se ve vacío, y muy limpio, en cuestión de dos minutos.

En los tres pisos de aulas, una galería junto a la calle Caracas, los docentes luchan por mantener la atención de los alumnos. En 5° B, primera planta al pie del coliseo, el profesor repite “*good morning*” tres veces, y a la cuarta lanza la bendición en inglés para seguir con el padrenuestro. Arranca con “*Our father, who art in heaven...*” y treinta voces se unen a la plegaria. En el salón contiguo, también de primaria, la profesora de ciencias naturales de 3° C explica los detalles del reino animal. Concentración absoluta. Arriba de ellos, en el segundo piso de baldosas ajedrezadas, el bullicio es aún menor: los de séptimo, décimo y once resuelven guías y ejercicios. Los muchachos de 11° A, de barros y barba incipiente, con la chaqueta azul cielo de la promoción 2013, se dedican a la física: “un alambre de 2 Ω [ohmio] se estira aproximadamente tres veces su longitud original. ¿Cuál es su resistencia?”. Mientras la respuesta surge, otro timbre se escucha en El Sufragio: 11:30 a.m., los 683 estudiantes de bachillerato salen a descanso.

¿Dónde están? ¿Por qué no han llegado al patio? Se toman con calma la hora de recreo. Hay balones, sí, hay juegos, pero estos muchachos ya son grandes, y en vez de correr, caminan. Los de sexto y séptimo se hacen de la acacia para allá y comienzan un partido de fútbol. Pero no se ven veintidós jugadores, sino más de cien. Es imposible diferenciar arqueros y goleadores con tantos transeúntes yendo y viniendo sin rumbo preciso.

Junto al laboratorio de química, enfrente de la casa cural de la iglesia de Nuestra Señora del Sufragio, cinco jóvenes de 11° A sentados en el suelo discuten el problema de resistencia, miran un libro de carreras universitarias, y cambian de tema para referirse al paro agrario. No hablan de las niñas del Colegio María Auxiliadora, vecinas del barrio, sino de los desplazados y los campesinos del país. Vuelven al problema por resolver y un solo muchacho concentra la atención de sus compañeros. Les explica con paciencia de profesor y ellos parecen entender. Los de once ya son gente seria. Acaba de llegarles la citación para las pruebas Saber 11, más conocidas como Icfes, un examen que siempre da miedo aunque los alumnos de El Sufragio estén bien preparados... Al menos así lo han demostrado las generaciones que desde hace un par de décadas dejan al colegio en las categorías Superior y Muy Superior.

Así como el patio se llena y se vacía con cada timbre que suena en las mañanas y a la una de la tarde, cuando todos se van para sus casas, el

Colegio Salesiano El Sufragio renueva su energía en noviembre y en enero, al despedir a los jóvenes de último grado, que enfrentan su adultez, y al recibir a los pequeños de preescolar y primero, que resuelven entre juegos y aprendizajes su etapa escolar.

La historia del colegio confluye, pues, en cada uno de los estudiantes que han pasado por sus aulas a lo largo de 75 años, entre ellos el escritor Fernando Vallejo, antirreligioso declarado, que a los once años, en 1953, se aterró de la separación tajante entre hombres y mujeres que imponían los sacerdotes a cargo de la enseñanza.

Don Tobón es otro de los tantos egresados, solo que hoy vive en El Sufragio. Antes de irse al cuarto de música, donde otros silencios lo aguardan, el hermano observa el patio, ahora en calma, y dice que la historia del colegio va a continuar por décadas y quizás siglos; que aunque Boston siga cambiando, Medellín se vaya ensanchando y él mismo algún día muera, El Sufragio, con sus más de mil estudiantes y esa energía que emana cada día, continuará siendo un vecino indispensable del parque y de la comunidad, porque ya ha visto crecer a tantos que dejó de ser un edificio para convertirse en un detonador de recuerdos.

■





Un parque de barrio en el Centro

Por DAVID E. GUZMÁN

En un cuaderno que sostiene sobre los muslos Santiago esboza una mano en alto. A su lado varios compañeros también dibujan un objeto, un personaje del parque, lo que se les ocurra. El profesor de artística los ha sacado al aire libre una vez más. A unos metros de Santiago, en uno de los jardines, está Jovany, rapado en sus parietales, con una cresta y colas de pelo que forman un siete si se le mira de perfil. Sentado en una piedra analiza los movimientos nerviosos de una paloma, dibuja, observa, traza, borra. No importa si la paloma sale volando porque queda otra y otra y otra que le sirve de modelo. En el Parque de Boston hay dos amplios palomares donde podrían dormir unas ochenta palomas apeñuscadas.

Mientras los jóvenes dibujan, René, bajito, de barba negra y tupida, barre uno de los senderos del parque, bajo la sombra de una guadua. Avanza adoquín por adoquín, con precisión; ejecuta su trabajo con un palo de madera que tiene escoba en ambas puntas: una con cerdas largas y fuertes, y otra con unas fibras amarillas deshilachadas y flexibles. Detiene el barrido y mira alrededor, habla solo, suelta algunas frases que imprecán a la nada o al todo. Dentro de su pantalón amplio y su camisa leñadora a cuadros se esconde un cuerpo enjuto. Barre un par de adoquines y luego, con una alacridad pasmosa, se agacha e introduce una lima entre las hendijas para extraer tierra y mugre. Así, a paso muy lento, va dejando reluciente el piso del parque.

Santiago ha avanzado en su dibujo. Ahora hay un torso, una mano con una espada y unas piernas metidas en unas botas. El *pelao* ha elegido la efigie del prócer del parque y hace una ilustración vertical, mientras que Jovany, en sentido horizontal, ya tiene lista una paloma que ocupa toda la hoja. Es gris, como la mina de su lápiz. El profesor se pasea con las manos atrás, pendiente de las obras de sus alumnos.

A esta hora el parque es tranquilo, se camina con espacio y se oye el canto de pájaros y loros; está habitado por estudiantes, algunos vecinos con sus perros, vendedores ambulantes y señores como Alberto, canoso y ventrudo, de traje gris. Su corbata roja se balancea cuando camina

alrededor del parque. Al doblar una de las esquinas se le une un amigo de bluyines y camisa por dentro, abultada en la espalda porque guarda allí un periódico doblado. Se demoran cuatro minutos en promedio en dar cada vuelta, conversada y a paso lento. Es el mediodía de un jueves con cielo despejado y ambiente fresco gracias a la sombra de una cincuenta de árboles de especies variadas, urapanes, tronadores, almendros.

Pero es por los lados de un casco de vaca que Luz Marina, barrendera oficial del parque, con uniforme naranja y gris, pasa su rastrillo por hojas secas, ramas, pajas, envolturas de mecató y uno que otro cubierto de plástico. Luz Marina avanza mucho más rápido que el hombre de barba. Mientras ella abarca un amplio sector de baldosas con una pasada del rastrillo, René apenas limpia un adoquín con su doble escoba y su lima. “Todos los días viene a barrer”, dice Luz Marina, y haciendo círculos con el dedo alrededor de su oreja dice que no es una persona normal, que tiene algún rayón. Su metodología neurótica de limpieza parece ser una terapia.

Alberto da las últimas vueltas, pero ahora utiliza los senderos para acortar camino. Se mete por el sector que barre René y esquiva la basura para pasar por un lado. Más abajo, Luz Piedad, una vendedora habitual del parque, conversa con don Armando, de 74 años, que permanece acá desde por la mañana hasta las dos de la tarde, cuando regresa a pie hasta su casa. Ambos saben que en cualquier momento llega Carlos Monsalve, el gerente de la oficina. Sí, porque en el Parque de Boston, al aire libre, dicen Luz Piedad y don Armando, funciona una oficina.

Los puestos de helado, mango biche, solteritas y copitos de nieve ya están afuera del Colegio El Sufragio a la espera de la salida. Los alumnos del profesor de artística se preparan para volver a la sede de la Escuela, que está sobre la calle Caracas, a unos cien metros. Santiago, que no es del barrio, dice que le gusta cuando los traen a dibujar al parque, un lugar diferente a donde vive porque “no hay disputas ni guerras”. Su dibujo del prócer está listo; es una ilustración de trazos sencillos, sin color, pero con el elemento contundente y heroico de la mano arriba. El estudiante de Octavo 1 de la





Escuela Empresarial de Educación sabe que obtendrá una buena calificación pero desconoce a cuál héroe de la patria acaba de dibujar.



Las ramas del pomarrosa se sacuden con fuerza. Unos frutos caen por el agite y se fisuran, otros tocan el suelo mordisqueados. Cinco muchachos están trepados en el árbol, y su misión es no dejar ni una poma viva. Agarran una, la prueban, y si les sabe amarga la tiran. Las pomas maduras también caen, con dentelladas más profundas. Son polligallos; sus risas y

voces bitonales delatan que ya hicieron su entrada a la pubertad. Una habitante del barrio baja las escaleras, entra al parque, revisa con la mirada y rescata un par de frutos del piso; los empaca en una bolsa y se pierde hacia la calle Perú.

Al otro lado, sobre la calle Caracas, un puñado de niños nada en una piscina de pelotas encerrada en un remolque. Detrás, un tren de tres elefantes con cabina *carevaca* espera que se llenen los asientos para iniciar un nuevo viaje. El ambiente está impregnado de alborozo infantil. En esa esquina del parque hay una mini ciudad de hierro que funciona viernes, sábados y domingos. Dos niñas comparten jaula en la rueda de Chicago, de tracción manual y sillas de plástico, que gira lento al lado del giroscopio del que todos dicen bajarse mareados. A unos metros, otros pequeños saltan y se totean las cabezas en las lonas de brinquitos o en el castillo inflable, mientras un feroz tiburón se mece como péndulo.

Es una tarde soleada de lunes festivo y el Parque de Boston es una ensalada de personas de todas las edades. Las familias pasean, los grupos de amigos mecatean o se reúnen en alguna jardinera, los perros se escapan de sus amos para jugar y dos glotonos apuran el montaje de un fogón. Aunque los ancianos se apropian de las sillas individuales, algunos con crucigrama en mano, otros en compañía, el fin de semana los niños parecen ser los dueños del parque.

Cristian es un flaquito de doce años; lleva una jíquera terciada, viste bermudas y calza Crocs sin medias. Trabaja en la flota de carritos que le dan vuelta al parque, y su labor consiste en tirar de los vehículos. “A mil la vuelta, tres vueltas por dos mil”, les dice Cristian a los padres que se acercan con sus hijos antojados. Juan David, monteriano de dieciséis años, conoce la historia de esta flota de *jeeps* enanos. Su padre fue quien empezó con el negocio. “Le compró un carrito a una señora con la que trabajaba y entre los dos siguieron”, dice Juan David, quien tiene un corte audaz, parecido al de Jovany. En más o menos dos minutos Cristian recorre el parque, y con él la variedad de olores que produce su generosa oferta gastronómica. Empanadas, arepas de queso bañadas en lecherita, pasteles de pollo, papas rellenas, chorizos, hamburguesas, perros calientes, chunchurria, chuzos, pizzas, carnes. En los cuatro corredores del parque hay por lo menos quince puestos para merendar. También hay venta de obleas con decenas de combinaciones, crispetas, churros azucarados, mango biche y cerveza michelada. Los precios van desde 500 hasta diez mil.

En el mismo sendero que barrerá Rene se juega un triangular futbolero entre varios niños y algunas niñas; la mitad de los jugadores no se conocen y un tercio de ellos tiene acento chocono. Los arcos son las canecas plateadas que hay a lado y lado del pasaje. Cuando hacen gol, el balón rebota en la verja que rodea el monumento del prócer o en la jardinera del pomarrosa. Con cada gol sale un equipo y entra otro, pero muy pronto el juego se disuelve.

El viento sopla con violencia. Nubarrones grises ocultan el azul del cielo, y caen algunas gotas. “Ey, se largó el agua, vamos”, dice uno de los devoradores de pomas. Todos bajan del árbol y se alejan por la carrera 38. En el costado norte del parque el vendaval se siente mucho más. Las ráfagas de viento llegan pulpitas desde el cerro Pan de Azúcar, bajan de la montaña como latigazos que hacen crujir las ramas de los árboles. La amenaza de lluvia obliga a una fritanguera a amarrar un plástico al busto del poeta Carlos Castro Saavedra. Lentamente el parque se va desocupando, aunque todavía le quedan un par de horas de vida. Después de que levanten los últimos puestos de comida, el parque se apagará y quedará a merced de la noche y su fauna solitaria. El conticinio será el único testigo.



Aunque los alumnos de la clase de artística han abandonado el parque, otros estudiantes de la Escuela Empresarial retozan en las jardineras. La hora de salida del colegio está cerca. A El Sufragio siguen llegando vendedores que no solo ofrecen mecato: hay desde afiches de Ferrari y del Atlético Nacional hasta juguetes y variedades. Pasada la una de la tarde empiezan a salir muchachos con sus morrales. Afuera los esperan camionetas de transporte escolar, padres expectantes y carros particulares.

La brisa trae un denso aroma: es una mezcla de pan recién hecho, almuerzo del restaurante Solo Truchas y alguna caca de perro que hay por ahí. No todos los amos recogen las plastas de sus mascotas. Pero Alberto no corre peligro de pisar alguna, camina por los corredores en su última vuelta, de nuevo solo. Cuando esquiva el barrido de René, este le dice algo. El encorbatado acelera el paso pero se arrepiente, para y saca del bolsillo de su pantalón varias monedas. René las recibe, las mira en su mano, las guarda y vuelve a su escoba.

De la verja que rodea uno de los jardines cuelga una placa negra de acrílico. Reza, con letras amarillas: “Of. 001 CONSULTE SU CASO”. Es la oficina que funciona al aire libre en el parque desde el 6 de septiembre de 2011, según palabras de su fundador, Carlos Monsalve, un vendedor de tinto ambulante que dedica las tardes a la charla libre y espontánea con los personajes que se acercan. Carlos, don Armando y Luz Piedad, que acaba de fiar un cigarrillo, componen el quórum esta tarde de jueves.

En medio del ambiente sereno Carlos toma la vocería, y sin rodeos advierte que es izquierdista y que no le cae bien “Alvarito”. “¿Usted por quién ha votado?”, pregunta. Don Armando, que hoy carga el libro *No hay causa perdida* de Uribe Vélez, mira hacia la calle Caracas con cara de desentendido pero parando oreja. Al parecer ya conoce bien a Carlos y se contiene. Luego, Carlos se va lanza en ristre contra Juan Manuel Santos por la deuda externa. “En el mandato de Uribe era de 55 mil 200 millones de dólares, y ahora Santos la ha subido a 81 mil millones y punta en tres años”, dice Monsalve, que tiene una prótesis que le hace ver blanca la encía.



Don Armando, con un entusiasmo repentino, señala al prócer del parque y dice: “¿Usted sabe por qué José María Córdova es un héroe? Porque se opuso a que Bolívar fuera rey”, y Carlos añade: “con 400 hombres se metió a la candela”. Los dos quieren tomar la batuta de un tema que no está definido. Mientras se conversa en la oficina, René pasa con la escoba y el recogedor al hombro. Se sienta en un andén y bebe algo de una garrafa de ron. Para ese momento, Monsalve cuenta que cuando la hija de Estanislao Zuleta le pidió un televisor, este le dijo: “la televisión es un medio de corrupción de la juventud”, y no se lo compró.



Luz Piedad, con falda negra de seda y blusa fucsia, interviene para decir que oyó en Radio Cristal que un asteroide va a impactar en el planeta. Don Armando dice que eso no lo sabe sino la “Madre Tierra”, y da otro giro para comentar que cuando un testigo de Jehová se le acerca aquí en el parque, él le dice: “la religión es una pelea por la plata” y lo deja con la palabra en la boca. Carlos, para dejar clara su inclinación ideológica, cita nada menos que a Marx: “la religión es el opio del pueblo”.

Y así se va yendo el día en la oficina 001, cuyas labores empiezan cuando llega Carlos con el aviso de acrílico, que le costó nueve mil pesos, igual a dieciocho tintos. Carlos vive en el edificio que queda al frente de la Plaza Minorista, el de muros azules. “El que fue de Pablo Escobar”. Desde 1989, Carlos vende tintos en la entrada del edificio Miguel de Aguinaga entre las dos de la mañana y las once. Luego descansa un par de horas y llega a la 001 con ejemplares de *El Tiempo* y *El Espectador* en el sobaco.



Una señora le prende fuego a una servilleta y la anida entre carbones. Faltan diez minutos para las seis de la tarde. Los puestos de comida se arman poco a poco. El humo se expande con olor a leña, a empanada, a chorizo, a chunchurria. Un lustrabotas, con su caja adornada de estoperoles dorados, le embetuna los zapatos a un anciano que resuelve un crucigrama sentado en una jardinera; madres y parejas pasean bebés en coches; novios caminan cogidos de las manos; transeúntes atraviesan el parque con bolsas y paquetes; se oyen risas y gritos de felicidad párvula; se ven colegiales, jóvenes y abuelos jugando ajedrez.

Al contrario de hace un mes, el pomarrosa no tiene un solo fruto, ni en su follaje ni en su base. A unos metros de él, cinco perros grandes se corretean y saltan por los sardineles; ladran tan fuerte que sus dueños deben interrumpir sus charlas de vecinos. Cuando suenan las campanas de la iglesia los perros ya están controlados, descansan con las lenguas expuestas, rosadas y trémulas, se huelen los hocicos. Son las 6:15 de la tarde y el viento sopla más fuerte. No hay una sola nube.

En esa misma zona Luz Piedad atiende su chaza. Vende cigarrillos al menudeo y golosinas mínimas: chicles, confites y mentas; trabaja en el parque desde 2010. “Es muy calmado, no hay peleas”, dice, con una cajetilla de cigarrillos mentolados en la mano. Los filtros blancos contrastan con sus dedos color panela clara. “Yo quiero mucho este parque, por trabajar aquí me dieron la caja de dientes y las gafas”, dice. Se refiere a Boston Vive, una corporación cívica que desde 2005 vela porque el parque sea un lugar atractivo. Su sede de fachada amarilla está al frente del pomarrosa.

Wilmar, jalando un carrito de Delicias Ice Tropical, se acerca a cobrarle a Luz Piedad una crema de guanábana que vale 800 pesos. Ella le dice que no ha vendido mucho y aprovecha para cobrarle un cigarrillo que le debe el hombre de sombrero tipo safari. Son colegas, se ven a diario, la deuda mutua queda pendiente. Luz cuenta las monedas que tiene en un vasito desechable y le da un vistazo a su mercancía. “No tengo casi con qué trabajar”. La mujer lleva el pelo



corto, con vetas castañas. Su herramienta de trabajo costó veinticinco mil pesos vacía y se la regaló su hijo, que ya tiene familia y vive lejos. “Después un señor me la cambió por esta que tiene coche”.

En el parque hay cada vez más gente y los perros han reiniciado los jugueteos. Al murmullo general se suman los rugidos de los buses que pasan por la calle Perú y paran en la esquina del pomarrosa, donde las hojas acarician sus capotas. Los buses siguen por el lado de Antigua Manhattan, un bar restaurante donde funcionó la famosa Barra de Boston. Luz Piedad dice que el pomarrosa florece tres o cuatro veces al año, y que la fruta es deliciosa, “dulcecita”.

Cuando llega la noche y las luces de carros y negocios empiezan a iluminar, Luz Piedad me deja cuidando la chaza; dice que va a comprar algo y ya vuelve. Cierro los ojos. El ventarrón azota una guadua y produce un cascabeleo placentero que se mezcla con un gangoso *jingle* de helados. Tres pelaos pasan en bicicleta y otros dos que llevan una paloma herida suben por la carrera 38. Por ahí mismo baja un señor de piernas blancas como la leche, en pantaloneta y chancas, cruza el parque y se pierde hacia el Centro. La chaza de Luz Piedad es de madera, está pintada de blanco y calculo que con menos de tres mil pesos podría comprar todo el plante.

A los minutos llega Luz Piedad con una bolsita de detergente. “Por aquí vale mil, en cambio más allacito la consigo en 800”. Ahora todo es un poco más caro en el sector, los cambios de los últimos tres años lo han valorizado. “Tumbaron casas viejas y construyeron edificios, hay más gente y más comercio”, dice Luz, que paga mil pesos para que le guarden el coche en un parqueadero frente al parque. Aparte de las altas torres Park Boston, una sobre la calle Perú y otra sobre la carrera 38, la novedad es el nuevo Parque Bicentenario y el Museo Casa de la Memoria, situados una cuadra al sur.

El ventarrón le sube la falda a Luz, que la ataja en los muslos. Está sentada, haciendo carrizo. Son más de las siete de la noche y al parecer el fuerte de las ventas es el día. Antes de partir, charla con una amiga que está de paso; comentan que pronto es la feria artesanal, una actividad que Boston Vive realiza el último fin de semana de cada mes, con concierto incluido los sábados: Noches de la Música Tropical. Luz Piedad se despide, arrastra el coche unos metros e ingresa por la puerta estrecha de lo que parece un parqueadero de motos.

Las ventoleras son cada vez más fuertes. Una ventera de empanadas atina a quitar la sombrilla de su toldo antes de que salga volando. Las empanadas son de carne y papa, con ají, y valen 500 pesos. En la iglesia de Nuestra Señora del Sufragio hay unas setenta personas. En las últimas bancas, una mujer de capul, maquillada, escucha la misa con un perro a sus pies. La postura del perro es elegante, tiene las patas adosadas con simetría en el piso. A la salida



del templo una palmera se mece rabiosa. Dejo el cuadrante del parque y me topo con una horda de colegialas que vienen por la calle Caracas: son estudiantes de la Javiera Londoño. El parque, con diez puestos de comida, las espera en esta noche de jueves.



El Parque de Boston está en todo su esplendor. Es sábado de feria y hace buen clima. Desde antes de llegar se ve el castillo inflable y el camión con piscina de pelotas. Frente al Colegio El Sufragio hay diecisiete puestos de artesanos, y así en cada costado hasta sumar casi sesenta toldos con venta de ropa, adornos, artesanías, juguetes, dulces y comida típica. Y otra vez los perros pululan, corren y juegan; al parecer todos los vecinos de Boston que tienen perro encuentran en el parque el sitio predilecto. Son tantos los cuadrúpedos, que parecen robarles el puesto a niños y ancianos. Ante el panorama no hay discusión: todos le sacan jugo a este parque.

“Si no toma fresco me lo llevo pa la casa”, le dice un padre a su hijo de cinco años antes de iniciar una vuelta en un *jeep* que arrastra Cristian. El niño tiene un refresco de naranja que no le apetece. “¿Está muy caliente?”, le pregunta el papá, pero el niño toma. Cristian empuja el carro desde atrás y arrancan. A pesar del gentío, en menos de tres minutos están de vuelta en el punto de partida, donde hay estacionados cinco carritos descapotados.

Cristian es de Quibdó, tiene doce años y hace tres que llegó a Medellín con su familia. “Hago cuarenta mil pesos al día, veinte pal dueño y veinte pa mí”. Calza unas medias sin resorte que se derraman en sus tenis, está de pantaloneta y camiseta, cómodo para su trabajo. Mientras llegan clientes, deshuesa un mamoncillo, tira la pepa y le pega a la nevera de Icopor de un vendedor de paletas. Juan David cuenta que hace tres meses Cristian pidió trabajo como jalador de carritos. “Vivo en Enciso y vengo de viernes a domingo a trabajar”, dice Cristian, quien no pierde oportunidad: pasan unas señoras rollizas y él grita “¡uy, ¿quién pidió pollo?!”.

El humo de las comidas aumenta. Por los lados de la tarima suena *Carruseles* del Conjunto Miramar. Cristian sale con otro pasajero y acelera más de lo que puede, el carro se para en las llantas de atrás y se gana una advertencia de uno de los socios: “despacio o nos quitan el permiso de funcionamiento”. Cristian vuelve al carrito y Juan David explica: “lo *cizañean* para que se porte bien, es muy cansón”.

Luz Piedad está sentada muy cerca de la tarima, donde hay una batería a medio armar. Es la Noche de la Música Tropical. Dos señoras bailan, cada una por su lado, pero terminan haciendo una coreografía que hace reír a los presentes. Luego una pareja se anima y baila una salsa romántica. La gente, sentada en las jardineras, espera la música en vivo. Algunos toman aguardiente, otros cerveza, otros ron. Luz Piedad luce un vestido en tonos de verde; conversa con dos amigos, tiene una cajetilla de cigarrillos Green en la mano. El cielo está despejado y el viento manso, perfecto para una noche de fiesta.

En esta velada sabatina Luz Piedad no tendrá plata para unos aguardientes; por un vallenato desafortunado decidirá irse a dormir temprano,

y mañana asistirá a misa de siete. La música durará hasta la medianoche. Habrá baile y recocha. Los toldos quedarán cubiertos con plásticos hasta el domingo y serán vigilados durante toda la noche. La iglesia, que ahora está en misa y tiene una luz azulosa en la fachada –y donde otra vez está la señora de capul con su perro en la misma posición– abrirá muy temprano sus puertas.



Una doña se cuelga de un brazo metálico que exprime naranjas. Su puesto de venta de jugos está en la esquina de Caracas con la 39. La feria artesanal aún duerme. Dos personas trotan alrededor del parque mientras una empleada de Boston Vive barre el piso entre los toldos. Aún no son las siete de la mañana y la iglesia alberga a unas 300 personas. Algunos feligreses entran, tocan la madera de la cruz que carga Cristo y se echan la bendición. Minutos más tarde, haciendo juego al sermón del domingo, el padre dice que Medellín se ha convertido en una pequeña Sodoma, y habla de los



placeres mundanos que han alejado a los cristianos del templo.

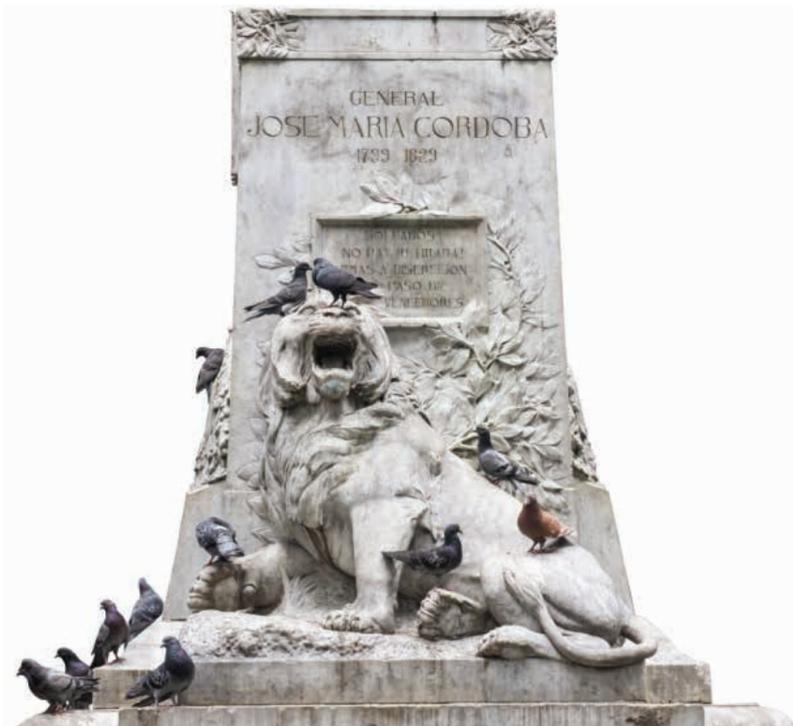
A la salida de misa hay varios taxis esperando clientes recién comulgados. En la esquina se improvisó una venta de flores, verduras y frutas; son campesinos que vienen de la Placita de Flórez. Amas de casa se acercan a comprar y siguen su camino. Otros, como dos señoras agarradas de gancho, aprovechan para darle unas vueltas al parque. También hay un puesto de empanadas donde un artesano desayuna.

Luz Piedad sale de la iglesia y se dirige al parqueadero para sacar su chaza. Avanza por un corredor oscuro con piso de cemento. Al fondo hay una cocineta y unos pocos cuartos con delgadas puertas de madera. Luz abre un candado pequeño y descubre una pieza de un metro cuadrado con una colchoneta que debe doblarse para que quepa. De un palo cuelgan tres vestidos, entre ellos el de tonos verdes, y dos blusas. En el suelo hay un rollo de papel higiénico, una pastica de jabón y una grabadora. Luz Piedad revisa que su celular haya cargado, vuelve a poner el candado y sale con su coche hacia el parque, el lugar donde vive y sobrevive.

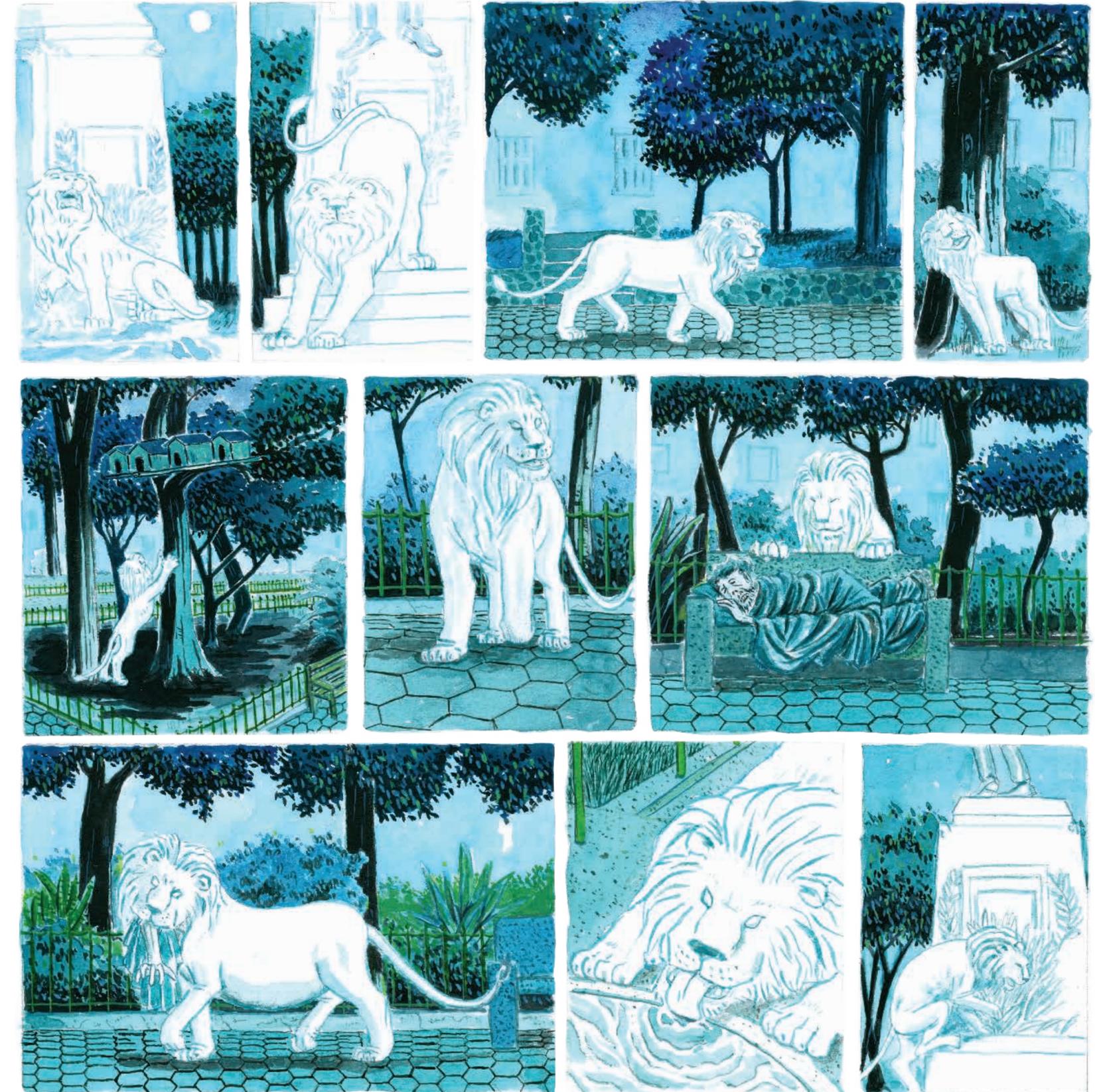
◆ ◆ ◆
A las ocho de la mañana tres personas están barriendo: la barrendera oficial, la barrendera cívica y René, que limpia los adoquines con su meticulosidad enfermiza. Me acerco. La herramienta con que extrae la mugre de las hendijas es una desgastada segueta azul que le regaló su mamá; vive con ella "por las letras del Coltejer". Al hombre le cuesta hilar las frases, se le esfuman las palabras, trata de pescarlas en el aire con la mirada. René Montes nació en Sonsón y hace veinte años llegó a Medellín. A sus 43 años no sabe exactamente por qué eligió este parque, pero desde 2009 lo barre casi a diario, adoquín por adoquín, hendija por hendija, a cambio de las monedas que le dan.

Un pedazo de torta de pescado con arepa reposa en una jardinera. Es el desayuno dominguero de Luz Piedad, que lo dejó ahí mientras le vende dos cigarrillos a un taxista. Antes atendió a un joven, a un trabajador y a un vecino que llegó a saludarla con un tinto humeante en la mano. Luz viene y va hasta el sardinel, se sienta, se cubre del sol con una mano. Su coche está a la sombra del pomarrosa. Al frente, el Pan de Azúcar relumbra blanco y enneguecedor.

■



Viñeta x10





Cadmio o ilang-ilang, *Cananga odorata*
Familia *Annonaceae*

Originario de Asia tropical



Jueves 1 de agosto de 2013, 12:45 p.m.

Al mediodía el parque parece detenido. Las bancas con sombra son el refugio perfecto para una madre y su hija adolescente que esperan a alguien. Sentada, la joven mira hacia la estatua central, donde revolotean un par de palomas.

–Dizque José María, un nombre de hombre y otro de mujer.

–Así era antes. Mi abuelita se llamaba Adelaida de Jesús Valbuena Ruiz.

–Qué nombres más charros.

–¿Y este murió cuándo? ¿Mil ochocientos veintinueve?

–Y murió así parado como está.

Ambas se ríen.

–Ay no, qué pereza esperar aquí hasta las dos y yo creo que ni siquiera es la una. Pregúntele la hora a ese señor.

La niña se para y da cuatro pasos hasta la banca vecina.

–Señor, me hace el favor y me dice la hora.

–Faltan diez para la una.

–Gracias.

La niña vuelve.

–¿Escuchó?

–Sí, pregúntele cuál mes es primero, junio o julio.

–Pregúntele usted.

–Ah, boba... –gira la cabeza– Señor, ¿usted sabe cuál es primero, junio o julio?

–¿Cómo? Primero está junio, después julio, que se acabó ayer, y agosto.

La niña interviene:

–Que hoy es dos.

–No, hoy es uno, uno de agosto.

–Ah, sí, sí. Gracias.

Junín



“Tal vez la única diversión, sin distinciones sociales, de la que participaron los residentes de la villa por aquellos años, fue *juniniar*, un verbo que se impuso rápida y forzosamente desde finales de la década del cincuenta y principios del sesenta. Pararse en las esquinas de la carrera principal de Medellín con la intención de expresar piropos inofensivos; cruzar una avenida con igual propósito, podrían ser las acepciones para un diccionario de regionalismos.

Creo que nadie en esta ciudad se quedó sin jugarlo. Hubo tardes en las que la aglomeración llegó al paroxismo. La gente parecía asfixiarse en esas dos calles largas, de lo numerosa y

afanada. Los vehículos dejaban de transitar ante la multitud, se paraban, prácticamente. La paciencia —que ha sido virtud entre los antioqueños— comenzó a resentirse. Las personas que se vestían a plazos —los que pagaban su ropa por clubes en los almacenes de la avenida Primero de Mayo y Junín—, hacían de los viernes un día intransitable, desesperante, insoportable. Apuradas por pagar las cuotas puntualmente —otra cualidad comarcal—, ilusionadas en ganar los créditos con la rifa de las dos últimas cifras de la lotería de Medellín, fomentaban el caos colectivo en ese boulevard de curato”.

Jairo Osorio. *Junin* 1970. 2013.

› 1968.



› Sup. 1964.
› Inf. 1970.



› 2013



Entreviú

Por Elkin Obregón

E. O. – ...Perdón, pero no puedo hablarte de los cines de barrio, tema más que tentador: nunca fui al Manrique, ni al Aranjuez, ni al Buenos Aires, ni al Alhambra. El único que pisé fue el Cuba, pues quedaba a tres cuadras de mi casa, cuesta arriba. Mi espacio fue siempre el Centro, lugar de donde nunca he salido. Allí estaban los llamados teatros de estreno, y el cine, al menos en ellos, era cartesiano. El Ópera y el María Victoria (creo que el circuito se llamaba Cine Continental) exhibían las películas europeas, vale decir francesas e italianas, que llegaban semana tras semana a sus carteleras. Veámos en esos dos cines cintas de René Clair, de Robert Bresson, de H. G. Clouzot, de la Nueva Ola en pleno. Y a Antonioni, Fellini, Pietro Germi, tal vez Scola. Y a divas como Brigitte Bardot (B. B. debutó en el rol de chica ingenua en *Las grandes maniobras*, de Clair; después se dedicó a proteger animales), Michèle Morgan, Catherine Deneuve, Marina Vlady, Simone Signoret, Ana Magnani, Virna Lisi, Monica Vitti; y a galanes y no galanes como Yves Montand, Mastroianni, Pierre Brasseur, Bourvil, Fernandel. Dígase de paso que el Ópera también estaba adecuado para ofrecer espectáculos “reales”. Por él desfilaron compañías de teatro –casi siempre españolas, unas buenas y otras no tanto–, grupos de danza, conferencistas. Y fue en su escenario donde se presentó por primera vez, montada por un grupo bogotano, *HK111*, el debut como autor

de teatro del pontífice Gonzalo Arango; la función fue en matiné, con presencia del autor y nutridos aplausos.

El Teatro Lido, al que cíclicamente tratan de recuperar, era y sigue siendo a pesar de todo el más bello de la ciudad. Templo de las películas inglesas de la Rank, pasaba también algunas gringas –entre ellas las de Hitchcock– y las de Bergman, cuando el sueco empezaba a conocerse por estos lares; cito algunas de las que allí se proyectaron, todas en impecable blanco y negro: *Noches de circo*, *Hacia la felicidad*, *Las fresas salvajes*, *El manantial de la doncella*, *El séptimo sello*... También tenía el Lido, no sé por qué, la exclusividad de las películas de Cantinflas. Y eso ya tiene poco de cartesiano.

El Metro Avenida, fiel a su nombre, era el reducto de La Metro, gran productora en esos años de musicales (Fred Astaire, Gene Kelly, Debbie Reynolds, Cyd Charisse, a su personal modo Esther Williams), y de westerns, comedias y melodramas. El Teatro Junín, cuando oficiaba de cine, que es lo que aquí concierne, tenía el stock de las películas mexicanas, que estaban en él como en su casa; sí, María Félix, y Libertad Lamarque, Arturo de Córdova, Jorge Negrete, Pedro Infante, la sicaléptica Ana Luisa Peluffo, que el dios Eros bendiga. Por cierto, fue el Junín escenario del debut, despedida y beneficio de *Colombia Linda*, un bodrio que llevó a la quiebra a la empresa Procinal, y de paso a su dueño o principal animador, Camilo Correa. Camilo era un cineasta empírico, sin técnica ni idea alguna de narrar en imágenes; y un iluso redomado, y, como tal, merece mis respetos.

F. M. – Alguna vez hablamos de los cines continuos.

O. – Bueno que me lo recuerdes. Surgieron a finales de los años cincuenta; el primero se llamó “Newsreel, cine al día”, y quedaba por Junín, junto al Hotel Europa. Muy pronto aparecieron otros dos, el Caracas y el Cinelandia. Terminada la sesión, tras un corto intermedio, todo volvía a empezar. Solían estas salitas proyectar cortos, noticieros, dibujos animados, y, como postre, el episodio de la serie que todos esperábamos. Las “series” eran una fórmula del Hollywood de esos tiempos, que funcionaba exhibiendo cada semana un episodio para continuar en la siguiente. Gracias a ese feliz invento pudimos disfrutar de Supermán, El Fantasma, La Sombra, El Capitán Marvel, Flash Gordon, El Zorro, El llanero solitario, casi todos héroes tomados de los cómics, o bien de las *pulp fictions*. No siempre era así, a veces daban películas completas. En el Cinelandia vi por primera vez una de mis películas de culto, *El mago de Oz* (la versión de Judy Garland, por supuesto), portadora de un mensaje que todavía no comprendo del todo, pues no sé si triunfa en ella la realidad o la fantasía.

Bueno, luego aparecieron *El Cid* y *el Libia*, ambos de Cine Colombia. *El Cid* era inmenso. *El Libia*, más recogido, fue “la joya de la corona” de esa empresa –en los tiempos de doña Teresa Gómez–, que enviaba a esa pantalla las cintas más selectas de sus arcas. Y lo eran: se estrenó con *Muerte en Venecia* de Visconti, y presentó siempre excelentes filmes,



➤ SUP. Publicidad de cartelera de cine. 1937.
➤ INF. Teatro Avenida. S. f.



> Izo. Teatro Metro Avenida. 1954.
 > Sup. Teatro Lido, S. f.
 > Inf. Teatro Lux. 1963.

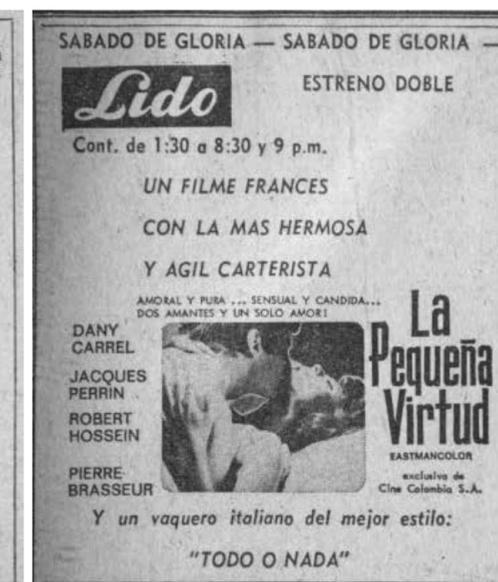
como *El inquilino* de Polanski, *Teorema* de Pasolini, o *El fugitivo Josey Wales*, regreso triunfal de Clint Eastwood a los auténticos *saloons*. Diagonal al Libia existió el Diana, luego degradado –obediente a su actual entorno– a menesterosa sala X llamada México. Pero no puedo olvidar el Diana, amable espacio que presentó entre otras buenas cosas *Camino a Salinas*, donde Mimsy Farmer me regaló el desnudo más bello que jamás he visto, dentro o fuera de la pantalla; no porque su breve aparición *in puribus* fuera especialmente insinuante, sino porque ella era una criatura bendecida por los dioses con el don inefable de la desnudez.

Dejando muchas cosas en el tintero, permíteme un último párrafo para Cine Centro, ubicado a dos cuadras del Parque Bolívar, rumbo a Prado.

Lo administraban dos jóvenes entusiastas, empeñados en dar a Medellín una última oportunidad comercial de ver buen cine. Y así lo hicieron, contra viento y marea. Con decirte que allí se estrenó *El cielo protector*, de Bertolucci. Como era predecible, Cine Centro quebró. Volviendo a *El cielo protector*, te cuento que la vi con una novia. Después, tanto Bertolucci como yo entramos en decadencia.

F. M. – Tu decadencia es obvia. Ni siquiera mencionaste a Aguirre, ni a ‘Pacholo’, ni al Colombo.

E. O. – La tiranía de los caracteres, y del mal historiador. Más adelante, si quieres, seguimos trinando.



> Avisos de la cartelera de cine publicados en el periódico *El Correo*. S. f.

En el pueblo hay una plaza, en la plaza hay una iglesia y en la iglesia hay un órgano

Por RICARDO ARICAPA

El dragón de la Catedral

“En el pueblo hay una plaza, en la plaza hay una iglesia y en la iglesia hay un órgano” era una retahíla que se usaba antes para enseñarles a los niños a leer y a escribir, y de paso dejarles claro el orden natural de las cosas.

Ese antes es 1933, el pueblo es Medellín, la plaza es el Parque Bolívar (ya con el Libertador de bronce montado en su caballo), la iglesia es la recién terminada Catedral Metropolitana (tan enorme para la ciudad de entonces que se alcanzaba a divisar desde ambos extremos del Valle de Aburrá), y el órgano es un aparato no menos desmesurado, comprado a la prestigiosa casa alemana Walcker, el más grande y costoso de cuantos se cotizaron, como correspondía al tamaño y prodigio del templo.

El órgano traía incorporado lo último en tecnología, en una época en que los organeros competían por construir un instrumento de sonoridad universal, es decir, que a la par con el sonido romántico que traía del siglo XIX tuviera el brillo metálico del período barroco; mejor dicho, una vuelta al siglo de oro de ese aparato, cuando el devoto Johann Sebastian Bach lo usaba para comunicarse directamente con Dios.

Seis meses tomó en Alemania la construcción del órgano de La Metropolitana, y tres más demoró su traslado a Medellín, primero en buque, luego en barco por el río Magdalena, y después a lomo de mula desde Puerto Berrío, desarmado y empacado en cajas. Con él llegó para armarlo el ingeniero Oskar Binder, quien ordenó reforzar el sotacoro con una estructura metálica capaz de soportar las veintidós toneladas que pesa y la vibración del motor de tres caballos con el que hace trinar sus tres mil 478 flautas, la más grande de seis metros de largo y la más pequeña de seis milímetros, lo que le permite reproducir sonidos de trompetas, bombardas, oboes, clarinetes, flautas, violonchelos, campanas y hasta la voz humana; toda la paleta de colores de una orquesta que se maneja desde

una pequeña consola con cuatro teclados, tres para tocar con las manos y uno con los pies.

Es el instrumento más grande del país y el papá de todos los órganos de Antioquia. Mide diez metros de alto, doce de ancho y cinco de fondo, y con su maderamen de palo santo oscuro y sus largos tubos a la vista semeja un dragón echado, al que no le falta sino botar candela cuando retumba con toda su potencia en la inmensidad de la Catedral, su caja de resonancia, una inmensidad de 97 mil metros cúbicos.

Binder, el ingeniero alemán que lo instaló, se quedó un tiempo en Medellín y luego se radicó en Bogotá, donde formó su propia compañía especializada en reparación de órganos. Y eso fue lo mejor que le pudo pasar al órgano de la Catedral: le aseguró buen mantenimiento por muchos años, los que alcanzó a vivir el longevo Binder, quien lo mantenía al pelo, como se dice. En 1975 Binder lo refaccionó y reforzó; le modernizó los mecanismos electrónicos y le adicionó un juego de trompetas de cobre para que sonara más fuerte. Ese mismo año se celebró el Festival Internacional de Órgano de Medellín, que vio desfilar a los mejores organistas del mundo.

Esos festivales, en su primera época, los organizó y dirigió Hernando Montoya, el personaje más entrañable que ha cuidado al dragón, pues lo tocó durante casi cuarenta años y, mientras vivió, fue considerado el mejor organista del país. Quién sabe cuántas de las personas que iban a las misas lo hacían solo para escucharlo tocar, acompañado los domingos por un coro numeroso. Asistía mucha gente en ese entonces, pues la devoción todavía flotaba en el aire y la feligresía llenaba las iglesias; no como hoy, que es cada vez más escasa: a la última misa matutina que se celebra entre semana asisten unas cien personas mal contadas, que vistas desde lo alto del órgano parecen migajas esparcidas.



Los años noventa no fueron buenos. Binder murió, el órgano se desajustó, perdió brillo y vigor, y no tuvo quien lo auxiliara. Se necesitó una circunstancia fortuita para que en el año 2002 la Arquidiócesis decidiera meterle la mano.

Ese año se anunció la gira por Colombia de Pierre Pincemaille, organista titular de Saint-Denis, la catedral de París donde reposan los restos de todos los reyes de Francia y, por lo mismo, plaza obligada para organistas de gran importancia. Y Pincemaille sí que era una celebridad mundial, en especial por sus magistrales improvisaciones. Su gira por el país fue promovida y financiada por la embajada francesa en misión de intercambio cultural. Así que tocó refaccionar el órgano a las carreras y ponerlo a tono para la importante gala.

“Yo no lo reparé totalmente, lo limpié y le hice una intervención técnica puntual para que se pudiera tocar ese concierto”, dice Francisco Serna, el organero que llamaron para realizar el trabajo, cuya mayor recompensa fue que después del concierto el propio Pincemaille lo buscó para felicitarlo.

El órgano siguió entonces con sus achaques, a medio sonar, hasta que llegó otro golpe de suerte. Esta vez fue la embajada alemana la que se interesó por él, en razón de que fue catalogado como patrimonio cultural por ser de los pocos órganos construidos antes de la Segunda Guerra Mundial. El gobierno alemán asumió buena parte de su restauración, y lo demás corrió por cuenta del gobierno local y la empresa privada. El trabajo lo realizó la casa organera alemana Oberlinger, que pasó factura por casi 700 millones de pesos. Francisco Serna, paísa al fin y al cabo, dice que él la habría hecho por cien millones de pesos y le habría quedado mejor, porque, a su juicio, la restauración que hicieron los alemanes quedó con fallas.

No son muchos los organistas que han posado sus manos y pies en el órgano de la Catedral. Después de Hernando Montoya, el más duradero fue Guillermo Gómez, un sacerdote todoterreno que le revolvió de todo a su labor pastoral: programas de radio, conferencias académicas y devoción por la música. Tocaba muy bien el piano y el órgano, en especial la obra de Bach. Tenía incluso su propio Guinness Records: fue el primer sacerdote pianista del mundo en interpretar las 32 sonatas de Beethoven y los 48 preludios y fugas de Bach. Su último proyecto, maratónico, fue tocar toda la obra de Bach, y para ello programó un ciclo de conciertos el último domingo de cada mes. Cuando la muerte se atravesó en su camino tenía conciertos programados hasta el año 2015.

En la actualidad el organista titular es Octavio Giraldo, pianista y organista jubilado de la Facultad de Música de la Universidad de Antioquia. Su hijo Esteban, de treinta años, es el organista auxiliar, y lo más seguro es que herede el lugar de su padre.



El venerable órgano de La Candelaria

El Parque Berrío fue una apacible plaza pueblerina donde vivían en casas de balcón las más distinguidas familias; había mercado los domingos, manifestaciones públicas, paradas militares y hasta fusilamientos. Entrado el siglo XX, después de varios incendios, se reconstruyó con una nueva vocación: ser el centro de referencia de la pujanza industrial, cafetera y minera de Antioquia, sede de bancos, edificios empresariales y oficinas del gobierno. Y así duró hasta que el Metro se atravesó y lo volvió estación de paso. El desempleo y el rebusque hicieron el resto. Se puede decir que recuperó la vocación de plaza de mercado de antaño, pero al estilo y al ritmo de la economía informal de ahora.

Lo único que ha permanecido invariable es el venerable órgano de la iglesia de La Candelaria, porque hasta esta sufrió cambios importantes; por ejemplo, antes era de ladrillo a la vista y ahora es blanca. Y es venerable porque es el órgano más antiguo que se conserva en la ciudad, traído en 1850 gracias al dinero que donó un rico a la parroquia a cambio de indulgencias. La idea era comprar un órgano acorde con las dimensiones y la importancia de La Candelaria, por entonces el principal templo de Medellín y de Antioquia, tierra abonada para la misa y el rosario. Su construcción se encargó a la casa Walcker de Londres, y llegó por la ruta acostumbrada del Magdalena y las trochas para reemplazar uno modesto que habían construido los organeros jesuitas.

Lo que no está claro es si ese fue el órgano que se pidió a la Walcker. Según una versión, que algunos consideran leyenda, iba para otra ciudad pero por una confusión en los trámites terminó en Medellín. Una posible prueba de ello es su tamaño, que resulta mastodóntico para una catedral de mediano calado como La Candelaria. El caso es que la Walcker tuvo que dejarlo acá. Y así fue como La Candelaria quedó dotada con el órgano más grande y fino de cuantos hasta ese momento se habían importado al país, con quince registros de sonidos diferentes, dos teclados manuales y el pedalero. Lo que no hubo fue quién lo instalara. De esa tarea se tuvo que encargar un arquitecto y mecánico alemán radicado en Medellín que sabía hacer de todo: Enrique Haeusler, el mismo que construyó el Puente Guayaquil y le hizo una reparación importante a la iglesia de La Candelaria. No era organero ni músico pero se le midió a instalarlo, asesorado en el trabajo de afinación por un músico inglés que hacía parte de la comisión científica de Codazzi.





Tampoco faltó quién lo tocara, pues en la ciudad había buenos pianistas que podían hacerlo. El más connotado fue el compositor Gonzalo Vidal, maestro de capilla de La Candelaria por muchos años y autor de la música del himno antioqueño.

En 1914 el órgano se refaccionó y se le adicionó el registro de la voz humana. En 1978 lo restauró Oskar Binder, quien no le modificó nada sustancial, de tal suerte que se conserva casi igual a como era hace 163 años. Una joya afónica, según el organero Francisco Serna, porque la refacción más reciente le dejó escapes.

Pero así estuviera en perfecto estado su sonoridad no se podría apreciar, la bulla que se cuele desde la calle no permite escucharlo en todo su esplendor. No hay que olvidar que el órgano se inventó para la solemnidad y el silencio de las catedrales, necesita ese ambiente como las cometas necesitan el viento, y La Candelaria está rodeada de ajeteo y bulla, siempre expuesta a la formidable banda sonora del rebusque, o sea a los gritos de los fruteros, el pregón de los baratijeros, las guitarras de

los merenderos, los tambores de los hare krishna, los pitos de los carros, el perifoneo de los loteros, el “¡cójalo!” que sigue a los carteristas..., en fin, los nuevos mercaderes del templo.

Es una iglesia de paso y de pobres, como la define Yolanda Niño, la secretaria mayor de la parroquia. Y de viejos, se podría agregar, pues casi toda su clientela es gente mayor, el promedio no baja de cincuenta años, con uno que otro joven por ahí entreverado. Para ellos, durante todas las misas de la mañana, toca el órgano Lubín Alzate Sánchez, maestro de capilla desde hace dieciocho años.

Lubín es un hombre bajo, cercano a los setenta años y magro como un arpegio. Pertenece a esa vieja guardia de buenos organistas que se formó a la sombra de Hernando Montoya. De ahí que no le falte algo de razón cuando dice que la gente que lo visita solo se interesa en el órgano, mas no en el ejecutante; se queja de que nadie le pregunta por su salud, sus necesidades y condiciones de trabajo. Sus razones tendrá Lubín para quejarse.

El Merklin que trajeron los jesuitas

En 1905 llegó de Europa el órgano para la iglesia de San Ignacio, templo insigne de los jesuitas en Medellín. Aquel año el templo celebraba cien años de existencia, todavía con la fachada a medio hacer, porque el arquitecto Agustín Goovaerts aún no le había construido el frontis barroco. La compra del órgano hizo parte de la celebración. Y sí que había razones para celebrarlos, considerando lo difíciles que fueron para la Compañía de Jesús, perseguida y expropiada por los liberales radicales durante las guerras civiles del siglo XIX. En una de esas le confiscaron el colegio y el claustro, que estarían dos décadas en manos de la autoridad civil.

Para 1905 solo había dos órganos en el departamento: el de La Candelaria y el de la Basílica de Santafé de Antioquia. Después llegarían muchos más, que obviamente serían ubicados en templos religiosos, porque en nuestro medio el órgano es especie endémica: solo habita en las iglesias. Distinto a Estados Unidos, por ejemplo, donde la industria del cine lo usó en los teatros como banda sonora de las películas mudas, con dispositivos alterados para que diera el sonido de gritos, disparos, estruendos, portazos...

No hay duda de que los jesuitas hicieron una buena inversión con la compra de este órgano, que es un valioso bien patrimonial tanto por sus sonidos como por su constructor, Joseph Merklin, famoso organero alemán que en su tiempo hizo notables aportes al desarrollo de estos aparatos, tan exitoso que no daba abasto para atender los pedidos. Varias iglesias importantes de Europa tienen órganos fabricados por él, y el del templo de San Ignacio fue uno de los últimos que construyó en su taller de París, pocos años antes de morir.

“Sus enflautados son una maravilla, de sonoridad exquisita”, dice Francisco Serna, quien tuvo la oportunidad de meterle la mano en 1999, cuando lo llamaron para que lo reparara. Lo limpió, lo ajustó y cambió la viga del segundo nivel de enflautados, que estaba carcomida por el comején.

Fue el segundo órgano que Francisco reparó en su vida. El primero fue el de La Veracruz, dos años atrás, trabajo que se le encomendó como último recurso para salvar el órgano. Llevaba treinta años fuera de uso y estaba en pésimo estado, tanto que ni la compañía de Oskar Binder lo quiso reparar. Además, en una ciudad en la que los organeros se cuentan en los dedos de una mano y sobran dedos, el párroco de La Veracruz no encontró quién más le hiciera ese trabajo, y menos con el presupuesto tan famélico que había disponible.

“Pero me le medí”, dice Francisco, cuya única experiencia en la materia era el año que había sido ayudante en la reparación del órgano de la iglesia del barrio Manrique, de la misma marca que el de La Veracruz: un Casavant canadiense. También había adquirido conocimientos teóricos como autodidacta y desarrollado algunas habilidades en tecnología aplicada. Aprendió desde muy joven a tocar el piano y el clavicémbalo en el Conservatorio Nacional de México. El organero es un artesano que debe conjugar varios saberes, desde la mecánica, la carpintería y el manejo del cuero, hasta la ingeniería eléctrica, la música y la acústica.

Dos años le tomó a Francisco la reparación del órgano de La Veracruz. En la sola limpieza se demoró un mes, por el hollín acumulado en los tubos y el excremento de ratas, murciélagos y palomas, que en algunas partes formaba un tapiz de hasta un centímetro de espesor. Este aprendizaje le permitiría luego encarar la reparación de los órganos de la iglesia de San Ignacio y la Catedral Metropolitana.

Hoy, el órgano de San Ignacio se encuentra otra vez desarmado y en reparación. Según Francisco, otro organero con más créditos académicos (pero no con más conocimientos, enfatiza) diagnosticó que su trabajo anterior había quedado mal hecho y propuso una nueva. Gajes de la competencia entre organeros.

Pobreza franciscana

Además de organero, Francisco Serna es egresado de historia de la Universidad Nacional y autor de una tesis sobre los órganos en Antioquia. Contó 37 en Medellín y los demás municipios; la mayoría están en un estado deplorable, tanto que las reparaciones que les han hecho a algunos ha sido más labor de salvamento que de mantenimiento.

El que está en peor estado tal vez sea el órgano de la iglesia de San Antonio, el insigne templo de la orden de San Francisco en Medellín consagrado a San Antonio de Padua, un monje del siglo XIII que toda su vida hizo milagros y alguna vez se anotó uno

portentoso: para convencer a un marido celoso de que el bebé que acababa de tener su esposa sí era suyo, hizo que el bebé hablara y le confirmara que sí, que verdaderamente él era su padre.

Este templo data de finales del siglo XIX pero fue reformado totalmente entre los años 1929 y 1945, cuando se construyeron sus amplias naves, sus preciosos altares de madera y su gran cúpula. Sobre el sotacoro se instaló el órgano, instrumento construido en España por Esteban Dourte, un artesano vasco que, según Francisco Serna, encarnó el momento culminante de la vieja escuela organera catalana-aragonesa. Por eso es interesante y vale la pena recuperarlo.

Este órgano no suena desde hace más de treinta años. Lleva todo ese tiempo dañado y a merced del comején. Y aunque desde abajo uno lo vea impecable en su elegante maderamen repartido en dos cuerpos, al acercarse ve la ruina en que se encuentra: la consola está carcomida y en harinas, y tiene malas las secretas, los fuelles, el motor, las bases, todo. Lo único bueno es su tubería, que es muy valiosa. “Y si hay tubería, hay órgano, se puede restaurar”, dice Francisco, quien tiene razones para decirlo porque hace quince años lo llamaron para que lo revisara y cotizara la restauración. También tiene como experiencia haber restaurado un órgano similar en Aguadas, Caldas. Según sus cálculos, restaurar este órgano puede costar 120 millones de pesos, “y eso bajita la mano porque yo no soy carero”.

De todas maneras, 120 millones es un billete largo para una comunidad como la de San Francisco de Asís, que vive de la caridad. Su pobreza es proverbial. Además, la ponchera tampoco es que ayude mucho, porque el templo de San Antonio es tal vez el menos concurrido del Centro. Los usos que ha adquirido el parque en los últimos años aislaron el templo del contexto urbano y lo vaciaron de feligreses. La mañana en que lo visitamos, a eso de las siete y media, había catorce personas en misa —o trece, porque uno de los señores roncaba plácidamente en una de las bancas—.

Sin embargo, esos pocos feligreses tienen un órgano que acompaña las misas. La parroquia compró uno eléctrico cuyo sonido se amplifica con altoparlantes, y que interpreta el hermano Julián enfundado en el tradicional hábito café con cordoncillo blanco de la orden.

El hermano Julián abrazó desde muy joven la causa religiosa, y lleva varios lustros sirviendo como sacristán en el templo de San Antonio. Es un hombre fornido y de pocas palabras, además de arisco, quien aparte de preparar las misas tiene en la responsabilidad de tocar el órgano eléctrico, un aparato que apenas si zurrunguea, como él mismo lo reconoce.



› Teclado y pedalero, órgano de la Iglesia de San Antonio.

El gran órgano de San José

En 1955 las familias pudientes que vivían en torno a la iglesia de San José decidieron reunir el dinero necesario para dotarla de un órgano digno de su importancia. La mejor oferta que recibieron fue un órgano español construido en 1922, restaurado y mejorado, y casi tan grande y rico en sonoridad como el de la Catedral Metropolitana: tres mil flautas y 44 registros; un portento de aparato, el segundo más grande de Antioquia. El organero Oskar Binder estuvo a cargo de su restauración, lo que lo cotizó más. No en balde lo utilizaron para acompañar la grabación de un disco, el primero de esas características que se grabó en Colombia.

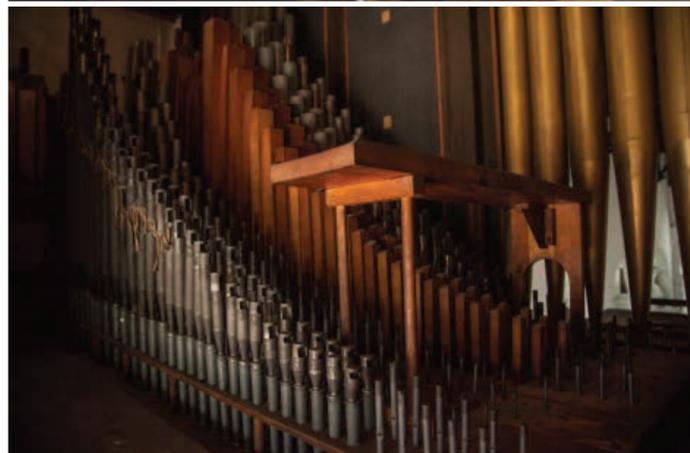
En el año 2002 tuvo un daño eléctrico que afectó parcialmente su funcionamiento, pero ahí estuvo Francisco Serna para repararlo y de paso hacerle algunos ajustes. En 2010 la junta de arte de la Arquidiócesis decidió restaurarlo en su totalidad, un trabajo que costó 500 millones de pesos y le fue encomendado a otro organero.

El cuarto de hora de Francisco como reparador de órganos al parecer ya pasó, hace rato no utilizan sus servicios. Reconoce que el mercado de la reparación, que de por sí es escaso, está copado por nuevos organeros: “lo malo –se queja– es que quieren acreditar su trabajo desacreditando el mío”.

Entretanto sigue alimentando un capricho personal: terminar el órgano que empezó a construir de manera artesanal, pieza por pieza, hace algunos años. Es la réplica de un órgano cortesano español de la época de la Colonia, que lleva apenas en la mitad por falta de recursos, pues hoy se tiene que ganar la vida como profesor de música.

También ha empezado a incursionar en el mercado de los detergentes. Le hizo caso a la recomendación de un amigo y empezó a fabricar un jabón líquido cuya fórmula él mismo ideó. La creó para limpiar órganos, pero descubrió que también funciona para lavar platos porque es biodegradable y no es hostil con las manos. Ya lo patentó y lo fabrica en su propia casa. “Facilín”, se llama, y valga la cuña. “A lo mejor tengo más futuro con los detergentes que con los órganos”.

■



Parque de Bolívar



“Pero esa noche soñó, como tantas veces en su vida, que su mamá lo llevaba de la mano a comer helados en el Parque Bolívar de Medellín. El sueño tenía varias versiones, pero esta vez se bajaron del bus en el Parque Berrío, atravesaron el parque y dos calles hasta llegar a Junín. La mamá se veía inmensa con una falda gris de paño, una chaqueta negra y un sombrero pequeño tirado hacia un lado. Baldini se le soltaba de la mano a cada momento para ir a jugar en las tiendas de Junín y ella lo esperaba paciente mirándolo con esos ojos negros, grandes, que lo acompañaban a todas partes”.

León Valencia. Con el pucho de la vida. 2004.



1848

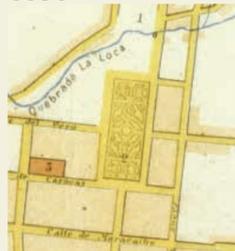


Gabriel Echeverri, Tyrrel Moore, Evaristo Zea y Marcelino Restrepo donaron los terrenos para construir un barrio elegante en las mangas pobladas de guayabales, higuerrillos, borracheros y zarzales del norte de la ciudad, entre las quebradas Santa Elena y La Loca. El proyecto se llamó inicialmente barrio Nuevo Londres y fue trazado a partir de una plaza denominada de Villanueva, la cual tenía una dimensión de 150 varas a cada lado. El trazado del nuevo barrio estuvo a cargo de Moore, quien donó el lote para la plaza y la Catedral.

1869

El proyecto avanzaba lentamente, y para este año, además de la casa de Tyrrel Moore en la esquina suroriental, existían apenas cuatro casas en la manzana oriental de la plaza.

1870



Se hizo la primera organización de la plaza de acuerdo a un plano diseñado por estudiantes de la Escuela de Minas. El terreno había sido nivelado, pues en el centro tenía un montículo; se habían sembrado los primeros árboles, algunos de ellos

Promesa de una villa nueva

Por ROBERTO LUIS JARAMILLO

Medellín tiende al Norte, cual aguja.
Tomás Carrasquilla

Caminos y camellones

En los primeros años del siglo XIX el caserío donde se asentaba la villa de Medellín estaba ya tan estrecho y poblado que el cabildo decidió demarcar dos barrios urbanos: el de San Lorenzo, que era el viejo casco colonial, y el de San Benito, nuevo poblado ubicado en la Calle Real que bajaba de la plaza al río. Cada uno tendría su propio “alcalde de barrio”, y ambos estarían limitados por la quebrada Santa Elena. La villa era cruce de caminos: uno que subía por la orilla derecha de la quebrada a buscar el altiplano de Rionegro; el que bajaba paralelo a la misma quebrada y llegaba hasta el río, pasando por la barriada de San Benito; el que giraba al sur de la Plazuela de San Francisco y pasaba por el cementerio para llevar al caminante por el arrabal de La Asomadera, desde donde se podían ver las partidas para Envigado, El Guayabal, Itagüí, La Estrella y El Prado; y otros dos que interesan para esta historia: el de El Chumbimbo, paralelo a la banda izquierda de la quebrada —hoy la calle Maracaibo—, que giraba hacia Guarne y Piedras Blancas, y el último, el Camino Real, que al salir de la plaza llevaba a Hato Viejo y seguía hasta El Hatillo, otra partida que conducía a Barbosa y a las minas del Porce y Santo Domingo, y al camino que subía al altiplano de Los Osos y se dispersaba hasta los sitios mineros del norte de la provincia. Se llamará la atención sobre dos arrabales, el uno entablado en El Chumbimbo, a orillas del arroyo de La Loca, y el otro formado a la vera del Camino Real hacia Hato Viejo.

Veinte años después de que Medellín fuera declarada capital de la provincia

de Antioquia el crecimiento de la población no se notaba, pues los veinte mil habitantes de la jurisdicción se repartían entre lo urbano y lo rural, entre la banda oriental del río y Otrabanda, al occidente. Los campesinos de San Cristóbal eran hortelanos; los agricultores de El Aguacatal, El Guayabal y Belén surtían a todos de lo que sembraban, así como de la miel; por su parte, los cañaduzales y hatos del norte proveían de panela y carne a toda la vieja villa y al norte de la provincia, donde se explotaban muchísimas minas de oro; uno que otro ojo de sal o *chupadero* era suficiente para sazonar la villa. Mineros y tratantes, funcionarios y clérigos, comerciantes y monjas del Carmen, pulperos y artesanos, agiotistas y ladroncitos, contrabandistas, abigeos y arrieros movían toda la economía. La mitad de los pobladores del Valle de Aburrá se asentaban en el riñón o centro de la ciudad y en sus arrabales.

Arrabales y barrios del norte

Tenía Medellín dos curatos y muchos clérigos, malos caminos de entrada y de salida en todas las direcciones, un promisorio colegio provincial, un obispo de Antioquia fuera de su sede porque se amañaba aquí, y una caja de ahorros, abierta cuando los más avaros al fin gastaron en la compra de mangas, pequeños lotes y solares diminutos con casitas, *mediasaguas* y ranchos, contiguos al casco urbano, con la esperanza de practicar la especulación en mejores tiempos. Las viviendas comenzaban a ser divididas, para acomodar más familias y adecuarles tiendas a los muchos mercaderes, pulperos, cantineros y artesanos que rebuscaban el sustento. También se asentaban en Medellín los nietos pueblerinos de los blancos



Simón Bolívar, obra de Giovanni Anderlini.



Predios que ocupa hoy el Parque de Bolívar. 1895.

pobres, estrechos y hambreados que habían salido años atrás del Valle de Aburrá a fungir como colonizadores, mineros o arrieros en el norte o en el suroeste. Entonces llegó de Santa Rosa, Yarumal, Anorí, Amagá, Fredonia y Titiribí un grupo de adinerados que se establecieron aquí, entraron los hijos al colegio, compraron las mejores casas de la plaza mayor y la Calle del Comercio, y cuanta manga vieron, pues el riñón ya era estrecho y se necesitaba una explosión urbana. Los recién llegados hicieron política, remedaron risibles modales burgueses, abultaron su panza y compraron el eterno descanso en el nuevo Cementerio San Pedro, pues el viejo espantadero de San Lorenzo quedó como sepulcro de los muertos pobres.

El mejor negocio

El antiguo peón y arriero que había traído a la provincia la noticia del “triumfo de Boyacá en los campos” era un corto ganadero, un pasable matarife y un buen carnicero. Se llamaba Jerónimo Arteaga y se estableció junto al Puente de Arcos, levantado durante la Guerra de Independencia con planos de ‘El Sabio’ Caldas, que comunicaba a la villa con el Camino del Norte. Este carnicero fue el primero en abrir faena con el negocio de la

especulación en todas sus formas: compras, ventas, hipotecas, remates, promesas y retractos sobre medianos y diminutos terrenos inmediatos al puente, El Guayabal, El Chumbimbo, por donde hoy se empuja el barrio Prado. Arteaga, pues, se les adelantó a los nuevos ricos y a los pudientes en el negocio de comprar mangas para venderlas por lotes, solares, o solarcitos ínfimos, sin asomo de orden, solo para atender la urgencia de cobijo; pero su incapacidad para lo futuro hizo que cayera entre remates y pobreza. Eso de orden, “policía urbana”, calles anchas e intentos de urbanismo serían linduras de los blancos, pocos años después, cuando pensaron en una plaza para recordar a Simón Bolívar.

Arteaga les había señalado la estrategia, y pronto le apareció un competidor, un nuevo rico, un comerciante de los llamados “jamaiquinos”, don Gabriel Echeverri; todo un premoderno, como dicen ahora, que de muchacho jornalero y alquilado pasó a la arriería. Después fue dependiente de un almacén y con su dueño aprendió a escribir, a llevar libros, a empacar, a ahorrar, a viajar, a establecer relaciones mercantiles, a transportar valores hasta Bogotá, a conspirar contra Simón Bolívar, a huir y a viajar a Jamaica, donde mejoró su escuela y comprendió que el oro en polvo y las libranzas antioqueñas,

eucaliptos, cuyas semillas había traído Tyrrel Moore de Australia. La plaza estaba enmarcada por casas de un solo piso, de tapia y tejas de barro, y en la esquina suroccidental, en el cruce de la carrera Venezuela y la calle Caracas, había una de dos pisos, la de Pastor Restrepo.

1871

La junta central encargada de la construcción de la Catedral solicitó al cabildo municipal que la Plaza de Villanueva pasara a llamarse Plaza de Bolívar en honor al libertador, pues esta había sido la voluntad expresada por Tyrrel Moore en la escritura de donación de los terrenos.

1875

Comenzó la construcción de la Catedral de Villanueva en el costado norte de la plaza, con planos del italiano Felipe Crosti, quien años después se mostró incapaz de continuar la obra. A partir de 1889 Crosti sería reemplazado por el arquitecto Charles Carré, quien reelaboraría los planos originales debido a los problemas que presentaban.

1888



Se ejecutaron los planos elaborados por estudiantes de la Escuela de Minas. Se trajo de Europa una verja de hierro que fue montada sobre muros de adobe cocido para rodear la plaza.

1892

El 12 de octubre, con motivo de la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América, se inauguró el renovado Parque de Bolívar. Además de los discursos

oficiales, el acto contó con la presentación de la Banda Departamental, lo que dio inicio a la tradicional retreta dominical del parque.

1899

La Sociedad de Mejoras Públicas (SMP) instaló alumbrado público en el parque.

1900



Se dispuso en el centro de la plaza una fuente de bronce que costó cinco mil pesos. Fue traída de Nueva York por Alejandro Echavarría, y fue llamada Fuente de la Garza por la escultura que la adorna.

1906

La SMP dotó al parque de un quiosco para las retretas que, desde hacía más de diez años, se celebraban en el Parque de Bolívar los domingos después de la misa de nueve de la mañana y los jueves en la tarde.



1920

Se inauguraron los atrios frontal y laterales de la Catedral; el elegante embaldosado fue donación de la SMP.

un pagaré y la palabra empeñada valían mucho entre los ingleses, cuyo idioma aprendió a susurrar... Volvió a Medellín con mercancías europeas, abrió un almacén, juntó vales de deuda, capituló baldíos, colonizó, cultivó en grande y fundó poblados. Después fue cabildante, procurador, alcalde y gobernador, al tiempo que especulaba con tierras al otro lado de la quebrada Santa Elena, pues Medellín tenía que crecer hacia allá. En materia de negocios, Arteaga aceptó préstamos de usura y metió la pata, y Echeverri metió la mano; y de patas y manos, con la necesidad y la especulación se valorizaron los predios del arrabal del norte. Esas operaciones financieras fueron muy bien condensadas décadas después por el folclórico pensador local ‘Marañas’, que para burlarse de ellos dijo que “el mejor negocio de Medellín está en comprar mangas, y sentarse a aguantar hambre”.

Vieja villa y Villanueva

El centro de Medellín –recostado en la quebrada Santa Elena– estaba limitado: no podía crecer hacia el sur o hacia el occidente porque los suelos eran pantanosos y malsanos, y al oriente las mangas eran caras y tenían un solo camino. Quedaban las mangas del norte, pero la quebrada estorbaba y el único paso cómodo era el Puente de Arcos (el de Las Pisas, a unas pocas varas, era tan provisional y peligroso que el horrendo callejón entre ambos era llamado “El Infierno”). El viejo casco de Medellín hervía entre el desaseo y la fetidez: las casas y tenduchas no tenían acueducto ni alcantarillas; los desagües eran las calles y los camellones sin piedra; el solar de las grandes casas servía de depósito de las cacas hogareñas y la basura semanal. Como aquello no podía eternizarse, la solución se ofreció cuando los del *blanquerío* pensaron en una villa nueva, opuesta a la vieja villa.

A Echeverri se sumaron varios ricachones como Juan P. Sañudo, Marcelino Restrepo, Cipriano Isaza, Manuel Uribe Ángel y mister James Tyrrel Moore, ingeniero de minas; ellos eran algunos de los más reconocidos liberales progresistas, además de negociantes que acapararon todos los predios disponibles al otro lado de la quebrada Santa Elena; lo mismo daba comprar en El Guayabal o en El Chumbimbo, en la quebrada Arriba o en la quebrada Abajo.

El sector donde ahora están el Parque Bolívar y la Catedral se puede dibujar como un mangón con arrabal y



► Parque Bolívar. 1890.

muchos pobres dueños, andable por dos caminos, uno real y otro secundario; el real se llamó después Camellón de Bolívar, en cuya vera quedaban los restos de un camposanto colonial, y el secundario de La Nitrera, un polvorín que poca vida tuvo. Un poco más al norte estaban los cultivos de Los Muñoz, unos mestizos que por ser muy trabajadores se hicieron ricos y eran apreciados por los blancos, que querían casarlos con sus hijas. El Llano de Los Muñoz carga hoy con vías como Carabobo, Bolívar y Juan del Corral, edificaciones como la Facultad de Medicina y el Hospital San Vicente de Paúl, viviendas y varias funerarias... A pocos metros se veían los guayabales de Arteaga, situados entre la quebrada Santa Elena, el insano arroyo de La Loca, el Camellón de Bolívar y los comienzos de una humilde servidumbre que se transformó en el camino de El Chumbimbo, toponimia que se trocaba más arriba por El Guanábano, todo por buscarles la comba a esos dos palos. Ni se crea que esos predios eran cuadrados o redondos, porque eran globo informe en el terreno.

Cierto es que los predios del viejo Guayabal de Arteaga se valorizaron al pasar de mano en mano entre el blanquerío. Fueron manoseados con varias estrategias: enderezaron los senderos y el zigzag de servidumbres; trajeron las aguas desde los potreros para menudearla por *pajas*; trazaron calles anchas para que se vendieran sus solares; ofrecieron a la ciudad unas varas que les fueron aceptadas; soñaron con una plaza para recordar a Simón Bolívar, y la lograron. El londinense Moore –dicen que era presbiteriano– quiso pagar los favores recibidos en la Nueva Granada y donó un terreno para que se levantara en medio de sus mangas un templo cristiano, que es hoy la muy católica Catedral de Villanueva. Los nuevos ricos de Medellín no sabían qué cosa era el urbanismo, aunque lo practicaron bien, y se sentaron a esperar que pasara algo con los terrenos ofrecidos allí para un parque y un templo. Así nació, pues, el barrio Villanueva, con calles, catedral y Plaza de Bolívar, que al ser trazada, arborizada y embellecida se convirtió en el Parque Bolívar.

La donación del ingeniero inglés se firmó ante notario el 9 de mayo de 1857, eso sí, con condiciones: el lote que donaba “a los vecinos de Medellín” jamás se podría vender, y haría la entrega cuando se iniciara la edificación del templo cristiano, que quedaría rodeado

1923



El 7 de agosto se inauguró la estatua de Bolívar en el lugar donde antes estaba la fuente. El evento comenzó con un gran desfile desde el Parque de Berrío y contó con la presencia del Presidente de la República Pedro Nel Ospina. El diseño de la escultura es del italiano Giovanni Anderlini, fue ejecutada en Génova por el artista Eugenio Maccagnani y costó catorce mil pesos. La fuente de la garza fue trasladada al Hospital San Vicente de Paúl, donde aún se conserva. En octubre se inauguró la línea del tranvía eléctrico que iba para Manrique, entraba al Parque de Bolívar por Caracas y subía por Ecuador, por un lado de la Catedral.

1925

La SMP construyó un nuevo quiosco en madera para las retretas dominicales. En el quiosco de la esquina de Caracas y Venezuela, por su parte, se despachaban los primeros taxis que prestaron servicio a la ciudad. Ese mismo año se instaló el busto de don Fidel Cano en el costado oriental del parque. La escultura en bronce fue realizada por Francisco Antonio Cano.

1931

El 11 de agosto, en una solemne procesión, se trasladó el Santísimo desde la iglesia de La Candelaria hasta la Basílica Metropolitana; así quedó inaugurada oficialmente la nueva catedral de la ciudad.



1933

El ingeniero municipal Félix Mejía A. suprimió la verja de hierro que rodeaba el parque y en su lugar construyó un malecón de cemento. Al año siguiente la verja fue trasladada al Hospital San Vicente de Paúl. Por estos años se construyó un espejo de agua frente a la estatua de Bolívar.

1940

El parque fue remodelado con planos de Federico Vásquez Uribe e Ignacio Vieira Jaramillo, quienes lo dotaron de un estilo arquitectónico más moderno; para ello se eliminó el malecón de cemento, se talaron y podaron árboles, se ampliaron los senderos peatonales y se rediseñaron los jardines. La SMP construyó un nuevo quiosco para las retretas dominicales, ubicado entre la estatua de Bolívar y la Catedral.

1942

El 29 de noviembre la SMP dispuso en el parque una placa en bronce grabada por Jorge Marín Vieco en honor a Tyrrel Moore.

1947

Fue inaugurado el Teatro Lido, referente de la vida cultural de la ciudad por dos décadas; allí se presentaba lo mejor del cine internacional, así como importantes concertistas del mundo. La boleta para luneta costaba treinta pesos, para balcón veinte



► Parque Bolívar. 1916.

de solares y solarcitos suyos. Al comienzo la toponimia de Bolívar jugó al ensayo y error: Moore hablaba de la “Plaza de Bolívar”, la municipalidad llamó “Camellón de Bolívar” al viejo camino; y cuando comenzaron a levantar casas sobre la calle Junín, trazada y nombrada así por mister Moore, y empezó a poblarse el Camellón de Bolívar, sonaron los nombres de “Barrio de Junín” y “Barrio Bolívar”, de todo el gusto del inglés. Se ignoran las razones de la curia para llamar “Plaza de Villanueva” a la que era “de Bolívar”; años más tarde, cuando ya se levantaba la Catedral y se urbanizaba el sector, escribían, con todo desparpajo, “Barrio de La Catedral”. Era el desconcierto normal del fin del siglo XIX.

Se ha mencionado el arroyo insano de La Loca, cuyas crecientes arrastraban suelos e inmundicias que depositaban en El Guayabal y en el Llano de Los Muñoz como limo y abono; también era una loca que exhalaba esencias nauseabundas, porque las tenerías, los lavaderos de ropas sucias y las viviendas de los muy pobres arrojaban allí todos los desperdicios. Era preciso intervenirla, y para proteger los bordes se le hicieron trinchos de piedra y frágiles senderos; pero los feos ranchos de los pobres seguían allí, y sus callejones dieron origen al gracioso nombre de la calle de El Calzoncillo, porque los calzoncillos

de antes no eran cortos sino de manga larga, y la forma nueva de La Loca parecía una pierna. En ella habitaba el pintor Francisco A. Cano, que dizque cuando mandaba una carta a su casa ponía en el sobre: “Señora María Sañín. Calle del Calzoncillo. Pierna derecha. Medellín”.

El desdichado parque tuvo que esperar mejores circunstancias, porque la guerra civil del sesenta impidió los proyectos. Con los cambios de mitad de siglo y las instituciones revolcadas, los dueños de El Guayabal y de El Chumbimbo apoyaron la guerra civil del general Mosquera, y cuando ganaron los rebeldes liberales disfrutaron de los decretos mosqueristas de tuición y desamortización, lo que dividió al bajo y al alto clero diocesano hasta el punto de hacerse mutuas recriminaciones, protestas y censuras que llevaron a un verdadero cisma en la iglesia católica antioqueña, solo resuelto al dar gusto a los godos de Medellín trayendo la sede diocesana para acá; y como La Candelaria era vieja e incapaz, ya sí que se necesitaba un templo católico desde el cual pudiera el obispo dictar su cátedra: la Catedral de Villanueva, frente al Parque Bolívar. Por obra y gracia de los concejales y del gobierno de Pedro Justo Berrío, lo que Moore describió como “templo cristiano” ellos y el clero lo entendieron como “catedral católica”.



► SUP. Villanueva en construcción. 1900.
 ► MED. Atrio de la Catedral Basílica Metropolitana. S. f.
 ► INF. Quiosco para retretas. 1912.

Desarrollar un barrio tomando como punto de partida una plaza se tomó su tiempo, y requirió de una actividad entre pública y privada, sin impedimentos, ni dudas, ni reservas. El cabildo y la alcaldía vivían en la inopia, y se apoyaron en los dueños del proyecto de Villanueva. Ordenaron, oficialmente, abrir dos calles rectas en El Guayabal para prolongar Bolívar y la del atrio de La Candelaria, y para unir el Puente de Arcos y el de Las Pisas se mandó a abrir una calle nueva; por el lado privado, el ingeniero Moore borró el zigzag de caminitos y prolongó la calle Junín, amplia y recta, que terminaba en su Plaza de Bolívar. Los señores Botero E., nietos de don Gabriel Echeverri, cedieron al municipio unas pocas varas de su propia manga para abrir una pequeña calle entre la quebrada Santa Elena y El Chumbimbo; y como ya eran burgueses educados y les sonaba vulgar el camino de El Chumbimbo al llegar a El Guanábano, bautizaron la nueva vía con un nombre menos prosaico: calle de El Palo, y se pusieron en la tarea de urbanizar lo suyo. No tardaron en planearse y levantarse puentes para salvar la quebrada, y así nacieron, primero envigados y después de cal y canto, los de Palacé, Junín y El Palo. Los bordes de la quebrada tendrían sus avenidas arborizadas, y los ricos sus lindas quintas; así nació el malecón local de La Playa, que separa también a la villa nueva de la vieja.

Moore trazó calles y manzanas en ángulo recto, amplias, ventiladas y soleadas. Ya podía antojar a sus amigos, pues ahí mismo levantó su casa de habitación, en el crucero de Caracas con Junín. Otros lo imitaron, como lo demuestran documentos de 1855 donde se menciona la “nueva población”, tan moderna, civilizada y urbana que, de hecho y de derecho, surgieron urbanizadores que partían sus fincas en solares con el adjunto de calles empedradas, agua limpia y alcantarillas. También cambiaron el piso de las calles: las de la vieja villa se hacían con “cambas altas en bordes, y cóncavas en el centro” para que las aguas lluvias corrieran; a la villa nueva y las casas de la Plaza de Bolívar llegaba el agua por tubos de barro cocido y, una vez usadas, las aguas salían por alcantarillas hechas bajo nuevas calles empedradas con guijarros al centro y andenes al borde.

En 1868 se comenzó a adecuar el lote para trazar una plaza, la de Bolívar o Villanueva, como se quiera. El primer fotógrafo estable de la tierra capturó imágenes



pesos general y diez los estudiantes con carné. El matiné dominical costaba entre cinco y seis pesos.

1948

‘El Sordo’ Jaramillo abrió la Heladería Santa Clara en la planta baja de uno de los primeros edificios de apartamentos de la ciudad, construido en la esquina de Ecuador con Perú en los años treinta. A la heladería llegaba todos los días el señor Pablo Tobón Uribe, quien se sentaba en una de las mesas que daban al parque, pedía un vaso de agua y un limón para exprimirlle, tomaba azúcar de su mesa y bebía tranquilamente su limonada sin pagar un centavo por ella.

1961

A la media noche del 9 de julio se celebraba en la Catedral, con gran pompa y devoción, la clausura de la Gran Misión: treinta días de oración, penitencia, ayuno, rosario de aurora y vía crucis. Al momento de la comunión los nadaístas, camuflados entre la concurrencia, recibieron la hostia y luego la escupieron frente a todos los asistentes (uno de ellos incluso la pisoteó). El horror en el templo fue general, y no faltaron las navajas y cuchillos de algunos que amenazaban con matar a los blasfemos.

1965

Los hermanos Pineda abrieron el restaurante La Estancia en el que fuera el patio de la casa de Pastor Restrepo. Hoy, trabajadores y amigos discuten cuánto costaba

un almuerzo por ese entonces; unos dicen que cien pesos y otros que 200. En todo caso, coinciden en que en sus comienzos se llegaron a vender cerca de mil almuerzos diarios y trabajaron allí alrededor de sesenta personas. En la actualidad, La Estancia tiene menos de diez empleados, vende almuerzos a 3.900 pesos y ofrece rumba *crossover* los sábados en la noche.

1968



Se integró el parque con la Catedral mediante la peatonalización de la calle que pasaba por el frente del atrio. En el lugar donde antes estaba el quiosco de cemento para las retetas, Empresas Públicas instaló una fuente luminosa que costó un millón de pesos. Se construyó, además, una plazoleta entre la nueva fuente y el atrio.

1974



Se llevó a cabo por primera vez el mercado de Sanalejo, pensado como una alternativa para el sustento de los artesanos de la ciudad. Mediante el Acuerdo 02 de 1985, el Concejo Municipal designó el primer sábado de cada mes como el día oficial de este evento.

1980

En esta década el parque vivió una etapa de gran decadencia por el descuido de las autoridades municipales y la creciente inseguridad del sector.

de tal proceso urbano; se llamaba Pastor Restrepo Maya, era rico y mundano, y como quiso casa nueva en la nueva plaza compró un buen lote al doctor Manuel Uribe Ángel –diagonal a la casa de mister Moore–, y buscó como diseñador a su suegro, Juan Lalinde Lema, comerciante y engordador de lotes con más mundo que su yerno rico, metido en política y en arquitectura, quien ya había levantado varias quintas de tres pisos. En esas fotos se ve la disparidad de gustos y posturas: el inglés Moore, que desde 1840 estaba casado con una criolla blanca de Rionegro, hizo su vivienda de tapias, de un piso, al estilo tradicional de aquí; por contraste, y como nuevo burgués, Restrepo se mandó a hacer una quinta “que imita un poco las

europas de tercer orden, en su aspecto y en su distribución; pero esta moda no ha calado en el gusto del pueblo, quien ha dado en decir que están hechas en inglés y que no las entiende”; eso dejó escrito el propio Uribe Ángel, quien también mandó a hacer la suya, y con ese estilo, al mismo Lalinde.

Por medio de un trato que no pareció repugnante, se juntaron en la Plaza de Bolívar el cielo y el infierno: por poseer unas cortas mangas, las limosnas católicas llegaron al bolsillo impío de un protestante y presbiteriano inglés. En efecto, la curia diocesana compró a Moore –casi gratis– los pequeños retazos de mangas, sobras y restos del viejo mangón de El Guayabal que se necesitaban para levantar la nueva catedral; todo porque después de fracasar con el italiano Crosti el obispado contrató al francés Carré, que modificó los planos y la proyectó tan larga que parte del edificio habría de levantarse sobre el arroyo de La Loca, con consecuencias hasta jocosas porque La Loca y El Calzoncillo se metían por debajo del altar de la mole.

Pastor Restrepo también tomó fotos de los cuatro costados de la plaza en formación, en las que se ven tapias y fachadas de viviendas, calles y arbustos, sin asomo de jardín, porque el único existente era el de su quinta. Desecadas las ciénagas, allanado el terreno y abiertas y empedradas las calles, se mercaron rápidamente los lotes y se levantaron amplias casas, casi todas de un piso.



› Parque Bolívar. 1964.

¿Los compradores y residentes? Los pueblerinos, a saber: Moore, que hizo la casa fundacional del parque, llevaba media vida entre Riosucio, Supía y Marmato, y entre Anorí, Angostura y Santa Rosa de Osos, y aunque murió en su fe, su casa, mujer, familia y modales eran los de aquí; don Pastor Restrepo, que hizo y habitó la segunda, hijo de un *ruanetas* de Belén que se convirtió en comerciante y útil capitalista; don Luis Vásquez B., traído de Santa Rosa, que construyó la casa contigua; uno “de los Álvarez del Llano de esta villa”, don Esteban, que calle de por medio, en la esquina de la calle Perú, levantó vivienda. A esta le seguía una de dos pisos con ladrillo en la fachada, construida sobre una antigua ciénaga por un antiguo carpintero de Barbosa, el inteligente y filántropo don Alejandro, tronco de los Echavarría “flacos”; tres sobrinos suyos, don Germán, don Ramón y don Pablo, Echavarrías “gordos”, levantaron casas en las esquinas de la plaza. Como la catedral en construcción iba de calle a calle, en el cruce de Ecuador y Bolivia hizo la suya don Guillermo Restrepo, importante político venido de Amagá; don Félix de Bedout, proveniente del pueblo de Santo Domingo y tipógrafo en Medellín, hizo la suya contigua a la que don Wenceslao Facio Lince y Sáenz, venido de Rionegro, levantó de un solo piso; la última de ese tramo, en el cruce de Perú, era de dos pisos y la mandó a hacer un rico de Sonsón, y de sonseños fue hasta hace pocos años, cuando cayó para



› Parque Bolívar. 1962.

levantar ahí mismo una enorme torre de ladrillo. Al frente, también en esquina, un rico de Copacabana, don Juan María Fonnegra, hizo la suya, sencilla y de un piso, que al pasar a manos de su yerno fue convertida en un edificio de tres pisos que todavía se conserva, al igual que la siguiente, hecha por otro rico de Sonsón, y modificada y ampliada al estilo republicano por su nuevo dueño, el ingeniero Juan de la Cruz Posada, natural de El Poblado, quien necesitaba acomodo para su abundante prole. En el predio contiguo, donde estuvo la del envigadeño Miguel Mesa Ochoa, levantó don ‘Colís’ Moreno, de Santo Domingo, el bello Teatro Lido; la última pasó por varios dueños hasta llegar al filántropo José de J. Toro, de Sonsón. Para terminar, la que quedaba al frente se conserva en parte, y perteneció a don Pablo, uno de los Echavarría “flacos” de Barbosa. Don Ricardo Olano, natural de Yolombó y nuevo rico en Medellín, cuenta en sus memorias que los engreídos “nacidos en la plaza”, a propósito de la vieja, la mayor o de Berrío, salieron a vender sus casas para dejarlas en manos de otros pueblerinos, como él mismo, y espeta con burla: “se acabó el coco”.

Don Tyrrel Moore se cansó de las piruetas de la política local, de la vida en las minas y de los pleitos con Coriolano Amador; se aburría tanto en un medio hostil y poco tolerante, que rifó su casa y se fue a vivir a Bogotá. La casa paró en manos de un rico Botero, llegado de Santafé de

Antioquia cargado de hijas que, se asegura, eran muy feas. Enriqueta, una de ellas, se prometió con el bogotano Patricio Pardo, y los amigos de este, en vísperas de la boda, le trovaban: “Animo, Pardo, / valor, Patricio, / que ya se acerca / tu sacrificio”. Y cuando lo veían en la puerta de su casa, sus malquerientes comentaban: “éste se encontró una guaca, y se casó con el espanto”.

Unos jóvenes Botero E., nietos de don Gabriel Echeverri, se tomaron en serio lo de la plaza y quisieron ponerla bonita hasta volverla parque, con ceibas, palmeras, arbustos y matas de jardín. Uribe Ángel dijo entonces: “Nueve calles convergen a ella, pues uno de sus lados, en vez de tener otra, para completar diez, comienza a ser ocupada por el atrio de la catedral en construcción”. En el diseño de los jardines metieron mano el gobernador, el cabildo y los estudiantes de la nueva Escuela de Minas.

La plaza-plaza de Bolívar

La curia, que era el gobierno mismo, estaba en puja permanente con el cabildo –mayoritariamente liberal y excluido del poder– para ver cuál jalonaba mejor el sector: el palacio del obispo en sueños, la catedral a medias o el seminario repleto; mientras tanto, el cabildo intervencionista pensaba en términos de la ciudad y del nuevo parque, y proponía ponerle una reja y una pila de agua, expulsar a los invasores de La Loca, exigir hilos para las nuevas casas, dar permiso para los desagües, empedrar

1988 -1990

El parque tuvo una remodelación parcial, se embalsaron los senderos, se cambiaron los drenajes, se pusieron instalaciones eléctricas subterráneas, se talaron algunos árboles y se redujo la altura de las rejas que rodeaban las zonas verdes. En el costado suroccidental se instaló un Centro de Atención Inmediata de la Policía (CAI). El parque fue entregado el domingo 23 de septiembre, en un acto que contó con la retreta de la Banda Sinfónica de la Universidad de Antioquia.

1997

El Teatro Lido fue declarado patrimonio arquitectónico de la ciudad y pasó a ser propiedad de la administración municipal de Medellín.

2005

Las secretarías de Cultura Ciudadana y de Educación del municipio, junto con la Gerencia del Centro, promovieron la restauración del Teatro Lido, que requirió una inversión de dos mil millones de pesos. Sería reinaugurado en 2007.

2007



Se inauguró el busto de Guillermo Cano Isaza, fundador del periódico *El Espectador*, asesinado en 1986 por el narcotraficante Pablo Escobar Gaviria. El monumento es obra de Rodrigo Arenas Betancourt.

2013

En agosto la Alcaldía de Medellín dio inicio al proyecto “El Parque de Bolívar, un espacio de ciudad para la experimentación, el conocimiento y la memoria”; entre las actividades se incluyó el regreso de la retreta dominical a cargo de la Banda Sinfónica Juvenil.

calles... Las gentes se jactaban y exageraban, hasta el punto de que el artista Cano los zahirió al decir: "sí, es la plaza más grande, y la más bella..., de Medellín".

Vino después la benemérita Sociedad de Mejoras Públicas, que embelleció a Medellín y al Parque Bolívar. So pretexto de proteger las matas del jardín, la reja de hierro impidió el goce del parque a los que no fueran cachacos, y duró como 45 años. La Sociedad de Mejoras puso iluminación, bancas de madera, un quiosco y una fuente, pero la guerra civil impidió otros avances. Establecida la paz, la banda de música comenzó con las retretas, que apenas si se han suspendido en estos 110 años.

La plaza perdió unas varas y la ciudad una calle, porque los clérigos quisieron ampliar el atrio del frente aunque no estuviera concluido el edificio de la Catedral. Un residente del parque, don Pablo Echavarría Echavarría, creyó muy del caso levantar en el centro una estatua de Bolívar y comenzó los trámites para hacerlo. Fueron veintitrés años de sueños, frustraciones, rabiets y colectas, con participación de autoridades locales, departamentales y nacionales, hasta que logró que se fundiera en Italia y se instalara la muy bonita estatua que se ve hoy, inaugurada en 1923, y que tuvo un pequeño lago al frente.

Aquí querían una catedral enorme, "la más grande del mundo", sin importar lo demás. Los planos se obedecieron al pie de la letra, sin miramientos. Se ocuparon las orillas inestables y el cauce de La Loca, un caliche de poca solidez, y se construyó ahí una bóveda de ladrillo, uno de los primeros trabajos del templo. Es muy graciosa la correspondencia entre constructores y canónigos, pues todo el tiempo aluden a "los desvíos de La Loca". Deducen ellos que su cauce llegaba hasta los bajos del edificio, y que a partir de esos fondos se llamaban Las Barbacoas. Lo cierto es que se trataba de El Calzoncillo y de La Loca, sin más acomodos semánticos, y atravesaba la catedral desde la carrera Ecuador hasta la calle Venezuela.

Para 1910 la parte primitiva del edificio mostraba humedades y derrumbes, pero nadie se alarmó. En 1944, y después de ires y venires con la municipalidad, que reclamaba el cauce como un bien público, la curia y la alcaldía acordaron el desvío de La Loca por terrenos píos pertenecientes al arzobispado, y el espacio y restos de la primitiva bóveda se pensaron para una cripta y osarios. A mediados de 1967, mientras los canónigos rezaban, se sintieron unos olores fétidos, y consta en un manuscrito que "se han presentado unos cinco reventamientos del suelo, algunos causando ruido y pánico, y no se han averiguado sus causas". No era el demonio, solo los gases de La Loca.

Años después, en 1975, se discutía con calor sobre el diseño y construcción de una fuente en el parque, frente a la Catedral. El tamaño y altura de los chorros motivó la oposición de algunas personas, entre ellas la de una líder cívica cuyas ancianas tías serían afectadas por el ruido de aquella enorme masa de agua que parecía un lago; y como la señora del cuento era familiarmente llamada "Tití", sus opositores, ya cansados, se referían al asunto como "el lago de Tití-Caca". Con esas dulces peleas de vecinos se divertía la pequeña ciudad cuando el parque era todavía teatro de señoronas.

■



Catedral Basílica Metropolitana



Aquí nadie se queda quieto.
Sacristán

Aunque su construcción fue decretada en 1871, la orden se cumplió entre 1874 y 1931. Recibió el título de Basílica Menor en 1948, y en 1952 fueron renovadas sus campanas, altares y confesionarios. Fue declarada Monumento Nacional en 1982.

Prepara

Tras bastidores, las misas ordinarias en la Catedral se preparan rápidamente. Los sacerdotes entran de civil a la sacristía y en segundos salen de blanco celestial rumbo al altar. El sacristán se ocupa de la biblia en el atril y del recipiente con las hostias; otro empleado hace el último ajuste del incensario. Si la celebración incluye al arzobispo, el templo se atiborra de flores y la misa empieza más puntual que nunca. Monseñor Ricardo Tobón Restrepo es obsesivo con el tiempo.

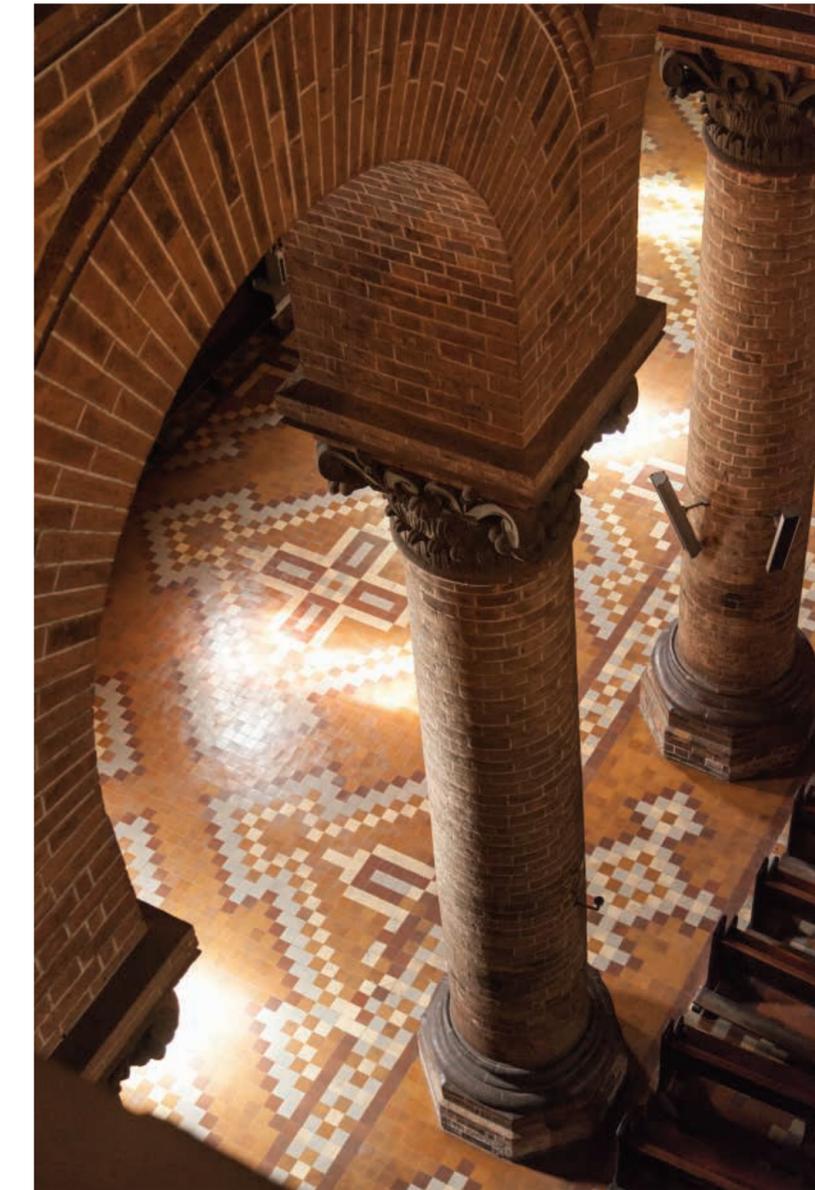
Pero no importa quién comande la misa, si uno de los cinco canónigos, el párroco o el arzobispo, la Catedral Metropolitana siempre exhibe ese aire solemne del que parece estar impregnado hasta el más recóndito de su millón 120 mil ladrillos.

Cuenta

No se sabe con certeza cuánto fue el dinero total invertido en este edificio. Mientras unos autores hablan de 600 mil pesos, otros le apuntan a dos millones. Lo que sí consta es que las vidrieras costaron veinticinco mil pesos; los altares y el comulgatorio, 45 mil; el púlpito de mármol, cinco mil; las doscientas bancas, cinco mil; y las sillas donde ponen sus posaderas los curas, sesenta mil.

En sus crónicas de *Medellín en 1932*, Enrique Restrepo Jaramillo cuenta que la plata la reunieron 241 personas con aportes que variaron entre cien y mil 250 pesos, entre una semana de trabajo y mil adobes, y entre un real mensual y "lo que pueda en dinero y servicios", que fue el ofrecimiento de don Manuel Uribe Ángel. Es de suponerse que, con tan buenos fieles, las indulgencias no faltaron.

En la iglesia más importante de Medellín, orgullo de sus parroquianos, hoy se consumen al año 72 botellas de vino y unas 250 mil hostias, se queman veinticuatro kilos de incienso granulado y se ejecutan mil 924 misas. Además, se realizan alrededor de sesenta bautizos, cuarenta exequias, veinte primeras comuniones y diez matrimonios.



Limpia

Una visitante indeseable se pasea muy cerca del altar, y para su infortunio se dirige a los pies de un canónigo que la manda de un pisotón al otro mundo. El crujido se pierde en el registro del órgano, que se expande desde lo alto por la penumbra. Testigo de los hechos, el sacristán se sumerge raudo en un armario de la sacristía para hacerse a recogedor y escoba. Levanta el cadáver al comienzo de una misa que no es precisamente el funeral de una cucaracha.

Mientras tanto, una anciana voluntariosa se ocupa de unos arreglos florales, una empleada les pasa un trapo húmedo a la parte baja de las columnas y a las bancas desocupadas, y dos obreros, con la discreción que permiten los andamios, hacen trabajos de mantenimiento en una de las naves.

Pero muy poco se distraen los dos centenares de asistentes a la misa de ocho, ancianos y trabajadores, transeúntes y residentes, entregados a la oración en momentos en que, afuera, otra empleada se ocupa de un menester menos espiritual: descargar baldes de agua en los bordes externos del templo donde la noche anterior hicieron su riego los impíos.

Recauda

En algún momento de la eucaristía, las mismas encargadas de la limpieza dejan su oficio para recoger las limosnas en bolsas de tela amarradas a un palo que parece alcanzar no solo el fondo de cada banca sino también del corazón del devoto. Al final del recorrido, y con la actitud ceremonial que imprime esta iglesia, invierten los nutridos cazamariposas en una urna y vuelven a lo que estaban.

De la bondad de los feligreses sabía el obispo de Medellín en 1871, cuando dijo que había que construir una nueva catedral en la Plaza de Bolívar para tener un lugar “más digno de las riquezas, ilustración y progreso de la ciudad”.

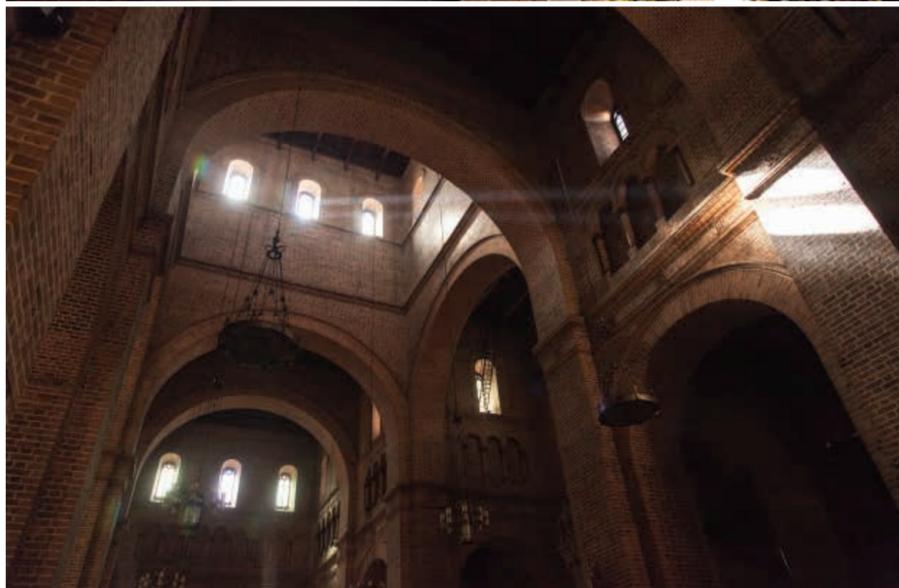
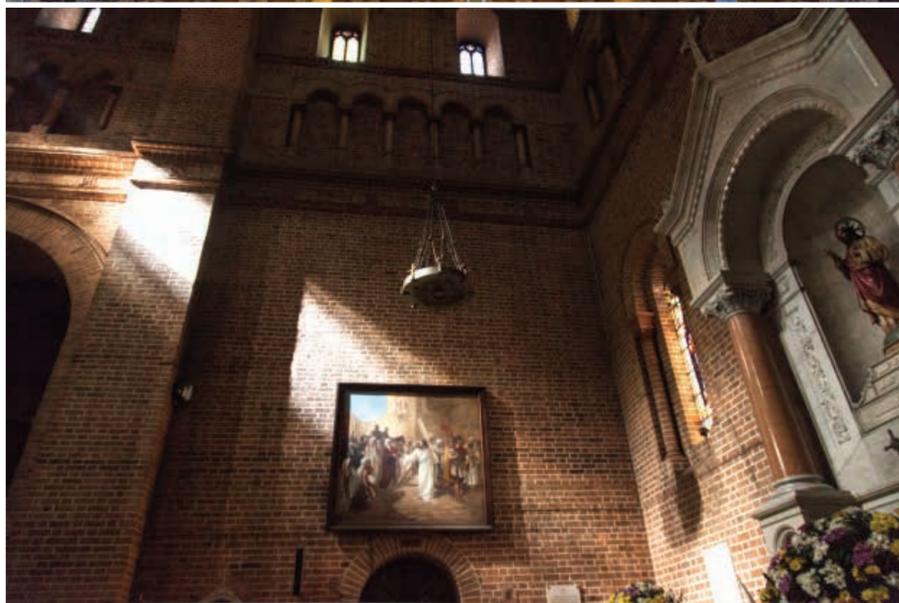
Conserva

En contraste con la visibilidad de la enorme Catedral, desde la que antes de tanto edificio podía divisarse la extensión de este valle, está el museo de arte religioso, en las entrañas del templo, donde se guardan lejos de los ojos mundanos cuarenta pinturas y quince esculturas de los siglos XVII, XVIII y XIX.

Un poco menos ocultos se encuentran el mausoleo de los obispos y la cripta donde están los restos del escritor Tomás Carrasquilla.

Por fortuna, a los ojos de los simples mortales sí están *El Cristo del perdón*, óleo de Francisco Antonio Cano, su obra religiosa más destacada, y la escultura *Jesús crucificado* del también antioqueño Bernardo Vieco Ortiz.

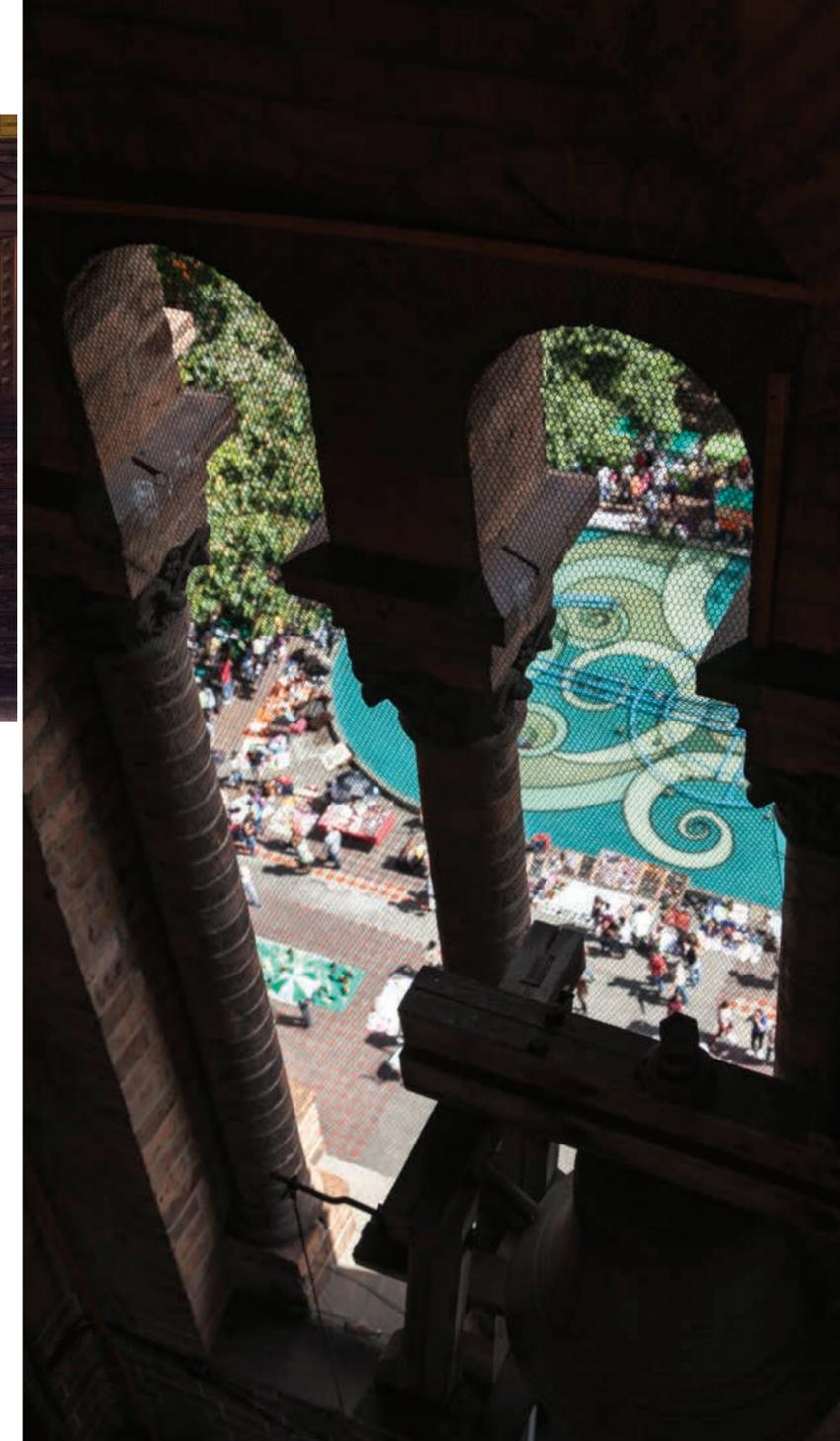
■



- › En los armarios de la sacristía reposan 150 ornamentos o vestiduras que usan los sacerdotes en la celebración de las misas. Treinta de ellos son para fechas especiales y se conservan colgados, los demás se guardan doblados y están disponibles para la parroquia que los solicite en préstamo.



- › Patrona de la Catedral Basílica Metropolitana.



Atrio gay

Por PEDRO CORREA OCHOA



Tal vez ningún otro de los innumerables parques de Bolívar en Colombia tenga una primera dama como esta. Se llama Natalia –“así, sin más nombres”, advierte–. Lleva falda gitana y gafas oscuras, tiene 57 años y es travesti. Desde las siete de la mañana se sienta en una de las bancas. “Por eso me dicen la primera dama del Parque Bolívar”, dice con un dejo de burla. Una maleta del mismo rojo del esmalte de sus uñas le sirve como muestrario de chicles, cigarrillos y dulces.

Hace treinta años la echaron de su casa; tuvo marido, vivió en Lovaina –el nicho histórico de la prostitución de Medellín–, administró una

residencia en Barbacoas, y hace ocho años decidió vender dulces junto a la estatua del Libertador. En ningún otro parque de la ciudad se sentiría más cómoda y menos señalada. “Gais hay en toda parte –dice mientras se ajusta los lentes de sol–, pero este parque es la mata”.

Son las once de la mañana y a dos cuadras de allí, con micrófono en mano, Lillith Natasha Border Line invita a los transeúntes de la calle Junín a detenerse en el bazar de la comunidad LGTBI. En los toldos amarillos se ofrecen artesanías, ropa colorida y dulces hechos por quienes los atienden: lesbianas, gais, transexuales, bisexuales e intersexuales.

No es gratuito que ellos y ellas estén allí –“ellas”, aquí, no es un capricho del sexismo lingüístico–. En las últimas tres décadas el Parque Bolívar se convirtió en su casa. Cuando en los parlantes se escucha a Border Line –antropóloga, artista escénica, transgenerista– decir “diversidad sexual”, los transeúntes miran de reojo. El propósito del bazar, explica cuando deja el perifoneo, es resignificar el papel de la comunidad LGTBI en el sector.

La tarea no es fácil. En 1988, Gladys Gutiérrez Orozco y Luz Omaira Uribe presentaron la tesis *Grupos marginales en el Parque Bolívar* para obtener el título como sociólogas. Tras una encuesta, y luego de poner en un mismo saco a gaminas y travestis, concluyeron que uno de los principales problemas del parque eran los “delitos contra la moral y el pudor sexual (homosexuales, travestis, prostitutas, trata de blancas, etc.)”.

“¿Delitos contra la moral y el pudor sexual? ¡Bah!”, se hubiesen burlado los nadaístas que dos décadas antes, en los sesenta, se reunían para tertuliar en el Salón Versailles –que aún existe–, y en el bar y billar Metropól, que hoy es un laberinto de almacencitos de artesanías. Los dos lugares eran frecuentados por artistas, escritores y poetas.

Uno de los visitantes noctámbulos de entonces era el artista Eduardo Cárdenas, gestor cultural y cofundador del Pequeño Teatro. En su memoria hay una escena que se antoja surrealista: eran las once de la mañana de un domingo a finales de los sesenta, la Banda Sinfónica de la Universidad de Antioquia tocaba la retreta habitual en uno de los costados del Parque Bolívar. De un momento a otro, la risa del público contagió a los músicos y desafinó los instrumentos. Cuando el director giró ciento ochenta grados para entender el chiste, se encontró con ‘La Macuá’, que desfilaba erguido por el centro del parque sosteniendo con la mano izquierda un charol y, sobre este, un tacón.

Se llamaba José León Villegas, provenía de una familia adinerada, y aunque vivía en Laureles se le veía con frecuencia en el Centro. Normalmente vestía como un hombre, pero a veces le gustaba disfrazarse y hacerse notar en los billares y bares; en uno de sus cumpleaños botó la casa por la ventana: invitó a la crema y nata de la ciudad, y apareció vestido de reina egipcia.

“¡Envídienme muchachos! –recuerda Eduardo que fue su saludo una noche de los setenta en Versailles–, anoche fui primera dama de la nación”. Luego, ante el grupo de universitarios, mostró la prueba: “una foto en la que estaba chupando trompa con el presidente”.

Allí mismo, en Versailles, almorzaba diariamente ‘La Marquesa’, el personaje del libro *El fuego secreto* de Fernando Vallejo. Imposible trazar límites precisos entre realidad e inspiración literaria, pero lo cierto es que La Marquesa, un hombre con plata, fue un reconocido marica del Medellín de los sesenta y setenta. Mientras caminaba por el parque o se paseaba por Junín, La Marquesa se quedaba mirando fijamente a los muchachos: “¡Qu-pe-te-deee!”, decía con el garbo que lo caracterizaba. “¿Qué es eso Marquesa?”, le preguntó alguna vez Eduardo. “Qué-peladotán-divinooo”, respondió con picardía.

Cerca del parque quedaba Sayonara, una cafetería cuya propietaria era abiertamente lesbiana, y a unas cuadras estaban también el café Miami y la Whiskería. “Un día fuimos con La Marquesa a la Whiskería –recuerda Eduardo–. ‘Quiubo, papá’, le dijo uno de sus hijos. Y La Marquesa le gritó: ‘yo no soy tu papá, hijeputa. Soy tu mamá’”.

Los debates acalorados de nadaístas, escritores y artistas, así como las provocaciones sociales de La Macuá y La Marquesa, fueron un eco transgresor en el parque, corazón de una ciudad conservadora. Al parecer, La Marquesa murió en San Andrés –se cortó las venas y se adentró en el mar, dice *El fuego secreto*; otros cuentan que fue asesinado–. La Macuá murió en un accidente automovilístico en los ochenta, cuando trabajaba como administrador de varios condominios, unos en Medellín, otros en Estados Unidos, propiedad de Pablo Escobar.

Justo en la época en la que murió, en los alrededores del parque nació la rumba homosexual de la ciudad; los bares y billares mencionados no eran reconocidos plenamente como “de ambiente”, pero algunos de sus visitantes sabían que allí podían flirtear con otros hombres. El Machete, uno de los bares gais más antiguos del sector, abrió en 1984. Border Line, que tiene 41 años, recuerda que cuando cumplió dieciocho visitó

también El Tambo del Indio, Casa Dorada, Barú, Escrupulos, Zararacas y Ceres.

En la parte trasera de la Catedral Metropolitana está hoy Barbacoas, una calle que, aunque pequeña, demuestra cuánto ha crecido la minoría LGTBI de esta ciudad. Allí hay por lo menos una docena de bares y discotecas. Cada fin de semana, los besos de los enamorados, el taconeo de las travestis y la música de los parlantes –desde plancha hasta reguetón– le dan vida a ese lugar donde la consigna es la libertad. Allí mismo, cada año, culmina la tradicional marcha gay.



En las calles vecinas hay una variada oferta de hoteles, moteles, saunas gays, salas de internet, cines porno, residencias, bares y discotecas, así que es usual que solitarios “cazadores”, parejas de enamorados o grupos de amigos se crucen permanentemente en el Parque Bolívar, el mismo que Fernando, el protagonista de *La virgen de los sicarios*, recorre con sus amantes Alexis y Wilmar. No en vano Fernando Vallejo, el autor de la novela regresó en persona y como personaje a ese sector de Medellín.

“Los pirobos”, cuenta Natalia, son jóvenes, algunos menores de edad, que ofrecen sus servicios sexuales. En las escaleras del atrio o en las bancas del parque esperan alguna señal. Las miradas inquietas y ciertos movimientos corporales ponen en evidencia a sus clientes. En las noches basta con que el carro disminuya la velocidad en uno de los costados del atrio. El muchachito de acento costeño que en la madrugada de este sábado de agosto se acerca a la ventanilla tiene dieciséis años, usa polvo facial y bluyín ajustado. “¿Qué hay para hacer?”, dice el potencial cliente. “No sé –contesta el muchacho con tono pícaro–, hagamos una orgipiñata”.

Pero “los pirobos” no son los únicos en oferta. Después de las nueve de la noche, por momentos el atrio, con su luz cobriza, parece una pasarela inspirada en la nostalgia. Las travestis que ejercen la prostitución en las calles de la zona occidental del parque deambulan con trajes breves, tacones de charol y traseros exuberantes. Hace unas décadas trabajaban en Barrio Antioquia, luego en Lovaina, y después llegaron aquí.

¿En qué momento el Parque Bolívar pasó de vecindario de prestantes familias de la ciudad a teatro homosexual y acopio de prostitución? El giro fue sutil y paulatino, dice Eduardo. Para él, con ello tuvo que ver el cierre de la estación del ferrocarril, donde se construyó el centro administrativo La Alpujarra. Esa transformación provocó el desplazamiento de la oferta comercial y de cierta población que trabajaba en el viejo Guayaquil.

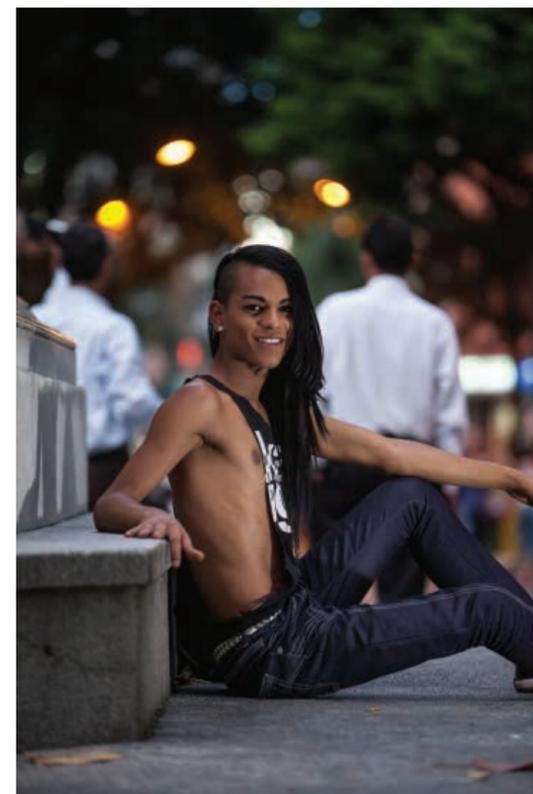
Con ello coincide Border Line, quien asegura que a los alrededores del parque “llegó primero la población homosexual que la prostitución”. A media cuadra de Barbaças está el Centro para la Diversidad Sexual y de Género, en el que Border Line trabaja como gestora cultural. El lugar fue abierto por la alcaldía de Medellín en 2011.



Border Line, que también participó en la construcción de la política pública, es consciente de que eso no se logra de la noche a la mañana. Con orientación jurídica, asesoría psicológica, actividades culturales como el bazar y campañas de promoción y prevención de la salud, la consigna de este centro es fomentar la participación, el respeto y la convivencia.

Esas tres palabras son conquistas que por las complejas problemáticas sociales, la violencia y la discriminación han sido ariscas para la población LGTBI. Sin embargo, hay pequeños triunfos. Cuando la primera dama deja el parque para ir a su casa a descansar, el Libertador recibe a su diva: ‘La Dany’, una travesti que ha congregado a centenares de espectadores cada domingo durante veinticinco años. Algunos de ellos son feligreses que salen de la misa en la Catedral. Hasta hace unos años las escaleras del atrio servían de gradería pero los sacerdotes lo prohibieron, así que se desplazó hasta la estatua de Bolívar. A los pies del símbolo de la libertad nacional, La Dany hace su monólogo, besa peluches, se cambia de atuendo, habla por teléfono con personajes imaginarios, se quita la caja de dientes y persigue al público con una cabeza de marrano.

En momentos como ese, allí donde se viven cotidianas batallas por el reconocimiento y la libertad, se siente con vigor el palpito de la ciudad diversa. Esta noche, un padre y sus dos hijos, de seis y siete años, se ríen a carcajadas de La Dany. A su lado, una pareja de hombres se besa. Los niños ni se inmutan. Es esa la gran distancia entre la tolerancia y la indiferencia.





Bautizo en la fuente

Por JORGE IVÁN AGUDELO

Ellegíamos entre dos o tres rutas, casi siempre las mismas; pero camináramos por donde camináramos, habláramos de lo que habláramos, siempre terminábamos en el mismo bar del Centro. Cuando la hora del cierre llegaba y la mesera se afanaba por levantar las sillas, perdíamos de nuevo el mapa y la ciudad se ensanchaba, se volvía ajena y propicia. Mi amigo el poeta H., como si calibrara los minutos mientras hablaba y siempre supiera la hora exacta, poco antes de las dos de la mañana iniciaba una historia: reseñaba una película, ponderaba la obra de un autor que solo él conocía, pasaba revista a sus enemigos imaginarios o simplemente me preguntaba: “¿Y vos que opinás?”. Con esa interrogación me enganchaba, se ganaba el derecho a seguir de largo y tener interlocutor despierto por un rato más.

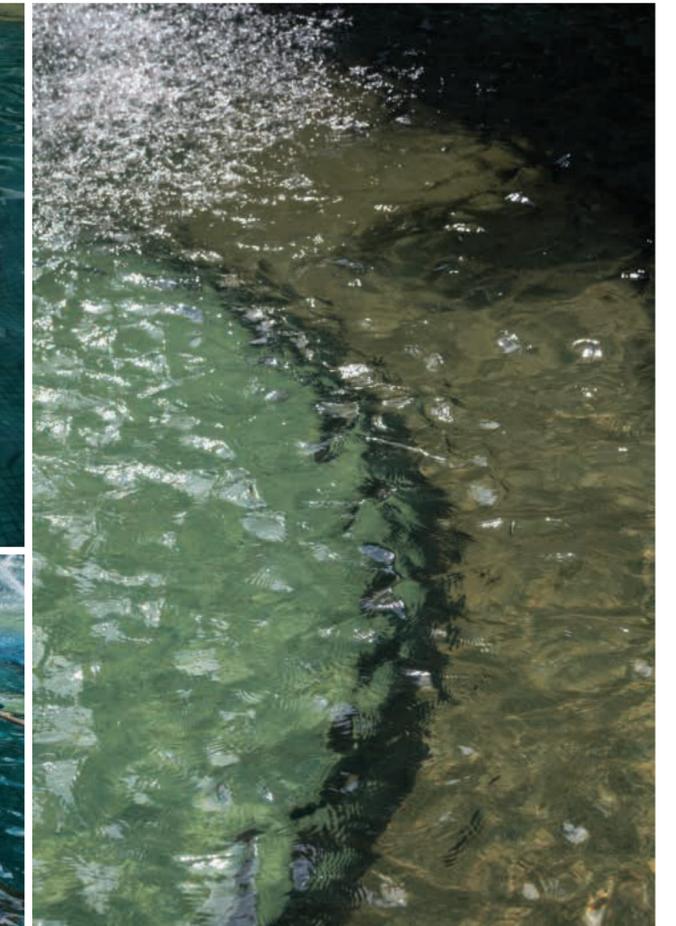
Esa noche, con el codo en la mesa y el puño cerrado mientras hacía la mímica de un pulso imposible, me decía que Truman Capote le había doblado la mano a Humphrey Bogart y había cobrado como si nada, ante la incredulidad de un set de grabación, los cincuenta dólares de la apuesta. No acababa de imaginarme al pequeño escritor de Nueva Orleans venciendo en su hábitat al galán de los galanes, cuando el poeta H. le dijo a la mesera que antes de dejarnos huérfanos le apuntara otra media de ron, que él se la llevaba puesta y que no se preocupara: al fin y al cabo, así no quisiera, siempre volvía y siempre pagaba. La mesera, acostumbrada a celebrarle todo y a no negarle nada, le entregó el ron y se despidió de nosotros no sin antes advertirnos: “pilas que el Centro está muy bravo, sobre todo de aquí pa abajo”. Qué le han dicho, pensé al ver cómo le brillaban los ojos ante esa advertencia que en su cabeza daba una extraña vuelta y se convertía en una invitación irrecusable.

No se tomó ni un trago con los borrachos habituales que beben en el parquecito al frente de los bares, tampoco se preocupó por saber cuáles de sus conocidos todavía estaban en pie, ladeados y vociferantes pero en pie, simplemente me preguntó, como si tal cosa: “¿Hace cuánto no vas al Parque Bolívar?”. A mí, que de niño me llevaban sagradamente a oír la retreta y de adolescente no me perdía las ventas de artesanías de Sanalejo, el parque me decía poco o ni siquiera me hablaba, mudo ante la Catedral Metropolitana. Pero le contesté, para dejar claro que sabía por dónde iba el agua al molino, que no tenía ganas de hacer turismo agarrando pueblo, menos de convertirme en un entomólogo y buscar un bicho que no se me había perdido entre las risas y las insinuaciones de los travestis, el humo de los droguitos y el embale de los atracadores.

Ni qué decir que lo acompañé. Ante mi negativa, muy digno y medio ofendido, me dijo: “fresco que yo nací solo”. Pero una de las virtudes de mi amigo era convencer con el ejemplo; nunca, desde que lo conocí diecisiete años atrás siendo su alumno, lo vi rogar por nada, pero cuando

quería algo de verdad, hacía por conseguirlo o simplemente lo conseguía.

Un sorbo largo para salir de dudas, una parada en un ventorrillo para aprovisionarnos de cigarrillos, y ya estábamos en camino. Vimos patrullas de policía, bares que comenzaban a cerrar, los últimos clientes de una noche que iba a ser de otros: caminantes solos, mendigos acurrucados en la acera, grupos de muchachos juntando billetes y monedas para comprar una última botella o un gramo de perico que ayudara a confundir el día con la noche. Mi amigo estaba exultante, y ajeno al paisaje volvía a sus temas mientras bebía y ofrecía. A Capote lo mató la escritura de *A sangre fría*, después de seis años entre asesinos y granjeros de Kansas no volvió a ser el mismo, me decía, como si me contara un secreto de Estado y al hacerlo me hiciera cómplice de una conspiración. Su voz clara se volvía gangosa por momentos, las palabras se juntaban y la historia se apretaba y se confundía con otras. De Gerald Clarke, el biógrafo de Capote, saltó a Carrasquilla, de Carrasquilla a unos versos que estaba escribiendo y recitaba y repetía: “andábamos sentados en la hoguera / atizando con





el cuerpo llamaradas...". Un traspíe, nada grave, se apoyó en un poste y continuamos. Pensé que, aunque bebía cantidades ingentes de ron o de lo que fuera, casi nunca se lo veía borracho; pero ahora lo estaba, daba un paso y se reía, me palmeaba en el hombro, se tomaba un trago y exigía que yo hiciera lo propio.

"Catedral Basílica Metropolitana de la Inmaculada Concepción de María", dijo mientras se santiguaba, y como yo me burlaba al ver su devoción, levantó los brazos hacia el campanario y habló a los cielos: "Señor, aquí traigo un hijo impío, cura sus enfermedades literarias y muéstrale el camino", y celebraba su apostolado mientras me señalaba para que el Señor reparara en mí y no se olvidara del milagro. "Sabés —me dijo cambiando su locura mística por una entonación docta—, esta es la catedral más grande del mundo y una de las más grandes de Antioquia, hecha en puro ladrillo cocido. Salud por la raza antioqueña". Y ahí sí se rio con ganas, doblando el cuerpo y palmeando la botella. Ahogado en su pantomima, se irguió despacio y respiró por la boca, pero la calma duró poco. Como un niño que saborea un dulce y descubre que tiene otro en la mano, dejó de lado el templo y los ruegos por mi alma y enfiló hacia la estatua ecuestre del Libertador. Yo miraba para todos lados buscando un peligro real en la sombra de un árbol, en un quiebre de esquina, en el ruido de una moto, pero todo estaba en calma. Un mendigo dormía en una banca, un serenatero con su guitarra a cuestas arrastraba los pies frente al atrio,

una ambulancia pasaba silenciosa, dos travestis conversaban tranquilos en una esquina del parque. El único que parecía alborotar la calma del lugar era mi amigo, que me llamaba a gritos para que le alumbrara con el encendedor el pedestal que sostenía al Libertador en su caballo.

"Quisiera tener una fortuna material que dar a cada colombiano, pero no tengo nada. No tengo más que un corazón para amarlos y una espada para defenderlos". Leyó la inscripción como si fuera un poema, y mientras yo esperaba una arenga en contra de la patria y sus próceres, una sentencia lapidaria sobre la gloria, simplemente se limitó a mirar las patas del caballo y como si pensara en voz alta dijo: "yo lo prefiero sentado en la hamaca, con el cuerpo tirado hacia adelante, escupiendo sangre, con la gloria intacta del guerrero vencido. Así tendrían que esculpirlo". Me pidió un cigarrillo, levantó la botella y se tomó un trago triple. En un gesto paternal me pasó el brazo por el hombro y me dijo: "sentémonos un rato, hace mucho que no venía a este parque y todavía queda media de media".

Fumábamos en una banca cerca de la fuente, observábamos el agua verde azul, los surtidores apagados. Las campanas repicaron cuatro veces. Miré la botella de soslayo esperanzado en que no le quedaran muchos tragos, bostecé resignándome al mutismo alcohólico de mi amigo, y cuando iba a proponerle cerrar la noche antes de que pasara el carro de la basura, empezó a contarme: "de niño yo me bañé en esa fuente. No,

no es un embuste, la cosa fue así...", y continuó mientras se levantaba impulsado por la historia. "Había unos gamines bañándose, tirándose agua, riendo. Yo tendría siete años y me pudo la envidia, así que levanté un pie, luego el otro, y me metí a la fuente. Mi mamá me peleó por la aventura, pero, ahora que lo pienso, si hubiéramos estado solos me habría permitido atravesarla de lado a lado. Fue una tía que estaba con nosotros la que puso el grito en el cielo, que las infecciones, que esto y lo otro. En últimas no pasó nada". "Yo creo que la infección se te quedó en la cabeza", le dije, pero ya no oía; caminaba ceremonioso como cualquier Jesús hacia el Jordán. Que haga lo que quiera, pensé mientras lo veía entrar en la fuente, pero no entró pacífico en busca del bautista; se acostó boca arriba, retozó, sacudió el agua, se levantó y volvió a caer, una y otra vez. Lo ayudé a salir, confiado en que estaba tan borracho que le quedaría imposible arrastrarme adentro.

"No hay con quien, con lo buena que está el agua", decía mientras se escurría la ropa, se frotaba los brazos y se tomaba el trago que quedaba.

Caminamos hasta la avenida principal y paramos un taxi. El conductor medio dormido no pareció darse cuenta de que el poeta H. chorreaba agua de fuente y nos llevó sin problemas. "¡Adiós calamidad!", me despedí repitiendo las palabras que Conrad Aiken le dijo a Malcolm Lowry la última vez que se vieron. "Dios no ha hecho el milagro de curarte de tus enfermedades; espero que nosotros corramos con mejor suerte", me respondió mi amigo al bajarse. Y el taxista arrancó, inocente, sin saber el agua que lo mojaba.





El parche de Bolívar

Por FERNANDO MORA MELÉNDEZ

Unas breves charcas han quedado del aguacero de la medianoche. El traqueteo de una carreta vacía cruza el parque desde la calle Ecuador hacia Perú. En las bancas yacen a pierna suelta algunos indigentes. Transeúntes a paso apremiante pasan: empleados de banco, meseras de cafeterías, dependientes de almacén y celadores. Trabajar es un destino humano del que algunos se libran por herencia, otros esquivan con argucia y los demás anhelan. A todos les responde el prócer de la patria con una frase grabada en el pedestal de mármol: “Quisiera tener una fortuna material que dar a cada colombiano, pero no tengo nada, no tengo más que un corazón para amarlos y una espada para defenderlos”.

La estatua ecuestre solo se pudo levantar luego de una colecta pública que llamaron “el centavo patriótico”. Tardaron varios días los cabildantes en discutir, como en la Patria Boba, a cuál lado miraría la cabeza de Bolívar. Por fin decidieron que sería hacia la calle Junín, la del comercio principal, aunque el Libertador tuviera que darle la espalda a la Catedral, como buen masón que fue.

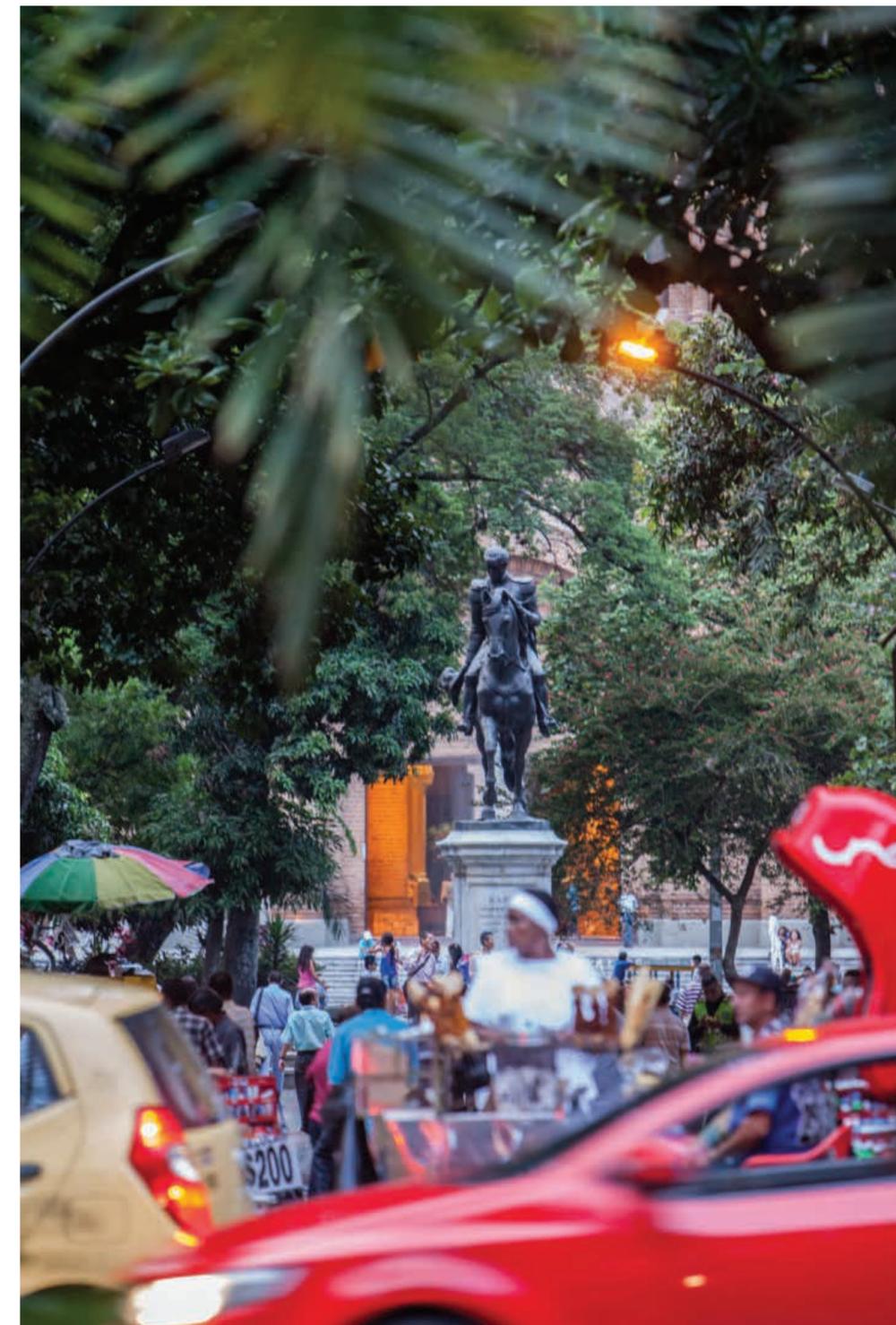
En los años veinte el parque tenía una verja de hierro forjado y una puerta con cerradura. Las nanas de las familias señoriales que rodeaban el predio tenían su llave para abrirla e ir a darles un baño de sol a los bebés. El barrio se llamaba Villanueva, construido en los terrenos de un inglés protestante, Tyrell Moore. Él mismo había donado las dos manzanas para que los vecinos que le compraron lotes tuvieran un lugar donde entretenerse. Ya por esos días se hablaba de cierta plebe que empezaba a rondar por el sector, a la que era necesario enviar para otros pagos. Sería la misma que poblaría luego los rincones bohemios de Guayaquil y la plaza del ferrocarril.

Desde 1892, el año de su fundación, ha corrido bastante agua. Algunas casas de aquellos tiempos aún están en pie. La de Pastor Restrepo, en la esquina de Caracas con Venezuela, cuyas buhardillas polvorientas la hacen ver como una palomera abandonada. La de Juan de la Cruz Posada, en el costado oriental, donde todavía despacha la vieja papelería Filatelia y Numismática. El segundo piso y la parte trasera de lo que fuera una gran mansión ahora es un parqueadero de motos. Una tercera, de porche estilo inglés, resiste la demolición como oficina de un banco español, en la esquina de Bolivia con Ecuador.

La mañana avanza con un sol primoroso que alegra a la colonia de pericos bronceados y cotorras carisucias, que trinan con bullicio en las copas de los balsos y las palmas. Hace rato se establecieron en el vecindario y no riñen con la jerarquía de las palomas que gobiernan los tejados circundantes.

Ajena al alboroto de las aves, Yesenia Garcés empuja un coche de bebé con termos de café caliente. Ahora tiene cuatro meses de embarazo. Será el segundo hijo de un taxista que conoció cuando este trabajaba de portero en una discoteca de Manrique. “Le dejé de hablar después de que me perdió el respeto y me tiró el carro. No aceptó que este segundo hijo también fuera suyo dizque porque no había sentido los síntomas como con el primero, cuando le dio vómito y maluqueras. Entonces dijo que era de otro”. El hombre abandonó a la muchacha, que debió salir a buscar el sustento con el carrito. Transita el parque y sufre los embates de la envidia de las tinteras viejas que venden menos que ella. Yesenia es una mulata menuda de rasgos dulces. Cuando sonríe revela una dentadura preciosa que irradia jovialidad a todo su rostro. Se entiende por qué los viejos jubilados prefieren su tinto. Vive en Robledo, almuerza en un restaurante de la calle Perú. Allí mismo le venden el café para llenar los termos.

Martha Lucía Duque tiene, en cambio, un puesto fijo de dulces, cigarrillos y café que se ganó por sorteo del municipio. En torno a este ventorrillo se ha formado un club de parqués que recorre casillas desde hace veinticinco años. Los tres miembros honoríficos llegan sin falta a las diez de la mañana: doña Griselda Espitia, una jubilada que vive junto al parque, Óscar Alzate, de profesión desconocida, y la propia Martha. A veces el juego se interrumpe porque le toca tirar a ella y en ese momento está ocupada despachando un tinto o un cigarrillo. El chasquido de los dados vuelve sobre el vidrio. Los ojos miran expectantes, una mano mueve la ficha, y de nuevo el sonido minúsculo se torna insistente como la banda sonora del ocio. “Venimos acá a matar el tiempo”, dice doña Griselda, y siempre atildada como si fuera para una fiesta saca de la cartera de mano los mil pesos que se apuestan en cada tanda. Los tres jugadores no quitan los ojos del tablero, donde un revés de la suerte te puede llevar al cielo o a la cárcel, como en la vida. Juegan hasta bien entrada la tarde, cuando llegan grupos de apostadores duros. Y dado que estos tiran a los dados sumas serias, sus rostros se ven tan graves que aquello ya no parece un juego de parqués sino de ruleta rusa.





En los ochenta rumbaban por aquí las gavillas de gitanas. Te salían al paso para leerte el destino en la mano. Nadie sabe adónde les llevó su suerte. Ocuparon su lugar varias señoras que dicen leer el tabaco aunque lean el cigarrillo. Un habitante de la calle recomienda a doña Rosa Cadena, indígena del Putumayo, de piel lustrosa y labios ajados que repinta con colorete. Ella se sienta en el sardinel explayada en anchas ropas de matrona de aldea y collares de Sibundoy. La rodean un par de asistentes que tienen la labor de agitar de arriba a abajo dos atados de cigarrillos. Mientras las brasas se consumen, van quedando en la ceniza los signos del porvenir.

Una clienta pregunta en voz baja si su hermano va a conseguir trabajo; Cadena mira las figuras humeantes y entre nubes de nicotina le augura lo mejor. Remata con una tos definitiva al momento de recibir su exigua paga.

El espejo de agua

No hay grifos de agua en el parque. Cuando el astro rey se vuelve más tirano, la gente busca el leve frescor de la fuente. El viejo alivia la calva, el nieto chapotea en la orilla. Un muchacho de la calle empapa su camiseta, remueve con ella los rastros de aventura, se echa agua en la cara. Otro llega y le ofrece un vaso desechable para facilitarle el baño, pero él lo rechaza.

Por las mañanas una réplica de un bus escalera viene a pasear los niños alrededor de la fuente; cada vuelta vale 500 pesos. En la cabina de la chiva de juguete se lee: “Dios es todopoderoso pero hincha de Nacional”. El pequeño de adelante mueve la cabrilla, convencido de que es él quien conduce y no el dueño que empuja envuelto en una bata blanca. De fondo se escucha la homilía gangosa del padre en la misa matutina, un sermón que se funde con el pregón de un heladero: “¡Galleta, chococorno, paleta!”.

En una banca hay dos hermanos que beben aguardiente en copitas de plástico. A un lado dos merenderos charrasquean sus guitarras y cantan con voces destempladas. El más borracho les pide que toquen *Mama vieja*, y el otro dice que es mejor *Las acacias* porque era la canción que más le gustaba a la mamá, tanto así que el papá se la cantaba cuando llegaba borracho para tratar de apaciguarla. Los merenderos puntean *Las acacias*. El sobrio les da más propina. Le pide a una vendedora amiga que le ayude a conseguir un fotógrafo, mientras el otro hermano se dobla y grita que no hay como la música colombiana. La muchacha da una vuelta por la fuente, pero vuelve para anunciar que ya no queda un solo fotógrafo en el parque. Desde hace tiempo frecuentan poco este lugar que antes era foco de retratistas. Había desde los que tomaban poncherazos con cámaras de fuelle hasta los que imprimían instantáneas con máquinas de Polaroid.

El hermano sobrio, Nicolás, no parece entender estos nuevos tiempos. Me cuenta que acaba de obrarse un milagro y por eso están celebrando. Estaba viendo un desfile de perros en la Feria de las Flores cuando alcanzó a ver al otro lado de la calle, entre un tumulto, a su hermano desaparecido hace cinco años. “Es el llamado de mi sangre –comenta–. La droga le cogió ventaja... Ya lo creíamos muerto. Nadie nos dio razón de él, ni en La Ceja, donde vivimos, ni en ninguna parte. Este *berriondo* simplemente se largó sin decir nada. De casualidad vine a la Feria y me lo encontré. ¿No es eso un milagro?”. Por eso vinieron al parque, compraron una botella de aguardiente en el estanquillo del Edificio Santa Clara y se sentaron en una banca a celebrar.

Los merenderos tocan ahora una de Olimpo Cárdenas. Nicolás le sirve otro guaro a Óscar, el perdido, que solloza de nostalgia y abraza al otro de

su misma sangre. La amiga, ya resignada a no encontrar fotógrafo, decide tomarles una foto con el celular. Los hermanos se adhieren como si fueran siameses. Tal vez en La Ceja verán la imagen del que creían perdido.

Este es el parque de los encuentros furtivos y de los otros. Se encuentra el hombre casado con la amante que en el barrio no puede ver, el primo con la prima, la hija con su padre divorciado, el anciano licencioso con un vigoroso efebo, los albañiles en día de pago, los soldados recién salidos del cuartel. Muchos habitantes de barrios cercanos vienen aquí porque allá en las cumbres no hay parques como este, con búcaros y gualandayes, balsos gigantes, ceibas de sombra fresca, con guacamayas de rebusque y loras itinerantes.

Aires de campanario

A la salida de la iglesia, después del “podéis ir en paz”, alcanzo a ver a la mujer que se hacía leer el cigarrillo de Rosa Cadena. Varios grupos familiares se quedan comiendo helado en las gradas del atrio. Un perro callejero sale muy orondo para demostrar que no les va tan mal en misa como dice el refrán. Es un perro raro. Las palomas se le cruzan, quieren provocarlo, pero él ni se inmuta, va en lo suyo. Otros fieles van a comprar una mata de mirto enano en el puesto de matas de María, o a comerse una panelita de coco en el toldo del Hogar del Desvalido. Allí una monja diminuta también ofrece sus tamales: “tienen tres carnes”, anuncia con un gesto de gula pícaro en el que asoman dos dientecitos de ratón.

Con dispensa del arzobispo se puede subir al campanario románico, entrar a la cripta donde están los huesos de Tomás Carrasquilla o ver los tesoros de pintura y escultura del arte colonial. A las torres se accede primero en ascensor y luego por una escalera de caracol que tiene 262 peldaños, según consta en la placa de diciembre de 1912 que se lee en el vértigo de la cima. Desde arriba el parque se ve como un rectángulo verde y bucólico, acompañado por el ruido de tambores africanos con los que inicia su función el teatro callejero de La Barca de los Locos.

Ovidio, el sacristán de la Catedral, habituado a estas alturas, enseña las inscripciones que han dejado los enamorados y otros visitantes desde la primera década del siglo XX. Algunas, escritas con lápiz, han resistido tempestades. Hay frases inconclusas, versos chuecos y muchos nombres de parejas con fechas, algunas anteriores a la fundación de la propia iglesia. No se entiende, pero el amor es capaz de trastocar hasta el tiempo. Ya sabemos, los campanarios han sido escenarios de los locos de amor como el Jorobado de París y otros lunáticos que han llegado al colmo de colgarse de las campanas.

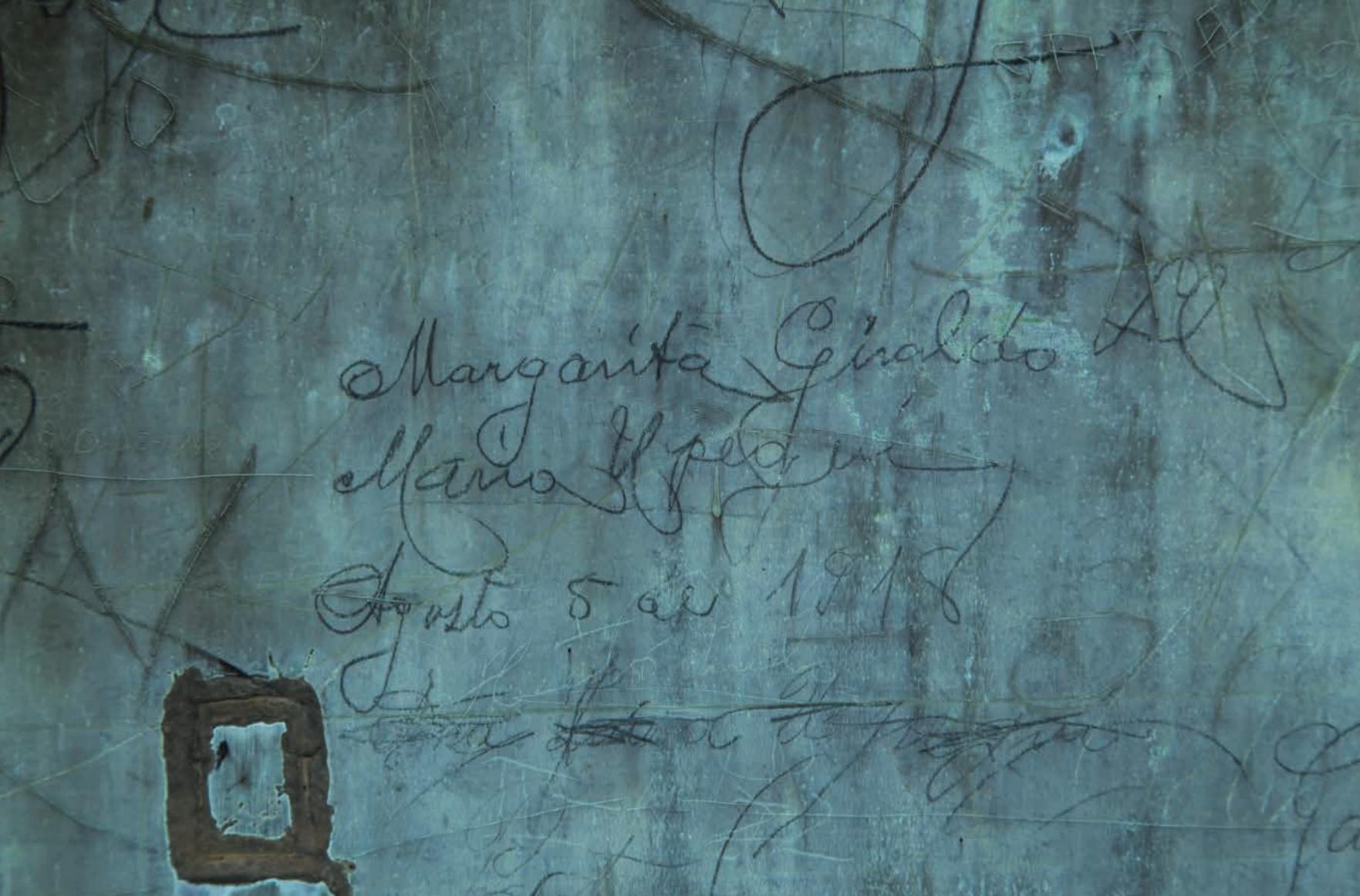
En los ochenta una poeta antioqueña, Liana Mejía, se hizo amiga del sacristán de esa época y este le dio una copia de las llaves de la torre. Ella improvisó un pupitre con algunas tablas. Inspirada en la visión del valle que encontró en lo alto, escribía sus versos en el campanario, hasta un día en que bajó para ir al concierto de un guitarrista español. Liana



quedó tan impresionada con el artista que lo buscó en el camerino, se conocieron, viajaron a Europa. Y desde entonces no tienen más inquilinos que las palomas.

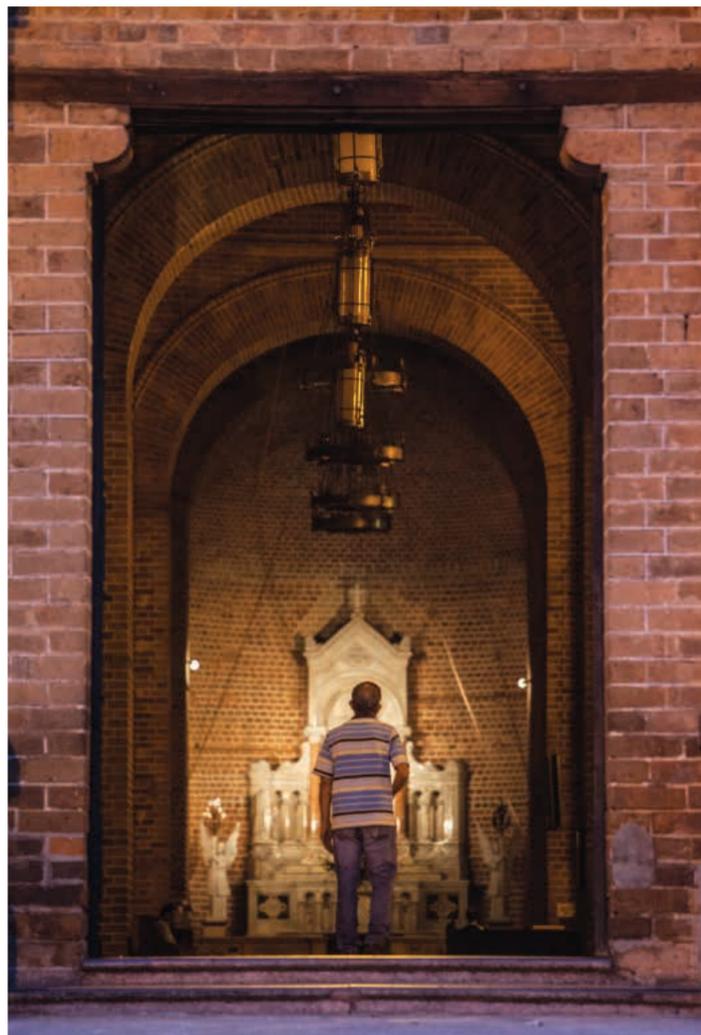
Las tardes de Bizancio

El pasillo lateral que da a la carrera Ecuador, frente al Teatro Lido, es el corredor de los profetas. Llegan cuando la tarde está doblando la esquina y la brisa viene a refrescarlo todo, incluido el humor de los parroquianos. Aquel que se siente tocado por la gracia del verbo levanta su voz. Así los



Los visitantes del campanario han desafiado el vértigo desde comienzos del siglo XX. Han dejado señales y garabatos, frases ilegibles y nombres con fechas anteriores a la construcción de la Catedral. Promesas entre campanas.





jubilados, los comerciantes cansados, los que buscan empleo y los rebuscadores tienen su pedazo de circo. Ya no solo hay exégetas de la Biblia y fanáticos como el viejo Jeremías, al que muchos recuerdan por iracundo y dogmático, sino también sofistas de cafetería que amplían su tribuna para rajarse del gobierno y de los *yankees* otra vez, de los contubernios de la política y los líos marítimos con Nicaragua. Citan por enésima vez a Vargas Vila y las lecturas prohibidas, y hasta hablan de fútbol con el mismo fervor doctrinal de cualquier religión. Discutir cuántas almas caben en la cabeza de un alfiler, tal como dijo un filósofo, es un problema físico y no metafísico, y entonces, como en Bizancio, los hombres se aprestan a convencer a otros, a veces más con injurias que con argumentos. Para los adeptos de estos cultos la razón interesa menos que la diversión. Uno

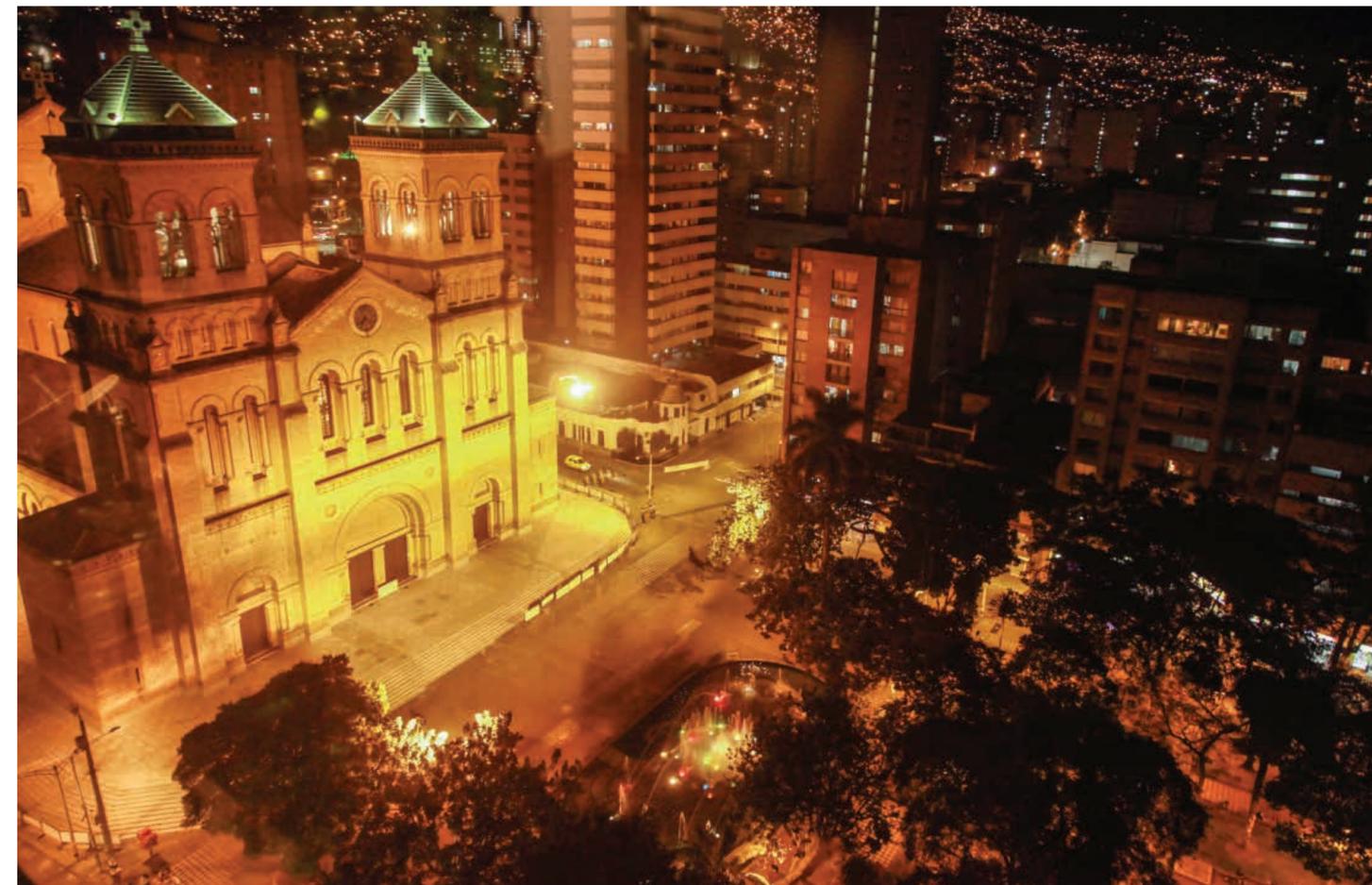
de ellos saltó a la palestra y los fieles de inmediato lo atendieron. Nadie predica en el desierto si va al Parque Bolívar.

Es un hombre muy bajito, con pelo de estopa y gorra de teja a cuadros. Saca revistas viejas de una bolsa de basura. Tiene lentes tan gruesos que sus ojos parecen girar como los de un loco de historieta. Muestra la carátula de una edición vieja de *Semana*, y mientras la enseña a todos lanza su pregunta retórica: “miren a este. ¿No se les parece a un vampiro?”. Es la foto del cardenal Ratzinger poco antes de su retiro. Con la foto en alto defenestra al jerarca de la iglesia, trae a cuento los mismos ejemplos socorridos de la Inquisición y demás infamias citadas hasta en *La puta de Babilonia* de Fernando Vallejo. Los escuchas se ríen, le lanzan preguntas suspicaces y una que otra. Otros recién llegados asienten con la cabeza, lo toman en serio. Pero llega un momento en que la perorata suena aburrida, les incomoda, se cansan de ver a este pelele del sermoneo. Lo declaran falso profeta y lo someten al escarnio. Desgranar de repente una carcajada unánime. Luego gritan en coro “¡Fuera! ¡Fuera!”, una y otra vez, como si despidieran a un torero malo. Vuelto rey de burlas, el hombre recoge sus revistas mientras a gritos lo invitan a reciclarlas. Se va con su credo entre las piernas hasta mañana, o, tal vez, hasta el día del Juicio Final por la tarde.

Sanalejo

El primer sábado de cada mes el parque huele a herbolario, a chorizo y chunchurria, a incienso y marihuana, a berrinche y pachulí. Los habituales del lugar se repliegan hacia otros sitios del Centro para dar paso a los vendedores de antiguallas, sopladores de vidrio, chamarileros, talladores de piedras, filigranistas, talabarteros y sahumeristas. Más que un mercado de las pulgas es una feria de bisutería, en cuyo río revuelto también pesca un vendedor de plantas suculentas en miniatura, un hacedor de pompas de jabón y don Lino, que pone a bailar una muñeca mecánica con canciones granuladas de gramófono. Anda por todos lados el hombre que vende ilusiones con un librito de pensamientos, y camina incansable Darío Arango, que echa humo con un cigarrillo electrónico, cura infalible para dejar de fumar.

A este mercado concurre Jorge Palmero, artesano uruguayo de veinticinco años. Se aburrió en El Carmen de Viboral porque tenía que vivir en grupo. Soñaba con comprar un terreno, pero no se lo vendieron porque no tiene papeles. Entonces se vino a buscar un lugar en la montaña dónde poner su carpa y lo encontró en el cañón de la Sinifaná. Un día vino el dueño en un caballo a preguntarle cuándo pensaba irse.



Pero al bajarse de la montura vio un rollo de alambre de aluminio muy parecido a uno que encontró en los remiendos de las cercas: “¿Usted fue el que estuvo arreglándome los linderos?”. “Sí, yo fui”, dijo Palmero. “Ah, entonces se puede quedar lo que quiera”. Desde ese momento Jorge va por todo el país vendiendo sus collares de aluminio martillado y jade de Marruecos. Cuando regresa encuentra su carpa intacta, a veces con algunas patas de marihuana de alguien que va a hacer fiestas en su ausencia. Se siente feliz en Colombia y no piensa volver al Sur. Su padre también era un inmigrante italo-portugués que se hizo campesino en Uruguay y jamás volvió a Europa.

El ingenio está en los objetos y en las formas de atraer a los clientes. John Freddy Quintero, por ejemplo, llama a una gringuita con atuendo *hipster* y le promete un anillo que empieza a armar con pinzas y un alambre de cobre. En un minuto está hecho, se lo prueba y le dice que es la flor del amor. Ella le da unas monedas, pero además le compra un collar de pluma de gallina silvestre. Lo suyo es hacer toda clase de bichos tejidos

con este alambre y semillas de asahí, yolombó y tagua. Viene de Leticia, pero dice que no es de aquí ni es de allá.

Cucurrucucú

Nunca se cantará lo suficiente a las palomas, así como nunca se dejará de pintarlas. Antes asociadas con los misterios del espíritu, viejas emblemas de la paz, hoy son una especie de plaga del aire. Las palomas de aquí son de la misma familia, la *Columba livia*, que pulula en todos los parques del mundo, la misma que extraen los magos del cubil. Vino a América con los conquistadores, que la incluían en su dieta o la usaban como mensajera. No tiene ningún enemigo a la vista fuera de los vigías del patrimonio, que la acusan de corroer los frisos y los dinteles con sus comentarios digestivos.

En las palomeras del parque es frecuente verlas picotear a la más débil o a la enferma. A veces cae una de lo alto. No está muerta sino que otras la sorprendieron con la guardia baja, adormilada por algún virus,



golpearon su cocorota y la desterraron de su alero, sin que alcanzara a emprender vuelo. Son una especie foránea que llegó para quedarse y que ha expulsado de estos lares a las torcazas y a las tórtolas, criollas de pura cepa. Tienen alimento abundante y, como se reproducen tanto, la población crece más que un rumor en los tejados del templo, o en las altas torres del parque. Son intercambiables: uno piensa si la paloma que acaba de ver no fue la misma que alguien fotografió en el siglo XIX.

Un ventero ambulante viene a regar su maíz para convocarlas. Pronto acuden como en un mitin a pelear por los granos. El hombre les da la espalda, ya no las mira, es un rito del que no espera más que el placer de escuchar el zurear de sus pechos. Hace algún tiempo un bufón del parque que todavía creía en la santa paz de las palomas hizo una propuesta sin eco: que no había que espantarlas sino carnetizarlas.

Bellas de noche

Justo encima de donde pasa la quebrada La Loca, un agua desviada que mordía los pisos de la catedral, un grupo de travestis se pavonea de un lado a otro en busca de clientes. Avanzan por la calle Venezuela, entre Perú y Bolivia, con sus trajes de gala para una noche con ritmo *Molto agitato*. Dos de ellas, Cristal y Yolima, se detienen bajo una lámpara que hace las veces de luz teatral y confiesan que no son de estos lados sino de San Diego. Solo han venido a buscar suerte un par de horas. Cristal luce un traje de satén plateado y sus pechos de artificial relucen bajo el neón. “Me dicen Pocahontas”, comenta con voz ronca y una risotada. Yolima la sigue, forrada de granate para la ocasión, y cuenta que es de Armenia. Dicen que la mayoría de los travestis de Medellín migran de otras ciudades, se alojan en pensiones baratas del Centro durante unos meses y luego se van para otras zonas. A veces vienen por los días de la Feria de las Flores o en temporada decembrina. Ponen en escena su eterno femenino. “Los travestis nunca estamos de civil –dice Yolima–, somos así de tiempo completo”. Pero en la calle saltan al ruedo, exponen su juego y calman deseos ambiguos por unas cuantas rupias. Provocan la poesía del simulacro, como eso de decir que son mariposas de papel que queman sus alas con el primer postor. “No queremos más entrevistas –grita una de las dos, ya no sé cuál–, nosotras vinimos fue a putiar”.

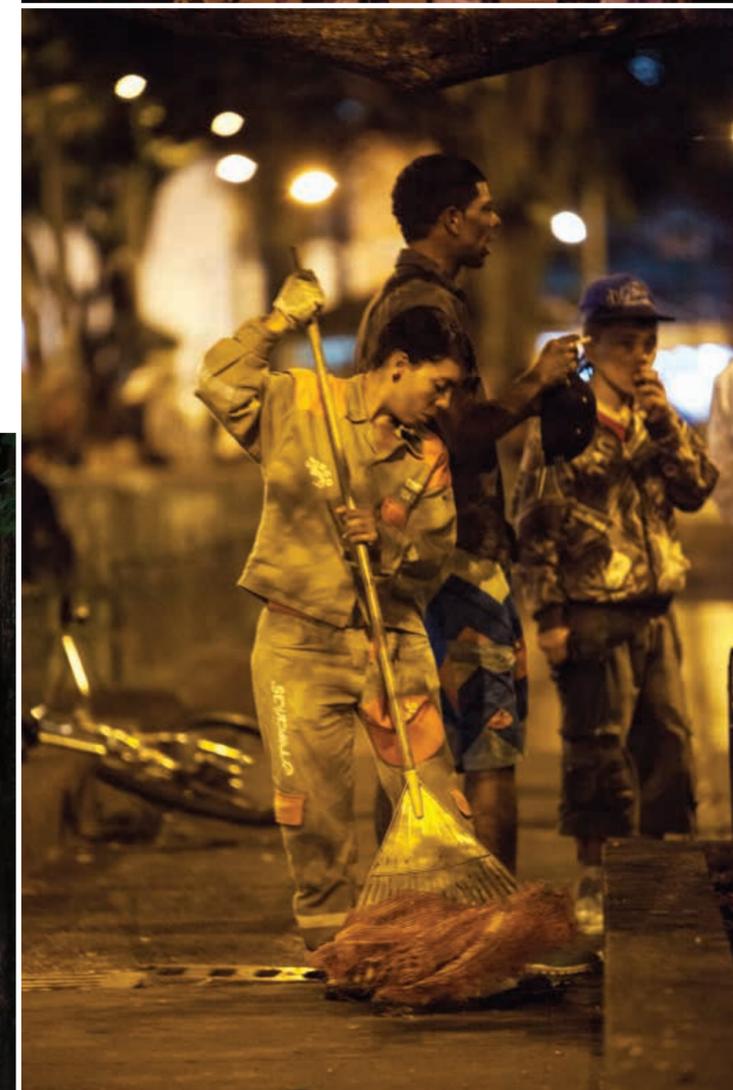
Lejos del estereotipo, Luciana Salomé Grajales no tiene pechos de recambio ni aspavientos. Vende una apariencia al natural, con poco maquillaje, pelo propio, pantalones cortos y botas blancas de peluche. Tiene una actitud serena y ojos claros. A sus veinticinco años decidió volverse una chica *trans*. No quería ocultar más sus inclinaciones y hace dos años se transformó. “Mis padres me apoyaron. Cerré la peluquería que tenía en el barrio Boston y salí a andar la calle. En el salón de belleza había que esperar todo un día hasta que alguien viniera a motilarse”. Estudió para ser auxiliar de vuelo, pero tampoco encontró trabajo en eso. Lleva apenas dos semanas en el Parque Bolívar y no baja hasta Palacé porque le cobran vacuna. A las que tienen ese negocio las llaman “madres”, son travestis viejos que administran prostitutos. “A mí me va bien independiente. A veces agradecen tanto mi naturalidad que me premian con propinas”.

Luciana Salomé tiene un novio que es puto. Uno de los tantos muchachos apuestos, de gorrita, que merodean el parque en busca de hombres mayores. “Es un pirobo –aclara–, un homosexual que se viste de hombre. Me gusta mucho, pero sé que en este negocio uno no se puede enamorar, las relaciones son pasajeras”.

Cuenta que muchos de los pelados que andan en la prostitución son eventuales atracadores. Se van con un cliente, lo roban y no le dan nada a cambio. A veces se van con los ancianos solo a consumir droga. Ella dice que el suyo, al contrario, es un trabajo honesto, que además disfruta. Luego se sienta en medio de un grupo de muchachos de miradas duras. En el claroscuro del parque se dibujan estampas en las que el vicio y la virtud se solapan. Parecen viñetas de Goya, fantasmagorías de Rembrandt. La calle también es un lienzo al natural, como Salomé, por el que pasan los ávidos de compañía, los desadaptados, los perdedores sin redención, los alucinados.

Un loco de parque cruza envuelto en la coraza de aromas que lo mantiene a salvo; otro, de habla turulata, me ofrece “controlar” el peso con una báscula portátil; una mercenaria del lecho mira con fijeza al solitario de la banca. Ya es tarde. Pero tal vez habrá tiempo para dar unas vueltas en el bar giratorio, o para ver desde la barra de La Estancia a las parejas mayores que bailan con fervor adolescente las canciones de antes. Tal vez se podría subir a conversar con alguno de los viejos que perseveran en los edificios vecinos. Ya no pueden vivir en otro lugar: cuidan perros, pagan el predial, salen a hacerse lustrar, a comerse un helado en Junín. Desde abajo pueden verse algunas luces encendidas, gente que da vueltas en sus cuartos, que aprovecha sus desvelos y espera el periódico en papel de madrugada, cuando el parque comienza a cambiar de atuendo.

■







La retreta

Donato: Ignoro cuánto hace que existe la retreta dominical del Parque Bolívar. Tal vez venga desde los comienzos mismos de este (no tengo a mano la fecha de su inauguración), que fue en todo caso el nuevo escenario para ese evento musical, antes realizado en el Parque Berrío. En sus años iniciales el Bolívar estuvo cercado por una verja de hierro, y en su centro, para acoger a la banda, se erguía un quiosco o gazebo, como nos lo enseñan las viejas fotografías de ese entorno.

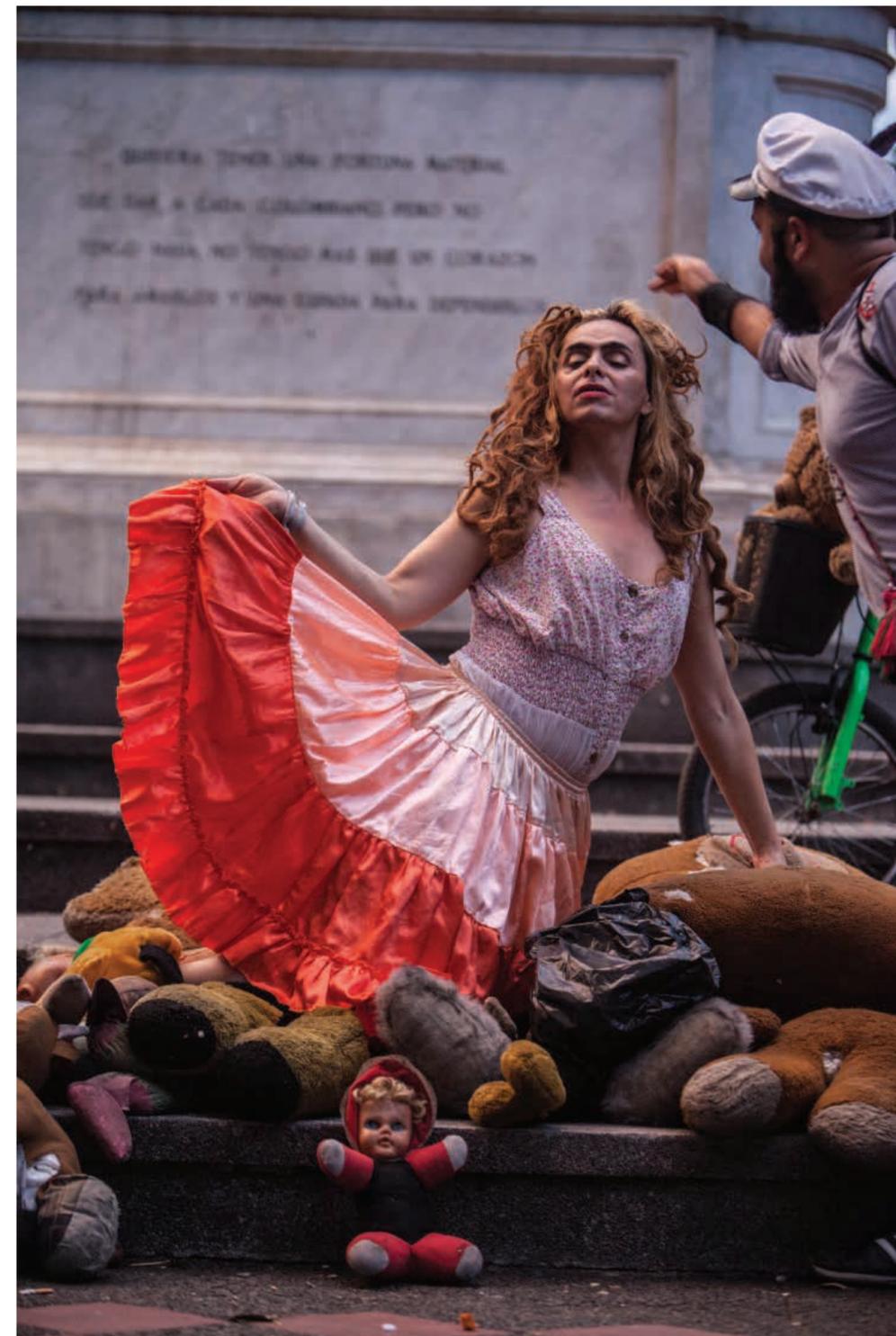
Elkin Obregón, *Crónicas*, Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2013.

La Danny

Danny es la última hada que le queda a esta ciudad sin hadas. Vende cigarrillos y dulces por la Avenida Oriental, vestida de hada madrina, Blancanieves o novia. Sus largos trajes se arrastran por estas calles sucias de polvo, barro y sangre. Al pasar, deja su estela de actriz de atrio de iglesia, sin importar el humo envenenado que expelen los buses.

Cada domingo, con frío o calor, poco importa, el sucio atrio gris de la Catedral Metropolitana se convierte en un palco para contemplar el show de Danny. La cigarrera y vendedora de dulces se convierte en actriz, libretista y cantante.

Orlando Arroyave, "La última hada", *Universo Centro* 21, 2011.



La Barca de los Locos

Sorprendía que fueran tan desconocidos, aunque no en las viejas salas de Medellín, pues en todas los conocen. Pero su verdadero espacio es la calle. Y especialmente el Parque Bolívar, su escenario de los jueves, donde se han presentado durante veinte años. Los veo llegar con las maletas cargadas de utilería, no mucha, como para un viaje corto. Parecen inofensivos, cuerdos, nada raro en apariencia salvo por la pañoleta en el cuello de Bernardo Ángel. Ellos dos son La Barca de los Locos, un grupo de teatro anarquista, místico, callejero, que ha mantenido la pureza en su marginalidad durante tres décadas.

Mauricio Hoyos, "Palabras de fuego: El teatro anarquista de La Barca de los Locos", *Universo Centro* 34, 2012.

Teatro al aire libre



Palacio y Estancia

Por JOSÉ GUARNIZO

Esta no es la casa de los solterones sino la de los viejos arrumados que, como Octavio Marulanda –ex bailarín famoso de estaderos–, se ven pasar como sombras y luego aparecen por ahí abriendo puertas de habitaciones que han permanecido clausuradas por años.

–Esta es la casa de los viejos que se fueron quedando solos, desahuciados, mientras el resto del mundo les pasaba por el lado. Los inquilinos no tienen familia. Tenían pero ya no tienen –refunfuña Octavio, y hace crujir con las chanclas la madera, que huele a alcanfor.

Esta casa ya no es el palacio que miraban de lejos los pobres cuando querían untarse los ojos de fortuna.

–Esta casa es un sobrado de rico. Ahora son los pobres los que viven aquí. Bueno, pobres pero distinguidos, porque degenerados no hay. Los viejitos no pueden entrar después de las diez de la noche –se excusa Octavio al abrir un ventanal azul y apollado, el mismo que hace 138 años abrió Pastor Restrepo para tomar la famosa foto. Esa foto.

Octavio entrecierra los ojos para defenderse de la luz que entra de afuera, y se imagina a Pastor –de bigote liso y puntiagudo y gabardina de paño– ahí mismo, sobre el balcón, concentrado en el tiempo que se tomaría ese aparato traído de París en convertir el paisaje de enfrente en un recuerdo de papel.

Lo que vio Pastor ese día de 1875 fue un potrero con seis árboles recién sembrados y manga, mucha manga, además de dos montañas al fondo, en una de las cuales sobresalía una casa de fachada blanca. Lo que Octavio ve al abrir la misma ventana, en el año 2013, es el Parque Bolívar, un pedazo de ciudad en el que por las noches se dan cita policías, travestis, prostitutas, recicladores, vendedores de minutos, coleccionistas de baratijas, malabaristas, atracadores de cuchillo y borrachitos de alcohol puro mezclado con Colombiana.

Pastor, quien mandó a construir estos muros en los que ahora se esconden dos gatos hermanos que se han apareado hasta tener 35 hijos –en lo que Octavio consideró noches de porno gatuno–, fue de esos muchachos ricos que no por eso dilapidó el tiempo.

Además de esa famosa foto, tomó una extensa lista de imágenes de la Medellín de finales del siglo XIX, en las que aparecen personajes como Manuel Uribe Ángel y Pedro Justo Berrío –sentado, tomando el té, tieso como un robot, fingiendo una pose casual–, y damas anónimas como Magdalena de Quevedo (1875), quien mira al horizonte y sostiene un peinado

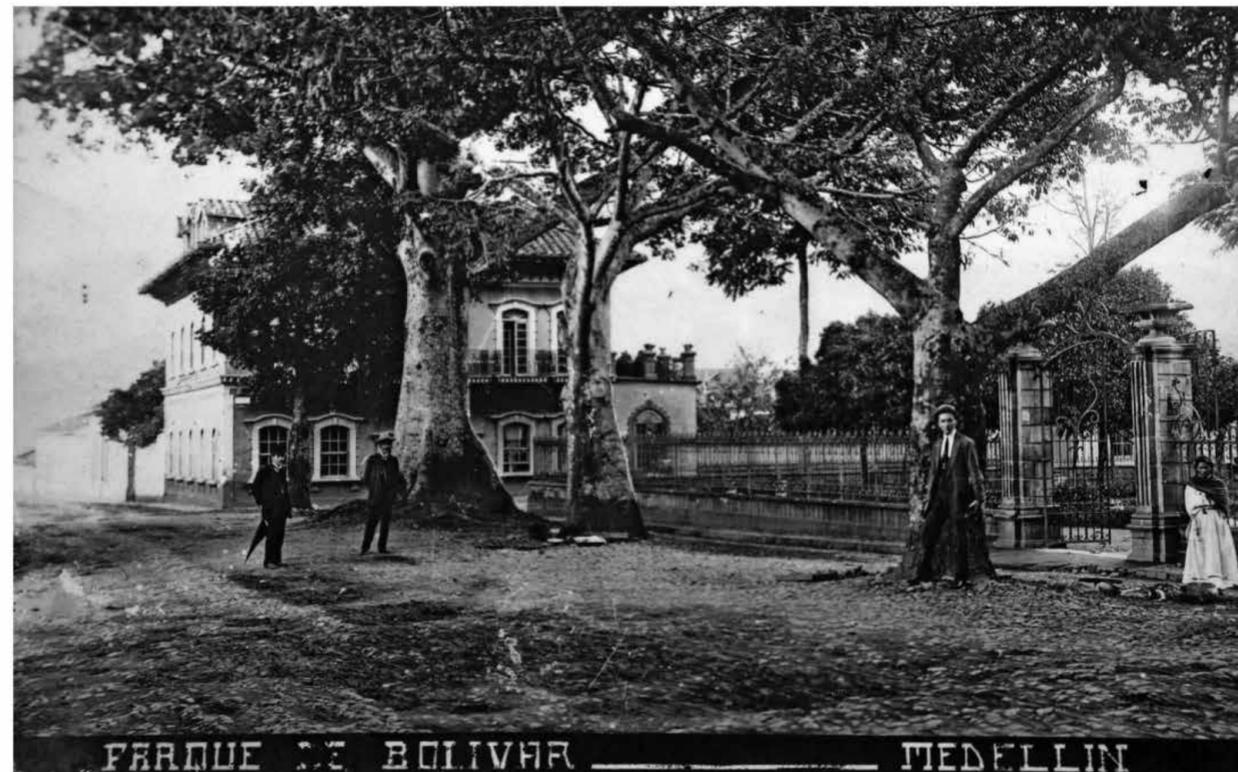


› Quinta de Pastor Restrepo. 1875.

que se asemeja a un arbusto alto, perfectamente adornado de arabescos que salen de su coronilla. Pero sobre todo, aquella que le tomó en el manicomio al escritor Epifanio Mejía, el compositor del himno antioqueño. ¿De qué habrán hablado aquella vez? ¿De lo locos o aterrizados que estaban los dos? Epifanio aparece haciendo un carrizo elegante, tal vez impostando ser lo que realmente era: un cuerdo lleno de genio. Y el otro loco, Pastor, a lo mejor hablaba de sus nuevos descubrimientos y explicaba cómo se hacían esas imágenes que por aquel tiempo se llamaban “dibujos fotogénicos”, una técnica que, según afirma Santiago Londoño Vélez en su libro *Testigo ocular*, le copió a un tal William Henry Fox: “imágenes fotográficas en negativo que él obtenía mediante contacto directo de objetos sobre superficies sensibilizadas con nitrato de plata y ácido gálico”.

Pero no importa cuál era el procedimiento, al final era un truco de magia. Los parroquianos platudos posaban y luego Pastor los hacía aparecer sobre una placa, lo que les permitía llevarse un pedazo de sí mismos para la casa, envuelto en un sobre que decía Wills y Restrepo Ltda., un laboratorio que prometía “retrato a satisfacción del cliente”.

También hay que imaginarse a Pastor tiempo atrás, de unos veinte años de edad, muy señorito y todo, en un rincón del laboratorio de su



› Sup. Parque Bolívar. S.f.
› Inf. Parque Bolívar. 1925.



hermano Vicente intentando separar mediante electricidad, como si fuera un mago, el oro de la plata. Pastor fue la primera persona en Antioquia en realizar tal hazaña. Un mago laborioso que aplicó a la fotografía lo que los hermanos Lumière al cine: conocimientos de química y metalurgia que aprendió de su padre, el comerciante Marcelino Restrepo Restrepo. Un empresario y cambalachero exitoso que importó a Medellín el primer coche de lujo tirado por caballos. Y hay que imaginarse a los descalzos de la villa paralizados ante el espectáculo que ofrecía el carruaje.

Y la casa, de la que no se conoce el año exacto en que comenzó a construirse. Casi todas las referencias bibliográficas dicen que fue entre 1860 y 1862 que Pastor mandó a levantar la mansión –ahora ruinososa y de milagro en pie sobre la esquina de la calle Caracas (49) con la carrera Venezuela (54)–, en aquel momento la primera de tres pisos en Medellín.

El diseñador fue Juan Lalinde Lema, suegro de Pastor, primer arquitecto antioqueño con diploma, según reseña Luis Fernando Molina en *Fotografía de la arquitectura en Medellín*. Y era tal la imponentia de la estructura, en cuya fachada sobresalían catorce ventanas, que el arquitecto francés Le Corbusier, en una visita que hizo a Medellín, dijo con asombro que aquella era la mejor edificación que tenía la ciudad.

Y es que las conexiones de Pastor con París no fueron pocas. La primera tiene que ver con la filiación de cuna, pues nació allí en 1840; la segunda, con su formación académica, dado que viajó a esa ciudad en 1874 para estudiar los últimos inventos de la fotografía.

“Pastor Restrepo se despidió atentamente de sus amigos y favorecedores y avisa al público que se va para Europa, adonde va a estudiar los últimos progresos del arte fotográfico”, anunciaba el joven en la prensa.

El negocio empezó a prosperar. Mientras Pastor estaba en París las autoridades dieron a conocer los resultados de la investigación del famoso crimen de El Aguacatal, cometido por ‘Daniel El Hachero’ el 2 de diciembre de 1873. Ese día, delante de periodistas y policías, el médico legista Manuel Vicente De la Roche mostró fotografías de la escena del crimen que en la parte inferior llevaban la insignia “Laboratorio de Pastor Restrepo”. Nunca antes las investigaciones judiciales se habían valido de la fotografía para refrendar o descartar tesis criminales. Causó tanta euforia el resultado, que el 29 de mayo de 1874, en el periódico *El Herald de Antioquia*, apareció un aviso de la Policía que anunciaba que la foto del crimen estaba disponible en el laboratorio de Pastor y costaba cuarenta centavos: “La lectura de la exposición y el juicio que de ella se forme será mas exacto teniendo a la vista esos cuadros”.



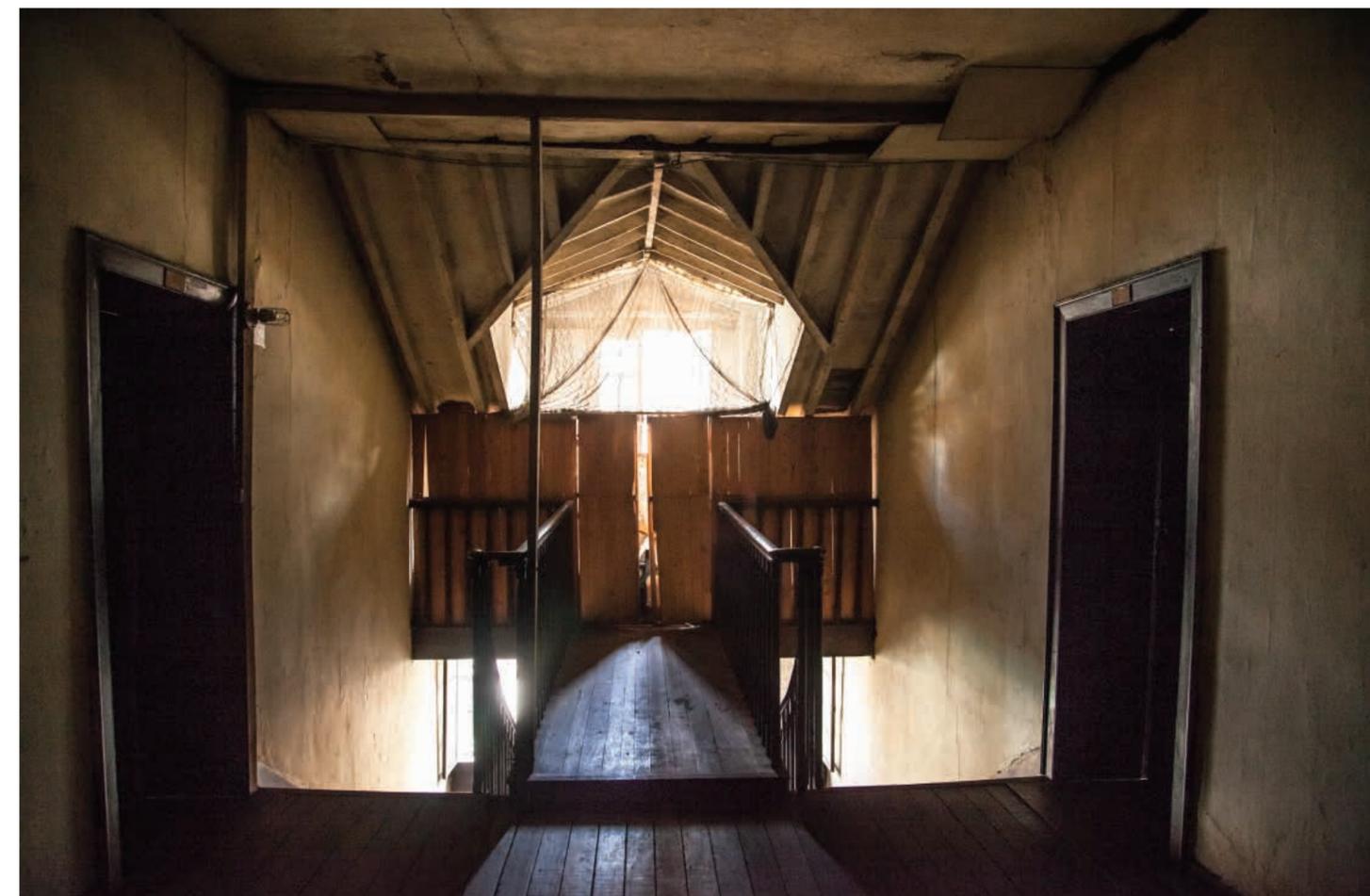
Detrás de una barra enchapada en baldosa blanca está Jorge Castrillón, forrado en un delantal que dibuja el círculo de su barriga. Mientras sirve

dos tragos que le acaban de pedir con un aplauso, dice que los clientes de La Estancia son gente con el estómago disecado:

–De tantos años de tomar aguardiente aquí, ni se engordan ni se enflaquecen.

El patio que construyó Pastor hoy es restaurante, bar y bailadero. De almuerzo, los comensales tienen a disposición asadura, albóndiga, chicharrón u oreja por tres mil 900 pesos, una tercera parte de lo que puede costar en promedio un menú ejecutivo. Hasta la década del ochenta La Estancia tuvo una fama tal, que la gente hacía filas de dos cuadras para conseguir un asiento. En sus mejores tiempos despachaba cerca de mil almuerzos diarios, según la constancia de su registradora.

En 2006, donde ahora funciona el inquilinato no había nada. El día que Octavio tomó la casa en arriendo encontró los pasillos y las escaleras tupidas de maleza y telarañas. Aún se ven ventanas cerradas para siempre con ladrillos y cemento. La única casa de verdadero “estilo” del siglo XIX –como afirman algunos arquitectos– conserva, sin embargo, las mansardas, los acabados, los pisos, algunos marcos y, en general, muchos de sus detalles decorativos. La madera y el hierro forjado parecen ser los originales, pese al desgaste, a las capas de polvo, a los bichos y al olvido.



La única ducha que funciona y usan los ocho inquilinos, que de cuando en cuando pasan por el lado de Octavio, mustios, como sombras, tiene una puerta de metal parecida a la de un frigorífico. “Corra la cortina cuando se baya a bañar, gracias [sic]”, se lee en un letrero pegado a las baldosas.

Tanto Octavio como Jorge tienen su propia versión de los últimos días de Pastor. De regreso de París, el mago fotógrafo se vio envuelto en un escándalo que comenzaría a deteriorar su imagen de hombre probo. Según el historiador Byron White, Pastor, casado años atrás con Julia Lalinde Santamaría, se enamoró hasta las tripas de una bailarina que vino a Medellín con un grupo de teatro europeo. “La curia aguafiestas, viendo el tórrido romance, consiguió que no se le prestara el Teatro Bolívar a los artistas, y en desquite, don Pastor construyó en el patio de su casa un teatro que bautizaron Las Tablas”, justo donde ahora se puede comer oreja por tres mil 900.

—Sí. Cuando ese escándalo de la moza, él se aburría y se fue para Francia y allá murió, en 1909 —dice Octavio sin mucha certeza, parado en el centro del segundo piso del caserón, al que poco le entra la luz, por cuyo fondo lleno de corotos se asoma, de nuevo, uno de los gatos.

En una bolsa tirada en el piso queda un poco del pasado de Octavio. Son los vestigios oxidados de los cerca de setenta trofeos que ganó en concursos de tango, porro, milonga, foxtrot y bolero, todos en estaderos. El pasado de la casa es como el de Octavio. Y el estado de la casa es como el de esos trofeos.

—¿Todavía baila? ¿Va a bailar?

—Los fines de semana sería muy bueno salir, pero ya para nosotros los viejos no hay dónde. No me gustan esas revolturas de ahora. El baile no deja plata, pero deja buenos recuerdos.

—¿Por qué tiene descuidados los trofeos?

—Es que uno le paga muy mal a los trofeos.

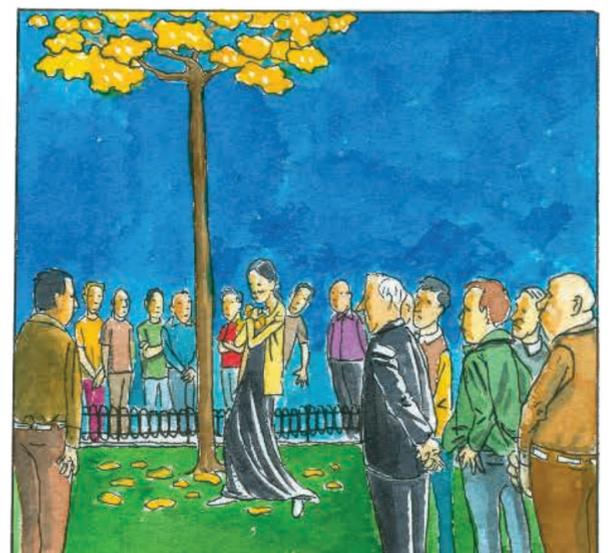
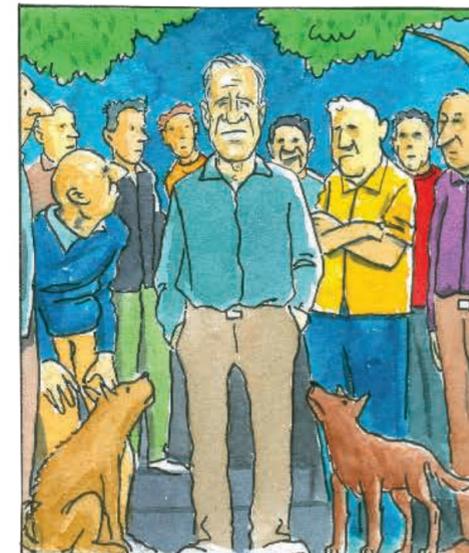
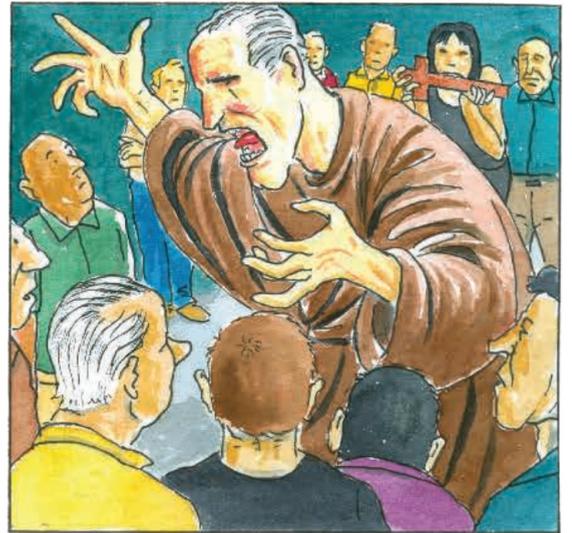
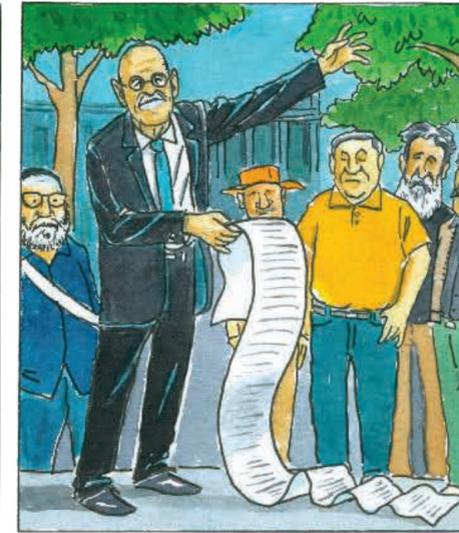
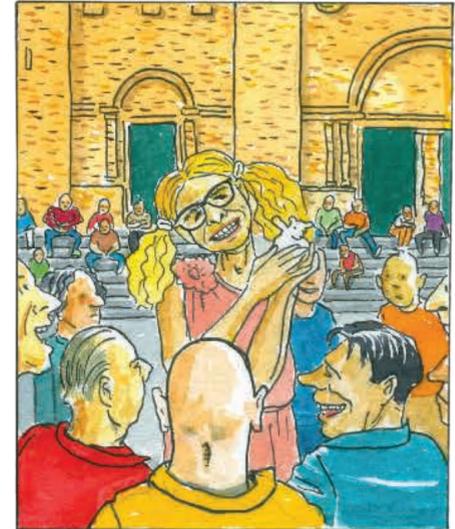
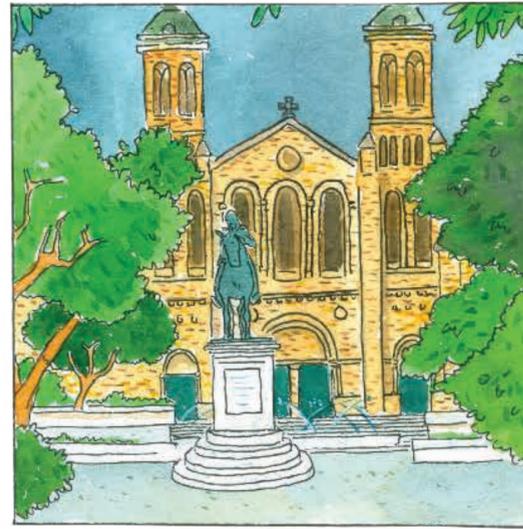
A sus 66 años, Octavio no sabe qué pasará con la casa. “El gobierno se llena la boca diciendo que esto es patrimonio, pero nunca le han invertido un peso”. Por ahora sabe que el candado se cierra a las diez de la noche. Y después de eso, por muy adultos que sean los inquilinos, nadie entra.

■





Viñeta x10





Con vista al parque

Por FERNANDO MORA MELÉNDEZ

Por más de tres décadas, tarde a tarde, Jorge Uribe ha visto los esplendores y declives del parque. Su balcón es una platea privilegiada para contemplar las guacamayas que se posan en los tulipanes africanos y ver las escenas callejeras del otro lado de la calle Venezuela. Ve pasar predicadores, busconas, vendedores de confites y travestis. Como si necesitara comprobar si lo que ha visto es real, toma una foto y la imprime en su pequeña máquina. Tiene cientos de imágenes que muestra de vez en cuando a las visitas. A veces las cuelga en el pasillo, a manera de exposición personal que no figura en ninguna guía cultural de Medellín; una larga serie muestra las poses de los gallinazos que holgazanean en los tejados aldaños al sexto piso del Edificio El Parque.

Jorge Uribe quería estudiar Artes Plásticas. La sola mención de esa idea provocó la indigestión de su padre, un médico graduado en París, quien le ordenó que cursara primero algo serio y lo otro vendría por añadidura. Ingresó a arquitectura en la Universidad Pontificia

Bolivariana, pero lo echaron por bajo rendimiento. Anduvo un año de farrá, jugando billar o ajedrez en el Metropol, hasta que ingresó a la misma carrera en la vieja Escuela de Minas. En su pasión por el dibujo creía que había muchas cosas para aprender, pero encontró que ya sabía casi todo sobre ese oficio. Se unió a un grupo de disidentes que se oponía a las veleidades políticas del decano –Pedro Nel Gómez– y pedían su cabeza. El movimiento no prosperó y, por el contrario, le ocasionó no pocas represalias de los profesores, que se negaban a darle un título a semejante revoltoso. Con todo y los castigos que le impusieron, logró hacer en diez años una carrera que duraba cinco.

El diablo de los números también acosó a Jorge desde sus tiempos de colegial con los jesuitas de la Plazuela San Ignacio, donde le decían ‘El Boachito’ por su permanente estado de ensoñación. Jorge tenía que trasnochar hasta la una de la mañana todos los días, abrumado por las ecuaciones. A las ocho volvía a las clases de matemáticas, y por la tarde a las de diseño.

Cuando se graduó como arquitecto se dio cuenta de que varios de sus maestros eran quienes dictaban las normas de planeación de la ciudad, los mismos que compraban bellas casas antiguas para demolerlas y construir edificios. Todavía recuerda la casona que tumbaron para levantar la torre donde hoy vive. Era una mansión solariega abandonada por sus primeros dueños, con patios interiores y salones amplios que utilizaban para hacer bailes de cuota en la época de Rojas Pinilla. Por esos días la ciudad aún era muy tranquila. Los relatos de la violencia partidista venían siempre de otros pueblos del Valle de Aburrá, jamás de los predios de la villa. Jorge y sus contertulios, algunos más copetones que otros, iban al Parque Bolívar a conversar hasta la madrugada y regresaban solos a sus casas. Otras noches, de menor templanza, iban a rematar en casa de una *madame* legendaria, Marta Pintuco.

A veces acompañaba a sus amigos a buscar serenateros en El Escorial, al frente del Teatro Avenida. Por muy poco dinero se podía arrastrar a duetos de renombre como Obdulio y Julián o Espinosa y Bedoya. Se tomaban el trago del arranque en el Bar Miami y caminaban hasta alguna casa de las calles Bolivia o Perú, donde asomaría la doncella por la ventana. Sin novias a la vista, Jorge empezó a trabajar con firmas comerciales de arquitectos y a dibujar en sus ratos libres.

Aunque su padre no era artista, de modo involuntario se había hecho a una colección de pinturas, pues esa era la forma en que los pintores de la época retribuían los tratamientos contra las enfermedades venéreas. La bohemia parecía consustancial al talento, y buena parte de la educación sentimental en las bellas artes se aprendía en los burdeles del Venteadero, el Fundungo y Lovaina. Aquellos cuadros de los maestros antioqueños que colgaban de las paredes de la casa en Maracaibo habían despertado el interés de Uribe desde que era un mocoso. Dibujaba tanto que su madre decidió ponerlo a pintar los figurines con los diseños de la ropa que confeccionaba para toda la familia.

El doctor Samuel Uribe no solo veía con sospecha las inclinaciones de su hijo, sino que además era un hombre agrio y melancólico que se pasaba horas en silencio. Nadie entendía cómo un hipocondríaco confeso lograba la confianza de sus pacientes. Tal vez había estudiado medicina como una forma de lidiar sus tormentos de enfermo imaginario. Para remediarlos usaba una medicina infalible: una pastilla de Mejoral con un aguardiente. Lo ponía tan bien que decidía tomarse otro aguardiente pero sin pastilla. Entonces, dice Jorge, daba la vuelta completa y se transformaba en el ser más afable y cariñoso de la Tierra. Le daba por cantar tango muy entonado y zurrunguear el tiple.

Aplicaba el tratamiento con alguna frecuencia; pero cuando dejaba de hacerlo y su neurastenia ya crispaba los nervios de su esposa, ella, doña Ena, le pedía a gritos: “¡Tomate ya ese Mejoral!”.



Hasta bien entrados los años sesenta el ambiente de los hogares de clase media que vivían en el Centro fue de signo oscurantista. La iglesia publicaba la clasificación moral de las películas y el índice de los libros prohibidos. Si en una cinta candorosa asomaba un pezón indiscreto, esta era señalada como mala. Por eso los condiscípulos de Jorge sabían que solo había que ir a ver las películas malas. No existían, por supuesto, los cines porno, pero sí el rosario diario y obligatorio. La abuela de Jorge rezaba todas las noches el salterio, que consistía en tres rosarios seguidos.

Cuando llegaba la hora de esos respuestas toda la familia empezaba a estirar la cara y a ponerse de mal genio, ante lo cual doña Ena tuvo la feliz idea de simplificar el rosario a un solo misterio. La paz hogareña volvió a reinar, aunque con algunos infortunios. El hermano mayor de Jorge, Juan Camilo, se negó a estudiar, se hizo *hippie* y huyó a Cali. Luego se enroló en una secta de irreverentes marihuanos que se hacían llamar los nadaístas.

Se demoraron en tener noticias de la oveja descarriada, y el propio Jorge confiesa sus preocupaciones por la suerte de su hermano.

Uribe ya conocía a algunos integrantes de la cofradía de Gonzalo Arango que llegaban disfrazados al Metropol y al Miami o se ponían de ruana el parque de vez en cuando. Empezó a leer los autores que citaba Arango en sus arengas. Le sacaba gusto a las novelas de Sartre y de Gide, y le encantaba tomar fotos con una Olympus Pen que tenía la virtud de duplicar el número de imágenes en cada rollo de película.

Viajó a Europa, y en un tren camino a Moscú conoció a su única novia, la artista norteamericana Ethel Gilmour. Ella no hablaba una jota de español, él nada de inglés. Por momentos se cruzaban frases en un francés de cartilla, pero casi todo el tiempo hablaban en el esperanto del amor. Juntos viajaron a París y presenciaron las revueltas juveniles de Mayo del 68. Despegaban los carteles del movimiento, de los que todavía hay fragmentos en el apartamento de Jorge.

La pareja se vino a vivir en casas alquiladas de Boston y Villa Hermosa, pero en los ochenta el azar y los buenos precios les permitieron comprar el apartamento en el Parque Bolívar, una construcción en la que Jorge había trabajado como asistente de arquitectura. Él y su esposa tenían estudios independientes, pero era ella la que al primer golpe de vista sabía en qué estaba fallando un cuadro. Se trasnochaban pintando, pero al día siguiente iban a dar clases en la Universidad Nacional. Ethel llevaba un bolso de tela repleto de objetos curiosos para que sus alumnos los pintaran. Para explicar la forma de dibujar volúmenes a mano alzada, Jorge terminaba haciendo enormes murales con tizas de colores en el tablero.

Su esposa murió y él sigue dibujando, tomando fotos tras los ventanales, o atendiendo a los visitantes que quieren ver sus obras o las de Ethel. Le gusta oír radio en un parlante de MP3 como los que usan los raperos que cruzan el parque. Sube a la terraza con su perra Lluvia. Hace poco trató de releer a algún autor de su juventud, pero ahora el tono de Sartre se le parece al de un predicador.

■



› La catedral, Jorge Uribe. 2001.



Carbonero, *Calliandra medellinensis*
Familia Fabaceae (Subfamilia Mimosoidae)

Nativo



Domingo 22 de septiembre de 2013, 5:25 p.m.

Dos hombres juegan una partida de ajedrez sobre la tarima del parque. Uno de ellos luce pensativo, lento, mientras el otro, sin piernas y ágil sobre sus muletas, de pelo rapado adelante y largo atrás, juega rápido y habla con euforia. Al lado, varios amigos beben algún trago a pico de botella. El de muletas mueve un alfil:

–¿Qué pasó? ¿No te estoy atacando güevón?... ¡¿Ah?! ¡¿Quiere que lo siga atacando?! Yo lo sigo atacandooo, yo lo sigo atacandooo.

El contrincante esboza una sonrisa, el de muletas está cada vez más acelerado:

–¿Usted por qué me goza home? ¿Ah? Vengo al Parque Bolívar a desahogame. Ve, Raúl –le dice a alguien del grupo–, sacá la vara que se me comieron la dama.

Raúl le contesta:

–Oigan a este, muy contento o qué. Quitate esa camiseta home bobo.

Marrano.

–¡Qué qué!

Raúl no responde y vuelve a su grupito de bebedores. El de las muletas sigue su perorata retardora. Tiene una camiseta negra de la Rexixtenxia, la barra del poderoso DIM.

Devuelve la jugada anterior.

–¿Cómo se llama eso que hice yo?, ¿no sabe? Retroceder nunca rendirse, ah no mi niño. Mirá ese rey donde va, parecido al difunto Juan Pablo II que fue un caballero que vino acá a Colombia.

El de muletas saca un peón que tenía en la retaguardia.

–Esta no le vale a usted, mire qué jugaota. Estamos en este programa pa este lado y ya me toca matar por otra parte, mire. No, yo sí soy un bobo pa jugar esto home.

El otro aleja un peón en peligro y el de las muletas avanza con el alfil.

–¿No le valió esa jugada? Ojo que usted es manilargo y le mocho esa maniiitooo. Ah, ¿se va a comer el caballo? ¿Perdí la partida pues? ¿Me entrego? ¿Yo soy de la propia Farc o la guerrilla o qué? Entonces me entrego, ¿me entrego?... ¡¿Cómo, qué se comió?! ¿Qué se comió papito? ¡¡¡Cómo!!! ¿Se me comió un alfil? Listooo. Nunca le ha valido esa gonorrea de jugada, esta tampoco. ¿Ese caballo es que no vale? Yo no necesito estudiar matemáticas güevón.

Aparece un muchacho con una botella en una bolsa negra; en el cuello alcanza a verse un líquido blancuzco. El de muletas le da unas monedas.

–Chino, pásame lo mío. ¿Qué? ¿Sí lo destaparon? Mi Dios le pague, en estos días le regalo una camiseta; ah no, camisetas ya no regalo, antes colecciono.

Vista desde la barra



Universo Centro surgió como defensa de una muela entre Maracaibo y Girardot, un pequeño arrecife sin dueño bajo las mareas de los buses que bajan de los barrios del norte. El busto diminuto de un escribiente cubano, encargado de las tintas y las cajas de letras en la Colonia, le da solemnidad al parque que podría ser plazuela. También la Academia de Historia y Profamilia –iglesia civil contra la Iglesia– le sirven de telón con mayúsculas a esa pequeña y popular anomalía del Centro de la ciudad.

Muchos han señalado al acuario turbio que se conoce como Parque del Periodista, escenario de las primeras turras y las últimas iluminaciones. Todos los mapas cruentos lo tachan con una equis roja. Pero la marca del puritano es el anzuelo del curioso, el desprevenido, el desobediente, así que El Periodista tiene un tránsito constante de propios y visitantes.

Las ciudades son incapaces de dejar un espacio público sin un altar para las ofrendas. El parque en la encrucijada de Maracaibo con Girardot fue primero el callejón de una carpintería, luego el jardín de un guanábano famoso y más tarde el enclave de una bomba de gasolina. Hasta que llegaron las placas y los honores: primero una placa en honor a los húngaros masacrados por las tropas soviéticas luego del levantamiento de 1956, más

adelante el busto del padre del periodismo colombiano, el bibliotecario cubano Manuel del Socorro Rodríguez, y por último una ronda infantil que conmemora la masacre del barrio Villatina ocurrida en 1992.

El parque no muestra sus respetos con silencios ni venias. Prefiere las crestas y el desafío. Poco a poco ha ido levantando murallas contra la ciudad que lo mira con desconfianza, y cada tanto tiende un puente para demostrar que no es solo una fortaleza de humo y mugre. El Periodista demuestra que un espacio modesto, una esquina sin muchas reglas, puede convertirse en un inesperado centro de peregrinación. Solo se necesitan tres bancas sombreadas para que el pequeño rotor de las conjuras y las ideas se ponga en movimiento. El microclima que resulta malsano para muchos organismos, puede ser ideal para el surgimiento de otras especies.

Fue en este polo en la periferia, en medio de los humos dulzones, los rugidos circulares y la ebullición de una fauna variopinta, en la buhardilla de un bar, donde pensamos y escribimos buena parte de esta historia de los parques del Centro, por donde pasó y pasa la historia de la ciudad entera.

■

EL LIBRO DE LOS PARQUES
Medellín y su Centro

Este es un proyecto de la Vicealcaldía de Educación, Cultura, Recreación, Deporte y Participación

UC *El libro de los parques* es una publicación de la Secretaría de Cultura Ciudadana en coedición con *Universo Centro*

Este libro hace parte de la Intervención Integral del centro. Dicha estrategia se encuentra enmarcada en el Plan de Desarrollo “Medellín Un Hogar Para la Vida” en su línea 2 “Equidad, Prioridad de la Sociedad y el Gobierno y Línea 3 “Competitividad para el desarrollo económico con equidad”, Programa “Intervención Integral del centro” y “Ciudad I” respectivamente.

Administración municipal:
Alcalde de Medellín: Aníbal Gaviria Correa
Secretaría Vicealcaldía de Educación, Cultura, Participación, Recreación y Deporte: Claudia Patricia Restrepo Montoya
Secretaría de Cultura Ciudadana: María del Rosario Escobar Pareja

Universo Centro
Dirección y fotografías: Juan Fernando Ospina
Editor: Pascual Gaviria
www.universocentro.com

Créditos editoriales
Dirección y fotografías: Juan Fernando Ospina
Asistente de dirección: Yennifer Uribe Alzate
Editor: Pascual Gaviria
Asistente editorial: Paula Camila O. Lema
Coordinación editorial: Crealettras.com
Diseño y diagramación: Tragaluz editores SAS.
Fotografía de portada: Juan Fernando Ospina
Imágenes: *Mapa*, Daniel Gómez Henao. *Historieta*, Carlos Díez. *Ilustraciones*, Sebastián Restrepo Sierra
Corrección de estilo: María Isabel Naranjo y Equipo UC
Cronologías: María Luisa Restrepo
Iglesias: Gloria Estrada
Conversaciones: David E. Guzmán
Impresión: Legis SA.

Impreso en Bogotá. *Printed in* Bogotá, Colombia

ISBN: 978-958-8749-66-2
Primera edición, noviembre de 2013
Medellín, Colombia-Noviembre de 2013
© Alcaldía de Medellín, 2013
© *Universo Centro*, 2013
©Derechos reservados de los autores para textos e imágenes, 2013
Distribución gratuita.

Esta es una publicación oficial del Municipio de Medellín. Se realiza en cumplimiento de lo dispuesto en el Artículo 10 de la Ley 1474 de 2011-Estatuto Anticorrupción, que dispone la prohibición de la divulgación de programas y políticas oficiales para la promoción de los servidores públicos, partidos políticos o candidatos.

Queda prohibida la reproducción total o fragmentaria de su contenido, sin autorización escrita de la Secretaría General del Municipio de Medellín. Así mismo, se encuentra prohibida la utilización de características de la publicación, que puedan crear confusión. El Municipio de Medellín dispone de marcas registradas, algunas citadas en la presente publicación con la debida autorización y protección legal.

Todas las publicaciones de la Alcaldía de Medellín son de distribución gratuita.

AGRADECIMIENTOS
Biblioteca Pública Piloto de Medellín
Archivo Histórico de Medellín

Basílica Menor de Nuestra Señora de la Candelaria, Medellín
Catedral Basílica Metropolitana, Medellín
Iglesia de La Veracruz, Medellín
Iglesia de San Ignacio de Loyola, Medellín
Iglesia Nuestra Señora del Sufragio, Medellín
Parroquia San Antonio de Padua, Medellín

Barbería Morenas Color
Colegio Salesiano El Sufragio, Medellín
Edificio Fabricato, Medellín
Fundación Ferrocarril de Antioquia
Gustavo Ocampo
Gustavo Vives
Hotel Nutibara, Medellín
Jackeline Gutiérrez
Jairo Osorio Gómez
Juan Carlos Velásquez
Juan Fernando González
León Morales
Luis Fernando González
Museo de Antioquia
Museo Universitario - Universidad de Antioquia
Octavio Marulanda
Olga Pérez
La Pájara
Restaurante La Estancia, Medellín
Sandra Barrientos

AUTORES

ALFONSO BUITRAGO. Medellín, 1977. Periodista. Autor de *El hombre que no quería ser padre*, (Planeta, 2012). Miembro del comité editorial de *Universo Centro*.

ÁLVARO MORALES RÍOS. Sevilla, Valle, 1957. Abogado y periodista. Director de la Casa Museo Maestro Pedro Nel Gómez.

ÁLVARO VÉLEZ. Medellín, 1974. Historiador. Dibujante, creador de Truchafríta y de la editorial Robot.

ANAMARÍA BEDOYA. Medellín, 1988. Periodista. Autora del libro de crónicas *De oro están hechos mis días*, (Hombre Nuevo Editores, 2011).

ANDRÉS DELGADO. Medellín, 1978. Ingeniero y escritor. Autor de la novela *Sabotaje*, (Planeta 2012).

DAVID E. GUZMÁN. Medellín, 1976. Periodista y guionista. Colaborador y miembro del comité editorial de *Universo Centro*. Reportero de *AgenciaPinocho.com*.

EDUARDO ESCOBAR. Envigado, 1943. Poeta y escritor. Autor de *Cuando nada concuerda*, (Siglo del Hombre Editores, 2013)

ELKIN OBREGÓN. Medellín, 1944. Escritor y caricaturista.

FERNANDO MORA MELÉNDEZ. Palmira, Valle, 1963. Escritor. Profesor de la Universidad Eafit y miembro del comité editorial de *Universo Centro*.

FRANCISCO SILDARRIAGA. Medellín, 1976. Periodista, guionista y realizador de televisión.

GLORIA ESTRADA. Medellín, 1976. Periodista e investigadora. Editora de Crealettras, firma productora de contenidos.

GUILLERMO CARDONA. Medellín, 1961. Comunicador social y escritor. Asesor de la Fiesta del Libro y la Cultura de Medellín. Autor de *Batallas de campeón*, (Planeta, 2011)

HERNANDO GONZÁLEZ. San Juan de Urabá, Antioquia. 1965. Educador. Autor del libro de cuentos *Saudade por Gary Coleman*, (Cámara de Comercio de Medellín 2009)

IGNACIO PIEDRAHÍTA. Medellín, 1973. Geólogo y escritor. Autor de *Al oído de la cordillera* (Fondo Editorial Eafit, 2011).

JAIRO OSORIO. Caramanta, Antioquia. 1954. Periodista y fotógrafo. Director del Fondo Editorial de la Universidad Autónoma Latinoamericana.

JORGE IVÁN AGUDELO. Medellín, 1980. Escritor. Autor de *La calle por cárcel*, (Editorial Universidad de Antioquia, 2010).

JOSE GABRIEL BAENA. Medellín, 1952. Novelista, periodista, traductor y pintor dominical después de misa.

JOSÉ GUARNIZO ÁLVAREZ. Ibagué, 1980. Periodista. Premio Rey de España 2010-2011. Autor de *La patrona de Pablo Escobar*, (Planeta, 2012).

JUAN ALBERTO GÓMEZ. San Luis, Antioquia. 1974. Periodista. JUAN CARLOS ORREGO. Medellín, 1974. Antropólogo y escritor. Docente de la Universidad de Antioquia. Autor de *La isla del gallo*, (Eafit, 2013)

JUAN GUILLERMO ROMERO. Medellín, 1973. Periodista y escritor. Autor de *Vidas de feria*, (Fondo Editorial Eafit, 2013).

JUAN MIGUEL VILLEGAS. Medellín, 1976. Periodista. Editor del portal de la Red de Bibliotecas de Medellín. Director creativo de *AgenciaPinocho.com*. JULIÁN ESTRADA. Bogotá, 1951. Antropólogo, profesor universitario y periodista gastronómico.

LÍDERMAN VÁSQUEZ. Cartagena, 1962. Poeta y cuentista. Autor del libro de poemas *Anáfora del agua* (Fundación Arte y Ciencia, 2008).

LUIS FERNANDO GONZÁLEZ. Supía, Caldas, 1960. Arquitecto. Profesor asociado, Escuela del Hábitat, Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional, sede Medellín.

MARGARITA ISAZA VELÁSQUEZ. Rionegro, Antioquia, 1984. Periodista. Investigadora de la Universidad de Antioquia.

MARIA ISABEL NARANJO. Medellín, 1985. Periodista. Cronista de *Universo Centro*.

MARIA LUISA RESTREPO. Medellín, 1978. Historiadora. Docente de la Fundación Luis Antonio Restrepo y la Academia Yurupary.

MAURICIO LÓPEZ. Medellín, 1978. Periodista. Ha trabajado en Telemedellín, Caracol Radio, *El Tiempo* y *El Mundo*.

PABLO MONTOYA. Barrancabermeja, 1963. Escritor. Profesor universitario. Autor de *Un Robinson cercano, diez ensayos sobre literatura francesa del siglo XX*, (Fondo Editorial Eafit, 2013).

PASCUAL GAVIRIA. Medellín, 1972. Abogado y escritor. Editor de *Universo Centro* y periodista del programa radial *La Luciérnaga*.

PAULA CAMILA O. LEMA. Medellín, 1986. Periodista. Asistente editorial y cronista de *Universo Centro*.

PEDRO CORREA OCHOA. Santa Rosa de Osos, Antioquia. 1983. Periodista del Sistema de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia.

REINALDO SPITALETTA. Bello, Antioquia. 1954. Comunicador social-periodista. Escritor, docente universitario y columnista de *El Espectador*.

RICARDO ARICAPA. Riosucio, Caldas. 1956. Escritor. Periodista independiente y docente universitario.

ROBERTO LUIS JARAMILLO. El Jardín, Antioquia. 1948. Abogado e historiador.

CRÉDITOS DE IMÁGENES

Tabla de convenciones

Se usan las siguientes abreviaturas para ubicar las imágenes, acompañadas del número de página correspondiente:

Crono.: cronología / **Sup.:** Superior / **Med.:** Medio / **Inf.:** Inferior / **Der.:** derecha / **Izq.:** Izquierda.

ARCHIVOS INSTITUCIONALES

Archivo fotográfico de la Biblioteca Pública Piloto

Anónimo: 40, 264 Inf. Izq., 309 Sup.

Archivo periódico *El Correo*: 126, 293, 324

Benjamín de la Calle: 21 Inf., 22 Crono. Inf., 24 Crono., 38, 114 Crono.

Sup., 115 Crono. Inf., 116 Med., 117 Inf., 264 Crono. Med., 340 Sup.

Daniel A. Mesa: 68 Sup.

Digar: 117 Crono., 292 Izq.

Francisco Mejía: 67 Crono., 68 Crono. Inf., 68 Inf., 69, 71 Sup., 71 Med., 100 Sup., 217 Inf., 218, 219, 291 Sup.

Gabriel Carvajal: 25 Crono. Sup., 25 Crono. Inf., 26 Sup., 41 Sup., 68 Crono. Sup., 69 Crono., 70 Crono. Sup., 70 Crono. Med., 70 Crono. Inf., 71 Inf., 72, 73 Sup., 96 Sup. Izq., 99 Inf., 100 Med., 122, 124, 125, 151 Inf., 153, 179 Crono., 180, 219 Crono. Med., 220, 266 Sup., 288, 291 Inf., 292 Sup. Der., 292 Inf. Der., 309 Med, 309 Crono., 310 Crono. Sup., 310 Crono. Inf., 310, 311

Gonzalo Escovar: 25, 114 Crono. Inf., 115, 117 Sup., 145 Sup., 217 Sup., 236, 264 Inf. Der., 308 Crono.

Gonzalo Gaviria: 216

Horacio Gil Ochoa: 118, 118 Crono., 119 Crono. Sup.

Jorge Obando: 24,123, 178 Crono. Inf., 179, 218 Crono., 264 Crono. Inf.

León Ruíz: 96 Inf. Izq., 306 Crono. Inf.

Manuel Lalinde: 116 Crono., 116 Sup., 145 Inf., 262 Crono. Inf., 263, 263 Crono. Inf., 264 Crono. Sup., 264 Sup., 307 Crono.

Melitón Rodríguez: 20, 21 Sup. , 22, 23, 23 Crono. Inf., 39, 116 Inf., 146, 150, 216 Crono. Sup., 305 Crono., 306 Crono. Sup., 308, 309 Inf., 340 Inf.

Óscar Duperly: 115 Crono. Sup.

Padre Andrés María Ripol: 98

Pastor Restrepo: 19, 21 Crono., 262 Crono. Sup., 305, 341,

Paulo Emilio Restrepo: 23 Crono. Sup., 67, 306, 307

Rafael Mesa: 178 Crono. Sup.

Archivo Histórico de Medellín

22 Crono. Sup., 41 Inf., 144, 258

Archivo Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín

119 Crono. Inf.

Archivo fotográfico del Museo de Antioquia

10, 19 Crono. Sup., 71 Crono., 91, 102-105

Archivo General de la Nación

13, 18 Crono. Sup., 66 Crono. Sup., 215, 304 Crono. Inf.

Archivo fotográfico del Hotel Nutibara

99 Sup., 99 Med., 100 Inf.

Archivo fotográfico de la Fundación Ferrocarril de Antioquia

120 Crono. Sup., 121, 147, 181 Crono. Inf.

Archivo fotográfico MUUA (Museo Universitario - Universidad de Antioquia)

217 Crono. Inf., 219 Crono. Inf, 238 Sup. Izq.

Archivo fotográfico Colegio Salesiano El Sufragio

263 Crono. Sup., 265 Crono., 266 Crono., 272, 273

Archivo fotográfico periódico *El Mundo*

26 Inf., 26 Crono. Inf.

ARCHIVOS PARTICULARES

Alonso Cano: 92 Med.

Anónimo: 290 (cortesía Jairo Osorio Gómez), 304 Crono. Sup.

Archivo familia Restrepo Nicholls: 289 Sup. Izq.

Carlos Díez: 37, 108, 109, 133, 209, 239, 285, 347

Clara Lucía Grisales: 180 Crono. Inf., 181 Crono. Sup.

Daniel Gómez: 14, 15

Fernando Olarte: 92 Inf.

Jairo Osorio Gómez: 96 Der., 119, 120, 148, 151 Sup., 151 Med., 152, 181, 219 Crono. Sup., 289 Inf. Izq.

John Jairo Jaramillo: 180 Crono. Sup., 182

Jorge Uribe: 351

Juan Fernando Ospina: 6, 7, 8, 18, 26 Crono. Sup., 27, 27 Crono., 28- 36, 42, 44-56, 58-63, 66, 73 Inf., 74-84, 86-90, 93-95, 101, 106, 107, 110, 114, 120 Crono. Inf., 121 Crono., 127, 128, 130-132, 134-140, 143, 154, 156-160, 162-166, 168-175, 178, 183-200, 202-208, 210, 214, 220 Crono., 221-230, 232- 235, 237, 238 Sup. Der., 238 Inf., 240, 242-256, 259, 262, 266 Inf., 267, 267 Crono. Sup., 267 Crono. Inf., 268-271, 274-284, 286, 289 Der., 294, 296-301, 304, 311 Crono., 312-323, 325-339, 342-346, 348-350, 352, 354, 355, 359, 360. Insertos, fotografías actuales.

Rodrigo Maldonado: 92 Sup.

Sebastián Restrepo Sierra: 17, 65, 113, 177, 213, 261, 303

Theodor de Bry: 19, Crono. Inf.

Imágenes tomadas de internet bajo la licencia Creative

Commons: 20, Crono. Sup., 20, Crono. Inf., 66 Crono.

Inf., 214 Crono. Sup., 216 Crono. Inf.



Este libro está encomendado a Nuestra Señora de los Minutos, patrona de los parques de Medellín.



› María, Parque de Berrío.

El libro de los parques
se terminó de imprimir
en noviembre de 2013

Bogotá, Colombia